SANTA HILDEGARDA DE BINGEN

LIBER DIVINORUM OPERUM

LIBRO DE LAS OBRAS DIVINAS



Santa Hildegarda de Bingen

Liber Divinorum Operum
Libro de las Obras Divinas

Mayo 2007
Para Hildegardiana (www.hildegardiana.es)
Febrero 2013

LIBRO DE LAS OBRAS DIVINAS

ÍNDICE

COMIENZA EL LIBRO DE UN SIMPLE MORTAL SOBRE LAS OBRAS DIVINAS.

PRESENTACIÓN

Amigo lector: vas a leer la obra, para mí, más fascinante de Sta. Hildegarda.
Aunque para ser precisos, Santa Hildegarda no se atribuye su autoría, pues ella dice ser únicamente un instrumento y repetidamente alude a que todas sus obras las ha visto con los ojos interiores del espíritu, las ha escuchado con los oídos interiores, y en suma, le han sido dictadas por "*una luz cegadora de brillantez excepcional que fluyó por mi cerebro entero*"

La idea fundamental del libro es la unidad de creación. En la obra se manifiestan algunos de los atributos de Dios:

Su Sabiduría, que ordena la creación y todo lo hace con un fin.
Su Omnipotencia, pues Dios es fuente de toda la vida, y todos los elementos, sol, luna, estrellas, vientos, aguas, animales, vegetales, ángeles, incluso involuntariamente los demonios en su libertad, cumplen su misión de modo preciso.
Su Misericordia, pues todos los problemas del cosmos y del hombre, encuentran solución en su Verbo, nexo de unión entre toda la Creación.

Toda la creación es reflejo de la gloria y del amor de Dios. En el hombre, creado a imagen de Dios, está resumido de una u otra manera todo el cosmos, y por eso también todo el cosmos influye en el hombre, están interelacionados. Pero Dios crea al hombre libre igual que a los ángeles, y en aras de esa libertad el hombre debe escoger entre reconocer, aceptar y adorar a su Creador u oponerse a Él.
La caída del hombre afectó a toda la creación, pero la promesa de la Redención se dio a nuestros primeros padres, continuó a lo largo de la historia de la humanidad por medio de los profetas y se concretó en el Verbo por medio de la Iglesia.
Santa Hildegarda nos dice que la impiedad se extenderá, y cómo las diferentes edades de los últimos tiempos precederán a la llegada del Anticristo, su ruina, el fin del mundo y la recapitulación de toda la creación a Dios.
En este libro de estructura original y lenguaje preciso, las visiones, que preceden a cada capitulo, ricas en formas y símbolos, dan interesantes explicaciones y singulares alegorías de diferentes capítulos de la Biblia y descubren una forma nueva de ver la obra de Dios, siempre en plena sintonía con la doctrina de la Iglesia Católica.
En su epílogo, Hildegarda culmina el libro: "*Y ahora, de nuevo sean dadas alabanzas a Dios omnipotente en todas sus obras, antes de los siglos y todos los siglos, porque él es el principio y el fin*".

VIDA Y OBRA DE STA. HILDEGARDA

Santa Hildegarda nació en 1098 en Bermersheim, cerca de Maguncia, Alemania, última de los diez hijos de un matrimonio de la nobleza local. Sus padres consideraron que Hildegarda debía ser dedicada al servicio de Dios, como "diezmo". A los 6 años comenzó a tener visiones que siguieron durante el resto de su vida. Cuando la niña contaba ocho años (1106), la entregaron para su formación a Jutta, de la familia de condes de Spannheim, la cual vivía en una pequeña casita adosada al monasterio de los monjes benedictinos fundada por san Disibodo en Disibodenberg. Jutta instruyó a la joven en la recitación del Salterio, y la enseñó a leer y escribir. La reputación de la santidad de Jutta y de su alumna pronto se extendió por la región y otros padres ingresaron a sus hijas en lo que se convertiría en un pequeño convento benedictino agregado al monasterio de Disibodenberg. Más tarde, a la edad de 15 años, Hildegarda profesó como monja en este lugar. Las visiones continuaron durante toda su vida, aunque Hildegarda solo informó inicialmente de ellas a Jutta, y después al monje Volmar de Disibodenberg, primero preceptor de Hildegarda y luego su secretario y copista hasta su muerte en 1173. Cuando Jutta murió en 1136, Hildegarda fue elegida abadesa de la comunidad a la edad de treinta y ocho años.

Como las visiones continuaban, el monje Godfrey, su confesor, lo reveló a su abad, el cual lo comunicó al arzobispo de Maguncia, que examinó sus visiones con sus teólogos y dictaminó que eran de inspiración divina, y la ordenó que comenzase a escribirlas.

En el año 1141, Hildegarda comenzó a escribir su obra principal, *Scivias, (Scire vías Domini* ó *vías lucís* = Conoce los Caminos), obra que tardó diez años en completar (1141-1151). Hildegarda tenía dudas sobre la oportunidad de escribir o no lo que percibía, y recurrió a San Bernardo de Clavaral, fundador de monasterios y uno de los grandes doctores de la Iglesia, con el que en el futuro mantendría una fluida relación epistolar, para que la aconsejara. No solo recibió la aprobación de este santo, sino que cuando el Papa Eugenio III fue a la región con motivo del Sínodo de Tréveris en 1147-1148, el arzobispo de Maguncia a instancias del abad de Disibodenberg presento al Papa una parte del Scivias con las visiones de Hildegarda. El Papa designó una comisión de teólogos para examinarlos, entre ellos Albero de Couní, obispo de Verdún, y después de recibir el informe favorable de la comisión, dió la aprobación papal a este texto, llegando a leer partes del libro a los prelados reunidos en el Sínodo. El Papa dictaminó: "Sus obras son conformes a la fe y en todo semejantes a los antiguos profetas" y escribió a Hildegarda instándola a continuar la obra y animando y autorizando la publicación de sus obras[1].

Aprobación tan señalada era el reconocimiento oficial de que la labor de Hildegarda estaba inspirada por Dios. Hildegarda se apresuró entonces, llevada de enardecido celo, á refutar de palabra y por escrito los errores de los herejes cátaros. Así llegó á ser una de las columnas más firmes de la Iglesia por aquel tiempo. Su fama hizo que su comunidad creciera de modo que tomó la decisión de establecer a sus monjas en un monasterio propio, sin ninguna dependencia de la abadía de monjes de Disibodenberg, para lo que fundó un convento en Rupertsberg, cerca de Bingen. Fue el primer monasterio de monjas autónomo, pues hasta entonces siempre habían dependido de otro de varones Entre 1147 y 1150 las monjas se trasladan a su nuevo monasterio. Los monjes de Disibodenberg se opusieron a este traslado, pues veían disminuidas las rentas y la influencia de su monasterio, pero la tenacidad y

[1] No se ha conservado el escrito de autorización del papa a Hildegarda enviado durante el sínodo de Tréveris. Pero ésta autorización está recogida en *Chonico Hirsaugiensi* de Johaans Trithemius (1462-1516). Tambien refieren el beneplácito papal: Manrique en *Annal. Cisterciens*., ad an. Chisti 1148, pag 101; Guillelmus Cave in *Historia litteraria acriptorum ecclesiasticorum* ad an. 1170, pag. 684; y Casimirus Oudinus in *Comment. de scritoribus eccl*., tom II, col 1571 et seq. (PL 0741)

energía de Hildegarda venció todas las dificultades y en 1150 el Arzobispo consagró el nuevo monasterio, que siguió atrayendo numerosas vocaciones y visitantes.
En la década de los años 1150 comienza su obra musical, de la que se conservan más de 70 obras con letra y música, himnos, antífonas y responsorios, recopiladas en la *Symphonia armoniae celestium revelationum*, (Sinfonía de la Armonía de Revelaciones Divinas) la mayoría editadas recientemente,así como un auto sacramental cantado, titulado "*Ordo virtutum*" (1150?).
Entre 1151-1158 escribió su obra de medicina bajo un único título: *Liber subtilitatum diversarum naturarum creaturarum* (Libro sobre las propiedades naturales de las cosas creadas). En el siglo XIII fue dividido en dos textos. *Physica* (Historia Natural), también conocido como *Liber simplicis medicinae* (Libro de la Medicina Sencilla), *y Causae et Curae* (Problemas y Remedios), también conocido como *Liber compositae medicinae* (Libro de Medicina Compleja).
Entre 1158 y 1163 escribió la *Liber Vitae Meritorum*, y entre 1163 y 1173-74 la *Liber Divinorum Operum*, considerados junto con el *Scivias* como las obras teológicas más importantes de Hildegarda.
Una de sus obras es la *Lingua Ignota* (1150?) formada por unas 900 palabras y un alfabeto de veintitrés letras de la que solo hay información fragmentaria.
Se conservan más de 300 cartas a personas de toda índole que acudían a ella en demanda de consejos como árbitro que dirimiese sus contiendas. De ellas, ciento cuarenta y cinco están recogidas en *la Patrología Latina* de Migne. Hildegarda escribió cartas a Papas, cardenales, obispos, abades, reyes y emperadores, monjes y monjas, hombres y mujeres de todas clases tanto en Alemania como en el extranjero. Se conservan las cartas cruzadas con dos emperadores, Conrado III y su hijo y sucesor el emperador Federico I Barbarroja, con los Papas, Eugenio III, Anastasio IV, Adriano IV y Alejandro III, con el Rey inglés Enrique II y su esposa Leonor de Aquitania, y una larga serie de nobles, cardenales y obispos de toda Europa, a quienes aconsejaba y si era necesario reprendía, escuchada por todos como referencia moral de su tiempo.
Completan su obra una serie de tratados menos conocidos: *Solutiones triginta octo quaestionum* (1178) (Respuesta a 38 preguntas); *Expositio Evangeliorum* (cincuenta homilías sobre los Evangelios), *Explanatio Regulae S. Benedicti* (Comentario de la Regla de San Benito), *Explanatio Symboli S. Athanasii* (Comentario del Símbolo Atanasiano), *Vita Sancti Ruperti* (1150?) Vida de San Ruperto y *Vita Sancti Disibodi* (1170) Vida de San Disibodo, algunas de ellas de fecha desconocida.
Hildegarda realizó al menos cuatro grandes viajes fuera de los muros del convento (entre 1158 y 1171, a lo largo de los ríos Nahe, Meno, Mosela, y Rin) a instancias de los prelados de diversos lugares. En ellos predicó en iglesias y abadías sobre los temas que más urgían a la Iglesia: la corrupción del clero y el avance de la herejía de los cátaros. En su tercer viaje, (entre 1161 y 1163) cuando visitó Colonia a instancias de los Canónigos Capitulares para predicar contra la herejía de los cátaros, lo hizo pero también y con gran énfasis, recriminó con dureza y achacó el auge de la misma a la vida disoluta que llevaban los mismos canónigos, los clérigos y a la falta de piedad de los mismos y del pueblo cristiano en general, lo que da idea de su carácter. Fue la única mujer a quien la Iglesia permitió predicar al pueblo y al clero en templos y plazas. De sus cartas se desprenden los itinerarios y la finalidad de sus viajes que realizaba en barco y a caballo, un autentico sufrimiento para su naturaleza débil.
Murió el 17 de septiembre de 1179 y fue sepultada en la iglesia de su convento de Rupertsberg del que fue Abadesa hasta su muerte. Sus reliquias permanecieron allí hasta que el convento fue destruido por los suecos en 1632, y sus restos trasladados a Eibingen.

En ninguna de las obras o cartas, Hildegarda se atribuye a sí misma ningún mérito, antes bien, se define como "*pobre criatura falta de fuerzas*". Todo lo que sabe y hace es obra de Dios. Las visiones, las revelaciones, las curaciones que realizó, fueron sobrenaturales: "*todas las cosas que escribí desde el principio de mis visiones, o que vine aprendiendo sucesivamente, las he visto con los ojos interiores del espíritu y las he escuchado con los oídos interiores, mientras, absorta en los misterios celestes, velaba con la mente y con el cuerpo, no en sueños ni en éxtasis, como he dicho en mis visiones anteriores. No he expuesto nada que haya aprendido con el sentido humano, sino sólo lo que he percibido en los secretos celestes*". (Prólogo del Liber Divinorum Operum)
Se puede considerar que Hidegarda continuó el trabajo de los profetas en la proclamación de las verdades que Dios deseó que supiera la humanidad: "*Escribe pues estas cosas, no según tu corazón, sino como lo quiere mi testimonio, de mí, que soy vida sin principio ni fin, ya que no son cosas imaginadas por ti, ni ningún otro hombre lo ha imaginado, sino son como Yo las he establecido antes del principio del mundo*". (Prólogo del Liber Divinorum Operum)

PANORÁMICA DEL CONTEXTO HISTÓRICO

Santa Hildegarda vivió en el siglo XII, entre 1098-1179. Su biografía coincide con un intenso período de la historia de la civilización occidental cuyos rasgos principales se exponen a continuación.

1. El Reino franco.

La realidad política de aquellos tiempos viene toda ella condicionada por las décadas de los gobiernos carolingios. Carlomagno (768-814) había heredado el reino franco de su padre, Pipino, y la *restauratio Imperii* en su persona hizo que sus empresas políticas se encaminaran a la renovación de la religión y civilización cristianas. Mantuvo guerras contra los eslavos, ávaros, varias guerras contra los sajones, y contra los lombardos para defender al Papa, continuando en esto la política de su padre al "servicio" del Papado. La prudencia de su política le proporcionó respeto, estima, e incluso consiguió que varios reyes cristianos le rindieran vasallaje. Aún hoy, el personaje recibe culto de "santo" en su catedral de Aquisgrán (Aachen).
Su sucesor en el trono, Ludovico, de sobrenombre *Pío*, careció de perspectiva y de las dotes necesarias para mantener unido el *Imperium* restaurado. Repartió su herencia entre sus tres hijos, y esto dió origen a tres nuevos "estados" que, a grandes rasgos, pueden asimilarse a lo que hoy son Francia, Alemania, y una franja intermedia entre ambos que va desde Países bajos hasta el norte de Italia. Los reyes sucesores fueron cediendo prerrogativas a los caballeros nobles (guerreros y dueños de territorios) e incluso algunos llegaron a dividir los reinos entre sus hijos, dando origen a "nuevos estados" independientes, cuyas políticas y alianzas fueron a menudo contrapuestas entre sí.
En el año 830 una numerosa tribu de normandos mostró su disposición a asentarse en territorios del Reino franco y acabar con sus acciones de pillaje. Los normandos — *North-manen*, "hombres del Norte", también conocidos como *Wickingos* o "habitadores de los golfos" y daneses — eran pueblos germánicos que provenían de las actuales naciones de Dinamarca y países escandinavos, desde donde asolaban con frecuencia las costas de toda Europa en atrevidas incursiones, llegando incluso hasta Galicia y Sevilla. Fue Ludovico Pío quien les concedió entonces el territorio deseado, sea por causa o como consecuencia de haberse hecho cristianos. Tal es el origen del ducado de Normandía en Francia. Avanzado el tiempo, los duques de Normandía conquistarán el Reino de Inglaterra y posteriormente batallaron también por dominar el Reino de Francia. De ahí su gran influencia en las historias de Francia, Inglaterra, e incluso Italia, en Sicilia, desde aquellas primeras empresas bélicas y políticas.
La dinastía carolingia se extinguió en Francia con la muerte de Luís V *el Holgazán*. En esas fechas el monarca carecía ya de toda autoridad y prestigio. Y así, en el año 987, casi sin oposición de resistencia, ciñe la corona real Hugo Capeto, conde de Paris, e inicia una nueva estirpe legítima, la dinastía de los Capetos, aunque con escaso poder por causa de la independencia de los grandes señores feudales.
Los Capetos poseían entonces sólo un pequeño distrito en torno a París. Con la extinción del antiguo Imperio carolingio, Francia había quedado fragmentada en los ducados de Borgoña, Normandía, Aquitania y Champaña, los condados de Poitou, Anjou, Maine, y Flandes, Tolosa, Provenza y Foix, y algunos Señoríos más. La Casa de Tolosa, por ejemplo, ejercía de hecho más poder que el Rey capeto. A pesar de todo, con los Capetos el poder real fue creciendo en importancia e influencia, según lograba

incorporar nuevos dominios, concedía privilegios, favorecía a los súbditos humildes y menos poderosos, y forjaba instituciones nuevas y eficaces, apoyando a los eclesiásticos y dejando que los señores feudales se fueran debilitando al combatirse entre sí.
Los reyes Luís VI (1108-1137) y Luís VII (1137-1180) son los capetos coetáneos de Santa Hildegarda. Aconsejados por el abad de San Dionisio, potenciaron su monarquía y la asentaron con fuerza sobre los territorios franceses del Reino franco. Luís VII participó en la IIª Cruzada, acompañado de su mujer Leonor de Aquitania, heredera de los estados de Guyena, Poitou y Saintonge, pero este matrimonio acabó disuelto. Como Leonor casó después con Enrique II de Inglaterra, por matrimonio se incrementaron mucho las posesiones del Rey inglés en Francia. Y posteriormente esto fue motivo constante de disputas y de larguísimas guerras.
Al rey Felipe II (1180-1223), sucesor de Luís VII, corresponde el mérito de asentar definitivamente la monarquía capeta sobre el Reino de Francia. Erigió además la Universidad de Paris y diversas instituciones de gobierno. Y, con un ejército disciplinado y eficaz, instauró el imperio de la ley común, el derecho imperial, y constituyó un gobierno donde él dejaba de ser ya un señor feudal más, para convertirse en verdadero "Rey" de todos los señores nobles: asistido por un Consejo juzgaba las controversias surgidas entre los grandes. Un hecho importante de su reinado es que participó en la IIIª Cruzada y, a su regreso, invadió las posesiones francesas del rey inglés Ricardo *Corazón de León*.

2. Los normandos y sajones de Inglaterra.

En el año 1066 el duque de Normandía, Guillermo *el Conquistador*, desembarcó en las Islas británicas, venció al ejército sajón del rey Harold, conquistó Londres y se coronó como nuevo rey de Inglaterra. Su dominio fue total: reprimió todas las sublevaciones y sometió enteramente el país. Murió en 1087 durante una batalla contra el rey de Francia, Felipe I, por la conquista de la ciudad de Nantes. Le sucedieron Guillermo II apodado *el Rojo* (1087-1100) y Enrique I (1100-1135), que logró ceñir las coronas de Inglaterra y de Normandía. Sus descendientes fueron Esteban de Blois (1135-1154), último rey de la Casa Normanda, y Enrique II (1154-1189), hijo de Enrique I, que fue consorte de Leonor de Aquitania, aquella que primero se había desposado con el rey francés Luís VII. Fue por este matrimonio como el rey de Inglaterra Enrique II consiguió ser dueño de casi la mitad de Francia.
Su política se caracterizó por el enfrentamiento con la Iglesia y con los nobles. De hecho promulgó las *Constituciones de Clarendon* (1164) que, en la práctica, anulaban las libertades de la Iglesia. Esa beligerancia culminó con el asesinato del Primado de Canterbury, santo Thomas Becket, por su resistencia a la supresión de las inmunidades eclesiásticas. Pero todo su reinado se caracterizó por las continuas guerras: sometió Irlanda y el país de Gales, sojuzgó Escocia, y estuvo en luchas constantes contra el rey de Francia. Al final, su mujer Leonor incitó contra él a sus propios hijos: el mayor murió en la lucha, el pequeño (Juan *Sin Tierra*) le traicionó, y el segundo (Ricardo *Corazón de León*) se declaró vasallo de Felipe II de Francia a cambio de que le ayudase en la guerra contra su padre. Este Ricardo fue quien le sucedió en el trono (1189-1199) y quien emprendió la IIIª Cruzada.

3. Los territorios germánicos.

La decadencia política del Imperio carolingio es también una de las claves de la historia de Alemania, ya que de su desmembramiento brotan las familias ducales germánicas: en ese proceso de declive los señores o gobernadores de cada territorio fueron acrecentando su poder, asegurando la sucesión dentro de su familia y estirpe, y afianzaron a la vez su autoridad e independencia. El dominio de estos nobles se extendía por todos los territorios del centro de Europa: además de la actual Alemania, el norte de Italia, Suiza, Austria, la antigua Yugoslavia, Chequia, Eslovaquia y parte de Polonia.

Entre todos esos grupos de nobles, la Casa de Sajonia alcanzó una indudable preeminencia durante el siglo X, hasta el punto que Enrique I —posteriormente también su hijo Otón I— fueron coronados como "reyes" de los germanos, no sin lucha ni oposición, consolidando así una cierta autoridad sobre las otras Casas ducales, aunque sostenida más por la fuerza de las armas que de buen grado. Para resistir los embates de la nobleza Otón I se apoyó en los obispados y abadías, concediendo derechos y privilegios, de modo que los Obispos alemanes acabaron siendo equiparados a los grandes señores feudales. Después, a reclamo del Pontífice romano, Otón I conquistó la Lombardía y, en el año 962, en la ciudad de Roma, el Papa le otorgará la corona del restaurado *Sacro-Imperio* de los tiempos carolingios, también con el título de *Rex romanorum* o "Rey de romanos".

El Emperador confirmó al Papa en sus posesiones temporales, sus "estados pontificios", pero las desavenencias no tardaron en surgir. Otón I cometió el error de intentar la deposición del Papa, nombrar un antipapa, y bajo amenazas hacer jurar a los romanos que no elegirían otro Papa sin su consentimiento. Comenzaba así una "tutela" de los Emperadores germánicos sobre el Papado romano, fuente continua de conflictos, de tensiones y enfrentamientos, que condicionará y determinará los hechos políticos en los siglos posteriores de la historia europea.

Entre las consecuencias de esa "tutela", uno de los hechos más relevantes será el gradual y progresivo "enfeudamiento" de la organización eclesiástica en los territorios germánicos: es decir, la confusión entre las estructuras temporales y las "espirituales" o eclesiásticas, porque muchos Obispos y Abades acabaron recibiendo sus "feudos" del Imperio, de la *potestas regalis* o imperial, llevando éstos anejos el "oficio eclesiástico" (obispo o abad del respectivo territorio) y la ordenación sagrada para obtener la *potestas spiritualis* propia de los clérigos. Esto es lo que se denomina "investidura laica del báculo y del anillo". Y no puede sorprender entonces que el delito de simonía o la compra de "dignidades eclesiásticas" por sumas de dinero fuera una de las peores lacras del sistema.

Sin embargo, este sistema permitía al Emperador asegurarse la docilidad de sus feudatarios, aunque la *potestas spiritualis* eclesial quedara totalmente sometida a los manejos e intereses del poder civil: por esta vía, de hecho, alcanzaban la dignidad episcopal los hijos de los nobles, también sin vocación eclesiástica, guiados sólo por la codicia de los bienes que los oficios eclesiásticos otorgaban. La violación frecuente de la ley del celibato entre los clérigos —llamada entonces *nicolaísmo*, usando el nombre del *Apocalipsis* del apóstol Juan— era también otra lacra del sistema, a la vez que un notorio indicio de la corrupción moral de los clérigos de aquél tiempo.

Frente a esta relajación de costumbres y de la piedad, ampliamente generalizada en los ámbitos eclesiásticos y civiles, se alzaron hombres espirituales y entusiastas, reformadores decididos a restaurar la antigua *libertas Ecclesiae* frente a los abusos del poder civil. El más significado de todos ellos fue el monje Hildebrando, investido Papa

con el nombre de Gregorio VII (1073-1085), quien da nombre también a ese amplio movimiento de renovación medieval, hoy conocido como "reforma gregoriana".

Puede situarse el comienzo de esta "reforma" hacia mediados del siglo XI, su punto álgido en la lucha de los Romanos Pontífices contra la "investidura laica", y su término final en el *Concordato de Worms* del año 1122, que formalmente cierra las tensiones entre Papa y Emperador. Sin duda, sus frutos eclosionan a lo largo del siglo XII. Y sin esta referencia resulta ininteligible la realidad política y espiritual de la *Cristiandad* medieval del siglo XIII: una estructura política plural y unitaria a la vez, gobernada por "dos espadas", como el sol y la luna según la analogía de Bernardo de Claraval, que son la "autoridad espiritual" de los Papas y el "poder temporal" personificado en su vértice por la figura del Emperador.

El epicentro de la "crisis de las investiduras" tuvo por protagonista al Emperador Enrique IV (1056-1106), que comenzó a reinar en el año 1076. A pesar de las advertencias de Gregorio VII, pretendió otorgar la "investidura laica" del arzobispado de Colonia y, por este motivo y también por otras causas de índole moral, el Papa Hildebrando le amonestó con la advertencia de excomunión si desobedecía. La respuesta fue que el Emperador reunió a sus "obispos-vasallos" alemanes y les obligó a declarar la deposición del Papa. El Romano Pontífice contestó con la excomunión, cuyo efecto "político" inmediato era liberar a los súbditos del juramento de fidelidad al monarca. Los demás "príncipes" alemanes —es decir, los "príncipes electores", los nobles que elegían la persona de su Emperador, quien después era nombrado ("instituido") por el Papa— consideraron depuesto al Emperador mientras no le fuera levantada la excomunión. Un Enrique IV aparentemente arrepentido acudió a Canosa, ante el Papa, en demanda de perdón y recibió la absolución. A pesar de esta absolución, los príncipes alemanes nombraron nuevo Emperador a un miembro de la Casa de Suabia, pero tras su muerte la sucesión volvió a Enrique IV.

El Emperador Enrique V, hijo de Enrique IV, se cuenta entre aquellos que protestaron contra su padre cuando intentó mantener la investidura laica. Y sin embargo, al ocupar el trono, retomó la política abusiva de su predecesor. La posición inflexible de Gregorio VII fue mantenida por los Papas posteriores y tantos otros preclaros hombres de aquél tiempo. El conflicto no encontró una solución pacífica hasta el pontificado de Calixto II (1119-1124), en el *Concordato de Worms*: según este acuerdo, el Romano Pontífice se reservaba la libre elección y consagración de obispos y abades y la consagración de quienes fueran canónicamente elegidos para los oficios eclesiásticos, mientras que al Emperador se le reconocía el derecho a otorgar los feudos, aún sin mediar elección, para garantizar así los intereses del Reino.

Muerto Enrique V, los príncipes-electores designaron ahora como Emperador a otro miembro de la Casa de Sajonia. Pero en la oportunidad siguiente hubo cambio de Casa reinante, al elegir como Emperador a Conrado III (1138-1152), de la Casa de Suabia. En las luchas entre los pretendientes de las Casas de Sajonia y de Suabia está el origen de las facciones de *Güelfos* y *Gibelinos*: estos nombres son una deformación italiana de aquellos otros con que eran conocidas esas dos Casas de nobles en liza. De ordinario los *Güelfos* sostuvieron una política en favor del Papado, mientras que los *Gibelinos* velaron más por los intereses políticos del poder imperial. Luego, durante varios siglos, las luchas entre estos dos bandos desestabilizaron Alemania y, no pocas veces, fueron causa de las invasiones de Italia, que asolaron sus tierras y ciudades.

4. La península itálica.

Federico I apodado *Barbarroja* (1152-1190) fue quien mayor relación tuvo con la actividad pública de Santa Hildegarda. Había sido elegido Emperador por su parentesco con las Casas de Sajonia y de Suabia, a la búsqueda de una ansiada paz entre los nobles. Sin embargo, una vez investido del cargo por el Papa, el *Barbarroja* pretendió la sumisión de todos los poderes, por su condición de cabeza del *Imperium*, y ser considerado soberano de todas las tierras, incluidas las posesiones eclesiásticas. Con esta excusa invadió el Norte de Italia, buscando ser reconocido como "soberano temporal" de esos territorios, pero encontró resistencia en las ciudades italianas, que ya para entonces eran prósperas.
En esta ocasión venció Federico y arrasó Milán hasta los cimientos. Pero el nuevo Papa Alejandro III se opuso a sus abusivas pretensiones. Los antiguos conflictos resurgen de nuevo, cuando el Emperador nombra un antipapa, deponiendo a Alejandro. Pero ahora las ciudades italianas confederadas logran derrotar a Federico en la batalla de Legnano, y así éste hubo de someterse a la autoridad pontificia. Para expiar sus culpas y errores, el *Barbarroja* aceptó participar en la IIIª Cruzada. Y, en efecto, murió en ella, de camino, ahogado al intentar vadear un río, en el año 1190.
Estos hechos ilustran el tipo de tensiones que padecieron los territorios italianos, en especial durante estos siglos medios. Con la disolución del Imperio carolingio, la península itálica había quedado dividida entre los *estados francolombardos* del norte, los *estados pontificios* del centro, y los *estados bizantinos* del sur: esto es, Nápoles y Sicilia. Y esta distribución se mantuvo durante varios siglos. En cierto modo van unidas la historia de los "estados pontificios" y el devenir de la liga lombarda, que solía defender los "estados del Norte". En cambio, los "estados del Sur" tienen una historia propia, de guerras y cambios políticos, más distanciada de los sucesos centroeuropeos. Por eso su devenir queda algo más alejado de la biografía de Santa Hildegarda.

5. Los territorios hispánicos.

Si ahora la mirada se centra en los territorios hispánicos, la primera observación es que no resulta fácil resumir en pocas líneas la panorámica política en esas tierras durante los siglos XI y XII. El ideal cristiano de la *Reconquista* del territorio a los musulmanes caracteriza ese período de la historia de sus Reinos cristianos, pero mezclado siempre con luchas fraticidas, rencillas y divisiones entre los reinos, e intereses partidistas, que no pocas veces primaron sobre el interés común de la lucha contra el Islam.
Hasta el año 1000 el moro Almanzor había impuesto su ley sobre los reinos cristianos. Tras su muerte, en el año 1002, se abre un periodo de anarquía que culminó en la división del poderío unificado musulmán en los llamados *Reinos de Taifas*: es decir, estados o dominios minúsculos, con sus propios señores al frente. Se llegó hasta el extremo de constituir 23 "reinos" distintos en el territorio hispánico musulmán.
Sin embargo, durante el último tercio del siglo XI, en el norte de África se constituyó un nuevo "imperio" islámico unificado, bajo el poder de los almorávides. A ellos acudieron los príncipes árabes de España para resistir el empuje de "reconquista" de los cristianos. Y así, en el año 1084, comenzó la invasión almorávide de la península ibérica. El rey Alfonso VI de León, que recién acababa de conquistar Toledo (1085), fue derrotado en la batalla de Sagrajas o Zalaca, en 1086. Y ya en el año 1089 los almorávides habían acabado con los "reinos de taifas", incorporando esos territorios a sus dominios.

La pronta decadencia moral de la fuerza almorávide fue sustituida por el renovado poder de los almohades, que en el año 1112 se hacían con todo el norte de África y, pronto también, con toda la España musulmana. Después lucharon con suerte desigual contra los reyes cristianos, pero al fin derrotaron seriamente al rey Alfonso VIII de Castilla, en la batalla de Alarcos del año 1195. Esta victoria de los almohades significó el control sobre amplios territorios de la península, hasta el punto de amenazar la supervivencia de todos sus reinos cristianos. Sin embargo, la posterior batalla de las Navas de Tolosa y la consiguiente derrota de los musulmanes, en el año 1212, significó el principio del fin de la dominación árabe en España. Fue Alfonso VIII de Castilla quien afrontó también esa batalla, con la ayuda de sus tropas castellanas, pero ahora apoyadas por navarros y aragoneses. Así las *Navas de Tolosa* permitió recuperar una cierta conciencia de unidad entre los Reinos cristianos hispánicos.

La historia de los Reinos cristianos, a la muerte de Almazor (1002), comenzó con signo opuesto al de los reinos musulmanes, cuando el rey de Navarra Sancho el Mayor (1000-1035) concentró todos los territorios cristianos, incluido el Condado de Castilla. Sin embargo, la herencia de este Sancho llevó a una partición de los "estados" unificados, en una pluralidad de Reinos: Navarra para el hijo mayor García, Castilla para Fernando, Aragón para Ramiro, pero estos dos también con título de Rey.

El primer rey de Castilla Fernando I consiguió la unión de su Reino con el antiguo Reino de León en 1037. Pero tras su muerte, vino de nuevo la división: el primogénito Sancho recibía el reino de Castilla, su hijo Alfonso el Reino de León, su otro hijo García el Reino de Galicia, y a sus hijas Urraca y Elvira se les daban los Señoríos de Zamora y Toro. Pronto comenzaron guerras fraticidas, porque Sancho intentó arrebatar los Reinos de sus hermanos. Al final, tras el asesinato de Sancho por Bellido Dolfos (1072) en Zamora, Alfonso fue proclamado Rey de Castilla y de León. Y él mismo no tardó mucho en arrebatar el Reino de Galicia a su hermano García, restaurando la integridad de las posesiones de su progenitor.

A este Alfonso sirvió el legendario caballero Rodrigo Díaz de Vivar, apodado *el Cid*, cuya historia fue narrada en poemas y cantares de gestas. El Cid conquistó Valencia en el año 1093 y la ciudad permaneció en manos cristianas aún tres años después de su muerte, acaecida en 1099. Y este Alfonso es también el que fue derrotado en Sagrajas por las fuerzas almorávides. En 1126 le sucede su hijo Alfonso VII, quien de nuevo separa *post mortem* los Reinos de Castilla y de León y, además, durante su reinado consumó la independencia de Portugal (1139), entronizando como Rey a Alfonso I de Portugal. En 1169 le sucederá su nieto Alfonso VIII de Castilla, el monarca que sufrió la derrota de Alarcos (1195) y que también venció en la decisiva batalla de las Navas de Tolosa (1212).

La sucesión del Reino de Aragón registra análogos vaivenes a los de Castilla y León, pero en relación con el Reino de Navarra. Ramiro heredó Aragón en 1035 y, tras la muerte del Rey de Navarra en 1076, se unieron los Reinos de Navarra y de Aragón. Pero esta unión no se mantuvo, ya que el Reino de Aragón acabó mirando hacia Cataluña. Cuando el rey Alfonso I *el Batallador* (1104-1134) murió sin hijos, heredó el trono su hermano Ramiro apodado *el Monje* y éste casó a su hija con el Conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV (1137-1162). En el hijo de ambos, Alfonso II de Aragón (1162-1196), se consumó la unión entre el Reino de Aragón y el Condado de Barcelona.

Navarra quedó entonces ya sin posibilidades de expansión de sus territorios y, por su cuenta, el Reino siguió con la sucesión de sus reyes naturales, la familia de los Sanchos: esta línea se extingue en el año 1237, con la muerte de Sancho VII *el Fuerte*, que fue

uno de los Reyes vencedores en las Navas de Tolosa. Los demás Reinos cristianos continuaron con su rápida expansión hacia el sur, al menos durante casi todo el siglo XIII, y en especial por la acción guerrera de Fernando III de Castilla (1198-1252) y Jaime I de Aragón (1213-1276). Y, cuando parecía inminente el derrumbe de los árabes, las rencillas y desavenencias entre los reinos cristianos provocaron un parón en la acción de *Reconquista*, que ya no tendrá continuidad hasta finales del siglo XV, con los Reyes Católicos. Con todo, para entonces, la presencia musulmana había quedado reducida ya a sólo el Reino tributario de Granada.

6. La iglesia en Occidente durante el siglo XI.

El siglo XI es pródigo en acontecimientos que gradualmente fueron cambiando el panorama social, cultural y también político del Occidente cristiano. Por enumerar algunos sucesos: la consolidación del cisma de Oriente en 1054, la reforma gregoriana, la lucha de las investiduras, el inicio de las Cruzadas, la expansión de la reforma monástica de Cluny y del Císter, el desarrollo de una incipiente escolástica en las escuelas monacales, y también la difusión y expansión del arte románico, que alcanza su apogeo y transformación un siglo después. Y el siglo XII fue en efecto un tiempo de verdadero esplendor, de renovación, que sólo puede entenderse desde la reforma religiosa y cultural incoada en el siglo XI. Sin embargo, a mediados del siglo XI es cuando se consolida la ruptura de Oriente con Roma.

Desde dos siglos atrás —con el Patriarcado de Focio, años 860-870— se venían manifestando tensiones y distancias entre los "patriarcas" de Constantinopla (Oriente) y Roma (Occidente), que no pocas veces eran resultado de problemas políticos, jurisdiccionales, culturales o de interpretación litúrgica, más que auténticas divergencias insalvables. En su momento, las dos principales diferencias argüidas para la separación de Roma fueron la no aceptación del primado jurisdiccional del Papa romano y el hecho de que Occidente hubiera incluido la expresión *Filioque* en el Credo Niceno-constantinopolitano, cuando enuncia la procesión teológica del Espíritu Santo: *qui ex Patre Filioque procedit*, "que procede del Padre y del Hijo". Y así, en el año 1054 el patriarca de Constantinopla, Miguel Cerulario, y el Papa de Roma, León IX, se excomulgaron mutuamente, tomando pie en aspectos equívocos sobre los dos temas, de tal modo que consumaron una ruptura larvada durante siglos.

En los siglos posteriores habrá dos intentos serios de restaurar la unidad: primero, durante el II Concilio de Lyon celebrado en 1274 y, segundo, durante el Concilio de Basilea-Ferrara-Florencia iniciado el año 1439, que no llegaron a cuajar. La excomunión contra Cerulario fue levantada por el papa Pablo VI en 1965, al término del Concilio Vaticano II, y otro tanto hizo el patriarca Atenágoras de Constantinopla, decidiendo ambos —mediante una declaración conjunta— "cancelar de la memoria de la Iglesia la sentencia de excomunión que había sido pronunciada". Desde entonces, los esfuerzos ecuménicos para restablecer la unidad se han convertido en la tarea prioritaria de los actuales anhelos cristianos.

Es indudable que aquella ruptura histórica vino alentada por un paulatino deterioro de la moralidad eclesial. Con ocasión de la elección de León IX en el año 1049, por ejemplo, el obispo de Sengi, San Bruno, llegó a decir: "todo el mundo yace en la maldad, la santidad ha desaparecido, la justicia ha perecido y la verdad ha sido enterrada. Simón el Mago domina la Iglesia, cuyos obispos y sacerdotes están entregados a la lujuria y a la fornicación" (cf. *Vita S. Leonis PP. IX* en WATTERICH, *Pont. Roman, Vitae,* I.96). La investidura laica de obispos y abades había generalizado las prácticas de simonía y nicolaísmo, con la consiguiente debilitación de la fe y el

quebrantamiento moral del pueblo cristiano. Para cambiar y remediar estos males brotaron entonces Papas y santos que incoaron una profunda renovación de la vida eclesial, y también social y política.
El Papa Nicolás II (1059-1061) fue quien arrebató al Emperador el derecho que tiempo atrás se había arrogado de designar los Pontífices romanos y estableció que fuera elegido por el colegio romano de cardenales. En el sínodo romano de 1059, en el que tomaron parte 113 obispos, promulgó el decreto de elección pontificia que reservaba a los cardenales de la diócesis de Roma tal elección. La intervención del clero y pueblo romanos y los abusos del Emperador quedaban ahora reducidos a la simple aclamación del Papa elegido por cardenales. Hubo también una decisión directa contra la simonía, formulada en estos términos: *Ningún clérigo sacerdote puede recibir de ningún modo una iglesia de manos de los laicos, ni gratuitamente, ni habiendo pagado*. Es la muestra de una decidida voluntad de acabar con las lacras de la época.
Pero la figura de San Gregorio VII (1073-1085) —canonizado el año 1725— emerge aquí con una centralidad indiscutible e indiscutida. En 1075 publicó su *Dictatus Papae*, los “dictados” del Papa, que es un conjunto de veintisiete axiomas para acabar con la investidura laica. Después, las colecciones canónicas pregregorianas o de la reforma gregoriana abundarán en textos contra tales prácticas.
En este siglo se organizó también la primera de las ocho Cruzadas que se sucedieron hasta finales del siglo XIII. Fue convocada por el Papa Urbano II (1088-1099), en el concilio de Clermont de 1095, y su resultado más tangible fue la conquista de Jerusalén. Este santo Pontífice renovó también los decretos contra la simonía, el concubinato de los clérigos, la investidura laica, y prohibió a los eclesiásticos prestar juramento de fidelidad a los laicos.
Con todo, fue el auge de los monasterios benedictinos uno de los agentes más eficaces para la promoción de los cambios, ahora agrupados por obediencias de un modo nuevo, en forma de “orden”. El monasterio de Cluny (Francia), fundado a comienzos del siglo IX, se basaba en la estricta observancia de la *Regla de San Benito* y el impulso decidido de sus priores y abades para restaurar su primitivo rigor provocó la pronta expansión y crecimiento de sus obediencias. La expansión por Europa es tal que en el siglo XII contará con más de 2.000 monasterios y 10.000 monjes. No pocos de los Papas y abades reformadores de esta época, comenzando por el Hildebrando Gregorio VII, provenían de esta observancia monástica.
Pero de Cluny brota también otra reforma: la de Cister (Francia), iniciada en 1098 con la fundación ahí de un monasterio cluniacense. La obediencia propia del Cister conocerá un extraordinario incremento, en detrimento de Cluny, cuando el joven noble Bernardo de Clavaral ingresa en ese monasterio con treinta compañeros más, todos ellos caballeros nobles de Borgoña. Pero, en general, tanto el espíritu de Cluny como el de Cister sustentaron el renacer espiritual del siglo XII.

7. La iglesia en Occidente durante el siglo XII.

El siglo XII es el tiempo de la biografía de Santa Hildegarda (1098-1179) y es también el tiempo de una plena renovación de la vida cultural y espiritual del Occidente cristiano, que llega a un culmen de extraordinario esplendor a lo largo de todo el siglo XIII. Existe en efecto una íntima continuidad de temas y problemas entre los siglos XI y XII, señalando una dirección de creatividad institucional, perfeccionamiento social y moral, y florecimiento de la cultura y de la espiritualidad. La prueba más elocuente es la creación de la institución universitaria: la *universitas studiorum*. Estas “universidades” comienzan a formarse cuando las escuelas *monacales* se van haciendo

episcopales y, más pronto o más tarde, los Papas y Emperadores apoyan esas iniciativas de estudio: la pionera Constitución *Habita* del Emperador Federico II, con medidas protectoras para quienes marchan al *Studium* de Bolonia, es del año 1148.
A comienzos del siglo XII se reanuda además la interrumpida tradición de celebrar Concilios ecuménicos, después de los primeros ocho grandes sínodos, que se reunieron todos en Oriente durante los nueve primeros siglos. Tras la firma del *Concordato de Worms*, fue Calixto II quien convocó el I Concilio de Letrán (año 1123), renovando ahí la condena de la simonía y el nicolaísmo. No mucho después, el II Concilio de Letrán (año 1139) declaró inválido —no sólo ilícito, como era hasta entonces— el matrimonio contraído por clérigos y por monjes. Y el III Concilio de Letrán (año 1179) selló la paz definitiva entre el Papado y el Imperio, entonces entre Alejandro III y Federico I *Barbarroja*, al tiempo que decretaba la excomunión de los cátaros y pronunciaba el anatema contra quienes les dieran su apoyo. Hacia el final del siglo, el conde Lothario de Segni, elegido Papa con 33 años como Inocencio III (1198-1216), consigue que el Pontífice romano se convierta en el árbitro moral de los conflictos políticos de Europa.
Este siglo fue también la etapa de esplendor del Cister y los años en que se gestan las órdenes religiosas que crecerán después con sus grandes santos: carmelitas, agustinos, franciscanos, dominicos, ya que en este tiempo Europa sufrió el azote de la herejía albigense. Tuvo lugar además la segunda y tercera Cruzadas, nacieron las Ordenes Militares, y comenzó a desarrollarse el arte gótico en las catedrales del norte de Francia.
La herejía albigense de los cátaros, originada en el sur de Francia, tuvo su apogeo entre los siglos XII y XIII. Y, en efecto, fue una discusión en toda regla de la fe cristiana tradicional: rechazaba la divinidad de Cristo, también la virginidad de María, la jerarquía eclesiástica, y atacaba casi todos los sacramentos: bautismo, eucaristía, matrimonio. Basada en el antiguo maniqueísmo y dualismo de origen persa, se oponía a la propiedad privada y proclamaba la existencia de dos principios equivalentes y opuestos entre sí, la luz y las tinieblas, de manera que Dios y Satán eran "divinidades" de igual rango. Y la metempsícosis o reencarnación de las almas era otro de sus postulados. Sus partidarios fueron censurados ya en el sínodo de Orleáns del año 1022 y en muchos otros sínodos posteriores, como el Concilio de Reims de 1148 y de Tours de 1163.
San Bernardo de Claraval y Santa Hildegarda fueron muy beligerantes contra esta herejía. El III Concilio de Letrán elaboró además una profesión de fe dirigida contra ellos, aunque la declaración formal de herejía se retrasó hasta el año 1187. Desde entonces, se inició una decidida acción pastoral para erradicar la herejía, sobre todo mediante la predicación: la Orden de Predicadores, los dominicos, surge precisamente para combatirla y, según una aceptada tradición, la Virgen reveló a Santo Domingo de Guzmán (1170-1221) que usara la devoción del Rosario como medio eficaz para acabar con ella y convertir a los pecadores. Estas acciones pastorales no excluyeron que se emprendiera también una cruzada específica (año 1208) y se organizaran unos tribunales —la Inquisición canónica, distinta de la civil— para su detección y aislamiento en la Cristiandad.
Bernardo de Clavaral es sin duda la gran figura señera de este siglo: su influencia fue tal que destacó no solo como pilar de la Iglesia (por sus escritos, doctrina y santidad de vida), sino influyendo también en la política, pues fue escuchado por Emperadores y Reyes al igual que por Papas y Obispos. Bernardo es como un "Padre de la Iglesia", pero fuera del tiempo. Fue un gran devoto de la Virgen María: la consideró medianera de todas las gracias y poderosa intercesora ante su Hijo. De su piedad personal vienen las últimas palabras de la *Salve Regina* "Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen

María” o la muy difundida oración del “Acordaos”, entre otras devociones. En general, durante el siglo XII, la vida religiosa continuó siendo monacal, de raíz benedictina, ya que el declinar de la obediencia de Cluny fue sustituido por el auge del Cister: en vida de Bernardo se fundaron 68 abadías y, ya durante el siglo posterior, el Cister llegó a gobernar sobre 650 abadías de Europa, con más de 20.000 monjes. Pero brotaron también nuevas reformas o fundaciones como los Cartujos de San Bruno, en el año 1100, o los Premostratenses de San Norberto.

Tanta riqueza espiritual tendrá su eclosión durante los primeros años del siglo XIII, con el nacimiento de las grandes Ordenes religiosas: primero la *Orden del Carmelo* aprobada en 1209, a partir de un grupo de ermitaños retirados al Monte Carmelo para dedicarse a la vida contemplativa, y poco después la *Orden de los Mercedarios*, fundada por San Pedro Nolasco en Barcelona (en el año 1218) para socorrer a los cautivos entre infieles. Sin embargo, la auténtica “revolución religiosa” vino de los frailes predicadores y mendicantes, ya que éstos cambiaron el monasterio por la ciudad adaptándose así a las necesidades de su tiempo: la *Orden de Predicadores* fue fundada en 1216 por Santo Domingo de Guzmán (1170-1221) y la *Orden Franciscana* en 1221 por Francisco de Asís (1181-1226). Y, siguiendo este nuevo régimen canónico, en 1256 se creará también la *Orden de San Agustín*, refundiendo a otros grupos menores de idéntica espiritualidad.

San Bernardo de Claraval fue también el promotor de la IIª Cruzada (1147-1148), como respuesta a los ataques que padecían los Reinos cristianos. Dos reyes dirigieron la empresa bélica: Luís VII de Francia, acompañado de su entonces esposa Leonor de Aquitania, y el Emperador alemán Conrado III. Pero los desacuerdos entre franceses y alemanes fueron constantes y así, a la semana de sitiar Damasco, se disolvieron los ejércitos, volviendo cada quien a sus respectivos países. No mucho después Saladino (*Salah ad-Din*) subió al poder en Egipto y, en el año 1187, consiguió vencer a los cristianos de la Ciudad Santa y acabar con el Reino cristiano de Jerusalén.

La caída de Jerusalén supuso una auténtica conmoción en el mundo cristiano. Para su reconquista se organizó la IIIª Cruzada (1189-1192): en ella participaron el Emperador Federico I *Barbarroja*, el Rey de Francia Felipe II, y el Rey de Inglaterra Ricardo *Corazón de León*. Pero el Emperador murió en el trayecto. En 1191 Felipe II logra conquistar la ciudad de Acre y después regresó enfermo a su Reino. En 1192 el Rey Ricardo se encontraba casi a las puertas de Jerusalén, pero recibió noticias de los problemas que su hermano Juan *Sin Tierra* causaba en el Reino y de que Felipe II amenazaba sus posesiones en Francia. Decidió entonces volver a sus tierras y firmar una tregua con Saladino: en ella se estipuló que los cristianos conservarían la franja costera que iba desde Tiro hasta Jaffa, se permitía la libre entrada de peregrinos cristianos desarmados en Jerusalén, y a los musulmanes se les permitía el acceso a las mezquitas de La Meca por territorios cristianos. Regresado a Europa, Ricardo muere en 1199. Con todo, la soberanía cristiana sobre la ciudad de San Juan de Acre y sus alrededores se mantuvo hasta el año 1291.

Pero el renacer espiritual de este siglo se advierte de modo muy singular mirando una de las instituciones más específicas de la época: las Órdenes militares. Brotaron de una fusión entre los ideales del monacato y la profesión de las armas ante la necesidad de proteger a los peregrinos que visitaban los Santos Lugares: por tanto, fueron “monjes-guerreros”, atados por los tres votos monásticos de pobreza, castidad y obediencia. El ideal de la “caballería medieval” integra ambas notas. La primera de las “Ordenes Militares” de Tierra Santa fue la *Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén*, creada por Godofredo de Bouillón, recién conquistada la ciudad de Jerusalén en1099, con la

específica misión de custodiar el Santo Sepulcro y atender el servicio religioso de la iglesia allí edificada.
En el año 1104 se creó la *Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén*, dedicada a la atención hospitalaria de los peregrinos en Tierra Santa, pero desde el año 1136 asumió también la defensa militar de los enfermos y peregrinos y de los territorios, transformándose así en "Orden Militar". Del año 1118 data la *Orden de los Pobres Caballeros de Cristo*, posteriormente conocidos como *Caballeros Templarios*, porque fue fundada por quienes se instalaron en el antiguo templo de Salomón. Y en el año 1142 se funda la *Orden de los Caballeros de San Lázaro*, que a sus obligaciones militares unían el cuidado de los leprosos: muchos de sus miembros eran Caballeros que habían padecido esa enfermedad, pero la Orden desaparece tras la batalla de de Gazza, en 1244, donde todos sus miembros fueron exterminados.
Este espíritu de la Ordenes Militares prendió también en la península ibérica, cuyos Reinos cristianos estaban empeñados desde hacía siglos en las luchas contra el Islam. Del siglo XII data la creación de la *Orden de Santiago* y la *Orden de Alcántara* en el Reino de León, la *Orden de Calatrava* en Castilla, y la *Orden de San Benito Avis* en el Reino de Portugal.

Durante estos siglos los monasterios trasmitieron hasta nosotros la cultura de la antigüedad clásica. Si hoy conocemos las obras de Platón, Aristóteles y otros muchos filósofos y escritores es por la labor nunca suficientemente reconocida de los monjes que se dedicaron a copiar, traducir y extraer enseñanzas de sus obras. Ningún área del conocimiento quedó fuera de su actividad: traducciones, retórica, gramática, botánica, medicina, aritmética, geometría, arquitectura, astronomía, música, agricultura, teología...
Este periodo de la historia europea ha sido calificado de auténtico *renacimiento*[1]. Baste pensar que fueron los hombres y mujeres de aquellos siglos quienes levantaron las monumentales catedrales de Europa, crearon las Universidades, y concibieron los métodos científicos que fundamentan nuestra civilización.

---

[1] CH. H. HASKINS, *The Renaissance of the Twelfth Century* (Cambridge - Massachusetts 1927).
Vid. un excelente y breve resumen sobre este *Renacimiento* en la obra de J. VERGER, *La rinascita del secolo XII* (Milano 1996) y su edición francesa *La Renaissance du XIIe siècle* (Paris 1996).
Para ahondar en la mentalidad de la época, vid. la obra de A. PADOVANI, *Perché chiedi il mio nome? Dios, natura e diritto nel secolo XII* (Torino 1997), elaborada sobre las fuentes y con abundante bibliografía de la investigación más reciente.

MANUSCRITOS Y EDICIONES DE ESTA OBRA[1]

Liber Divinorum Operum (1163-1173/1174)

Manuscritos:
- Gante , Biblioteca de la Universidad, Cod. 241, entre 1170-1171.
- Wiesbaden, Biblioteca de Hesse , Hs 2 (llamado Riesenkodex-el codice gigantesco), de la década de1180.
- Troyes, Biblioteca Municipal, Ms 683, del siglo XII;
- Manuscrito Ilustrado de Lucca, Biblioteca Estatal, Cod. lat. 1942, de principios del siglo XIII

Edición Príncipe:
In Stephani Baluzii Tutelensis Miscellanea novo ordine digesta et non paucis ineditis monumentis opportunisque animadversionibus aucta, opera et studio, 4 volumenes, editado por Joannis Dominici Mansi (Lucca, 1761-1764) T. II.

Edición de Referencia:
In Sanctae Hildegardis abbatissae, Opera Omnia, volumen 197 de la Patrologia Latina, editado por Jacques-Paul Migne (Paris: Migne, 1855), cols. 739-1038;

Otras ediciones:
- Hildegardis: *Liber Divinorum Operum.* Derolez, Albert y Dronke, Peter, eds. Corpus Christianorum, Continuatio Mediaevalis. Turnhout: Brepols, 1996. En latín.
- Hildegard von Bingen: *Welt und Mensch. Das Buch "De operatione Dei".* Schipperges, Heinrich, ed. Salzburg: Otto Müller Verlag, 1965. 360 pp. Sobre el Manuscrito de Gante con ilustracciones del manuscrito de Lucca. En alemán.
- Hildegard von Bingen. Das Buch vom Wirken Gottes. Liber divinorum operum. Mechthild Heieck. Augsburg: Pattloch 1998. 464 S. En alemán.
- Hildegard of Bingen's Book of Divine Works with Letters and Songs (Santa Fe: Bear, 1987). Por Matthew Fox. En Ingles.
- Hildegarde de Bingen. Le Livre des oeuvres divines (Visions). Présenté et traduit par Bernard Gorceix. Paris: Albin Michel 1989. En Francés.
- Hildegarda de Bingen: Llibre de les obres divines, col. "Clàssics del Cristianisme", núm.65, Barcelona, Proa, 1997. En catalán.
- Ildegarda di Bingen, Il libro delle opere divine, a c. di Marta Cristiani e Michela Pereira, con introducción de Marta Cristiani. Traducción de Michela Pereira. Milano: Arnoldo Mondadori Editore 2003. En Latín e Italiano.
- Libro de las Obras Divinas. Traducción de María Isabel Flisfisch. Año 2009. Editorial Herder, Barcelona.

Para la siguiente traducción, hemos seguido la edición de la Patrología Latina. Las ilustraciones corresponden al Manuscrito de Lucca.

Nota: J. D. Mansi (siglo XVII) alude a una edición de esta obra realizada por Jacobo Fabro en París, en 1513 (PL. 0739)

[1] Información obtenida de la página web de Sabina Flanagan. University of Adelaide.

ESTRUCTURA Y RESUMEN DEL LIBRO

Este libro tiene un breve prologo y tres Partes. En cada Parte hay unas Visiones, cuatro en la Primera Parte, una en la Segunda Parte y cinco en la Tercera, en total diez Visiones. Cada una de estas visiones está compuesta de un número variable de capítulos numerados. En el primer punto de cada visión se describe la misma. En el resto de los puntos desarrolla esta visión la comenta y completa.
Las ilustraciones de cada visión son las del Codex Latinus 1942 de la Biblioteca Estatal de Lucca. En las diez miniaturas se traduce el texto en imágenes con gran fidelidad. En todas ellas, en pequeño tamaño, aparece Sta Hildegarda, en la primera con Volmar, su secretario, y otra monja, en las demás, ella sola en su celda, elevando su mirada al cielo.
La idea fundamental del libro es la omnipotencia, sabiduría y bondad de Dios y la unidad y armonía de sus obras. Santa Hildegarda describe y relaciona entre sí, la doctrina teológica, la creación y los elementos del universo, el alma y las estructuras del cuerpo humano, y la salvación del hombre, como componentes de un todo.

Primera Parte. (Cuatro Visiones).
Donde se describe la estructura del universo, la creación de los ángeles, la caída de algunos de ellos, la creación del hombre a Su imagen y semejanza, su caída y la promesa de Redención. Descripción de las fuerzas que actúan en del universo simbolizadas en círculos, astros y vientos, su misión y como actúan. Su influencia y utilidad para el hombre. Relaciones entre los elementos que componen el universo, influencia de la caída del ángel, relación e influencia de los elementos cósmicos en el alma y en el cuerpo del hombre, y juicio del hombre por Dios.

Segunda parte. (Una Visión).
División del mundo en cinco partes entre las que hay unas llenas de luz y delicias y otras plenas del horror de los castigos y las tinieblas. Cómo el ángel caído envidia al hombre por la gloria perdida e intenta alejarle de Dios. Amplio cometario del Capitulo primero del Génesis, en el que explica cada párrafo y sus interpretaciones alegóricas, y como todas estas conclusiones se cumplen en los hijos de la Iglesia formados en la fe cristiana, a través de la Encarnación del Hijo de Dios, por la predicación del Evangelio y por la obra del Espíritu Santo.

Tercera Parte. (Cinco Visiones).
Sobre la presciencia y el orden de Dios, que conoce con antelación todas las cosas desde la eternidad, que todo lo crea en el tiempo y que examina con juicio severo las obras de la criatura racional. Los ángeles y la adoración de las criaturas. Historia de la humanidad y de la salvación del hombre, preanunciada por los profetas. Diversidad de los tiempos desde el origen del mundo hasta el presente. El Verbo encarnado actúa para la salvación del hombre por medio de la Iglesia. Los apóstoles. Estado actual de la humanidad y crecimiento de la impiedad. Sobre la naturaleza de los juicios de la potencia divina, que se manifestarán cuando esté cercano el fin del mundo. Cómo entonces la mayor parte de los hombres abandonarán la auténtica fe católica y se convertirán al hijo de la perdición. Sobre la concepción y el nacimiento del Anticristo. Señales, prodigios y tempestades que producirá con sus artes mágicas. Ruina del Anticristo. Citas del Apocalipsis de Juan sobre este tema.
Breve epílogo de este libro, en el cual se entona a Dios un himno de alabanza por su obra, es decir por la salvación del hombre. Hildegarda y su obra se encomiendan a Dios y a sus fieles.

TRADUCCIÓN PARTICULAR DE ALGUNAS PALABRAS Y ACLARACIONES

Se relacionan a continuación las palabras cuya traducción hay que comentar para aclarar términos y evitar equívocos.

Aether que significa cielo, atmosfera, eter, aire, así como el tercer círculo de éter puro (*circulo puri aetheris*) lo hemos traducido por éter.

Beatitudine, beatus, estas palabras designan el latín conceptos que tienen varios significados en español, y ninguna traducción clara. La traducción más directa, Beato, no significa lo mismo en español ni encontramos una palabra que pueda referirse a todos sus significados. El diccionario latino la traduce como: feliz, dichoso, bienaventurado, santo. Hemos empleado todas esas acepciones en función del contexto y cuando una de estas palabras creíamos que no expresaba correctamente la idea de la frase, hemos dejado beato, en la seguridad de que el lector sabrá captar el sentido de la frase.

Candida. Alude en muchas ocasiones a estrellas, nubes e imagen con vestido “candido”, (*stella candida*) en todos los casos lo hemos traducido por blanco. “*Candida*”, en latín es blanco, pero también brillante, deslumbrador, puro, inmaculado, con candor, a todos esos sentidos queremos referirnos con la palabra blanco aplicada al vestido, nube y estrella. Este color blanco solo se emplea en este sentido, referido a lo anteriormente mencionado.

Charitas, la hemos traducido por caridad o amor, indistintamente en función del contexto y para evitar reiteraciones en una misma frase. No creemos que de lugar a equívocos con otra similar.

Circulo aer tenuis: El 5º círculo, “*aer tenuis*”, lo hemos traducido por aire tenue, aunque no exprese en español completamente su significado, sería tenue, ligero.

Circulo aquosi: El 4º circulo, “*circulo aquosi*”, lo hemos traducido por círculo humedo, podríamos haber puesto círculo acuoso, pero hemos preferimos “húmedo” porque “acuoso” complicaba la traducción de algunas frases concretas.

Collateral: Utilizamos, viento colateral, en vez de viento asociado, que quizás fuera más adecuado, por semejanza fonética y por ser un término no del todo preciso.

Densitas, es densidad, consistencia, espesura (de espeso), opacidad (de masa densa). Lo hemos traducido por densidad. Ver *Spissitudo.*

Fidelis hominis , usamos tanto fiel como hombre de fe y creyente.

Humor, umor, es humor, líquido del cuerpo, secreciones endócrinas y también humedad. Lo hemos traducido por humores cuando se refería al cuerpo, por humedad en los demás casos.

Livor. En latín, livor es lividez, moratón o contusion en el cuerpo, también, envidia. Pero sin embargo, livor es un termino habitual e intraducible en las obras de medicina de Hildegarda, que lo usa para referirse a algún tipo de porquería o producto enfermizo; se puede asimilar a mucosidad (cieno, linfa, pus, etc.): “y una mucosidad muy mala (*pesimum livor*) algo así como el agua estancada que inunda y desborda la orilla con légamo putrefacto…” (del libro Causae et Curae). Hemos, pues, utilizado el termino “mucosidad” expresando todos estos sentidos.

Lumbus, literalmente es lomos, parte trasera baja de la espalda, riñonada. Hemos utilizado lomos, y aunque no es una buena opción, no hemos encontrado otra mejor.

Pinguedo, es grosura, gordura, fecundo, fértil, abundante, profundo, espeso, tosco, grosero, fuerza, apacible, etc., lo cual nos permite poner el termino que consideremos más adecuado (y equivocarnos). Referido a la calidad de la tierra, hemos empleado a mayoría de las veces el adjetivo de tierra fuerte, en el sentido de con cuerpo, rica, fertil, desconocemos otro termino particular mas preciso. Así: “… la *fuerza* de la tierra que, si es equilibrada, produce frutos abundantes, pero si no lo es produce frutos inútiles” o “una tierra moderadamente *fuerte* produce la fertilidad de los frutos, mientras que si es *fuerte* en exceso produce a veces frutos inútiles, aunque muy abundantes”. *Pinguedo* dio en español pingüe que significa algo que da mucho con poco esfuerzo.

Planeta, la traducción directa es planeta, tambien astro errante, incluso estrella. Lo hemos traducido por astro, creemos que se acomoda mejor a lo que SH quiere expresar. *Stellis* es claramente estrella.

Rationalitatis, la hemos traducido con los términos: razón, racionalidad, capacidad de razonar.

Salus, salutis, salvación y salud, significa ambas cosas, y ambas hemos empleado.

Scapulis: escápula, hombro. En general lo traducimos como hombro. Lo hemos traducido por clavícula cuando en la frase también cita al hombro (*umero, humero*), (del hombro a la clavícula...)

Spissitudo, es espesor, en sentido de grosor y tambien de espeso, densidad, condensacion. Lo hemos traducido por espesor. Ver *Densitas*

Spuma, espuma, en latín significa tambien escoria o basura. Hemos empleado una u otra en función de la frase.

Verbum, por Verbo o Palabra, indistintamente.

Verecundia, usamos vergüenza, quizás fuera mejor pudor.

Viridite, palabra típica de SH, se puede traducir como “energía verde,” es un concepto clave de la filosofía de Hildegarda. Ella la utilizó para referirse a la fuerza vital inherente a toda la creación, el espíritu por el cual todas las cosas crecen, llegan a ser fructuosas, y obtienen la fuente de la energía de su vida. La hemos traducido por: Fuerza vital, verdor, lozanía, fecundidad, en función del contexto.

Utilizamos, este, levante u oriente, se forma indistinta.
Idem, occidente, poniente, oeste.
Idem, austral, meridional, sur.
Idem, norte, septentrional.

Con la traducción de las citas bíblicas hemos hecho, en muchos casos, una composición entre la literalidad del texto de Hildegarda y las traducciones modernas que estamos habituados a leer. Se ha respetado el texto original cuando los comentarios posteriores se realizan en base a las palabras exactas utilizadas por SH, sin las cuales el comentario carecería de sentido.

Como el lector podrá comprobar, SH usa muchas comparaciones para expresarse. Utiliza muchísimas veces "*sicut*" que hemos traducido con expresiones del tipo "algo como" "lo mismo que" "parece como si" o "igual que", lo cual da idea de la complejidad de las imágenes que ve y que intenta explicar y tambien quizás de la dificultad de SH para describir las mismas con precisión. El empleo de determinadas comparaciones complica la traducción, por lo que somos conscientes que pudiera haber otras formas más exactas de traducir este texto, y que quizás, por falta de conocimiento del latín o pobreza de expresión no hayamos sabido dar el sentido exacto.

Si en alguna frase se ha deslizado alguna incorrección o algo que suena mal, seguro que se debe a la impericia del traductor más que a defectos en el texto original de SH.

INCIPIT LIBER DIVINORUM OPERUM SIMPLICIS HOMINIS

COMIENZA EL LIBRO DE UN SIMPLE MORTAL SOBRE LAS OBRAS DIVINAS

PRÓLOGO

Transcurría el sexto año, durante cinco me había agotado con auténticas y maravillosas visiones, cuando la verdadera visión del resplandor eterno me enseñó a mí, completa ignorante, la diversidad de los caracteres humanos. En el primer año en que tuvieron principio estas visiones de ahora, cuando tenía sesenta y cinco años, tuve una visión tan misteriosa y poderosa que me eché a temblar completamente y luego, por la fragilidad de mi cuerpo, caí enferma. Ésta es por fin aquella visión. He tardado siete años en escribirla y al fin la he concluido.

Así pues, en el año 1163 de la Encarnación del Señor, bajo el reinado del emperador Federico, no reducida todavía la opresión ejercida sobre la sede apostólica romana, una voz del cielo se dirigió a mí con estas palabras diciendo:

"Oh pobre criatura, hija de tantos sufrimientos, purificada por tantas y tan graves enfermedades del cuerpo y sin embargo repleta de los profundos misterios de Dios. Aquello que ves con tus ojos interiores y percibes en los oídos interiores del alma, confíalo a un libro inmortal al servicio de los hombres, a fin de que también ellos comprendan por tus escritos a su Creador y no rehuyan adorarlo con el honor debido. Escribe pues estas cosas, no según tu corazón, sino como lo quiere mi testimonio, de Mí, que soy vida sin principio ni fin, ya que no son cosas imaginadas por tí, ni ningún otro hombre lo ha imaginado, sino son como Yo las he establecido antes del principio del mundo. Porque, tal y como determiné todo antes de crear el hombre, así también he previsto todo lo que le faltaba"

Yo, pues, pobre criatura falta de fuerzas, en la presencia de aquel hombre que, como he dicho en las visiones anteriores, busqué y he encontrado en secreto, y de la otra testigo, aquella joven de que he dado señas en aquellas visiones mencionadas[1], aunque debilitada por las muchas enfermedades, por fin estuve en disposición de escribir con mano temblorosa. Para hacer esto he dirigido hacia arriba la mirada para aprender del auténtico y viviente resplandor lo que tuve que escribir, ya que todas las cosas que escribí desde el principio de mis visiones, o que vine aprendiendo sucesivamente, las he visto con los ojos interiores del espíritu y las he escuchado con los oídos interiores, mientras, absorta en los misterios celestes, velaba con la mente y con el cuerpo, no en sueños ni en éxtasis, como he dicho en mis visiones anteriores. No he expuesto nada que haya aprendido con el sentido humano, sino sólo lo que he percibido en los secretos celestes.

Y de nuevo oí la voz del cielo que me instruía. Y ella dijo: "Escribe lo que te digo de la manera siguiente"

[1] Se refiere al monje Volmar, secretario y copista, y otra monja, probablemente Richardis von Stade, quienes la ayudaron a escribir el Scivias, y a quienes también alude en el Prólogo de dicha obra.

PRIMERA PARTE

PRIMERA VISIÓN DE LA PRIMERA PARTE

Situación de la maravillosa visión de qué trata la obra siguiente, descripción detallada de cierta imagen divina que aparece en forma de hombre y descripción de su vestido y de todo lo que hay a su alrededor.



I. Y vi como en el centro del cielo austral surgía la imagen de Dios, con apariencia humana, bella y magnífica en su misterio. La belleza y el esplendor de su rostro eran tales que mirar al sol hubiera sido más fácil que mirar aquella imagen. Un ancho círculo dorado ceñía su cabeza. En el mismo círculo, sobre la cabeza, apareció otro rostro, el de un anciano, cuyo mentón y barba rozaban la coronilla del cráneo de la imagen. A cada lado del cuello de esta imagen brotó un ala, y ambas alas se irguieron por encima del mencionado círculo dorado y allí se unieron la una a la otra. El punto extremo de la curvatura del ala derecha llevaba una cabeza de águila, sus ojos de fuego irradiaban el esplendor de los ángeles como en un espejo. En el punto extremo de la curvatura del ala izquierda había algo como un rostro humano que brillaba como relumbran las estrellas. Y estos dos rostros miraban hacia oriente. Además, desde cada hombro de la imagen bajaba otra ala hasta sus rodillas.

La imagen estaba revestida por una túnica tan resplandeciente como el sol y en las manos tenía un cordero que brillaba como la deslumbrante luz del día. Bajo los pies aplastaba un monstruo de forma horrible, venenoso y de color negro, y una serpiente. La serpiente hincó su boca en la oreja derecha del monstruo, su cuerpo se enrolló

alrededor de la cabeza del monstruo, y llegaba con la cola hasta sus pies por el lado izquierdo de la figura. Y la mencionada imagen decía:

Palabras pronunciadas por la imagen por las cuales se entiende el amor, que se denomina vida ígnea de la substancia de Dios, y explicación de los múltiples efectos de su potencia en las diversas naturalezas o cualidades de la creación.

II. Esta imagen dijo: “Yo soy la energía suprema y abrasadora, Yo soy quien ha encendido la chispa de todos los seres vivientes, nada mortal mana de Mí, y juzgo todas las cosas. Con mis alas superiores vuelo sobre el círculo de la tierra y al cubrirlo con mi sabiduría lo ordeno rectamente. También la vida abrasadora de la sustancia divina, arde sobre la belleza de los campos, reluce en las aguas y arde en el sol, en la luna y en las estrellas, y con el hálito celestial suscito la vida en todos los seres, vivificándolos con la vida invisible que todo lo sustenta. En efecto, el hálito vive en el verde del bosque y en las flores, las aguas fluyen como si estuvieran vivas, y también el sol vive por su luz y, cuando la luna declina, resurge la luz del sol a una nueva vida, y también las estrellas resplandecen con su claridad como si estuvieran vivas.
También he colocado las columnas que aguantan todo el globo terráqueo. Igualmente he creado a los vientos que tienen a su servicio las alas de los vientos más débiles, estos vientos suaves sujetan a los vientos más fuertes que ellos, a pesar de su debilidad, para que no se manifiesten peligrosamente, tal como el cuerpo protege y contiene el alma para que no se disuelva. Y como la respiración del alma rehace el cuerpo y lo fortalece para que no muera, así los vientos más fuertes animan a los vientos a ellos sometidos para que desarrollen de manera adecuada su tarea. Por lo tanto, al ser Yo energía de fuego que está en ellos de manera invisible, ellos se encienden gracias a Mí, como la respiración es la causa por la cual el hombre se mantiene constantemente en movimiento y como la llama vive en el viento abrasador.
Todas las cosas en su esencia están vivas y no han sido creadas en la muerte, porque Yo soy vida. También soy la capacidad de razonar, por cuanto tengo el hálito de la palabra sonora, por la cual toda criatura ha sido engendrada. Y en la creación de todas las cosas he introducido mi soplo de tal forma que ningún ser de la creación es efímero en su especie, porque Yo soy la vida. Soy vida íntegra y perfecta, que no ha manado de las piedras, ni florece de las ramas ni tiene origen gracias a la semilla de un macho, sino que todo lo que es vital ha brotado de Mí. La capacidad de razonar es una raíz que, sonando, hace florecer en ella misma la palabra. Y puesto que Dios es racional, y ya que toda su obra llega a floración perfecta en el hombre creado a su imagen y semejanza, ¿cómo podría ser que no se aplicara a inscribir en el hombre a todas las especies siguiendo un orden? El deseo de Dios desde la eternidad fue que su obra, es decir el hombre, fuera hecho, y cuando hubo cumplido esta obra suya, le confió a todas las criaturas para que el hombre pudiera trabajar sirviéndose de ellas. De esta manera Dios hizo su obra, es decir, el hombre.
Yo soy el sostén de todo, porque todas las cosas vitales reciben su ardor de Mí. Mi vida es la misma en la eternidad, vida que no ha tenido principio y no tendrá fin. Cuando se pone en movimiento y actúa es Dios, y, aun así, esta única vida se divide en tres energías vitales. La eternidad es el Padre, el Verbo el Hijo, el aliento que los conecta se denomina Espíritu Santo. Igualmente, Dios quiso representar esto en el hombre con tres elementos: cuerpo, alma y razón. Mis llamas dominan sobre la belleza de los campos, es decir la tierra, la materia con la cual Dios formó al hombre. Tal como penetro en las

aguas con mi luz, el alma penetra el cuerpo entero, y tal y como el agua riega toda la tierra, así el alma fluye por todo el cuerpo. Si digo que estoy ardiendo en el sol y la luna, es una alusión a la inteligencia: ¿no son las estrellas las innumerables palabras de la inteligencia? Y si mi soplo, invisible vida, mantenedor universal, despierta el universo a la vida, significa que las cosas que viven y crecen deben al aire y al viento su subsistencia según los dones de su naturaleza, alejados de la nada.

Dios ha representado en el hombre, hecho a su imagen y semejanza, a todas las criaturas. Tras la caída del hombre, Dios lo restableció únicamente por la benevolencia de su amor a través de su Encarnación y lo colocó en la felicidad que el ángel caído había perdido. Esto se muestra en el significado alegórico de la visión.

III. Oí de nuevo la misma voz del cielo, se dirigió a mí en estos términos: “Dios, que lo creó todo, formó al hombre a su imagen y semejanza. En él representó a todas las criaturas superiores e inferiores. Lo quiso con un amor tal que le reservó el sitio del que fue expulsado el ángel caído, y le reservó toda la gloria y todo el honor que el susodicho ángel había perdido. La visión que contemplas muestra este hecho. Pues esa imagen que ves como en el centro del aire austral, una imagen bella y maravillosa en el misterio de Dios, parecida a una figura humana, es la que, con la fuerza de la eterna divinidad, bella en su elección y admirable en los dones secretos del Padre Supremo, se denomina amor. Amor que se muestra al hombre, porque cuando el Hijo de Dios se encarnó, redimió al hombre perdido con el servicio del amor.
Por esta razón este rostro es de tal belleza, de tal claridad, que sería mas fácil contemplar al sol que contemplar este rostro, porque la generosidad del amor del Hijo se encuentra en tanta excelencia y brillantez de sus dones, que traspasa cualquier inteligencia del saber humano mediante el cual entiende el alma la variedad de las cosas, de forma que el hombre no es capaz de abarcar en todo su sentido esta generosidad. Y sin embargo aquí se muestra por señales, para que a través de ellas se pueda conocer en la fe lo que no puede ser visto claramente por la vista más despierta.

La fe devota abraza la excelencia de la divina caridad, y por su medio Dios se reconoce Uno en la Trinidad. Cómo Dios mismo custodia a los hombres con el mérito de la fe y los reconduce al cielo.

IV. El ancho círculo dorado que rodea completamente la cabeza de la misma faz, quiere decir que la fe católica, difundida por toda la tierra, surge con el extraordinario resplandor de la primera aurora. Esta fe abraza con toda su devoción la excelencia de esta generosidad del amor verdadero, cuando Dios redimió el hombre por la vía de la Encarnación de su Hijo, y lo confirmó con la infusión del Espíritu Santo. Así, el único Dios se reconoce en su Trinidad. Él, el Dios sin principio en el tiempo, Él, el Dios que, desde toda la eternidad, estaba incluido en su deidad.
En el mismo círculo, más arriba de la primera cabeza, se ve otro rostro, el de un anciano. Significa que la excelsa benevolencia de la divinidad, sin origen ni término, viene en socorro de los creyentes. El mentón y la barba rozan el cráneo del primer rostro, ya que la divinidad, al disponer y proteger todas las cosas, alcanza la cumbre de

la suprema caridad, al determinar que el Hijo de Dios, en su Encarnación, recondujera al hombre perdido a su hogar, al Reino de los cielos

El amor a Dios y al próximo no pueden separarse de la virtud fortalecida por la fe.

V. De cada lado del cuello de la figura brota un ala. Ambas se levantan por encima del círculo del cual se ha hablado, y ahí se unen la una a la otra. Esto quiere decir que no es posible separar el amor de Dios y el del prójimo, cuando se expresan dentro la unidad de la fe por la energía divina del amor y cuando abrazan la fe en un supremo deseo. Cuando, despojados al mismo tiempo que Adán del vestido celestial, estos dos amores pasan una temporada en las sombras de la muerte, la santa divinidad oculta a los hombres el fulgor inconmensurable de su gloria.

Cualquier persona sometida a Dios con humilde devoción, inflamada con la ayuda del Espíritu Santo, aunque sea pecador se supera a si misma, supera al diablo y es como los ángeles, que exultantes por la bondad de los justos alaban juntos la omnipotencia de Dios.

VI. En el punto extremo de la curvatura del ala derecha, ves una cabeza parecida a la de un águila con los ojos de fuego. En ellos se reflejan como en un espejo las cohortes de los ángeles. Cuando un hombre se pone al servicio de Dios en lo más hondo de una sumisión gloriosa, cuando domina a Satán, se eleva y goza de la felicidad de la protección divina. Cuando su corazón se exalta con el ardor que lo lleva hacia el Espíritu Santo, cuando vuelve hacia Dios su mirada, los santos espíritus se revelan con claridad luminosa, para ofrecerle a Dios el regalo de su corazón.
El águila representa a los hombres de fe que con toda la devoción del corazón dirigen su mirada a la contemplación de Dios con la misma frecuencia que los ángeles. Así los espíritus bienaventurados que dirigen constantemente su mirada a Dios disfrutan de las buenas obras de los justos y las muestran en ellos mismos, perseverando de este modo en la alabanza a Dios, sin cansarse nunca, ya que nunca pueden agotar su plenitud. ¿Quién podría contar nunca las inconmensurables obras maravillosas que Dios obra con la energía de su omnipotencia? ¡Nadie! El fulgor de los ángeles es como una múltiple combinación de reflejos vistos como en un espejo, porque nadie es capaz de obrar como Dios ni tiene tanto poder como Dios. Nadie se le asemeja, porque además no está en el tiempo.

Desde la eternidad todas las cosas estaban en Dios, pero no como en un lugar, y cuando las creó se fueron diferenciando las unas de las otras según su numero, orden, espacio y tiempo.

VII. Todas las cosas que Dios ha obrado las ha tenido en su presencia antes del principio de los tiempos. Ya que, en la pura y santa divinidad, todas las cosas visibles e invisibles aparecieron sin instante y sin tiempo antes de todos los tiempos, tal como los árboles o cualquier otra criatura cercana a las aguas es visible en ellas, y aunque no esté

en ellas con el cuerpo, sin embargo en el agua aparecen cada uno de ellos con forma corpórea.
Cuando Dios dijo: ¡Hágase!, todas las cosas se revistieron enseguida de su forma, aquella forma en que la presciencia divina las contempló en su incorporeidad antes de los tiempos. En efecto, igual que todos los objetos situados delante de un espejo se reflejan en él, así en la santa divinidad aparecen todas sus obras sin edad y sin tiempo. Y del mismo modo en que por el obrar de su presciencia divina Dios se quedaría vacío, al dar cuerpo a toda su obra, cuando ejerciera plenamente cuanto corresponde a su potencia divina, todo lo previó sabiéndo, conociéndo y proveyéndo que todo eso siempre estuviera ante Sí[1].
De la misma forma que un rayo luminoso revela la forma de una criatura por la sombra que proyecta, así la pura presciencia de Dios contemplaba cada una de las formas de todas las criaturas antes de que tomaran cuerpo, porque la obra que Dios se disponía a realizar, antes de que la misma obra tomara cuerpo, resplandecía en el seno de su presciencia y en su semejanza. De la misma forma el hombre percibe el resplandor del sol antes de poder contemplar el sol mismo. Y como el resplandor indica el sol, así los ángeles manifiestan a Dios con su celebración de alabanza, pues como que es imposible que el sol se aleje de su luz, asimismo la divinidad nunca carece de la alabanza de los ángeles. El hombre contiene en si mismo al mismo tiempo, la presciencia y el trabajo divino.

El diablo y los ángeles desertores de la justicia, que anteriormente tenían gran poder, fueron reducidos por su ingratitud y soberbia hasta el punto de no tener ningún poder sobre ninguna criatura, si no en cuánto les es permitido por la voluntad del cielo.

VIII. Entonces, una innumerable cohorte de ángeles quisieron existir por ellos mismos, ya que en cuanto vieron la claridad de su gloria magnifica, su resplandeciente belleza y su plenitud centelleante, se olvidaron de su Creador. Y todavía antes de empezar la alabanza divina, creyeron en sí mismos, en que el fulgor de su gloria era tan grande que sería irresistible. Intentaron así obscurecer el fulgor de Dios. Sin embargo, cuando se dieron cuenta que nunca podrían limitar a Dios en los milagros que obraba, horrorizados, se desviaron de él.
Y esos mismos que deberían haberlo glorificado, a causa de su equivocada opinión sobre su propio su resplandor, afirmaron qué deseaban elegirse otro Dios. Así se sumergieron en las tinieblas, reducidos a una impotencia tal que ya no podían actuar sobre ninguna criatura, más que con el permiso del Creador. Dios había dotado al primero de todos los ángeles, Lucifer, con toda la plenitud de la belleza que había dado a la creación y de la cual también resplandecía toda su cohorte. Cuando Lucifer eligió el camino del error, se puso más horrible que todos los seres horribles, y la santa divinidad, con el poder de su cólera, lo precipitó al lugar que esta privado de cualquier luz.

---

[1] Se está hablando de cómo actúa Dios cuando da existencia a su creación tratando de explicar qué es la “presciencia” divina. Se dice (como imaginando un supuesto absurdo) que Dios quedaría vacío dentro de sí de las cosas que ha pensado cuando éstas han pasado a la existencia, porque entonces éstas tienen consistencia real fuera de Él y, en cierto modo, son algo más que su pensamiento. Pero a continuación se subraya que eso sólo de da porque Dios lo sabe, lo conoce, y Él mismo es quien ha provisto que las cosas sean así y, por tanto, éstas siempre están en su presencia. Luego: Dios nunca queda vacío de lo que es objeto de su presciencia, tampoco cuando crea, y tampoco cuando crea sujetos que actuarán libremente.

El hombre que se dispone a imitar la justicia de su Creador, cuando se aparta de la irracionalidad propia de las bestias, empieza a brillar con el resplandor de la naturaleza racional.

IX. El rostro humano que aparece en el punto extremo de la curvatura del ala izquierda brilla como refulgen las estrellas. He aquí el significado: cuando, llegados a la cima de la humildad victoriosa nos consagramos a la defensa de nuestro Creador, cuando rechazamos todos los ataques que embisten el flanco izquierdo, entonces adoptamos el rostro humano. Nos apartamos de la existencia bestial, para vivir conforme a la dignidad que nos enseña la naturaleza del hombre. Revelamos así nuestras buenas intenciones en las obras justas y buenas, y brillamos como lo hace un extraordinario manantial luminoso.

Por la Palabra de Dios que dijo "Hágase la luz", fue creada la luz racional, es decir los ángeles y, ya que algunos de ellos cayeron de la santidad, el Señor hizo otra vida racional, que se cubriría de carne, el hombre, destinado a ocupar el lugar y la gloria de los ángeles caídos.

X. Cuando Dios dijo "Hágase la luz", nació, en aquel momento, la luz de la razón, es decir, los ángeles, tanto aquellos que se mantuvieron con Dios en la plenitud de la verdad, como los que cayeron en las tinieblas exteriores vacías de toda luz, rechazando que Dios fuera el verdadero manantial de luz que persiste desde toda la eternidad en una gloria anterior a cualquier origen. Por esto deseaban crear una obra parecida, lo cual es absolutamente imposible. Entonces Dios hizo surgir otra vida, que revistió de un cuerpo, el hombre. Al hombre, Dios le otorgó el lugar y la gloria del ángel caído y le encargó completar la gloria de Dios, cosa a la cual el ángel se había negado. Indicamos así con ese rostro humano a todos los que, aunque entregados al mundo con el cuerpo, sin embargo en espíritu están constantemente al servicio de Dios y, a los que, a pesar de la suma de sus obligaciones profanas, no olvidan el servicio de Dios, el patrimonio del espíritu. Si los rostros mencionados miran hacia levante es porque, tanto los religiosos como los laicos que anhelan ser siervos de Dios y conservar con vida sus almas, tienen que volverse hacia el origen de la vida santa y hacia el manantial de la salud.

Dios, al acoger en la fuerza de su amor a los predestinados, los nutre mediante la infusión de los dones del Espíritu Santo con todo aquello que necesitan.

XI. Además, de cada hombro de la imagen arranca otro ala que baja hasta las rodillas, porque con la fuerza de la caridad el Hijo de Dios recogió en torno a sí tanto a los justos como a los pecadores. A los que vivieron rectamente según el derecho, los lleva sobre los hombros, y a los otros, sobre las rodillas porque su llamada los ha desviado de la vía de la injusticia. Por eso a veces de la misma forma llevamos nuestras cargas en los hombros y a veces en las rodillas. Efectivamente, la ciencia de la caridad conduce al hombre a la plenitud de la perfección en el alma y en el cuerpo, aunque en muchas ocasiones no logre mantener la estabilidad que se basa en la rectitud.

Cuando los dones del Espíritu Santo recaen sobre el hombre, empapados de pura y santa generosidad, le enseñan el saber espiritual y celestial en cantidad suficiente, y también lo instruyen en las cosas terrenales para satisfacer las necesidades del cuerpo. Pero aun así y a pesar del consuelo de tantos dones espirituales el hombre se siente débil, caduco, mortal.

El Hijo de Dios, al asumir la naturaleza de la humanidad sin contagio de pecado, y adoptar la carne, exhortó a la penitencia a publicanos y pecadores y los salvó en virtud de su fe en él.

XII. El vestido que lleva nuestra imagen tiene el fulgor del sol porque es una alusión al Hijo del hombre que por amor se revistió un cuerpo de hombre, parecido a la belleza del sol pero sin la suciedad del pecado. El sol domina todas las criaturas y resplandece en lugares tan altos que ningún hombre puede alcanzarlos. Igualmente, sin la fe, no comprenderemos nunca, en su ser, la Encarnación del Hijo de Dios.
La imagen de la que hablamos lleva en sus manos un cordero resplandeciente como la luz del día, ya que, en las obras del Hijo de Dios, el amor manifestó la mansedumbre de la verdadera fe que resplandece por encima de todo, cuando eligió entre los publicanos y los pecadores a sus mártires, confesores y penitentes. Él ha convertido en justos a los sin-Dios, como convirtió a Saulo en Pablo, de modo que, sobre las alas de los vientos, todos fuéramos exaltados a lo más profundo de la armonía de los cielos. Así pues, el amor completó su obra, progresivamente, cierto, pero con toda claridad y con precisión para evitar todo punto débil y también para que reinara en este lugar una plenitud absoluta. No es, pues, trabajo humano, ya que el hombre, cuando tiene una pequeña posibilidad de hacer algo, mantiene su propósito con dificultad, y cuando consigue el resultado, está impaciente por mostrarlo a los demás.
Que el hombre reflexione sobre el pájaro, cuando sale del huevo y todavía no tiene alas, no se apresura a volar, espera a fortalecer las alas, pero en cuanto las plumas han brotado, vuela donde le parece.

La imitación del amor del Hijo de Dios, que destruyó al diablo con su cruz, también anula ahora la discordia y el resto de vicios entre los creyentes y reduce a la nada al antiguo seductor del género humano.

XIII. La imagen pisa con los pies un monstruo horrible, de color negro y venenoso, y también aplasta una serpiente. Significa que el amor verdadero deshace el daño de la discordia acentuada por sus múltiples vicios, horrible por las muchas perversidades, venenosa por el engaño y negra por la perdición que acarrea. También destruye a la vieja serpiente que acecha al creyente, siguiendo las huellas del Hijo de Dios, puesto que el mismo Hijo de Dios lo ha destruido sobre la cruz. Si la serpiente tiene entre los dientes la oreja derecha del monstruo, si se le enrosca por todo el cuerpo pasándole por el encima de la cabeza, si le pasa la cola por el lado izquierdo hasta los pies, es porque el diablo simula a veces su engaño con disfraz de benefactor. El diablo inculca la discordia e, inculcando suavemente todo tipo de vicios aquí y allá, al fin demuestra que es el amo de la perversidad, de la consumación más execrable, de la discordia. Ciertamente, la serpiente muestra ser más astuta en maquinaciones que el resto de los

otros monstruos. Con su astucia destruye todo lo que puede, y se transforma en cuanto haya de peor. Los diversos colores de sus escamas designan sus males.
Así hizo Satanás, ya que cuando se percató de su belleza quiso asemejarse al Creador, y esto es lo que la cabeza de la serpiente insinúa en el oído del hombre. Y no dejará de hacerlo hasta el día del juicio final, tal y como indica su cola. El amor, por consiguiente, persiste en los círculos eternos, no tiene tiempo, como la brasa en el fuego. En su eternidad, Dios previó todas las criaturas, El las creó en la plenitud del amor para que el hombre, en su compañía, no careciera ni de consuelo ni de ayuda, y las ató al hombre como la llama está ligada al fuego. Dios creó el primer ángel, como ya se ha dicho, engalanado con múltiples adornos, pero cuando este ángel se vio a si mismo, concibió gran odio contra su Señor y quiso ser él Señor. Dios lo precipitó en la profundidad del abismo. Desde entonces, todos los transgresores susurran su mal consejo al oído de los hombres. Y el hombre consiente.

Adán y Eva se dejaron persuadir por el diablo que los envidiaba, y perdieron la gloria del vestido celestial, es decir la inmortalidad.

XIV. Cuándo Dios creó al hombre, lo revistió de un vestido celestial que resplandecía con gran gloria. Pero Satanás vio a la mujer y reconoció en ella a la madre en cuyo seno se alojaría un gran mundo posible. Entonces trató de vencer a Dios en su misma obra con la misma perversidad con que se revolvió contra Dios, haciendo de modo que la misma obra de Dios, el hombre, se aliase con el diablo. Fue entonces cuando, una vez comida la manzana, la mujer se sintió otra, dio la manzana al hombre, y ambos perdieron su vestido celestial.

Dios tuvo piedad de ellos, y para castigar la culpa de la transgresión los expulsó del paraíso y los envió a esta tierra de destierro. Quien viole la fidelidad del matrimonio instituido por Dios debe sufrir su dura venganza, a menos que se arrepienta.

XV. Sin embargo, después Dios dijo: ¡Adán!, ¿dónde estás? Estas palabras significan que Dios tenía siempre presente que había creado al hombre a su imagen y semejanza y que deseaba atraerlo de nuevo a su lado. Adán revistió él mismo su desnudez con el producto de su trabajo servil y se fue al destierro. Se cubrió con una piel de oveja en lugar del vestido de luz, lo mismo que había cambiado el paraíso por el destierro.
Luego Dios unió a la mujer con el hombre con un juramento de fidelidad, para que esta fidelidad recíproca no sea nunca destruida. Así, la mujer y el hombre que Dios unió, forman una armonía semejante a la unión del cuerpo y el alma. Quienquiera que rompa el juramento de fidelidad y persista en su error, encontrará el exilio de Babilonia, es decir, una tierra caótica y baldía, en perpetua aridez, alejada del verdor de los prados fecundos. Es decir, carente de la bendición de Dios. Y la venganza de Dios recaerá sobre él hasta la última línea de la descendencia que la sangre recalentada de este hombre genere, porque un pecado de esta clase afecta hasta a los descendientes.

En la predicación del Hijo de Dios encarnado, que da origen al pueblo espiritual, se ejecuta la promesa que Dios dio a Abraham diciéndole que su descendencia se multiplicaría como el número de las estrellas del cielo.

XVI. Tal y como Adán es el padre de todo el género humano, así el pueblo de los hombres de fe brota del Hijo de Dios hecho carne en la virginidad de su naturaleza. Este pueblo fructificará conforme a los términos de la promesa que Dios hizo a Abraham por el ángel, y su descendencia será tan numerosa como las estrellas del cielo. Está escrito: "Mira hacia el cielo, y cuenta las estrellas, si es que puedes contarlas. Pues así será tu descendencia. Abraham creyó en Dios y éste se lo computó en justicia" (Gén 15, 5-6). Esto se interpreta así: tú que adoras y que veneras a Dios con buena voluntad, observa los misterios de Dios y valora el pago de los méritos de los que día y noche resplandecen frente a Dios, en la medida en qué tú puedas, hombre abrumado por el fardo del cuerpo. Mientras el hombre saboree toda la vida las cosas de la carne, será incapaz de comprender completamente las cosas del espíritu. Esta certeza se muestra al hombre que, con fatiga, se afana para devolver honor a Dios con rectitud y con suspiros del corazón. De este modo la semilla de tu corazón se multiplica y se dirige a la luz, porque has sembrado en un campo fértil, regado por la gracia del Espíritu Santo, y florecerá y resplandecerá frente a la suprema majestad de Dios y lucirá una infinidad de santas virtudes como las estrellas que brillan en el firmamento. Por esta razón, quien tiene fe confiada en la promesa divina, quien tiene a Dios en la cima de la fe verdadera, quien desprecia lo terrenal y aspira a lo que es celeste, será contado como justo entre los hijos de Dios, porque ha querido la verdad y no ha cultivado el engaño en su corazón.

Dios escogió a la Virgen Maria, de la estirpe de Abraham, que creía en Él y le obedecía. De ella nacería como hombre, Cristo, fundador y rector de la nueva generación espiritual.

XVII. Dios conocía que el corazón de Abraham era inmune a la astucia de la serpiente porque sabía que sus actos no hacían daño a nadie. De este justo, de su descendencia, eligió una tierra durmiente, completamente ignorante del gusto de aquel fruto que había permitido a la antigua serpiente engañar a la primera mujer. Esta tierra, prefigurada por la vara de Aarón, es la Virgen Maria. En su gran humildad, ella es la cámara nupcial del rey, la habitación sellada. Una vez recibido el mensaje que le anunció el deseo del rey de residir en los pliegues de su seno, miró la tierra de la que estaba hecha y se llamó sierva de Dios. La mujer engañada no actúa así, solo desea poseer aquello a lo que no tiene ningún derecho. Así la obediencia de Abraham, durante la prueba a la que Dios le sometió cuando le enseñó un carnero enganchado en un espino, prefigura la de la Virgen bienaventurada. Ella también creyó en la palabra del mensajero del Dios, y deseó que fuera hecho en ella lo que la anunciaron. Y por esto el Hijo de Dios, prefigurado por el carnero en la mata, se revistió de carne.
Cuándo Dios prometió a Abraham una posteridad tan numerosa como las estrellas del cielo, fue una previsión de que su descendencia se acrecentaría hasta alcanzar la plenitud del número de los astros del firmamento. Y Dios lo llamó padre de todos los herederos del reino de los cielos porque Abraham creyó fervientemente en Dios.

Que todo hombre que tema y que ame a Dios abra su corazón a estas palabras y sepa que no es un hombre quien las pronuncia para la salvación del cuerpo y el alma de los hombres, sino Yo, el que soy.

SEGUNDA VISIÓN DE LA PRIMERA PARTE



Descripción de la esfera que contiene al mundo entero, con sus círculos, astros y sus vientos. Ella aparece en forma de una rueda colocada en el pecho de la imagen descrita en la primera visión.

I. En el pecho de la mencionada imagen que había contemplado en el seno de los espacios aéreos australes, apareció una rueda de apariencia maravillosa. Contenía signos bastante parecidos a la visión en forma de huevo que había tenido hace veintiocho años, y que describí en la tercera visión de mi libro Scivias. Bajo la curvatura del caparazón y en la parte superior, apareció un círculo de fuego brillante que dominaba un círculo de fuego negro. El círculo de fuego brillante tenía doble densidad que el círculo de fuego negro. Estos dos círculos estaban unidos el uno al otro como si formaran un único círculo. Bajo el círculo de fuego negro había otro círculo que parecía puro éter, que mostraba tan intensa densidad cuanta mostraban los otros dos círculos de fuego mencionados juntos. Luego, debajo de este círculo de éter puro, había otro círculo, que parecía como de aire húmedo, tan compacto en su opacidad cuanta era la densidad que mostraba el mencionado círculo de fuego brillante. Bajo este último círculo de aire húmedo surgía como un círculo de aire denso, blanco y luminoso, cuya dureza hacía pensar en un tendón humano. Tenía la densidad del círculo de fuego negro. También estos dos círculos estaban unidos el uno al otro como si formaran uno. Finalmente, bajo este círculo de aire denso, blanco y luminoso, se distinguió otro como de aire tenue, que parecía difundirse sobre todo el círculo, semejando levantar nubes a veces altas y luminosas, a veces más bajas y sombrías. Estos seis círculos estaban

unidos entre ellos sin ningún espacio vacío. El círculo más alto de todos difundía su luz al resto de círculos, mientras que el círculo del aire húmedo empapaba a todos los demás con su humedad.
Del extremo de la parte oriental de la rueda hasta al final de su parte occidental se extendía una línea en dirección a la región septentrional, como para separarla de las otras regiones. Y en medio del círculo de aire tenue se distinguió un globo, que tenia en su circunferencia siempre la misma distancia del círculo de aire denso, blanco y luminoso. Su diámetro correspondía a la profundidad del espacio que había desde la parte superior del primer círculo a la cima de las nubes, o, más bien, de la circunferencia del mismo globo hasta las nubes mencionadas.
Y por fin en el centro de esta rueda apareció una imagen de hombre, cuya cabeza alcanzó la parte superior y los pies la parte inferior de uno de los círculos descritos, el de aire denso, blanco y luminoso. Del lado derecho, la punta de los dedos de su mano derecha, y a la izquierda, la punta de los dedos de la mano izquierda llegaron al mismo círculo, tocándolo en dos puntos diferentes de la circunferencia, porque la imagen tenía extendidos los brazos.
En la dirección de los cuatro lados aparecieron cuatro cabezas: como de leopardo, lobo, león y oso. Encima de la cabeza de la figura y dentro el círculo del éter puro, vi que se escapaba un soplo de la boca del leopardo. Este soplo dio la vuelta por el lado derecho de ella, se extendió luego dibujando una curva, y revistió el aspecto de una cabeza de cangrejo con dos pinzas parecidas a pies. A su lado izquierdo, el soplo, alargándose a voluntad, tomó el aspecto de una cabeza de ciervo. De la boca de la cabeza de cangrejo salió algo como otro soplo que fue luego hasta la mitad del espacio existente entre las cabezas del leopardo y del león. Otro soplo que salió de la boca de la cabeza de ciervo fue en cambio hasta el medio del espacio entre las cabezas del leopardo y del oso. Y todos eran igual de largos: el soplo que provenía de la parte derecha de la boca de leopardo hasta la cabeza de cangrejo, el soplo que salió de la parte izquierda hacia la cabeza de ciervo, el soplo que llegó al medio del espacio que entre la cabeza de leopardo y la del león de la boca de la cabeza de cangrejo, y por fin el que alcanzó el punto de medio del espacio existente entre la cabeza de leopardo y el del oso procedente de la boca de la cabeza de ciervo.
Todas estas cabezas soplaban hacia el interior de la rueda mencionada y hacia la imagen del hombre. Bajo los pies de la misma imagen, en el signo de aire húmedo, apareció como una cabeza de lobo que lanzó un soplo por la boca que se alargó en volutas por la derecha hasta el mismo centro del espacio existente entre las cabezas de lobo y del oso y tomó la forma de una cabeza de ciervo. Y de la boca del ciervo parecía salir otro soplo que llegó hasta el mismo centro del espacio. El soplo emitido por el lado izquierdo de la boca de la cabeza de lobo, se extendía hasta la mitad del espacio que había entre las cabezas de lobo y de león, y se levantaba hacia la cabeza de cangrejo con las dos pinzas parecidas a pies. De su boca salió como otro soplo que se paró en el mismo punto del medio. Y, si midiéramos el espacio, veríamos que estas cabezas eran equidistantes. También se alargaban sus respectivos soplos en igual medida y forma en las dos direcciones, como los alientos de todas las otras cabezas. Todos ellos soplaban hacia la rueda mencionada y hasta la imagen de hombre colocada en ella.
A derecha de la imagen, dentro del signo del fuego luminoso, vi como una cabeza de león, de cuya boca se difundieron algo como dos soplos que crecían uno por cada lado. El de la derecha tomó la forma de una cabeza de serpiente y el de la izquierda, la forma de cabeza de cordero. Y la cabeza de serpiente que apareció en medio del espacio que había entre la cabeza de león y del lobo, emitió a su vez como un soplo que llegó al

medio y se unió al soplo emitido por la cabeza de cangrejo situado entre la cabeza de lobo y del león. La cabeza de cordero que se veía en el medio del centro del espacio entre la cabeza de león y la del leopardo, también emitió algo como un soplo, que se alargó hasta el mismo punto mediano y alcanzó el soplo emitido por la cabeza del cangrejo, situado entre la cabeza de leopardo y la del león. La extensión de los soplos era proporcional a los espacios que separaban estas cabezas unas de otras, como ya se ha dicho a propósito de las otras cabezas de animales y sus soplos. Y todas soplaban hacia el interior de la rueda y hacia la imagen del hombre.

A la izquierda de la figura, dentro del signo del fuego negro, apareció como una cabeza de oso, que también exhalaba un soplo por la boca, que se extendía a la derecha y a la izquierda; en la parte derecha, acababa en una cabeza de cordero, y en la izquierda tomaba la forma de una cabeza de serpiente. De la boca de esta cabeza de cordero salió como otro soplo, que llegó hasta la mitad del espacio entre las cabezas del oso y del leopardo, mientras otro soplo emanó desde la cabeza de la serpiente hasta la mitad del espacio entre las cabezas del oso y del lobo.

Aquella cosa parecida a un soplo, que salía de la parte derecha de la boca del oso para llegar a la cabeza del cordero y la otra cosa parecida a un soplo, que procedía desde la parte izquierda de la misma boca hasta la cabeza de serpiente, así como el soplo que llegaba de la boca de la cabeza de cordero hasta la indicada mitad del espacio entre la cabeza del oso y la del leopardo y el soplo de la boca de la cabeza de serpiente, que llegaba hasta mitad del espacio entre la cabeza de oso y la del lobo, eran todos semejantes, de la misma longitud. Y también todas estas cabezas soplaban hacia el interior de la rueda y hacia la imagen del hombre.

Sobre la cabeza de la imagen estaban representados los siete astros en este orden, partiendo desde lo alto: tres en el círculo de fuego brillante, uno en el círculo de de fuego negro, debajo de éste, y tres en el círculo de éter puro debajo de este último. El sol también se veía al lado de la imagen sobre el lado vuelto al mediodía y debajo de sus pies, representado y resaltado claramente en su círculo en el mismo modo ordenado.

Y del centro del signo del primer y más elevado astro, representado sobre la cabeza de la imagen, salían como rayos, de los que uno descendió hasta el signo del sol, otro brillaba en la pinza derecha del mencionado cangrejo que procedía de la cabeza de leopardo, y el último apuntaba hacia el cuerno derecho de la cabeza de ciervo, que salía también de la misma cabeza de leopardo.

Del centro del signo del segundo astro caía algo como un rayo encima del signo del sol, y otro rayo salía hacia la cabeza del cordero, cabeza que provenía del signo de la cabeza de león. Otro rayo se dirigió hacia la línea de que se ha hablado, la que iba desde el comienzo de la parte oriental de la rueda hasta el final de la parte occidental, hacia la región septentrional, y sobre él se puso la cabeza de cordero que había salido del signo de la cabeza del oso. El signo del tercer astro, envió desde su centro como un rayo hacia el signo del sol, y otro hacia la cabeza de la serpiente que salía de la cabeza de león, y otro rayo lo prolongaba hasta la línea ya descrita, hacia la cabeza de la serpiente que salía del signo de la cabeza del oso. También el signo del sol, emitía él mismo sus rayos, y con uno alcanzó el signo de la cabeza de leopardo, con otro el signo de la cabeza del león, y con otro el signo de la cabeza del lobo, pero no llegó al signo de la cabeza del oso. Alargando otro rayo, lo proyectó sobre el signo de la luna, y otro sobre el cerebro y los dos talones de la figura de hombre. Del centro del signo del quinto astro, el que estaba más próximo debajo del sol, subía algo como un rayo hasta el signo del sol y otro se alargaba hacia la cabeza de cangrejo que salía del signo de la cabeza de lobo. Un último rayo se dirigió al cuerno izquierdo del signo de la luna.

También del centro del signo del sexto astro, que era el que estaba más próximo por encima de la luna, algo como un rayo se dirigió directo al signo del sol, otro se dirigió hacia el cuerno derecho del signo de la luna y otro hacia la cabeza de ciervo que procedía del signo de la cabeza de lobo. Del signo de la luna partía algo como un rayo que llegaba a las dos cejas y a los dos talones de la figura humana. Pero, como ya hemos dicho más arriba, el signo del sol aparecía ordenado del mismo modo a como se había representado por encima de la cabeza de la imagen humana, y difundía sus rayos hasta los lugares indicados, también hacia el lado derecho de la imagen, e igualmente bajo sus pies representados claramente en su mismo círculo.
En el perímetro del círculo, donde se observaba algo parecido al fuego brillante, aparecían dieciséis estrellas principales, cuatro entre la cabeza del leopardo y del león, cuatro entre la cabeza del león y del lobo, cuatro más entre la cabeza del lobo y del oso, otras cuatro entre la cabeza del oso y del leopardo. Ocho de ellas, las que estaban situadas en posición intermedia entre las cuatro que había entre cada par de cabezas, es decir, las dos del medio de cada espacio entre cada dos cabezas, parecía que enviaban su rayos hacia el signo del aire tenue, a ellas opuesto. Las otras ocho, las más cercanas a las cabezas de animales, situadas a los dos lados de las estrellas del medio anteriores, dirigieron lo que parecían sus rayos hacia el fuego negro.
El círculo de éter puro y el círculo de aire denso, blanco y luminoso estaban también llenos de estrellas y enviaban sus propios los rayos a las nubes que se extendían enfrente.
También, las nubes en la parte derecha de la imagen humana, impulsaron algo como dos lenguas, distintas una de otra, y las dirigieron como dos riachuelos hacia el interior de la misma rueda y hacia la imagen. También de las nubes colocadas a la izquierda vi salir como dos lenguas bien distintas la una de la otra, parecidas a riachuelos que fluyen de ellas, que se dirigieron hacia el interior de la misma rueda y hacia la imagen. De este modo la imagen estaba envuelta y circundada por estas señales.
De la boca de esta figura en cuyo pecho apareció la rueda, también vi brotar en forma de hilos una luz más clara que la luz del día, con la que se veían diferenciados unos de otros las señales de los círculos y las otras figuras en la mencionada rueda y los signos de cada uno de los elementos del cuerpo humano, es decir, de la imagen que se veía dentro de la misma rueda. Todos estos signos, estaban medidos con una precisión y rectitud extraordinarias. Esta afirmación es patente a la luz de lo que precede y de lo que sigue.

La divinidad, como si fuera una rueda perfecta, no tiene ni principio ni fin, ni espacio ni tiempo, y contiene en si todas las cosas.

II. Y de nuevo oí la voz del cielo que me dijo: Dios, que ha compuesto el mundo a través de los elementos para gloria de su nombre, lo ha estabilizado con los vientos, lo ha iluminado con la ayuda de las estrellas, lo ha llenado con todas las otras criaturas. Rodeó al hombre de todo lo que existe en el mundo para fortalecerlo y lo dotó de gran energía para que toda la creación lo ayudara. Toda la naturaleza tenía que estar así a disposición del hombre, para que con ella el hombre trabajara, por cuanto sin ella no puede vivir ni sobrevivir. Esto es lo que muestra la visión siguiente.
En el pecho de esta imagen se muestra una rueda, maravillosa de contemplar con todos sus signos, bastante parecida a aquella imagen que viste hace veintiocho años en figura de huevo y de la que te fue desvelado el sentido, como hemos dicho en las visiones

anteriores. Esta es la forma en que el mundo existe, imperecedero, en la ciencia del verdadero amor que es Dios. El mundo gira eternamente, admirable para la mirada de la naturaleza humana, y es tal que ninguna edad lo consume, ninguna innovación lo aumenta. Tal como Dios lo creó al principio, así persistirá hasta al final de los tiempos.
Y la divinidad, en su presciencia y en su obrar, es como una rueda perfecta y sin alguna división, porque no tiene ni principio ni fin. Tampoco puede ser abarcada porque es intemporal. Y como el círculo comprende todo lo que está encerrado dentro de su circunferencia, así infinitamente la santa divinidad comprende y domina todas las cosas. Lo trasciende todo, porque nadie podrá hacer nunca divisiones en ella con su poder, ni superarla, ni llevarla a su límite último.

Por qué en el libro Scivias la esfera del mundo se describe en forma de huevo, mientras en este se muestra parecido a una rueda.

III. La imagen en forma de huevo que se te manifestó en tus visiones anteriores apareció así porque aquella analogía te permitía entender mejor la distinción de los elementos del mundo. La estructura múltiple del huevo se asemeja a la multiplicidad de las divisiones del mundo. En ambos casos distinguimos elementos diferentes.
La rueda se refiere exclusivamente a la acción de girar, al exacto equilibrio de los elementos dentro del mundo. Pero en realidad ninguna de estas dos imágenes tiene una semejanza completa con la figura de este mundo, porque, siendo este en todas sus partes completo, redondo y que gira sobre si mismo, solo una esfera completa y giratoria imitaría la forma del mundo.

Sobre los dos círculos, el de fuego brillante y el de fuego negro. Por qué el uno está bajo el otro. De qué manera se complementan en su acción y qué significan.

IV. Qué en su parte más externa se vea por toda la circunferencia un círculo parecido a fuego brillante, significa que el primer elemento, que es el fuego, está sobre todos los otros, porque es ligero y contiene en sí, iluminándolos, a los otros elementos. Penetra a todas las criaturas y las distribuye la alegría de su luz, símbolo del poder de Dios que está por encima de todo y que a todo confiere vida.
Y bajo este círculo de fuego brillante se encuentra otro círculo, como un círculo de fuego negro, porque este fuego, que está sometido al primero, es el fuego del juicio, en cierta medida infernal, creado para el castigo de los malvados. Tiene todo tipo de castigos para golpear a todo aquel que cae en él después de un juicio justo. Significa que todo aquel que se opone a Dios cae en el abismo de las tinieblas y de las calamidades. En efecto, en verano, cuando el sol sube para arriba, este fuego ejerce la venganza divina provocando incendios con sus rayos. Cuando en cambio, en invierno el sol baja, el fuego inflige llagas provocadas por el juicio divino con el hielo, la escarcha y el granizo, porque cada pecado se examina y se castiga con el fuego, con el frío, o con otras llagas según el castigo que merezca. Y el círculo de fuego brillante tiene dos veces más de densidad que el círculo de fuego negro. Si fuera al contrario, si no lo superase en densidad, el fuego negro es de tal fuerza y amargura en su oscuridad, que oscurecería y desvanecería el fuego brillante que está sobre él.

El castigo de los pecados del hombre comporta peligros parecidos, si la gracia y la clemencia de Dios no lo defendieran de los peligros, el hombre no podría subsistir. Estos dos círculos están unidos el uno con el otro, casi formando un único círculo, porque ambos son fuego que quema y porque el poder y el juicio de Dios son inseparables el uno del otro, fundidos en una justicia única**.**

El círculo de éter puro, que es el tercer círculo. Para qué función fue creado, qué significa y por qué es de densidad igual a los dos de más arriba.

V. Y luego, bajo el círculo de fuego negro hay otro, que es como un círculo de éter puro, de tanta densidad como los dos círculos de fuego precedentes, porque debajo de los dos fuegos descritos, es decir el fuego brillante y el fuego negro, se extiende el puro éter que con su circunferencia contiene el mundo entero, y su resplandor proviene de ellos como las chispas del fuego cuando el fuego propaga su llama. Este círculo es una alusión a la auténtica penitencia de los pecadores, suscitada en el hombre por la gracia de Dios como el fuego brillante, y por el temor, como el fuego negro. Es de densidad igual al de los dos fuegos antes descritos porque, recibiendo su resplandor del uno y del otro fuego, tiene la densidad del uno y el otro, y no tiene menos fulgor que el fuego brillante, ni refleja con menos fuerza que el fuego negro. Esta densidad la determina el justo juicio de Dios, porque ni el día y ni la noche son nada en ellos mismos, son, solamente, lo que la voluntad divina dispone.
Además el éter retiene las realidades superiores e inferiores para que no superen sus confines. No cae sobre ninguna criatura a causa del juicio de condena, más bien opone la resistencia sutil y equilibrada de su naturaleza. Igualmente, la penitencia constituye un obstáculo a la venganza de los pecados. Que tenga el espesor de los dos círculos ígneos superiores significa que el hombre penitente puede considerar en el fuego brillante la caída del primer ángel, que fue de naturaleza brillante, y puede considerar en la densidad del fuego negro la caída de los hombres que pecan por ignorancia y por temeridad, y así, puede arrepentirse correcta y dignamente considerando el poder y el justo juicio de Dios.

El cuarto círculo, que parece un círculo de aire húmedo. Su densidad y su significado.

VI. Bajo este círculo de éter puro otro círculo como de aire húmedo presenta, en toda su circunferencia, una densidad igual al del círculo de fuego brillante ya descrito. Este círculo significa que bajo el círculo de éter, por toda la circunferencia del firmamento, se encuentran aquellas aguas de las cuales sabemos su existencia por encima del firmamento y su círculo tiene una densidad igual al de fuego brillante que hemos hablado. Este aire húmedo enseña las obras santas en los ejemplos de los justos, que son cristalinas como el agua y purifican cualquier impureza, como el agua limpia la suciedad. Este círculo tiene esta capacidad en su perfección, después de que la gracia divina encienda las obras santas con el fuego del Espíritu Santo.

Sobre el círculo de aire denso, blanco y luminoso. Cuál es su utilidad al encontrarse en quinto lugar, que densidad tiene y qué significa. Por qué está tan estrechamente unido al círculo de más arriba hasta casi ser uno con él.

VII. Bajo este último círculo de aire húmedo se ve otro círculo de aire denso, blanco y luminoso, tan fuertemente tenso como un tendón humano. Se opone a los peligros de las aguas superiores. Este círculo detiene, por su poder y por su tensión, las inundaciones que provienen de las zonas superiores, que, debido a sus desbordamientos repentinos y desmedidos, podrían sumergir las tierras. Significa que la prudencia acompaña a las obras santas templando su rigor. Igualmente el hombre sujeta su cuerpo para evitar que, por un exceso de tensión, vaya a la ruina. En toda su circunferencia tiene igual densidad que el círculo de fuego negro, porque está destinado a servir al hombre en la misma medida en que el otro está destinado al castigo de sus pecados.
Sucede a menudo que el justo juicio de Dios, al castigar a los hombres, deja a las aguas superiores atravesar de nuevo las nubes. Un humor que proviene del aire húmedo rezuma por este aire denso, blanco y luminoso, como el líquido que bebe el hombre pasa por la vejiga sin hacerla daño. También puede suceder que la caída de estas aguas superiores cause una peligrosa inundación. Así, la prudencia discierne con justa moderación las obras de los hombres guiándolos hacia la salvación y el juicio divino no supera la gravedad de sus pecados en su venganza, sino que los juzga con moderación y justicia. Porque Dios, que es protector y soberano, refrena ambas con justa equidad.
También estos dos círculos están unidos el uno al otro de modo que tienen el aspecto de ser un único círculo. Ambos están empapados de humedad, e infunden a los otros su humor, tal como el discernimiento modera las obras buenas para que no se vayan a la ruina.

Acerca del el sexto círculo, que parece provenir de los de más arriba y es una especie de aire tenue. Qué función tiene en su lugar y qué representa desde el punto de vista alegórico.

VIII. Bajo el círculo de aire denso, blanco y luminoso hay otro que se denomina círculo de aire tenue. Proviene de los círculos y los elementos superiores, los cuales exhalan un aire que no es diferente de los mencionados elementos, como el aire sale de los pulmones del hombre sin realmente disgregarse, como el aliento humano sale sin separarse. Como las nubes que están llenas de luz cuando se levantan, y que, cuando vuelven a bajar, se sombrean, la zona aérea de que hablamos semeja contener todas las emanaciones acuosas de las que hemos hablado. Los reúne, como el fuelle del herrero manda el soplo, antes de aspirarlo de nuevo. Así, sucede que las estrellas que circulan en los círculos ígneos superiores están animadas en su rotación de un movimiento ascendente, las nubes las obligan a volver a bajar, y por esta razón su luminosidad aumenta. Pero cuando las estrellas con movimientos circulares descienden, reconducen hacia abajo las nubes, que son entonces sombrías y llevan lluvias. Y el aire tenue parece cómo difundirse por toda la rueda, porque todo lo que hay en este mundo crece y vive gracias a él.
Así, bajo la protección de la prudencia, los rectos deseos de los hombres creyentes, los que aspiran sutilmente a la justicia, se exhalan desde las energías superiores que confirma el Espíritu Santo. Este deseo es imborrable. Con un apego respetuoso, los fieles lo mantienen siempre. La firme determinación de los creyentes resplandece a

veces en la confianza, y a veces tiembla en la humildad, cuando atribuye a Dios los frutos de las obras santas y el ejemplo de los justos. Entonces esta convicción sabe reunirlos allí lo mismo que el obrero que ve su esfuerzo recompensado.
La ciencia verdadera inflamada por el Espíritu Santo levanta a los hombres hacia los bienes celestes con acciones justas, arrastra su espíritu y los purifica. Cuando, en cambio, al cumplir estas acciones justas, se inclina hacia abajo, hacia las necesidades del cuerpo, baja allí también su espíritu. Estos hombres, entre las inquietudes cotidianas, parecen almas perdidas. Tienen siempre el rocío de las lágrimas en los ojos, porque suspiran, arraigados a la tierra como están, aunque se encomienden completamente a la omnipotencia divina.

Por qué estos seis círculos están unidos el uno con el otro sin separaciones, y qué indica esta cohesión.

IX. Los seis círculos están unidos entre ellos sin ningún espacio que los separe. Si el orden divino no los hubiera consolidados con esta ligadura, el firmamento habría estallado y habría perdido su consistencia. Es una alusión al papel que juega el Espíritu Santo en el creyente, su inspiración conecta entre si las virtudes a la perfección. Así, cuando luchan contra los vicios del diablo, pueden llevar a cabo cualquier buena obra unánimemente.

El primer círculo enciende a los otros con su fuego, el cuarto los atempera con su luz. Qué significa todo esto en sentido figurado.

X. El círculo superior penetra con su fuego a todos los demás círculos. El círculo húmedo hace lo mismo gracias a su humedad. El elemento supremo, el fuego, refuerza a los otros elementos gracias a su fuerza incandescente. El elemento acuoso, con su humedad, introduce en el resto la fuerza vital de la fecundidad. La omnipotencia de Dios santifica así por las maravillas de su gracia a los fieles, y la obra de los fieles glorifica la misericordia de su Creador en la verdadera humildad de la santidad.

Sobre la línea que, en la rueda descrita, se extiende desde la salida del sol hasta el extremo de su ocaso. Qué significa en sentido alegórico.

XI. Casi desde el principio de la parte oriental de la rueda hasta al final de su parte occidental, se extiende, en el firmamento, una línea en dirección a la región septentrional. Esta línea aísla de algún modo la región septentrional, porque desde el punto de su nacimiento, a oriente, donde el sol surge al principio cuando los días empiezan a alargarse, hasta la zona del poniente, a occidente, donde el sol acorta su luz, esta línea se curva y se recurva, para evitar la región septentrional, porque los rayos del sol no van a meterse en aquellas partes, pues más bien casi desprecia los lugares que el antiguo seductor eligió para establecer su morada. Por esta razón Dios los privó de la luz del sol.

Igualmente el creyente, desde principio de las buenas obras que descansan en el poder divino hasta su cumplimiento, opone a la injusticia la rectitud de su justicia, separando las artes diabólicas de las obras buenas y santas. Porque, como está deseoso de un amor fiel a Dios, pone todo su celo en evitar lo que podría perjudica su alma, tal como dicen las Escrituras:

Cita del Apocalipsis, y de qué manera se ha de entender para expresar su sentido adecuado.

XII. "Al vencedor le daré el maná escondido, y una piedra sobre la que está escrito un nombre nuevo, que nadie conoce excepto el que lo recibe". (Apoc 2, 17). Esto se interpreta así: el que huye de la parte izquierda mantiene un gran combate contra la tortuosa serpiente que busca siempre arrastrarlo consigo en aquella dirección. Pero si persevera en la batalla, si huye de Satanás y se niega a seguir su consejo, Yo, el que soy, le daré el pan vivo que baja del cielo, el pan inaccesible, tanto para toda la bajeza del deseo del hombre como para toda la astucia de la vieja serpiente, y le daré igualmente el regalo de participar en el que es la piedra angular existente en la incandescente claridad, Dios y hombre a la vez, y en él inscribiré el nombre del nuevo nacimiento, que es Cristo, por el que tenemos nuestro nombre de cristianos.
Nadie, mientras esté todavía en la vida efímera y mortal, puede comprender esto perfectamente, sino sólo quién consigue la dicha de la vida eterna en recompensa de los premios celestiales.

La masa de la tierra, a modo de globo, se ha colocado sobre fundamentos, inmóvil dentro de los seis círculos descritos, a distancia igual de los cinco círculos superiores y en medio del sexto, es decir del círculo del aire tenue. Qué significado deducimos.

XIII. El globo que se encuentra en el medio de este círculo de aire tenue, a igual distancia en toda su circunferencia del círculo de aire denso, blanco y luminoso, es la tierra, que está puesta en el medio de los otros elementos que la gobiernan. Por esta razón, en todo su contorno estos elementos la sustentan de forma igualada. Está conectada con ellos, de ellos recibe continuamente su subsistencia, fecundidad, y energía para mantenerse en su integridad. La vida activa simboliza, de algún modo, la tierra, porque se mueve en medio de los justos deseos, se agita en todas las direcciones, gira sin tregua, pero se mantiene firme con la justa medida de la devoción para conservar la fuerza del discernimiento. Se sujeta así, siempre con equilibrio, en el caso de los creyentes, a las energías espirituales y a las necesidades del cuerpo, porque quienes estiman el buen criterio, dirigen todas sus obras a la voluntad de Dios. El diámetro de esta esfera corresponde a la profundidad del espacio que se extiende desde el borde extremo de la zona superior hasta el límite inferior de las nubes, o mejor, desde el límite de las nubes a la cumbre del globo mismo. Significa que el Creador supremo hizo y reforzó la masa terrestre de modo que no la pudiera disolver ni el furor de los elementos superiores, ni el empuje de los vientos, ni la inundación de las aguas.
Así cada fiel tiene que considerar en el ardiente fervor de su corazón, la grandeza de la omnipotencia divina y constatar la inestabilidad de su espíritu y la debilidad de la carne para mantener el equilibrio en todas las acciones y para que no resulten defectuosas

porque excedan la justa medida en las cosas necesarias, tanto las que conciernan a las realidades superiores como a las inferiores, como Pablo recomienda a sus fieles:

Palabras de Pablo que convergen hacia el mismo sentido, y como deben ser interpretadas

XIV. “Actuad en todo sin murmullos ni murmuraciones, a fin de que seáis irreprensibles y puros, hijos de Dios inmaculados entre una generación perversa y degenerada, en la que tenéis que resplandecer como astros, trayendo la Palabra de vida”, (Flp. 2, 14-16). Esto se interpreta así: el hombre está como en una encrucijada. Si busca la salvación en la luz que viene de Dios, lo conseguirá. Si es el mal el que ha elegido, seguirá al diablo como castigo. Por tanto, el hombre, si asume la naturaleza humana y todas sus obras sin murmuraciones, es decir sin las deformaciones de los pecados y sin indecisiones, con una fe perfecta, y si quiere el bien y odia el mal, sin duda será liberado en el juicio futuro, y será separado de los pecadores, que se alejan del bien abrazando el mal. Los que actúan así, sin hacer mal a nadie, no serán acusados de arrogancia, vivirán como hijos de Dios, se mantendrán irreprensibles, sin engaño fraudulento, y se ganarán la consideración de los que se jactan de ser fuertes realizando acciones desviadas y perversas. En la perfección de su verdadera fe, brillarán como estos astros cuya misión es la de iluminar al mundo, tal como ha decidido para ellos el Creador del universo. Por su doctrina, que tiene en cuenta también la vida, muchos hombres se convertirán a Dios, del mismo modo en el Hijo de Dios, libre de pecado como era, otorgó a todos la luz en este mundo.
Dios ha puesto en el firmamento dos lumbreras, el sol y la luna, que significan, en el hombre, la ciencia del bien y del mal. Porque como el firmamento está consolidado por el sol y la luna, también el hombre se mueve dentro de los límites de la ciencia del bien y el mal. Igualmente, como el sol realiza su orbita sin que su circunferencia disminuya, así la ciencia del bien sigue su recorrido sin desear el mal, pero reprimiendo, reprochando y contrastando la mala ciencia, porque no aporta ningún provecho. La ciencia del bien denomina satánica a la otra ciencia, porque sólo intenta satisfacer sus deseos. Y tal como la luna mengua y crece, así la ciencia del mal desprecia a la del bien, y la declara necia y falta de valor, pero sin embargo la conoce, como el diablo conoce a Dios aunque se le oponga.

Sobre la imagen en forma de hombre que aparece en el centro de la mencionada rueda, que toca con las puntas de los pies y de las manos extendidos el círculo de aire denso, blanco y luminoso. Qué significa esta figura y su posición.

XV. Y por fin en el centro de esta rueda aparece una imagen de hombre, cuya cabeza alcanza la parte superior y los pies la parte inferior del círculo de aire denso, blanco y luminoso. Por el lado derecho, la punta de los dedos de su mano derecha, y por el izquierdo, la punta de los dedos de la mano izquierda, están estirados y llegan hasta el mismo círculo, tocándolo en dos puntos diferentes de la circunferencia. La razón por la que la imagen ha extendido los brazos es porque en la estructura del mundo el hombre está como en el centro, ya que es más poderoso que todas las otras criaturas que están sin embargo en la propia estructura.

Aunque es pequeño de estatura, es grande por la energía de su alma. Como tiene la capacidad de mover la cabeza hacia arriba y los pies hacia abajo, alcanza tanto los elementos superiores como los inferiores y puede moverlos. Las obras de sus dos manos lo traspasan todo, porque tiene, por la fuerza del hombre interior, la posibilidad de poner esta capacidad en ejecución. Como el cuerpo del hombre supera en tamaño a su corazón, así las fuerzas del alma superan por su eficacia al cuerpo del hombre; y como el corazón del hombre está escondido en el cuerpo, así el cuerpo del hombre está circundado por las fuerzas del alma, que se extienden por toda la redondez de la tierra. Así, el hombre creyente existe en el conocimiento de Dios y tiende a Dios, no solamente en las preocupaciones del espíritu, sino también en las mundanas. Aspira a Dios en todas sus empresas, prósperas o adversas y en ellas no cesa de manifestar a Dios toda la devoción que le profesa.
Como el hombre contempla con los ojos del cuerpo todo el entorno de las criaturas, así por la fe puede ver a Dios por todas partes y lo conoce en toda criatura, porque sabe que Dios es el Creador.

Sobre las cuatro cabezas de animales que aparecen en las cuatro partes de la rueda. Qué significan, tanto con respecto al mundo como con respecto al hombre.

XVI. Las cuatro cabezas, de leopardo, lobo, león y oso, aparecen en las cuatro regiones que son también las residencias de los vientos en los cuatro lados del universo. Los cuatro vientos, por supuesto, no tienen este aspecto, pero sus energías se asemejan a la naturaleza de estos animales. Igualmente el hombre se encuentra en un cruce de cuatro caminos, constituidos por las preocupaciones seculares que le presentan múltiples tentaciones: la cabeza de leopardo le recuerda el temor de Dios, la cabeza del lobo, los castigos infernales, la cabeza del león, el miedo del juicio divino, la cabeza del oso, la infinita tormenta de angustias que atormentan su cuerpo.

Sobre el viento principal del oriente se ve representado por una cabeza de leopardo por encima de la cabeza de la imagen de hombre en el círculo del éter puro. Sus dos vientos colaterales toman el aspecto, uno en forma de cabeza de cangrejo y el otro en forma de cabeza de ciervo.

XVII. Encima de la mencionada figura, en el círculo de éter puro, ves como una cabeza de leopardo. De su boca sale un fuerte soplo, esto significa el viento principal de oriente, que proviene del éter en forma como de leopardo, no porque este viento sea realmente como un leopardo, sino porque como el leopardo, tiene la ferocidad del león aunque sin su ciencia, y como el leopardo es más ligero y débil que el león. Este viento se levanta en la ferocidad producida por el miedo, pero después rápidamente se debilita y deja de soplar. Es feroz y suave a la vez, porque la primera característica procede del círculo de fuego negro y la segunda del círculo del éter puro. En la parte derecha de la boca, el soplo dibuja una curva y toma la forma de una cabeza de cangrejo con dos pinzas parecidas a pies, porque cuando el viento mencionado se vuelve hacia aquella parte asume la naturaleza del cangrejo. A la izquierda de la mencionada boca, el soplo, girándose, acaba en una cabeza de ciervo, porque en aquellas partes imita al ciervo, que es animal veloz.

De la boca de la cabeza de cangrejo sale algo como otro soplo que llega después hasta la mitad del espacio existente entre la cabeza de leopardo y la cabeza de león, porque según la naturaleza del cangrejo, el viento colateral, cuando sopla, lo hace irregularmente a ráfagas, como un torbellino, por lo cual se mueve de aquí para allá voluble y variable como hace el cangrejo, que ya avanza, ya va para atrás, y así va tirando hasta que llega al espacio que hay entre el oriente y el sur.
Otro soplo que sale de la boca de la cabeza de ciervo llega en cambio hasta mitad del espacio entre las cabezas del leopardo y del oso, ya que según la naturaleza del ciervo el otro viento colateral, cuando avanza, emite un soplido fuerte y estrepitoso, pero de pronto deja de soplar, como el ciervo que hunde con fuerza los cuernos y rápidamente huye, sin insistir demasiado tiempo. De este modo no avanza más allá del punto mediano entre el oriente y el norte.
Y el soplo que proviene de la parte derecha de la boca de leopardo y llega hasta la cabeza de cangrejo, el soplo que sale de la parte izquierda del cangrejo hacia la cabeza de ciervo, el soplo que de la boca del cangrejo tiende a la parte central entre las cabezas del leopardo y del león, y por fin el cuarto, que saliendo de la boca de la cabeza del ciervo alcanza el punto medio del espacio existente entre la cabeza de leopardo y la del oso, son todos de la misma longitud, porque el viento principal de oriente se expande por ambos lados con igual extensión en dirección a los vientos colaterales, y estos últimos llegan a sus respectivos términos, sea hacia el sur o hacia el norte teniendo la misma longitud.

Por qué las cabezas puestas en la rueda soplan en dirección a la imagen del hombre. Descripción de su sentido moral.

XVIII. Todas estas cabezas soplan hacia el interior de la rueda y hacia la imagen del hombre, porque estos vientos con sus soplos aseguran el adecuado equilibrio del mundo y por su ministerio preservan la salvación del hombre. En efecto, el mundo no existiría ni el hombre podría vivir, si no estuvieran vivificados por el soplo de estos vientos. Cuando el hombre se eleva en la contención de su alma y se acuerda de sus malas acciones y se dispone a la penitencia, es como si en la señal del éter puro, es decir en la penitencia, el temor de Dios brincara como un leopardo sobre su cabeza. Por su boca, es decir de su virtud, escuchamos la contrición, y, tocando el espíritu del hombre, le da ocasión de llegar hasta la cabeza del cangrejo, que representa la confianza. Este cangrejo tiene dos pinzas que son como dos pies, significan la esperanza y la duda, y cuando la mente del hombre está en las contradicciones del espíritu, el temor de Dios conduce la contrición hasta la cabeza de ciervo, que es la fe.
Apenas el hombre toma conciencia del peso de sus pecados, se dirige hacia la penitencia que incluye un temor de Dios constante, incluso dejando de lado los bienes de este mundo, hasta que llega a la confianza que tiene, por así decirlo, dos pies, la esperanza y la duda. La confianza engendra la esperanza con la cual se mezcla a veces la duda. En la confianza en Dios, el hombre espera conseguir la remisión de sus pecados y así, avanza. Sin embargo, cuando considera la cantidad y la gravedad de sus pecados, a menudo se pregunta si algún día obtendrá la remisión de los mismos. Entonces duda, aunque tenga confianza en Dios. Pero, cuando de vez en cuando sufre la desdicha de las enfermedades del cuerpo, vuelve los ojos a las riquezas de la fe, lo cual reduce en él a la nada las traiciones de la duda, sobre los cuernos del verdadero consuelo.

De la boca del cangrejo, es decir de la confianza, nace un segundo soplo, el soplo de la constancia, y esta constancia conduce a la plenitud de la perfección, y aquí se para, entre el temor de Dios y el juicio divino, ya que cuando alguien, confiando en Dios, es constante y perfecto en las obras buenas, atrae hacia sí el temor de Dios para no delinquir en forma más grave, y escudriña también el juicio de Dios para no añadir más pecados a sus pecados.
Y saliendo como de la boca de ciervo, es decir de la fe, sale otro soplo, que tiene que entenderse que es la santidad, y que se alarga hasta la plenitud de la perfección, que está situada entre el temor de Dios y la penitencia del cuerpo. Porque el fiel que florece en la santidad persevera en esta perfección en el temor auténtico de Dios y no deja, por esta razón, de mortificar el propio cuerpo. Así pues, el soplo, es decir la contrición que procede del temor de Dios en tiempo de prosperidad, por tender hacia la confianza, también representa la fe, que se obtiene en tiempo de adversidad partiendo del mismo temor de Dios. El soplo significa constancia, proviene de la confianza, que tiende a la plenitud de la perfección existente entre el temor de Dios y el juicio divino.
Todos estos soplos, de una sola manera y con igual fuerza de su energía, inducen al hombre a la santidad, porque, a pesar de la diversidad de sus operaciones, tienden sin embargo a una única santidad. En efecto, durante la formación de la rectitud las virtudes proceden una de la otra. Todas estas cabezas, significan que todas estas virtudes están en la ciencia de Dios, y tienden hacia esta ciencia, asistiendo al hombre tanto en las necesidades espirituales como en las corporales.
Cuando el temor del Dios inspira al hombre, éste empieza a temer a Dios y avanza en la sabiduría llevando a cabo obras buenas y justas. La confianza del hombre hacia su Dios le toca con la protección de la constancia para que confíe constantemente en Dios, en la medida en que levanta sus pensamientos hacia Dios, porque los espíritus de los creyentes se refuerzan con la virtud de la constancia. Luego la fe juzga, con la santidad, lo que debe condenarse por la carencia de fe. Se extiende con rapidez e impregna a los creyentes, expulsando de sus oídos los tumultos de los pensamientos perversos y destruyendo interiormente también los deleites peligrosos. Si en cambio el hombre abandona la fuerza vital de estas virtudes por acercarse a la aridez de la negligencia, quedará privado de la savia y de la fecundidad de las obras buenas, desfallecerá y las fuerzas de su alma se secarán. Y si luego la mente se inunda desmedidamente del suntuoso exceso de los placeres, procediendo como sobre un terreno resbaladizo, se ablanda. Si en cambio, avanza en una senda recta, todas sus obras conducen a la prosperidad, como nos enseña el Cantar de los Cantares:

Cita del Cantar de los Cantares concerniente a todo esto, y como ha de ser interpretada.

XIX. “El Rey me ha introducido en sus mansiones, por ti exultaremos y nos alegraremos. Evocaremos tus amores más que el vino, ¡con qué razón eres amado!” (Cant. 1, 4.) Esto se interpreta así: Ya que yo, alma fiel del hombre, estoy sobre las huellas de la verdad siguiendo al Hijo de Dios que con su humanidad ha redimido al hombre, puedo alcanzar la plenitud de los dones del que es regidor de todas las cosas, en el lugar donde encuentro la perfecta abundancia de las virtudes, en el lugar donde subo con confianza de virtud en virtud.
Por esto todos nosotros, redimidos por la sangre del Hijo de Dios, exultaremos con todo nuestro cuerpo, nos alegraremos con toda nuestra alma, ¡oh! santa divinidad por quien

existimos. Y hacemos memoria de la dulzura de las recompensas celestiales por encima de nuestras pasiones, de todas nuestras tribulaciones, provocadas por los adversarios de la verdad. No son nada para nosotros, porque saboreamos las delicias que nos ofreces cuando nos muestras tus mandatos. Y así, los que son justos en las obras de la santidad verdadera te quieren con auténtico y perfecto amor, porque concedes todos los bienes a cuántos te quieren y porque les otorgas también la vida eterna.
La sabiduría se introduce en los graneros, es decir, en los espíritus de los hombres, y deposita allí toda la justicia de la verdadera fe que permite el conocimiento del Dios verdadero. Esta misma fe vence al invierno y a toda la humedad de los vicios, que ya no pueden reverdecer y crecer, y por otro lado, la fe atrae hacia si todas las virtudes y las une, como el vino que se vierte en la copa que se ofrece a los hombres para que beban. He aquí por qué los creyentes exultan y se alegran, confiando verdaderamente en el camino de la vida eterna. Llevan los estandartes de las buenas obras que han llevado a término. Tienen sed de la justicia de Dios y se alimentan de la santidad que cae como de su seno, y de este modo, sin cansarse nunca, se alegrarán para siempre en la contemplación de la divinidad, porque la santidad supera todo intelecto humano.
Cuando el hombre acoge la rectitud, si se abandona a si mismo para saborear y beber las virtudes, ellas lo confortan, como el vino llena las venas del que lo bebe, pero sin manifestar inmoderación en los vicios de la infidelidad como quien está fuera de si, borracho de vino, incapaz de entender lo que hace. Así los justos quieren a Dios, porque en él no hay cansancio sino perseverancia en la santidad.

Por qué el viento principal de occidente aparece en forma de cabeza de lobo bajo los pies de la imagen en el círculo del aire húmedo. Por qué sus dos vientos colaterales aparecen el uno en forma de cabeza de ciervo, y el otro en forma de cabeza de cangrejo.

XX. En el círculo de aire húmedo, bajo los pies de la misma imagen del hombre, aparece como una cabeza de lobo que emite como un soplo de la boca. Esto significa que el viento principal de occidente, bajo el poder del que se ha hecho hombre por los hombres, viene soplando en el aire húmedo en el territorio occidental como un lobo que vive escondido en el bosque y sale, saqueador, a la búsqueda de comida. Este viento, saliendo de su escondite, es decir del aire húmedo, tan pronto lleva consigo el verdor a las hierbas, como de repente las ahoga a causa de la sequía.
De la parte derecha de la boca del lobo, alargándose hasta la mitad del espacio dónde están las cabezas del lobo y del oso, surge la forma de una cabeza de ciervo. De su garganta sale un soplo que se agota en la misma mitad del espacio, ya que este viento, dirigiéndose desde aquella parte hasta el punto de medio entre occidente y norte, se transforma en la naturaleza del ciervo, de modo que el viento colateral que surge en este punto emite sus soplos hasta el mismo punto mediano, penetrando con fuerza y corriendo veloz a la manera del ciervo.
De la izquierda de la boca de la misma cabeza de lobo nace otro aliento, que se alarga hasta el espacio intermedio ocupado por las cabezas del lobo y del león. Este aliento se transforma en un cangrejo con dos pinzas como pies. De la boca del cangrejo sale como otro soplo que se para en el mismo punto medio, porque, cuando el mismo viento se sitúa en el medio entre el occidente y el sur, vuelve a la naturaleza del cangrejo, que se mueve adelante y atrás. Se trata de un viento colateral que procede oscilando como el

cangrejo, se difunde en una y otra dirección y llega hasta el punto mediano que se ha dicho.
Todas estas cabezas están equidistantes la una de la otra y ocupan un espacio igual. Sus soplos se alargan en igual medida y forma en las dos direcciones, tal y como pasaba en las descritas anteriormente, porque las cabezas emiten sus soplos según la distancia que separa estos vientos los unos de los otros. Cada viento dirige hacia otro viento el propio soplo y, yendo uno al encuentro del otro, no superan su límite, ningún viento sopla más fuerte que otro, salvo que así suceda por juicio divino. Pero si esto ocurriese por decisión divina, se producirían en aquel punto cosas terribles y se ocasionan muchísimas y peligrosas calamidades.

Por qué también estas cabezas, como las anteriores, soplan hacia la imagen del hombre, y su significación moral.

XXI. Y todas las cabezas soplan el propio aliento hacia el interior de la rueda y hacia la imagen del hombre en ella colocada, de manera que estos vientos regulan con sus fuerzas y funciones el mundo, el hombre y todas las cosas que hay en el mundo.
Pues, cuando los creyentes obran el bien, es como si pisotean con justos ejemplos la mortal caducidad de los deseos terrenales, es como si del aire húmedo, es decir de las obras santas, salieran los castigos infernales como el lobo sale al descampado. Porque cuando los creyentes dejan de pecar y caminan por la vía de la rectitud, enseñan a temer intensamente los castigos infernales que devoran las almas. Y estos castigos infernales producen en el corazón de los hombres algo parecido a un soplo, es decir la contrición, porque los creyentes tienen miedo de estos castigos. La misma contrición, según el deseo de Dios, se proyecta en la plenitud de la perfección, porque cuando el hombre avanza con prosperidad en sus actos y se coloca entre las penas infernales y la penitencia del cuerpo, ella asume la forma de una cabeza de ciervo, es decir de la fe.
De la boca del ciervo que simboliza la virtud, proviene otro soplo, la santidad, que se mantiene en la misma perfección. Cuando el hombre teme las penas infernales, aflige su cuerpo con penitencias diferentes y penosas con tal de alcanzar aquella perfección en que arde todo entero en la fe, ya que cree que Dios lo arrancará de los castigos infernales. Así nace en él la santidad y entonces se empapa completamente en las realidades espirituales, abandonando las obras del mundo. Cuando en cambio el hombre, con el permiso de Dios, es castigado en el cuerpo con innumerables calamidades, a causa de la siniestra adversidad de las voraces penas infernales de que se ha dicho, entonces la contrición sube a su corazón y, en el momento mismo en que se da cuenta de que no tiene una vida próspera, se eleva a partir de este sentimiento. Sube así a la plenitud de la perfección, situado entre las penas infernales y el juicio de Dios, llegando a la cabeza de cangrejo, es decir a la confianza, qué tan pronto está llena de esperanza, como al poco llena de duda, porque el hombre confía sus actos a Dios, esperando obtener así la remisión de sus faltas, pero a veces también duda. Al final, otro soplo que designa la constancia, saliendo de la confianza lo conduce a tal perfección de las virtudes, que desde aquel momento no tiene más indecisiones respecto de la bondad divina.
En la medida en qué están bien asentadas estas afirmaciones, la eficacia de las obras mismas es rechazada por el hombre, porque, aunque las penas infernales sean temibles, la confianza en la bondad divina hace que, en el hombre, sea más vigorosa la fe acompañada de la santidad y la confianza acompañada de la constancia, especialmente

cuando el individuo empieza a afligirse en el proceso de contrición por miedo de las mencionadas penas. Así, cuanto más teme el hombre al infierno, más cauto es en todas las circunstancias. Todas estas penas infernales, con su fuerza, obligan a obedecer al mandato de Dios que todo lo abarca, y empujan al hombre por la virtud de sus propias energías a cumplir la voluntad de Dios. Así hacen que Dios sea temido ya que, cuando el hombre tiene realmente miedo de las penas, deja de pecar, y cuando observa en los otros los buenos ejemplos, tiene muchos motivos para indignarse consigo mismo, pero si logra soportar la rabia con paciencia, muestra santidad en todas sus obras.
Y cuando avanza felizmente, sin padecer adversidad, gracias al sostén de las obras buenas, rápidamente logra la rectitud en virtud de estos actos, de tal manera que gozando de la prosperidad terrenal puede encomendarse con confianza, sin titubear, a la gracia de Dios. Emplea los bienes mortales de la tierra para no verse privado de la eternidad en el cielo. En cambio, aquellos que están privados de la fecundidad del Espíritu Santo se ahogan en la infidelidad, se consumen en la depravación, se hunden en el infierno, porque no ha querido encomendarse a la gracia de Dios. De esta cuestión habla Isaías, mi siervo, cuando dice:

Palabras de Isaías sobre esta cuestión, y como tiene que ser comprendidas.

XXII. "Ahora, pues, voy a haceros saber lo que haré Yo a mi viña: quitaré su seto, y será quemada, desportillaré su cerca, y será pisoteada. Haré de ella un erial que no se pode ni se escarde, crecerá la zarza y el espino, y a las nubes prohibiré llover sobre ella. (Is 5,5-6).
Esto se interpreta así: quien no confía en Dios ni comprende que ha sido creado por Dios, antes bien lo regaña como si fuera culpable de sus pecados y como si Dios no le hubiera enseñado los caminos de la justicia. Quien no quiere contemplar la salida y la puesta del sol, de la luna y de las estrellas, que Dios ha puesto en el cielo, ni el viento con sus ráfagas, ni la tierra con sus océanos y las otras criaturas que Dios ha creado para el hombre, ni reconoce en ellas la dignidad con que fueron creadas, ése desprecia a su Dios, que no tiene principio ni fin, y destruye cualquier criatura, antes de conocerla y ni siquiera se conoce a si mismo perfectamente.
A ese, por eso Yo lo privaré de cualquier clase de defensa, a fin de que no tenga la menor ayuda, y los extraños lo arrancarán de la vida, destruiré su fortaleza y dejaré que sea destrozado por los demonios y los ángeles buenos lo abandonarán. Cualquier freno de su concupiscencia será borrado y él será dado en comida a los perros y a las fieras, porque me ha conocido menos de lo que me conocen a los animales, puesto que ellos hacen las funciones para las que han sido creados. Por lo tanto, será pisado como el estiércol y privado de toda santidad. Y no será incluido en el número de los hijos de Dios ni será librado de sus pecados por la fe, porque ha imitado al que quiso asemejarse a Dios, que no ha tenido principio ni tendrá sin fin.
A partir de aquí, esta clase de hombres caen en la soberbia, provocando peleas, rabia y cólera, lo cual los va separando de la herencia celeste, y de este modo, faltos del rocío y de la gracia del Espíritu Santo, acaban siendo tan baldíos que son incapaces de dar frutos en forma de buenas obras. Pero lo mismo que el hombre le pide a Dios que se calmen las horribles tempestades y que le sea concedido todo lo que le es necesario, así tiene que pedir que sea vencida en él la mala ciencia.

Por qué en el viento principal del sur, a la derecha de la imagen, aparece como una cabeza de león en el círculo del fuego brillante. Y por qué sus dos vientos colaterales aparecen, el uno en forma de cabeza de serpiente, el otro en forma de cabeza de cordero.

XXIII. A derecha de la figura humana, en el círculo de fuego brillante, aparece cómo una cabeza de león, símbolo del viento del sur, que lleva la prosperidad al hombre de la región meridional.
Porque como el león es fuerte y ejerce su voluntad con la fuerza, así el viento meridional es fuerte e impetuoso en el fuego y desde el fuego, y cuando los días se alargan es poderoso, y con esta potencia impide el choque y la rotura de las nubes y los peligros consiguientes de una repentina emisión de las lluvias. De ambos los lados de la boca del león se difunde algo como un soplo extendiéndose un poco, porque el mismo viento que proviene de esta zona meridional se expande por ambos lados. Cuando lo hace por la derecha toma la forma de una cabeza de serpiente, y por la izquierda, de una cabeza de cordero. A la derecha, hemos dicho que asume la naturaleza de una serpiente, porque habla con dulzura mientras prepara trampas cruelmente, a veces como la serpiente produce un soplo suave y a continuación te ataca y muerde con fuerza. En la parte izquierda en cambio se transforma en cordero, es dulce y tranquilo, porque en esta zona se muestra suave e inofensivo. La cabeza de serpiente, situada en el espacio intermedio entre la cabeza del león y del lobo, emite a su vez un aliento, que se difunde hasta el medio y se une al soplo emitido por la cabeza de cangrejo, situado entre la cabeza del lobo y la del león, ya que según la naturaleza de la serpiente, como hemos demostrado más arriba, este viento, colateral al viento principal del sur, emerge en el centro de la mitad del espacio interpuesto entre el sur y occidente, y llega con sus soplos hasta el punto de medio entre sur y occidente, y no supera este límite, como tampoco lo hacen los otros, a menos que Dios lo ordene. Y aquí recibe el soplo que emana del viento colateral que está entre occidente y sur.
Si dividimos la longitud del espacio entre el sur y el occidente en cuatro partes, la primera parte es el sur, que es a la vez el inicio de la segunda. El medio se encuentra entre el inicio de la primera parte y el final de la segunda. Y el final de la segunda, que es el principio de la tercera, es exactamente el medio de la largura total entre el sur y occidente. Del mismo modo, el punto final, a partir de occidente, de la primera parte del lado opuesto, también es el principio de la segunda parte del lado opuesto, está en el medio entre el principio del que se considera la primera parte y el punto final del que es la segunda. Y el término de la segunda, que está al principio de la tercera, constituye el medio del espacio que considerado por el lado opuesto va de occidente al sur, donde se encuentran los vientos colaterales. Así estos vientos, tanto los principales como sus colaterales entre el oriente y el sur, entre el sur y el occidente, entre el occidente y el norte y entre el norte y el oriente, están conectados del mismo modo el uno con el otro y separados igualmente el uno del otro, como hemos explicado más arriba. La cabeza de cordero que se ve en el medio del espacio entre la cabeza del león y la del leopardo, emite algo como un soplo, que llega hasta el mismo punto mediano y se une al soplo emitido por la cabeza de cangrejo, situado entre la cabeza de leopardo y la del león, ya que, como hemos mostrado antes, en estas partes, es decir en este espacio intermedio, nace otro viento colateral situado entre el sur y la mitad del espacio entre sur y oriente, de naturaleza afín al cordero. También él, dirige su soplo hacia el mismo punto mediano, y allí, con su empuje, va al encuentro al soplo emitido por el viento que imita

la naturaleza del cangrejo, el cual nace entre el oriente y el sur. Por este choque ocurren comúnmente en aquel punto innumerable cantidad de espantos y colisiones.
Así pues, la extensión de los soplos es proporcional al espacio de separación de estas cabezas, como ya se ha dicho a propósito de las otras cabezas de animales y sus soplos. Los principios de cada uno de los vientos están separados según la extensión de cada uno de ellos, y alcanzan los lugares en que los otros vientos surgen, y en estos puntos los soplos de los unos y de los otros se encuentran.

Por qué estas cabezas, al igual que aquellas de que se ha hablado antes, soplan hacia el interior de la rueda y hacia la figura humana.

XXIV. Vemos, pues, cómo los vientos soplan sobre la rueda y sobre la figura humana. En efecto, los vientos mencionados, los vientos principales, a quienes otros vientos están sometidos, son los que mantienen la fuerza del universo entero y del hombre, que tiene en si, invisibles, la totalidad de las criaturas, para protegerlos de la destrucción.
Con respecto a los vientos colaterales, no dejan nunca de soplar, aunque suavemente. La fuerza extraordinariamente poderosa de los vientos principales nunca se manifiesta, salvo cuando el juicio de Dios la reclame al llegar el fin del mundo para cumplir el último castigo. En efecto, el viento del sur y el viento del norte transmiten las decisiones divinas a sus vientos colaterales según impone la voluntad de Dios. El viento del sur trae la canícula y provoca grandes inundaciones. El viento del norte trae el relámpago y el trueno, el granizo y el frío. En cuanto a los vientos del oeste y del este, vientos principales también, llaman a los vientos colaterales a ejecutar los juicios de Dios sin violencia y con cierta lentitud. Sin embargo, cuando los causan por voluntad de Dios, en verano por el frío o la sequedad, en invierno por calor, por la lluvia u otros fenómenos, los males que generan son desfavorables, nocivos para la tierra y los hombres. Además, los vientos no solamente someten con su fuerza a la tierra entera. También tienen una función que transmiten a los hombres, pueden hacer saber y entender al hombre los actos que preparan. Cuando estos vientos soplan su aliento sobre la tierra, también penetran debajo de ella, y cuando entran en lugares determinados, como cavernas subterráneas, hacen temblar a la tierra en el momento en que no encuentran salida. Cuando encuentran un escape, algunos hombres pueden verlos escapar y piensan que tienen allí su origen, pero su origen no está en aquel punto, sino en los elementos superiores, como hemos explicado. Lo que hacen es desperdigarse tanto por debajo como por encima de la tierra.

El hombre tiene que investigar con atención de qué manera todas estas cosas afectan a la salvación de su alma, y a la realización de los juicios de Dios, que no deja nada fuera de su examen.

XXV. El hombre tiene que entender de qué manera afectan todas estas cosas a la salvación de su alma, ya que el hecho de que en el círculo de fuego brillante, que significa la potencia divina, se vea algo como una cabeza de león, indica que el juicio de Dios es terrible, y además indica que Dios, juzgando todas las cosas con justicia y equidad, no deja nada fuera de su examen. Este juicio, que se extiende por todas partes revestido de virtud, tiene la capacidad de llevar a la justicia.

Para el hombre que conoce la prosperidad, este juicio se presenta con cabeza de serpiente, que significa la prudencia. Si el hombre sufre en la adversidad se asemeja a la cabeza de cordero, es decir toma la forma de la paciencia. Pero es necesario que el hombre en la prosperidad tenga un prudente temor del juicio de Dios, para huir de las tramposas astucias del mal y para no abandonar, sintiéndose seguro sin serlo, la senda de la verdad. Y en la adversidad es necesario que sea paciente con el juicio divino, sabiendo que Dios tolera en muchos casos, apartando la mirada, que las obras de los hombres procedan de forma tortuosa. La cabeza de serpiente, es decir la prudencia, que se manifiesta en la plenitud de la perfección situada entre el juicio de Dios y las penas infernales, saca de sí misma algo como un soplo, es decir la providencia. Porque mientras el hombre, aterrorizado por el juicio de Dios, y las penas del infierno, para no sufrirlas merecidamente, se afana en cumplir obras buenas, la providencia, dilatándose de este modo hacia la perfección de la rectitud, se une a la constancia que tiene origen en la cabeza de cangrejo, es decir en la fuerza de la confianza situada entre las penas infernales y el juicio de Dios, ya que el fiel se esfuerza en ser constante y en procurarse todo bien útil para la vida eterna. La cabeza de cordero, que designa la paciencia apareciendo en la plenitud de la perfección, está situada entre el juicio de Dios y el temor del Dios, y produce algo como un soplo: la mansedumbre. Y también ella, llegando hasta la justa perfección, se asocia con la constancia, que deriva de la verdadera confianza colocada entre el temor del Dios y el juicio de Dios, porque el hombre bienaventurado, cuando es paciente frente las injurias y se muestra manso en estas circunstancias, tiene que abrazar la constancia para consumar su buen fin.

Ningún fiel tiene que descuidar ninguna clase de virtudes, distintas unas de otras, porque el efecto de la virtud es conducir al hombre a la justicia y a la rectitud de las cosas celestes.

XXVI. Cada clase de virtudes presenta por sí y en su propio interior sus distinciones, porque una virtud muestra ciertos poderes, y otra otros, y así también son distintas sus operaciones en los hombres, y esto hay que entenderlo referido a todas las virtudes. Las obras buenas siguen a una voluntad buena. Igualmente, algunas virtudes se inclinan a la ciencia de Dios, y puesto que existen en la ciencia de Dios, conducen al hombre a todas las formas de la justicia al mismo tiempo que le hacen encaminarse con rectitud hacia las cosas celestes. Sin duda, todas las virtudes se apresuran a conseguir la salvación del hombre, aunque no todas aparezcan con igual medida en un solo hombre. En efecto, el juicio de Dios aterroriza al hombre y lo somete a examen, y no hay obra de hombre que no sea sometida a esta criba, porque el justo juicio de Dios juzga justamente todas las cosas. Pero la prudencia infunde en el hombre sus fuerzas junto con la providencia para que abrace la castidad, abandonando prudentemente el desenfreno de su tiempo. La paciencia en cambio, lo toca con la mansedumbre para que soporte pacientemente las tentaciones de la carne, porque en ambos sexos, tanto en el hombre como en la mujer, el ardor de la concupiscencia carnal tiene que ser apaciguado recurriendo a estas virtudes, sin aburrimiento ni negligencia. Por esta razón nadie tiene que descuidar estas virtudes, para que no lo abandonen haciéndolo desecarse en la aridez o ahogándole en deseos carnales. Mas vale que los creyentes imiten con ellas el ejemplo de las buenas obras, para que se conserven en la santidad.
Si el hombre, en cambio, descuida a Dios, incurre muy a menudo en el castigo de su cuerpo por el justo juicio de la divinidad, tal y como hemos dicho. Así, el azote de Dios

lo somete a su poder tanto por parte de los elementos y por las criaturas superiores como por parte de las inferiores, con calor y con frío, con sequía y con humedad y con muchas otras aflicciones, porque al no observar la constancia en las virtudes no quiso comprender qué debía hacer. Cuando las virtudes empujan al hombre hacia lo espiritual, ellos también se hacen prudentes en los asuntos carnales, incluso las virtudes, sin aparecerles abiertamente en ellos, los obligan de muchos modos, en silencio, al temor de Dios. Pero cuando se manifiestan en ellos de tal modo que las cultivan abiertamente gracias a la acción de la caridad, entonces se verá que ellos han probado el temor de Dios, en primer lugar en las cosas temporales, y que luego se han sustraído a los impulsos de la carne, más por deseo del cielo que por temor de las penas infernales. Se han robustecido por la fuerza de las virtudes santas, como testimonia David, cuando de acuerdo con mi voluntad afirma:

Cita del Salmo CXVII en relación a esta cuestión, y como debe ser interpretada.

XXVII. “La diestra del Dios hizo proezas, la diestra el Dios me ha exaltado. No moriré, sino viviré, y contaré las obras del Señor”. (Sal 117,16-17) Esto se interpreta así: El hombre en primer lugar por temor de Dios y de las penas infernales comienza por inclinarse a la izquierda, luego, por el amor del Dios, sube hacia la derecha, es decir hacia los deseos de los bienes celestes. Y en cuanto comienza a hacerlo, se reviste de una armadura firme, porque ha separado la ciencia del bien de la del mal.
Por tanto el ojo se puede comparar a esta doble ciencia, que tiene un círculo acuoso situado dentro de la parte blanca, como un vaso que contendría un espejo. La ciencia del mal, que se extiende por el lado izquierdo, se parece al vaso de la ciencia del bien, que procede del lado derecho. En efecto, el ojo derecho, el de la ciencia del bien, mira por todas partes para darse cuenta de la inutilidad de la concupiscencia carnal que es incapaz de captar la luz de la verdad y que cuando se alegra en los placeres impuros, acaba al fin ahogada por la tristeza, como sumergida por el agua. Así la derecha del Dios, su energía, engendra la virtud que permite a los hombres conocer a Dios por la fe y los empuja a la ejecución de sus obras en su temor.
Por la penitencia, la derecha me exalta cuando me hundo en mis pecados. Más tarde, tras esta penitencia, esta derecha divina engendra la virtud que me enciende en el amor a Dios con un deseo tan grande que nunca podré saciar. Por esta razón no moriré en el pecado, porque estoy arrepentido de ellos, y un día resurgiré. Por la verdadera y pura penitencia que ofrezco a Dios, viviré por siempre jamás y así, arrancado de la muerte, contaré las maravillas del Señor, en el temor y en el amor de él, porque no se me ha entregado a la muerte sino que me ha arrancado de la perdición infernal.

Por qué el viento principal del Norte, a la izquierda de la imagen de hombre, aparece como una cabeza de oso en el círculo del fuego negro. Por qué sus dos vientos colaterales aparecen el uno en forma de cabeza de cordero, el otro en forma de cabeza de serpiente

XXVIII. A izquierda de la figura humana, en el círculo de fuego negro, aparece como una cabeza de oso que avanza cada vez más desde la zona septentrional. Para el hombre, el norte es muy a menudo fuente de dificultades, la causa de las cuales es el

fuego negro. Como el oso gruñe enfurecido, porque su naturaleza lo hace feroz, así este viento prepara de vez en cuando, como si gruñera, agitaciones y estrépitos, peligros y tempestades. Pero la cabeza de oso exhala un soplo de su boca que se alarga a derecha e izquierda de la garganta. A la derecha toma la forma de cabeza de cordero, a la izquierda, asume la forma de una cabeza de serpiente. Quiere indicar que este viento que viene de la región septentrional, como se ha dicho, y que se extiende por una parte y por la otra, hacia la derecha, tiene la mansedumbre de la naturaleza del cordero, que es dulce y no peligroso, porque en aquellas zonas el viento mencionado se muestra dulce. Hacia la izquierda imita en cambio a la serpiente, que primero se desliza suavemente y después se precipita sobre la presa. Cuando no logra predominar en esta forma, empieza, temeroso, a suplicar al hombre, ya que inicialmente el viento de esta parte avanza con andadura engañosa, sin ruido, pero al final se muestra fraudulento y peligroso. Sin embargo, cuando ya los hombres se sienten perdidos, vuelve a la dulzura de antes.

De la boca de este cordero algo como otro soplo se extiende hasta el medio del espacio entre la cabeza del oso y del leopardo. Porque a semejanza del viento del cordero, este viento, colateral del viento principal que procede del Norte, emite soplando sus fuerzas hasta la mitad del espacio entre norte y oriente. En estas zonas se muestra suave como un cordero, aunque más allá arrecia como en el ímpetu de la cólera. Mientras, otro soplo surge de la boca de la cabeza de serpiente, y llega hasta la mitad del espacio entre la cabeza del oso y la del lobo. Como tiene la naturaleza de la serpiente, así este viento, colateral del viento septentrional, llega hasta el punto medio del espacio entre el viento principal del norte y el viento principal del occidente, y tan pronto manifiesta su fuerza de manera suave, como casi a traición y violentamente.

Aquella cosa parecida a un soplo, que sale de la parte derecha de la boca del oso para llegar a la cabeza de cordero, la otra cosa como un soplo que procede de la parte izquierda de la misma boca hasta la cabeza de serpiente, así como el soplo que llega hasta la indicada mitad del espacio entre la cabeza del oso y del leopardo, y el soplo que se alarga hasta mitad del espacio entre la cabeza del oso y la del lobo, el de la boca de la cabeza de serpiente, y el de la boca de la cabeza de cordero, son todos iguales y de la misma longitud, ya que el viento septentrional, principal, se alarga de una parte y de la otra con una misma extensión hasta los vientos colaterales a él subordinados. Y estos vientos colaterales, que se orientan a oriente y a occidente, alcanzan su punto final cubriendo un recorrido de la misma longitud que el delimitado al viento principal, que es, como hemos dicho, su punto de comienzo.

Por qué también estas cabezas, como las otras de que se ha hablado, soplan hacia el interior de la rueda y hacia la imagen de hombre.

XXIX. Y todas estas cabezas también soplan hacia el interior de la rueda y hacia la figura del hombre, porque todos estos vientos mantienen unido el globo terráqueo con la fuerza de sus ráfagas y empujan al hombre, en él colocado, a ocuparse de lo que le hace falta, para no perecer en la debilidad.

Pues, cuando cada uno de estos vientos emite su soplo con todas las cualidades descritas, sea por naturaleza, sea por disposición de Dios, penetra sin obstáculo en el cuerpo del hombre, y el alma que lo recibe lo conduce naturalmente al interior, hasta todos los elementos del cuerpo que tengan afinidad con la naturaleza de aquel viento. Así, a causa del soplo de los vientos, el hombre recibe consuelo o es privado de él. Y

cuando el hombre goza de prosperidad material, el sufrimiento del cuerpo, que es la venganza de Dios, sale como un oso del fuego del juicio, lo agarra y no lo deja avanzar en el camino de sus placeres. Y exhalando contra él algo como un soplo, es decir la miseria que de él procede, lo alcanza tanto en la prosperidad como en la adversidad, y no le permite obrar siguiendo sus deseos, antes le hace desear y tener humildad y pobreza de espíritu. De este modo el hombre empieza a comportarse justamente, abraza la paciencia, virtud simbolizada por la cabeza del cordero, evita el mal e imita la prudencia, representada por la cabeza de la serpiente. Muchas veces el hombre llega a las riquezas espirituales pasando primero por las tribulaciones del cuerpo, y gracias a los tesoros del espíritu conquista el reino de los cielos. Otro soplo, es decir la mansedumbre, sale de la boca de la cabeza de cordero que representa, como ya hemos dicho, la paciencia. Llega a la perfección, que está situada entre las penitencias del cuerpo y el temor de Dios, y otro soplo, es decir la providencia, sale de la boca de la cabeza de la serpiente que representa la prudencia, y llega hasta hacia la perfección, que está entre las penitencias del cuerpo y las penas infernales. Ambos exhortan al hombre, castigado a causa de la venganza de Dios, a despreciar las cosas terrenales y a dirigir su deseo a las cosas celestes, como hemos señalado más arriba.

Tanto el principio como el final de los misterios mencionados, sus acciones y sus sentidos, tienen un único objetivo, que es educar al hombre en una sola manera de obrar, aunque parezca que haya varias maneras. Todo lo que la ciencia de Dios indica como conveniente para la salvación del alma le conduce a la salvación, y con sus fuerzas empujan al hombre a unirse fielmente al Creador en cuerpo y alma. Por eso, el hombre por su parte tiene que fortalecerse en el camino hacia la santidad, huyendo de los deseos carnales y renegando los excesos de los vicios malolientes. Servirá así sabiamente a Dios, que quiere la continencia y la castidad. Es necesario que el hombre no sea demasiado mezquino ni demasiado estéril en la práctica de las virtudes ya que quién se niegue a someter y castigar la propia carne, encaminará el alma hacia la perdición. En cambio, quien estime las virtudes dominando su cuerpo y las conserve con amor, llevará su alma a la vida eterna, ya que de parte de Dios se reparten correcciones y castigos, como dice David, por Mí inspirado, cuando afirma:

Palabras de David del Salmo CXVII aplicables a estas cuestiones y su explicación.

XXX. “Los castigos del Señor han sido severos, pero no me ha entregado a la muerte” (Sal 117, 18) Esto se interpreta así: El hombre es a menudo inconstante e indisciplinado y no es temeroso, excepto cuando todas sus venas están recorridas por el sufrimiento. De aquí se comprende cómo el diablo engañó al primer hombre cuando lo hinchó de gran vanidad y deseó ser lo que no podía ser. Como consecuencia, el hombre conoció la tristeza y el dolor. En efecto, a causa del sufrimiento el hombre adquirió el temor, por la vanidad, el olvido y por la desobediencia a la ley, la necia confianza. Pero el temor del Dios prevalece, ya que gracias al temor el hombre tiembla frente a Dios y conoce perfectamente la inutilidad de todas las demás cosas. Primero sobreviene en el hombre el temor a Dios, luego sigue el abrazo a la caridad, y por fin llega el momento en que el hombre ama a Dios y piensa como reconciliarse con él para que Dios no se acuerde de su iniquidad. Pero cuando el hombre busca a Dios en el amor, Dios no deja de castigarlo con continuos sufrimientos, para hacerle decir con confianza: “Al castigarme con sus flagelos, el que es Señor de todas las cosas, ha castigado a un pecador, pero sin embargo, a causa de aquel mismo castigo con que me flagela no me ha entregado a las

penas mortales del infierno, porque con amor he ido en su búsqueda y le he confesado mis pecados, y en este mismo castigo soy paciente y prudente, cuando reconozco que sus juicios sobre mis culpas son justos. Y me apresuro, entonces, a volar a su lado con dos alas, la de la ciencia del bien y la del mal, con el ala derecha ayudaré a la izquierda hasta avanzar en la senda recta y uniforme"

Acerca de los siete astros que se ven en varios círculos de la rueda de la figura humana, separados por distancias determinadas.

XXXI. Sobre la cabeza de la imagen de hombre están representados los siete astros en este orden, partiendo desde arriba: tres en el círculo de fuego brillante, uno en el círculo de fuego negro debajo de éste, y tres en el círculo de éter puro, debajo de este último. Todos estos astros salen de oriente y se pasan uno a otro según la altura de la misma órbita. Y cuando han completado su curso se dirigen de nuevo a oriente para retomarlo desde el principio.
Tres tienen su órbita en el círculo del fuego brillante, uno en el círculo del fuego negro inferior, y otros tres debajo de ellos, en el círculo del éter puro. Los tres que tienen su órbita en el mismo fuego están alimentados por él en la misma llama y el fuego es confortado en su ardor por sus fuerzas, del mismo modo que el fuego incendia la leña y se vuelve más potente en su ardor gracias a la leña. Y son solo tres, porque si estuvieran en número superior harían arder excesivamente aquel fuego y lo consumirían al realizar sus órbitas, mientras que si fueran menos de tres, el mismo fuego, privado del alimento conveniente a su ardor, se adormecería. El primer astro ilumina con su resplandor el resplandor del sol, el segundo asiste con su ardor al ardor del sol, el tercero retiene con su órbita la órbita del sol en el recorrido correcto. El sol está circundado, dirigido y retenido por estos astros, para que pueda distribuir al firmamento y a todo el mundo un clima adecuado gracias a su calor y a su luz.
Los tres astros que están en el círculo del éter puro, que obtiene su pureza del fuego superior y del agua inferior, están controlados por el éter para que mantengan la pureza de su resplandor, pero su propia pureza también purifica el éter. No están en número superior ni inferior a tres, porque son garantía del mantenimiento de la pureza del éter sin excesos ni carencias. Lo ayudan a conseguir una justa medida, sin recargarla al aumentar, ni arruinarla al disminuir. El primer astro, colocado en el éter puro sobre la luna, favorece la fase creciente y la protege siempre que no se aleje demasiado. El segundo astro, vecino del primero, conserva la luna en la fase menguante para que no se desvanezca completamente. Estos astros es como si tuvieran la función de preceder, seguir y empujar la luna, en modos diferentes pero convenientes para asegurar el equilibrio de todo el mundo.

Como estos astros han sido dispuestos en el firmamento por Dios Creador y sobre sus diferentes funciones.

XXXII. En dirección del mediodía, junto a la imagen del hombre, y debajo de sus pies, aparece el sol, representado claramente en su círculo y con su disposición y orden claros y diferenciados. Corre hacia el sur y hacia occidente, pero no, sin embargo, de modo que se pare bajo de los pies del hombre, sino de tal manera que cuando, después

de la vuelta al firmamento, alcanza el occidente, lugar del ocaso, evita la región septentrional y reaparece en el firmamento por el oriente.
Y del medio del primer y más elevado astro, situado sobre la cabeza de la imagen del hombre, salen como rayos, de los cuales uno desciende hasta el signo del sol. Significa que de la fuerza de este astro principal, el primero que se muestra por el oriente porque de allí procede la luz del día, provienen los rayos de su energía. Un rayo se dirige hacia el sol al que proporciona su ayuda, templa su curso, para que no libere excesivamente sus fuegos. Otro rayo irradia sobre la pinza derecha de la cabeza de cangrejo que procede de la cabeza de leopardo, porque el mismo astro, surgiendo de la parte donde se opone al viento, manda un rayo que aumenta la fuerza de emisión de aquel viento, que sopla adelante y atrás, a partir del viento principal de oriente del que es colateral. Y así lo retiene establemente para que no supere los confines asignados por Dios. Otro rayo, que proviene de esta parte del mismo astro, llega hasta el cuerno derecho de la cabeza de ciervo, la que sale de la cabeza de leopardo. Este rayo, resiste el empuje del viento que nace aquí del viento principal, moderando sus impulsos, para que emita sus soplos en medida correcta y conveniente a la necesidad, igual que un hombre retiene los brazos del enemigo, para que lo mate ni mate a otros. Así las criaturas se mantienen en sus confines recíprocamente y se apoyan una a la otra.
Del centro del signo del segundo astro también cae algo como un rayo hacia el signo del sol. Este astro muestra su fuerza dando al sol con su rayo, y lo endulza con su caricia. Otro rayo va en dirección a la cabeza de cordero que proviene del signo de la cabeza de león. Significa que el rayo que proviene de la parte mas clara y fuerte se extiende hasta el principio del viento colateral, a la cabeza de cordero, que significa la mansedumbre, y procede del viento principal de la zona meridional, reteniéndolo para que no transforme su dulzura en ferocidad, antes bien, persevere en la dulzura sin ponerse importuno. Otro rayo se prolonga hacia la línea de que se ha hablado, que se alarga en el firmamento desde el principio de la parte oriental de la rueda hasta el final de la parte occidental de ella, pasando por la región septentrional, y sobre él está la cabeza de cordero que sale del signo de la cabeza de oso. Significa que el rayo, proveniente del vigor y esplendor de otro rayo, se extiende hasta el punto en que llega el otro viento colateral que sale del viento principal del Norte. El viento pequeño resiste al grande con todas sus fuerzas, templándolo para que sople de manera uniforme.
También el signo del tercer astro se encuentra en medio de este viento. Alarga de su centro algo como un rayo hacia el signo del sol, porque este astro, como los otros más elevados, asisten al sol con el vigor de su fuerza y el resplandor del propio ardor y lo sirven templándolo, como el sirviente presta servicio a su señor cuando está listo y disponible para cumplir la voluntad de aquel. Dirige otro rayo hacia la cabeza de serpiente que procede del signo de la cabeza de león. Muestra como, por su propia capacidad, el rayo se extiende hasta el principio del viento colateral, que exhibe ahora astucia y ahora prudencia, y que deriva del viento principal meridional. Este rayo retiene y comprime sus soplos para que en sus movimientos no avance más allá de la medida. Otro rayo se extiende todavía hasta la mencionada línea, hacia la cabeza de la serpiente, rayo que sale del signo de la cabeza de oso, y se va alargando. Significa que también de la parte más activa de su ardor, aquel en que tiene mayor energía, el resplandor se extiende hasta el punto de comienzo del viento colateral que se mueve a menudo con astucia y dureza. Este viento colateral procede del viento principal de la región septentrional. Resiste la fuerza del viento principal, evitando que produzca a los hombres peligro y daños más grandes que los permitidos por el juicio que sigue al examen divino, análogamente a lo que se ha explicado anteriormente en los otros casos.

Los astros descritos son auxiliares del sol. Sin ellos el sol no podría existir. Le aportan calor, tal como la vista, el oído y el olfato proveen calor y fuerzas al cerebro.
Como ves, también el signo del sol emite algo como rayos, con uno alcanza la cabeza del signo del leopardo, con otro el signo de la cabeza de león, con otro el signo de la cabeza del lobo pero no al signo de la cabeza de oso, ya que el sol, siendo el más grande de los astros, con su fuego calienta y dota de energía a todo el firmamento, y su resplandor ilumina el orbe terráqueo. Con su fuerza y sus energías opone resistencia al viento principal oriental, al meridional y al occidental, para que no superen los límites que les ha puestos Dios. No alcanza en cambio el viento septentrional, porque este viento se muestra enemigo del sol y desprecia el resplandor de la luz. Por esta razón también el sol lo desprecia y no le envía ningún rayo, y se contenta con atrancarle su camino, para rechazar su furor. El sol nunca penetra en estas zonas en las cuales el diablo da pruebas de su iniquidad y de su oposición al Dios. Pero, lo mismo que los sentidos y la inteligencia del hombre protegen el cuerpo entero, también el sol emite un segundo rayo por encima del signo de la luna, y, por su calor, es él quien incendia la luna. También emite un rayo por encima del cerebro del hombre, y este rayo, lo fija, y luego lo despliega hasta ambos talones de la figura humana: porque es el sol el que confiere energía y equilibrio al cuerpo humano de arriba abajo, sustentando sobre todo el cerebro para que este último, por el poder de la inteligencia, mantenga la totalidad de las fuerzas del hombre. Así la parte superior del hombre, donde se encuentran los sentidos, penetra todos los órganos interiores, lo mismo que el sol ilumina la tierra entera.
Pero cuando a veces los elementos emanan tempestades bajo el sol, el fuego del sol se oscurece como en un eclipse. Eclipse que significa los errores y es visible cuando los corazones y las mentes de los hombres caen en error, de forma que no caminan sobre la línea recta de la ley, sino que combatan en numerosas batallas los unos contra los otros. El rayo de sol de que se habla, llega a los talones del hombre, ya que, como el cerebro gobierna todo el cuerpo, y el talón sustenta todo el cuerpo del hombre, así el sol templa con su energía todos los elementos del hombre, como vivifica todas las otras criaturas.
Y del centro del quinto astro, el más próximo al sol, sale algo como un rayo hacia arriba, hacia el sol, ya que con la fuerza de su ministerio, este astro, que está sometido al sol, se afana en endulzarlo a fin de que el sol no queme demasiado. El mismo rayo se extiende hasta la cabeza de cangrejo que sale del signo de la cabeza de lobo. Significa que el rayo, gracias a la fuerza poderosa de aquel astro, se alarga hasta el punto de comienzo del viento colateral al viento principal de la región occidental de que deriva, y pone un freno a su inestabilidad, como ya se ha dicho anteriormente a propósito de los otros. El astro en cuestión se dirige al cuerno izquierdo del signo de la luna, mostrando que, mediante su energía, también manda un rayo a la parte más débil de la luna, sea creciente o sea menguante. En fase creciente la ayuda, para que reciba su luz más rápidamente y con más fuerza. En la fase menguante la ayuda para que decrezca suavemente y sin peligro.
Del medio del signo del sexto astro, el más próximo a la luna, parte un rayo en dirección al signo del sol, porque, por su vigor, él, que es vecino de la luna, frena el ardor del sol con la dulzura de su misión, para que el sol no se inflame en exceso. Otro rayo se dirige hacia el cuerno derecho del signo de la luna, porque su fuerza manda un rayo a la parte más fuerte de la luna, frenándola para conseguir que evite la zona septentrional, y así pueda acercarse ordenadamente al sol en fase menguante, y alejarse de él en la forma debida después de haber sido encendida por su luz. Otro rayo se alarga hasta la cabeza de ciervo que procede del signo de la cabeza de lobo. Se alarga desde el poderoso resplandor de su claridad, hasta el punto del inicio del viento

colateral que emana del viento principal occidental. Este rayo refrena la repentina velocidad del viento para que no supere la meta que el orden divino le ha impuesto, sino que proceda con la exacta medida.
Desde el signo de la luna, algo como un rayo irradia sobre ambas cejas y sobre ambos talones de la imagen humana. Significa que la luna regula con su natural virtud el cuerpo del hombre tal como las cejas protegen el ojo para que pueda ver, y como los talones sustentan el peso del hombre. Del mismo modo, las fuerzas de la luna regulan por disposición divina los miembros del cuerpo del hombre, de arriba abajo. Pero la luna no alcanza la misma perfección lograda por la fuerza del sol, porque en el ejercicio de su función el sol toca el cuerpo del hombre con mayor perfección y la luna con mayor moderación. La luna cumple su recorrido tanto en el calor como en el frío, porque es caliente en fase creciente, fría en fase menguante. En cambio el sol está en pleno ardor desde el oriente hasta el mediodía y sucesivamente atrae hacia sí el frío hasta occidente. Antes de menguar, la luna también recibe la luz del sol, porque el sol enciende el círculo apagado de la luna con una chispa, como si esta chispa se hubiera escapado de la respiración del sol y hubiera subido bien alto. Después de haber sido encendida, la luna baja despacio a su lugar. Y tal como el sol enciende e ilumina el círculo de la luna, también asegura firmeza a todos los elementos, tanto los que están arriba en el firmamento como los que están debajo. La luna tiene una función auxiliar del sol en dar luz a las cosas de debajo, del mismo modo en que el sol ilumina a los superiores y los inferiores. La luna es mucho más fría que el sol en razón de la humedad acuosa, por la nube que tiene debajo de ella y por el aire que está sobre la tierra. El sol consumiría con su fuego todo completamente, si la luna no le opusiera resistencia, ya que la luna templa el ardor del sol con su humor frío.
De este modo el sol y la luna están, por disposición divina, al servicio del hombre, a quien aportan salud o debilidad según la temperatura del aire y del viento. El signo del sol envía sus rayos al hombre desde el cerebro hasta los talones, el signo de la luna envía sus rayos al hombre partiendo de las ceja hasta el talón de la imagen del hombre, como ya se ha dicho. Efectivamente, cuando la luna está en fase creciente, aumentan en el hombre el volumen del cerebro y la sangre, cuando la luna está en fase menguante, el cerebro y sangre en el hombre disminuyen de volumen. Si en aquel momento el cerebro del hombre se mantuviera siempre en idéntico estado, el hombre se volvería loco y sería más salvaje que una fiera. Y si la sangre se mantuviera en el hombre en la misma medida, sin sufrir incrementos y disminuciones, pronto el hombre estallaría y no podría vivir. Cuando la luna está llena, también el cerebro del hombre está colmado, y entonces el hombre es sensato, pero cuando está vacía, también el cerebro del hombre se vacía, y entonces también el hombre está en alguna medida privado de sentido. Cuando en cambio, la luna está seca y ardiente, el cerebro de algunos hombres es ardiente y seco, por esto enferman del cerebro y son menos sensatos, y entonces no tienen la plena disponibilidad de los sentidos para obrar. Pero cuando la luna está húmeda, también el cerebro de los hombres se pone húmedo más allá de la medida, y así tienen dolores en el cerebro y pierden los sentidos. Cuando en cambio la luna está atemperada, el hombre goza de buena salud en la cabeza y en el cerebro, y tienen los sentidos llenos de vigor, porque los humores interiores del hombre están quietos cuando los elementos externos están en equilibrio, mientras que cuando éstos están turbados e inquietos, los humores del hombre a menudo están agitados, ya que el hombre no puede vivir sin la acción equilibrante de los elementos a su servicio.
Pero, como ya hemos dicho, el signo del sol aparece ordenado del mismo modo con que ha sido representado por encima de la cabeza de la imagen humana, con sus rayos vueltos a los lugares indicados. Está colocado sobre el lado derecho de la imagen,

completando su círculo, e igualmente bajo sus pies. Esto es así porque el sol, cuando está en la región oriental, permanece inalterado y en la misma órbita, desde la cual manda el resplandor de sus rayos hacia los lugares que han sido indicados, así también resplandece en la región meridional y occidental y se queda en el mismo círculo y resplandece sobre las mismas regiones, empujadas por la fuerza del movimiento circular del firmamento, desde oriente, por el mediodía, y en dirección oblicua, hacia occidente, porque en su viaje se esfuerza por recorrer una órbita contraria a la dirección del firmamento. En efecto, los astros se mueven circularmente de occidente hacia oriente en sentido contrario al firmamento, con el objeto de contrastar con el fuego propio el fuego del sol y para ayudarlo a tenerlo encendido. Porque, si ejecutaran su evolución junto al sol de oriente a occidente, el fuego del sol, que es rápido en ir hacia adelante, se debilitaría por falta de renovación al volver atrás. Por esta razón los astros van despacio contra el sol, de modo que, mientras el sol se mueve hacia adelante, al acercarse sitúan su fuego de entumecimiento sobre su espalda. Pero los astros evitan la región septentrional, porque aquí, en el reino del norte, está el lugar de las tinieblas, ya que no hay acuerdo entre la luz y las tinieblas. De este modo, pues, los mencionados astros han sido dispuestos en el firmamento por el Creador del mundo.
Y tú entonces, hombre que ves estas cosas, comprende que también conciernen a las realidades interiores del alma.

Qué significa el hecho de que tres de estos astros se vean en el círculo del fuego brillante, uno en el espacio del fuego negro y tres en el círculo de éter puro.

XXXIII. Sobre la cabeza de la imagen humana, aparecen representados los siete astros en este orden partiendo de lo alto: tres en el círculo de fuego brillante, uno sometido al círculo de fuego negro, y tres en el círculo de éter puro debajo de este último. Significa que los siete regalos del Espíritu Santo están por encima de cualquier intelecto del hombre en el curso de las tres edades del mundo, es decir, antes de la ley, en la ley y en el tiempo del Evangelio.
El sol puesto en el círculo del fuego negro designa a Dios omnipotente, que luchó a solas contra sus enemigos con justo juicio y los ha superado con su gran potencia. Los tres astros situados en el círculo del éter puro, que está abajo, enseñan que las tres personas de la divinidad deben ser adoradas verdaderamente por el hombre, dentro de la bondad y la estimación causadas por el sometimiento a la penitencia pura. Así el hombre se somete completamente a Dios, igual que el sol se ve al lado de la figura sobre su lado derecho y debajo de sus pies, representado claramente en su círculo en su misma disposición y orden. Esto se explica porque los dones divinos, cuando se hacen patentes, también muestran su significado, como hemos explicado anteriormente, tanto en el juicio de Dios como en la salvación de las almas y en el ejemplo de las buenas obras. Porque el juicio de Dios y la salvación de las almas y los ejemplos de los justos exhortan al temor de Dios y a su pura adoración.

Hacia dónde dirigen los rayos los tres primeros astros, que en esta visión se ven proceder de ellos, y cuál es el sentido de los astros y de sus rayos.

XXXIV. Del centro del signo del primer y más elevado astro, representado sobre la cabeza de la imagen humana, salen como rayos, de los cuales uno desciende hacia el signo del sol. Significa que las virtudes que proceden del deseable y sublime regalo del Espíritu, el don de la sabiduría, superan toda la altura del intelecto humano, y descienden hacia el sol, es decir hacia el espíritu de fortaleza. Un soplo divino se asocia con ella, para que la fortaleza de la santidad aumente en el hombre de fe según la sabiduría. Así no presumirá, como un tonto, de hacer lo que no pueda cumplir.
Un rayo ilumina la pinza derecha de la cabeza de cangrejo que procede de la cabeza de leopardo. Muestra que el soplo del Espíritu de la sabiduría, al obrar por la salvación de las almas, se difunde a la justa andadura de confianza que desarrolla el temor del Dios, y fortifica la confianza. El hombre aprende a confiar en Dios temiéndolo y evita despreciar su misericordia por ligereza. Otro rayo se extiende hacia el cuerno derecho de la cabeza de ciervo, que también proviene de la cabeza de leopardo, porque, mostrándose a través del castigo, el soplo de la rectitud se expande hasta llegar a la fuerza de la fe, que también nace del temor a Dios. La rectitud lleva por el buen camino al hombre, para que se aleje de las artes diabólicas. Cuando lo castiga, es porque el hombre ha querido ignorar la verdad.
Del centro del signo del segundo astro se inclina un rayo encima del sol. Significa que desde la abundante plenitud del espíritu del intelecto llega la efusión de inteligencia al espíritu de fortaleza. Manifiesta de este modo, para que cualquier creyente lo entienda claramente, que el hombre debe servir con fortaleza de alma a su Creador y rechazar por completo el diablo.
Proveniente de la señal de la cabeza de león sale otro rayo en dirección a la cabeza de cordero. Significa que, para que el hombre se acerque como es debido a su Creador, el soplo del espíritu del intelecto se alarga hasta la paciencia, que procede del juicio de Dios, y enseña que, cuando el hombre imita la paciencia, tiene que soportar con igual ánimo prosperidad y tribulaciones.
Otro rayo se dirige a la línea de que se ha hablado, que se extiende en el firmamento desde el principio de la parte oriental de la rueda hasta al final de su parte occidental, tocando también la región septentrional de la rueda, y sobre la que se puso la cabeza de cordero que sale de la señal de la cabeza de oso. En efecto, para que todo hombre de fe pueda evitar todo lo que sea nocivo a su alma, el soplo procedente del espíritu del intelecto se extiende desde la rectitud de la justicia establecida desde el principio de las buenas acciones que están en la virtud de Dios, hasta el fin de estas obras. Este soplo mantiene alejadas las obras justas de las insidias diabólicas, y para ello, consigue de lo alto la ayuda de la paciencia producida por las mortificaciones corporales, y enseña al hombre a soportar pacientemente el castigo, cuando el juicio de Dios lo castiga, para no ser herido a fondo más por él.
Del centro del signo del tercer astro también surge como un rayo que llega hasta el sol. Significa que el espíritu de consejo dirige, gracias a su virtud, el soplo hacia el espíritu de la fortaleza, porque, aunque los dones del Espíritu Santo tengan nombres diferentes, sin embargo conducen el hombre a la felicidad con un solo afán y en una sola actuación, y así, el espíritu de consejo atempera la fortaleza, para que el hombre se levante adecuada y correctamente hacia Dios.
El tercer astro dirige otro rayo a la cabeza de serpiente que proviene del signo de la cabeza de león. Manifiesta que al querer la verdadera salvación, el espíritu del consejo difunde su soplo hasta la prudencia surgida del juicio de Dios, indicando que el hombre debe castigar con prudencia su cuerpo para que no se eche a perder, trastornado a causa de tontas prácticas de mortificación, maltratándolo sin discernimiento. También

prolonga otro rayo desde la mencionada línea hacia la cabeza de serpiente que sale del signo de la cabeza de oso, porque para evitar que el hombre incurra en las adversidad del alma, el espíritu de consejo dirige por su parte su soplo hacia la rectitud de la justicia, mientras sobre ella aparece la prudencia que proviene de la mortificación del cuerpo. Enseña al hombre temeroso del juicio de Dios a estar atento para no caer en la desesperación temiéndolo más allá de medida, sino a proceder con prudencia, gracias al consejo de la buena inspiración.

Por qué el sol, que está en medio a ellos, emite más rayos que los otros, y qué significan el sol y sus rayos.

XXXV. Como ves, también el signo del sol emite algunos rayos. Con uno alcanza el signo de la cabeza de leopardo, con otro el signo de la cabeza de león, y con otro el signo de la cabeza de lobo pero no el signo de la cabeza de oso. Significa que el espíritu de fortaleza, al derramar sus soplos, alcanza con uno el temor de Dios, con otro el juicio de Dios, con otro toca los castigos infernales, y le enseña al hombre que tiene que tener miedo de pecar por el temor de Dios, tiene que abandonar sus pecados en vista de su terrible juicio, y tiene que librarse de la costumbre de pecar en vista de las crueles penas infernales. No toca en cambio el símbolo de oso, porque el espíritu de fortaleza se libera de la penitencia del cuerpo, que de por si no es solicitada por Dios. El oso, en efecto, muestra tanto costumbres humanas como hábitos propios de las bestias, ya que, cuando el hombre impone a su cuerpo penitencias sin discernimiento, el cuerpo a menudo sucumbe, oprimido por el sufrimiento y la turbación, y mientras duda de poder continuar en estas condiciones, gruñe como una bestia en su cólera. Por esta razón, ni las penitencias que el hombre se inflige sólo sin justo discernimiento, ni aquellas que le ocasionan otros contra su voluntad, vuelven a llamar al espíritu de fortaleza, porque le falta el justo discernimiento. Es tan inestable que se agita como aleteando arriba y abajo sin justa medida y por tanto no puede tener fortaleza, es decir, no puede permanecer en un solo estado, porque esta virtud siempre es fuerte y persistente y no vacila de un lado a otro. En cambio el hombre que, ya sea por temor o por amor a Dios, aflige su cuerpo con moderación, discernimiento y rectitud, disfruta en el interior de su espíritu como en un banquete. Por esta razón esta forma adecuada de mortificación no tiene que ser considerada castigo, sino bendición, y en este caso el espíritu de fortaleza obrará en el hombre de fe para que se mantenga en estas obras de rectitud, ya que ellas están cercanas a Dios.
El sol proyecta otro rayo sobre el signo de la luna, ya que el espíritu de fortaleza se une al temor de Dios para que todo fiel sea fuerte en el temor con que tiene que temer Dios. Así evita ser expulsado del lugar de la santidad, vencido por la ligereza. Otro rayo va hacia el cerebro y hacia los dos talones de la imagen del hombre, ya que el mismo espíritu de fortaleza inspira al hombre para llevar a cabo con justicia la intención y el principio de las buenas obras, ya que santo es el que se impone a mismo el alcanzar el buen objetivo.

Hacia qué dirección dirigen sus rayos los tres astros inferiores, y que significan ellos y sus rayos.

XXXVI. Como ves, del medio del signo del quinto astro, que es el que está más cerca debajo del sol, sube en dirección al signo del sol una especie de rayo. Significa que de la potencia del espíritu de ciencia, que por la vecindad en el recto obrar tiene que estar junto al espíritu de fortaleza, sube un soplo justo hacia la fortaleza, ya que la ciencia se levanta hacia la fortaleza para recibir de ella vigor y no transformarse en insensatez. Otro rayo se extiende hasta la cabeza de cangrejo que sale del signo de la cabeza de lobo, ya que un soplo se extiende desde la potencia de las fuerzas de la ciencia hasta la confianza que nace de la mortificación del cuerpo. Porque cuando el hombre castiga su cuerpo juiciosamente, con sencillez y con discernimiento, confía en que sus pecados han sido ya castigados y purgados. Otro rayo se dirige al cuerno izquierdo del signo de la luna, porque cuando la ciencia se sustrae a las cosas temporales y las subordina, difunde su soplo hasta el temor de Dios y manifiesta como con él los hombres alcanzan el recto temor de Dios.
Del centro del signo del sexto astro, el más próximo por encima de la luna, algo como un rayo se dirige hacia el signo del sol. Enseña que con la protección del espíritu de piedad, que por su suavidad está cerca del temor de Dios, sale un soplo hacia arriba, hacia el espíritu de fortaleza, y allí se defiende y se fortalece para resistir a la maldad. En efecto, quien se disponga a avanzar en la piedad, debe procurarse la alianza de la fortaleza para poder perseverar en ella. Otro rayo se dirige hacia el cuerno derecho del signo de la luna, enseñando que el espíritu de piedad, cuando se desarrolla en el bienestar, llega a los beneficios del temor de Dios y hace comprender a los hombres que hay que tener temor de Dios junto con la piedad. Otro rayo se dirige hasta la cabeza de ciervo que procede del signo de la cabeza de lobo. Significa que el espíritu de piedad, cuando no tiene en ninguna cuenta las adversidades, manda su soplo hasta la fe que proviene de las penas infernales, para que el hombre, defendido por la piedad y de la fe, pueda huir de las penas infernales y así no perder la felicidad suprema, empujado por el impulso de la rebelión.
Lo que luego ves, algo como un rayo que sale del signo de la luna e irradia sobre ambas cejas y sobre ambos talones de la imagen humana, significa que un soplo saludable procedente del temor de Dios, enseña al hombre a custodiar la agudeza de la mente para no incurrir en la ceguera del alma, y le exhorta a dirigirse sobre el camino de la rectitud con el paso seguro del espíritu interior, para que caminando en la verdad alcance la eterna felicidad.
Como la ceja protege el ojo y como el talón lleva el peso del hombre, así el temor de Dios forma la vista interior, para que no se olvide de Dios, y conserva también la fortaleza interior, por la cual el hombre se mantiene en obras útiles y justas.

Cualquier creyente, aunque sobresalga en virtudes, sin embargo a veces se ve casi abandonado y golpeado fuertemente por las tentaciones, para que no perezca engañado por la presunción de la soberbia.

XXXVII. Como ya hemos dicho, el signo del sol, ordenado tal como se representa por encima de la cabeza de la imagen humana, lanza sus rayos a los lugares indicados y también lanza rayos sobre el lado derecho de la imagen, e igualmente bajo sus pies, representado claramente en su círculo. Esto se debe a que el místico regalo del espíritu de fortaleza, del que se ha hablado, con la misma medida y efusión con que con sus soplos colma la intención del hombre, inspira las obras perfectas del hombre y los

ejemplos con que produce la edificación a quien está próximo, para que vea lograda la plenitud de la felicidad y la deseada santidad.
Ciertamente, cuando las virtudes hacen progresar a un creyente que practica con buena voluntad las que son convenientes y le ayudan a cumplir lo que es justo, ellas mismas le alientan a dar ejemplo de buena justicia al resto de los hombres. Sin embargo, aunque estas virtudes por su inspiración protejan el hombre de varias maneras, permiten muchas veces que el individuo se vea tentado por la carne y por las artes diabólicas, y lo empujan en dirección del viento del norte, para que, por esta experiencia, conozca cómo puede defenderse de las tentaciones y no vaya a la ruina por enorgullecerse injustamente por soberbia, de la misma forma que perecieron los soberbios. A propósito de esto, el profeta Isaías ha escrito:

Cita del libro de Isaías, a propósito de lo anterior, y como debe ser entendida.

XXXVIII. "Por eso ensanchó el seol su seno y dilató su boca sin medida, y a él baja la nobleza y la turba gozosa. Se humillará el hombre, se abajará el varón, y los ojos de los soberbios se humillarán" (Is 5,14-15). Esto se interpreta así: el hombre que permanece en pecado se puede considerar como la luna menguante, que al menguar tiene su círculo oscuro y más tarde vuelve a aclararse. Porque, cuando el hombre se ve cubierto de tinieblas, se ve animado a menudo por la gracia de Dios a buscar dignamente la gracia, y si invoca dignamente la gracia de Dios, el Espíritu Santo lo ilumina con la visión de la verdadera luz, como la luna se reaviva con el sol. Y cuando luego esté tan confortado por las buenas obras que no pueda saciarse más, tiene que estar bien atento para no atribuirlas a su mérito, como si fueran obras suyas y no de Dios. Si así hiciera, empezaría a creerse Dios y, calculando poder hacer lo que quisiera, seguiría el ejemplo de Satanás, que considerando sus cualidades quiso ser como Dios y perdió también el resplandor de la misma claridad.
Por esto el infierno ha dilatado sus fauces, es decir las penas que contiene en sí, y tiene una voracidad sin límite, ya que está privado de toda alegría, y por esto, su voracidad jamás llega a saciarse, ya que, como las aves inmundas están ávidas por devorar cadáveres, así el infierno, en su iniquidad, atrae a sí y devora a los fuertes que combaten contra Dios, a los señores que se elevan injustamente, y a los ávidos de gloria que buscan la gloria propia y no la gloria de Dios. Por esto entendemos que también será bajado el hombre que consiente estos pecados, como fueron abatidos los espíritus infelices junto con su príncipe. Y también será humillado quien debería tener fortaleza viril, cuando resbala del bien hasta el mal. Y los ojos, es decir la ciencia, de los que creen de ser sabios en su soberbio orgullo, serán reducidos a la nada, porque ésos pierden la recompensa de la gloria que concede la humildad, ya que sin arrepentirse buscan recibir por sus obras buenas únicamente la gloria de las gentes. Pero si se arrepintieran serían acogidos como penitentes con el sacrificio del becerro.

Sobre las dieciséis estrellas principales colocadas con equilibrada distribución en el círculo del fuego brillante para consolidar el firmamento y mitigar los vientos en el círculo del firmamento.

XXXIX. En la circunferencia del círculo en el cual se ve algo que se parece a fuego brillante, también ves dieciséis estrellas principales. Se aprecia que todo alrededor del círculo del fuego por encima del firmamento, como se ha dicho, están colocadas las estrellas más grandes, cuatro entre la cabeza de leopardo y la de león, cuatro entre la cabeza de león y la de lobo, cuatro entre la cabeza de lobo y la de oso, cuatro entre la cabeza de oso y la de leopardo. Es decir, cuatro entre el viento oriental y el meridional, cuatro entre el viento meridional y el occidental, cuatro entre el viento occidental y el septentrional y cuatro entre el viento septentrional y el oriental. Todas estas estrellas sustentan con sus fuerzas las diversas partes del firmamento y mitigan la violencia de los vientos. Si estas estrellas estuvieran en mayor número, serían excesivas y recargarían el firmamento, mientras que si fueran menos no serían capaces, por su insuficiencia y escasez, de asegurar la solidez del firmamento. Porque Dios ha evitado en cada criatura el exceso superfluo, así como la pobreza indigna. Están distribuidas en número de cuatro entre cada dos vientos, ya que su número es el justo, necesario y sin excesos, es el numero exacto. Todas juntas sustentan con sus fuerzas aquellas partes del firmamento donde están colocadas. Como los clavos refuerzan la pared donde han sido clavados, ellas no se desplazan de sus propios lugares, sino que se mueven circularmente junto al firmamento, consolidándolo.
Ocho de ellas, las dos del centro de cada grupo de cuatro estrellas situadas entre cada pareja de cabezas, es decir, las dos del medio de cada espacio entre cada dos cabezas, extienden sus rayos hasta el signo del aire tenue opuesto a ellas, ya que estas estrellas, que son las del medio de las cuatro estrellas entre los vientos, (puesto que, como se ha dicho, hay cuatro entre cada pareja de vientos), extienden sus rayos hacia el círculo de aire tenue, como las venas descienden desde la cabeza del hombre hasta los pies. Y como las venas llevan la fuerza a todo el cuerpo del hombre, así estas estrellas, con sus fuerzas, consolidan todo el firmamento y ofrecen resistencia a los vientos vecinos para que no produzcan en el firmamento un movimiento excesivo. Llevan el aire al justo equilibrio. Están cercanas las unas a las otras con distancias iguales, con objeto de sustentarse mutuamente para reforzar el firmamento. Las otras ocho estrellas restantes, aquellas más cercanas a las cabezas de animales, que están a ambos lados de las dos anteriores que están en medio, dirigen sus rayos solamente hacia el círculo de fuego negro. Estas estrellas que contienen en medio a las otras y, a las que, como se ha mostrado, ayudan los vientos vecinos, mandan los rayos que emiten solamente hacia el fuego negro, oponiéndole resistencia para que no emita sin moderación el furor de su fuego. Todas estas estrellas están puestas todo alrededor en el círculo del firmamento, a igual distancia y separadas entre ellas también a igual distancia, para sustentar el firmamento con sus fuerzas, en medida siempre igual.

La multitud de estrellas diferentes, situadas en los dos círculos, el de éter puro y el de aire blanco y luminoso, calientan el firmamento y retienen las nubes para que no traspasen sus límites.

XL. Y luego ves que el círculo de éter puro y el círculo de aire denso, blanco y luminoso también están como llenos de estrellas, que mandan los mismos rayos a las nubes de enfrente. Indica que el círculo de éter puro que está arriba y que el círculo de aire denso, blanco y luminoso que está debajo de él, están rociados por todas partes de estrellas mayores y menores, por las cuales permanecen estables, ya que ninguna de ellas es superflua, pues calientan y refuerzan todo el firmamento con sus fuegos. Y con

sus rayos traspasan las nubes que penetran el círculo de aire denso, blanco y luminoso, y las retienen para que no superen los límites que Dios las ha fijado.

Sobre los cuatro soplos, parecidos a lenguas en su movimiento, que aparecen a la derecha y a la izquierda de la imagen. Qué función tienen.

XLI. A la derecha de la imagen humana, las nubes lanzan algo como dos lenguas, distintas la una de la otra, que se dirigen como dos riachuelos al interior de la rueda y la figura. Para la salvación del hombre, de las nubes que se ven en la región meridional, salen como dos murallas, separadas una de otra y colocadas a la misma distancia de los dos vientos principales de aquella región, de modo que algunos soplos de viento llegan de esas mismas nubes al aire común, por el cual viven y vegetan todas las criaturas. También se dirigen al hombre, que tampoco puede carecer de ayuda y guía de lo alto, igual que las demás criaturas.
En la parte izquierda de las mencionadas nubes, dos especie de lenguas que parecen riachuelos que salen de ellas y bien distintas la una de la otra se dirigen hacia el interior de la rueda y a la figura, ya que para remover cada obstáculo contrario al hombre, de las nubes que están en la región septentrional, tanto a su derecha como a su izquierda, salen como dos murallas diferentes la una de la otra, al igual que los vientos principales de aquellas partes son diferentes entre ellos, según se ha dicho antes a propósito de las otras nubes. Estas fuerzas defensivas conservan todo lo que existe en el mundo, es decir el hombre y las otras criaturas, como Dios dispuso para ellos.
Así pues, estas cuatro lenguas proceden de los cuatro vientos principales, ya que son ellos que las emiten soplando para retener las nubes. Efectivamente, así como los vientos principales refuerzan y mantienen unido todo el firmamento, así también estos soplidos, parecidos a lenguas por su movilidad, retienen las nubes debajo del firmamento, para evitar que superen su confín dispersándose por aquí y por allá.

Razón alegórica y excelente sobre el número y el orden o bien la posición de las dieciséis estrellas principales.

XLII. De este modo, como se ha dicho, la figura humana está envuelta y circundada por estos signos, porque el hombre está tan reforzado y defendido por la fuerza de los elementos y por la ayuda de todas las otras criaturas, que no puede ser nunca privado de su estado a causa de ninguna agresión contraria, mientras que la potencia divina lo custodie. Todo eso se puede interpretar también en otro modo.
En la circunferencia del círculo en el cual se ve algo que se parece a fuego brillante, aparecen también dieciséis estrellas principales. Significa que en la perfección de la divina omnipotencia hay unos doctores principales. Son ellos los que enseñaron y enseñan los diez preceptos de la ley en el curso de las seis edades del mundo. Cuatro los encontramos entre la cabeza de leopardo y la del león, cuatro entre la cabeza de león y la del lobo, cuatro entre la cabeza de lobo y la del oso, y otros cuatro entre la cabeza de oso y la del leopardo. Porque por las cuatro partes que forman el mundo, estos doctores exhortan a todos los creyentes a tener temor de Dios, a temer su juicio y las penas infernales y a temer las aflicciones del cuerpo, y así les exhortan a que dejen de pecar, por miedo de todo esto, aunque no tengan en gran cuenta el amor a Dios.

Las ocho estrellas que están entremedias de cada pareja de cabezas mencionadas, es decir las dos en el centro de cada espacio entre dos cabezas, extienden sus rayos hacia el signo del aire tenue, que tienen situado delante. Indica que las ocho beatitudes que están en la perfección de las virtudes de las que se ha hablado anuncian el amor a Dios y al próximo, y con gran atención infunden los mismos soplos en los deseos de los creyentes, para que aunque vivan en el mundo ocupándose de diferentes cosas, se apresuren hacia las realidades celestes y pospongan las realidades temporales. Las otras ocho estrellas restantes, aquellas más cercanas a las cabezas de animales, a ambos lados de las dos que están en medio, dirigen solamente sus rayos hacia el fuego negro, enseñando que las mismas anteriores beatitudes, que prestan ayuda a la verdadera perfección de las virtudes, tanto en la prosperidad como en la adversidad, mandan la parte más sutil de sus soplos hacia el fuego del juicio, para señalar a cuántos tienen que servir Dios en espíritu, que ningún pecado, por leve que sea, será descuidado, sino al revés, será examinado en el juicio y en la venganza de Dios.

Otro razonamiento alegórico sobre la multiplicidad y la disposición de las estrellas comunes.

XLIII. Después ves que el círculo de éter puro y el círculo de aire denso, blanco y luminoso están también llenos de estrellas que mandan sus fulgores a las nubes colocadas frente a ellas. Significa que la perfección de la verdadera penitencia y la perfección del discernimiento de las obras santas florecen en el múltiple resplandor de la razón. En efecto, así como estas estrellas son diferentes y múltiples, la penitencia y el discernimiento de las obras santas muestran que en ellas mismas están las múltiples fuerzas de la santidad. Y, con sus resplandores, confieren la razón a las mentes de los fieles, y los inspiran a actuar de modo que todas las obras resulten razonables a los ojos de Dios.

Y todavía, otro razonamiento alegórico sobre la utilidad de los cuatro soplos que se mueven como lenguas a la derecha y a la izquierda de la imagen.

XLIV. Luego también, las nubes situadas a la derecha de la figura humana dirigen algo como dos lenguas separadas una de otra, como dos riachuelos, hacia el interior de la rueda y la imagen. Quiere decir que las mentes de los hombres bienaventurados muestran, para su felicidad, que los dos testamentos, el uno según la carne y el otro según el espíritu, están en acuerdo entre ellos, como estas dos lenguas tienen una única forma. Y el globo terrenal está lleno de sus testimonios, que le enseñan al hombre a dirigir la mirada a su Creador.
También, sobre el lado izquierdo de la figura, salen de las nubes como dos lenguas separadas la una de la otra, parecidas a riachuelos, hacia el interior de la rueda y hacia la imagen. Significa que, cuando el hombre es atacado por las tentaciones diabólicas, tiene que concentrar su entendimiento en los dos testamentos, es decir el amor a Dios y al próximo, distintos el uno del otro, ya que el amor a Dios es mayor que el amor al próximo. Y así tiene que destruir la rueda de las preocupaciones del siglo y las batallas de la concupiscencia carnal con el rocío de la justa enseñanza.

Todo fiel que sigue devotamente las huellas del Hijo de Dios, caminando entre tentaciones y reforzado por el sostén de las virtudes, alcanzará la alegría eterna. Palabras de Isaías que lo confirman, y su explicación.

XLV. De este modo, como se ha dicho, la imagen está envuelta y circundada por estos signos, ya que el hombre de fe, que sigue lealmente las huellas del Hijo de Dios, defendido y adornado por la claridad de las santas virtudes, está rodeado por ellas de modo tal que, arrancándole de las insidias diabólicas, lo conducen felizmente a la felicidad de las alegrías celestes. Allí gozará para siempre, tal como Isaías, mi siervo, certifica diciendo: "Habitará allá arriba, se refugiará en una ciudadela edificada en la roca, le daremos pan, el agua no le faltará. Verá al rey en su resplandor, contemplarán sus ojos la tierra que se extiende hasta muy lejos". (Is 33,16-17).
Esto se interpreta así: El que cambia dirección de la izquierda a la derecha, teniendo presente que Dios descansa sobre el que es humilde y tiene paz en el corazón, también vence la soberbia del diablo cuando lucha consigo mismo y dice: "Dios me ha iluminado con dos ojos con los que medito sobre la gloria que la luz tiene en las tinieblas, y gracias a ellos, puedo escoger por qué vía proceder. Reconozco que tengo elección, visión clara o la ceguera, y yo conozco al guía al que invocar para conducirme hacia el día o hacia la noche. Sé que si me escondo en las tinieblas puedo cometer acciones lascivas, que no seria capaz de realizar a plena luz del día, porque me contemplarían cuantos estuvieran presentes, pero en las tinieblas no conseguiré ningún premio, sino condena y castigo. Y por tanto machacaré aquella estrechez de corazón por la que me deleito en los pecados, e invocaré al Dios viviente para que me conduzca por la calle de la luz y cure mis heridas, para que a plena luz no tenga que ruborizarme a causa de ellas. Si actuó así, romperé las cadenas de mi prisión, porque de este modo habré capturado a mi enemigo, a cuyas sugerencias di mi consentimiento en las tinieblas, y que de ese modo se burló de mí".
En efecto, el que así obra habitará en lo alto de los cielos y en una fortaleza construida sobre la roca que es Cristo. Estará en su alta morada, donde le darán el pan de vida, alimento que nunca puede cansar, porque siempre deleita con el gusto de la dulzura que tiene la verdadera caridad. Por esta razón, como el agua de vida origina y fluye por un riachuelo, así, en virtud de los dones del Espíritu Santo, todas sus obras fluyen en la santidad, de modo que los ojos de paloma del Espíritu Santo las ven. Estas aguas son fieles, ellas no se vaciarán ni se secarán y el hombre nunca estará saciado de ellas. Como fluyen del oriente, no podrá ver ni su altura, mientras permanezca en el cuerpo, ni su profundidad, porque las aguas en las que el hombre renace a la vida fluyen del Espíritu Santo. De este modo solo el hombre de fe verá al rey en el resplandor de la santidad, y en su ciencia divisará la tierra de los vivientes, cuando con el corazón y con el cuerpo esté lejos de los pecados. Podrá considerar, entonces, qué bien elegir.

La luz clara que procede de la boca de la figura que tiene una rueda en el pecho, se difunde en forma de hilos con los que parece que se miden los signos que hay en la figura, en la rueda y en los círculos. Razonamiento místico sobre estas cosas.

XLVI. Ves pues que, de la boca de la imagen de hombre, en cuyo pecho aparece la referida rueda, sale en forma de hilos una luz más clara que la luz del día. Quiere decir

que de la virtud del amor verdadero, en cuya ciencia está colocado el círculo del mundo, procede la suprema armonía de su orden que reluce sobre todas las cosas, todas las contiene y a todas las atrae a sus leyes. Con estos hilos se miden con medida exacta y nítida los signos de los círculos y las otras figuras que se distinguen en la rueda, y los signos de cada uno de los miembros de la imagen humana, es decir de aquella imagen que se ve dentro de la rueda, como ha sido dicho anteriormente y continuaremos explicando. Con esta medida el amor distingue como es debido la justa medida de las fuerzas de los elementos y los adornos celestes que defienden al mundo, permitiendo su desarrollo y belleza, y todas las estructuras de los miembros del hombre que tiene el dominio sobre el mundo, como tantas veces te he explicado.
De este amor verdadero, completamente divino, proviene aquel bien que es más precioso, mas deseable que todo, ya que recoge y lleva consigo a todos los que lo buscan y valora con justo juicio los méritos de los deseos celestes y los gemidos espirituales que proceden de la inspiración divina, además de todas las obras del hombre realizadas por amor de Dios, como saben bien todos los que quieren a Dios con un amor perfecto, según las palabras que digo por medio de mi siervo Jeremías:

Palabras del profeta Jeremías sobre el mismo argumento, y como tienen que ser entendidas

XLVII "Yo soy el Señor, el que escruta la mente, y examina el corazón. Y doy a cada cual según su conducta, según el fruto de sus acciones". (Jr 17,10). Esto se interpreta así: Los que quieren a Dios no se dejan arrastrar por falsos pretextos para querer a otros que no sea él, ni quieren hablar sobre la concupiscencia de la carne a hurtadillas con otros. Sin embargo el hombre muchas veces hace lo que quiere, como Adán, que quiso ver de qué era capaz. Pero el hombre no puede servir al mismo tiempo a Dios y al diablo, ya que el diablo odia lo que Dios quiere, y Dios desprecia lo que el diablo quiere. Lo mismo ocurre dentro del hombre, porque la carne se deleita en los pecados y el alma está sedienta de justicia, y entre las dos hay una gran batalla, porque una parte se opone a la otra. Así, la obra que el hombre inicia de este modo, se realiza con gran esfuerzo, como cuando un siervo se ve obligado a servir a su señor, ya que cuando la carne se hace servir del alma incurre en el pecado, mientras que cuando el alma somete la carne, obra el bien junto a ella. En efecto, cuando el hombre avanza rápido favoreciendo los deseos del alma, se niega a sí mismo por amor de Dios y se hace extraño a la concupiscencia de la carne. Así hacen los justos y los santos y también lo hizo Abel, que dirigió la mirada a Dios. Cuando su sangre fue derramada toda la tierra tembló. Por esto la tierra fue llamada viuda, porque fue privada de la perfección de la santidad a causa del homicidio de Caín, como la mujer, privada del consuelo del marido, queda viuda y abandonada.
Y Yo, Señor de todo, escudriño los corazones contritos que desprecian los pecados, y sondeo las entrañas que se abstienen del placer de la concupiscencia. Yo, que retribuyo al hombre según la fatiga de su camino, según los frutos que produce y según sus pensamientos, porque todos los frutos del hombre los tengo escritos, delante de Mí. Justo es el hombre que renuncia a su voluntad y a la concupiscencia. En cambio no se podrá definir como justo quien dirige la voluntad exclusivamente a la concupiscencia. Sin embargo, si se ha convertido al bien, sus cicatrices serán lavadas en la sangre del Cordero, y el ejército celestial, al ver las cicatrices curadas, entonará admirado la alabanza a Dios. Todo hombre que tema y aprecie a Dios, que abra la devoción de su

corazón a estas palabras, y sepa que ellas han sido proferidas por la salud de los cuerpos y las almas de los hombres, no por un ser humano, sino por Mí, el que soy.

TERCERA VISIÓN DE LA PRIMERA PARTE



Recopilación simple de algunas visiones relativas a la naturaleza, los vientos que rodean el firmamento por arriba y por abajo, lo que conduce a los astros de occidente a oriente en el círculo superior y los retiene en su curso. Sobre los humores del hombre que reciben sus cualidades del aire y de los vientos, cuando se encuentran. Sobre las venas y las entrañas del interior del cuerpo humano, cómo están conectadas y cooperan en sus muchas funciones, y por que causas a veces se alejan de su equilibrio.

I. Y vi que el viento de levante y el viento de mediodía junto con sus vientos colaterales movían el firmamento con el soplo de su fuerza. Lo hacían girar en círculo de oriente a occidente por encima de la tierra. Luego vi que el viento occidental junto al viento septentrional y sus vientos colaterales, sustentaban y empujaban el firmamento con sus soplos, rechazándolo de occidente a oriente debajo de la tierra.
También vi que, a partir del día en que los días empiezan a alargarse, el viento meridional con sus colaterales, casi sustentando el firmamento, lo empujaban poco a poco hacia arriba, desde la zona meridional hacia el norte, hasta el día en que los días cesaban de alargarse. Y a partir de aquel día en que los días empiezan a acortarse, el viento septentrional con sus colaterales, como retrocediendo delante de la luz del sol, empujaba el firmamento hacia abajo, poco a poco, rechazándolo del norte hacia el sur, hasta que el viento meridional empezó de nuevo a levantarlo a partir del punto en que empiezan a alargarse los días.
Y también vi que en el fuego superior apareció un círculo que circundó todo el firmamento de oriente hacia occidente, desde el que avanzó un viento de occidente, que

forzaba a los siete astros a proceder de occidente hacia oriente en sentido contrario al movimiento circular del firmamento. Y este, como los otros vientos de que antes se ha dicho, no exhaló hacia el mundo sus soplos, sino que se limitó, como ya hemos explicado, a regular el curso de los astros.
Y luego vi que por las diversas cualidades de los vientos y el aire, cuando topan unos con otros, los humores que hay en el hombre, agitándose y transformándose, asumen las características de los vientos y del aire. Dentro de cada uno de los elementos superiores, hay en efecto, aire. Este aire es el que hace girar a este elemento gracias a la energía de los vientos, ya que de lo contrario permanecería inmóvil. Y de cada uno de estos elementos, con la ayuda del sol, de la luna y las estrellas, también liberan el aire que templa el mundo. A veces, sin embargo, cuando o por el ardor del curso del sol, o bien a causa del juicio de Dios, un elemento cualquiera está en contacto con una región cualquiera del mundo, este elemento, movido junto con el aire que lo mueve, envía a partir de este mismo aire un soplo que es llamado viento, directo hacia el aire de abajo. Este viento se mezcla enseguida con el otro viento, ya que en parte proviene de él y en alguna medida son parecidos, y entonces entran en contacto con el hombre, produciéndole la modificación de los humores internos, según las propiedades correspondientes a este viento y a este aire. Así el hombre tan pronto se siente débil como fuerte.
Y también vi que, cuando uno cualquiera de los vientos, con todas aquellas cualidades, se levanta en cualquiera región del mundo bajo la influencia de las variaciones del curso del sol y de la luna o por decisión divina, como se ha dicho, emite su soplo en aquel lugar. Después de haber puesto el aire en movimiento y haberlo hecho parecido a sí, aquel aire preserva todos los elementos del mundo y altera los humores del cuerpo humano según la cualidad de aquel soplo. Porque cuando un hombre, cuya cualidad natural concuerda con la del viento, inspira y luego espira este aire tan modificado, el alma, absorbiendo este aire, la transmite dentro del cuerpo, también los humores internos se modifican y en muchos casos le hacen enfermarse o lo curan, como ya se ha dicho anteriormente.
A veces los humores se sublevan contra el hombre con la ferocidad de un leopardo, pero luego se vuelven más débiles. A menudo muestran sus cambios de modo variable como el cangrejo, que ahora anda adelante, ahora atrás. A veces, saltando y clavando los cuernos como un ciervo, manifiestan la misma variabilidad. Otras veces invaden al hombre con la rapiña de un lobo, aunando las características conjugadas del ciervo o del cangrejo, como se ha dicho. También enseñan que a veces puede actuar dentro del hombre, una fuerza parecida a la de un león, o ser como una serpiente que ahora se presenta con dulzura, ahora con perfidia, mientras que otras veces fingen ser suaves como un cordero, o bien gruñen como un oso, con cólera. También pueden manifestar al mismo tiempo las cualidades mencionadas de cordero y de serpiente. Efectivamente, a menudo los humores en el hombre están sometidos a este tipo de cambios.
Muy a menudo, después de haber sido tan modificados, los humores entran en el hígado del hombre, que es donde se valora su ciencia procedente del cerebro, conocimiento que está equilibrado por las energías del alma, y al que llega la humedad del cerebro para que esté bien nutrido, fuerte y sano. El hígado está en la parte derecha del hombre y el cuerpo está muy caliente, razón por la que la derecha es mas rápida de movimientos y más diestra en cumplir los trabajos. En la izquierda, en cambio, están el corazón y el pulmón, que sostienen los esfuerzos de aquellos órganos y que reciben el calor del hígado como de un horno.
Cuando estos humores en movimiento tocan a las venas del hígado, sacuden las venitas del oído del hombre y a veces las perturban. Por esta razón la salud o la enfermedad a

menudo se introducen en el hombre por el oído, por ejemplo cuando las noticias agradables nos traen alegría en exceso o cuando las noticias de las adversidades nos hunden demasiado en la tristeza.
También vi que a veces estos humores se dirigen hacia el ombligo del hombre que, siendo como es el punto de llegada de las entrañas, las cierra dulcemente para que no se dispersen en todas las direcciones, y mantiene en un justo equilibrio sus trayectorias, su calor y el calor de las venas. A menudo sin embargo estos impulsos arrancan al hombre del descanso, de otro modo el hombre no podría vivir.
Y a veces se dirigen a los lomos del hombre. Allí se encuentran concentradas energías que pueden ser peligrosas al ejercitarse. Pero los nervios y las otras venas las refrenan, para que florezca en ellos la racionalidad por la que el hombre sabe qué hacer y qué evitar, y así disfrutar de sus obras. Los humores que se encuentran en la parte derecha del cuerpo se calientan y refuerzan por la respiración y por el hígado, para que el hombre reciba así discernimiento y disciplina acerca de como poner freno a las tempestades de los otros humores, con el fin de poder llevar a cabo sus actos con disciplina. A veces los humores también alcanzan las venas de los riñones y de los otros órganos, alcanzan las venas del bazo, del pulmón y del corazón. Y todos estos órganos, junto con las entrañas, entran en acción en la parte izquierda cuando el pulmón los calienta, mientras el hígado calienta la parte derecha del cuerpo. Las venas del cerebro, del corazón, del pulmón y del hígado y todas las otras dan fuerza a los riñones, y las venas de los riñones y descienden hasta las pantorrillas y las refuerzan. Y así, cuando los humores suben con estas venas de las pantorrillas, ellas forman conexiones en el seno de los órganos viriles y de la matriz femenina, y, lo mismo que el estómago asimila el alimento, estas venas introducen en aquellas sedes la fuerza para engendrar la prole, como la hoja de hierro se afila sobre la piedra. En efecto los músculos de los brazos, de los antebrazos y de las pantorrillas, e igualmente los muslos, están llenos de venas y de humores, ya que, como el vientre retiene en si las entrañas y las comidas, así la parte superior de los brazos y las pantorrillas de las piernas custodian en si las venas, y los humores refuerzan y sustentan al hombre con su fuerza particular, al igual que el vientre lo nutre.
Cuando a veces el hombre corre de prisa o camina rápidamente, los nervios que están bajo las rodillas y las venitas que están en ellas, extendidos más allá de medida, tocan las venas de las pantorrillas, numerosas y unidas como de una red. Y así, con la fatiga, reclaman a las venas del hígado, y las hacen ponerse en contacto con las venas del cerebro, y de este modo el cansancio se propaga en todo el cuerpo. Entonces, las venas de los riñones tocan la pantorrilla derecha con más fuerza que la pantorrilla izquierda, porque la pantorrilla derecha se conforta con el calor del hígado. Las venas de la pantorrilla derecha además suben a las venas de los riñones y las tocan, el hígado calienta los riñones, situados en la grasa que proviene de los humores, de modo que las venas puedan dilatarse velozmente, provocando un descanso rápido que acaba en cuanto cesa su acción. Cuando el hígado produce calor, el hombre bromea y está alegre. Pero, cuando los humores interiores al hombre, puestos en agitación por un movimiento irregular, tocan las venas del hígado, como se ha dicho, su humedad disminuye y también se reduce la humedad del pecho, de forma que hacen enfermar al hombre desecándolo. Si la flema de ése hombre se pone seca y venenosa, y sube al cerebro, le produce dolor de cabeza, dolor en los ojos, y la médula en los huesos se pudre. Por esto a veces este hombre enferma de epilepsia[1] en la luna menguante.

[1] "*caducum morbum*", enfermedad descrita en el libro *Causae et Curae*, parece corresponderse con lo que entendemos actualmente por epilepsia.

También la humedad que se encuentra en el ombligo, alcanzada por aquellos mismos humores, se seca y se endurece, y así la carne se pone ulcerosa, como si fuera leproso, aunque no se trate de la lepra. Y las venas de sus lomos, desordenadamente estimuladas por aquellos humores, excitan las otras venas del mismo modo, y provocan que se seque el justo grado de humedad y por esto se originen erupciones en la piel. También las venas de los riñones, alcanzadas a veces por los humores desordenadamente excitados, ponen en agitación las otras venas que están contiguas a ellas en las pantorrillas o en el resto del cuerpo, como se ha dicho, secan las médulas de los huesos y las venas de la carne, y así el hombre languidece, arrastrando por mucho tiempo esta debilidad. Pero también pasa que aquellos humores inundan con su humedad más de lo debido el pecho del hombre y esta humedad llega al hígado. Entonces empiezan a levantarse en este hombre innumerables pensamientos diferentes, por los cuales unos momentos se cree demasiado sabio y en otros demasiado necio. Y sucesivamente los humores, remontando hasta el cerebro, lo envenenan, luego descienden en el estómago y producen fiebres, así provocan que este hombre enferme crónicamente. Los humores llegan a veces también con el exceso de flema a las venitas de los oídos y a estas a su vez envenenan las venas del pulmón con la flema, tanto que el hombre tose y apenas puede respirar. Esta misma flema en exceso, pasando de las venas del pulmón a las venas del corazón, se manifiesta como dolor. Dolor que, desplazándose hacia la cadera, provoca la pleuresía y golpea al hombre como si tuviera epilepsia en la luna menguante. Con su humedad excesiva, las flemas desplazan las entrañas recogidas en el ombligo del hombre, y suben al cerebro y en muchos casos le provoca frenesí. Agitan las venas de los lomos y activan una crisis de melancolía que transtorna al hombre y le ponen triste e incapaz de discernimiento. A veces los humores alcanzan las venas de los riñones haciéndolas demasiado húmedas, y luego envenenan las venas de las pantorrillas y las otras venas del cuerpo con la excesiva humedad. Y si en este punto el hombre abusa en exceso de la comida y bebida, los humores lo harán enfermarse de lepra grasa, porque sus carnes empiezan a hincharse. En cambio, si los humores en cuestión no se difunden por los elementos ni con excesiva sequía ni con excesiva humedad, sino templados en medida adecuada y constante, el hombre se mantiene sano en el cuerpo y fuerte en el conocimiento del bien y del mal.

La utilidad de todas las criaturas concierne el alma tanto como al cuerpo. Qué significa el hecho que el viento oriental y el meridional con sus colaterales hagan girar al firmamento de oriente a occidente.

II. Y de nuevo oí la voz del cielo que así me dijo: Todas las criaturas que Dios ha hecho, tanto en el mundo superior como en el inferior, las ha asociado al hombre para que le fueran útiles. Si el hombre las utiliza para acciones perversas, el juicio de Dios las hará instrumentos de venganza. Las criaturas están destinadas a ayudar al hombre en las necesidades del cuerpo, lo que incluye también el sentido de ayudar a la salvación del alma.
En efecto, ves que el viento oriental y el viento meridional, con los vientos colaterales, moviendo el firmamento con el soplo de su fuerza, lo hacen girar en círculo de oriente a occidente por encima de la tierra. Esto significa que el soplo del temor de Dios junto con el soplo del juicio de Dios, cuando tocan con sus virtudes y la energía de su santidad al espíritu interior del hombre, engendran el bien en oriente y le hacen perseverar en él hasta alcanzar un buen final, como si a occidente consiguiera la

victoria sobre las tentaciones carnales, ya que cuando el hombre tiene temor de Dios, aún más teme incurrir en su juicio a causa de los mismos excesos. Por esta razón, cuando comienza a practicar el bien con la intención de perseverar en él, se afana por conseguir la recompensa de la vida eterna. Y aquí el viento occidental junto con el viento septentrional y sus colaterales, al sustentar y empujar el firmamento con sus soplos, lo lanzan de occidente a oriente debajo de la tierra, ya que el soplo de la rectitud y el soplo del castigo aterrorizan al espíritu del hombre, uno con las penas infernales, y el otro con las tribulaciones del cuerpo y todos los demás flagelos, sacudiéndolo de miedo.
Cuando el hombre deja de obrar el bien por aburrimiento y cansancio, es como si declinase hacia occidente. Estos vientos lo reconducen al origen de la justicia, bajo la amenaza de las desgracias terrenales, exhortándolo a no sucumbir cuando ya casi ha llegado a concluir sus buenas obras, y lo incitan a volver con ánimo valiente al camino de la santidad. Porque no se dará el premio de la felicidad a quien empieza y luego abandona, sino a quien empieza y lleva a término sus obras.

Qué significa que el viento meridional y el septentrional, en los varios solsticios del año, el uno levante el firmamento de sur a norte, y el otro lo empuje poco a poco hacia abajo, de norte a sur.

III. También ves que, a partir del día en que los días empiezan a alargarse, el viento meridional con sus colaterales, levanta el firmamento, y lo empuja poco a poco hacia arriba, desde la zona meridional hacia el norte, hasta llegar el día en que los días no se alargan más. Significa que, cuando las obras buenas del creyente se expanden en la luz de la verdad, el soplo de la rectitud, viene con el resto de virtudes del fuego de la justicia, y así, levanta su espíritu interior en ardiente justicia contra la concupiscencia de la carne, hasta que se eleva correcta y ordenadamente para alcanzar el buen objetivo, aunque mientras tanto haya sido enviado a la prueba y esté debilitado por tentaciones sin número.
Desde el momento en que los días empiezan a acortarse, el viento septentrional y sus colaterales retroceden ante la luz del sol, y empujan poco a poco hacia abajo el firmamento rechazándolo desde el norte hacia el sur, hasta que el viento meridional empieza de nuevo a levantarlo cuando los días empiezan a alargarse. Significa que el hombre se debilita cuando el cansancio y la pereza en hacer el bien se apoderan de él. Igualmente, las mortificaciones corporales que se impuso de modos diversos resistiendo a la persuasión del diablo, pero de las que se ha cansado, descuidando la claridad de las obras buenas, se irán al fondo de su espíritu. Vendrán pensamientos contradictorios que le sugerirán poner un límite a la penitencia y abandonar el rigor con que la ha practicado, porque la gracia de Dios le concederá indulgencia por sus pecados con benignidad y clemencia, tal como es el viento austral. Así poco a poco lo engañan, hasta que el fuego de los dones de Dios, juzgando con justicia estas cosas, reconduce al hombre de nuevo a la fuerza originaria de las virtudes de su espíritu, que tan duramente combate con la carne.

Qué significa el círculo que aparece en el fuego superior, que circunda todo el firmamento y del que sale un viento que sopla hacia arriba y regula el curso de los astros en sentido opuesto.

IV. También ves que en el fuego superior aparece un círculo que circunda todas las partes del firmamento entero, y que engendra un viento que obliga a los siete astros a proceder de occidente hacia oriente, en sentido contrario al movimiento circular del firmamento.
Esto es así porque en la potencia divina está la plenitud de la santidad que protege el espíritu interior del hombre, que está unido a Dios por todas las partes. Por esta razón el soplo que viene de ella hace que los místicos dones del Espíritu Santo lo alcancen cuando comienza a dormitar en el aburrimiento, para que se sacuda el entumecimiento y con ánimo valiente se despierte a la justicia. Esto sin embargo es pesado en muchos casos al espíritu del hombre, porque en muchas circunstancias apenas logra reducir a la obediencia al cuerpo en que, por divina disposición, está puesto, puesto que demasiado a menudo obedece los deseos carnales del cuerpo que es su morada, y así el soplo de los dones de Dios a menudo choca con la voluntad del hombre.
Y este, como los otros vientos mencionados, no exhala hacia el mundo sus soplos, sino que se limita, como ya hemos explicado, a regular el curso de los astros, ya que el soplo que proviene de la plenitud de la santidad no se hace visible como las otras virtudes, que obran la conversión del mal al bien del hombre entregado al mundo. Cuando el hombre, gracias a los dones de Dios, comienza a hacer el bien, no es todavía perfecto en la plenitud de la santidad. Pero al final, cuando haya logrado verdaderamente su objetivo, el bien que ha emprendido, el soplo de la santidad lo mantiene firme en la plenitud y perfección de los dones del Espíritu Santo y no permite que vacile por aquí y por allá.
En efecto, así como la columna de la santidad, fundada sobre Cristo, se eleva hasta el cielo, así, cuando Cristo posee al hombre sobre cuya cabeza se han posado los siete dones del Espíritu Santo, ése no podrá ir a la ruina por más que sea trastornado por las tempestades de las muchas tentaciones, y dirá, como Habacuc dejó escrito por mi inspiración:

Palabras del profeta Habacuc, colocadas y comentadas aquí para explicar esta afirmación.

V. “Yahvé mi Señor, es mi fuerza, me da pies como los de los ciervos, y por las alturas me hace caminar”. (Hab, 3, 19). Esto se interpreta así: Dios, que me ha creado y como Señor tiene poder sobre de mí, es mi fuerza, ya que sin él soy incapaz de hacer nada bueno y gracias a él poseo el espíritu vital por el que vivo, me muevo y conozco todos mis caminos. Es éste, el mismo Dios y Señor, el que cuando le invoco con espíritu de verdad, conduce mis pasos velozmente hacia sus mandatos, como el ciervo sediento se apresura a la fuente deseada. De este modo me conducirá sobre las cumbres que sus preceptos me enseñan y mandan, poniendo bajo mis pies las concupiscencias terrenales con la fuerza de la victoria. Cuando llegue a la felicidad celeste le tributaré eternas alabanzas.
En efecto, como el sol, colocado en el firmamento del cielo, domina a todas las criaturas terrenales y no hay nada que pueda oscurecerlo, nada podrá arrancar a Dios del fiel que funda su corazón y su ánimo en él. Fijo en él, desprecia sinceramente todas

las cosas terrenales, nada puede escandalizarlo en este mundo. En el alboroto no será turbado por el temor de la muerte, en el sufrimiento no se queja del tiempo en que vive, nunca se junta con los ladrones en sus guaridas, es decir, la perfidia y el odio que muy a menudo engañan al hombre, y tampoco vaga en el torbellino de la inconstancia, según las inestables costumbres de los hombres que no dirigen su mirada al Creador porque realizan sus obras siguiendo la libertad de su voluntad. Por esto son parecidos al cangrejo, que avanza y retrocede, o sea como el tornado que reseca toda vegetación.

Qué significa que, según la diferente cualidad de los vientos y el aire, cuando se encuentran con los humores que hay en el hombre los agitan y transforman.

VI. Y luego ves que, por las diferentes cualidades de los vientos y el aire, cuando se encuentran con los humores que hay en el hombre, los agitan y transforman, y asumen la cualidad de los vientos. Esto indica que según la diversidad del soplo de las virtudes, y también por la cualidad de los deseos de los hombres, cuando ambos concuerdan y cuando el hombre quiere lo que quiere Dios, los pensamientos humanos, alejados del mal y vueltos al bien, se someten a la dignidad de las virtudes y los santos deseos. Dentro de cada uno de los elementos superiores hay un aire que se adecua a la cualidad de cada elemento. Gracias a este aire, el elemento empuja al movimiento de rotación con la fuerza de los vientos, pues de otro modo no se movería. Significa que el deseo del hombre de fe, se adhiere a las virtudes y a los consuelos y se une a ellas, y por esta razón el hombre se sustenta con el soplo de las virtudes en la destrucción del mal, pues de otro modo no podría volverse al bien.
Y de cada uno de los vientos, con la ayuda del sol, de la luna y de las estrellas, aspira el aire que templa al mundo, demostrando que todos los consuelos superiores de las virtudes, como del espíritu de fortaleza y también del espíritu del temor de Dios, y todas las otras iluminaciones que provienen de los buenos soplos, encienden los deseos que aspiran ardientemente a la felicidad celeste en los corazones de los fieles.
Todo el bien que obra el hombre, no procede de sus méritos, sino del don de la gracia de Dios. Cuando sin embargo, a veces, ya sea por el ardor del curso del sol, o por decisión divina, un elemento cualquiera se pone en contacto con una región cualquiera del mundo, allí mismo se pone en agitación junto con el aire que lo mueve, y aquel aire emite un soplo que es llamado viento. Este viento va directo hacia el aire de abajo, ya que cuando, gracias al espíritu de fortaleza y a la disposición divina, las energías de las virtudes superiores se despiertan para la salvación de los hombres, allí donde los deseos de los fieles se elevan a Dios y lo invocan, las energías evocadas con el deseo de las cosas celestes mandan desde este deseo un soplo a las mentes de aquellos mismos hombres para que se hagan capaces de todo bien.
Cuando el hombre invoca a Dios con pureza y fidelidad, Dios lo circunda con la muralla de las virtudes con justa decisión, ya que avanza rápidamente hacia el bien después de haber abandonado el mal. Y enseguida este aire se mezcla con el viento, ya que en parte proviene de él y en alguna medida son parecidos. Significa que las mentes de los justos concuerdan con el soplo de las virtudes, ya que amar lo que es justo proviene de las virtudes, y por tanto así se hacen parecidos a ellas. Y así este mismo aire se pone en contacto con el hombre y por tanto con los humores que están en el hombre, de forma que, según la cualidad del viento y el aire, cuando son de la misma cualidad, a menudo provocan cambios en él, debilitándolo o reforzándolo.

Cuando los espíritus de los hombres bienaventurados miran a la justicia, doman en ellos las concupiscencias carnales y concentran sus pensamientos sobre el soplo de las virtudes y sobre la devoción a los deseos celestiales, debilitando los vicios y aumentando la fuerza de las virtudes. En efecto, cuando el hombre domina con la fuerza de la razón su carne por amor de Dios, eleva bien arriba, hacia la santidad, su espíritu interior, como testimonia la Sabiduría, cuando afirma:

Cita de los Proverbios de Salomón insertados para aclarar el sentido de esta afirmación, y como debe ser entendida.

VII. “La casa del justo abunda en riquezas, en las rentas del impío no falta inquietud”. (Pr 15,6). Esto se interpreta así: como el sol, cuando a mediodía sube a lo alto alcanza el máximo de su calor, así la casa, es decir, el espíritu del justo que cumple todas sus obras como si se hallara frente el juicio de Dios, muestra en sí mismo una gran fuerza cuando progresa hacia arriba de una virtud a la otra, y haciendo eso, no pierde su riqueza. Tampoco nada debilita al sol en su círculo, ni cuando sube hacia arriba ni cuando difunde su calor. Tanto más el hombre que vive en la beatitud, cuanto más se enciende en el bien, tanto más arde en el celo por ser feliz. Su morada está en los lugares celestiales en los que vive con toda la voluntad y deseo, y la dulzura de aquellos lugares nunca lo saciará. Su fuerza es más alta que el firmamento y baja hasta el fondo del abismo porque el hombre es la criatura más fuerte de todas y el resto está a su servicio.
A veces el movimiento del firmamento sacude y remueve la tierra. El firmamento está al servicio de la tierra, empapándola de lluvia para que se mantenga compacta y produzca admirablemente sus frutos gracias al aire y al rocío. El hombre que vive en la beatitud atrae hacia si todas las cosas terrenales y no deja de hacer cosas buenas ni por hacer penitencia ni por miedo de los afanes terrenales y sube arriba en medio de la alegría de la vida eterna. Al contrario, en los frutos que los impíos producen obrando el mal y la perversidad hay confusión, porque con su indecisión se ahoga en el desorden del mundo y no camina a la luz del día ni tiene esperanza en la luz eterna. Se alimenta de las bellotas de los cerdos pero no encuentra vida en ellas porque no reniega de los deseos carnales.

A causa de las diversas actuaciones de los vientos y el aire, por el curso diverso del sol y la luna, o por el juicio de Dios, el hombre padece cambios que lo llevan a veces a estar sano y a veces a enfermarse. Qué significa esto en su vida espiritual.

VIII. También ves que, cuando se suscita en cualquier región del mundo uno cualquiera de los vientos con sus cualidades, ya sea por el curso diverso del sol y la luna, o ya sea por juicio de Dios, como se ha dicho, este viento emite su soplo en aquel lugar después de haber puesto el aire en movimiento y haberlo hecho parecida a si. Aquel aire, que exhala en todo el mundo y conserva con su acción reguladora las cosas que hay en el mundo, le hace al hombre bastante mudable en sus humores, según la cualidad de aquel soplo. Significa que, cuando el soplo de las virtudes de todos los dones surge en el corazón del fiel, ya sea gracias a la inspiración del espíritu de fortaleza y humildad, al espíritu del temor de Dios y al ánimo contrito, o bien gracias a la disposición del

designio divino, en cualquier sitio en que el Espíritu Santo los difunda provoca que el regalo de su inspiración vaya en ayuda del justo deseo del fiel que concuerde con ella. Aquel deseo, que está siempre atento a cuánto es útil para el bien y está listo a apoyarse en la devoción, se ajusta a aquella misma inspiración. Y así el deseo sacude el corazón de aquel hombre, porque cuando alguien, un hombre, cuya cualidad natural concuerda con la del viento, inspira y luego espira este aire tan modificado, de modo que el alma, al absorber aquel aire, la transmite dentro del cuerpo, también los humores en él se modifican y en muchos casos lo hacen enfermarse o lo curan, como ya se ha dicho anteriormente. Cuando ése hombre, cuya buena voluntad concuerda con este soplo, medita, se separa de los malos deseos y se aleja del mal. Y su alma, anotará todo esto en secreto. También las tempestades de los pensamientos que irrumpen en él cambian continuamente, prometiéndole en ocasiones adversidad, y en otras prosperidad.

En el hombre los humores también se mueven según la naturaleza de ciertos animales domésticos o salvajes, ora se mueven más ásperamente, ora más suave. Por la transformación o por la excitación de estos humores, los afectos y los pensamientos humanos sufren frecuentes alteraciones.

IX. A veces los humores se sublevan en el hombre con la ferocidad de un leopardo, pero luego sin embargo se vuelven más débiles. O se presentan de modo variable, avanzando o retrocediendo, como el cangrejo, y por fin, saltando y clavando los cuernos como un ciervo, manifiestan toda la misma variabilidad. De hecho, aunque el temor de Dios penetre en el hombre, sin embargo a veces nacen en su entendimiento pensamientos orientados al tedio, que se entregan a la vanidad. A veces, como ocurre en el cangrejo, gracias a la confianza en el buen resultado exhortan al hombre a ir adelante, pero luego le engañan reconduciéndolo atrás e insinuándole que no podrá perseverar en esta dirección. Otras veces, como en el ciervo, le aportan la seguridad de la fe, pero después, enseguida le atacan haciéndole vacilar en su fe.

Y a veces invaden al hombre con la rapiña de un lobo, aunando las características conjugadas de un ciervo o un cangrejo, como se ha dicho. A veces, como en el lobo, los pensamientos presentan en la mente del hombre las penas infernales haciéndole falsas promesas, como si sólo las obras del ciervo, es decir de la fe, o del cangrejo, es decir de la confianza, pudieran evitarlas, sin necesidad de obras justas, y luego, en muchos casos lo llevan en cambio a la desesperación.

También enseñan que a veces puede actuar dentro del hombre una fuerza parecida a la de un león, o ser como una serpiente que ora se presenta con dulzura, ora con perfidia, mientras que otras veces fingen ser suaves como un cordero, en cuyo caso los pensamientos hacen presentes en el hombre el juicio de Dios pero después enseguida le persuaden para no temerlo, porque, como la serpiente, que actúa con cautela, le sugieren engañosamente el modo de engañarlo con alguna sutil astucia, mientras le exhortan a no temer nada, como un paciente cordero, como si no fuera culpable de sus pecados. Pero otras veces gruñen como un oso, casi con cólera, y a veces también pueden manifestar al mismo tiempo las cualidades mencionadas de cordero o serpiente, como se ha mostrado. Así, como en el oso, los pensamientos sostienen que por amor de Dios el hombre sufre tribulaciones corporales y enseñan que por ellos, como en la paciencia del cordero o en la prudencia de la serpiente, ya ha padecido el castigo y ya ha sido purificado por los pecados. Estas diversas insinuaciones lo sumergen en la incertidumbre, porque son muchas y diferentes.

Efectivamente, a menudo en el hombre los humores están sometidos a este tipo de cambios, ya que los pensamientos del hombre, continuamente modificados por estas tempestades y de muchos otros modos, ora lo llevan a una seguridad infundada, ora a la desesperación, pero en ningún caso lo elevan como si fueran una sincera devoción. Por estas razones, en muchos casos, después de haber sido tan modificados, entran en el hígado del hombre, que es donde se valora su ciencia procedente del cerebro, conocimiento que es equilibrado por las energías del alma, y adonde llega la humedad del cerebro para que esté bien nutrido, fuerte y sano. Significa que los pensamientos del hombre bastante a menudo se dirigen como hacia su hígado, es decir hacia la fuerza de la justicia, esta fuerza en la cual el justo obra en virtud de la ciencia, ya que las fuerzas del alma enseñan la ciencia del bien y el mal, ciencia que encierra la vida, por obra de la justicia, en los creyentes. También el Hijo de Dios reunió alrededor de sí a los pecadores y a los publicanos y ellos también se fortalecieron con la abundancia del Espíritu Santo.

En la parte derecha, el hombre tiene el hígado donde está el manantial del calor. Por esto la derecha es más rápida de movimientos y más diestra en cumplir los trabajos, mientras a la izquierda están colocados el corazón y el pulmón que mantienen el ritmo de la respiración para que sea más capaz de cargar peso. Qué significado espiritual tiene esto.

X. En la parte derecha del hombre está el hígado y el cuerpo está muy caliente, razón por la que la derecha es mas rápida de movimientos y más diestra en cumplir los trabajos. A la izquierda en cambio están el corazón y el pulmón, que lo refuerzan haciéndole capaz de soportar pesos. Reciben calor del hígado como de un horno. Esto indica que a la derecha, es decir cuando el hombre bueno y justo goza de prosperidad y salud, la justicia obra con el Espíritu Santo de modo que el hombre, elevándose a Dios en la prosperidad, logre conducir a término cualquiera obra buena. En cambio, a mano izquierda, para evitar la adversidad, el hombre desea vivamente ser confortado con la fuerza de la justicia, profesando la misma fe en Dios con corazón sincero.
Cuando estos humores en movimiento tocan las venas del hígado, sacuden las venitas del oído del hombre y a veces las perturban. Por esta razón a menudo la salud o la enfermedad se introducen en el hombre por el oído, por ejemplo cuando las noticias agradables nos traen alegría en exceso o cuando las noticias de las adversidades nos hunden demasiado en la tristeza. Así el temor de la justicia, provocado por los pensamientos honestos, aleja al hombre de la escucha del mal y lo dirige a la escucha del bien, ya que el oído introduce a veces en el alma cosas santas y a veces cosas infames, de forma que el hombre muchas veces pierde las ganas de imponer equilibrio en el bien y en el dolor. En efecto, la ciencia buena, si no escucha cosas buenas, es muda, porque lo que la buena ciencia conoce es lo que la buena escucha recibe, y por ello pone gran celo en tratar y transmitir cuánto le es dictado por la buena ciencia. Por tanto, después de haber compuesto todas estas cosas según la justa proporción, poniéndoles punto final, se calma. Así el hombre que repone un tesoro en su cofre, es decir cuando comprende el bien y el mal, recoge el bien en el secreto de su corazón y rechaza el mal lejos de si, como exhortan a hacer las palabras de Isaías:

Palabras del profeta Isaías adecuadas a facilitar el sentido de todo esto. En qué sentido hemos de entenderlas.

XI. "Desatas las cadenas de tu cuello, esclava hija de Sión, porque dice el Señor: sin dinero habéis sido vendidos y seréis rescatados sin dinero" (Is 52,2-3). Esto se interpreta así: Destruye con la penitencia la cadena de tu primera esclavitud y tu transgresión, oh tú, hombre que fuiste contado en el número de las hijas de la eterna paz en el paraíso, porque cuando perdiste el paraíso has sido colocado bajo el yugo de una multitud de dolores. Por esto el Señor de todas las cosas os habla, a vosotros, que os habéis atado con los lazos del pecado por vuestra libre voluntad. De este modo os habéis vendido de balde, solo lograsteis que Dios prometiese el dolor a la primera mujer, a ella que, por su desobediencia al mandato divino, fue privada del paraíso y perdió el nombre de hija de Sión. Pero seréis redimidos sin el dinero de la codicia terrenal, puesto que vuestro Redentor vino al mundo en la naturaleza virginal y estableció que también vosotros renaceréis a la vida a obra del espíritu y del agua, para reconduciros así al lugar que por herencia os había destinado. Quien persevere, pues, en este nacimiento según la justicia, no se alejará de las alturas de Sión. El hombre de fe se eleva a Dios, rechazando el pecado y abandonando todo mal, y desea ardientemente lograr el reino de los cielos, pidiendo a Dios la ayuda de las buenas obras. Y si fuera perseverante y firme en su solicitud, como el ciego sentado pide limosna en el camino, pronto la gracia de Dios se fijará en él, y entonces, si lo ha visto abrirse a la luz y alzarse de las tinieblas, estará con él en todas las circunstancias, le inspirará obras justas y santas. Y ése, alejándose del mal, se deleita en las obras buenas y santas y saboreará su dulzura, porque no quiere alejarse de Dios, sino sustraerse del engaño de la serpiente.

Qué indica en el hombre el hecho que los humores que hay en él alcancen el ombligo, que es el punto de llegada de las entrañas así como los lomos, donde reside la lujuria También tocan a veces las venas de los riñones y los intestinos y por ellas suben a las venas del bazo, del pulmón y del corazón.

XII. También vi que a veces estos humores se dirigen hacia el ombligo del hombre que, siendo como es el punto de llegada de las entrañas, las cierra dulcemente para que no se dispersen en todas las direcciones, y mantiene en un justo equilibrio sus trayectorias, su calor y el calor de las venas. A menudo sin embargo estos impulsos arrancan al hombre del descanso, de otro modo el hombre no podría vivir, ya que cuando el hombre de fe excluye la escucha del mal, con sus buenos pensamientos cierra el ombligo a los múltiples vanos deseos, de modo que puedan alcanzar la vida de la verdadera santidad por cuanto muchas veces la escucha del mal lo provoca y lo arrastra a la inquietud de los males.

Estos humores a veces se dirigen a los lomos del hombre. Allí se encuentran concentradas energías que pueden ser peligrosas al ejercitarse. Pero los nervios y las otras venas las refrenan para que florezca en ellos la racionalidad, por la que el hombre sabe qué hacer y qué evitar, y así disfrutar de sus obras. Los humores que se encuentran en la parte derecha del cuerpo son calentados y reforzados por la respiración y por el hígado, para que el hombre reciba así discernimiento y disciplina acerca de cómo poner freno a las tempestades de los otros humores, con el fin de poder llevar a cabo sus actos con disciplina, ya que ciñen sus lomos, en los que reside la lujuria. Por la salvación del

alma, confirma este deseo con honestidad y discernimiento, gracias al consuelo de la virtud de la justicia. A veces los humores también alcanzan las venas de los riñones y de los otros órganos, alcanzan las venas del bazo, del pulmón y del corazón. Y todos estos órganos, junto con las entrañas, entran en acción en la parte izquierda cuando el pulmón los calienta, mientras el hígado calienta la parte derecha del cuerpo, ya que el hombre, con los pensamientos honestos, contrae con fuerza los riñones, que demasiado a menudo, son causa de deshonesta concupiscencia, influyen sobre su corazón y lo empujan a actuar mal, cuando los golpea la ligereza de la carne. He aquí, pues, todo lo que hace el hombre que anda por el camino de la justicia.

Las venas del cerebro, del corazón y del hígado dan fuerza a los riñones. Las venas de los riñones descienden para reforzar las pantorrillas y remontando hacia arriba junto a las venas de las pantorrillas, unidas recíprocamente en determinados puntos, dan a ambos los sexos la fuerza para engendrar. Los antebrazos, los brazos y las piernas están llenos de venas y de humores. Breve resumen de lo expuesto.

XIII. Las venas del cerebro, del corazón, del pulmón y del hígado y todas las otras dan fuerza a los riñones, y las venas de los riñones descienden a las pantorrillas y las refuerzan. Y así, cuando los humores suben con estas venas de las pantorrillas, se unen los unos con las otras en los órganos viriles o en la matriz femenina lo mismo que el estómago asimila el alimento, introducen en aquellas sedes la fuerza para engendrar la prole, como la hoja de hierro se afila sobre la piedra. Después de que el hombre, apaciguada la concupiscencia gracias al pudor, haya puesto un freno a los riñones, la ciencia buena que posee el hombre los purifica en el recinto de la castidad y los controla perseverando en la justicia y en la continencia. Y así, controlándose en aquellas cosas hacia cuya inclinación fue incontinente, consolida la virtud de la continencia, para no derrumbarse en la ligereza. Y, sea hombre o mujer, si erige la continencia como defensa y la sustenta con las otras virtudes y por ella tiende a Dios, cuando camina en el recto camino del discernimiento produce como resultado la santidad.
Los músculos de los brazos, de los antebrazos y de las pantorrillas, e igualmente los muslos, están llenos de venas y de humores, ya que, como el vientre retiene en si las entrañas y las comidas, así la parte superior de los brazos y las pantorrillas de las piernas custodian en sí las venas, y los humores refuerzan y sustentan al hombre con su fuerza particular, al igual que el vientre lo nutre. Es que la abstinencia reúne en el hombre la fuerza y el sostén de las virtudes que vuelve justo. La abstinencia está rodeada del movimiento de los suspiros de los buenos pensamientos, mantiene las entrañas del alma en su integridad y las conserva para la perfección de la salvación, nutriendo en la santidad al hombre todo entero, cuerpo y alma.

Cuando corremos, por la excesiva distensión de los nervios y las venas del cuerpo entero llega el cansancio al hombre. Experimentamos un placer momentáneo por la compresión y por la excitación de las venas. Disposición y utilidad moral de estas cosas en el hombre.

XIV. Cuando a veces el hombre corre de prisa o camina rápidamente, los nervios que están bajo las rodillas y las venitas que están en ellas, extendidos más allá de su medida, tocan las venas de las pantorrillas, numerosas y unidas como parte de una red. Y así, con la fatiga, reclaman a las venas del hígado, y las hacen ponerse en contacto con las venas del cerebro, y de este modo el cansancio se propaga en todo el cuerpo. Significa que, cuando el hombre abandona el camino de la rectitud, la ausencia de moderación en su comportamiento hace que se incline a todo tipo de incorrecciones, y la abstinencia[1] en sí misma incluso le priva de la justa medida de la ciencia. De modo que, cuando se abstiene sin moderación de las cosas lícitas, incurre en el aburrimiento por las otras virtudes, y cuando cree haber emprendido el camino hacia la justicia y cree tener una ciencia superabundante, se construye la trampa en la que caerá. Porque, a causa de este incoherente concepto de la abstinencia, minusvalora la temeridad de la osadía y la presunción, empieza a dudar de poder perseverar en esta disciplina, y así se precipita en la trampa de la desesperación. Entonces, las venas de los riñones tocan la pantorrilla derecha con más fuerza que la pantorrilla izquierda, porque la pantorrilla derecha se conforta con el calor del hígado. Significa que la concupiscencia aumenta cuando la abstinencia se practica de modo exagerado y sin discernimiento, ya que eso no está conforme ni con la ley divina, ni con el amor de Dios, mientras en cambio la abstinencia practicada con discernimiento se refuerza con la virtud de la justicia. Las venas de la pantorrilla derecha además suben a las venas de los riñones y las tocan, el hígado calienta los riñones, situados en la grasa que proviene de los humores, de modo que las venas puedan dilatarse velozmente, provocando un descanso rápido que acaba en cuanto cesa su acción, porque, cuando el hígado produce calor, el hombre bromea y está alegre, ya que la abstinencia auténtica, la que está en Dios, vence la tensión de la concupiscencia y la pone frente al juicio de la justicia, acusándola para que desaparezca completamente. Y la justicia quema a la concupiscencia con el fuego del Espíritu Santo, destruyéndola mientras yace en la inmunda suciedad, y así los males que contenía en ella misma son empujados a transformarse en contrición y amargura, aunque antes le hubieran proporcionado placer, aunque breve, porque el pecador que se convierte en justo, recoge el premio de la alegría.

Por qué causas, cuando a veces la flema y los humores se corrompen en el hombre, hacen aparecer en el cuerpo epilepsia u otras enfermedades, y que males suponen para el alma estos padecimientos físicos

XV. Cuando los humores interiores al hombre, puestos en agitación por un movimiento irregular, tocan las venas del hígado como se ha dicho, disminuye su humedad y también se reduce la humedad del pecho. Por tanto hacen enfermarse al hombre desecándolo, la flema en ése hombre se pone árida y venenosa, y en esta condición sube al cerebro y produce dolor de cabeza, dolor de ojos, y la médula en los huesos se pudre. Por eso a veces este hombre se enferma de epilepsia en la luna menguante. Entonces, en efecto, los pensamientos del hombre adquieren impiedad y dureza y se hacen tiranos, inclinándose a la soberbia. Oprimen con su tiranía la justicia que, invadida por el rocío del Espíritu Santo, debería hacer florecer en el hombre la santidad de las obras buenas, y al mismo tiempo debilitan en él las otras virtudes y las desecan. Este género de pensamientos además conducen a la desesperación, como con epilepsia, derrumbando

[1] *abstinentia*, abstinencia, ayuno.

su ciencia, el principio, la intención y la fuerza del bien obrar que en él anteriormente eran vigorosos, porque la luz de la verdad que resplandecía en él, ahora está apagada. También la humedad que se encuentra en el ombligo, alcanzada por aquellos mismos humores, se seca y se endurece, y así la carne se pone ulcerosa, como si fuera leproso, aunque no se trate de la lepra. Y las venas de sus lomos, desordenadamente estimuladas por aquellos humores, excitan las otras venas del mismo modo, y provocan que se seque el justo grado de humedad y por esto se originan erupciones en la piel. Ya no se difunde en él la humedad de la continencia, que en el ombligo debería destruir su concupiscencia, puesto que el rocío del Espíritu Santo se ha alejado por estos pensamientos impíos, duros e ilícitos. Por esta razón, cuando la humedad abandona el cuerpo del hombre, sus pecados se gangrenan por las malas costumbres, y así se hacen evidentes a todos por el hedor de lepra que emanan. Y sus lomos, que la castidad ya no ciñe, se ponen en agitación a causa de esos mismos pensamientos. Una vez desecado el germen de los buenos frutos, los malos ejemplos nacen en este hombre, parecidos a costras. Como Oseas enseña inspirado por el Espíritu Santo, cuando dice:

Palabras del profeta Oseas sobre esta cuestión, y en qué sentido deben ser comprendidas.

XVI. “Lo que vi en la casa de Israel es horrible, allí se prostituye Efraím y se contamina Israel” (Oseas, 6, 10). Esto se interpreta así: En aquellas madrigueras yacía el que habría tenido que dirigir la mirada a Dios con corazón puro. Pero Yo, que escudriño todos los delitos, también los más ocultos, vi la más vergonzosa abominación, es decir al hombre que, envuelto en los pecados de fornicación inmunda y maloliente, se revuelve en ellos contaminándose como un cerdo en el barro. Cuando él debería buscar la pureza, comprenderla y abrazarla, se ha hecho en cambio disoluto y digno de todo desprecio. La impureza, en efecto, compromete las fuerzas del hombre, como si lo separara de su espíritu, porque éste ya no es capaz de dedicarse con el perfecto empeño de la honestidad ni a las cosas del mundo ni a las cosas de Dios. El incendio de la carne, junto al consentimiento de su voluntad, le sugieren y le transmiten soberbia, vanagloria y todo el dolor.

También las venas de los riñones, alcanzadas a veces por los humores desordenadamente excitados, ponen en agitación las otras venas y secan las médulas de los huesos. Significado del malestar interior que provocan en el hombre.

XVII. También las venas de los riñones, alcanzadas a veces por los humores desordenadamente excitados, ponen en agitación las otras venas que están contiguas a ellas en las pantorrillas o en el resto del cuerpo, y como se ha dicho, secan las médulas de los huesos y las venas de la carne. Así el hombre languidece, arrastrando por mucho tiempo esta debilidad. En efecto, cuando el hombre se descuida en contener el ombligo y los lomos, cuando permite a sus pensamientos vagar entre las cosas más inútiles, comportándose como tiranos, entonces desprecia la constancia de las virtudes que están conectadas a la abstinencia y a la abstinencia misma, que debe ser observada con discernimiento y templanza para poder conservar el pudor. Por esto también, todas las

demás obras, faltando la efusión del rocío celeste, se secan y hacen languidecer su alma, hasta que no vuelve al vigor de las virtudes.

Qué significan, desde punto de vista espiritual, los humores demasiado abundantes en el pecho del hombre y que se mueven al hígado, y por las venas de las orejas y por los riñones y suben del ombligo al cerebro.

XVIII. Pero también pasa que aquellos humores con su humedad inundan más de lo debido el pecho del hombre y esta humedad llega al hígado. Entonces empiezan a levantarse en este hombre innumerables pensamientos diferentes, por los cuales en unos momentos se cree demasiado sabio y en otros, demasiado necio. Y sucesivamente los humores, remontando hasta el cerebro, lo envenenan, luego descienden en el estómago y producen fiebres, y así provocan que este hombre enferme crónicamente. Con esto se muestra que estos diversos pensamientos del hombre, después de haber abandonado la impiedad, se difunden con suavidad y vanidad fácil y lasciva, con esta ligereza, los humores intentan ahogarle el sentido de la justicia. Y por tanto, cuando se presentan con estas características, ora lo levantan como si fuera sabio, ora lo deprimen como si fuera necio y, confundiendo en él el conocimiento, le inoculan la voracidad. Así su alma, envuelta en estos males como en una enfermedad crónica, a menudo sufre y está peligrosamente oprimida.

Los humores llegan a veces también con el exceso de flema a las venitas de los oídos y éstas a su vez envenenan las venas del pulmón con la flema, tanto que el hombre tose y apenas puede respirar. Esta misma flema en exceso, pasando de las venas del pulmón a las venas del corazón, se manifiesta como dolor. Dolor que, desplazándose hacia la cadera, provoca la pleuresía y golpea al hombre como si tuviera epilepsia en la luna menguante. Esto indica que a veces la diversidad de los pensamientos produce en el hombre un alboroto tan grande, que confunde el oído de su alma hasta hacerle incapaz de comprender y de acoger el bien en sí. Está agobiado como cuando tose. Estos pensamientos turban su corazón haciéndolo insensato hasta el punto que no puede en ningún modo conseguir la tranquilidad que sería útil a su alma, y vaga aquí y allá titubeando sobre el camino de la rectitud como si estuviera moribundo, porque la luz de la rectitud se ha oscurecido en él.

Con su humedad excesiva, los humores desplazan las entrañas recogidas en el ombligo del hombre, y suben al cerebro y en muchos casos le provocan un frenesí. Agitan las venas de los lomos y activan una crisis de melancolía que transtorna al hombre y le pone triste e incapaz de discernimiento. Con esta perturbación inmoderada que desborda la lascivia, los pensamientos le llevan al ansia de la concupiscencia. Hacen trizas todo sentido de la ciencia, para sumergirlo en la abyección de las malas acciones, haciéndolo insensato e incontinente en la impudicicia. Cuando no puede satisfacer completamente el deleite de la carne, la tristeza lo ofusca.

A veces los humores alcanzan las venas de los riñones haciéndolas demasiado húmedas, y luego envenenan las venas de las pantorrillas y las otras venas del cuerpo con su excesiva humedad. Y si en este punto el hombre abusa en exceso de la comida y bebida, los humores le harán enfermarse de lepra grasa, porque sus carnes empiezan a hincharse. Con esto se muestra que a veces los pensamientos impresionan al hombre con la seducción inmunda y viscosa del placer y lo arrastran a una vergonzosa debilidad, alejando de él la fuerza de la abstinencia que debería asegurarle el dominio de la carne, induciéndolo voluptuosamente a la voracidad que enciende las llamas de la

libídine. De este modo lo corrompen con la podredumbre de los pecados, que es como una lepra, porque no sabe resistir al placer del cuerpo. En efecto, quién no macere la carne a través de una abstinencia equilibrada, sino que la nutre con los vicios y la concupiscencia, acumula sobre sí la obesidad de los pecados y así se hace sórdido y repugnante ante Dios.

De cómo los mismos humores perfeccionan los pensamientos más íntimos cuando son templados adecuadamente en el cuerpo del hombre. Cita del Cantar de los Cantares en armonía con esto, y su explicación.

XIX En cambio, si los humores en cuestión no se difunden por los elementos ni con excesiva sequía ni con excesiva humedad, sino templados en medida adecuada y constante, el hombre se mantiene sano en el cuerpo y fuerte en el conocimiento del bien y del mal. Esto significa que, cuando los pensamientos del hombre no tienen ni una dureza excesiva nacida de la impiedad, ni una lascivia excesiva nacida de su complacencia, sino que se mantienen bien ordenados en la honestidad de las costumbres, tanto según el criterio humano como según el divino, convierten el hombre en un ser tranquilo por la mansedumbre de su cuerpo, y sutil en el conocimiento. Entonces el hombre no se inclina ni a la derecha ni a la izquierda en la tentativa de huir del favor del mundo sino que, sustentado por la abundancia de las virtudes, anhela los bienes celestes, está escrito en la Cantar de los Cantares: ¡Que bellos son tus pies en las sandalias, hija de príncipe! (Cant 7,2).
Esto se interpreta así: tú, que en tu corazón te deleitas en buenas obras, tú que anhelas a Dios, que te confiere la esperanza de la vida eterna, esta esperanza que resplandece por ti en la alegría como el sol en el alba, a todos muestras la belleza de tus pasos que caminan siguiendo la senda del Hijo de Dios cuando, como si te obligase el calzado, te impones la mortificación de la carne, es decir, tapas la desnudez de tus pecados, cuándo, en tu libre albedrío, quieres a Dios más que a ti mismo. Y entonces tu alma es llamada hija del príncipe, de aquel príncipe llamado príncipe de la paz que ha liberado a su pueblo venciendo a la antigua serpiente y ha lavado en su sangre toda la enemistad que separaba a Dios y al hombre. Los ángeles anunciaron esta paz a los hombres en la humanidad del Hijo de Dios y de ella se alegraron, porque Dios se unió a la tierra de modo que los hombres pudieran verlo en forma humana y los ángeles lo vieran perfectamente como hombre y como Dios. Pues cada hombre que teme, que quiere a Dios, abre a estas palabras la devoción de su corazón y sabe que se dicen por la salvación de los cuerpos y las almas de los hombres, no por un ser humano, sino por Mí, que soy el que soy.

CUARTA VISIÓN DE LA PRIMERA PARTE



Diferentes visiones reunidas en resumen en un solo capítulo. A propósito del firmamento, cuál es su espesor con los elementos que lo integran, las complicadas relaciones de oposición y regulación entre algunos de los círculos, y de la vía láctea que aparece con el aspecto de un arco curvado.

I. Y vi que el firmamento y todas sus dependencias, su espesor de un extremo al otro por encima de la tierra, era igual al de la tierra de un extremo al otro. Vi luego que el fuego superior del firmamento, agitándose de vez en cuando, lanzaba sobre la tierra, escamas parecidas a chispas, que infligieron lesiones y heridas a los hombres, a los animales y a los frutos de la tierra. También vi que una niebla se escapaba a veces del fuego negro y alcanzaba la tierra. Desecaba el verdor y la humedad de los campos, pero el círculo de éter puro oponía resistencia tanto a las escamas como a la niebla, de modo que no golpearan con llagas excesivas a las criaturas.

Y también vi que del aire denso, blanco y luminoso, extendía a veces otra niebla en dirección a varias partes de la tierra, y suscitaba una gran epidemia en hombres y animales, así que muchos fueron golpeados por enfermedades diferentes y muchísimos murieron. El aire húmedo opuso sin embargo resistencia a la niebla, mitigando sus efectos para que no infligiera a las criaturas condenas excesivas. También vi que del aire tenue brotaba un humor que se derramaba sobre la tierra, la hacía reverdecer y provocaba la germinación de las semillas. De este humor se levantaban algunas nubes que sustentaban todas las cosas que están arriba y que reforzaban todo. En este aire también vi como una nube blanca, que por ambos extremos estaba fijada como en dos puntos a las otras nubes del firmamento, mientras que su parte central se curvaba como un arco dentro de este mismo aire. Y de nuevo oí la voz del cielo que me decía:

Dios, Creador de todas las cosas, consolida los elementos inferiores con los superiores. Y purifica a los pecadores, sirviéndose de todas estas cosas para castigarlos, Qué significa con respecto al hombre el espesor del firmamento, que es igual al de la tierra.

II. Dios, que ha creado todas las cosas, ha constituido las cosas que están arriba de modo que refuercen y purifiquen, a causa de su acción, las cosas que están abajo y las ha introducido en la forma corpórea del hombre destinándolas a la salud de su alma. Ves en efecto, que el firmamento, con todas sus dependencias, tiene un espesor, de un extremo al otro por encima de la tierra, igual al de la tierra de un extremo al otro, porque como te ha sido revelado y mostrado, el firmamento y la tierra son de igual vasto espesor. Y el vacío de aire que se extiende de la tierra a los límites superiores, es el mismo vacío que va desde abajo de la tierra a los límites inferiores, y también es el mismo vacío que separa la tierra por el sur y por el norte de los límites opuestos del firmamento. Esto indica que el espíritu interior del hombre manifiesta sus energías tanto en las cosas celestes como en las terrenales, según como el cuerpo humano emplee su fuerza al tratar de vivir en relación con ellas. En efecto, cuando el alma y el cuerpo coinciden ambos en la rectitud, consiguen los premios celestes en común felicidad.

Y todavía a propósito del firmamento, que ha sido dispuesto por el Creador de modo que tuviera todas las propiedades necesarias del fuego, del éter, de las aguas, de las estrellas y de los vientos. Por que razón son creadas las escamas que caen como chispas desde del círculo superior de fuego brillante y perjudican tanto a la tierra como a sus habitantes. Qué significa todo esto con respecto al castigo espiritual.

III. Vi luego que el fuego superior del firmamento, agitándose de vez en cuando, lanzaba sobre la tierra escamas parecidas a chispas que infligieron lesiones y heridas a los hombres, a los animales y a los frutos de la tierra. Quiere decir que Dios ha reforzado el firmamento con fuego para que no se dispersara en todas las direcciones, lo ha aliviado con el éter para que pudiera moverse, lo ha impregnado de agua para que no se secara, lo ha iluminado de estrellas para que resplandeciera, y lo sustenta con la acción de los vientos para que continúe su curso sin interrupción. En las cuatro partes del mundo, es decir a oriente, sur, occidente y norte, la energía de los vientos empuja al firmamento para que cumpla su movimiento circular. Pero su fuego luminoso, cuando por disposición y juicio de Dios es superado por la humedad de las aguas inferiores, cuando su ardor abandona la medida justa, lanza, como ya se ha dicho, escamas ardientes por el fuego y húmedas por el agua, destinadas a servir de venganza. Esta exhibición de la potencia de Dios, que posee en su poder el espíritu del hombre, produce un juicio justo y envía su venganza contra las acciones perversas de los hombres, para que sean confundidos y derribados porque no se comportan como hombres sino como bestias, faltos de cualquier fruto de obras buenas.

El fuego negro contenido en el segundo círculo, suscitado por el juicio de Dios o por la colisión de los vientos, emite una niebla que deseca todo el verdor de la tierra, y manifiesta a veces su peligrosidad con el calor, a veces con tempestades e inundaciones. Que significa todo esto.

IV. Y a veces una niebla se escapaba del fuego negro y alcanzaba la tierra. Desecaba el verdor y secó la humedad de los campos, porque, tal y como se ha dicho, la voluntad del Dios agita en el mismo fuego el ardor y el frío, y desciende una niebla humeante, porque proviene del peligroso ardor, y húmeda, porque proviene del frío dañino, destinada a cumplir la venganza de Dios contra los pecadores. En efecto, este fuego negro quema, alimentado por el viento del Sur, mientras el viento del norte trae un exceso de frío, que provoca el granizo. Afortunadamente el viento oriental calma los vientos de sur y del norte. En cambio, el viento occidental, avanzando a tirones intermitentes en el aire húmedo, cuando a veces el fuego negro está sometido a turbaciones, produce una peligrosa inundación. Esto significa que otro castigo proveniente del juicio divino castiga las concupiscencias de la carne, abatiéndolos en la aridez del desprecio y consumiendo completamente su grasa, porque Dios reduce a la nada cuanto a él se opone.

El círculo de éter puro con su dulzura equilibra los elementos superiores e inferiores, y se opone a las escamas del primer círculo y a las nieblas del segundo círculo para que no perjudiquen demasiado la tierra. Que provecho y que significado tiene el humo que emana de las aguas superiores calentadas por el fuego celestial.

V. Pero el círculo de éter puro opone resistencia tanto a las escamas como a la niebla, de modo que no golpeen con llagas excesivas a las criaturas ya que el éter, que está en el medio, entre los fuegos y las aguas, apacigua con su pureza y suavidad las cosas que están encima y atempera las inferiores, y no manda llagas. Si cada elemento hiriera a las criaturas y no hubiera ninguno que las socorriera, ellas no podrían ni durar ni existir. Sin embargo, cuando por disposición divina, a veces el fuego frena las aguas para que no fluyan en un aluvión exagerado, entonces emiten un humo, que sin embargo no es nocivo, como tampoco el aliento del hombre puede perjudicar a los demás. Es un humo que equilibra con la justa humedad las cosas que están debajo, para que no extiendan las llagas más allá de lo debido, como la pura penitencia endulza el castigo y la venganza divina, reconduciendo la paz entre Dios y su criatura.

De dónde deriva la niebla pestilente que se difunde desde el círculo del aire denso y blanco hacia la tierra. Por qué se opone la densidad del aire acuoso, para que no sea demasiado perjudicial. Se explica como cada una de estas llagas únicamente les son infligidas a los hombres por el juicio de Dios. Que significan todas estas cosas.

VI. Y también vi que desde el aire denso, blanco y luminoso, se extendía a veces otra niebla en dirección a varias partes de la tierra, suscitando una gran pestilencia contra hombres y animales, así que muchos fueron golpeados por enfermedades diferentes y muchísimos murieron.
Cuando la niebla, proveniente del aire mencionado, se extiende, las aguas superiores, que debajo tienen este mismo aire, son agitadas excesivamente desde el fuego superior por voluntad divina, y tan pronto empiezan a hervir con amenazador calor, como se hielan con un frío exageradamente nocivo que se encuentra en el fuego negro. Y así la niebla empapada por ambos, daña de los dos modos. Estas llagas sólo se ocasionan

cuando son provocadas por los pecados de los hombres, y caen sobre los hombres por el justo juicio de Dios.
Enseñan que, en reconocimiento del valor de las obras santas, cae la venganza sobre las obras que están faltas de cordura, infligiendo un castigo desmedido a los hombres que pecan desmedidamente, de modo que se debilite en ellos lo que en el cuerpo está privado completamente de discernimiento y de mortificación y ayudando a la salvación del alma. El discernimiento regula cuánto es útil a la salud, tanto del cuerpo como del alma. El aire húmedo opone sin embargo resistencia a la niebla, y mitiga sus efectos para que no inflija a las criaturas condenas excesivas, ya que con su humedad atenúa las violentas energías de la niebla. Así las obras santas, con los ejemplos de los justos, enseñan a la venganza que procede del discernimiento de que manera puede herir todo lo que está privado de moderación.

Cuál es la utilidad del humor que sale del aire tenue. Cómo las gotas de lluvia son transformadas en nieve por el frío de la región superior. Cómo este mismo aire ligero defiende la tierra de los peligros que provienen de lo alto, y como la fecunda.

VII. También vi que del aire tenue brotaba un humor, que se derramaba sobre la tierra, la hacía reverdecer y provocaba la germinación de las semillas. De esta humedad se levantaban algunas nubes que sustentaban todas las cosas que están arriba y que reforzaban todo. Significa que el aire tenue deja salir de sí la nieve que, como volando, se posa sobre la tierra cuando el frío se apodera de la tierra a causa del curso descendiente del sol, porque las gotas de agua se transforman en nieve por el efecto del frío de la región superior. En cambio, en el ardor del curso ascendente del sol, el mismo aire rezuma como un panal de miel, un rocío que cae sobre la tierra. La dulzura del viento de levante transforma a veces este rocío en una lluvia ligera. Este aire rechaza los peligros que vienen de arriba y es como un escudo que protege la tierra, como el escudo protege el cuerpo del soldado. Así, el dulce y templado calor del sol deja caer sobre la tierra el rocío de la bendición, que es la que Jacob le dio a su hijo. A veces este aire es como el vapor que proviene del agua y de la humedad del rocío. No es nocivo, al revés, todo lo que moja sobre la tierra da frutos, purificándola de la suciedad y del hedor con que, de alguna manera, la impregnan las tormentas.

Cómo las nubes que están en el aire superior se transforman por el fuego o por el frío, y aparecen a veces luminosas y a veces oscuras, y difunden la lluvia poco a poco, como si gotearan de mamas. Qué significa esto para nosotros.

VIII. El mismo aire lleva sobre sí y sustenta las nubes de que se ha hablado, que son a veces luminosas y a veces oscuras. Cada una tiene como una especie de mama con la que manda la lluvia sobre la tierra, como de las mamas se ordeña la leche. A veces las nubes se extienden hacia los elementos superiores, y de cada uno de ellos recibe energía. En efecto, el fuego las refuerza, el éter las alivia, las aguas las impregnan y el frío las consolidan, de modo que ninguna mama vuelca sobre la tierra una cantidad excesiva de lluvia. Estas mismas nubes son las que hacen el efecto de espejo que los hombres llaman cielo, porque la sede del sol, de la luna y de las estrellas que se ven a través de ellas son como cuerpos reflejados en un espejo, así que los hombres creen ver

como ellos están realmente dispuestos. En cambio no es así, porque las nubes enseñan los movimientos regulares de los astros solamente como sobre la superficie reflectante de un espejo, como se percibe en el agua que corre, una imagen situada antes. Esto significa que el pensamiento, que nace del justo deseo del creyente y tiene como resultado la fructuosa utilidad de las obras buenas producidas, estimula su fecundidad para que produzca frutos múltiples de santidad y eleva el intelecto de los hombres a las cosas celestes, de modo que a ellas aspiren ardientemente y por ellas sean reforzados al mismo tiempo. En efecto, cuando el hombre, con justo deseo, tiende al fruto de las buenas obras, desprecia las cosas terrenales y se une tan estrechamente a las que están arriba, en el cielo, que parece completamente cambiado, como si ya no fuera un hombre.

Sobre la nube que se denomina láctea, por el hecho de que refuerza el aire contenido en el ámbito de su arco. Qué significa esto.

IX. En este aire también vi una clase de nube blanca, que en ambos lados, en las extremidades estaba fijada como en dos puntos a las otras nubes del firmamento, mientras que su parte central se curvaba como un arco dentro de este mismo aire. Porque en las nubes que este aire sustenta y lleva para arriba hay otra nube, de color parecido a la leche, que sustenta el aire mismo como la columna sustenta la casa. De modo parecido, los intelectos de algunos hombres están tan establemente orientados en el sentido de buscar el recto deseo, que esperan que la recompensa final de sus obras sea tanto en las cosas del mundo como en las espirituales, porque llevan a buen fin tanto los asuntos mundanos como los celestes para hacerse agradables al juez supremo. Aunque la perfección de sus mentes se someta a veces la fragilidad de la carne casi encorvándose, sin embargo persevera en el deseo auténtico, tal como enseña mi siervo a Job, diciendo:

Palabras de Job adecuadas a esta cuestión. En qué sentido deben ser comprendidas.

X. “El justo se afianza en su camino, y el de manos puras redobla su energía” (Jb 17,9). Esto se interpreta así: El hombre que quiere la justicia mantendrá los caminos de la rectitud con fatiga y con esfuerzo, y quién se mantiene puro y lejos de las suciedades del mundo, adquirirá la santidad por sus buenas obras. Cuando se abstiene del mal y se vuelve hacia todo lo que le gusta a Dios conquista aquella vida que no tiene fin. El justo tiene en sí la sabiduría, y la sabiduría está en aquella razón que reconoce lo que da la vida y lo que da la muerte, sabiduría que enseña los caminos verdaderos. La ceguera del corazón que nace del gusto de la carne, oscurece la ciencia pura cuando se propone hacer todo lo que quiere únicamente según su voluntad. El hombre persiste en la ceguera hasta darse cuenta de sus heridas y desagradarse a si mismo, preguntándose como es posible vivir si se ha alejado de Dios.

El hombre, fortalecido en Dios, estable como el firmamento, tiene que meditar sobre de él y sobre sus obras asiduamente, ya que Dios le ha hecho la criatura más racional entre todas, para que le conozca y le glorifique.

XI. En estos pensamientos el hombre debe dirigir la mirada a Dios omnipotente como una referencia, proclamando todos sus milagros y signos, y a semejanza del firmamento, consolidar de este modo su morada para no ser arrancado de Dios por ningún impulso de temor o de amor. Dios puso el firmamento de escabel de su trono, y por ello el firmamento está animado de un movimiento circular a semejanza de la potencia de Dios, que no tiene principio ni fin, como nadie puede ver donde tiene el principio o el fin una rueda que gira. El trono de Dios es su misma eternidad, en él sólo Dios se sienta, y todos los seres vivos son chispas que brotan de los rayos de su esplendor, como los rayos proceden del sol. ¿Y como se podría conocer que Dios es vida, si no fuera por los seres vivientes que en sí mismos lo glorifican, ya que de Él proceden y a Él alaban su gloria?
Por esto dispuso vivientes y ardientes chispas delante de la claridad de su rostro, y ellas pueden ver que él no tiene principio ni fin, por tanto no se cansan nunca de contemplarlo, y lo miran atentamente, sin tener cansancio, y este deseo no tendrá nunca fin. ¿Como se podría saber, de otro modo, que sólo Él es eterno, si no fuera objeto de esta contemplación de los ángeles? ¿Y si no tuviera estas chispas, como aparecería su gloria en su plenitud? ¿Como haría lo eterno para reconocer su eternidad, si ninguna luz procediera de él? No hay ninguna criatura que no tenga alguno de sus rayos, es decir la fuerza vital, semillas, flores, belleza, de otro modo no sería criatura. Pero si Dios no tuviera el poder de hacer todas las cosas, ¿dónde estaría su potencia?

Dios imprimió la belleza de sus obras en el primer ángel. Para indicar en qué parte del mundo está el infierno, después de haber iluminado tres partes con la presencia del sol y la luna dejó la cuarta parte, es decir la septentrional, falta de luz. Cómo las tinieblas se destacan por contraste con el resplandor de la luz. Cómo la luz es más agradable en contraste con las tinieblas.

XII. Dios imprimió toda la belleza de las obras de su potencia en el primer ángel, lo engalanó de estrellas, de belleza lozana, de fuerza vital y de todo tipo de piedras preciosas resplandecientes como un cielo estrellado, y lo llamó Lucifer porque recibió la luz del propio Dios, que es el único eterno.
Yo que mostré mis obras en tres regiones, al oriente, en el sur y a occidente, he dejado vacía la cuarta región en el norte, donde no resplandece ni el sol ni la luna. Por esta razón es justo que en aquella comarca, fuera del firmamento, se encuentre el infierno, que no tiene ni techo ni fondo, allí solo hay tinieblas. Pero estas tinieblas se encuentran también al servicio de mi alabanza, porque, ¿cómo podríamos reconocer la luz sin la existencia de las tinieblas? ¿Y como se reconocerían las tinieblas, si no fuera por el radiante fulgor de mis servidores? Si no fuera así, mi poder carecería de plenitud, y de ese modo mis maravillas no serían celebradas. En cambio mi poder es lleno y perfecto, no hay ninguna carencia en mis maravillas.
En efecto, cuando la luminosidad está desprovista de tinieblas, recibe el nombre de luz. En realidad luz es el ojo viviente, las tinieblas son ceguera. Según estas dos distinciones conocemos el bien y el mal. A través de la luz, las obras de Dios, a través de las

tinieblas, el alejamiento de Dios. La luz no toca a los que no quieren tener confianza en Él, porque están de la parte de los soberbios.

Sobre la soberbia y el orgullo del primer ángel y sus seguidores contra Dios, que fueron precipitados en el lugar de las tinieblas, y sobre los gritos de condena hacia ellos por parte de los santos ángeles.

XIII. La multitud innumerable de chispas, que se alinearon con el primer ángel perdido, resplandeció un tiempo en el fulgor de todas sus bellezas, tal como el mundo es iluminado gracias a la luz. Pero cuando el primer ángel se percató que todo su ornamento debía colocarse al servicio de Dios, él rechazó este amor asomándose hacia las tinieblas, y dijo para si: “Que glorioso sería para mí si obrase por mi propia voluntad y produjera obras, como veo hacer a Dios”. Y todos sus compañeros le dieron el propio consentimiento con estas palabras: “Coloquemos el trono de nuestro señor al norte, enfrente del Altísimo” Y decidieron entre ellos provocar siempre error y división entre los servidores de Dios, para que su propio señor fuera igual en potencia y magnificencia al Altísimo. Entonces los ojos de la eternidad, que es una sola, se incendiaron, repicó como un trueno terrible y precipitó lejos de ella al primer transgresor y a todo su ejército con la ayuda de sus servidores, los ángeles. Y los ángeles de Dios proclamaron con voz de trueno: “¿Qué perversa presunción puede igualar a Dios, nuestro Creador, único que procede de sí mismo? Y ya que tú, que existes por su deseo, has tenido la presunción y el deseo ser parecido a Él, irás a la ruina” Y enseguida el primer ángel, junto con todos los que se unieron, cayó de espaldas, como un bloque de plomo, porque quiso declarar la guerra contra Dios, cuyas obras no vio resplandecer sumergido como estaba en las tinieblas.

Dios, en su secreto proyecto, tenía planeada desde la eternidad la creación del hombre. Hizo al hombre a su misma imagen y semejanza, para que combatiera por siempre al diablo, que no puede comprender este misterio, y tomara su lugar. En el hombre, compuesto de alma, de huesos y de carne, resumió todas las criaturas más grandes del universo.

XIV. Por esta razón el propio Dios inició contra él una guerra abierta llevando consigo el vestido que había revestido desde siempre en su ciencia. Aquel con el que Satanás, que se había alejado de Dios, nunca podrá contemplarle perfectamente mientras no acabe todas las batallas contra él. Sólo entonces lo verá, en el gran dolor de la confusión, cuando sea confundido por este mismo juez justo, al final de los tiempos.
En el antiguo proyecto, que desde siempre está decretado, Dios estableció como la obra debía llevarse a cabo. Del barro de la tierra formó al hombre, con la forma prevista antes del comienzo de los tiempos. Del mismo modo que el corazón del hombre contiene en sí la racionalidad y pone en orden las palabras que posteriormente emite. Así, Dios cuando creó todas las cosas las produjo en el Verbo, ya que el Verbo es el Hijo, escondido en el Padre como el corazón está escondido dentro del hombre. Y Dios hizo al ser humano formándolo a su misma imagen y semejanza, porque quiso recubrirlo de una forma que revistiera la santa divinidad. Por esto depositó en el hombre la señal de todas las criaturas, en la misma medida en qué toda criatura

proceden de la Palabra divina. Por esto, en la cabeza del hombre, encerrado en una esfera y establecido en la cumbre, está el cerebro. Sobre este cerebro se apoya una escalera provista de peldaños para subir para arriba, es decir de ojos para ver, oídos para oír, narices para oler y boca para hablar, y a través de ellos el hombre ve, conoce, discierne, distingue y nombra a todas las criaturas.
Dios ha formado al hombre y lo ha vivificado con un aliento viviente, que es el alma, lo coaguló en la carne y en la sangre, y lo ha hecho firme con la estructura de los huesos, tal y como la tierra es consolidada por las piedras, ya que, como la tierra no puede existir sin piedras, así tampoco el hombre sin huesos. Con respecto al firmamento, el sol, la luna, las estrellas, Dios no los ha colocado en lugares fuera de los cuales no puedan cumplir su curso, por cuanto estas constelaciones no podrían consolidarse si sus situaciones no hubieran sido definidas. Todas las situaciones, pues, responden a medidas preestablecidas, para que el círculo de la rueda del firmamento sea capaz de moverse circularmente con movimiento exacto. Y todo eso está establecido en la forma corpórea del hombre, aunque no en el mismo orden y con la misma perfección con que estas cosas existen en los espacios celestes. Todos estos puntos también conciernen al alma.

Cómo la disposición exterior y la forma corpórea del hombre son atribuidas al alma, según su progreso o defecto interior.

XV. La cumbre de la cabeza corresponde efectivamente al principio de la obra del alma, que dispone y manda todas las obras del hombre en la esfera de la racionalidad. Y este alma, que es como la cumbre, discierne en el cuerpo del hombre cuanto el cuerpo solicita y desea. El alma obra subiendo y bajando cuatro peldaños, que son la vista, el oído, el olfato y el gusto, con los que comprende y percibe las criaturas. Así, su recipiente carnal se extiende al mismo tiempo que ella hacia las criaturas, y su voluntad limpia los atrae hacia sí. Junto a cada criatura que crece, el alma vuela como el aire para satisfacer todos los deseos del cuerpo. Conoce los nombres de las criaturas, se dispone, en conformidad con el cuerpo, a quererlas o a odiarlas.
En efecto, la altura del hombre y su anchura, cuando se extienden igualmente los brazos y manos a la altura del pecho, son idénticas. Como el firmamento tiene largo y ancho iguales también, en las medidas del hombre a lo largo y a lo ancho, que son iguales, se reconoce la ciencia del bien y del mal, que percibe el bien en lo que es útil, el mal en lo inútil. Debido al gusto por la carne y la sangre del resto de los miembros del cuerpo, el alma queda enredada como el cazador captura la presa, de tal manera que el alma no logra casi suspirar antes de que el cuerpo haya satisfecho sus deseos, pero luego a menudo induce al cuerpo a suspirar junto a ella.

En su constitución, el firmamento y el hombre tuvieron de Dios, su artífice, una notable semejanza. Qué demuestra este hecho en relación al alma del hombre.

XVI. En la redondez de la cabeza del hombre está indicada la redondez del firmamento y en la regular y uniforme medida de la cabeza se muestra la medida regular y armónica del firmamento. La cabeza tiene por todos los lados una medida regular, tal como el firmamento ha sido ordenado según una medida uniforme, para que pueda tener una

circunferencia regular por todos los lados, y ninguna parte supere injustamente la medida de otra.
Dios ha plasmado al hombre después del firmamento y le ha dado fuerza con las energías de los elementos, energías que también consolidan el interior del hombre, con el fin de que al respirar las inspire y las espire, lo mismo que el sol, que ilumina al mundo, emite de si sus rayos y los hace volver de nuevo a si. También la redondez y la armonía de la cabeza del hombre aluden al hecho de que el alma en pecado sigue la voluntad de la carne antes de renovarse, entre suspiros, en la justicia. La armonía consiste en el hecho de que el alma, lo mismo que se ha deleitado en los pecados, se angustie por ellos y sufra en la misma medida. Así el alma adquiere la vergüenza. El alma sin duda conserva la vergüenza y no se deleita con los pecados, pero los comete a causa del gusto de la carne cuando está junto a la carne.
En efecto, aunque un hombre pueda haber vivido en el pecado hasta la náusea, ocurre a veces que el alma, abrumada por la vergüenza, se aparte de los pecados, al contrario que ocurre cuando es vencida por la naturaleza de la carne. Todo el tiempo que el alma y el cuerpo viven juntos están en fuerte conflicto entre ellos, porque cuando la carne se deleita en los pecados, el alma sufre. Y de esto deriva la gran confusión de los espíritus malignos, porque no han podido nunca destruir la penitencia en las almas de los justos, mientras que ellos, en su caída provocada por el gran odio que tienen contra Dios, ni siquiera piensan en arrepentirse de lo que han hecho. De esta forma el alma manifiesta en si misma su redondez y su armonía, porque la ciencia del bien repugna a la ciencia del mal y la ciencia del mal resiste a la ciencia del bien. Una y otra se prueban mutuamente. La ciencia del bien es como la luna llena, cuando logra dominar a la carne con el bien obrar, cuando en cambio es arrollada por ella, entonces es como la luna menguante, su círculo solo se ve en sombra.

En la cabeza del hombre, desde la cumbre del cráneo hasta la garganta, hay tres partes diferenciadas pero de igual medida. Se refieren a los tres círculos superiores del firmamento con los dos espacios de intervalo entre ellos. Cómo la densidad de aquellos mismos círculos está indicada, en proporción, en la redondez de la cabeza, y cómo todas estas cosas se pueden poner en relación a las facultades del alma.

XVII. En la cabeza del hombre están representados los tres elementos superiores. Desde la superficie del cráneo hasta la frente, ambos fuegos, el fuego luminoso y debajo de él, el fuego negro. Desde la frente hasta la punta de la nariz, el éter puro, y desde la nariz hasta la garganta, el aire húmedo situado arriba del aire denso, blanco y luminoso. Estas partes son equidistantes entre ellas, teniendo como referencia la densidad del fuego superior con respecto del fuego negro. Del mismo modo, la densidad del éter puro y el del aire húmedo con respecto del aire denso, blanco y luminoso son de igual medida.
En el alma hay tres fuerzas, la comprensión, por la cual se comprende en la potencia de Dios las realidades celestes y terrestre, la inteligencia, por la cual se entienden muchas realidades y reconoce que los pecados son males, y por consiguiente los evita a través de la penitencia, y la capacidad de movimiento, por la cual se mueve por sí misma en todas direcciones junto a la morada que la contiene cuando cumple las obras santas según los ejemplos de los justos. La comprensión y la inteligencia se unen al movimiento del alma, haciendo todas una sola cosa, de manera que si al predominar alguna el alma abarcara más de lo que puede entender o mover, se rompería la justa

medida. Así, las tres fuerzas que están en el alma están de acuerdo y ninguna sobrepasa a la otra. En efecto, la acción del alma de comprender, circunda al cuerpo entero con todos sus apéndices, es decir lo lleva todo, en justa medida, hacia aquellas cosas que la carne, que siente y gusta, desea, como un constructor toma la medida exacta de su edificio para que los hombres los puedan habitar.
El cuerpo es movido por el alma, y el alma no puede evitar el incitar al cuerpo a diversas obras, ya que conoce lo que la carne desea, puesto que la carne vive por ella. El alma, cuya esencia es la vida, es un fuego que vive en el cuerpo. En cambio, el cuerpo es la obra cumplida, y no es por tanto capaz de abstenerse de obrar de dos modos diferentes, o sea, según el gusto de la carne o según el deseo del alma. La obra buena del alma es como un bonito edificio en la presencia de Dios y de sus ángeles, pero su obra mala se presenta como un edificio hecho de barro y empapado de inmundicia. Por tanto, el alma que cumple obras buenas es alabada por los ángeles de Dios, pero a la que cumple obras malas, según el gusto de la carne, le niegan toda alabanza.
En cuanto a estas medidas idénticas que van de la frente en la parte anterior de la cabeza, comprendidas las cejas, hasta ambas orejas, y detrás, hasta el principio del cuello, representan el espesor uniforme de los elementos y la constitución que les es propia. Análogamente, hay tres fuerzas iguales en el alma, el soplo del espíritu, la ciencia y las sensaciones, que le permiten ejecutar sus obras. Por el soplo del espíritu inicia las obras que puede hacer, y éste es como la parte anterior de la cabeza. La ciencia se extiende como hasta ambas orejas, y las sensaciones se dirigen como hacia atrás, hasta el principio del cuello. Estas fuerzas se equilibran mutuamente, ya que el alma con el soplo del espíritu sólo empieza a hacer lo que la ciencia puede comprender y las sensaciones sustentar, y así obran con unanimidad, puesto que ninguna de ellas sobrepasa a la otra, lo mismo que la cabeza tiene sus medidas exactas.

Descripción de las proporciones que se hallan en los labios, en las orejas, en los hombros y en la garganta del hombre, y como según estas mismas proporciones el hombre interior debe comportarse en las obras de Dios y en la penitencia. Cómo los espíritus malvados y los que perseveran en el mal son extremadamente confundidos, porque no pueden quitar al hombre la penitencia.

XVIII. También el labio superior y el inferior de la boca del hombre, que expulsan las flemas de la cabeza y el vientre, son de la misma medida, y son de igual densidad que el fuego negro, que purifica cumpliendo el castigo de Dios, y que el aire denso, blanco y luminoso que endulza y modera sus efectos. Y también comprobamos la misma distancia entre ambas orejas, pasando por la parte posterior de la cabeza, y desde los agujeros de las orejas hasta los hombros y de estos a la base de la garganta. En esto es evidente que el hombre, ya sea en las realidades superiores, celestes, ya sea en las inferiores, terrenales, debe alabar con la boca a Dios siempre con el mismo fervor, alejando de sí los males tanto del alma como del cuerpo, ya que Dios es el protector de las almas y los cuerpos.
El hecho de que la medida de una oreja a la otra, de las orejas a los hombros y de éstos a la base de la garganta sea la misma, como antes se ha dicho, significa que el hombre que percibe los preceptos de Dios con las orejas, los carga fielmente sobre los hombros, y los introduce dentro de su garganta como si los tragara, tiene que mantener en todo una medida uniforme y armoniosa, para poder alcanzar aquel equilibrio en que no hay

ninguna deformación. En efecto, cuanto más tiempo peca el cuerpo, tanto más se turba el alma junto al cuerpo entregado al pecado, y cuanto más se aflige el cuerpo por la abstinencia y la penitencia, tanto más goza el alma del premio de la gloria eterna. Tanto como el hombre se preocupa al principio de las obras, así el hombre también debería considerar atentamente el fin y los méritos que derivan.
Dios introduce el alma en el cuerpo del hombre para que el cuerpo reciba la vida gracias a ella, y para que sea consciente de que tiene su origen en su Creador. También el hombre invoca el nombre de Dios, tanto si se encuentra en una secta herética como si está en el camino correcto de la fe, puesto que esta aptitud la arraigan en él las fuerzas buenas de su alma. Por esto al invocar el nombre de Dios el hombre se eleva y escoge con qué reglas de disciplina puede venerar al que invoca. El alma sabe que el juicio de Dios caerá sobre quien desobedezca la ley. Por esto a veces hace que su vestido corpóreo llore lágrimas a causa de los mismos crímenes que ha acumulado con dolor, tal como la flema se expulsa por los labios. Entonces el dolor golpea el cuerpo donde el alma se esconde hasta hacerle avergonzarse por sus inicuas acciones. Y sin embargo el cuerpo sigue los placeres de la carne y muy a menudo impide al alma subir a aquella altura en que ella percibe a Dios, y así la ciega. Pero sin embargo, no consigue dominarla e impedirla que se duela de los pecados, aunque el hombre se deleite en ellos. Los espíritus malignos no tuvieron nunca un arrepentimiento parecido, y se avergüenzan muchísimo de no poder privar al hombre del arrepentimiento.

Sobre las dos energías del alma, la una favorece todo el relacionado con Dios, mientras que la otra ejercita su función en dar la vida y gobernar su cuerpo.

XIX. El alma posee dos energías con las que regula con igual fuerza el esfuerzo y el descanso en sus ocupaciones, de modo que con una se eleva hacia lo alto y percibe a Dios, y con la otra domina completamente el cuerpo en que se encuentra y obra en el. Obrar en el cuerpo le proporciona alegría, ya que el cuerpo ha sido formado por Dios, y el alma es rápida para llevar a cabo el trabajo del cuerpo.
El alma se difunde por el cerebro, el corazón, la sangre, la médula de los huesos y por todo el cuerpo, llenándolo y elevándolo, pero ni mas allá, ni por encima de de las posibilidades del cuerpo mismo. Ahora bien el alma, cuando vive en el cuerpo, aspira a cumplir muchísimas buenas acciones, pero no puede ir más allá de lo que le otorga la gracia divina. Además a menudo actúa según el gusto de la carne durante mucho tiempo, hasta que la sangre, por la fatiga, se seca en parte en las venas, y la médula del hueso empieza a emitir sudor. Entonces disminuye la fatiga con el descanso, hasta que ha calentado la sangre de la carne y llenado la médula. Y así estimula el cuerpo a estar despierto y lo conforta para que pueda volver a sus fatigas. Porque él se cansa a menudo por los placeres de la carne, pero si mientras tanto ha confortado sus fuerzas, puede de nuevo dedicarse completamente al servicio de Dios. Cuándo obra según sus deseos, elevándose hacia Dios, sigue las palabras de David, que inspirado por Mí dice:

Palabras de David adecuadas a las tareas diferentes del alma y el cuerpo. En qué sentido se han de entender

XX. “Escóndeme, a la sombra de tus alas de esos impíos que me acosan”. (Sal 17,8-9). Esto se interpreta así: Tú, que eres el defensor de todos los creyentes, defiéndeme bajo la calma de tus firmes fuerzas, porque estoy bajo tu potencia adorándote, porque te venero y no me dirijo a un dios extraño y engañoso. Libérame de las pasiones intensamente malvadas y torpes de los espíritus malignos, que me afligen mientras mi carne disfruta. Y así el alma al cumplir su perfecta victoria, afirmará: “Oh carne y miembros en que vivo, me alegro muchísimo de encontrarme dentro de vosotros, porque cuando estáis de acuerdo conmigo me lleváis a los premios eternos”. En cambio el alma, que se ofende porque las malas obras la han herido, dice así quejándose: “Pobre de mí, que he sido enviada a esta morada que me arrastra a la sombra de la muerte, porque el placer de este cuerpo me hace girar como un molino y me hace cumplir obras encaminadas a la muerte”.

Cómo el firmamento y las diversas características de sus círculos cumplen todas las funciones de la tierra. Así la cabeza y los sentidos, que tienen su sede principal en la cabeza, gobiernan el cuerpo entero. Análogamente la fuerza principal, es decir la razón, se atribuye al alma, con la cual se encamina a las cosas del cielo. También se atribuyen al alma las otras fuerzas, con las cuales se administra el cuerpo.

XXI. Todo el cuerpo del hombre está atado a su cabeza, como la tierra se une al firmamento con todos sus anexos. El hombre entero está sujetado por la sensibilidad de la cabeza, como todas las funciones de la tierra se cumplen gracias al firmamento. Así, como la experiencia de las realidades celestes y terrestres está presente en el alma, la racionalidad, por la cual conoce las realidades celestes y terrestres, está fijada en ella. En efecto, lo mismo que el Verbo de Dios ha penetrado todas las cosas al crearlas así el alma traspasa todo el cuerpo obrando en él. El alma también es la fuerza vital de la carne, ya que el cuerpo del hombre crece y progresa gracias a ella, igual que la tierra produce frutos gracias a la humedad. Y además el alma es la humedad del cuerpo, ya que lo mantiene húmedo e impide que se reseque, igual que la lluvia impregna la tierra. En efecto, si la humedad de las lluvias cae en medida proporcionada, ordenada y no excesiva, hace germinar la tierra, pero en cambio si corre desordenadamente, la sofoca y la destruye junto a todas sus semillas. Del alma en realidad provienen las energías que vivifican el cuerpo del hombre, como la humedad proviene del agua, y por esta razón el alma se alegra cuando obra de acuerdo con el cuerpo.
Por eso, si el hombre actúa según el deseo del alma, todas sus obras son buenas, y en cambio si actúa según la carne, serán todas malas. La carne rezuma humedad a causa del alma, ya que el soplo del alma mueve la carne según lo solicita su misma naturaleza, y así el soplo del alma alimenta el deseo del hombre. En efecto, el alma sube a las realidades celestes y, con su sentir, aprende a juzgar cualquier obra según sus méritos, y como el cuerpo entero está gobernado por la sensibilidad corpórea, así el alma racional reúne en sí todas las obras de los elementos del hombre, considerando que estos puedan obrar según sus deseos. Y de este modo hace florecer los elementos del hombre como la humedad la tierra, ya que se difunde por todo el cuerpo del hombre como la humedad por toda la tierra. Y como la tierra engendra cosas útiles e inútiles, así el hombre también oculta en él la aspiración al cielo y el gusto del pecado.

Sobre la distancia y la mutua colaboración de los siete astros, y cómo de la cumbre del cerebro hasta la extremidad inferior de la frente del hombre se distinguen siete espacios de igual medida, que aluden a los siete astros. Cómo, en relación con ello, el alma y su cuerpo con los cinco sentidos tienen que desarrollar sus tareas con buena disposición de ánimo y buenas obras según los siete dones del Espíritu Santo.

XXII. Bajando de la parte superior del cráneo hasta la parte inferior de la frente del hombre se distinguen siete espacios de igual medida que aluden a los siete astros, separados entre ellos por distancias iguales en el firmamento. En la cumbre referida, se representa el astro más alto, en la parte inferior de la frente la luna, y en el espacio que media entre ambos se encuentra el sol. Los otros astros están dispuestos regularmente a ambos lados de este espacio, dos arriba y dos abajo, separados unos de los otros con la misma medida que distan del sol. Los espacios de la cabeza humana, por lo tanto, reproducen las dimensiones que rigen los espacios del firmamento.
En la cumbre de la cabeza está representado el astro más alto, ya que tiene una circunferencia de rotación más amplia que los otros. En la frente está colocada la luna, ya que la vergüenza del hombre está marcada en la frente, como sobre la luna. La luna en su subida se parece a una frente, y ella permite también distinguir los tiempos y sus diferentes cualidades. En el medio está colocado el sol, porque es como el príncipe de los astros. Tiene dos astros que están por encima de él y lo defienden contra el fuego superior como de un escudo. Mientras que por debajo de sí tiene otros dos que aseguran su sostén al mismo tiempo que el de la luna. El espacio que separa el astro más alto del sol cuando está en la parte mas alta de su rotación, es idéntico al que separa la luna del sol cuando este está en la parte mas baja. Y todos los otros astros tienen entre ellos, como ya ha sido dicho, intervalos iguales. El firmamento es redondo, tanto en la parte superior como en la inferior, como un recipiente hecho al torno, y el sol está colocado en su parte redonda superior. El sol recorre hacia arriba y hacia abajo todo el firmamento e irradia su resplandor, como el vino cuando se vuelca la copa.
Todas estas cosas indican que en el cuerpo humano, el alma, desde el momento inicial de sus acciones hasta su cumplimiento, tiene que venerar con igual dedicación los siete dones del Espíritu Santo: acercarse a la sabiduría en el inicio de sus obras, tener temor en el acto de su cumplimiento y poner la fortaleza en el centro de la obra, fortaleciéndose en las realidades celestes con la inteligencia y el consejo, y rodeándose de ciencia y de piedad en las realidades terrenales. El alma tiene que acoger todos los dones del Espíritu Santo con igual devoción, porque son su auxilio. Por tanto el alma, tiene que ocuparse de abrirse a la sabiduría, de sujetarse al final con la vergüenza, y entre estos dos momentos, armarse de fortaleza y de la belleza de la inteligencia y el consejo, y de defenderse por fin, como se ha dicho, con la ciencia y la piedad.
Y cada uno de estos dones se une al otro, consiguiendo que toda obra del alma sea buena y llena de honestidad. En efecto, el espíritu de sabiduría, el de fortaleza y el del temor del Dios impregnan el alma del hombre, de modo que siga sabiamente en la verdadera fortaleza, posea con ella el temor, y con los otros cinco dones se mantenga con la misma constancia delante del supremo Creador. El movimiento del alma racional y la actividad del cuerpo con sus cinco sentidos, es decir el hombre entero, siguen la misma medida, ya que el alma no mueve al cuerpo más de lo que el cuerpo pueda obrar, ni el cuerpo obra más de lo que es movido por el alma. Los diferentes sentidos del hombre no se separan unos de otros, más bien se controlan recíprocamente con mucha fuerza y le revelan al hombre todos los bienes, tanto de las realidades superiores como de las inferiores.

El cerebro del hombre, que está dividido en tres cavidades y administra el sentir cuerpo entero, tiene el mismo papel que el sol, que iluminando las tres partes del mundo asegura todas las cosas que están sobre la tierra, regulándolas y haciéndolas crecer, y con su fuego enciende la luna.

XXIII. El cerebro del hombre, que consta de tres cavidades y no de más, está dominado por la humedad y provee a todo el cuerpo de sensibilidad y vigor. Representa las energías del sol, que atraviesa las regiones oriental, austral y occidental, y evita, en cambio, la región septentrional y a menudo transmite a la tierra la fecundidad gracias a la dulzura benéfica del rocío y las lluvias. Conforta a las criaturas de todo el mundo, regulándolas con su virtud. El cerebro está custodiado por la fuerza del cráneo, lo mismo que el ardor del brillante fuego superior refuerza las energías del sol.
Cuando el sol cumple su curso a todo lo largo del día, su fuego origina en la tierra un peligro mayor que cuando declina, como escondiendo su rostro. En efecto, cuando declina, las aguas junto a las estrellas van a su encuentro y lo sustentan por medio del aire, colocándose bajo el escabel de los pies del Señor. Allí conserva su estado y gobierna todas las cosas que están bajo la tierra, como la gallina empolla sus polluelos. Luego en la alegría del día, al subir por encima de la tierra devuelve la fuerza a todas las cosas que están en la superficie de ella como la gallina que hace salir sus polluelos de los huevos.
El hombre actúa durante el día y por la noche duerme, tal como el sol obra en los dos modos indicados, sobre la tierra y bajo ella. De día resplandece sobre la tierra y por la noche, tras ponerse, la superficie de la tierra se cubre de oscuridad. De modo parecido, la carne del hombre, cuando se ha deteriorado, se revitaliza gracias a las energías del alma, cuyo papel es sustentar la carne y la sangre para que no desfallezca, también la luna se enciende por el fuego del sol después de cada puesta de sol.

Del mismo modo, el alma, que gobierna al cuerpo con sus energías, adora al Dios uno en la Trinidad. Como si imitara a un astro, semeja alternar el día con la noche, es decir, ahora resplandece por la fuerza espiritual, que simboliza el sol, corroborada y elevada por la luz de las obras santas, ahora se oscurece sucumbiendo a los deseos de la carne.

XXIV. El alma, con sus energías, gobierna sabiamente el cuerpo del hombre, cuando el, en la bondad, perfección y santidad, entiende y siente y sabe las cosas que conciernen Dios. Adora al verdadero Dios en su Trinidad y no busca otro dios en el engaño, del mismo modo que las fuerzas del alma se unen para obrar en común y en el mismo momento.
El espíritu de fortaleza toca el alma, que así puede tomar en consideración en cada momento el principio de sus obras y su cumplimiento final, evitar las obras malas y transmitir al cuerpo en que habita la dulzura de los regalos celestes, con lo que lleva a todos sus elementos a la honestidad, porque las fuerzas del alma han sido reunidas en una unidad gracias a la fuerza de la potencia divina.
Y cuando la fortaleza fortalece así al alma, entonces somete todo el cuerpo a su dominio, por lo cual el cuerpo derrama a menudo sus lágrimas acompañadas por gemidos. Entonces el hombre se mantiene en tal condición de humildad y quietud que

sabe gobernarse tanto en las realidades temporales como en las espirituales, porque está bien instruido en todas las cosas buenas. Pues su alma, cuando un buen día obra en el deseo del bien sube bien arriba, pero cuando condesciende con la concupiscencia de la carne, está oprimida como cuando la vence el sueño cada noche. Ya que en un caso usa las defensas de la fortaleza, en cambio en el otro se junta a la pereza. Cuando está atenta al bien somete a examen todo cuanto la circunda, como el día, mientras que con pereza es como la noche, no logra prever nada. Sin embargo, igual que a veces la noche se ilumina por la luna y luego de nuevo se oscurece cuando la luna desaparece, así las obras del hombre son mixtas, es decir, un momento luminosas y otro oscuras.

Cuando el alma, obligada por el cuerpo, obra el mal junto con él, entonces se oscurece su virtud, privada de la luz de la verdad. Pero luego, al darse cuenta que está oprimida por los pecados, se levanta contra la voluntad de la carne, y la aflige y la reprocha todas las obras malas. Y así la luz de la beatitud resurge, superada la noche de los pecados, de forma que el alma vence a la ciencia mala junto a la carne, y la carne es al fin castigada a través de la penitencia y la corrección de las obras perversas. Cuando la carne está así bien sujeta, el alma también hace de modo que la carne desee también alcanzar las realidades celestes, ya que rápidamente la somete al temor de Dios, fortalecida por el espíritu de fortaleza.

En realidad el alma ayuda a la carne y la carne el alma, ya que el alma y la carne realizan conjuntamente todas las obras. Por tanto el alma vuelve a la vida cumpliendo obras santas y buenas junto a la carne.

Pero la carne a menudo se cansa cuando actúa junto al alma. Entonces ésta condesciende con la carne y la permite deleitarse en alguna otra obra, como una madre hace reír a su niño que llora. De este modo la carne cumple junto al alma algunas obras buenas, mezcladas sin embargo, con algunos pecados que el alma tolera para evitar que la carne se abrume. Como la carne, en efecto, vive gracias al alma, así el alma revive obrando el bien junto a la carne, porque ha sido colocada en la creación que es la obra de las manos del Dios.

En efecto, como el sol vence a la noche y sube hasta a mediodía, así también, el hombre, al evitar las obras malvadas progresa hacia arriba. Y como el sol después de mediodía va hacia el ocaso, así el alma condesciende con la carne. Y el sol reaviva a la luna para que no se debilite, así la carne del hombre es sustentada por las energías del alma para que no muera.

Tal como todas las venas del cuerpo llevan el calor al cerebro, que atrae la humedad de las entrañas, así los círculos superiores asisten con sus fuegos al sol, para que el calor no le falte cuando, a veces, hace bajar el rocío y la lluvia. Qué puede significar esto en relación a los acuerdos y desacuerdos entre el alma y la carne.

XXV. Ya que el cerebro del hombre es húmedo y moderadamente frío, todas las venas y los elementos del cuerpo le proveen calor. Así todos los astros superiores, que resplandecen de fuego, asisten al sol, que hace a veces bajar sobre la tierra rocío y lluvia, suministrándole fuego para que no pierda calor. Humedecido por el agua y fortalecido por el calor, el cerebro sustenta y gobierna el conjunto del cuerpo como la humedad y el calor hacen florecer toda la tierra. Desde el corazón, el pulmón, el hígado y todas las entrañas del hombre, la humedad sube al cerebro y lo llena, y cuando el cerebro está colmado de humedad, algo de la misma humedad desciende a otras partes a internas y se apresura a llenarlas.

Análogamente, la ciencia del alma provoca lágrimas cuando los pecados la enfrían. Entonces la constante costumbre de la honestidad, además de las otras obras buenas, le trae el calor de los deseos celestes, de modo parecido a como las otras virtudes vienen en ayuda de la fortaleza, que introduce en cada fiel la humedad de la santidad. Cuando el rocío y el calor del Espíritu Santo invaden el alma de este modo, somete a la carne y la obliga a que juntas sirvan a Dios. A partir de los buenos pensamientos y de las palabras honestas, del uso de la justicia y de la plenitud de los deseos interiores, el vigor de la santidad produce y fortalece la ciencia en el alma. Y así, gracias a este lozano vigor, todo el hombre se refuerza con la ayuda de la paciencia, contra toda adversidad, para no estar continuamente en batalla contra los diferentes vicios.
Tal como los astros superiores abastecen de fuego al sol, así las energías del alma ayudan a todas las partes interiores del hombre en el cumplimiento de sus propias funciones. Y cuando el alma abandona los pecados para realizar la justicia, sube muy arriba con la racionalidad, mientras que cuando se percata de que el cuerpo está en dificultades, baja a él para que no desfallezca. Ella es el soplo viviente que pone en movimiento todo el cuerpo del hombre, aunque a menudo se somete al placer de la carne contra la misma voluntad. Cuando el alma tiene la voluntad de mantenerse en el bien es como el sol. La carne, en cambio, que permanece en su pasión, es como la luna, ya que cuando peca, mengua del mismo modo que la luna sufre una disminución. En todo caso, el alma a menudo se levanta hacia arriba como el sol, contra la voluntad de la carne, así el hombre se levanta aunque se queje, como la luna se reaviva por el sol.
A causa de la humedad, la carne se deleita en el pecado, y a causa del calor no deja de afligirse cuando se arrepiente, ya que la humedad proviene de la carne y el calor del alma. Toda obra, mala o buena, se cumple con estos dos elementos, del mismo modo que la fuerza de la tierra engendra todas las cosas inútiles y útiles. Este conflicto, es decir, que la carne se deleite en los pecados y el alma se aflija por ellos, es innato en el hombre. El hombre tiene que cumplir todas sus obras con el alma y la carne. Las malas obras desagradan al alma y gustan a la carne, porque la carne es mortal, mientras el alma es inmortal. El alma también vive sin la carne, mientras que la carne no puede vivir sin el alma. El alma es la respiración racional y su sabiduría encuentra morada en el corazón. Con esta sabiduría calcula y dispone todo, como el padre de familia gobierna todas las cosas de su casa. Y es que también tiene la prudencia, con la cual provee honestamente qué cosas útiles ha de tener su vasija, el cuerpo, de forma parecida a los pulmones que protegen el corazón. Del alma también proviene el discernimiento, con el cual distingue rectamente todas las cosas, tal y como las entrañas del hombre están unidas entre sí rectamente y con discernimiento.
El alma es de fuego y por eso calienta todos los caminos que van a parar al corazón y los pasa en conjunto por el fuego, los retiene juntos para que no se separen los unos de los otros y los llena para que no les falte de nada. Y así, con sabiduría, el alma, en sus pensamientos, ordena sabiamente todas las funciones del cuerpo, y se eleva a Dios gracias a la fe con buena y santa intención, ya que sabe que Él la ha enviado al mundo. De modo parecido a como la humedad sube al cerebro desde los elementos inferiores del cuerpo, así el alma, al conocer a Dios, levanta con su santo deseo todas las funciones del cuerpo del hombre. Y como de nuevo la humedad vuelve a bajar, llenando así las partes inferiores del cuerpo, así también el alma baja al cuerpo, para que las funciones del cuerpo no ofendan a Dios con sus obras

Del mismo modo que el cerebro y las entrañas, llenos de humores, necesitan ser purgados, así también el aire y la tierra parecen purgarse en la estación otoñal. El aire se coagula en largos filamentos, y la tierra en algunos lugares parece que se limpia vomitando una sucia espuma. De ese modo se muestra que la carne se seca con el sudor del placer, mientras el alma expía con el trabajo de la penitencia.

XXVI. El cerebro, cuando está lleno, expulsa de si los humores, y las entrañas, después de haber sido llenadas, evacuan. Y esto ocurre frecuentemente en el hombre. Igualmente la humedad y el calor descienden sobre la tierra y la hacen brotar pero, después de que sus frutos han madurados completamente, la humedad y el calor se retraen arriba. Por tanto, al comienzo de los fríos, cuando el invierno se acerca, el aire se eleva y en parte se coagula por el calor del sol, y así se voltea formando como largos filamentos. Entonces la tierra se ablanda por la humedad que viene de lo alto y vomita una sucia espuma. Análogamente, cuando la carne realiza sus obras, rezuma sudor y así se origina en ella el placer. Por esto el hombre comienza a obrar, por el gusto del placer. Pero cuando el alma se percata, en su ciencia, de haber obrado según la voluntad y el deseo de la carne, inspira en la carne el dolor por los pecados, porque ha obrado mal. Entonces el alma rehuye la concupiscencia de la carne para no conocer el pecado, y así logra que también el cuerpo opte por abstenerse de los pecados.
Entonces el alma no ahorra ni una sola aflicción al cuerpo y lo castiga por los pecados cometidos. Por eso el hombre siempre se encuentra lleno de tristeza, porque el alma regaña a la carne mientras la carne se alimenta del placer. Por esto se conoce el mal en la acción del pecado, como en el proceso de evacuación. En realidad el alma a menudo obra por el placer de la carne, y posteriormente la rechaza, como la tierra sometida a la acción de la humedad y el calor hace brotar hierbas inútiles y útiles. Y cuando la costumbre de pecar se prolonga, como los pecados son cada vez más peligrosos para el hombre, entonces el alma inspira al cuerpo para que invoque a Dios por la penitencia, como la humedad y el calor a menudo se retraen hacia arriba. Y así, suspendido en medio en esta condición, el hombre obra el bien o el mal.
A veces, cuando la carne del hombre fija su mirada en su propio placer, el alma se extiende hacia el calor de la razón, aunque esté obstaculizada por su morada terrenal. Cuando, a causa de su fuerza, el cuerpo pone en peligro al pecar el conjunto de los elementos en que ha sido concebido, el alma racional se coagula porque consiente los deseos de la carne. Sin embargo la misma alma se eleva de nuevo hacia arriba, hacia la racionalidad, y, poniendo en evidencia los hechos depravados, toca el corazón del hombre y le hace gemir y llorar. De este modo vence a la carne, y gracias a las fuerzas del alma, impide que su cuerpo recaiga en el nocivo efecto de los pecados. Tocado entonces por el rocío celeste del Espíritu Santo, abandona la anterior dureza y reflexionando sobre sus mismos pecados, los juzga como si fueran lodo despreciable.

La vasija del cerebro indica el fuego superior que enciende al sol, y la humedad del aire húmedo modera el calor del mismo sol y limita su curso, para que no queme todas las cosas que hay por debajo. Cómo análogamente el alma, colocada bajo la potencia y el juicio de Dios, en virtud de la racionalidad que le es propia, tiene que gobernarse con discernimiento a si misma y a su cuerpo en toda circunstancia.

XXVII. La vasija del cerebro, que comprende la frente y se extiende hasta los ojos, representa el fuego superior bajo el que arde el sol. Este fuego, unido a una moderada

humedad, se mezcla con el aire húmedo. Esta humedad es el límite que el sol no puede traspasar superando los límites de su propio espacio, y es la misma humedad que, al subir al sol debido a la pureza del éter, mitiga su ardor para que no queme con calor excesivo las cosas que están sobre la tierra. También el alma, que tiene en sí la ciencia y la razón, además de la capacidad de manifestar vergüenza y una saludable prudencia, revela la potencia de Dios bajo cuyo dominio se encuentra, fuerza que inspira felices suspiros en las mentes de los fieles. Y estos suspiros retienen el juicio de la fuerza de Dios para que no se muestre con excesiva severidad, y calman con la auténtica penitencia el juicio de la fuerza divina, para que se olvide de los pecados del hombre cuando este se arrepiente.
Como el viento hace arder el fuego, así la racionalidad mueve e ilumina el alma del hombre. La racionalidad está en el alma como el viento y la luz en el fuego. El alma es el soplo introducido por Dios en el hombre, inagotable y racional. Y como el fuego sin arder no sería fuego, también el alma sin racionalidad sería incapaz de entender. Sin embargo, el viento pasa de largo por todas las otras criaturas irracionales, puesto que no es fuego ardiente. La racionalidad, con el conocimiento, conduce al alma por todas partes y examina y conoce de mil modos las acciones del hombre, por lo cual, cuando el alma comprende el bien con esa misma ciencia y se alegra, arde como el sol y revela su naturaleza celeste. El alma todavía no puede permanecer siempre en este ardor celeste, porque la carne del hombre desfallecería. Por esto, el alma alivia al cuerpo de la misma manera que mi Hijo, al vivir en el mundo con su cuerpo, rogó, trabajó y después reconfortó su cuerpo alejado del pecado, ya que fue concebido sin pecado.
Como hay un punto en que el sol se retiene, para no superar sus límites, también el alma, modera el cuerpo y lo regula para que no decaiga. Y hace todo esto con gran pureza, para que el cuerpo del hombre no se ponga en ridículo por sus obras malvadas, ni se destruya por la inclinación excesiva del alma a las cosas celestes, como la humedad regula el sol para que no se consuma.
El alma quiere discernimiento en todas las cosas. Por esto, cada vez que el cuerpo del hombre come o bebe sin discernimiento, o hace cualquier otra cosa sin orden, las fuerzas del alma se desmoronan, porque todo tiene que ser cumplido con discernimiento. Porque el hombre no es capaz de estar siempre suspirando inmerso en las realidades celestes.
De modo parecido a la tierra cuando se desmorona por el excesivo calor del sol, y a la semilla, que no brota cuando la lluvia no es suficiente, todas las cosas útiles brotan gracias a una correcta unión de calor y a humedad, así todas las obras del cielo y la tierra están destinadas a cumplirse con discernimiento y con bien, gracias al justo equilibrio. Aquellos a quienes el cielo ha iluminado han apreciado y todavía aprecian esta disposición, pero el diablo no quiso ni quiere poseerla, ya que se encamina, o a la excesiva altura o a la excesiva profundidad, por lo cual ha caído y no resurgirá.

Como la materia negra del cerebro, coagulada a causa del calor y la humedad, difunde en el cuerpo del hombre la flema y la mucosidad, así el fuego negro, que se encuentra en el segundo círculo, produce en el mundo tempestades y rayos. Análogamente el alma, en su elevación hacia arriba, y la carne corrompida por los placeres, emprenden entre ellos múltiples luchas con resultado alterno, oponiéndose la una a la otra.

XXVIII. En su parte superior el cerebro tiene algo negro que proviene de la respiración húmeda del hombre, que manda arriba la humedad y, cuando ésta alcanza el límite más

allá del cual no puede ir, produce esta materia negra que resiste al calor para que el cerebro no hierva violentamente, igual que el fuego negro mantiene el fuego luminoso en sus límites. Además esta materia negra transmite al resto del cuerpo la flema y la mucosidad del cerebro, como el fuego negro a menudo produce sobre la tierra tempestades, truenos y granizo.
De este modo el alma, cuando dirige hacia arriba su ciencia para conseguir elevarse demasiado alto, se tiñe de negro, porque los anhelos del hombre, cuando se convierten en orgullo, privan de pureza a la verdadera luz. Por esto, la turbulencia de este impulso repugna a la fuerza que viene de lo alto, porque no lo suscita la ciencia animada por el calor de los deseos celestiales, sino la venganza de Dios. Entonces, el castigo divino que juzga en cada momento los pecados del hombre, a menudo retiene su propia potencia para no destruir al hombre pecador. La oscuridad de su ciencia a menudo inspira en el hombre negligente concupiscencia y temeridad al pecar, porque no dirige la mirada al juicio celeste y no ve como el juicio divino destruye con su castigo los muchos excesos de los pecadores.
En todo caso, el alma como abraza con amor el cuerpo en que obra, a menudo está conforme con sus designios. Pero cuando luego reconoce con la razón la negrura de su consentimiento, hace que la carne se angustie con la penitencia y después la conforta de nuevo para que el hombre no desmaye. El alma reside en el cuerpo del hombre, que es diverso según varíen los diversos humores que lo constituyen, como la abeja construye el panal de miel, ahora transparente, ahora turbio. Y cuando el alma se eleva a lo alto con el fuego de la racionalidad, de un modo que el cuerpo es incapaz de tolerar, baja de nuevo y lo conforta, porque la carne es tan frágil como la tierra. Y así el alma y el cuerpo están en lucha continua, porque el hombre realiza obras luminosas con el alma y oscuras con la carne.

El cuerpo entero del hombre está fortalecido por el cerebro igual que los seres superiores e inferiores están fortalecidos por el sol, que está en el medio de los astros. El sol ilumina tres partes del mundo, la cuarta Dios la dejó fría y tenebrosa. Sentido místico de estas cosas respecto a la interioridad del hombre.

XXIX. Como ya hemos dicho, las fuerzas del cerebro mantienen todo el cuerpo del hombre, como los seres superiores e inferiores son fortalecidos por el sol, ya que el sol manda su luz a los seres superiores e inferiores y recorre todo el círculo del firmamento, a excepción de la región del norte. Cuando Dios enriqueció la tierra con todas las criaturas, dejó un único lugar vacío, para que la creación supiera qué es y de qué naturaleza es el resplandor de Dios. Ya que la luz es exaltada por las tinieblas y la parte oscura está al servicio de la parte luminosa. La parte oscura que es aquel lugar vacío que Lucifer eligió cuando quiso igualar a su Dios.
El sol surge por oriente, y a mediodía su ardor es cada vez más fuerte, pero después de mediodía declina encaminándose al ocaso, y así cumple su curso hasta la mañana siguiente. Así como el sol evita la zona del septentrión, el frío reina sobre tierra, por la mañana y durante la noche.
Pero Yo, que no tengo principio, soy el fuego que enciende todos los astros. Soy la luz que derrota a las tinieblas. Las tinieblas no son capaces de acoger a la luz, por lo tanto ni la luz se mezcla con las tinieblas, ni las tinieblas pueden entrar en la luz.
En efecto, el hombre ha sido constituido por Dios dentro de la buena ciencia, que es la luz de la verdad, y como el hombre a veces se inclina al mal dentro de la mala ciencia,

ciencia que ocupa un espacio vacío donde no hay ningún reconocimiento de méritos o premios, así en el hombre están representados cielo y tierra, luz y tinieblas. Todas las obras del hombre están gobernadas por la ciencia, como el espíritu de fortaleza contiene a todas las demás virtudes. Porque ese mismo espíritu florece en las realidades espirituales y del siglo, y defiende al hombre de las insidias de la antigua serpiente, esa serpiente que, vacía de toda felicidad, manifiesta el resplandor de Dios, para que a través del mal se reconozca el bien, ya que el sirviente tiene que estar sometido a su señor.
La fortaleza, que está presente en el inicio y en el cumplimiento de las buenas obras del hombre, evita que le sucedan males después de su cumplimiento. Y así, desde el comienzo, intenta que el hombre no se acerque al mal, porque desde el principio hasta el final de una actuación perversa nunca está presente el calor del Espíritu Santo, antes bien, el entumecimiento y la negligencia arrastran el hombre al mal. Pero el que es sin principio, es aquella luminosidad que enciende todas las cosas luminosas y rechaza todas las desgracias que nos traen las tinieblas. Esta luz nunca podrá ser apagada por las tinieblas. Y como el hombre fiel es gobernado por Dios y el perverso está alejado de Él, así en el hombre todos los elementos están ordenados distintamente.
El alma tiene el aspecto de fuego y, en ella, la razón es como una luz. El alma está invadida por esta capacidad de razonar, que es luminosa, como el mundo está iluminado por el sol, porque gracias a la razón prevé y conoce todas las obras del hombre. El hombre experimenta en sí placer y deseo, y por estas pasiones la sangre en sus venas se mueve junto al calor de las entrañas. Así el hombre obra, como la rueda que gira en cuanto se le da impulso, porque el cuerpo, probando placer y deseo, empuja al alma de una parte y de la otra, de modo que ella a menudo dirige sus pasos empujada por estos impulsos.

Qué significan respecto a las acciones del hombre el orto o el ocaso del sol, y el hecho de que a veces no se vea porque se esconde entre las nubes o debido al exceso de lluvia, pero cuando esta se seca, devuelve a la tierra su luz.

XXX. Velado por una nube negra, O escondido bajo el relámpago, el trueno y un exceso de lluvias, el sol no se muestra. Pero cuando todo ha acabado difunde de nuevo su luz. Representa así el alma del porque cuando el cuerpo la arrolla hasta el punto de obrar según los deseos de la carne, el resplandor de la razón se ofusca en ella, porque la cólera es como el relámpago, la avaricia como el trueno y los impíos deseos de la carne como el exceso de lluvia. Pero cuando se purifica por la penitencia, se ilumina de nuevo en la claridad de la verdadera luz, con la esperanza de la liberación y la salvación.
El alma emana racionalidad como el fuego sus chispas, y con ella distingue las realidades terrenales y celestes. Por tanto, si el cuerpo está dominado por ella hasta el punto de cumplir obras justas y buenas, también gozará de la vida eterna, pero si en cambio el cuerpo oprime al alma hasta el punto de cumplir el mal descuidando el bien, se precipita a los infiernos. El alma debe rechazar al diablo, que quiso ser semejante a Dios, y por tanto se tiene que mantener lejos del norte, porque cumpliendo el bien, o cumpliendo el mal, el alma nunca se llama Dios a sí misma sino que gracias a la razón reconoce que ha sido creada por Dios. Y a menudo el alma recomienda a su vasija terrestre que cumpla las obras celestes, pero luego vuelve a consentir en los deseos de la carne. Después cuando de nuevo empieza a elevarse hacia su deber, atormenta y castiga el cuerpo, separando con la penitencia todos sus males como la cebada se separa del trigo.

Éstas son las obras del alma porque, cuando cumple el bien es como el sol cuando resplandece a mediodía, pero cuando en cambio aspira al mal es como el sol que declina hacia el ocaso, y cuando luego se recupera con la penitencia, es como el sol que brilla con todo su resplandor tras la tormenta. Cuando, sin embargo, el hombre crece gracias a las fuerzas del alma, mientras sus venas y sus entrañas no están todavía bien llenas y fortalecidas, no puede conocer las realidades celestes a causa de la fragilidad del cuerpo, y no es capaz de reconocer las penas infernales porque su cuerpo todavía no está completamente depurado. Por eso también el alma está en aquel tiempo como vacía en su envoltura, porque entonces aquel hombre no tiene temor, de modo parecido a como en la primera edad del mundo, la humanidad no tenía miedo a la ley. En cambio en la edad madura, el alma del hombre se fortalece junto al cuerpo y le obliga a cumplir buenas obras, pero el cuerpo se aleja de su voluntad y ejerce su fuerza conforme a los deseos de la carne, y así pasaría toda su vida si las fuerzas del alma no lo frenaran con la penitencia.

La frente, que se encuentra entre el cerebro y los ojos, reúne las enfermedades que tienen origen en el cerebro y en el estómago, como la luna acoge lo que desciende de las zonas superiores y lo que sube de las zonas inferiores. Los ojos con lo blanco, con las pupilas y con su humor indican la señal del éter puro, las estrellas y el vapor que sale de las aguas inferiores. Diversas consideraciones sobre qué significa todo esto con respecto de las características del temperamento.

XXXI. Como se ha dicho, el espacio comprendido entre la frente y la punta de la nariz corresponde al éter puro. La frente, que se encuentra entre el cerebro y los ojos, mantiene la situación del cerebro y los ojos, y contiene en sí aquellas enfermedades que tienen origen en el cerebro y en el estómago. Como la luna, que está bajo el sol y es circundada por las estrellas, recibe a menudo lo que desciende de las zonas superiores y lo que sube de las zonas inferiores.

Los ojos, que observan tantas cosas, representan las estrellas del firmamento que resplandecen en todo lugar. El blanco del ojo indica la pureza del éter, su claridad indica su resplandor, mientras que la pupila muestra las estrellas que se encuentran en el éter. El humor de los ojos corresponde al humor con que el éter es humedecido por las aguas inferiores, para evitar ser dañado del fuego superior. Éste ocurre porque, entre la ciencia y la prudencia, el alma inmersa en la verdadera penitencia empuja al arrepentimiento al cuerpo, con la gracia de Dios. La vergüenza, que se encuentra entre la ciencia y la prudencia, les indica el camino, porque procede rectamente estimando el pudor y ocultando en sí misma las cosas nocivas para que no se manifiesten a todo el mundo, tal como el temor de Dios, al amparo de la fuerza de las virtudes celestes, benéficamente regula en si las cosas eternas y las caducas.

En efecto, la prudencia, por la cual el hombre se procura lo que es bueno, muestra su ardiente deseo que nutre con las realidades celestiales. La consideración de la prudencia, por la cual el hombre valora cuidadosamente lo que cree útil a su alma, solicita la sinceridad del verdadero arrepentimiento. La intención de tal consideración es que quiere la belleza de la penitencia, cuando el hombre se ve purificado de los pecados. Su intención es que, como la pupila del ojo, ilumina las obras ardientes y luminosas que tienen lugar en la penitencia, el perdón de los pecados adorne los gemidos y los suspiros con que el arrepentimiento se derrite en la humedad de las lágrimas, para no incurrir en el potente juicio de Dios.

El alma mira alrededor por todas partes, al principio y al final de cada obra, porque es de fuego, respira con el aire, y con la ciencia y la racionalidad actúa y distingue todo. En efecto, fortificada dentro del cuerpo, el alma empieza a obrar con fuerza porque lo desea. Pero a menudo se la oponen muchas enfermedades de la carne, en las entrañas, en la sangre y en el estómago. Por el calor de la médula, la sangre del hombre hierve, y por la pesadez de las comidas, la sangre del estómago se quema. Y estas enfermedades son un obstáculo para las fuerzas del alma, porque en el calor del cuerpo se desarrolla el pecado carnal que Satanás ha tramado con engaño, y de la parte terrenal sube hasta el alma, insinuándola que el hombre es sólo carne y que es necesario vivir según la carne. Por esta razón el alma a menudo se ve obligada por el cuerpo al que se encuentra atada, a obrar con él el mal.
Las obras del alma se realizan junto al cuerpo, que es móvil, como las estrellas giran alrededor de la luna. Y el alma con su ciencia, es como un artífice, usa a todas las otras criaturas, de modo tal que las obras de su arte, que atañen tanto a las realidades superiores como a las inferiores, se hagan manifiestas y sean conocidas por su habitáculo, como las estrellas más luminosas y las más oscuras resplandecen en el firmamento. La blancura de la ciencia se muestra en el hombre en lo blanco de los ojos, y el intelecto brilla en ese blanco tanto como su claridad, mientras que la racionalidad es luminosa como su pupila. Por tanto el hombre piensa que puede acercarse a las realidades celestes entre gemidos y llantos, cuando se juzga indigno del premio de la eterna recompensa, porque reconoce estar cargado de muchos pecados, y se afana para evitar al menos las penas del juicio.

Por qué causas los ojos vierten las lágrimas en que se recogen los humores del cuerpo, y las nubes vierten las lluvias llevadas arriba por las aguas inferiores. Examen de todas estas cosas en cuánto se relacionan con las pasiones del alma.

XXXII. Y cuando el hombre se conmueve en su corazón de alegría o tristeza, las venitas del cerebro, del pecho y del pulmón son igualmente sacudidas Y las venitas del pecho y el pulmón empujan hacia arriba los humores hasta las venitas del cerebro, y éstas reciben los humores y los vierten por los ojos. Así nacen las lágrimas del hombre. Cuando al principio de la luna creciente o menguante, el firmamento agitado por los vientos golpea con violencia el mar y las demás aguas de la tierra, éstas producen humo y humedad. Entonces las nubes atraen estos mismos elementos, humo y humedad, y los mandan hacia la luna, que los bebe como si tuviera sed y los vuelve a enviar a las nubes, haciendo así que produzcan una lluvia adecuada. De este modo, la lluvia desciende sobre la tierra de las aguas inferiores, que las nubes hacen subir a lo alto y luego devuelven.
Así, a veces, el alma en el hombre se alegra porque está segura de salvarse y otras se entristece por la opresión de sus pecados. Entonces la ciencia del hombre la mueve a la penitencia, después de confesar por temor de Dios, y suspirando la levanta. Al ver las acciones que el hombre ha cumplido, el alma hace que broten lágrimas de sus ojos y lo hace llorar, ya que, cuando el temor de Dios sacude al hombre, le hace llorar entre quejidos, como si estuviera sediento de lágrimas. Por esto sucede que, cuando a veces un hombre deplora sus obras terrenales, a menudo dirige el ánimo al deseo de las cosas celestes, y abandona los intereses del mundo. Cuando se aleja de Dios, y llega a olvidarse de Él, enseguida su alma empieza a temblar, y todos los elementos del hombre, llenos de sus energías, se encaminan sobre un camino extraño, como si no se

tuviera que venerar y temer Dios. Pero el alma pone delante de los ojos de su habitáculo la vergüenza y la confusión de los pecados y le hace suspirar, de modo que estos suspiros producen lágrimas.
Y así, de los suspiros y de las lágrimas, nace en este hombre el vigor de la penitencia. Y cuando, volviendo por fin a las buenas acciones, examina con mucha diligencia y arrepentimiento el peso de sus pecados, la carne de algunos miembros de su cuerpo empieza a secarse, y crece tanta amargura en su corazón que le induce a preguntarse a si: mismo: "¿Por qué he nacido dispuesto a tan grandes culpas? Con mi alma he pecado contra Dios, y con ella hago penitencia suspirando hacia Él, que se ha dignado tomar el cuerpo de Adán en una Virgen. Por eso estoy seguro que no me desprecia, sino que más bien me perdonará los pecados, y con el rostro de su santa humanidad me acogerá, si hago penitencia en la fe verdadera". Entonces el alma y el cuerpo se reúnen, y unidos aspiran a Dios con toda la fuerza del deseo, porque los pecados no le gustan nada al alma. Solo está de acuerdo con la carne a causa del desconcierto de la concupiscencia carnal, de otro modo, si el alma empezara a deleitarse en el pecado, el hombre se ensuciaría siempre en el barro de los pecados. Pero el alma no se complace en ellos, aunque opere junto con el cuerpo, y tampoco los elementos que sustentan al hombre le obligan al pecado, sino más bien, en virtud del juicio de Dios, lo juzgan por sus pecados. En las obras buenas, en cambio, tienden sobre de él suavidad y dulzura.
Y cada vez que el alma obra mal junto con el cuerpo, lo llena de tristeza, porque aquellas obras no le gustan. Cuando en cambio hace el bien con el cuerpo, lo hace gozar. Por esta razón el hombre que hace el bien por la gracia de Dios es querido por los hombres aunque no lo sepa. Y a veces llega al punto de no llenar su deseo de obrar bien, de modo parecido a los ángeles, que ven el rostro de Dios y no se cansan nunca de contemplarlo. Este alma, además, probando la alegría de hacer el bien, vuelve a bajar al cuerpo y lo arranca de los pecados, provocándole suspiros y lágrimas a través de la humilde penitencia, para que sea fecundo en las virtudes, como las nubes llevan para arriba las aguas y luego las hacen caer.

Así como no existe ninguna forma visible sin nombre, tampoco existe sin medida. Qué significa en el hombre interior la medida idéntica de los ojos.

XXXIII. Así como no existe ninguna forma visible sin nombre, tampoco existe sin medida. Por esta razón ambos ojos del hombre tienen medida igual y sus órbitas son iguales en su circunferencia. Dios ha separado las virtudes de los vicios, las obras santas de los pecados, igual que ha distinguido una de otra sus criaturas, que son conocidas por el hombre por sus formas y sus nombres, para que el hombre, con la prudencia, como con los ojos, vea de lejos todos los bienes, y al considerar sus buenas intenciones tenga discernimiento sincero y equilibrado para no precipitarse en el abismo si traspasa los límites de la medida en el bien o, al revés, para no destruirse completamente en la desesperación, si experimenta el exceso en el mal.

El juicio del alma racional tiene que premiar el bien y castigar el mal. En comparación con la recompensa eterna no bastaría penitencia alguna, aunque superara el número de los granos de arena o las gotas de agua del mar.

XXXIV. Gracias a la razón, el alma muestra cuáles son y cómo son los pecados del hombre, e indica al mismo tiempo el modo de pecar y de arrepentirse. Las energías del alma inducen al hombre a arrepentirse, cuando se entristece por sus pecados haciendo penitencia, igual que la lluvia extingue el fuego. Sin embargo, si el hombre quisiera comparar la penitencia de que es capaz con la gloria eterna y con el premio inefable, difícilmente podría pensar cómo salvarse. En efecto, incluso si la penitencia del hombre fuera más numerosa que los granos de arena o más vasta que las aguas del mar, tampoco podrían compararse sus ganas de salvarse con la gloria inefable de la vida eterna. ¿Y dónde se encuentra quien renuncie a satisfacer los afanes de la carne, alejándose de los pecados?
La ciencia del alma racional se manifiesta en dos modos, en conocer el bien y en sentir el mal, y fija un premio por el bien y una pena por el mal. Estos son, pues, los deberes del alma, aunque en muchos casos obra sólo según como el cuerpo solicita. Por esta razón el hombre se parece al día en las cosas buenas, y a la noche en las malas.

Así como el hombre está reforzado por los ojos y los demás sentidos, y el cielo está iluminado por el sol, la luna y las estrellas, que alternándose lo socorren con su luz, así las obras de la verdadera penitencia iluminan el alma, y los suspiros y lágrimas lavan las culpas.

XXXV El hombre, además, ve con los ojos, huele a través de la nariz y gusta a través de la boca. Del mismo modo, gracias a la energía del sol y la luna, algunos rayos provenientes de las estrellas más altas, que tienen por misión ayudar al sol y a la luna, son enviados alguna vez hacia el resto de astros, y así una luz está vivificada por otra.
El alma, pues, cuando ve obras malvadas y deshonestas, se entristece, y cuando las ha conocido por referencias, suspira como sintiendo su mal olor, y cuando las ha probado en el cuerpo, como a través del gusto, hace desatar en llanto al hombre y con su ciencia le inspira arrepentimiento, suspiros por el conocimiento de los pecados y lágrimas por sus efectos.
La penitencia ilumina al alma, y los suspiros y lágrimas forman parte de ella. La penitencia rápidamente lava las culpas en el hombre. Los suspiros y las lágrimas que se producen con ella están al servicio de la verdadera penitencia, como también las otras virtudes que vivifican gracias al espíritu de fortaleza y temor de Dios iluminan eficazmente al hombre de fe.

Así como la cabeza es sustentada por el mentón y las zonas superiores lo son por las nubes, y así como los huesos en el hombre se consolidan por el fuego y la médula se coagula con el frío, y así como en el mundo, la tierra se cultiva en verano y en invierno para que dé frutos, de la misma manera las mentes de los fieles se fortifican con el fuego del Espíritu Santo y el rocío de la contrición, mientras que se debilitan por la inercia del error y la negligencia.

XXXVI. Todo lo que está situado en la cabeza del hombre se mantiene junto por el mentón, igual que todos los elementos de los que se ha hablado están sustentados en su lugar por las nubes, lo que quiere decir que las mentes de los fieles alcanzan estabilidad al obrar el bien, y logran los bienes celestes perseverando en él. El calor corresponde en

el hombre a los huesos y el frío a la médula, porque el alma cuece con el fuego los huesos y la médula se coagula con el frío que se induce en su cuerpo. Así el verano y el invierno ponen a prueba toda la tierra, de modo tal que sus frutos son coagulados en la semilla bajo tierra a causa del frío del firmamento, y se deshacen a causa del calor. En efecto, el calor del sol y la humedad de las aguas se unen y se mezclan en las nubes de modo que cada fruto de la tierra se regula y fortifica por ellos. El calor del sol y la humedad de las aguas, cultiva toda la tierra, y la hacen productiva y perfecta, como el alfarero en el torno modela a la perfección sus vasijas. Ambas fuerzas se unen una a otra y con las nubes, de manera tan indisoluble, que nunca, antes del día del juicio, se consumirán o se separarán entrando o saliendo o dispersándose por aquí y por allá.
También el alma en el hombre se fortifica para cumplir el bien gracias al fuego del Espíritu Santo, mientras que se debilita con el frío del entumecimiento y la negligencia. El fuego de la fortaleza y el arrepentimiento de la mente del hombre, uniéndose el uno a la otra, producen buenos frutos en el hombre, lo fortifican para toda obra fructuosa y lo disponen para que no se aleje nunca del servicio y del amor de Dios. Y si el hombre cae en la desgana, en el aburrimiento nacido de los pecados, esta misma desgana frenará sus pecados lo mismo que el fuego se ahoga a causa del humo denso y no puede arder con toda su fuerza. Pero cuando las energías del alma arrancan del espíritu del hombre el deleite de la carne, entonces los suspiros por la patria celeste se entrelazan en el hombre, como la abeja fabrica el panal junto con la miel en el mismo recipiente. Donde también se ve que la verdadera humildad dirige las obras nuevas y antiguas del hombre, y las mezcla unas con otras, para que el calor de la soberbia no las encienda ni las queme, secándolas.
Así el fuego del Espíritu Santo y la humedad de la humildad llevan a perfección a las virtudes fecundas en el habitáculo del Espíritu Santo que la sabiduría ha elegido para morada. El hombre recoge en si estas virtudes que están frente a la mirada de Dios y sus ángeles, como si fuera el perfume de todos los aromas, y ya no las abandona.

De nuevo habla sobre la utilidad de los sentidos en el hombre y la función de los astros en el mundo. El engaño del diablo con el que llevó al error a Eva y transmitió el pecado original a toda su descendencia, se compara con una niebla que se levanta del aire maléfico y cubre la tierra, perjudica los frutos e impide a la vista discernir la pureza del día.

XXXVII. La vista sujeta y dirige el oído, olfato, y la racionalidad de la boca y el tacto, para que el hombre pueda conocer qué son las cosas y de qué manera están hechas, del mismo modo que toda la estructura del firmamento está ordenada e iluminada por el sol, la luna y las estrellas. Con los ojos el hombre ve lo que después entiende con la ayuda de la sabiduría, y estas cosas las aprende por el oído, el olfato y el gusto. En cambio, lo que está encerrado en su corazón lo conoce gracias a la ciencia, pero no lo ve con los ojos. También el engaño de la serpiente estuvo oculto, y se manifestó cuando la serpiente interrogó a Eva por primera vez sobre lo que ella no conocía, y la engañó porque ella, en un principio, era inocente. Así, todo lo que empezó con el primer pecado original proviene del engaño del diablo, y se parece a una niebla que se levanta del aire maléfico, y cubre toda la tierra de modo que no pueda verse la pureza del día, niebla que corroe las obras de la sabiduría como si las despreciara. Así, el engaño no tiene ni alegría ni felicidad, y no encuentra quietud de ninguna parte.

Estas cosas indican que todos los sentidos humanos se vuelven adonde los dirige la intención del hombre, y las virtudes corren a corregirlo cuando pregunta a Dios. El hombre dirige sus sentidos adónde lo conduce su intención, sin embargo no se conocen los pensamientos de su corazón, porque permanecen en el secreto. Por eso, Eva, cuando fue engañada por el diablo, no conoció su astucia, porque el diablo se había escondido tan bien, que su engaño no pudo ser visto por nuestros primeros padres. Así arrastró a todo el mundo al mal, porque no tenía en si nada bueno.

Las cejas, creadas para proteger a los ojos, representan el recorrido de la luna, sometida a crecer y menguar cada mes. De manera parecida la constancia y la seguridad del alma tienen que ser conservadas en el temor de Dios, tanto en la prosperidad como en la adversidad.

XXXVIII. Las cejas del hombre corresponden al recorrido de la luna. Tiene dos vías, por una, la luna se ampara en el sol para restaurar su propia naturaleza, por la otra vía vuelve hacia atrás después de haber sido encendida por él. Las cejas son defensa y amparo de los ojos, como la luna es protección y alimento de las estrellas. Porque, mientras comienza a crecer encendida por el sol, recibe fuego tanto de las estrellas como del sol, y de este modo los ayuda a rebajar el exceso de fuego, y mientras mengua aporta fuego a las estrellas pero no al sol, porque este, como un príncipe, se mantiene siempre en la misma condición.
De este modo el alma infunde en el hombre constancia y seguridad, para que tenga temor de Dios, y estas dos virtudes son para el hombre el camino a seguir, porque, temiendo a Dios, el hombre a veces encuentra la prosperidad y a veces la adversidad. En ambos casos es necesario andar con rectitud, sin engreírse en la prosperidad ni abatirse frente a la adversidad. Por eso, cuando el hombre está defendido por el espíritu de fortaleza, se muestra resistente en toda circunstancia. Estas virtudes hacen que la intención del hombre tenga protección, lo mismo que el temor de Dios es fundamento y escudo de las demás virtudes. En efecto, cuando el temor se reviste de fortaleza, reúne en si todas las otras virtudes y las muestra protegidas por la fortaleza y el temor, y hacen que el hombre se adhiera a los deseos celestes tanto en la adversidad como en la prosperidad.

Las funciones de la nariz, de la boca y de las orejas. Cual es su utilidad en el hombre. Qué significan sus diversos papeles en relación con los elementos del mundo externo y con relación a la interioridad del alma. Sobre el deber de seguir en todas las cosas los ejemplos de los justos.

XXXIX. La parte que va de la nariz a la garganta se corresponde con el aire húmedo acompañado con el aire denso, blanco y luminoso. La nariz representa el aire que mueven las aguas. La boca evoca la humedad que corresponde a la razón. Las orejas manifiestan en cambio el ruido y el sonido de esas mismas aguas, que se derraman del modo debido con el viento del aire húmedo y la subida de las nubes.
El oído que está en la oreja suscita movimientos en el hombre, del mismo modo que el sonido de las aguas superiores penetra los elementos. La boca, que es instrumento de la racionalidad, se empapa de humedad, igual que las zonas superiores se mojan con la

humedad de las aguas que se han dicho para que no se sequen. Las narices se saturan de olores, igual que el aire pone en movimiento a las aguas.
El hecho de que la nariz en el punto más alto de su longitud apunte para arriba significa que este aire, que está húmedo, transmite sus humores a la pureza del éter que está sobre de ella y al ardor del fuego superior, y a cambio recibe de estos elementos equilibrio de fuerzas, para no disiparse y disolverse refluyendo en todas las direcciones. Por la nariz se purifican el cerebro y las venas, porque también los elementos a veces, al agitarse se purgan abundantemente con humedad y humo. En efecto, como ya se ha dicho, el éter puro está invadido por la humedad del aire húmedo, lo mismo que la penitencia se ilumina con las obras y los ejemplos de los justos y lo mismo que el oído que está en las orejas, donde las palabras resuenan, comprende los discursos de la ciencia. También el aire del olfato y la humedad de la racionalidad que está en la boca, se unen en una sola cosa. Del mismo modo que el agua fluye y resuena al mismo tiempo e invade toda la tierra con su humedad, análogamente el aire húmedo impregna los elementos superiores. La respiración del alma sigue un camino recto por la nariz y por la boca, no sube y no baja más allá de sus límites, lo mismo que el aire húmedo mantiene sus recorridos en el modo establecido.
Todas estas cosas indican que el alma, regalo de Dios al hombre, con el intelecto que distingue el buen olor, aprecia intensamente los ejemplos de los justos que la comunicación de otro transmitió al intelecto con la fecundidad de las palabras, y luego sacude las profundidades del corazón hasta el punto que, invadido por la gracia del Espíritu Santo, retiene con todo deseo el olor de las virtudes. Por esta razón la templanza, al recoger el perfume de la beatitud y al considerar las obras que los fieles llevan a cumplimiento, ya sea perseverando en el bien, ya sea alejándose del mal gracias a la penitencia, las confía a la potencia de Dios para que no se disuelvan por falta de moderación. Porque la ciencia del hombre, purificada por la perfumada templanza, lo hace resistente en el bien en todas las circunstancias. Por otra parte, cuando se pronuncian palabras verdaderas y santas para edificación de los fieles a menudo se suscita la penitencia con auténticos gemidos. La virtud de la justa moderación debe encontrarse en ellas, para que el hombre pueda disponer en orden al bien todas sus obras y levantar la mirada a las cosas celestes sin exceder su medida, pero avanzando bastante en la rectitud, con alma y cuerpo, a ejemplo de los santos.
Como en el aire húmedo hay un soplo que, cuando desciende sobre la tierra con la humedad del rocío, regula la fecundidad y el secarse de los frutos, la fecundidad en verano y el secarse en invierno, y como de este soplo reciben fuerza los frutos de la tierra, así por la boca se nutre todo el cuerpo del hombre. Y lo mismo que el mundo se ilumina gracias al resplandor del sol, igualmente todos los vientos de las zonas superiores se producen y regulan por aquel soplo. De manera parecida la penitencia surge a veces en el corazón de los fieles gracias al ejemplo de los justos, y producen en él la fecundidad de las obras buenas y el secarse del mal. Y es como si deseara el bien si fuese verano, y si fuese invierno despreciara el mal, por lo cual, alegrado y nutrido de este modo por estos frutos de justicia, siempre estará absorto en los deseos celestes.

En la lengua del hombre se representa la inundación de las aguas. Cuál es el sentido de esta inundación en el interior del hombre.

XL. En la lengua se manifiesta la crecida de las aguas que ocasiona inundaciones. Porque, como las palabras se forman por la lengua, así, con la crecida de las aguas se crean los torbellinos. En esto se puede ver la señal de que el alma, cuando desea

adherirse a los deseos celestiales, obliga a su habitáculo a alabar al Creador y a proferir continuas oraciones con la devoción de su espíritu. El alma se mueve por la humedad y resuena en el crepitar del fuego, ya que como el alma es de fuego, conoce a Dios, y como también es respiración, anhela a Dios, que es espíritu.
Cuando el alma hace el bien, va por el camino de la justicia, como el aire puro, que no tiene nubes tenebrosas. Cuando en cambio produce la podredumbre de los pecados, se parece al desbordamiento de las aguas que arrollan la pura senda del aire. Pero si se aleja de los pecados, pasa lo que está escrito en el evangelio sobre el administrador que, dejando los pecados y reduciendo las deudas, se convirtió a la misericordia. Y cuando invoca la gracia de Dios después de haber pecado y pide resucitar como Lázaro resucitó después de cuatro días, el alma emite profundos suspiros y se entrelaza con la corrección como con una cerca impenetrable, y continúa haciendo buenas obras de modo que no corra el riesgo de caer de nuevo en la costumbre de pecar. Entonces cumple una penitencia estable como el firmamento, para no hacer de nuevo el mal recomenzando a pecar.

Qué aspectos de la virtud y la fortaleza se expresan en nosotros a través de los dientes, que no están vacíos como cuevas y no tienen médula.

XLI. Los dientes se muestran en cambio como el dique de aquellas aguas, que es fuerte y firme como los dientes. Es decir, son como el aire denso, blanco y luminoso, que contienen a estas aguas para que no fluyan superando sus límites. Por esto se ve que el alma fortalece y mantiene en sus límites la mente del hombre con la gracia de Dios para que no tienda a dispersarse demasiado a causa de los malos pensamientos, ni atraiga voluntariamente a sí los deseos ilícitos que actúan en el hombre casi como una tempestad, a causa de los pecados. Las energías del alma son como una medicina que cura si el hombre practica la penitencia.
Los dientes no están vacíos como cuevas y no tienen la flexibilidad de la médula, porque no están revestidos de carne. En cambio, se han consolidado y acartonado debido al cerebro y las estructuras del cuerpo humano establecidas según el orden del firmamento. Los dientes se endurecen a causa del calor y de la humedad de la cabeza.
Esto indica que el alma racional, siendo vida infinita inmutable, no aumenta con el desarrollo del cuerpo ni disminuye por su debilidad, porque el alma es respiración de Dios omnipotente, que ha creado admirablemente por su Verbo a todas las criaturas ordenadas en su presciencia. El alma mueve visiblemente el cuerpo en el que la ha infundido invisiblemente la potencia de su Creador, y permanece invisible dentro del cuerpo vivificándolo, del mismo modo que Dios ha creado a todas las criaturas puestas al servicio del hombre, con la fuerza invisible de su poder, utilizando la energía fecunda de la tierra y el calor del aire, y también la humedad del agua. También ha procurado al alma un vestido, es decir el cuerpo, desconocido y extraño a su naturaleza.

Por qué el niño, que tiene huesos al nacer, nace sin dientes y los hombres cuando envejecen, a menudo los pierden. Qué nos indica esto.

XLII. En efecto, el niño, cuando está en su tierna edad y no tiene todavía fuerza en la sangre, no tiene dientes, porque está frío. Pero después de que la sangre ha tomado

fuerza en él y se ha calentado, nacen los dientes y se fortalecen. Llega a la vejez, en él disminuye la sangre y se reduce el calor, y de nuevo los dientes pierden fuerza a causa del frío y empiezan a moverse.
Así, cuando inicialmente el alma entra en el cuerpo por orden de Dios omnipotente, calienta con su propio fuego al cuerpo que le ha sido dado, que ha sido creado con los cuatro elementos durante el tiempo que, según el mandato de Dios omnipotente va de aquí para allá.
En la infancia del hombre, cuando todavía se nutre chupando de tiernas comidas, el alma es muy feliz, porque en su inocencia no ha tomado todavía el gusto de los pecados, como tampoco Adán lo había cogido, cuando vivía en pureza y sencillez antes de desobedecer.
Pero cuando el hombre, con el pasar del tiempo, refuerza los huesos, y la sangre y la carne se fortalecen, la inocencia se acaba. Se manifiesta entonces el gusto del pecado, mientras que el alma es oprimida por el hecho de actuar contra la misma naturaleza y es vencida, porque el cuerpo, viviendo en el pecado, ha tomado ventaja. Y como después del ocaso el resplandor del sol le es sustraído a los hombres, así el alma después de haber cometido pecado se angustia, gimiendo y llorando por la pérdida de la felicidad que conoció primero. El gusto por los pecados contamina el cuerpo, la sangre y todas las entrañas del hombre. Y a menudo, después de haber pecado, el hombre es obligado por los suspiros del alma a llegar al dolor del corazón, debido al tedio que arrastra.

Como y de dónde se forman los dientes en los niños, y porque a veces causan tan intenso dolor. Sentido de este suceso en nosotros.

XLIII. Cuándo el niño está en su tierna edad, un líquido baja de su cerebro a las encías y junto con algunos otros humores produce en ellas pequeñas cuevas, en las que se esconde hasta la madurez, como las florecitas en el curso del invierno quedan escondidas en las ramas de los árboles. Pero cuando luego fuerza de la sangre y calor se reaniman, como si en él llegara el verano, el mismo líquido junto con los otros humores, se consolidan por el calor de la sangre y provocan la erupción de los dientes. Así, al llegar el calor del verano, las florecitas empiezan a brotar sobre las ramas de los árboles.
Por tanto, antes que los dientes broten, el niño está afligido por algún tiempo, con un intenso dolor en las encías, perforadas por el líquido cerebral y por los otros humores. Pero luego, después de que la infancia ha pasado y ya se ha estabilizado en la plenitud de su sangre, cuando la santidad del alma empieza a venir menos a causa del placer carnal, se entrega a la lascivia. Por eso el hombre en la juventud tiene que mantenerse bajo el gran control del temor de Dios.
Así el alma domina al cuerpo mientras el hombre, dudoso, medita sus opciones, qué hacer y qué no hacer. Pero sin tardanza el alma se encuentra atada y como prisionera en el cuerpo, y cuando el hombre comete el mal por el placer del pecado producido a causa del calor de la sangre, también ella, aunque de mala gana, realiza junto al cuerpo que le pertenece cosas contrarias a la misma naturaleza.
Y lo mismo que el calor del verano lleva a la madurez las semillas de la tierra y los frutos de los árboles, así el hombre, atraído por las delicias de la carne a causa del calor de la sangre, no desiste en llegar al límite para satisfacer cualquier vicio.

Los dientes, que desmenuzan y mascan las comidas con que el hombre se alimenta, están hechos a semejanza de un molino. Cómo el alma en su interior imita estas características.

XLIV. Los dientes, que desmenuzan y mascan todas las comidas, con cuyas energías se alimenta el hombre, están hechos a semejanza de un molino, que se pone en movimiento con el empuje de las aguas y produce calor con el movimiento circular de la piedra. En efecto, el hombre ablanda la comida con la que se alimenta partiéndola con los dientes, así también su alma cumple con ardiente pasión cuanto él elige hacer según su propia voluntad. El hombre recibe del alma el sentido y el gusto para llevar a término cualquiera actividad tanto buena como mala, y lo instiga apasionadamente mientras los pensamientos giran como si fueran un molino, lo mismo que como el fuego arde más cuando lo inflama el soplo de los fuelles.
Así el alma obra en los cuatro elementos de los que el hombre está hecho. El hombre necesita todos ellos para obrar con su capacidad racional, mientras da vueltas a los deseos del corazón, como el molino construido artificialmente gira veloz por la fuerza de las aguas. Y como el molino a menudo es conveniente y cuidadosamente reforzado por su artesano para que mantenga su velocidad de giro, así el alma, todo el tiempo que permanece en el hombre, es empujada al bien por la gracia de Dios. Otras veces, sin embargo, por sugestión del diablo, se introduce en ella el perverso placer y el consentimiento en el mal.

El mentón, la garganta y el cuello tienen varias funciones del cuerpo, indican las muchas acciones de las nubes en el mundo. También en el alma aparecen los múltiples efectos de las virtudes.

XLV. Con el mentón, que es casi tan curvado como un arco, el hombre puede levantar la cara; con la garganta, que recibe toda la energía del alimento y lo introduce en el vientre bien regulado; y con el cuello, que sustenta toda la cabeza con su fuerza, se indica la diversidad de las nubes. En efecto, algunas nubes, cargadas por el peso de las lluvias, se inclinan bastante hacia abajo, mientras con el tiempo sereno semejan sonreír como los elementos superiores. Otras nubes, rozando la tierra con la fuerza del aire, la hacen templada, de modo que produzca gran riqueza de frutos, útiles a todas las otras criaturas. Finalmente otras nubes aglutinan todo lo que gira en el firmamento, sustentándolo a manera de columna.
El hombre que confiadamente concibe esperanzas cuando tiende su alma hacia Dios, con los dos ojos de la razón, es decir con la ciencia del bien y del mal, conoce la patria celeste y las penas infernales, porque con su rostro, que gracias al mentón se levanta hacia arriba, observa todas las cosas visibles y considera sus cualidades gracias al intelecto. Como, en efecto, el hombre, en virtud del alma, tiene el discernimiento de cada cosa, dispone estas cosas para que todo sea hecho honestamente frente a Dios y a los hombres, del mismo modo que la garganta transmite al vientre en justa medida la comida que recibe para mantener sus fuerzas. Y así, la verdad y la fe pura confortan al hombre para que el alma pueda mirar dignamente a la sede del verdadero Salomón, que es Cristo.
En efecto, la fe disipa todos los pensamientos que tienen origen en el pecado. Y con los suspiros del alma dirige al verdadero soberano todos los pensamientos que proceden de

hombre en la sencillez de la verdad. La fe, además, como virtud fuerte y verdadera, sustenta todas las demás virtudes, igual que el cuello sustenta la cabeza. Y lo mismo que las nubes sustentan como una columna todo lo que gira en el firmamento, así, por la perseverancia en el bien mantiene en los hombres la práctica de las obras buenas y santas que edifican la Jerusalén celeste. Los incrédulos en cambio, indignos ante Dios, al apartarse de la fe, cumplen perversamente sus obras en la incredulidad, como la comida digerida es evacuada con hedor y son enviados merecidamente a las penas infernales.

A través del pelo, que adorna la cabeza con elegancia, se simbolizan externamente el rocío y las gotas de lluvia, con las que la tierra es fecundada y revestida elegantemente de hierbas y de frutos. También simbolizan interiormente el respeto a la inocencia, a la castidad y a la humildad, por lo cual el alma resplandece delante de Dios.

XLVI. El pelo, que cuelga de la cabeza, representa las gotas de lluvia que descienden una por una de las nubes y que, al regar toda la tierra la hacen verde y fecunda de frutos. Análogamente el alma, enviada por Dios al cuerpo mortal e imperfecto del niño, lo vivífica y le hace desarrollar sus fuerzas. Y así el alma se mantiene en la natural simplicidad, muy engalanada, como revestida del elegante vestido de la inocencia, porque se aleja de todos los vicios que son como tempestades y produce la fecundidad de las virtudes al igual que en la tierra, los frutos brotan de las semillas gracias a la dulzura de la lluvia. La inocencia, en efecto, es una reina revestida con vestido de oro, por lo cual se entiende la castidad, cuya virtud ella multiplica como la lluvia. El origen de la castidad es la humildad. Estas dos virtudes, unidas y juntas en el hombre, hacen repicar el cielo de alabanzas y llenan la tierra de ejemplos de virtud y santidad.

Por que razón sobre la cabeza de algunos hombres los pelos se mantienen con la misma fuerza y no se desarraigan, mientras debilitados por la calvicie se caen de la cabeza de otros. Esto simboliza, en lo exterior, el sentido de la fertilidad y la esterilidad de los frutos de la tierra, y las virtudes del alma en lo interior.

XLVII. El hecho de que algunos hombres no pierdan el pelo de la parte alta de la cabeza y que se mantengan fuertes hasta el punto de no poder arrancarlos depende de que la carne de estos hombres esté húmeda con los humores que nutren el pelo como la tierra bien regada produce gran número de hierbas. Con eso se muestra que el alma, gracias a sus energías, acrecienta las virtudes de las buenas obras en aquellos hombres que escuchan la palabra de Dios con mente devota y, gracias a la inspiración ardiente del Espíritu Santo, emiten frecuentemente la humedad de las lágrimas entre suspiros y el deseo de las cosas celestes.
Su santa intención fructifica con alegría, como la fertilidad de la buena tierra. Del mismo modo, cuando el cuerpo está conforme con el alma en las obras buenas, ya en esta vida exulta y es feliz en Cristo, consolidada por la dulzura de su caridad continúa en santa perseverancia, sin secarse y sin venir a menos por estar vagando entre los vicios espirituales o carnales.
En cuánto a aquellos a quienes se les cae el pelo hasta volverse calvos, esto ocurre porque su carne está seca por el calor. El calor llega hasta la punta del pelo, y lo hace

caer poco a poco, uno por uno, cuando no tienen humedad. Al igual que la tierra sin humedad se seca y aridece y se despoja del verdor de las hierbas, así los hombres que viven en la dureza del olvido de Dios, que no consienten hacer la voluntad de su alma ni por las admoniciones del Espíritu Santo, ni a causa de doctrina o consejo de los doctores de la fe, se parecen a una tierra árida que no produce fruto por aridez y falta de humedad. Todas sus obras se conforman a la voluntad de su deseo y no a la naturaleza del alma. Por lo cual, oprimidos por la cantidad y variedad de sus pecados, no tienen ninguna esperanza de santidad que los haga inclinarse a las cosas celestiales, y en las cosas terrenales ni siquiera desean ser útiles a los hombres con su ayuda. A estos hombres les falta el calor que viene del fuego del Espíritu Santo y carecen de aquel discernimiento que es la madre de las virtudes, y por eso lo que antes les gustaba ahora les desagrada, a causa de la inconstancia de sus costumbres. Están privados pues de la estabilidad de las santas virtudes, como la cabeza está privada de sus cabellos.

Qué indica con respecto a las muchas acciones del alma la posición del hombre que tiene el rostro vuelto a oriente, la espalda a occidente, a su derecha tiene el sur y a mano izquierda el norte.

XLVIII. El hombre, vuelto a oriente, mira a oriente como hace el occidente, y tiene los brazos separados. Tal como el sur y el norte están separados entre sí, él extiende su brazo derecho al sur y el izquierdo al norte. De este modo, también el alma, obrando en el hombre con sus fuerzas y con los cuatro elementos, en la ciencia del bien y el mal, mira hacia oriente con la ciencia del bien, y hacia occidente con la ciencia del mal. Por esto el hombre, inflamado en la ciencia del bien, abrasado por el fuego que es Dios, vuela con el viento del sur a la perfección de las obras más santas, mientras que si hace obras malas se le castiga en proporción a los pecados cometidos, en los lugares de pena del norte. El alma que da la sensibilidad al cuerpo, también le comunica al hombre por sus energías, el frío y el calor, por lo cual el alma siente el calor del sur y el frío del norte, como podemos constatar en la respiración que el hombre emite, que puede ser caliente o fría según su voluntad.
También en la criatura que discierne por la vista, el hombre puede obrar con el alma el bien o el mal según quiera la carne. Y cuando el alma obra bien por temor y amor de Dios, actúa en la parte derecha del hombre. Si la ciencia del bien supera a la del mal con la ayuda de la gracia de Dios, significa que la mano izquierda ha sido dominada por la derecha, que tiene más fuerza. Este alma, soplo procedente de Dios, que vive invisible en el cuerpo, en el momento en que lo empuja a cualquiera acción no se reconoce a través de la vista, sino en virtud de la razón, lo mismo que no se ve el viento, pero se siente por el ruido y el movimiento del aire. La ciencia humana no puede comprender ni entender estas realidades.

Así como el cuello está unido a los hombros y los brazos a las manos, así están unidos al firmamento los cuatro vientos principales junto con sus colaterales, Cómo se pueden asimilar a estos cuatro vientos las cuatro energías internas del hombre, es decir el pensamiento, la palabra, la intención y el llanto, y qué significa que la energía sea más grande en la parte derecha que en la izquierda.

XLIX. Al cuello se unen los omóplatos y los hombros junto con los brazos y las manos, como los cuatro vientos principales y sus colaterales están unidos al firmamento. Los codos de los brazos, el hombro con su omóplato y la mano con los dedos, todos proporcionan su ayuda como los vientos principales con sus alas, es decir con los vientos colaterales, sustentan el firmamento. Una mano se entrelaza con otra mano como el ala extendida de un viento se une a la de otro.
Todo esto significa que el alma, que es vida gracias a la vida que es Dios, y es soplo del Espíritu de Dios, su vida no tiene fin como el cuerpo, sino que vivífica y sustenta el cuerpo con sus energías, como los astros sustentan el firmamento junto a aquel punto que es la tierra, inmóvil e iluminada por la palabra de Dios, que la ha colocado en el centro del firmamento. Pues el alma que, mandada por Dios, desciende al cuerpo invisible y escondida, devuelve al hombre la capacidad de conocer Dios a través de la fe, de mirar el cielo y de cumplir las obras celestes. Y lo mismo que el rocío cayendo invisible sobre las plantas las vuelve fecundas, así Dios riega misericordiosamente con su oculta dulzura al hombre, que al poner en él su esperanza se levanta hacia el cielo con el cuerpo entero y pisa con los pies la tierra, es decir los deseos de la carne, para que dé buenos frutos, mientras condena las obras contrarias a los suplicios eternos del infierno.
Efectivamente, el hombre cumple todas sus obras, buenas o malas, con el empleo de los cuatro elementos, a la manera de los cuatro vientos, que se mueven como fuerzas vitales en las zonas superiores del aire, y sin embargo a veces proyectan sus soplos a las suciedades y en la inmundicia del lodo. Los cuatro vientos principales se asimilan a las cuatro energías que hay en el hombre, es decir el pensamiento, la palabra, la intención y el llanto. Y como cada uno de los vientos tiene el poder de mandar su soplo a derecha o izquierda, así el alma, llena de estas cuatro energías, por la ciencia natural puede volverse en la dirección que quiera, eligiendo unas veces el bien, y otras el mal.
El viento del Sur tiene dos vientos colaterales, como dos alas, uno que gira a oriente, está caliente y significa los buenos pensamientos que se encienden gracias al fuego del Espíritu Santo, por el ardor de la devota intención. El ala opuesta, en dirección de occidente, está fría y significa los pensamientos inútiles y perversos, que no se calientan en el fuego del Espíritu Santo, sino que quedan fríos, y también significa las obras malvadas. La respiración de fuego, es decir el alma racional, que realiza la acción de la carne y la sangre con las que el hombre se deleita, aunque su naturaleza sea la de aspirar a las cosas celestes, sin embargo también transmite sus fuerzas y su calor al cuerpo cuando se sumerge en la impureza y en el hedor de los pecados, como el sol también calienta con sus rayos la repugnante putrefacción de los gusanos más inmundos.
Por otra parte, el viento del norte es inútil a todas las criaturas, aunque también tenga dos alas, una vuelta a oriente, y otra a occidente. Las dos alas significan la ciencia del bien y del mal dentro del hombre, gracias a las cuales considera en su ánimo, como en un espejo, lo que es útil y lo que es inútil, como la tierra es sustentada por el firmamento superior e inferior.
El ala del viento oriental directo a mediodía significa el hombre que se eleva a Dios a través de las obras buenas, en el abrazo de la verdadera caridad. El ala que mira hacia el norte representa al hombre contaminado por los placeres de la carne. Y como estos dos vientos colaterales están unidos al viento de oriente casi como si fueran dos alas, así están atados al alma el bien y el mal. El bien, en la felicidad y en la alegría, gracias a las que el alma resplandece, como el sol en su virtud lo hace delante de Dios. Y el mal, por cuyo efecto las obras buenas y santas son oscurecidas por el negro de los pecados lo mismo que las nubes tenebrosas tapan la claridad del sol.

Gracias a la buena intención del alma, el hombre tiene gran miedo de los castigos cuya presencia reconoce en la región septentrional, aunque el cuerpo, acostumbrado a las delicias de los pecados, a menudo oprima al alma. Pero también esta intención del alma tiene dos alas, una es el temor de Dios, encendido en el hombre por las admoniciones del Espíritu Santo, en cambio la otra es la verdadera renuncia a los pecados, a la cual el hombre muy a menudo intenta llegar cuando el temor del Dios ha sido sobrepasado.
También el viento occidental tiene dos alas, una que se extiende a mediodía, y la otra al norte, lo que significa que el hombre percibe el bien, y por el bien tiene conocimiento del mal. El ala derecha enseña que el alma tiene el deseo de las buenas acciones por las que suspira. El ala izquierda significa la necedad del hombre, derivada de la deuda del pecado original, con la que cumple las acciones malvadas.

El alma, introducida en el cuerpo por el Espíritu de Dios, lo invade todo con sus fuerzas, como el soplo de los vientos se difunde en todo el mundo.

L. El alma se difunde por todo el cuerpo, como la fuerza total de los vientos atraviesa todo el firmamento. El alma, enviada al cuerpo por el espíritu de Dios, lo invade todo con sus fuerzas. Y como los soplos de los vientos se difunden en el firmamento, así el alma induce al hombre a querer a Dios con todo el ardor de su deseo y a practicar las más santas virtudes, que tienen sabor a miel, porque las palabras de Dios son más dulces que un panal de miel para su boca. Así el alma invade con gran amor el firmamento, es decir su cuerpo, con el incomparable adorno de las virtudes y con la magnificencia dulce de las obras buenas.

Lo mismo que el hombre se gobierna y sustenta con la ayuda de los brazos y las piernas, así los vientos colaboran el uno con el otro en sustentar el firmamento. Qué significan con respecto de los movimientos del alma el hecho de que los vientos sean, ora plácidos, ora turbulentos.

LI. El hombre se gobierna y sustenta con los brazos y las piernas, y está lleno de aire. Y en eso es como los cuatro vientos principales que junto a los vientos colaterales, tienen por función sostener todo el firmamento, cada uno de ellos colaborando con los otros en esta obra de sostén. Todo esto significa que el alma vuela en el cuerpo del hombre con cuatro alas, es decir la sensibilidad, el intelecto, la ciencia del bien y la ciencia del mal. Con la sensibilidad actúa según el gusto de la carne. Gracias al intelecto juzga si sus obras gustan a Dios o a los hombres. Utilizando las dos alas de la ciencia, el ala del bien y el del mal, el hombre lleva a cabo todas sus obras dentro del alma, y la diversidad de estas dos ciencias le ayuda a conocer la naturaleza de sus obras. Con el alma, el hombre reclama a Dios la salvación, y con la carne, Dios reclama a los hombres el honor.
Y así, a veces, el hombre con la ayuda de la ciencia del bien sube al cielo y a veces, a causa de la ciencia del mal, cae ruinosamente a tierra. Pero cuando el hombre, tocado en algún caso en su interioridad por la gracia del Espíritu Santo, se siente agobiado en el alma por el peso de sus pecados, entonces dirige a Dios sus suspiros y hace penitencia por sus malas acciones. Y lo mismo que los vientos recorren el firmamento

unas veces en forma de brisa serena, otras como una gran tempestad, así el hombre siempre está atareado en la comparación del bien con el mal.

En los codos de los brazos y en las articulaciones de los hombros y las manos se reconocen las conexiones reciprocas de los vientos. Lo mismo que la mano derecha y la izquierda, e igualmente el firmamento y la tierra, colaboran entre ellos en algunos aspectos, también el hombre cumple todas sus obras a través de la ciencia del bien y el mal, aunque sean opuestas.

LII. En el codo del brazo izquierdo se representa el viento principal del este. En la articulación y en el pliegue, dónde la mano se une al brazo, están representados los vientos colaterales. Y en el omóplato y en la mano se manifiestan igualmente los soplos de estos vientos colaterales. El codo del brazo derecho significa el viento principal del mediodía, mientras que el hombro y la articulación que une la mano y el brazo representa los soplos de los vientos colaterales de este viento, y en el omóplato y en la mano del mismo brazo pueden reconocerse igualmente los soplos de los mismos vientos colaterales.
Esto significa que el alma actúa a la manera de un viento en los elementos del hombre y hace mover y doblar cada uno de ellos con movimiento natural. Y el hombre también realiza sus obras con el alma cuando favorece el placer de la carne. Por esta razón el alma no puede sustraerse a la responsabilidad del pecado, porque el hombre a causa del calor del deseo se espesa a la derecha como el cuajo de la leche y obra por el alma el bien, y obra el mal a mano izquierda. Y como un viento se une al otro, así el alma se adhiere al cuerpo. En la ciencia del bien el hombre tiende a Dios, pero en la ciencia del mal, sometida a la ciencia del bien como una criada a la señora, se inclina hacia el mal.
Lo mismo que la criada ofende a menudo a la señora, también la ciencia del bien está a veces dominada por la del mal. Y lo mismo que las manos se juntan para actuar, como el firmamento y la tierra, a pesar de sus múltiples diferencias concuerdan por afinidad, así el hombre cumple su obra gracias a estas ciencias dispares que posee.

Sobre las tres partes a lo largo del cuerpo humano y el espesor de la esfera del mundo. Como la vida del hombre se acomoda a esta medida según las edades de la infancia, de la adolescencia y de la vejez.

LIII. De la cumbre de la cabeza del hombre hasta la base del cuello, de la base del cuello hasta el ombligo, del ombligo hasta el lugar de la evacuación hay la misma distancia, como igual es la distancia de la cumbre del firmamento hasta la parte inferior de las nubes, de la parte inferior de las nubes a la superficie de la tierra, y de la superficie de la tierra hasta su punto más bajo.
El alma, en efecto, desde el día del nacimiento hasta el último día de la vida del hombre, actúa según cuanto solicitan la infancia, la adolescencia y la vejez. En la infancia actúa con inocencia, en la adolescencia con el placer de la carne, cuyas consecuencias a menudo son pecados criminales, y en la vejez se cansa por fin de obrar y por esta razón tiende a poner rápidamente punto final a sus obras, sea de la naturaleza que sea.

Como, en efecto, el artífice supremo ha construido el firmamento y sus paredes con las mismas medidas, así el alma, que obra en el cuerpo, desde el principio al final de su acción tiene la misma posibilidad de actuar con la ciencia del bien y con la ciencia del mal, que actúan necesariamente una con la otra.

La parte superficial de la tierra es tierna, blanda y perforable, mientras que la interna es resistente, dura e impenetrable, Qué se descubre en el alma del hombre siguiendo esta indicación.

LIV. Una mitad de la tierra, es decir la parte superior, es tierna, blanda y perforable. La otra mitad, es decir la parte inferior, es resistente, dura e impenetrable, al punto de superar, en su dureza y resistencia, la dureza y resistencia del acero.
De modo parecido el alma racional tiene en su energía una fuerza fecundante con la que penetra la suavidad de la carne, la dureza de los huesos y el conjunto de las venas. Las operaciones del cuerpo se realizan por el empeño ardiente del alma, como las armas, que adquieren mayor poder por la dureza del acero y pueden cortar cualquier objeto o como los panes se achicharran al fuego del horno. Ella sostiene el cuerpo con amor, como la parte dura de la tierra sustenta la parte blanda, y en cada operación actúa inseparablemente con el cuerpo, como la mujer está unida al marido, del cual no se puede separar, porque los dos son una sola carne.

A propósito de las cualidades interiores del hombre, qué enseña la medida de los hombros, de los codos, de las manos y de los pies hasta la extremidad del dedo gordo, parecida a la proporción entre los vientos.

LV. Desde uno y otro hombro hasta el codo de uno y otro brazo, y del codo a la punta del dedo mediano de una y otra mano, hay la misma medida. En la mano además, desde la muñeca hasta el extremo del dedo mediano hay la misma distancia que hay entre el talón y la punta del dedo gordo, tal como cada viento principal cubre la misma distancia de los colaterales y sus soplos. El hombre, empujado por la razón, se complace a veces en las obras buenas y santas, aunque con vana intención, y mientras comienza a actuar, se le altera completamente su sangre concebida en el pecado a causa de la fatiga de la obra emprendida, y así deja imperfecta su obra porque se cansa de actuar. Entonces, el mismo bien que inició, no por mandato divino, sino por confianza en su propia virtud, ahora le escarnece orgullosamente. Y todo lo que se complació en ello antes de empezarlo, después le es motivo de vergüenza por haber dejado la obra a medias. Y por haber hecho una cosa de este género empieza a sufrir y a quejarse.
La distancia que separa los hombros de los codos del uno y el otro brazo designa las obras cumplidas por el hombre por orgullo, y la distancia desde los codos a la punta del dedo mediano de una y la otra mano enseña que el hombre tiene que borrar con la penitencia las obras que ha hecho por orgullo. Por esto el alma, mientras permanece en el cuerpo, no puede experimentar nunca la plenitud de la alegría, porque el cuerpo y el alma están en conflicto entre sí. Cuando ya no puede sustentar este conflicto, el hombre se encierra en sí mismo, afligido por una gran tristeza y gime con el corazón contrito. Se humilla frente a Dios, suspirando continuamente. Así, humillado por el temor de Dios, se aleja de las obras malvadas y contrarias a la naturaleza del alma, y realiza las

obras buenas que se representan en las mano, recorriendo las vías de Dios, que se representan en el pie. El movimiento de las manos y los pies significa que el alma tiene que alegrarse por las obras buenas, y cuando cesa su movimiento quiere decir que el alma misma, tiene que probar la tristeza y dolor en las obras malvadas.

A propósito de las pasiones del alma qué simboliza el hecho de que la medida de un muslo al otro, en la parte anterior, sea de igual longitud que la distancia que separa el ombligo del punto de evacuación, y que en eso sean proporcionales al espesor de la tierra y a su profundidad.

LVI. También, la medida transversal de un muslo al otro, en la parte anterior, es de longitud igual a la distancia que separa el ombligo del punto de evacuación, porque la extensión en ancho de la tierra tiene tanta longitud transversal como profundo es en sí mismo su espesor. El hombre pues, que peca a menudo, si alguna vez acuerda con su alma hacer el bien, se alegra, pero en esta alegría pasa miedo, porque teme no poder quizás llevar a término la obra iniciada. Con este temor, que retiene en sí gracias a las energías del alma, actúa bien todo el tiempo en que el alma atrae a si al hombre cansado del pecado. Así cada hombre que se dispone a vivir esta vida, unas veces concuerda con la voluntad del alma, y otras con el deleite de la carne. Así, los santos y los mártires escogidos de Dios, mientras todavía vivieron en este mundo, llevaron el estandarte de la Pasión de Cristo.
Si la carne peca, el alma sufre hambre como el que ayuna, pero si la carne ayuna, es decir se abstiene del pecado, el alma disfruta con las obras buenas como quien se alimenta con comida. La distancia del ombligo hasta el aparato de evacuación significa la presunción de la carne, a la que el hombre a veces consiente, a veces resiste, lo mismo que el trabajo de un servidor ahora gusta y ahora desagrada al señor. Lo mismo la tierra se sustenta por su espesor, y produce a lo largo y a lo ancho frutos útiles e inútiles. El espesor de la tierra, que se puede comparar con un criado, designa el deseo de la carne, mientras su largo y ancho significa la abstinencia, que es la señora en esta comparación.

El espacio que va de la base de la garganta hasta el ombligo simboliza el aire. El aire, que penetra en todos los lugares vacíos y practica de varios modos su acción moderadora sobre la tierra para que entregue sus frutos, es comparada al alma, que vivifica el cuerpo entero y lo mueve para que cumpla sus obras.

LVII. El espacio que está entre la base de la garganta y el ombligo representa al aire que desciende de las nubes hasta la tierra y endulza con su virtud natural a las criaturas terrenales. En realidad el alma, que es chispa viviente y soplo racional emanados por la potencia divina, penetra el entero cuerpo con su fuerza vital, lo circunda de su amor, moviéndolo a cumplir todas sus acciones, y lo empuja a obrar junto a ella, aunque el cuerpo ha sido engendrado en el gusto de los pecados. El alma, descendida de lo alto de los cielos sobre la tierra, al hombre al que da vida le hace comprender que ha sido creada por Dios. Es parecida al aire que se ve en la zona intermedia entre cielo y tierra, porque por intermedio del alma, el hombre puede hacer el bien en las realidades superiores y el mal en las realidades inferiores.

El aire, en efecto, atraviesa todos los espacios de la tierra ejerciendo una acción moderadora: dónde la tierra es árida, la humedece, dónde es grasa, la contrae y consolida con el calor, dónde está húmeda, la seca, dónde es dura, la ablanda. Actúa así hasta la mitad de la profundidad terrenal, volteándola como con un arado para que reciba el calor y el frío, y la hace fecunda manteniendo el justo equilibrio. De manera análoga, cuando el alma advierte que su cuerpo es árido y falto de la fecundidad de las virtudes, se entrega a la aflicción y al luto, y empuja el cuerpo a los suspiros y a las lágrimas gracias a la ciencia de la razón y al espíritu de compunción, porque reconoce que sus obras son depravadas, y así hace reverdecer su cuerpo árido con la humedad de la gracia divina.
Pero si el hombre, suponiéndose colmado de fuerzas, intenta realizar obras más grandes de las que puede realizar, el alma, mide sus posibilidades, lo reconduce hacia atrás y dispone más ordenadamente sus acciones Y si este hombre vive en el olvido de Dios sintiéndose completamente seguro, el alma después de aterrarlo con el temor de Dios le hace salir de este olvido. Cuando en cambio, el hombre que va en busca de un dios extraño se endurece en la infidelidad, el alma le atormenta con inacabables tribulaciones angustiándole con que no podrá tener esperanza de salvación ni felicidad alguna. Con esta tristeza, el alma le reprocha y le reconduce por un mejor rumbo, y le hace suspirar por el verdadero Dios.
Así pues, gracias al alma, que es chispa viviente y vida que viene de Dios, el cuerpo es reconducido a la esperanza del perdón, a discernir el valor de cualquier acción y a deshacer las consecuencias. Y después de haber abandonado el error de la doblez, se le lleva de nuevo a la línea recta de las obras buenas, como agua que fluye en su lecho siguiendo ordenadamente su curso, y sucesivamente adquiere fuerza con el buen vivir y el temor de Dios. Un calor dulce acompañado de ligero frescor transmite humedad a la tierra y la hace fecunda en los árboles, en las hierbas, en los cereales, de modo que todas estas criaturas reverdecen a causa de la humedad. Análogamente el alma, en el calor dulce de la fe y en la invencible fuerza de la paciencia, conforta al hombre para que tolere todas las injurias, y lo convence para rehuir las obras que realizó anteriormente, cuando no vivía correctamente, y en las que no está permitido permanecer. Así hace también florecer el hombre, fecundo en obras buenas y santas virtudes.
El mismo aire deja caer a veces también sobre la tierra el frío en forma de nieve. La nieve reviste todo, y gracias a eso la tierra se calienta para poder brotar. De este modo se da frío a la superficie, para preparar el interior a cumplir su función de fecundidad y producir semillas. Y por fin transmite de nuevo la fuerza vital a los frutos de todas las plantas que ha hecho brotar. El alma regula en el hombre el placer de sus acciones, con lo que lo obliga a girar como un molino, porque ella es el aire que hace fluir la sangre, gracias a la cual el hombre está provisto de sentido e intelecto. El alma también hace rezumar sudor a la carne, por cuyo calor el hombre posee el sentido, y por cuyo humor frío y húmedo posee el intelecto. Por eso todos los frutos de sus obras están fundados sobre la sensibilidad y el intelecto.

Las aves necesitan del aire para volar y algunos peces pueden sobrevivir en el agua por algún tiempo sin alimentarse. Del mismo modo el hombre, siguiendo los deseos, no de la carne sino del alma, tiene que volar en la contemplación y alimentarse de la dulzura de las escrituras.

LVIII. Ciertos pájaros de gran fuerza, alcanzan durante su vuelo este aire, para encontrar allí fuerza. Y cuando a veces este aire baja al agua de los ríos, proporciona a algunos grandes peces un sostén tan fuerte, que pueden sobrevivir sin alimentarse por algún tiempo.
Análogamente el alma, cuando consigue el consentimiento del cuerpo, vuela hacia las alturas del cielo como un pájaro en el aire, y como el pájaro no puede volar sin aire, así tampoco el cuerpo se mueve por él mismo, sino por impulso del alma. Y cuando a veces el hombre consiente en los deseos del alma, entonces se quema todo en el amor de Dios. Y así, volando día a día en la alegría de la felicidad eterna, se deleita en la fe contemplativa y en la sabiduría de las santas escrituras, de cuya dulzura se alimenta y se sustenta como de manera invisible, así como este pez que, confortado por el aire y por el flujo de las aguas, puede vivir por algún tiempo sin alimento.

El mar y los ríos se mueven gracias al aire, el cuerpo por las venas llenas de sangre y el alma por las virtudes. Con ellas, el hombre da frutos de buenas obras como la tierra da frutos regada por riachuelos.

LIX. Junto con el aire húmedo, este aire mueve el mar, y de él los ríos fluyen para regar la tierra y fortificarla. Esto se representa en la retícula de las venas, que mantiene a todo el hombre con la aportación de la sangre. También el alma, que es de naturaleza aérea y por la cual todas las obras del hombre son llevadas a perfección, propone al hombre sus obras, lo mismo que el aire madura todos los frutos de la tierra con la gracia del Espíritu Santo, para que mediante los pensamientos que lo inundan como el mar, él distinga lo útil y lo inútil. Pero el hombre a menudo naufraga, cuando en sus pensamientos, incluso aunque sean buenos, no se lleva bien con el alma y se deja sumergir en la gran confusión que le causan sus pecados. Así navega en profundo sufrimiento con el barco de sus pensamientos, si, por inspiración del Espíritu Santo, no los basa en la piedra que es Cristo. Cuando la mente del hombre, ensanchada por las diversas virtudes, se eleva alabando a Dios, edifica sobre la roca un fundamento estable que no puede ser sacudido por los vientos, es decir por las muchas tentaciones del diablo. Porque como las venas y los nervios consolidan el cuerpo humano para que no se disuelva, así la virtud de la humildad también entrelaza y consolida las obras buenas para que no sean disipadas por la arrogancia.
Los ríos engendran riachuelos y al mismo tiempo proporcionan verdor a la tierra. Todos estos elementos, los mueve el aire de qué hemos hablado antes, porque con su calor y su humedad hace germinar todas las semillas. Así, cuando el alma supera el deleite de la carne, construye dentro el hombre el fundamento de sus deseos. Unida al cuerpo, realiza todas las obras humanas bien avenida con él. Entonces el alma disfruta de las obras santas y emprende el vuelo entre la dulce perfume de las virtudes. Y cuanto más grandes son los ríos, más riachuelos nacen, riachuelos que hacen germinar la tierra. El alma, así, se adueña del cuerpo, le suscita la caridad, la obediencia, la humildad y el resto de las virtudes más sólidas. Con todas ellas consigue arraigar en el hombre la alabanza de Dios cuando él pone en práctica las buenas obras.

Como la tierra siempre es cenagosa por el calor del verano y por el frío del invierno, y este barro la impregna y hace brotar cosas de todo género, así el hombre, en el cual el

alma y la carne se encuentran entre ellos en conflicto, entrega frutos de virtudes y también de vicios.

LX. Por el calor del verano y por el frío del invierno la tierra siempre es cenagosa, y este barro la impregna para hacerla germinar. De este modo también el cuerpo tiene que ser sometido al alma, como la sierva a la señora, aunque a menudo ella es arrollada por el cuerpo como la señora por la sierva. El alma realiza en el hombre todas las buenas obras, como el tiempo de verano lleva cada fruto a la madurez. Pero cuando el cuerpo envuelto en la putrefacción de los pecados se opone al alma, el hombre dice para si: "Yo no quiero vivir en esta dureza, obligado a rechazar siempre a mi carne aquello que desea, debo satisfacerme con lo que puedo hacer". Sin embargo, a pesar de que haya hundido en el barro de los pecados, se acuerda a veces de las virtudes que ejerció primero, y haciendo penitencia de sus inmundos pecados vuelve con alegría a las obras justas y a las santas virtudes que practicó anteriormente. Y lo mismo que la tierra cenagosa conserva en su interior todos los frutos en el tiempo invernal devolviéndolos en verano para alegría de los hombres, así el hombre se adorna de piedras preciosas como las virtudes de antaño, y las restituye más elegantes todavía.

Como el pecho del hombre contiene el corazón, el hígado y los pulmones, así el aire contiene en sí el calor, la aridez y la humedad de los vientos, y de este modo también la memoria contiene los pensamientos del alma y dispone sus obras.

LXI. El pecho del hombre evoca la plenitud y la perfección del aire. Como el pecho contiene en sí el corazón y el hígado y el pulmón y todos los órganos del vientre, así el aire retiene el calor, la aridez y la humedad de los vientos. De este modo el alma en el pecho del hombre juzga los pensamientos, examinando la utilidad o la inutilidad de una cosa como si la pusiera por escrito, y dispone de qué modo el hombre racional tiene que actuar en cada circunstancia.

El alma, además, recoge y somete a juicio en si misma todas las acciones del hombre, ya sean las débiles que gustan a la carne, o las duras que son contrarias a la carne. Pero, como es de natura ígnea, con su calor seca las seducciones de la carne, y después de haberlas secado suscita en el hombre el gemido del remordimiento con la humedad de las lágrimas, gracias a las que adorna sus obras obrando en todo en el bien. El alma odia el placer de la carne y, ya que tiene natura aérea, empuja al hombre a conocer la realidad de las mismas obras, y enseña a la carne las malas obras y las heridas que han causado las tempestades de la sugestión diabólica, tal como el corazón, con todos los órganos anexos, sustenta al hombre que humedece todas las cosas con las lágrimas con su deseo.

Cómo el corazón vive con la aportación del hígado, del pulmón y de todos los órganos anexos, y como el tiempo del día y la noche y el aire tranquilo y borrascoso cambian según muchas circustancias, así la vida del hombre, en el curso de los combates entre el alma y el cuerpo, a veces es sacudida en el remolino de los vicios, mientras que otras veces se alegra en la pureza de las virtudes.

LXII El corazón, pues, representa el calor, el hígado la aridez, y el pulmón la humedad en el cuerpo del hombre, porque como el calor del corazón y la aridez del hígado y la humedad del pulmón hacen vivir al hombre, así también el calor, la aridez y la humedad del aire y los vientos confortan a las criaturas que están en el mundo.
Por la misma razón, como el corazón con todos los órganos vitales a él unidos transmiten al hombre calor y fuerza, el alma cumple las acciones del hombre, junto a las virtudes dadas por Dios, a las cuales atribuye el santo deseo que lo empuja a las obras buenas. Pero cuando se percata que el objeto del deseo es una acción malvada, no soporta lo que ha hecho, y empuja al hombre una vez más a las lágrimas a causa del arrepentimiento. Éste hombre entonces llora lágrimas de alegría, por la satisfacción de haber hecho buenas obras.
Además, el alma gobierna, según el deseo de la carne, todas las obras del hombre, tanto las buenas como las malas, cualquiera que sea la razón que las motive. Y como el aire anteriormente mencionado sopla sobre toda criatura qué ora brota y florece, ora se seca y muere, así el alma transforma las obras de la carne, ora con la alegría, ora con las lágrimas. Y como el sol y la luna no llevan nunca a cabo su recorrido sin encontrarse con nubes, así el hombre no es capaz de conducir a término ninguna obra que haya emprendido conservando la pureza inicial, sin que alguna tempestad lo perturbe. A semejanza del día y de la noche, que resplandecen a veces con su propia luz, y a veces se oscurecen por el paso de las nubes, el hombre afronta el combate del alma y el cuerpo. A causa del deseo de la carne deja de hacer el bien, pero a causa del deseo del alma progresa en el bien con alegría, porque en todas sus obras florece al calor del alma, tal como el mencionado aire vuela y en ella todas las criaturas.

Cómo el vientre encierra y retiene en si las entrañas y las comidas desmenuzadas por el molino de los dientes para provecho del cuerpo entero, así el alma tiene que mantener en el receptáculo de la memoria los pensamientos capaces de perfeccionarla y debe meditarlos con diligente discernimiento.

LXIII. Del mismo modo que por la garganta introducimos en el vientre la comida previamente desmenuzada por el molino de los dientes, así el corazón del hombre con el pensamiento y el conocimiento regula todo lo que le concierne. Y como el vientre contiene y encierra las entrañas, así el aire del que hablamos transmite a los frutos sus energías activas, conservando para la salud humana todo lo que hay en este mundo.
Del mismo modo el alma medita sobre todas las acciones acabadas y las confía a la memoria, de modo que no dejar pasar ninguna sin examen. Lo mismo que la comida se introduce en el vientre por la garganta previamente triturada por los dientes, así el alma con su respiración distingue las acciones del hombre y las registra con su escritura. Y recoge esta escritura a través de los pensamientos, para que hombre reconozca la cualidad de sus acciones y las someta a su propio juicio. El hombre las verá como formas de las cosas en sus mismos pensamientos, donde continuamente las acciones encuentran forma.
El hombre no puede olvidarse de sus obras, porque se mantienen en sus pensamientos lo mismo que las entrañas están encerradas en el vientre. El hombre, pues, se fortalece en todas sus obras en virtud del alma, porque ella es de naturaleza aérea. También los pensamientos, junto a la ciencia, están en el pecho del hombre al servicio de todas sus acciones, porque las preparan y las previenen, como la izquierda está al servicio de la

derecha, y el invierno está al servicio del verano porque conserva todo lo que el verano produce.
Y también el alma está al servicio de los pensamientos, y los pensamientos son como las tablillas donde escribe el alma. Con los pensamientos perfila lo escrito sobre todas las obras del hombre y, casi escribiendo, se prepara a lo que el cuerpo la obliga a hacer. Cuando el hombre actúa mal siguiendo el deseo de la carne, a veces, sin embargo, se derrite en llanto, inducido al arrepentimiento por la virtud del alma, porque el alma deplora las obras malvadas de la carne, a pesar de que a menudo se someta al servicio de la carne al consentir a ellas. También estas malas acciones, cometidas por el placer de la carne, el alma las vuelve a llamar a la memoria del hombre con lacrimosos suspiros, como si las escribiera. Y como el invierno conserva los frutos del verano, así al hombre que está en el pecado, el alma le ofrece con celo aquel suspiro que tiene en si, a través del cual puede salvarse.

Las hinchazones de la carne que se levantan en el pecho y se llaman mamas simbolizan externamente la fecundidad del aire e interiormente los deseos encerrados en el corazón del hombre. Y como la mujer en comparación del hombre es tierna y débil, así también el placer de la carne en comparación con las fuerzas del alma no tiene ninguna fuerza.

LXIV. En el pecho, en cambio, donde se reúnen todos los deseos del hombre, ciertas hinchazones de la carne dan origen a las mamas, que significan la fecundidad del aire de que se ha dicho anteriormente. Ya que como las mamas enseñan la fuerza y la plenitud del hombre, así también designan la fecundidad del aire que hace fértil la tierra. La ciencia es al alma lo que la mente es al corazón, con ella el alma reconoce qué obras de los hombres la llevan hacia abajo y cuáles la hacen volar para arriba como el aire, por eso, gracias al alma se realizan todas las obras humanas. Y como el cuerpo humano se viste de prendas de diferente género, así el alma viste como vestidos las obras de la carne, sean cuales sean estas obras. Ellas siempre están presentes al alma pero visibles sólo a ella y a los espíritus, porque el hombre siega lo que ha sembrado, y al final presentará el ramillete de sus obras. El deseo del hombre se adhiere a su corazón como las mamas al pecho, y en ellas reside toda la energía del pecho. Por esta razón, a causa del deseo, el alma es obligada a colaborar con la carne en el cumplimiento de cada acción, porque es de naturaleza aérea, húmeda y caliente, como la fertilidad de toda la tierra se produce abundantemente a causa del aire.
Con esta parte, en el pecho, el hombre manifiesta su potencia, y con esta misma parte la mujer amamanta a los niños que todavía no pueden alimentarse de comida sólida. Así las energías del alma son fuertes, porque por su medio el hombre conoce y percibe a Dios, aunque también está al servicio de los deseos de la carne. Por este motivo el alma ablanda al cuerpo con suspiros de dolor cuando, contra su voluntad, descuida el servir a Dios como el siervo que, indignado, se aleja de su señor. El placer de la carne no tiene en si las energías del alma, a la cual desagradan los pecados, sino que va empujado por el ardor de la sangre. Por consiguiente el cuerpo se aflige por las energías del alma, pesaroso de no poder realizar con alegría, sin suspiros de dolor, sus pecados graves. El placer mismo, comparado a las energías del alma, no tiene ninguna fuerza para obrar el bien. Solo nutre del placer de la carne como el niño se nutre con la leche de la madre. El placer de la carne es débil en todo, como lo es la mujer en comparación a la fuerza viril. Pero el deseo del alma es tan afilado como una flecha, que vuela e hiere al hombre

que es golpeado por ella. Por esta razón el placer de la carne a menudo se somete, quiera o no quiera a las energías del alma. Así, el deseo del alma despotrica contra el hombre que vive sin preocupaciones entre los placeres de la carne diciéndole: “Ten cuidado, que tu actuar es como barro maloliente y te producirá confusión, porque todo lo que emana un suave perfume se ha alejado de ti”.

La mujer depende del hombre para vivir debido a su debilidad. Está sometida al hombre y ha de estar siempre preparada para servirlo. Qué significa para la vida interior su vida en común.

LXV. La mujer es débil y se dirige al hombre para que cuide de ella, como la luna recibe del sol su fuerza. Por esto, la mujer está sometida al marido y ha de estar siempre preparada para servirlo. Pero es ella quien viste al hombre con la obra de su ciencia, porque fue creada de la carne y de la sangre, en cambio el hombre fue barro antes de ser formado, y por eso él, en su desnudez, se dirige a la mujer para que lo vista.
Todo esto significa que el placer de la carne mira hacia el deseo del alma con gran temblor, porque el alma a menudo le reprende y somete, sin, sin embargo, poderse separar de las energías del alma porque, así como la mujer se dirige al hombre para que cuide de ella, sirviéndole con temor, así el placer de la carne siempre mira en dirección del alma. Pero cuando el hombre, a causa del placer, desfallece completamente, gracias al deseo del alma que lo exhorta recobra de nuevo sus fuerzas, y medita por qué no desiste del vicio, puesto que ha sido creado por Dios en tan gran honor. De este modo el alma a menudo reconduce su cuerpo al amor de las obras buenas. Esta facultad de actuar diversamente es siempre interior al hombre, tanto si los ángeles se alegran junto a Dios por las buenas acciones humanas como si se levantan en cualidad de jueces de las malas obras en el juicio de Dios.
El alma es respiración que proviene del espíritu de Dios. Y enviada al cuerpo del hombre no puede hacer nada sola, pero cualquier cosa que el alma reclame, la enciende, con la ciencia del bien como si fuera fuego por su naturaleza, para lo cual tiene el conocimiento de Dios, y con la ciencia del mal, para lo cual tiene de él el temor, siempre alegrándose por las obras buenas y castigando al cuerpo por las malas.
Gracias a las energías del alma, el hombre vuelve a la vida de tal manera que, comprendiendo que las acciones cometidas según el deseo de la carne desvisten al alma de sus energías, le empujan por fin a las lágrimas, con las que el alma se reviste como si fueran una camisa.

Quien se haya limpiado de pecados por la penitencia, no se ha de avergonzar más, y quién se mortifica con ayunos y oraciones adorna su alma, como si vistiera un vestido de púrpura.

LXVI. Por todo esto, no se avergonzará más que sus pecados quien se haya limpiado de ellos gracias a las lágrimas de la verdadera penitencia como Maria Magdalena, que lloró a los pies del Señor. Y si, después de las lágrimas, mortifica la misma carne con ayunos y oraciones, adorna el alma como si vistiera un vestido de púrpura, gracias al que se esconden las cicatrices de sus heridas, que no se verán más. El alma le solicita continuamente al hombre el arrepentimiento, porque él tiene el gusto por los pecados y

le pide ser revestida con el vestido de la penitencia, como la mujer viste al hombre con la sutil ciencia de su conducta. Por su parte, el hombre que se aleja de los pecados, que cometió para satisfacer el placer de la carne, y se dedica a hacer el bien con todo su empeño, adorna su alma de coronas de oro y toda clase de adornos. Entonces los ángeles exultan de alegría por el alma que fue una oveja extraviada, y ella se alegra con ellos.
Los vicios y las virtudes en realidad son fértiles como la mujer, porque el vicio produce los vicios y la virtud produce las virtudes. El hombre, que según la orden de Dios es fuerte y vigoroso, lleva a término todas sus obras, buenas y malas, junto a la mujer, que fue la primera que dio ocasión al mal pero gracias a la que, mas tarde, los mismos males han sido reparados.

Así como el aire hace madurar los frutos de la tierra con el calor y con la humedad, del mismo modo el corazón, el hígado y los pulmones calientan el vientre para elaborar y digerir las comidas. Dios consume con el fuego de su venganza las perversas costumbres de los pecadores.

LXVII. El corazón calienta el vientre, el hígado lo fortalece y el pulmón lo humedece, de modo que mantiene los alimentos recibidos hasta la evacuación. Como el aire, de quien anteriormente ya se ha expuesto que confiere el verdor, el calor y la humedad a todos los frutos, desde que brotan hasta que están maduros.
Asimismo el alma, que es racional y de naturaleza ígnea, envía la razón con el viento, tal como el fuego ardiente sin viento no produce su llama. En el círculo de la ciencia del bien y el mal, que todo lo encierra, el alma distingue, gracias a la razón, qué es lo que le gusta a Dios. También comprende que Dios, en su celo, quema completamente la mala costumbre de pecar, tal y como está escrito:

Palabras de David sobre esta cuestión, y en que sentido deben ser entendidas.

LXVIII. “Subió el humo en su cólera y de su boca un fuego devorador. De él salían carbones ardientes”. (Sal 18,9). Esto se interpreta así: El hombre que al pecar se olvida de Dios provoca que caiga sobre él la cólera de la venganza de Dios, y sus pecados son juzgados delante de Dios con el juicio del fuego, porque, lo mismo que el fuego vuelve a encender el carbón apagado, así el fuego proporciona el castigo para quemar los pecados. El hombre mismo, gracias a la ciencia del bien y el mal, reconoce que deber ser castigado por sus malas acciones, y sabe que las obras buenas vuelan hacia arriba, encima de los querubines, en alabanza a Dios. Esta ciencia calienta la esperanza confiada que el hombre le tiene en Dios, y lo refuerza en el temor y en el amor de Dios.
Gracias a estas virtudes aparece la humedad de las lágrimas y se mantienen igualmente todos los bienes que tienen que ser llevados a la perfección en el hombre, de modo parecido al vientre que conserva la comida que ha recibido hasta que la evacua, gracias a la acción del corazón, del hígado y del pulmón. Todas las obras, sean buenas o malas, se le dan a conocer al hombre a través de la racionalidad del alma que es racional y aérea, acompañada de la fecundidad de la ciencia, del calor de los sentidos y de la humedad de la sabiduría. De forma semejante, el aire produce la fuerza vital, el calor y la humedad de todas las semillas de los frutos hasta que se produce su maduración.

La suavidad del vientre protegido por las costillas y por los huesos significa la suavidad de la tierra fecunda sembrada de piedras. Qué se quiere decir con esto respecto a las muchas cualidades de la vida humana, tomando como demostración un versículo del Salmo XVI que concuerda con lo expuesto.

LXIX. El vientre, sustentado por las costillas y por los otros huesos sin médula, representa la tierra blanda y fecunda salpicada de piedras. Este ejemplo muestra que el alma no tiene en su naturaleza el gusto del pecado, aunque cometa los pecados junto al cuerpo, en quien enciende el impulso de las acciones que el placer de la carne solicita, lo mismo que el viento incita a la tierra entera a la germinación. El alma controla el cuerpo en todas sus acciones, como la tierra blanda y fecunda es consolidada por las piedras que la salpican. Y tal como el niño de tierna edad puede hablar de los pecados que todavía no ha probado, y como Adán, antes de desobedecer, conoció el pecado pero no su sabor, así el alma, en el cuerpo que comete pecado, por su naturaleza no prueba el pecado para saborearle. El alma, que actúa en la santidad y en el bien, será gloriosa en la presencia de Dios en el reino celeste por los méritos de sus obras. Pero al alma que perpetra malas acciones solo la esperan graves castigos, consecuencia del juicio divino. Y así, el hombre beato es alabado en la presencia de Dios y los hombres por sus buenas acciones, y su alma es feliz, mientras que el hombre que se enfanga en las viscosas seducciones de los pecados va hacia una gran confusión en la presencia de Dios y los hombres.
Ese hombre huye de los otros hombres sudando de vergüenza por sus pecados, cuando se reconoce culpable, y se queja porque está destinado a la muerte y está desnudo del honor de la felicidad, dice: “Me cogieron como el león ávido de presa, o como un cachorro de león agazapado en su guarida”. (Sal 17, 12). Esto se interpreta así: cuando el hombre ha cometido pecado, está desnudo de toda beatitud, puesto que él mismo, por su misma voluntad, se ha despojado de toda forma de santidad, como el león arrebata la presa que quiere devorar. Y experimentando vergüenza por la confusión y miseria de sus pecados se esconde de los hombres, como el cachorro de león en su escondite, para que no se conozcan sus acciones. Así pues, cada acción del hombre consigue el premio en la gloria o el castigo en el juicio de Dios. Pero el alma, que se alegra en la santidad, se dirige a Dios con estas palabras: “Oh Dios altísimo, todas mis ofrendas son en alabanza tuya, porque yo solo, sin ti, no soy capaz de nada, sólo acreciento lo que enciendes dentro de mi a través de la gracia del Espíritu Santo."

Al igual que las flores caen cuando los frutos maduran y el hambre desaparece cuando se llega a la saciedad, del mismo modo el alma, cuando ha hecho penitencia de los pecados en los que languideció, como si tuviera hambre, se sacia por la justicia de Dios en el cumplimiento de las obras buenas.

LXX. El hambre, que exige la comida, corresponde a las flores que preceden al fruto. Cuando el vientre se ha llenado de frutos el hambre desaparece, como las flores caen cuando los frutos maduran.
Análogamente el alma, que es respiración de Dios y es como la habitación del tesoro de la justicia, en su continua búsqueda de la verdad ayudada por la ciencia del bien y el

mal, comprende en lo íntimo de su naturaleza que Dios tiene que ser querido por encima de todas las cosas, porque proviene de él como una chispa sale del fuego. El alma hace brillar como chispas las obras del hombre, porque por ella el hombre está iluminado como por una chispa interna.
El alma le hace suspirar por las obras malvadas que cumple junto a ella en contra de la orden de Dios, y le aflige largo tiempo con el hambre de la justicia de Dios que élla lleva en sí, hasta que el hombre, reconociendo sus pecados, vierta por ellos lágrimas de penitencia. Si el hombre reprime sus pecados con la penitencia, el alma se siente saciada de justicia divina, y si después recoge alrededor de si las flores de las virtudes junto a las obras buenas, saciándose de ellas enseguida, deja de tener hambre, mientras que antes pasaba hambre en el dolor de las acciones malvadas. Entonces el hambre disminuye gracias a los frutos de las obras buenas, como cuando caen las flores.

De qué manera se corresponden recíprocamente el estómago, el mundo y el alma. Se explica que Dios no quiere que al hombre le falten nunca las reglas de la ley. Que significan en él la vitalidad del verano, la aridez del invierno y el vasto espacio del mundo.

LXXI. El estómago, cuya sede está en el vientre donde las comidas se introducen y de donde se eliminan, se parece a un saco atado a las vísceras. Ello designa esta capacidad que tiene el mundo de llenarse con las criaturas que germinan y crecen. Cuando esta potencia se debilita, el estómago queda vacío. Significa que el hombre, que crece y disminuye como la luna, actúa en virtud del alma que está llena de todas las criaturas. Como la sangre está en las venas, así todas las obras del hombre están en el alma. Cuando el alma está saturada de buenas acciones, como ella desea, sube a la eterna morada donde se nutre del alimento de vida, pero cuando es devastada por las acciones malvadas desciende hacia el hedor y la putrefacción de las penas infernales donde perecerá. Dios, que ha dado su mandamiento a Adán, quiere que el hombre se someta a esta regla. Cuando el alma la observa recoge con alegría las obras de salvación, mientras es empujada en llanto hacia el destierro de la perdición cuando el hombre consiente en los deseos de la carne, al no observar el mandamiento divino.
Y como el estómago, que recibe y evacua la comida, está unido a las entrañas, así el alma actúa en el hombre junto a todas las criaturas, sea en subir hacia el bien, sea en descender hacia el mal. Y como las criaturas en verano florecen y reverdecen, y en invierno se secan y marchitan, así el alma florece y reverdece en la alegría de las obras buenas, mientras se seca y se marchitan en el dolor de las obras malvadas. Al estómago no le hace bien estar vacío, lo mismo que al mundo no le serviría su capacidad si estuviera vacío de las diversas criaturas. Su capacidad es la que dispensa las energías fecundas de la tierra, y nunca deja la tierra en estado de soledad y vacía de aquello que es necesario a su función de producir frutos. Si el mundo estuviera encerrado dentro de límites estrechos, carente de la posibilidad de dilatarse, no podría contener la plenitud de las criaturas que hay en el.
No sería bueno tampoco para el hombre tener una única ciencia, porque entonces estaría como vacío, sin poder empezar ni acabar ninguna obra, ni discernir la luz del día o las tinieblas de la noche. Sólo con las dos ciencias tiene el hombre su plenitud. Gracias a la ciencia buena, quiere a Dios por sus buenas acciones, y por la mala, aprende el temor del Dios, dándose cuenta de sus malas acciones.

El alma ocupa el cuerpo con la solicitud de un padre de familia en su casa, siempre atento para no ser despojado de sus bienes, ya que ella siempre tiene la preocupación de que el hombre, caído en el pecado, pierda la santidad de los deseos que ella produce. Cuando en cambio, cansado de sus pecados, el hombre se pone de acuerdo con el alma, élla llena de alegría le presenta con amargura todas sus culpas, y transmitiéndole el deseo del cielo, más dulce que un panal de miel, en muchos casos le devuelve a la santidad para conducirlo al reino de los cielos. Tal como el hombre moriría si su estómago siempre estuviera vacío, así el alma no podría existir sin estas dos ciencias, y lo mismo que el mundo se secaría si fuera privado de frutos buenos y malos, así también el alma estaría árida y vacía sin las obras que el hombre realiza gracias a las dos ciencias.
En realidad el alma dispensa al hombre todo lo que le corresponde, dirigiéndolo con el discernimiento sobre el camino derecho. Así, gracias a la bondad de Dios, de quien lleva su divina naturaleza, y también gracias a las obras santas que realiza junto al hombre, el alma confía en que tendrá su morada en la tierra de los vivos. Por la ciencia del bien, que permite el conocimiento del mal, reconoce la injusticia, y a pesar de que se vea obligada por el cuerpo a cometer a menudo el mal, si no tuviera esta ciencia del bien y del mal, sería como un fuelle sin herrero. Y como el mundo estaría privado de toda la plenitud de los frutos si no brotara gracias a su energía vital, así el alma estaría privada del honor y de la felicidad de las obras buenas, si no floreciera en la razón que le comunica la ciencia del bien y del mal.

A semejanza del aire que ayuda a la tierra a dar frutos, también el alma a través de sus energías mueve al cuerpo a cumplir cada una de sus obras. Si estas obras son siempre rectas, verá perfectamente a Dios, a los ángeles y a las almas santas, pero si en cambio han sido malas, carecerá de esta visión por su impureza.

LXXII. La mencionada capacidad del mundo contiene en sí el aire, que transmite a la tierra su fuerza vital con sus energías, y la hace fecunda, y cuando los frutos de la tierra están maduros los seca con el frío de los vientos. Aunque este aire reseque exteriormente la tierra con este frío, sin embargo en su interior la engorda, para que pueda brotar en verano. Pues el Creador de todas las cosas, que hizo de la tierra su lugar de trabajo, ha creado el alma, gracias a la cual el hombre realiza todas sus obras, haciéndola parecida a si, y que al igual que la santa divinidad es invisible al hombre. El hombre es la obra de Dios y ejecutará sus obras hasta al final de los tiempos. Pero después del día del juicio, cuando el hombre se haya transformado completamente en espíritu, entonces tendrá una visión perfecta de la santa divinidad, de todos los espíritus y de todas las almas.
Este alma es una energía fecunda, que comunica a todo el hombre su movimiento y la vida misma. Y como el hombre se cubre con un vestido entretejido de hilos, así el alma, se reviste de todas las obras acabadas junto con el hombre, como de un vestido. Y estas obras, sean buenas o malas la sirven de cobertura, de la misma forma que la sirve de cobertura el cuerpo en el que habita. Cuando se haya separado del cuerpo, las obras buenas resplandecerán sobre ella como un vestido todo decorado con el fulgor del oro más puro, mientras las obras malas mandarán mal olor como un vestido manchado de inmundicia. El alma, además, actúa junto con el hombre a semejanza del aire, que transmite a la tierra sus energías, gracias a las cuales es fecunda y hace madurar sus frutos, y seca la tierra con el frío del invierno. Sin embargo la tierra conserva en si el

calor que le permite producir frutos, y así las energías del alma permiten a la infancia, a la adolescencia, a la juventud y la edad más avanzada, producir los frutos de las obras buenas y llevarlas a maduración. Pero si la vejez, en su debilidad, reseca en cierto modo estos frutos, la verdadera fe los conserva para conseguir las recompensas de la felicidad eterna después de la muerte del hombre.

Como la tierra, si floreciera dos veces el año y produjera frutos sin medida, se secaría y se reduciría a polvo, así el alma no podría realizar nada si permitiera sin medida todos los deseos y deleites de la carne. Y a semejanza de la tierra que da frutos de manera desigual, el alma, a causa de la misma variabilidad y por el conflicto con la carne, a veces se encuentra en ventaja y a veces en desventaja, y no logra alcanzar perfectamente en esta vida, ni la fe recomendada en el evangelio, ni la visión de Dios en el paraíso que en un tiempo perdió.

LXXIII. Si la tierra floreciera dos veces el año y produjera frutos sin medida, se secaría y se reduciría a polvo. Con eso se muestra que, si el alma permitiera sin medida todos los deseos y la voluntad de la carne, no podría realizar nada, ya que ella es un espíritu vivo, que penetra todo el cuerpo y lo vivífica tocándolo con su movimiento, como la respiración del aire vuelve fecunda a la tierra entera. Este aire es como el alma de la tierra, a quien toca con la humedad de su respiración haciéndola fértil. Y tal como este aire, cuya energía vital corresponde en el hombre a la sangre y su humedad corresponde al sudor, está en la tierra invisible e impalpable, así el alma, impalpable en el cuerpo, calienta la sangre y actúa de manera invisible en el cuerpo por la razón.
Gracias al alma el hombre comprende que tiene un Dios. Por eso, siempre ha habido ley, por él mismo o por obra de alguien más. Y esto es para él algo natural, porque el primer hombre aceptó los preceptos de la ley que poco después repudió, siguiendo el consejo de la serpiente. Y así, después de haber desobedecido el mandato de Dios, fue expulsado al destierro y ya no pudo habitar el paraíso, al que sin embargo, anhela entre muchos suspiros. Como el alma que, cuando es arrollada por el cuerpo, produce en su dolor muchísimo suspiros.
Pero si el alma sometiera al cuerpo a los deseos que le son naturales, con gran gozo se alegraría. Lo mismo que la tierra no produce igualmente sus frutos con frío que con el calor, así también el alma, al actuar bien y mal, produce obras desiguales. A partir de esta naturaleza, por la cual el alma a veces arrolla al cuerpo y otras el cuerpo supera al alma, el hombre no puede nunca poseer aquella fe pura que permite levantar una montaña y echarla en el mar, como decía el Señor a sus discípulos a propósito del grano de mostaza. Aquella fe en Dios que tuvo Adán cuando vio con sus propios ojos la luz invisible de Dios, con la que no dudaba poder hacer todo lo que quisiera. Pero después de que hubo desobedecido, ni Adán ni ningún otro hombre ha podido tener esta visión. Por esto el fiel puede fijarse en Dios solo con la vista interior del alma, en el espejo de la fe. Entonces confía de poder ser salvado por él, que lo puede todo. Es esta la fe por la cual muchos, mortificando los deseos de la carne, hicieron milagros.

Como las venas del corazón, del hígado y del pulmón asisten al estómago en la asimilación y en la expulsión de las comidas, ya que para el estómago sería nociva tanto la continua y excesiva plenitud como el ayuno, así el alma asiste al cuerpo en

algunas obras, pero se perjudicaría a si misma si permitiera al cuerpo favorecer siempre los deseos de la carne.

LXXIV. Del corazón, del hígado y de los pulmones parten algunas venas como pequeños tubos, que asisten el estómago en la asimilación y en la expulsión de las comidas. De este modo el alma, que despierta al cuerpo con su gran energía cuando lo encuentra dormido, advierte la presencia de Dios en la multiplicidad de sus sendas. Y como las venas asisten el estómago cuando se llena y se vacía, así el alma asiste al hombre en todo bien y en todo mal. Por eso el hombre es, por ella, continuamente estimulada a pensar cómo dar principio y fin a la dureza de su malicia y a la suavidad del deseo carnal. Y como los vasos sanguíneos corren hacia el estómago, así el alma atraviesa todo el cuerpo con sus energías. Del mismo modo que sería perjudicial para el estómago estar siempre lleno o siempre vacío, así sería de prejudicial para el alma si el cuerpo siempre viviera en las delicias de los deseos de la carne, porque sus fuerzas se perderían en un apetito de los deseos de la misma naturaleza, como a menudo le faltan el juicio y la salud a quien no cesa nunca de pecar en la pesadez de la carne.

Tal como la carne del hombre se perjudica si consume comida o en cantidad excesiva o en proporción menor de la necesaria, así también el alma también se perjudica si trata de ser más o menos rigurosa de lo que es justo. Y el estómago, asimilando las comidas puras y rechazando aquellas malolientes, representa al hombre que se alegra en los pecados, pero luego se purifica con la penitencia.

LXXV. Si se consumen comidas en exceso, la carne del hombre se enferma palideciendo de modo inconveniente, mientras si son inferiores a la necesidad, la carne se deteriora, pues el estómago es el justo organizador del consumo y eliminación de las comidas. Pero si el alma, con su energía ardiente, somete al hombre empujándolo a mortificarse por voluntad propia en la abstinencia de los deseos carnales, entonces, empieza a despreciar a los demás e hinchado de soberbia por sugestión del diablo, a menudo habla así: “Yo soy un santo y por eso tengo que ser honrado y alabado por todos”. La soberbia le ciega así los ojos del alma. Entonces, este hombre por la excesiva tristeza del alma no puede gozar y desear las cosas celestes y por eso el alma se queja, agitada: "¡Ay de mí, ay de mí! Cegada por el hedor de la soberbia no puedo divisar el deseo celestial que me hacía ver a Dios y me he dado cuenta de que por ella estoy desnuda”.
Por eso el hombre que actúa bien, no según la carne y la sangre sino según las fuerzas del alma con las que Dios conoce y siente su presencia, tiene que estar muy atento a no enorgullecerse por las obras buenas, para no perder las recompensas de la eterna beatitud. Lo mismo que si el hombre consume comidas en exceso o en medida inferior a lo necesario, enferma su cuerpo, así también el alma pierde sus fuerzas a causa de la soberbia y de la abstinencia excesiva, faltas ambas de discernimiento. En cambio, el alma que da vida al cuerpo y tiene la inteligencia de Dios en la Trinidad de su unidad, es un espíritu humilde y muestra su humildad en la niñez del hombre, que no conoce todavía la soberbia ni el odio ni el gusto por los pecados.
En esta condición también puede ser feliz mucho tiempo, mientras que el hombre no se vea empujado hacia los pecados por los deseos de la carne. Afligida por los pecados, el alma está siempre lamentándose. Ella no puede actuar nunca plenamente según los deseos de su naturaleza, encerrada como está en el vaso de arcilla de su cuerpo, puesto

que la carne busca el destierro y el alma la vida. Pero ella también aflige al cuerpo, por cuyos pecados a menudo es afligida, poniéndole delante el espectáculo doloroso de los pecados repugnantes y malolientes, y se los hace reconocer en toda su tristeza.
El estómago, que consume las comidas para eliminarlas luego en el hedor, representa al hombre que se alegra en los pecados y sucesivamente, gracias a la penitencia, los pecados se convierte en una molestia.

Así como el ombligo es el centro de las fuerzas de todas las entrañas que se le adhieren, y la circunferencia de la tierra es el recipiente de todas las demás criaturas, así todas las acciones del cuerpo y el alma, sean buenas o malas, conciernen al alma. Hay gran distancia entre los que pecan por orgullo y los que pecan por negligencia.

LXXVI. Todas las entrañas del vientre se adhieren al ombligo como todas las otras criaturas lo hacen a la circunferencia de la tierra, porque el ombligo es el centro de las fuerzas del vientre, como la circunferencia terrenal es el recipiente de todas las criaturas. Todo esto indica que el alma, mediadora de todas las obras del hombre, en las obras buenas y santas no confía en ella misma, sino se alegra encomendándose a Dios, mientras que se entristece por la vergüenza cuando sabe que la vasija que la contiene está implicada en los pecados. Con esta tristeza, como si fuera un estímulo, el alma aflige a la vasija, es decir al cuerpo, por lo cual el hombre se queja y se dice a sí mismo: “¿Por qué mi alma me aflige tan profundamente por los pecados, en los que he nacido y de los que no puedo contenerme, puesto que espero enmendarlos antes del fin de mi vida?”. Consolándose así mientras peca, vive alegremente entre ellos como en el griterío de un banquete.
Por esto el alma, para la cual no es natural consolarse de este modo, se llena de tristeza, porque ella es vida que procede de la racionalidad divina que mueve al hombre como criatura que es. Dios, que se tejió con la misma humanidad de la carne virginal de María la túnica de la vil naturaleza del hombre, quiere particularmente la humildad, gracias a la que ha derrotado la soberbia y la maldad del diablo. El alma aguanta el hombre en el bien y en el mal como la columna sustenta la casa. Cuando un hombre se aleja de Dios, orgulloso de su misma santidad, comprende gracias al alma que es detestable a Dios y a los hombres, y siempre es ella la que, entristeciéndolo de este modo, no le permite conocer la alegría.
Muchos perecen por el orgullo de la santidad y pierden así la recompensa de sus fatigas, hasta que al llegar sus últimos momentos, empiezan a suspirar a Dios, teniendo pocas posibilidades de salvación. Pero a los que han pecado sin soberbia porque han oscurecido la santidad y han seguido los deseos de la carne, Dios les concede el perdón de muchos pecados, si por ellos suspiran haciendo penitencia. Muchos de ellos se vuelven luego santos, columnas de la Jerusalén celestial. En efecto, lo mismo que el ombligo es el centro de las fuerzas de todas las entrañas que se adhieren a él, así todas las obras, sean buenas o malas, se fijan en el alma que constituye la fortaleza de todas las obras.

El ombligo se puede comparar también con la tierra que produce lodos y aguas estancadas contaminadas en los pantanos, ya que el calor, el frío y la humedad empujan los alimentos y los líquidos para la digestión en las zonas inferiores. De modo

parecido el alma, arrollada por los placeres de la carne e implicada en acciones sórdidas, debe ser enviada a los lugares de castigo que están abajo, a menos que se limpie con los suspiros de la penitencia.

LXXVII. El ombligo, junto a las venas del corazón, del hígado, del pulmón y de todas las entrañas, viene en ayuda del proceso de la digestión del hombre, todos ellos se mueven por el soplo del alma, como el aire exhalado invade la tierra y alimenta sus energías. El ombligo se encuentra en los confines de los lomos, como la tierra, que produce continuamente barro y aguas estancadas contaminadas en los pantanos. Efectivamente el calor, el frío y la humedad que mantienen con vida al hombre están encerrados en el ombligo. Y la comida y las bebidas, de las que el hombre vive en la carne y en la sangre, después de haber fluido hacia abajo son evacuados como barro.
El hombre que actúa según el mandato de Dios junto con todas las otras criaturas gracias a las fuerzas del alma, es al mismo tiempo duro y blando, como la naturaleza de la tierra. En la blandura entristece su alma con los placeres de la carne, los cuales no consiente si predominan en el alma. Y lo mismo que el aire alimenta a todas las criaturas y permite el crecimiento, y el ombligo, junto a las venas del cuerpo, vienen en ayuda de la función de la digestión, así el alma, con sus fuerzas, invade, contiene y penetra todas las obras del hombre.
El alma está cubierta por las funciones del cuerpo, como el gusano se esconde en el subterráneo que cava en el barro, y como el barro está en movimiento por acción de los gusanos, que no son siempre visibles, así el hombre lleva a término acciones sórdidas movidas por el alma invisible. Y aunque el alma tienda a atraer hacia si toda acción humana como el anzuelo al pez, sin embargo se ve arrollada por el cuerpo, al punto de no poderle resistir en absoluto. Pero también es consciente que tendrá que ser castigada y condenada por los castigos establecidos por el juicio a causa de los pecados que el cuerpo la obliga a cometer, porque el alma lleva escrito todo el que el cuerpo ha hecho. Por esta razón por todo el tiempo que está en el cuerpo, el alma suspira de dolor porque, al igual que el ombligo se arraiga en los confines de los lomos, los pecados se arraigan en élla, y con élla son echados a los lugares de pena, como la comida es evacuada en el barro y como la tierra produce lodos inmundos.

Así como la tierra y el hombre reverdecen y florecen, la una en el verano y el otro en la juventud, y luego aquella en el invierno y este en la vejez se secan y marchitan, así reverdece el alma que queda en el cuerpo y lo obliga a servirla, subiendo de una virtud a otra en el cumplimiento de obras buenas y siguiendo el ejemplo del Hijo de Dios. Y luego, cuando ha salido del cuerpo, como adornada de piedras preciosas y en espera impaciente de recobrar el cuerpo en que se fatigaba, descansa en presencia de Dios.

LXXVIII. El hombre llega a su plena floración en la infancia y en la juventud, y posteriormente tiende a descarnarse a causa de la vejez como la tierra en verano se embellece de flores a causa de la energía vital y luego, en invierno, palidece a causa del frío.
Pero si el alma se impone al cuerpo, de forma que él consienta con simple corazón y buena voluntad y se alegre en las buenas obras como con una dulce comida, entonces el hombre exclama inundado de deseo celestial: “Qué dulces son para mi boca las palabras de tu justicia, más dulces que la miel”. Él vive entonces en la inocencia, sin la atracción de la carne, con la sencillez de un niño.

A un hombre como éste, el alma lo nutre a través de los propios deseos hasta que, subiendo de una virtud a la otra, adquiere siempre nueva fuerza y florece en las obras buenas, siguiendo los ejemplos que el Hijo de Dios dejó a los hombres, porque el alma, no contaminada por la maldad y la lividez de los pecados, se alegra en él y se embellece. Y como en el frío del invierno falta la energía vital y el florecer y el madurar de todos los frutos, así el hombre, a causa de la muerte, se separa de todas sus obras, buenas y malas. El alma del hombre, que en la infancia, en la juventud y en la vejez ha llevado felizmente a cabo obras buenas, sube a Dios junto con sus obras, resplandeciente y como adornada de piedras preciosas, y espera impaciente al cuerpo que realizó sus obras con ella, para poder habitar juntos en la morada feliz.

Qué significan, a propósito de las muchas pasiones del alma, la fuerza y la petulancia de los riñones y la fuerza de la tierra que, si es equilibrada, produce frutos abundantes, pero si no lo es produce frutos inútiles.

LXXIX. En los riñones, donde se difunde la fuerza y la fogosidad de la lujuria, se representa a la tierra con fuerza, ya que lo mismo que en los riñones radican las fuerzas de los hombres, pero también los impulsos inadecuados, así una tierra moderadamente fuerte produce la fertilidad de los frutos, mientras que si es fuerte en exceso produce a veces frutos inútiles, aunque muy abundantes. Todas las obras que el hombre cumple bajo el círculo del sol y la luna en las estaciones y en los meses, las conduce a término en la sabiduría, en la ciencia y en el discernimiento, gracias a las fuerzas del alma. Por el alma, que es de la naturaleza del fuego y del aire, hace el bien y el mal a semejanza del ciclo de la luna que crece y mengua.
Siempre gracias a las fuerzas del alma, que es de naturaleza celeste por su inteligencia del bien, el hombre piensa y actúa, y con la capacidad de discernimiento, que es propia de la racionalidad, discierne los tiempos de las estaciones y los elementos con que hace el bien y el mal, y atribuye el nombre a todas las cosas que conoce. Lo mismo que en los riñones se esconden tanto la fuerza de ánimo, como la debilidad, la prosperidad y la inutilidad, y lo mismo que la tierra hace brotar todas las cosas de que el hombre vive, útiles e inútiles, a causa del sol, de la luna y del aire, así esta fuerza reside en el alma para que el hombre produzca, gracias a sus energías, las cosas buenas y malas, útiles e inútiles.

La tierra ha sido puesta en el centro del aire para resistir a las tempestades, y está templada por montañas y colinas, en parte calientes o frías, en parte caracterizadas por su excesivo calor o hielo, como una ciudad defendida por torres y murallas. De este modo el alma, en los múltiples conflictos en que combate contra los deseos de la carne, está guarnecida y defendida por la protección de las obras santas.

LXXX. La tierra pues, está en el centro del aire, como un panal entre la miel. Tiene muchas alturas en algunas zonas inhabitables por exceso de calor y en otras por exceso de frío, mientras otras partes son templadas, ni demasiado calientes ni demasiado frías. Estas alturas protegen a la tierra como las torres y murallas defienden la ciudad. Las colinas protegen a los valles, y las montañas defienden la tierra contra las muchas

tempestades, por eso la tierra está circundada y fortificada de montañas y colinas como de un cinturón de murallas.
Esto significa que el alma, arraigada completamente en el cuerpo por orden de Dios, reconoce que está destinada a cumplir, junto con todas las criaturas, obras orientadas al cielo y obras terrenales. El alma comprende que Dios juzga las malas acciones del hombre, y también el alma sabe que las buenas obras del hombre son alabadas por todos los ángeles y santos de Dios, ya que él es soberano y emperador de todas las cosas en los reinos celestes y es libertador en las realidades inferiores, pues liberó al hombre asumiendo la mortalidad de la carne. Asimismo comprende que Dios, admirable en su ser, cumple con sus santos muchos milagros. Si el hombre peca siguiendo el gusto de la carne, a menudo es vuelto a llamar por el alma a hacer penitencia. Pero si alguien ha atropellado al alma pecando continuamente, el alma se queja en él con voz de llanto, porque el hambre de su naturaleza no se sacia nunca, y no puede tener ninguna esperanza de salvación en Dios.
Pero la gracia de Dios, llevando este hombre al conocimiento de sus pecados por la vía de la penitencia, lo sustenta, porque lo separa del mundo, y eso alegra mucho al alma. Y así las obras del hombre son parecidas a la tierra que el aire sustenta por arriba y por abajo, por todas las partes, y el alma está con el cuerpo como el aire con la tierra y como el panal entre la miel. Y como la tierra tiene alturas habitables templadas por el calor y el frío y otras extremadas e inhabitables, así el hombre realiza obras buenas, por las que es conducido a la patria celeste, y otras malas, por las que es conducido a los lugares de castigo.
Si luego el alma vence, superando la voluntad de la carne, por su naturaleza se alegra en las obras buenas, ya que es espíritu, y sirve a Dios en el amor de la fe como los ángeles que contemplan su rostro. Además, ya que los deseos de la carne se la oponen, obliga el cuerpo a realizar obras buenas y santas, y si lo vence en las victoriosas batallas de las obras buenas, se reviste y refuerza con estas mismas obras buenas como una ciudad con torres y murallas.
El alma es humilde, y a causa de la mezquina naturaleza de la carne por la que está oprimida tiene una voz débil como un quejido. Esta voz no permite nunca que el hombre que levanta la cabeza con soberbia conozca la felicidad completa. Y ése también, por la naturaleza de su alma, no puede probar tampoco la alegría en la penitencia, porque los propios pecados le molestan. El alma obliga al hombre a la verdadera ascensión, que es la humildad, para que no se pierda en las vanas calles de la soberbia.
El alma que sube al alto monte a través de la escalera de la humildad que es la morada de la Jerusalén celeste, continuamente aconseja al hombre que se aleje de la soberbia y cultive la humildad para no ser derribado por el engaño de la antigua serpiente. Porque, como las colinas defienden los valles de la lluvia excesiva, así la humildad defiende el hombre de los males. Y como la tierra es defendida de las variaciones del tiempo por los montes y colinas, por quienes está protegida y reforzada como por una muralla, así el alma gracias a las obras santas, que son fortificadas por la humildad como por una muralla, llegará a la patria celeste abandonando la confusión diabólica.

Cómo la tierra está en una posición tal que puede ser templada por todas partes por el sol, así el alma sumisa a Dios, empapada de la virtud del discernimiento, puede ser iluminada por la luz de la sabiduría.

LXXXI. La tierra se encuentra en relación al curso del sol en una posición tal que permite que éste la temple por todas partes. Así también el alma, que es templada cuando está junto a la sabiduría, gracias a las gotas del manantial que es Dios, impregna al hombre y hace que se mueva en los espacios abiertos del discernimiento y de los santos deseos, teniendo el conocimiento de Dios, y por su amor abandone el placer de los pecados. Y el hombre que actúa según los deseos del alma, es iluminado por ella con las obras santas, como el sol ilumina la tierra.

El hombre, hecho a semejanza de la tierra, tiene los huesos sin médula en el sitio de las piedras, los huesos con médula en el sitio de los árboles, y según la cualidad de sus costumbres puede ser representado por la dureza de las piedras o bien por la amenidad de un jardín florido o un huerto lleno de frutos.

LXXXII. La tierra es estable gracias a las piedras y a los árboles, y el hombre ha sido hecho de manera análoga, porque su carne es como la tierra y sus huesos que carecen del humor de la médula son parecidos a piedras, mientras los huesos que tienen médula son como los árboles. Por esta razón el hombre edifica su morada en conformidad con la misma naturaleza, con la tierra, las piedras y los árboles.
El alma además, es contraria a los deseos de la carne, constituye la razón de la estabilidad de todo el cuerpo, infunde al hombre sus energías y realiza junto a él todas sus obras. El hombre, a su vez, obrando según el deseo del alma, se convierte en un jardín en flor, en el que Dios conforta sus ojos. Cuando en cambio obra según la voluntad de la carne no resplandece delante de los ojos de Dios, como el sol cuando sufre un eclipse.
El hombre que ha cumplido obras buenas es comparable a un huerto lleno de toda fruta buena, lo mismo que la tierra que está reforzada y revestida por piedras y árboles. Cuando en cambio, a causa de la dureza de los pecados, ha cometido acciones malvadas, se halla infructuoso frente Dios como la tierra dura que no produce frutos. La carne del hombre significa la ciencia del bien, cuya suavidad produce frutos, mientras los huesos significan la ciencia del mal, que se endurece oponiéndose a Dios, por fin, los huesos faltos de médula significan las obras malvadas.
El alma, en realidad, obra en el hombre siguiendo los mandatos de Dios ya que, lo mismo que ha hecho el cielo lleno de alegría para los habitantes celestes y a los hombres les ha dado la tierra para habitar, así el alma cumple junto al hombre con alegría las obras buenas, que son de naturaleza celeste, mientras, quejándose de tristeza cumple las obras malvadas, que son terrenales. La ciencia del bien y la del mal equivale) pues a las entrañas del alma, con la cual enseña al hombre la humildad, madre de todas las virtudes, y controla con sus fuerzas al hombre en los pecados, de forma que nunca pueda cumplirlos con alegría. Y como el hombre planea según su voluntad la forma de la casa que quiere edificar, así el alma dispone en el hombre, en la medida en qué puede, todas las obras.

Además lo mismo que el aire sustenta y contiene la tierra, que está puesta en el centro del aire a igual distancia sus extremos, así el cuerpo y el alma que Dios ha unido, aun cuando estén muy lejanas por su naturaleza, tienen que sustentarse pacientemente e instruirse recíprocamente en cumplir juntos los preceptos del Creador.

LXXXIII. La tierra está colocada en el centro del aire, de tal manera que el aire se encuentra a igual medida sobre, bajo y a ambos los lados de la tierra. El alma, que ha sido enviada por Dios al cuerpo como soplo viviente, enseña al hombre a obedecer con paciencia las reglas divinas en esta vida fatigosa, en la que cuerpo y alma habitan con una diferenciación igual a la distancia que hay entre el cielo y la tierra, con el fin de que el hombre, que por sí mismo no puede comprender plenamente su naturaleza, levante en las vicisitudes de sus luchas internas sus miradas a Dios, y, con una paciencia llena de obediencia tienda hacia su Creador. Y como el aire se encuentra entre la tierra, para sustentarla y contenerla, así el alma habita en medio del cuerpo para sustentarlo todo, y en él obra siguiendo lo que él la solicita.

La vejiga, que recibe y expulsa los líquidos, representa el curso de los ríos que corren por las varias partes de la tierra. De este modo el alma victoriosa sobre la carne tiene que regar el propio cuerpo, acogiendo lo que está bien según las reglas divinas y expulsando lo que está mal. Se ofrece como testimonio un versículo del Salmo CXVIII adecuado a este tema.

LXXXIV. La vejiga del hombre representa el curso de los ríos que corren por las varias partes de la tierra, porque así como ella recibe y expulsa las aguas del vientre, así también los ríos ahora crecen, ahora menguan, y riegan toda la tierra.
El alma, cuya naturaleza es contraria a la naturaleza de la carne y a la sangre, enseña al hombre a abstenerse de los pensamientos inquietantes y a no desesperar de la gracia de Dios por haber cometido pecados, sino a postrarse con verdadera humildad a los pies de Dios hasta que Dios omnipotente se digne perdonarlos misericordiosamente con la amarga penitencia. Cuando el alma, en su humilde naturaleza, afirma su poder sobre el hombre, en el momento en que él está de acuerdo con ella en todo, cruza el cielo victoriosa exclamando:
"Bendito tú, Señor, tu ley es mi meditación". (Sal. 119, 12) Esto se interpreta así: Yo te he deseado y te he conocido en mi carne, que por sí misma no acepta la bondad de tus reglas. Y gracias a la fuerza de tu salvación fui atravesada como por agua corriente, en el centro de mis fuerzas, en el centro del corazón, por lo cual medité tus mandamientos contra la voluntad de la carne. Y como por la acción del agua el molino muele el trigo para hacer de él alimento, así yo, que soy un curso de agua que corre veloz en el cuerpo, observo con diligencia todas tus reglas, interrogando a mi naturaleza.
Como la vejiga del hombre recibe y expulsa la acuosa humedad del cuerpo, y como los ríos al crecer y menguar su caudal mojan toda la tierra, así el alma victoriosa, cuyas fuerzas se dilatan en el bien y adelgazan en el mal, gobierna el cuerpo según las reglas de Dios, acogiendo el bien y expulsando el mal.

Los lugares del cuerpo en los que se produce la digestión de las comidas y las bebidas representan los cursos escondidos y subterráneos de los ríos. Sigue la queja del alma contaminada por las obras fangosas y malolientes, que aspira a Dios por la esperanza de la penitencia y por la pasión de Cristo. Se ofrece como testimonio un versículo del Salmo XLI conforme con este tema.

LXXXV. Los lugares en que se expulsa el producto de la digestión de las comidas y las bebidas, representan los cursos escondidos y subterráneos de los ríos. Porque, lo mismo que la comida digerida no se puede quedar en el cuerpo del hombre, sino que se la expulsa, así también estos cursos llevan los ríos al aire libre.
Cuando el alma se esconde lejos de la luz en la inmundicia de los pecados, no puede resistirse a decir con voz de llanto: "¡Ay de mí, ay de mí, infeliz, yo que soy el soplo viviente mandado por Dios estoy sumergida por un hedor de pecados, tal que no puedo gustar la alegría de dirigirme al cielo! Ay, de dónde he venido y adónde voy, ¿de qué me sirven todos los bienes creados por Dios, si soy precipitada en el infierno?". Y más tarde, después de haber vuelto en sí, todavía dice: "Confío en mi Dios, porque en la verdadera penitencia, gracias a su misericordia, podré ser liberada de los tormentos infernales que he merecido".
Y, consolada y confortada por la gracia de Dios, dice: "¿Por qué estas triste, alma mía? ¿Por qué estás turbada? Espera en Dios. ¡Te volveré a alabar, Salvador mío y Dios mío!" (Sal 42,12). Esto se interpreta así: Si el hombre, obligado por la naturaleza del alma, se propone corregir sus pecados, en la alegría producida por los arroyos de agua viva se dice a sí mismo: "¿Por qué me entristezco tanto y soy turbado en mi alma, puesto que puedo, con suspiros y lágrimas, borrar con la ayuda de la gracia de Dios las heridas de mis pecados, ya que confío que seré liberado gracias a las heridas de mi Dios, que ha soportado por mis pecados los clavos y la lanza?".
Después el alma expone todas sus malas acciones después de una amarga penitencia, como el producto de la digestión de las comidas y las bebidas sale fuera del cuerpo. Pero como de las aguas subterráneas los ríos salen a la superficie de la tierra, así vuela sobre la tierra la inestimable fama de estas realidades, porque quién por el pecado estaba muerto, resurge ahora en las obras buenas.

En la espalda y en los costados del hombre se representa la superficie de la tierra, en los muslos y en las nalgas las colinas y las montañas, y la aspereza de la tierra dura e impenetrable se representa en sus regiones inferiores unidas a las regiones superiores, más blandas. De modo parecido las fuerzas del alma separan la suavidad de la carne de los vicios, para que decorada por las perlas de las virtudes suscite la admiración en los ángeles y la alabanza de Dios.

LXXXVI. La espalda y los costados del hombre indican las planicies de la tierra. El alma, que es espíritu operante, realiza con el hombre las santas obras y las virtudes excelsas por las que Dios es alabado por los espíritus angélicos. Ella es invisible para el cuerpo y lo gobierna en todo, del mismo modo que Dios, Creador de toda la tierra, es invisible para el hombre. Y como el hombre actúa con fuerza gracias al vigor de la espalda y los costados, así también el alma cumple todas sus obras con ayuda del cuerpo. En los muslos y en las nalgas se representan las alturas y las rugosidades de la tierra dura e impenetrable. Como los muslos cuelgan de los lomos y del vientre y permiten andar al hombre, y como las nalgas lo mantienen estable, así la parte inferior de la tierra, que es impenetrable, está unida a su parte superior, tierna y blanda, y la retiene con su fuerza como si fuera acero para que no se disuelva.
Del mismo modo, el hombre gobierna toda la tierra con la habilidad de sus artes y la voltea con el arado ora más profundamente, ora más superficialmente, así el alma con sus fuerzas y sus virtudes traspasa y dirige el cuerpo favoreciendo, unas veces, el placer de la carne, y con estas espesas energías del alma el hombre comete pecados graves y

criminosos, u otras veces, pecados más leves, que no consisten en obras sino en pensamientos, cumplidos únicamente por el latido de las alas del alma.
El diablo, a causa del odio que tiene por su Dios, sugiere al hombre que se complazca en el placer. Todas las veces que el hombre se irrita, sale un humo por su cuerpo, porque el hombre no se irritaría nunca, si no hubiera probado el placer de la carne. El alma, que es inmortal, cuya separación supone la muerte del cuerpo, cumple todas las acciones siguiendo los deseos del cuerpo como el aire y el viento hacen germinar la tierra. Y el alma, no deja nunca de actuar en el cuerpo, lo mismo que el agua de un torrente, no se para nunca.
Todos los ángeles se maravillan del hombre que se engalana con el elegante vestido de las obras santas, porque serán sus compañeros en la alabanza a Dios. El alma sustenta todas sus obras, como los muslos y las nalgas sustentan a todo el hombre. Y como la tierra dura y profunda hace de soporte a la parte blanda y a los ríos, así las fuerzas del alma sustentan al hombre y están a su servicio, como los muslos y los lomos están unidos al vientre. Con sus fuerzas el alma sustenta las obras del hombre, igual que lo sustenta la espalda, y lo obliga a alegrarse en el bien y a entristecerse en el mal, y lo circunda de obras buenas y de muchas virtudes como de frutos y de perlas. Por lo cual Juan dice:

Palabras del apóstol san Juan, en el Apocalipsis, que contempla y describe la elegancia de la novia de Cristo, es decir del alma santa, y cita de David en el Salmo en que exalta la excelencia del hombre.

LXXXVII. “Y vi a Jerusalén, que bajaba del cielo, ataviada como una novia se adorna para su esposo”. (Ap. 21,2). Esto se interpreta así: la novia indica el alma santa y engalanada que se ha unido a Cristo, teniendo como dote su sangre, y se dirige como la novia al novio, porque el Hijo de Dios descendió del cielo en el vientre de la Virgen, donde edificó la nueva y santa ciudad de Jerusalén. Por tanto, los ángeles, que contemplan siempre el rostro de Dios, se admiran de las obras de los santos, que resplandecen a los ojos de Dios con innumerables adornos y que, subiendo hacia la Jerusalén celeste, edifican siempre nuevos tabernáculos, ante los cuales resplandecen como letras grabadas con oro.
Por eso resuenan con el sonido del salterio, de la cítara y del canto de todas las alabanzas. Dios ha creado al hombre para que ejecutara obras luminosas que resplandecieran en el cielo, para que los ángeles se maravillasen de las obras humanas, como se maravillan frente al rostro de Dios. Por eso ha sido igualmente escrito: “Lo has hecho un poco inferior a los ángeles, lo has coronado de gloria y honor, le has dado poder sobre las obras de tus manos” (Sal 8,6-7). Esto se interpreta así: Dios siempre está presente en los ángeles, que son su alabanza, por tanto por ellos es visto y conocido, mientras el hombre, que es criatura dotada de alma, lo conoce por la fe y no en su divinidad, pero Dios le glorifica, le honra y le embellece de muchos adornos, porque le ha creado para que obedezca sus mandatos y le ha puesto por encima de todas sus obras.

Otra vez habla sobre la comparación entre la tierra dura y blanda inhabitable por el calor o por el frío, y de dónde provienen los terremotos. Y como la misma tierra, si no

fuera dura como hierro o acero en la parte inferior, se haría pedazos por el calor excesivo cuando el sol está alto y en el ocaso por el fuerte frío. También, sobre los múltiples modos de acordarse de la carne y el alma, según lo que se ha enseñado.

LXXXVIII La parte blanda de la tierra está unida a otra parte dura como el hierro, sólida en su dureza como si fuera de acero, por lo que no puede ser quebrantada o debilitada por el desbordamiento de las aguas que corren alrededor. Cuando el hombre abraza el placer de la carne, así habla el alma, en su naturaleza espiritual: "¡Oh, debilidad de los placeres de la carne, con los que yo aflijo y de los que soy afligida!". Por lo cual, el hombre gime así sus pecados: "¡Ay pobre de mí, porque he nacido predispuesto a tantos pecados que no soy capaz de vencerlos por mí mismo!". En cuanto se da cuenta de este quejido, el alma atrae al hombre hacia sí, castigándolo primero por sus pecados, y luego se entristece cada vez más, porque el hombre ha consumido las energías del alma en los placeres carnales. Acto seguido el hombre, si obra según la naturaleza del alma, se mortifica a si mismo absteniéndose de los deseos carnales, hasta desear verdaderamente alcanzar el cielo.
Así el alma del hombre toma el dominio del cuerpo donde no encuentre un corazón acartonado, lo mismo que la tierra dura y casi de hierro sustenta con su potencia a la blanda. El alma hace estable al hombre con la fuerza de la fe, como el acero, para que no se debilite, cercado como está de los males de las costumbres pecaminosas. La parte de la tierra dura, como de hierro, presenta montes y peñas y cuatro ríos que corren por la región oriental, los cuales no pueden partirla pero que a veces la mueven sin herirla. Este movimiento proviene del excesivo llamear del sol en aquella parte del firmamento en que surge, y si la tierra bajo él no fuera como de hierro o de acero, estaría completamente reducida por las grietas de este excesivo ardor, mientras que por la otra parte del firmamento, donde el sol se pone, se hendería por el frío excesivo. Estas partes de la tierra son inhabitables a causa del desmesurado calor del sol y el frío excesivo.
Por tanto el alma, que es de naturaleza humilde, siempre combate contra la soberbia del hombre y le dice: "¿Por qué subes tan alto, como si te hubieras creado solo? Si deseas existir o actuar por ti mismo, caerás como el primer ángel". El alma, además, conoce y tiene el sentimiento de Dios, por quien ha sido creada como esencia espiritual, y comprende que nadie es parecido a él. Por eso detesta la soberbia, que está desprovista de alegría y quiere existir por si misma sin obedecer a nadie. De aquí que el alma diga a la mente soberbia del cuerpo donde ella mora estas palabras: "Todo lo que deseas es vano y tramposo, y lo que tú llamas honor es blasfemia, si crees poder subir para arriba sin la ayuda de Dios y los hombres, caerás". Pero a menudo el hombre suspira por la tristeza que invade su alma, y alejándose de todas las obras de la soberbia sube a la altura de las obras santas de la humildad. Y por estas obras se sustenta y consolida contra los pecados, como la tierra se endurece con las colinas y los peñascos.
Entonces el hombre realiza las obras santas ayudado por los elementos, como si se hubiera transformado y vuelto a una nueva vida. Evita así ser burlado y condenado a muerte en presencia de Dios y los hombres, tal como la tierra no puede ser partida por los cuatro ríos con su fuerza. El alma, que es de la naturaleza del viento, influye en todas las criaturas, en el hombre por el corazón y las venas, cuando se entrega con el cuerpo al placer de los pecados, y después de que ha gozado en el pecado a menudo le hace llorar, y le transforma por tanto su seguridad en gran confusión. El hombre a menudo incurre en graves enfermedades, cuando todas sus entrañas interiores no siguen el camino correcto en hacer lo que él quiere, y así el alma se vuelve en el hombre como una tormenta, lo aflige al mismo tiempo, con los pecados y con la penitencia,

haciéndolo sufrir en la penitencia tanto como ella ha sufrido con los pecados. El alma sustenta al hombre para que no desfallezca en el ardor del pecado y en la penitencia, como la tierra de hierro y acero sustenta la tierra blanda. Como es la energía vital del cuerpo, nunca se alegra de los pecados que comete, sino que siempre se aflige esperando poderse levantarse.
Entonces el alma lo aviva y lo consuela, para que tenga confianza en ser liberado con la ayuda de la gracia de Dios y no se arruine cayendo en el precipicio de la desesperación. De esto es señal la tierra, que no se hiende por el frío excesivo de occidente.
La tierra inhabitable por el exceso de frío o de calor, simboliza al hombre, que, a causa de la expulsión de Adán, vive como un peregrino en el pequeño espacio de la tierra habitable. No puede tener nunca seguridad y siempre está en combates y guerras entre los pecados y la penitencia, porque en este triste destierro no puede contemplar la plenitud de alegría de la patria celeste, si no solo dirigirse a lo lejos hacia ella, a la sombra de la fe. Cuando se da cuenta de no poseer ninguna seguridad, dice:

Palabras de David en el Salmo CI, en las que lamenta la fugacidad y brevedad de sus días.

LXXXIX. “Mis días se desvanecen como una sombra, y yo me seco como hierba”. (Sal 102,4) Esto se interpreta así: El hombre, a causa del pecado original, es ciego con respecto de los acontecimientos pasados y futuros. Por eso en su ciencia ellos son como sombras. También por eso, ya que no posee ninguna seguridad, se seca como heno, siempre cree que sus acciones son inciertas. Todos los días del hombre, una vez pasados, caen en el olvido, pero la vida eterna es estable y se renueva, como cada año el verano produce nuevos frutos.

La tierra no es plana, sino redonda en toda su superficie, como nos indican las hinchazones de las colinas y las montañas que tiene por todos los lados. Esto es señal del curso desigual de la convivencia humana a causa de los muchos conflictos entre el alma y la carne a través de las virtudes y los vicios.

XC. La tierra tiene montañas y colinas y en su redondez no es llana, y sin embargo el aire la toca por todas partes. La tierra tiene por arriba y por abajo montañas y colinas como el ciervo lleva sus cuernos. El alma, que es el soplo mandado por Dios, detesta con furiosa intolerancia la avaricia, que es el cuello de la lujuria, porque a causa de estos dos vicios el hombre no puede tener costumbres pacificas y mansas ni hacia sí mismo ni hacia los otros. El alma ha sido introducida en el cuerpo para combatir junto al hombre a la confusión del diablo y a sus tentaciones, porque la lujuria le nace al hombre por instigación del Leviatán, que quiere tragar el mundo. Por su causa, la lujuria quiere contaminar las almas y atraerlas a si, como el avaro atrae al dinero. El hombre avaro y soberbio, al igual que la tierra está cargada de montañas y colinas y carente de llanos, agrava su posibilidad de pecar cuando abandona el temor de Dios como si no tuviera que ser juzgado por Él, entonces hace todo lo que quiere siguiendo los deseos de su corazón. Y como el aire no toca todas las partes de la tierra, sino que la toca según las características de la tormenta que descarga, así él, justificando las obras de la iniquidad, actúa injustamente según la vanidad de su corazón.

Pero el alma de este hombre afligiéndolo con sus fuerzas, hace que suspire a Dios por sus pecados, le obliga a cumplir con humildad obras buenas y santas sobre la tierra, destruyendo en él la montaña de la soberbia, aunque antes pecó con soberbia como si obrase bajo tierra. El alma obra el bien y el mal según las capacidades de su ciencia, y a causa de la gran aflicción que deriva de la soberbia, el cuerpo se queja: "¡Ay de mí, ay de mí!, ¿De dónde he venido? ¿Qué hago?, ¡sólo llanto puedo juntar a los suspiros, porque contamino mi ciencia con la podredumbre de los pecados!" Y con este llanto obliga al hombre a adorar Dios con estas palabras: "Ten piedad de mí, Señor, porque he contaminado mi alma con los pecados, cura las cicatrices de mis heridas, porque sólo contra ti he pecado. ¡Oh Dios mío!, ¡enséñeme más eficazmente a cumplir obras buenas y santas para que mi alma sea curada, porque la he perturbado mucho!" Sucesivamente, el hombre se inclina intensamente delante de Dios y disfruta del banquete de la penitencia en que sacia el hambre de su alma.

Como la superficie inferior de la tierra, casi como fosos de hierro, rechazan las aguas que la golpean y la circundan, así la fuerza del alma, como acero que forja el filo de todas las armas, tiene que corregir y mantener lejano el engaño y las calumnias del diablo.

XCI. La superficie de la tierra es redonda tanto por dentro como por fuera, y es resistente como el hierro frente a las aguas que se infiltran y corren alrededor. También el alma, que se esconde en el cuerpo, vuela con todos los sentidos del cuerpo con el pensar, el hablar y el actuar. Según sus indicaciones, actúa en el hombre con todas las criaturas, mientras otros espíritus existen solamente para alabar a Dios y no realizan obras. Los ángeles, en las alabanzas que dirigen a Dios, admiran las obras del hombre que es celestial y terrenal al mismo tiempo, por esto en el cielo se cantan sus alabanzas y con sus obras llena toda la tierra. La fuerza de su alma, que circunda el cuerpo y todas las obras del hombre, es parecida a la redondez de la tierra, y actúa según la naturaleza de la carne, o según su propia naturaleza. La fuerza del alma es como el acero, con el que todas las armas se afilan y endurecen, para que combata y venza los deseos de la carne, que penetran en su naturaleza, para que el hombre no perezca, y para no ser ahogada bajo el peso de los pecados. La fuerza del alma toma las armas y combate los engaños del diablo.

Las articulaciones, ya sean iguales o desiguales, que en el hombre van por el muslo a la rodilla y al talón y luego hasta la punta del dedo gordo del pie, y de la muñeca hasta la extremidad del dedo mediano, simbolizan en el mundo las curvaturas e inflexiones del océano y de los ríos, y en el hombre el ímpetu ardiente de los placeres. Y las múltiples formas de la naturaleza simbolizan la oposición constante entre carne y alma.

XCII. De las rodillas hasta el tobillo hay la misma distancia que desde el punto de la evacuación o bien de los muslos hasta la rodilla. En la medida que va de la rodilla al tobillo, se representa el océano que rodea toda la tierra porque, como las piernas se doblan hacia atrás, así las aguas que abrazan la redondez de la tierra no van más allá de su destino. Estas aguas no corren fuera su curso, porque fluyen como canalizadas en un

surco, no superan sus confines, y tienen la misma profundidad de las aguas que se encuentran sobre el firmamento.
Así el alma, que está establecida en todos los elementos del hombre. Por él se ve obligada a atender todos los deseos de la carne, como los fuelles están obligados a soplar. Pero a continuación se dirige al hombre, quejándose con estas palabras: “Ay de mí, ay de mí, podredumbre rociada de ceniza, por qué Dios me ha enviado a ti, que me has encarcelado en tus deseos para obligarme a cumplir junto a ti las obras criminales que el diablo te sugiere?”.
Entonces el hombre, aunque viva disfrutando del insolente banquete de sus pecados, debido al quejido del alma a menudo repite dentro de sí: “¡Oh, miserable de mí!, ¿por qué no puedo dejar de pecar?, Reconozco que mis obras son impuras ante la presencia de Dios y los hombres, ¿por qué no temo a mi Dios, que juzga y rechaza de si toda mancha de pecado y toda maldad del diablo?”. Sucesivamente, haciendo una amarga penitencia, el hombre se aleja de los pecados uno por uno, y entonces se encuentra con el mismo malestar en que se encontraba el alma cuando él vivía en el pecado. Y dice: “Ay de mí, ay de mí, que me he olvidado mi Creador, cuando no me he apartado del deseo de la carne por el temor y el amor de Dios, aunque tenía la ciencia de la racionalidad”. En esta condición, postrándose en tierra con verdadera penitencia, dirige gritos a Dios con este ruego: “Oh Dios mío, ayúdame, y con tu sangre sácame de la profundidad de mis pecados, en los que estoy sumergido como si estuviera en el infierno, y con la ayuda de tu gracia atráeme hacia ti, para que yo pueda resurgir y salvarme”. Así, sometiendo a examen todos los pecados a uno a uno, los purifica en la verdadera penitencia.
La distancia que hay desde el punto de evacuación o del muslo hasta la rodilla indica que la fuerza de la libídine es excitada por la sugestión inicial del diablo en los lomos del macho y en el ombligo de la mujer cuando, a causa de aquel engaño, en el deseo y en la acción cumplen con igual pasión los pecados de la lujuria. Pero luego el hombre es inducido por el alma al dolor y al malestar por los pecados, y esto se indica en la medida que va de las rodillas al talón. El talón indica el lugar de destierro en el cual se puso a Adán. El hombre no se olvida de ello en todas sus obras, buenas y malas: ya que en las obras malas se acuerda de la expulsión de Adán y en las buenas recuerda de que manera ha sido creado por Dios. Dios creó para el alma racional una morada tan perfecta que el alma podía practicar todas las virtudes, del mismo modo que el hombre construye una casa para hacer en ella todo lo que quiere. También los vientos han sido creados por Dios para que atraviesen con su soplo todas las cosas, tanto en los momentos de felicidad, como en los de peligro. Y como el océano no rebasa el lugar en que fluye, así el alma no abandona esta regla por que no puede prescindir de alegrarse en las obras buenas y de entristecerse en las malvadas. Cuando, en efecto, el hombre peca según los deseos de la carne, delante de Dios es como una noche oscura. Cuando en cambio actúa según la naturaleza del alma, resplandece delante de Dios y a sus ángeles como la luz del día.
Del talón al final del dedo gordo del pie hay la misma distancia que desde la muñeca hasta la punta del dedo mediano, como ya se ha dicho. Los pies, además, indican los demás ríos, que dividiéndose por toda la tierra, la riegan por todas partes. Y como los pies están unidos a las piernas y a las manos a los brazos, así los ríos suman su fuerza a la del océano. En efecto, Dios ha creado la tierra de un solo elemento, que brota gracias a las fuerzas de los otros elementos, como la mujer es fecundada por la fuerza masculina.
El hombre pues, divino por el alma y terreno por la tierra, es la plenitud de la obra de Dios. Por lo cual conoce las cosas terrenales y, en el espejo de la fe, las cosas celestes.

Así como del talón hasta la punta del dedo gordo y desde la muñeca hasta la punta del dedo mediano hay una distancia igual, así el alma, gracias a la que el hombre conoce que tiene un Dios, posee un cuerpo de igual medida, sin defecto, y en igual medida él la sustenta, de forma que el alma no tiene ninguna carencia en el cuerpo para realizar todas las obras que con el cuerpo pueda realizar. Y como la tierra engendra cosas útiles e inútiles, así los pies sustentan al hombre para cumplir obras útiles e inútiles. Y como todas las aguas proceden del océano, así todas las obras del hombre recorren el cuerpo y el alma.

Igualmente, las articulaciones de los hombros y los brazos, de las manos, de los lomos, de las rodillas y de los pies, que son las doce articulaciones mayores, representan los soplos de los cuatro vientos principales y los ocho colaterales y a la distancia entre ellos, y también el hecho de que los vientos se atemperen mutuamente con calor, frío, sequedad y humedad.

XCIII. En la rodilla de la pierna derecha, donde la pierna del hombre se dobla, se representa el viento principal de occidente, en el muslo y en el talón de la misma pierna se representan sus vientos colaterales. En la rodilla de la pierna izquierda se representa el viento principal del norte, mientras en el muslo y en el talón de ella se representan los vientos colaterales del viento septentrional. En los lomos y en el pie de cada lado se indican los soplos de los respectivos vientos colaterales.

Dios, como ya se ha dicho anteriormente, ha representado la organización de los vientos en el cuerpo humano, es decir en los codos, en los hombros y en las manos, en las rodillas, en los lomos y en los pies, donde están las doce articulaciones mayores, como doce son los vientos.

Los codos, con los elementos a él incorporados, representan, como se ha dicho, el viento oriental y meridional, con todos sus colaterales. Las rodillas, con los elementos a ellas incorporados, indican el viento occidental y septentrional con todos sus colaterales. Y como estos elementos están unidos al cuerpo en su totalidad, así estos vientos, junto sus colaterales, están agregados al firmamento, uno está regulado por el otro en lo que concierne al calor, al frío, la sequía y la humedad, y todos ejercen adecuadamente sus funciones, como el hombre realiza con los brazos y las manos todas las obras que decide en su ciencia. Y como estos elementos del hombre distan en medida igual uno de otro, así los vientos están a distancia igual el uno del otro.

Se trata de modo especial del peligroso rigor y lo nocivo del soplo del viento del norte, que durante el verano a veces perjudica los frutos y seca los árboles con su humedad fría, esconde el sol y transforma el brillo de la luna con calores variables.

XCIV. Entre estos vientos, el del norte a menudo enseña su rigor lleno de pavor, cuando alarga especialmente su ala ventosa sobre la rueda del firmamento soplando hacia oriente, donde levanta a veces una masa de humo terrible y nocivo, y a mediados de verano, emana una humedad fría, que perjudica los frutos de la tierra y seca los árboles. Cuando esto ocurre, el mismo soplo horrible se descarga con toda su ferocidad y produce unas nubes con las que tapa la esfera del sol, por lo que el hombre piensa que el sol ha desaparecido. De este modo el soplo es causa de confusión debajo de las

nubes. Y por esto se ocasionan tinieblas sobre la tierra. Pero una cosa de esta especie los hombres pueden verla solamente cuando se anuncian grandes prodigios, ya que todo se mueve por la acción de los elementos, como la mano doblada por el brazo, puede tocar y realizar todas las cosas.
Este mismo soplo, a causa de las obras de los hombres contrarios al orden divino, en muchos casos hace bromas con la luna, de modo que ora aparece de color negro, ora color del hierro, ora de colores diferentes en sus partes. Entonces su aspecto da miedo a los hombres. El viento del norte a cualquier parte que se dirija, es un viento peligroso, nocivo para todo sobre lo que pasa, porque con su frío y su ferocidad perjudica hasta privar de su útil fecundidad al viento caliente enviado por el sol que vuela dulcemente junto a la humedad del rocío y que produce sobre la tierra el verdor y los frutos de los campos, y que además sustenta a los otros vientos como un hombre que se apoya en la pared, y así les presta ayuda. Todos los cuerpos luminosos, entre las criaturas, aparecen más bellos y resplandecientes por contraste con las tinieblas de viento del norte, ya que está privado de luminosidad. De modo parecido a esto, el brazo izquierdo sustenta al derecho y le presta ayuda.

Cómo están relacionadas todas las cosas descritas en los dos capítulos anteriores, que se refieren a la medida y la articulación de los miembros humanos y los vientos, y también el alternarse del día y de la noche y de las horas, que deben ser referidas al alma. Se explica que Dios ha estructurado el alma en base a cuatro energías, que en la parte que se relacionan con el cuerpo derivan de los cuatro elementos, fuego, aire, agua y tierra. Son como cuatro alas que dirigen el mismo alma y su cuerpo.

XCV. Todos estos fenómenos están en relación con el alma. Ella reside en el cuerpo a semejanza de los vientos, cuyo soplo no se ve pero se siente y, ya que es de naturaleza aérea, despliega su aliento, sus suspiros y sus pensamientos, volando como el viento. Por otro lado es parecida al rocío gracias a la humedad de la sabiduría, vehículo de las buenas intenciones dirigido a Dios. Como el resplandor del sol ilumina todo el mundo sin perder vigor, así el alma es siempre la misma en la pequeña estatura del hombre, aunque con sus pensamientos pueda volar por todo lugar, subiendo hacia las estrellas, gracias a las obras santas en alabanza de Dios, o precipitándose en las tinieblas por las obras malvadas del pecado. De este modo el alma se corresponde con el sol, que resplandece con todas sus fuerzas por encima de la tierra durante el día, y por la noche brilla por debajo. Además el alma sube para arriba con las buenas intenciones, mientras que desciende cuando obra perversamente con mala intención, como las piernas, junto a las rodillas, que se mueven para arriba y para abajo en sus diferentes actividades.
El viento occidental, temible a veces, corresponde a la buena intención del hombre, que nunca tiene que estar privada de temor. Cuando el hombre yace todavía en el hedor de los pecados, lo sostiene como las rodillas sostienen el cuerpo. El talón y el pie indican la voluntad y el deseo, y gracias a ellos la buena intención se realiza en obras. Y como los vientos colaterales colaboran con el viento occidental en el desarrollo de su función, así la voluntad y el deseo colaboran en la realización de las obras. El viento colateral que se encuentra a la derecha indica que el hombre alcanza la victoria sobre los pecados apoyándose en la parte derecha del alma. El viento de la izquierda, en cambio, muestra que el hombre, cuando está dominado por los pecados, vive en el olvido de Dios, como el lado izquierdo.

El viento del norte, que seca con su soplo y con la ayuda de los vientos colaterales toda la vegetación sobre la tierra, representa al hombre que, siguiendo la propia voluntad y el placer de su corazón, realiza los deseos de la carne, por lo cual se ve privado de toda la felicidad de los bienes celestes. Pero cuando este hombre, perpetrando el mal como el lado izquierdo, rechaza ponerse de acuerdo con el alma, la fuerza de su razón, situada como a la derecha, lo impiden. Sin embargo todas las obras buenas y malas, las realiza el alma, como en el verano se originan todos los frutos de la tierra. Dios ha creado al alma dotada de la sabiduría necesaria para gobernar su contenedor, es decir el cuerpo, a través de las cuatro energías que posee, fuego, aire, agua y tierra, con los que también realiza todas las funciones del cuerpo, colaborando con él. El alma, antes de verse mandada a un cuerpo, no realiza ninguna obra, ni tampoco realizará más cuando haya salido de él.

En las articulaciones de los elementos del hombre Dios ha representado los cuatro vientos con sus colaterales, en los hombros, en los codos, en las manos, y en los muslos, en las rodillas y en los pies. Uno de estos, el viento oriental, está unido estrechamente a la fuerza de la aurora, que lleva el rocío del frío de la noche y rocía la tierra. Por la mañana, la aurora resplandece, a primera hora el sol ilumina el día, a la tercera empieza a calentar, y a la sexta alcanza el máximo de su ardor. Esto significa que el hombre, a causa de la buena intención, primero suspira, luego llora, después de las lágrimas emprende las obras buenas, y sucesivamente las lleva a cabo con todo el ardor de la buena intención.

El hombre que arde intensamente en la vida santa hecha de obras buenas, es como el viento meridional, que en un primer momento comienza a vivir santamente, como en la parte oriental, con suspiros y con buenas intenciones. Pero después, a continuación, como en occidente, terminan los combates agitados que permitieron al alma dominar el cuerpo. Es como el calor del sol, que surge en oriente, a mediodía arde en su plenitud, y se reduce al ocaso. Como el oriente y el mediodía participan del calor del sol, así el alma añade virtud a virtud y con ellas cumple todas las obras buenas, como las manos con los brazos. Pero cuando acaba el día, el sol desciende a occidente, como las rodillas del hombre corren con los pies sobre la tierra. Al caer la tarde, la serenidad del día los devuelve cansados y el hombre ya no se alegra de la luz diurna, sino que cansado, se entrega al sueño. Significa que el hombre, cuando actúa según el placer de la carne, ocupado en operaciones materiales y olvidando los bienes celestes, se convierte en una criatura nocturna. Cuando en cambio practica con el alma las santas virtudes en el fuego del Espíritu Santo, encuentra alivio de la concupiscencia carnal en el amor de Cristo.

El alma racional que profiere palabras múltiples con el sonido de la voz, produce muchas ramas, como el árbol. Y de la misma manera que las ramas provienen del árbol, las energías del hombre brotan del alma. Así, cualquiera que sean las obras que ha cumplido con el hombre, se parecen a los frutos del árbol. El alma tiene en efecto cuatro alas, es decir sentido, ciencia, voluntad e intelecto. Con el ala del sentido advierte sus heridas y rechaza lo que la carne quiere, porque siempre es soplo en movimiento. Con el ala de la ciencia incita en el cuerpo el deseo de actuar, porque el cuerpo se da cuenta de que vive a través del alma. Con el ala de la voluntad el alma desea actuar junto al cuerpo, porque se da cuenta de la existencia de este cuerpo. Con el ala del intelecto reconoce los frutos de cada obra, útil e inútiles, porque ella es vida sin fin. Y con estas cuatro alas vuela como un pájaro con ojos delante y detrás gracias a la ciencia del bien y el mal. Vuela hacia adelante, con las buenas obras realizadas gracias a la buena ciencia, y hacia atrás, con las obras malas acabadas gracias a la mala ciencia.

De nuevo sobre la creación del viento del norte y lo que se dice de su rigor y de los daños que produce exteriormente a las criaturas. Como debe ser interpretado en relación a las seducciones de los vicios, con los que el alma y el cuerpo son interiormente aguijoneados por el diablo.

XCVI. Cuando el viento del norte levanta su espantoso torbellino, el viento de oriente le opone resistencia, el occidental le impide soplar más fuerte que él y el viento meridional, que es más fuerte que estos dos, se une a ellos para rechazarlo e impedir al viento del norte superarlo con su soplo. De este modo todos los vientos, de oriente a occidente, oponen resistencia al viento del norte, al que la luz del sol ni roza ni ilumina. El viento del norte es peor que los otros vientos, porque es tenebroso desde que el diablo cayó, cuando Dios lo hundió en el lago de las tinieblas exteriores, dónde quedó inmerso en la oscuridad sin luz. Por él, luego cayó Adán. Los espíritus malignos soplan en todo el mundo el soplo de las tinieblas en que están sumergidos, para inducir los hombres al error. Y lo hacen con la misma maldad con que se contrapusieron a la verdadera luz. Dios no permite, sin embargo, que se presenten a los hombres que viven bajo el sol, tal como son, en su horrible forma. Pero se aparecen a los hombres en cualquier forma de criatura posible, según sus intenciones y costumbres, para engañarlos y alejarlos lo más posible de las obras buenas.
El viento del norte, que perjudica los hombres y los frutos de la tierra y que con sus alas, en el calor del verano, sopla hacia oriente y occidente el frío nocivo con que seca los frutos de la tierra, es parecido a la tenebrosidad y a la maldad de los espíritus del aire, porque estos espíritus, los más malvados, hielan en el hombre el calor del fuego del Espíritu Santo, induciéndolo a olvidarse de Dios. Entonces el alma, vencida en su batalla con el cuerpo, cede a los deseos de la carne, tal como se envuelve un gusano en su capullo y así, envenenada por los pecados por culpa de la baba del serpiente, ya no se acuerda de que es un soplo que viene de Dios. Sin embargo no se queda siempre en estas condiciones, sino que suspira y gime por el abrazo sofocante de los pecados, a los que incluso aspiró, como si fueran grandes delicias. Ya no los ve más bajo el aspecto de placeres, sino mas bien de molestias, y seguidamente, como luchando contra él mismo, se empeña en las obras buenas.
Pero si el hombre se vende a la mala ciencia, y olvidando a Dios y ardiendo de lascivia aprecia el consejo del serpiente, la lujuria estallará aun más fuerte en él, inflamado por el soplo del arte diabólico que lo lleva a engaño diciendo: “Puesto que eres un hombre ¿cómo puedes impedir que tu carne sea agitada por el placer? Además, sabes que puedes volverte de nuevo puro con la penitencia” Un hombre en estas condiciones, parecido al viento que despliega su horror debajo de las nubes, obnubilado en su ciencia y burlado por su mente errabunda, duerme en las tinieblas del olvido de Dios entre sus pecados criminales. Y si se duerme así, con los pecados, olvidando a Dios. Todos cuántos viven en Dios porque viven según la justicia, le consideran parecido a los gusanos más despreciables y repugnantes, de los cuales todos rehuyen.
Por eso dicen de él: “¿Qué hombre es ése, que no se acuerda de ser hombre y vive entre toda esta suciedad?”. Lo rehuyen, entonces, como señal de muerte, examinándose a si mismos para imprimir cada uno el sello del temor de Dios en sus propias acciones para no hacerse parecidos a él, por el terror que han sentido frente al hombre antes descrito. Y le consideran signo cierto de predicción de miserias y perjuicios.
Y como la mano señala todos los objetos gracias al movimiento del brazo, y como los milagros son prefigurados en el movimiento de los elementos, igualmente el hombre

actúa, considerando dentro de si, en el alma, las cosas útiles y las inútiles La variabilidad del viento del norte significa, la inestabilidad de las mentes de aquellos hombres que juzgan lo que es conveniente según la previsión de su misma voluntad, puesto que solo confían en ellos mismos y no en Dios. Por tanto se parecen a la densa nube que no permite ver los rayos del sol, porque eligen y conservan como un tesoro las cosas contrarias a su Creador. Por eso en su oscura maldad son antipáticos a los otros hombres. Del mismo modo que la luna puede aparecer de colores diferentes, así, con el olvido de Dios, ésos hombres asumen la dureza del hierro y se hacen ambiguos y engañosos, de forma que, a los hombres de fe poco firme, se muestran a veces dulces y serviciales, pero luego, engañados por el arte diabólico, caen en la confusión en presencia de Dios y los hombres a causa de sus obras detestables y llenas de malicia.
El viento del norte es peligroso e inútil, porque acoge en sí al ser malvado que se contrapone a Dios, por sentencia del más justo de los jueces. El viento del norte también representa el ardor de la cólera, en la cual, por sugerencia diabólica, el hombre, en el odio de su cólera y alimentado por la maldad, si logra hacerlo, derrama la sangre humana del hombre al que el Espíritu Santo inspira, en lugar de alabarlo con dulces palabras de amor. En su malicia este pecador vuelca el agua de la deshonestidad sobre el que reconoce invadido de sabiduría, y después de machacarlo, sigue su camino. Hace todo lo que puede, a fuerza de mentiras, para deshonrar al hombre caritativo, y destruye en todo sitio la paz, en todas las ocasiones posibles, con palabras duras y pérfidas.
El viento del norte, que está lejos de Dios, acoge todos los vicios de los hombres para agitarlos en su torbellino, como la cebada se separa del trigo, y así este hombre, separado de toda utilidad, felicidad y santidad, carece de todas las virtudes que se afirman gracias a las inspiraciones del Espíritu Santo, y que resultan más bonitas y resplandecientes en relación a su oscuridad, tal como la pared sustenta al hombre que se apoya en ella. Por contraste con sus tinieblas se reconocen todas las cosas luminosas, que concuerdan con la armonía celeste que el Hijo del Hombre sembró en la naturaleza virginal. Y como la sugestión del diablo seduce a los hombres, así también el soplo de viento del norte es para ellos nocivo. Pero cuando el hombre, que ha cometido iniquidad y pecados susurrando con el diablo en la parte izquierda, a causa de la penitencia y conversión coincide con la parte derecha, entonces, como un prisionero liberado del infierno, debido al recuerdo de los mismos pecados se vuelve más fuerte y más santo cuando hace el bien, como la mano izquierda está al servicio de la derecha.

La razón por la cual Dios, cuando suscitó y sacó a Adán de la tierra, decidió en primer lugar que diera frente a oriente, a la derecha el Sur y a mano izquierda el norte. Y encerró en su pequeña y reducida estatura el inmenso mecanismo del mundo entero, y sometió todas las criaturas al dominio y a las fuerzas de sus sentidos.

XCVII. Dios dirigió hacia oriente el rostro de su semilla de justicia, es decir de Adán, cuando le despertó y lo hizo levantar. En su mano derecha estableció la tierra del mediodía, tierra de la felicidad, y en su izquierda las tinieblas exteriores, que tienen el nombre de viento del norte. En Adán puso la fuerza de los elementos y las de todas las demás criaturas, para que con ellas obrara contra el viento del norte donde viven los ángeles caídos que se separaron de Dios porque, negándolo por su propia voluntad, no quisieron que fuera su Dios. Por esta razón Dios quiere que el hombre repudie los efectos del viento del norte sobre su lado izquierdo, que lo rechace, que no lo imite, lo mismo que el hombre que mira con el rostro hacia delante no puede verse la espalda.

Dios quiere que el hombre, combata con todas sus fuerzas de criatura contra la serpiente en la batalla de Miguel. Desea que la parte izquierda olvide completamente el viento del norte, como las tinieblas están completamente separadas de la luz.
Así Dios ha reforzado al hombre con las energías de todas las criaturas, y lo ha revestido como de una perfecta armadura, para que conozca por la vista a las criaturas, las comprenda a través del oído, las distinga a través del olfato, sea de ellas nutridas a través del gusto y les imponga su poder a través del tacto. Por esta razón tiene que saber también que el verdadero Dios es el Creador de todas las criaturas, y no tiene tampoco que intentar combatir contra él, a pesar de que a menudo se engañe por los consejos de la antigua serpiente. Dios no llenó al hombre de todas las energías de que se ha hablado para que no intentase llevar su intelecto al nivel de necedad del ángel perdido. Dios ha formado el cuerpo humano a semejanza del firmamento y de otras criaturas como el fundidor utiliza un molde para elaborar sus piezas. Dios ha dado al gran mecanismo del firmamento medidas rigurosas, y estas medidas las reprodujo en el hombre, aunque el hombre sea pequeño y corto de estatura, como ya se ha dicho. Lo ha creado de modo que cada uno de sus elementos, ajustados juntos, no superen su medida exacta y su peso exacto, a menos que sea por decisión divina. Y ha establecido que sea flexible en numerosos partes de su cuerpo, en el cuello, en los hombros, en los codos, en las manos, en los muslos, en las rodillas, en los pies y en algunos otros miembros.

Múltiples razones, apoyadas en diferentes y oportunos testimonios de la Escritura, para explicar las estaciones y los meses del año en relación a sus propiedades y a su cualidades, al levantarse y al ocaso del sol, y al crecer y menguar la luna. Cómo afecta todo esto a las cualidades del hombre, considerado según las distinciones y las proporciones de sus elementos, según las edades de su vida, y según las propiedades de los humores del cuerpo, desde el punto de vista de lo que es provechoso y de lo que es dañino en los diversos estados de ánimo.

XCVIII. Tal como Dios ha impreso en el hombre la señal de todas las criaturas, así también ha puesto en él el orden de las estaciones. El verano corresponde al hombre despierto, el invierno al hombre que duerme, lo mismo que el invierno esconde dentro de sí lo que el verano ofrece alegremente, de regalo. Así el hombre que duerme se conforta en el sueño para estar listo, una vez despierto, y afrontar cualquier acción con la plenitud de sus fuerzas. Y Dios ha puesto en él la diferencia de los meses, imprimiéndole sus cualidades y virtudes.
El primer mes en el que sol empieza a subir es frío y húmedo, muy variable, y rezuma agua transformada en nieve. Por esta razón sus cualidades están unidas a las del cerebro, que es frío y húmedo, y se purga toda la humedad superflua expulsándola por los ojos, las orejas y las narices. Representa la edad de la infancia, que está privada de malicia y no siente los atractivos de la carne, y por lo tanto es incapaz de herir al alma actuando contra su naturaleza. El alma obra con la alegría de esta condición infantil, es fuerte y potente, es simple e inocente en sus deseos. Mas tarde en cambio, cuando viene a faltar alegría de la inocencia infantil, entra en una condición de gran tristeza, como el peregrino desterrado de la patria. Cuando los humores del cuerpo aumentan, el hombre, corrompido a causa del placer de la carne, abrazando la sensualidad y olvidando a Dios, se alegra y disfruta en el banquete de los pecados. Lo mismo que el sol sube hacia arriba en el curso del primer mes del año, así en su primera edad el alma no es todavía prisionera y tenebrosa, por el placer y el efecto de los pecados. Cuando el hombre es

adulto, y carece de la santidad de las obras justas, se transforma asumiendo costumbres inestables y se endurece en la sordera y en la vanidad. Pero si aquél mismo hombre, gracias a la enseñanza y a la exhortación del Espíritu Santo, vierte una lluvia de lágrimas, sin ignorar ni cansarse de las obras buenas, se purifica de la impureza de los pecados, con el dulce olor de la palabra del bien.
El segundo mes es de por sí purificador y está representado en los ojos. Porque los ojos, cuando están húmedos, purulentos y enfermos, producen a veces ellos solos la propia purificación. El alma en el hombre es como la savia en el árbol, porque, como todos los frutos del árbol crecen gracias a la savia, así todas las obras del hombre se cumplen por la acción del alma, y cuando sus venas y médulas se han llenado, el hombre empieza a actuar según los deseos de la carne, pero después de haber actuado, obligado por la naturaleza espiritual del alma, a menudo se entrega al llanto. Así, considerando con el ojo de la ciencia como ha comenzado a pecar y ha continuado hasta el final sin hacer penitencia, purificado de toda suciedad, se aplica con atención a evitar pecados ulteriores.
El tercer mes, que por su naturaleza tumultuosa trae tempestades, esconde pestes y dispersa con los fuertes vientos todas las semillas de la tierra. Corresponde a los oídos, en los que se difunde el sonido de todas las cosas útiles e inútiles, lo cual incita al movimiento del cuerpo. De manera parecida, el alma está en conflicto contra las mismas energías naturales en el cuerpo, el cual por la acción del alma se mueve, se llena de fuerzas y se entrelaza por las venas. Cuando el hombre está en la plenitud de su juventud es parecido a un árbol, que primero se hace fuerte y luego da frutos. El hombre tiene en sí las tempestades de sus costumbres inquietas, cuando comprende lo que puede hacer, porque su médula es rica y sus venas están llenas. Entonces su alma se hace sentir con voz quejumbrosa y llorosa, porque su dolor por los pecados aumenta cada vez más, porque ella es el principio vital que mueve todas las acciones humanas. Y ese hombre, deseando verse alabado más de lo justo, al reputarse sabio se vuelve más tonto, cuando su temeraria soberbia se convierte en herida purulenta y se ve empujado a la mentira. Entonces no goza de aquella reputación de honestidad y de aquel buen nombre que él en cambio querría tener. Por esta razón llora y se entristece el alma en que se refleja el efecto de todas las acciones, buenas y malas, como en los oídos repican las noticias útiles e inútiles, y cuyas energías permiten de cumplir cualquiera acción. Cuando sin embargo, después de que por gracia de Dios la efervescencia de la mente juvenil se ha reajustado, se vuelve a la parte mejor de si mismo y enmienda sus pecados, entonces el alma, que antes estuvo triste y que inspira en el hombre con su soplo todas las cosas, útiles e inútiles, lo empuja a la penitencia por sus acciones malas e inútiles, y por las acciones buenas y útiles le hace feliz como si estuviera en el paraíso.
El cuarto mes, en cambio, es verde y lleno de perfumes pero también hace sonar espantosamente el trueno, representa a la nariz, donde la respiración del alma percibe el olor y rechaza todas las cosas que el hombre elige con temor. Este mes se puede considerar también parecido al hombre que en su ciencia, a causa del soplo de la razón, ha elegido sabiamente la fecundidad de las obras buenas, pues en él todos los frutos reverdecen, y es perfumado, porque su reputación de bondad y utilidad en alabanza a Dios se difunde por todas partes como un dulce perfume. Sin embargo el alboroto producido por los hombres perversos e indeseables a menudo rechaza sus virtudes y obras buenas y le llaman injusto y malvado, como los judíos mintieron afirmando que el nuestro Señor Jesucristo era injusto y manchado de culpas, aunque sabían que era santo y justo en todas sus acciones. A veces este mes hace sonar el trueno con peligro y temor, sin secar sin embargo el fruto de la tierra. Del mismo modo, las energías y las

virtudes del hombre santo no se secan a causa de estos males, pero perecen quienes se ponen furiosos. Y así el hombre, cuando por las narices atrae a sí, eligiendo con la respiración de la racionalidad, los olores más dulces y nobles y rechaza aquellos fétidos e inmundos, será gratificado por los premios eternos y honrado por la alabanza de los hombres, mientras que, quien no eche de menos los premios celestes, nunca podrá recibir la verdadera alabanza de los hombres en la tierra. El que teme y aprecia a Dios, protege su entendimiento de todo mal, como el hombre aleja la nariz todo lo que es inmundo y maloliente.

El quinto mes es suave, dulce, glorioso por todos los frutos de la tierra, como es dulce y agradable el gusto que reside en la boca, porque por el gusto se reconocen y se saborean las cosas con que el hombre se alimenta con alegría. Así, la razón es al mismo tiempo la columna vertebral y la médula de los cinco sentidos, que sustenta y dirige a la acción, como la tierra, volteada por el arado, brota y se hace fecunda. Efectivamente la vista, es decir el sentido que pertenece al ojo, gracias al cual el hombre ve y conoce todas las cosas, tiene, con justicia, la primacía entre los demás sentidos. Por su posición, está situado más arriba que los otros sentidos y percibe mejor que los demás las cosas más lejanas. Por esta razón la vista de los ojos es manantial de alegría y gloria, porque con su ayuda el hombre distingue las cosas útiles de las inútiles, reconociéndolas y haciendo su elección. El quinto mes, es decir mayo, tiene un olor dulce de flores, y por ello se alegran los corazones de los hombres porque en este mes se originan todos los frutos de la tierra con que el hombre se alegra. Así el hombre, conociendo naturalmente cada característica de la naturaleza con la vista de los ojos, discierne con la agudeza de la razón la diferencia entre las cosas que ve. Y la riqueza de frutos que pertenece a este mes es parecida al gusto que reside en la boca, gracias al cual, el hombre conoce las cosas útiles para su alimento.

El sexto mes es seco por el calor. Favorece el desarrollo de los frutos con un aire templado que estimula la maduración en los frutos y a veces produce lluvias abundantes. Esto se representa en los hombros del hombre, caracterizados por la aridez y el calor y por sustentar toda fatiga. Llevan a cabo todas las acciones y mantienen junto todo el cuerpo aunque, sin embargo, solicitan a veces el descanso en lugar de la fatiga, como cuando el pájaro repliega sus alas por el cansancio, y la raíz del árbol mantiene sus ramificaciones. De la misma manera el segundo sentido, es decir el oído, tiene la función de comprender las palabras que escucha, como una minúscula pluma de las alas de la razón. Por que ocurre que, cuando los oídos oyen la voz de una criatura, el hombre se da cuenta de qué criatura es y dónde se encuentra, y por esta razón se pone con más atención a buscarla. La energía del alma que percibe por los oídos ni se cansa de escuchar, ni se sacia ni se hastía, si no que tiene mucho deseo de conocer y observar muchas cosas. Así el sexto mes, que no es húmedo, multiplica el tamaño de los frutos producidos con el dulce calor y empieza a hacerlos madurar. Y del mismo modo que en este mes las lluvias torrenciales se vuelcan acompañadas por peligrosos ruidos de trueno, infundiendo temor, así también, entre las noticias sobre los hechos humanos que el oído recibe tranquilamente, muchas de ellas las acoge con horror y tristeza.

El oído constituye el principio del alma racional porque, igual que las palabras que se escriben, primero se dictan, así todas las cosas que el hombre tiene intención de cumplir son primero dictadas al oído y luego llevadas a término. El alma, sin embargo, está obligada a realizar todas las acciones, buenas y malas, útiles e inútiles, y no puede gozar completamente de todas porque el oído le provoca suspiros y lágrimas desde que el hombre deja de hacer el bien. También los hombros, que sustentan la humedad de las entrañas y los otros elementos del hombre, y todo el cuerpo entero, tienen también semejanza con el oído, que es el principio del alma, gracias a la cual lleva a término

todas sus obras, como todos los fardos se llevan sobre los hombros. Tal y como las entrañas están unidas recíprocamente, así las obras del hombre están en conexión la una con la otra. Debido a las obras buenas, a partir de las que se deduce la existencia del mal, el alma se alegra, mientras se entristece por aquellas malas, por las cuales se llega al conocimiento del bien y así, cuando se encuentra en la alegría, esta se transforma pronto en tristeza. Por tanto, el alma busca el descanso, como el hombre desea a menudo aquella quietud que no puede tener. Es la razón por la que el alma, fatigada por permanecer mucho tiempo en el cuerpo, es acogida por sus obras buenas en los eternos tabernáculos, mientras que por el mal realizado es enviada como merece a los lugares de castigo.

También el séptimo mes, gracias al ardor del sol, tiene gran fuerza y devuelve los frutos de la tierra madura y los reseca, y es tórrido con cualquier tiempo, sequía o lluvia. Corresponde a los codos, que son fuertes para colaborar con los hombros y las manos con que el hombre recoge cuanto le es necesario. El hombre percibe, gracias al olor, la naturaleza de cada cosa, distinguiendo y reconociendo cuál es útil y cuál inútil, y las que favorecen a la conservación de su naturaleza las elige y las recoge, y con ellas se mantiene en equilibrio, una vez secados los humores nocivos, para que salud se acreciente y los humores debiliten a la sangre por la corrupción de su fluido. El hombre, asimilando todas estas características con su ciencia, consciente de sus efectos, intenta aprovechar su poder para eliminar la corrupción de los humores y mantenerse en la fuerza de la salud, para ello, prepara estas cosas con discernimiento y fuerza, como son fuertes los codos del brazo, gracias a la colaboración de los hombros y las manos. En su mente, además, conserva los conocimientos que conciernen la salud y así prepara todo lo que pueda servirle, como todos los frutos alcanzan la madurez en este mes para poder ser cosechados.

El alma, soplo que viene de Dios, sigue un camino ardiente, como la sabiduría recorre la vuelta del cielo con un camino de fuego. Por este motivo, con los siete dones del Espíritu Santo y con los cinco sentidos, el hombre inicia y lleva a término todas sus obras por acción del alma, al igual que el séptimo mes lleva a la maduración todos los frutos de la tierra. Y estas obras pueden ser hechas para alabanza, como del lado derecho, o para confusión, como del lado izquierdo, igual que los frutos al final en parte maduran y en parte se secan. Efectivamente, a menudo se ocasiona una efusión de lágrimas en la amargura de la penitencia debido al recuerdo de los pecados, como en las fuertes energías del león, que es superior a todos los animales y así el hombre pisa todos sus vicios y pecados aplicándose con fuerte intención, y gracias a la sabiduría con la que conoce a Dios, a llorar, por las obras pecaminosas con que se alejó de Dios. El alma por su parte, con sus suspiros, por la exhortación del Espíritu Santo sostiene y mueve las energías del hombre cuando lo empuja a recoger en la penitencia toda la fecundidad de las virtudes para limpiar las heridas de los pecados, y por esto se alegra, puesto que siempre desea llegar a los tabernáculos eternos y permanecer siempre en ellos.

El octavo mes es en su fuerza como un gran príncipe que gobierna todo el reino con plenitud de poder. Por esta razón enseña su alegría y, aunque ardiente por el calor del sol, también produce rocío a causa de presencia de un poco de frío. Y cuando el sol ya desciende hacia abajo, son terribles sus tormentas. Sus cualidades se manifiestan en las manos del hombre, que llevan a cabo muchas obras y tienen en sí el poder de todo el cuerpo, porque atraen hacia sí todo lo que pueden y lo custodian como un tesoro, así que el hombre a menudo es alabado por la obra de sus manos. Análogamente, gracias al gusto que reside en la boca conoce más perfectamente que con los otros sentidos las energías de las comidas con las que se alimenta y las domina con el poder de su ciencia,

tal como este mes es grande en su fuerza. El hombre también se alegra de poder distinguir sabiamente cual de las sustancias naturales frías y calientes favorecen a su salud, lo mismo que este mes contiene en sí el ardor del sol y el frío del rocío. También se mantiene con su ciencia, lejos de las cosas peligrosas e inútiles, recoge aquellas buenas y útiles, como las manos llevan a cabo obras loables con la fuerza de la honradez, y como el arquitecto construye, con el poder de su arte, todas las habitaciones de su casa, en la que conserva con sabiduría todas sus pertenencias.
El alma luchadora penetra con sus deseos los afanes ilícitos del hombre y consigue la victoria, y al recorrer en su camino de fuego la misma órbita, sube desde el principio de esta batalla, hacia la cumbre. Combate contra los deseos de la carne con el escudo de la fe y con la armadura de todas las virtudes, y cuando los ha derrotado, se alegra como un héroe guerrero por haber derrotado a sus enemigos con su voluntad y esfuerzo. Ardiendo en el calor del verdadero sol, el alma hace suspirar al hombre para que se derrita en llanto en el frío de la verdadera penitencia, que seca todos los pecados. En efecto, el hombre desciende con la humedad de las lágrimas a la humildad de la penitencia, donde encuentra innumerables dificultades, considerándose nada más que barro, hasta el punto de apenas esperar la salvación de su alma. Pero el alma le enseña enseguida la cruz y todos los sufrimientos de Jesucristo, que lavan los pecados y lo levanta en la esperanza. Y por esta penitencia el alma reflorece mientras el hombre sube de virtud en virtud, y por cada clase de pecados que cometió produce flores de obras buenas y santas virtudes sin nunca cansarse. Con la penitencia, se eleva, y se fortalece cada día más, y acumula obras buenas y santas, por lo cual toda la multitud celestial manifiesta el propio gozo alabando a Dios.
El noveno es el mes de la maduración, el tiempo en él no es tan terrible y elimina todo jugo nocivo de los frutos buenos para comer, conservándolos tan seguros como en una alforja. Por esta razón es parecido, en sus cualidades, al vientre del hombre, donde todo lo que se traga sufre un proceso de cocción por el calor del hígado y las demás entrañas, para mezclarse con calor y frío, y ser luego debidamente expulsado en el modo establecido. Pero a veces, este procedimiento se altera por una enfermedad, como este mes puede perturbarse si el curso de la estación se adelanta. El hombre con el sentido del tacto reconoce que cosas están maduras y comestibles, para no enfermar a causa de las molestias provocadas por los humores inmaduros, justo como este mes elimina el jugo nocivo de los frutos. El hombre cuida también de no alimentarse desmedidamente, sino de manera correcta y en cantidad suficiente, para que sus humores no se transformen en repugnante podredumbre, y también recoge con cautela cuánto pueda serle útil, como se conserva atentamente un objeto querido para que no lo roben. Así pues, en el vientre, el hombre es parecido al tacto. El vientre expulsa lo que ha introducido después de haberlo digerido con calor y frío bien regulados, lo mismo que en este mes llegan a la maduración todos los frutos, cuyo jugo mas tarde se seca.
Por su parte el alma, perturbada por muchas guerras, preocupaciones y apuros a causa de la culpa de Adán y de las batallas de su carne, sube con alegría con las obras buenas hacia las realidades celestes, y con las obras malas desciende entristecida. Ella se ha vestido con una coraza espesa, entrelazada y anudada con mucha diligencia, es decir la paciencia, para que ninguna flecha pueda perforarla, y se preocupa de que el hombre, en el recorrido ascendente de las obras buenas, o bajando los peldaños de la verdadera humildad, atribuya lo que ha hecho de bueno al que es el sumo bien por el cual tiene la gracia. Cuando el hombre se encuentra inmerso en una tristeza tan grande por sus pecados que desconfía de la salvación de su alma, entonces, de nuevo, el alma que lo sustenta pacientemente, le cuenta que Dios ha asumido el cuerpo humano para la salvación del hombre, y de la duda lo reconduce a la esperanza, como está escrito: “Si

subo al cielo, allá estás tú eres, si bajo a los infiernos, os encuentro” (Sal. 139,8). Esto se interpreta así: ¡Oh Dios!, toda la elevación de los santos y sus obras celestes que enciendes con tu fuego es obra tuya, porque infundes al hombre el rocío de la compunción del corazón en tu amor, gracias al que todas las otras virtudes luego florecen lozanas. Aun cuando descendiera a la profundidad de los pecados, mereciendo las penas infernales por haberme olvidado de ti, si en la verdadera penitencia suspirase gritando hacia ti, tú me untarías con las gotas de tu sangre y me salvarías. Eres mi liberador y mi salvador”.

La paciencia junto a la humildad se encuentran arriba, donde derrotan a la soberbia, y también se encuentran en las tinieblas del pecado, dónde exhortan al hombre a no desesperar de la misericordia de Dios por sus culpas, y por eso mantienen todas las obras en la justa moderación como conservándolas maduras, salvan las que se cumplen en la santidad defendiéndolas contra la vanagloria, y salvan las que se ocasionan en el barro del pecado liberándolas de la desesperación. La paciencia se encuentra en el camino correcto, para que no abandone las cosas celestes y no desprecie las cosas terrenales. Desprecia todas las tentaciones con las que el diablo intenta corromper la luz verdadera, que es Dios, y en todo esto no se deja llevar por un exceso de alegría, ni cae en la tristeza, aunque a veces sea perturbada por el engaño del diablo, a quien resiste valientemente con el escudo de la fe.

El décimo mes es parecido a un hombre que está sentado, porque ya no desea más energías, y no anuncia el calor, sino que desviste las ramas de los árboles y rezuma frío. Es lo mismo que el hombre, cuando está sentado se encierra sobre si mismo para evitar el frío, y siempre en este mes se coloca encima el vestido, porque los vestidos le dan calor. Según este ejemplo, el hombre, cuando empieza a estar frío a causa de la vejez, se vuelve más sabio que antes, se cansa de costumbres pueriles y, en esta edad madura, deja secar los cambios que provienen de costumbres necias y lascivas, evitando la compañía de los necios para no engañarse con su ignorancia. Los inútiles y múltiples humores del placer de la carne disminuyen en él a causa del frío de la edad, como este mes, que no tiene la alegría de la verde vegetación, sino más bien ramas desnudas debido a su frío y aridez.

El alma, además, respiración viviente y prudente creada por Dios, que es la verdadera sabiduría, enseña al hombre a mantener con firmeza todo lo que viene de Dios y a hacerse santo con sus fuerzas por la gracia de Dios, y a someter el cuerpo al propio dominio y producir por él la satisfacción en el bien, del mismo modo que una señora hace con la sierva. Si en fin, a veces la carne, también en un hombre de esta naturaleza, está perturbada por el gusto del placer, el alma se sorprende indignándose y extingue aquel veneno en sus venas y en su médula. En fin, por la gracia del Espíritu Santo, lo retiene y vigila cautelosamente para que no se entregue a los pecados, confortándolo con la doctrina de las escrituras para conducirlo de los vicios a las virtudes.

El undécimo mes se encorva y entrega el frío, y no muestra en sí la alegría del verano, sino la tristeza del invierno, cuando el frío cae sobre la tierra y la convierte en espuma cenagosa, fenómeno que el hombre imita cuando dobla las rodillas para no verse traspasado de frío. Por esta razón, cuando dobla las rodillas en la tristeza, acentúa en su corazón los pensamientos de dolor y se considera barro, no espera ya más alegría, porque en su tristeza se acuerda que en el regazo materno las rodillas del hombre están dobladas naturalmente. Igualmente, cuando el hombre envejece se debilita por el frío y, no teniendo ya la alegría de la juventud, se entristece por los inconvenientes de este secarse suyo, y se aflige por la delgadez y la afluencia de humores inmundos. Por miedo al frío todos los viejos, fríos por naturaleza, recogen sus miembros frente al fuego para calentarse. Así este mes, lejos de la alegría del verano porque todos sus días

están fríos, se parece a las rodillas que el hombre dobla en la tristeza, cuando recuerda su origen, es decir del tiempo en que se sentó con las rodillas plegadas, como prisionero en el vientre materno.
Incluso si el alma, con sus fuerzas y gracias a su acción, consigue ventaja sobre el hombre, y este abandona en parte las actividades pecaminosas, no puede sin embargo impedir que desee pecar. Entonces se queja dentro de su recipiente, es decir de la carne en que habita, porque ella invade todo el cuerpo y lo mueve, como el viento que sopla dentro de una casa hace temblar las paredes y pasa por grietas y ventanas. Pero cuando el hombre se envuelve en las tinieblas de los pecados como el gusano en su agujero de barro, entonces el alma, situada en las venas y en la médula junto al resto de los miembros, empieza a desfallecer porque no se calienta con el fuego del Espíritu Santo y, ya que no puede producir obras que la hagan feliz por la naturaleza carnal, se queja sin cesar, porque está fuera de la luz diurna de la santidad. Olvida cual es su verdadera naturaleza y de dónde ha venido. El lamento del alma está lleno de dolor cuando se encuentra alterada por el abandono de su naturaleza espiritual porque, no estando ya inflamada por la gracia del Espíritu Santo, consiente en cumplir, aunque de mala gana, las obras que el cuerpo la solicita. Por esta razón, operar contra su voluntad la produce una gran tristeza, lo mismo que el cuerpo también experimenta tristeza cuando es obligado a actuar según la naturaleza del alma.
El duodécimo mes también es muy frío, de un frío potente, que solidifica la tierra endureciéndola, la reviste toda de fría escarcha y la convierte en terreno laborioso y fatigoso para el cultivo. Por esta razón en estas cualidades distinguimos los pies del hombre, que pisan y dispersan muchas cosas por aquí y por allá, contribuyendo a revolver la tierra, y no pueden levantarse por encima de ella, sino que están sobre su superficie. De este modo el alma del hombre que ha esparcido la sangre de su prójimo en la cólera o lo ha herido en el curso de una riña, se encuentra manchada gravemente junto al cuerpo. Como el cuerpo queda frío y falto de todo calor, cuando lo abandona el alma, así ella, al carecer del calor de los dones del Espíritu Santo y endurecerse por la cólera, se olvida de su naturaleza. En esta condición, llega a la presencia de Dios manchada de sangre, que la rechaza como rechazó a Caín, manchado con la sangre de su hermano. En la cólera, en efecto, la sangre del hombre se desborda.
Por esta razón, privado de su recto sentir, se vuelve casi loco a causa de los desordenes irracionales de la cólera y la blasfemia, y con el corazón y con la boca llenos de envidia hacia su hermano, en cuánto está en su poder, arranca toda la felicidad, y destruye, con el pensamiento y la palabra, todo el bien del hermano. Por tanto, es un homicida en la presencia de Dios a causa de la maldad y el odio que engendró en su alma. Él está encima del hermano rechinando los dientes, echándole encima palabras llenas de malicia que en su corazón ya ha pronunciado con odio, y por la dureza de sus injustos caminos, no puede tener en si ninguna dulzura de santidad y no puede sembrar la semilla de las obras buenas. Y a causa de esta dureza, que en él persiste sin tregua, no tiene nunca un suspiro de deseo de las cosas celestes. Por esta razón, la ceguera le aleja de las obras buenas y de la ciencia pura y santa. No tendrá nunca las alegrías de la santidad que ha desperdiciado en su cólera. Es parecido a un camello cargado con los fardos repugnantes de los pecados de los que está contaminado.
De este modo las energías y las cualidades de los meses se relacionan con el hombre. Por tanto el salmista, por mi inspiración, afirma:

Palabras de David en el Salmo CIII que se refiere a estos argumentos.

XCIX. “Hizo la luna para marcar los tiempos, conoce el sol su ocaso”. (Sal 104,19) Esto se interpreta así: Dios estableció que la luna cambiara según el tiempo para proveer alimento a todas las estaciones como la madre nutre al niño, primero con la leche, luego con la comida sólida. En su fase menguante, la luna es débil, por lo cual nutre como con leche a las estaciones, mientras en la fase creciente las nutre como con comida sólida. Dios tiene establecido que el sol resplandezca sobre la tierra antes de ponerse debajo. Por esta razón resplandece sobre la tierra durante el día, como el hombre durante el día está despierto y tiene los ojos abiertos, mientras por la noche se encuentra debajo de la tierra, como el hombre por la noche duerme con los ojos cerrados. Así, el hombre terrenal en la carne está de acuerdo con las realidades inferiores, mientras en el alma que es celeste, está de acuerdo con la altura del cielo: El hombre conoce la evolución de los tiempos, porque está vivo y se mueve gracias a todas estas cosas.

Él hombre, creado a imagen de Dios y sentado como un señor sobre el trono de la tierra, dominador de todas las criaturas que han sido hechas por él, es la plenitud de la obra divina en la cual Dios se complace. Cada uno de los dos sexos ha sido hecho para que viniera en ayuda y fuera consuelo del otro, el hombre tiene la forma de la divinidad de Cristo y la mujer, de su humanidad.

C. Cuando Dios vio al hombre, se complació, porque lo creó considerándolo vestido de su imagen y a semejanza de sí mismo, para que con la trompeta de la voz dotada de razón anunciara todos sus milagros. El hombre es la plenitud de las obras divinas, porque conoce a Dios y porque Dios ha creado todas las criaturas por él y, en el beso del verdadero amor le ha concedido el anunciarlo y alabarlo con la razón. Pero al hombre le faltaba una ayuda que fuera parecida a él. Por eso Dios le dio esta ayuda, espejo de su cuerpo, que es la mujer, en la cual estuvo contenido, invisiblemente, todo el género humano que debía generarse en la energía de la fuerza de Dios, así como el primer hombre fue hecho en la misma energía de su fuerza. El hombre y la mujer están en relación tan estrecha el uno con la otra, que la obra de uno se cumple a través de la obra del otro: porque el hombre sin la mujer no se llamaría a hombre, ni la mujer sin el hombre tendría el nombre de mujer. La mujer es la obra del hombre y el hombre es el rostro del consuelo de la mujer, y ninguno de los dos puede existir sin el otro. El hombre representa la divinidad, la mujer la humanidad del Hijo de Dios. El ser humano se sienta sobre el trono de la tierra y manda a toda la creación, que le obedece y es sometida. Es superior a todas las criaturas como David por mi inspiración afirma:

Palabras de David en el Salmo CIX y su comentario. Cómo deben ser entendidas en relación a la Encarnación y a la potencia de Cristo y a la sumisión de sus enemigos.

CI. “Oráculo del Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha, hasta que Yo ponga tus enemigos como estrado de tus pies” (Sal 110, 1) Esto se interpreta así: El hombre pronuncia estas palabras: “El que es Dios y Padre de todo se dirigió a su Hijo encarnado, a quien el Padre le ha dado todo el poder en el cielo y en la tierra para ser mi Señor, pecador como soy: reina, tú que estás a mi derecha, reina sobre el hombre que

está mi derecha, porque he sometido al hombre a todas las criaturas, sométela a ti con la fe, para que abandone los ídolos y se convierta a su Creador, es decir al verdadero Dios. Harás esto hasta que ponga a los rebeldes, enemigos tuyos, faltos de fe, como escabel bajo tus pies, porque te los someteré a perpetuidad y haré que adoren las huellas de tus pasos. Cuando se conviertan, abandonando su infidelidad, reconocerán en Ti al verdadero Dios"
Así Dios, por su Verbo, creó todas las criaturas, y el Verbo se revistió de carne de hombre, porque el hombre es la derecha de Dios y en él está encerrado su poder. El Verbo, que es el Hijo del Padre, ejerce sobre el hombre su dominio hasta que esté completo el número de sus hermanos, lo que ocurrirá en el día del juicio. Entonces la fila de los diablos, con todos sus seguidores, será puesta bajo de él como un escabel y así también quedará después del fin del mundo. Y entonces se verá y se reconocerá quién y de que naturaleza es Dios, porque Satanás mismo será pisado como un escabel y completamente privado de fuerzas.

El hombre tiene grabados en los cinco sentidos las señales de la omnipotencia de Dios. Tiene que conocer y adorar a su Creador que es uno en la Trinidad y trino en la unidad. Por esto ha sido creado y rescatado después de la caída, para que fuera el señor del mundo y en el cielo diera vida al décimo coro.

CII. Dios reina en el cielo con el poder de toda su potencia, ilumina a las estrellas, y examina a las demás criaturas. Y el hombre se sienta sobre el trono, que es la tierra, y domina las otras criaturas, porque tiene grabadas las señales de la omnipotencia de Dios.
Estas señales son los cinco sentidos del hombre que provienen de la potencia de Dios, con los que el hombre entiende y siente que tiene que adorar con recta fe la Trinidad en la unidad, y la unidad en la Trinidad en Dios. La adoración de Dios es el ornamento de los nueve coros de los ángeles, de los cuales fue expulsada y destruida la fila de los diablos. El hombre en realidad es el décimo coro, que Dios mismo restauró poniéndolo en el sitio de los ángeles caídos, porque Dios quería hacerse hombre. Su humanidad es la torre donde caminan los que forman parte del décimo coro. Pues, como ya se ha dicho, Dios ha representado en el hombre tanto las criaturas superiores como las inferiores. Y el hombre, después de haber sido invadido por el aliento de la vida, que es el alma, se levantó y conoció todas las criaturas, y las acogió en su ánimo con amor fuerte.

La naturaleza del alma es de fuego y encierra en sus energías muchas posibilidades de acción. A través del alma conoce a Dios, gobierna su propio cuerpo, lo hace sensible y lo mueve a cumplir las obras.

CIII. El alma del hombre es de fuego que calienta y vivifica todo el cuerpo, y por esta causa el hombre está dotado de sangre. El alma además sigue los caminos del viento, porque lleva la respiración dentro del hombre y la emite fuera. Cuando lo lleva al interior, el hombre se seca, lo cual es útil, porque su carne adquiere salud a causa de esta acción secante, y cuando lo emite fuera, el fuego interior del hombre se debilita y manda calor al exterior. De ello se deriva que todo el cuerpo esté dotado de

sensibilidad, para poder permitir al hombre vivir y dominar los cinco sentidos con sus funciones. Si el calor no saliera al exterior, el fuego del alma ahogaría el cuerpo, lo mismo que cuando el fuego devora una casa.
Gracias a las fuerzas del alma el hombre se reviste de carne y de sangre y alcanza su completo desarrollo, igual que los frutos de la tierra maduran gracias al soplo de los vientos. Como es de fuego, el alma reconoce tener un Dios. Y como es respiración espiritual, comprende que puede servirse del cuerpo para actuar. Por eso Dios le ha mandado hacer sus obras con justicia y no mirar al abismo del norte, donde el primer ángel quiso reinar y cayó. Efectivamente, cuando hubo reunido voluntariamente todo el orgullo y toda la soberbia de que era capaz, enseguida voló velozmente en dirección al norte, haciendo todo lo que quiso y de cualquier modo. El orgullo y la alada soberbia son parecidos a las aguas que ningún barco podrá surcar nunca, porque son desagradables a Dios y a los hombres, y lo destruyen todo. Por esta razón sus obras fluyen fuera sin que la caridad las traspase, porque no pueden querer ni ser queridas por los corazones fieles, sino quieren apoderarse de lo que no tienen y dar órdenes a aquellos sobre quienes no tienen ningún poder. Por eso están destinadas a la ruina.
El alma, pues, es la señora de la casa del cuerpo, en el que Dios ha formado todas las habitaciones de las que ella tuvo que tomar posesión. Nadie puede verla, como ella no puede ver a Dios mientras esté en el cuerpo, sino en la medida en que lo ve y lo reconoce mediante la fe. El alma actúa en el hombre con todas las criaturas que han tenido origen de Dios, de modo que, como la abeja construye en su colmena el panal de miel, el hombre puede llevar a cumplimiento su obra, comparable a un panal, con la ciencia del alma, que es como el dulce líquido que lo llena. Y ya que ha sido mandada por Dios, pone en el corazón, y luego recoge en el pecho, los pensamientos que pasan posteriormente a la cabeza y a todos los miembros del hombre. Además penetra en los ojos, que son las ventanas por las que conoce a las criaturas ya que, estando llena de racionalidad, distingue solo con el nombre las energías de estas criaturas. Por consiguiente el hombre lleva a cabo sus obras para satisfacer todas sus necesidades según la voluntad de sus pensamientos, porque cuando el viento de la ciencia del alma se mueve en el cerebro, desciende transformándose en pensamientos del espíritu, y así se cumple la obra de la voluntad. El alma, en su ciencia, siembra lo que realizan los pensamientos, y estos actos se cuecen por el fuego del alma adquiriendo ese gusto juiciosamente apreciado.
Y todavía el alma introduce dentro del hombre el alimento de las comidas y las bebidas para restaurar la carne. Gracias a sus energías, el hombre ordena y dispone como tiene que desarrollarse y asumir consistencia en las diversas partes de su cuerpo, y llena las entrañas con sus fuerzas. El alma no es de carne ni de sangre, pero llena una y otra para que vivan con ella, porque ha sido creada racional por Dios, que ha inspirado la vida al primer hombre hecho de barro. Por eso el alma y la carne son una única obra en dos naturalezas. Al cuerpo humano el alma le aporta el aire en el acto de pensar, el calor para reunir las fuerzas, el fuego para sustentarlo, el agua en hacerlo crecer, la fecundidad en reproducirse, como ha sido establecido desde la creación del primer hombre, y está en todas sus partes, arriba y abajo, alrededor y dentro del cuerpo. Así está hecho el hombre.

Dios juzgará al hombre según sus obras y lo destinará a la vida o al castigo. Y el alma santa, completamente desnuda del cuerpo, verá a Dios, al que ahora no puede ver porque se lo impide la corrupción de la carne. Y esperará el día del juicio con el deseo

de recobrar su amado vestido, es decir su cuerpo, para poder gozar junto a los ángeles de la contemplación de Dios y alabarlo sin fin.

CIV. Cuando el hombre obra con rectitud, los elementos siguen también sus caminos rectos, pero cuando realiza, en cambio, acciones injustas, llama sobre sí los castigos que los elementos le puedan infligir. El cuerpo actúa junto con el alma según la voluntad del propio deseo, y Dios juzga al hombre según sus acciones, destinándolo a la vida o al castigo. Y el alma penetra todo el cuerpo con el pensamiento, la palabra y los suspiros, como el viento cuando sopla en cada rincón de una casa. En el hombre, cuando el cuerpo actúa junto al alma, este cuerpo es pesado, delimitado en el espacio, e incapaz de levantarse de tierra, pero en cambio, cuando el cuerpo se renueve junto al alma viviente, es decir después del fin de los tiempos, entonces será ligero y capaz de volar como un pájaro con las alas. El alma, por su parte, mientras está en el cuerpo, tiene el sentimiento de Dios, porque viene de él, y durante todo el tiempo que desarrolla su función en las criaturas, no puede ver a Dios, pero después de haber salido fuera de la cárcel del cuerpo, cuando se encuentre en la presencia del Dios, entonces conocerá su naturaleza y cómo estaba unida a Dios mientras vivía en el cuerpo.
Y ya que el alma conocerá entonces la gloria y el tamaño de su honor, reclamará su morada, su cuerpo, para que experimente su gloria junto a ella. Por esta razón esperará el último día con deseo ardiente, porque ha sido desvestida del vestido que amaba, es decir, su cuerpo, en el que contemplará el rostro de Dios en la plenitud de la gloria junto con los ángeles, pero sólo después de haberlo recobrado. Después de que esto haya ocurrido, de nuevo los ángeles se inflamarán en celebraciones de alabanza, como el primer día se inflamaron por la victoria conseguida en su combate. Después del fin de los tiempos, la alabanza de Dios será perfecta, cuando los ángeles alaben los últimos milagros de la obra de Dios, es decir el hombre, haciendo resonar las cuerdas de la cítara para celebrar con ellas la gloria y la alegría, y no se cansarán ni se debilitarán en esta celebración sin fin. Y como los ángeles sentirán el deseo de mirar para siempre el rostro de Dios, nunca dejarán de admirar la obra de Dios en el hombre. Tal como ya se ha dicho, la forma del hombre hecha de alma y de cuerpo, es la obra de Dios que contiene la totalidad de las criaturas, como Juan ha escrito, inspirado por mi Espíritu, con estas palabras:

Comentario al primer capítulo del Evangelio según Juan, de las palabras: "Al comienzo fue el Verbo", hasta: "lleno de gracia y de verdad". En este comentario se trata de la eternidad del Verbo de Dios; del modo en que las criaturas antes de existir ellas mismas estuvieron en el pensamiento del Creador sin serle coetáneas; de la creación de los ángeles y la venganza de la cólera de Dios contra los espíritus traidores; de la decisión de hacer el hombre a imagen de Dios, y como resplandece la fuerza del poder y la luz de la sabiduría del Creador en la obra del cuerpo humano; de la Encarnación de Dios y las palabras de doctrina y los ejemplos de justicia que dio al mundo; y además de la redención del hombre caído, y la felicidad que lo espera después de esta vida.

CV. "Al comienzo fue el Verbo" (Jn 1,1) Esto se interpreta así: Yo, que no tengo principio, de quien todos los principios proceden, yo que estoy en lo antiguo de los días, digo: Yo soy por Mí mismo, soy día que no tuvo origen en el sol, sino que ha encendido el sol. Yo soy razón, no la que viene de la palabra de otro, sino aquella por la

que toda racionalidad vive y respira. Para contemplar mi rostro he hecho los espejos en que observo todos los milagros imperecederos de mi eternidad y he dispuesto estos espejos para que concuerden entre ellos en las celebraciones de alabanza, porque tengo la voz del trueno, con la que animo a todo el mundo con las voces vivientes de todas las criaturas. Éstas son las obras realizadas por Mí desde el comienzo de los tiempos, porque por mi Verbo, que siempre estuvo en Mí y está en Mí sin principio, ordenó que apareciera un gran resplandor y junto a él innumerables chispas, que son los ángeles. Pero ellos, en cuanto se dieron cuenta de su misma luz, se olvidaron de Mí y quisieron ser como Yo soy. Por eso, en un estruendo de trueno, la venganza de mi cólera contra la soberbia con que se habían enfrentado a Mí, los precipitó en el abismo, porque Dios es único y ningún otro puede serlo.

Entonces dentro de Mí planeé una obra pequeña, que es el hombre, y la hice a mi imagen y semejanza para que actuara de acuerdo conmigo, ya que mi Hijo, en cuanto hombre tendría que revestirse con el vestido de carne. He creado al hombre racional con mi misma racionalidad y he impreso en él la señal de mi poder, y así la racionalidad del hombre se expresa en su habilidad para comprender todas las cosas, nombrándolas y numerándolas. Efectivamente, el hombre no discierne las cosas más que por los nombres, y no conoce su multiplicidad más que por el número. Yo también soy el ángel de la fuerza, ya que me anuncio a través de las filas angélicas con milagros y me manifiesto a todas las criaturas en la fe, por lo cual me reconocen como Creador, y sin embargo ninguna criatura puede proclamarme en toda mi plenitud.

En realidad, el hombre es el vestido en el que mi Hijo manifiesta, revestido con el manto de su real potencia, ser vida de la vida y el Dios de toda criatura. Nadie fuera de Dios puede contar las filas de los ángeles que están al servicio de su real potencia. Nadie puede indicar con precisión cuantos son los que individualmente le profesan Dios de todas las criaturas, y ninguna lengua es capaz de explicar cuantos son los que particularmente le proclaman vida de toda vida. Por eso son dichosos los que viven con él.

Dios ha representado todas sus obras en la forma del hombre, como se ha dicho. Y como resumen queremos enseñar algunos ejemplos:

En la forma redonda del cerebro del hombre enseña su dominio, porque el cerebro sustenta y gobierna todo el cuerpo, y en el pelo indica la potencia, que es un ornamento suyo, como el pelo adorna la cabeza. En las cejas de los ojos enseña su fuerza, porque las cejas son la protección de los ojos, destinados a alejar cuanto les pueda dañar y a enseñar la belleza del rostro, y son como las alas de los vientos, cuyas plumas las levantan y sostienen, como un pájaro que con sus alas se levanta en vuelo y se posa, porque el viento sopla tomando fuerza de la fuerza de Dios y los soplos del viento son sus alas. En los ojos del hombre, Dios enseña su ciencia, gracias a la que prevé y conoce con antelación todas las cosas. Los ojos reflejan en sí la multiplicidad de las cosas, porque son brillantes y acuosos, como la sombra de las otras criaturas se refleja en el agua. En efecto, el hombre conoce y discierne todas las cosas con el órgano de la vista, y si no las hubiera visto, estarían muertas, por así decirlo. En el oído, Dios le abre todos los sonidos de alabanza en los ocultos misterios de las filas angélicas, por los cuales recibe perpetuo loor. Sería absurdo que Dios no fuera conocido por otros más que por si. Puesto que los hombres se conocen el uno al otro con el oído, el hombre entiende dentro de sí todas las cosas. Estaría como vacío, si le faltara el oído.

En la nariz Dios enseña la sabiduría, por medio de la completa habilidad para ordenar los olores, de forma que el hombre reconoce por el olor lo que la sabiduría dispone. El olfato se expande en todas las direcciones, atrayendo las cosas para saber qué son y las cualidades que tienen. En la boca del hombre, por fin, Dios muestra su Verbo por el que

ha creado todas las cosas, lo mismo que en la boca se profieren todas las palabras con el sonido de la razón. Con el sonido de la voz, el hombre expresa la multiplicidad de las cosas, como hizo el Verbo de Dios creándolas en el abrazo de la caridad, de modo que no faltase a su obra nada de lo que es necesario. Y como las mejillas y el mentón están alrededor de la boca, así el Verbo, cuando resonó, tuvo en si el principio de todas las criaturas y en aquel momento todas las cosas fueron creadas.
Pues, “al principio fue el Verbo. Y el Verbo estaba con Dios. Y el Verbo era Dios” (Jn 1,1). Esto se interpreta así: En el principio en que todo principio era, cuando la voluntad de Dios, que estaba desde siempre en él aunque no se hubiera manifestado, se manifestó para dar a luz a la Creación, fue el Verbo, principio que no tiene principio.
“Y el Verbo estaba junto a Dios”, como la palabra está en la razón, porque la razón tiene en si la palabra, y en la razón está la palabra, y no hay entre ellas ninguna distinción. En efecto, el Verbo es sin principio, antes del principio de las criaturas y en el mismo principio, y el Verbo fue él mismo antes del principio, y en el principio de las criaturas estaba cerca de Dios, absolutamente indistinguible de Dios, porque Dios quiso en su Verbo que su Verbo creara todas las cosas, como predispuso antes de los siglos. ¿Y por qué se dice Verbo? Porque con un golpe de voz ha dado vida a las criaturas y las ha llamado a sí. En efecto, lo que Dios ha prescrito en el Verbo, el Verbo lo ha mandado con el sonido de la voz y lo que el Verbo ha mandado, Dios lo ha prescrito en el Verbo. Y por eso Dios fue Verbo. El Verbo estaba en Dios y Dios le dictó secretamente toda su voluntad, y el Verbo resonó y produjo todas las criaturas, pues Dios y el Verbo son una sola cosa.
Cuando el Verbo de Dios resonó, llamó a si a todas las criaturas que fueron preordenadas y dispuestas por Dios antes de todos los tiempos, y su voz suscitó a la vida a todas las criaturas. Y así quiso que también se marcase en el hombre, en cuyo corazón el Verbo dicta secretamente, antes de decirlo al exterior, lo que al emitirlo todavía está cerca de de él, y así, lo que el Verbo dice está en el Verbo. Cuándo resuena el Verbo de Dios, el Verbo aparece en toda criatura y su sonido es vida en toda criatura. Por esta razón la racionalidad del hombre cumple las obras a partir de la palabra, y el sonido de la palabra presenta sus obras con la música, la voz y el canto, ya que gracias a la fineza de su arte hace repicar entre las criaturas cítaras y tímpanos, porque el hombre es de naturaleza racional a causa del alma viviente, como Dios ha querido. El alma atrae a sí a la carne con su calor. En ella aparece la primera figura trazada por el dedo de Dios, la forma de Adán, que el alma invade vivificándola, llenándola de su plenitud y haciéndola crecer. La carne, si no tiene alma racional, no se mueve; es el alma quien mueve la carne y la hace vivir, pues la carne se adhiere al alma racional, como las criaturas se adhieren al Verbo. Por esta razón el hombre ha sido creado por voluntad del Padre. Pero del mismo modo que el hombre no sería tal sin las conexiones de las venas, tampoco podría vivir sin el resto de las criaturas, porque, en cuanto mortal, no puede infundir vida a sus obras, ya que su vida tiene como principio a Dios, mientras Dios infunde vida a su obra, porque es vida que no tiene principio.
“Al principio el Verbo estaba con Dios” (Jn 1,1). Es aquel principio, del que habla mi siervo Moisés, inspirado por Mí, cuando afirma: “Al comienzo Dios creó el cielo y la tierra” (Gén 1,1), porque el Verbo que pronunció la orden, como está escrito en el mismo texto: Dios dijo: “Sea la luz, y hubo luz” (Gén 1,3) fue en el principio, en el momento en que todas las criaturas tuvieron comienzo cerca de Dios, es decir en la unidad de la misma divinidad, ya que el Verbo que está cerca de Dios es a él igual en la divinidad. Y eso significa que el Verbo que está en Dios es inseparable de Dios y con él consubstancial.

Así todo ha sido hecho a través de él, ya que todas las criaturas han sido hechas como el Padre ha querido por el Verbo de Dios, y no hay fuera de él otro Creador, sino solo Dios. Pues todo lo que hay de útil, cualquier cosa dotada de forma y de vida, fue hecha por medio de él. El Verbo muestra en los brazos del hombre y en sus articulaciones la solidez del firmamento con las constelaciones que lo sustentan y lo gobiernan, como los brazos con sus articulaciones hacen evidente la capacidad de obrar que pertenece a todo el cuerpo.
La derecha es parecida al mediodía y la izquierda al norte. El mediodía y el norte sustentan el firmamento para que no se derrame más allá del límite preestablecido, según está escrito: "En todas estas cosas, entre nosotros y vosotros se interpone un gran abismo, para que las tinieblas no extingan la luz y la luz no elimine a las tinieblas. (Lc 16,26) "Sin él nada se ha hecho" (Jn 1.3) ya que sin el Verbo de Dios ninguna criatura ha sido hecha y por medio del Verbo ha sido hecha toda criatura visible e invisible que tiene el ser de espíritu viviente o de fecunda energía o de virtud. Y sin él nada ha sido hecho, excepto el mal, que es obra del diablo y que por tanto ha sido alejado de la mirada de Dios, hasta los límites de la nada, porque hay solamente un Dios, y no puede haber otro. El hombre racional, ha recibido de Dios el poder de actuar, cometió el pecado que lo conduce a la nada porque no ha sido creado por Dios. En la nada, Dios ha impuesto tinieblas indestructibles, porque alejándose de él rechazó la luz.
"En el Verbo estaba la vida" (Jn 1,4), ya que todas las cosas creadas se manifestaron en la mente del Creador, porque estuvieron primero en su presciencia pero no son coeternas con él, sino que por el fueron preconocidas, previstas y preordenadas. Dios es la única vida que no tuvo el principio que todas las demás vidas tienen. Por esta razón todo lo que ha sido hecho por él es vida, porque fue preconocido por él o vivió en Dios, así que Dios no empezó nunca a tener recuerdo de ello, porque no lo olvidó nunca, puesto que estuvo en su presciencia cuando todavía no había tomado la forma que tomaría en el tiempo. Como no es posible que Dios no exista, sólo de él proceden las obras de las criaturas que estaban preconocidas y preordenadas en su sabiduría. Y lo que Dios hizo en la creación tuvo vida sin muerte, porque fue creado de modo que a la criatura hecha por Dios no le faltara nada para crecer y alcanzar la perfección de su naturaleza. Así todo lo que el hombre obra por sí, es vida para él, porque sustenta su vida, y gracias a sus obras subsiste hasta el final. Y ya que Dios es vida plena, sin principio ni fin, por eso su obra, el hombre, tiene vida dentro de sí mismo, y por tanto no será despreciado en ningún modo. Dios ha querido indicar en el pecho la sede de la vida. En él, el hombre reúne todas las cosas buenas y malas con el deseo, el propósito y la voluntad de levantarse para arriba en sus pensamientos. Entonces, considerando lo que le gusta y lo que detesta, conserva con alegría lo que le gusta para que sirva de beneficio a su vida, lo que le detesta, para que no perjudique su vida, lo rechaza lejos de si con desdén.
Así, todo lo que Dios ha hecho, en sí es vida, porque lo que proviene de Dios es vital en su naturaleza. Por esta razón, así como el Verbo del Padre les ha dado a los hombres la vida de la carne cuando los ha creado, también les ha revestido con su túnica cuando les ha enseñado la vida espiritual, para que alcanzaran las filas de los consagrados avanzando por una vida diferente a la de la carne, y por tanto tiene en sus manos uno y otro pueblo, ya que el Hijo de Dios es Dios y hombre. Abraza con amor el pueblo dedicado a lo espiritual, porque es Hijo de Dios, y como es Hijo de hombre, sujeta el pueblo que vive en el mundo según la justicia, aquel por el que ha sido dicho: "Creced y multiplicaros", (Gen. 1, 28).
"Y la vida fue la luz de los hombres", (Jn 1,4) porque la vida, que había dado vida a las criaturas y que es la vida de la vida humana que vive por ella, les dio a los hombres,

con la razón y el conocimiento, luz con que pudieran ver a Dios con los ojos de la fe inundados de luz, como la luz del día ilumina al mundo y lo reconoce como Creador. El hombre comprende con las alas de la ciencia gracias a la visión del cielo que produce el sol y la luna, que el día designa la ciencia buena, la noche la mala, como el sol señala el día y la luna la noche. Y como el hombre, junto a las otras criaturas, sin estas dos luces estaría como ciego en las funciones de la vida, y como su cuerpo no podría vivir sin el espíritu, así sin las alas de la ciencia el hombre no sabría qué es.

Por eso "la luz resplandece en las tinieblas" (Jn 1,5) como la luz del día resplandece en la noche por la luna, para que el hombre en las obras buenas reconozca las malas, que están separadas por la luz, porque la ciencia buena, sustentada por la razón, reprocha a la ciencia mala y la expulsa de sí.

"Y las tinieblas no lo comprendieron" (Jn 1,5), como la noche no puede oscurecer el día, porque el mal no quiere ni conocer ni comprender lo que es el bien, pero lo rehuye. Estas cosas Dios las enseña al corazón del hombre, que es vida y fundamento de todo el cuerpo y todo lo sustenta, porque en el corazón el pensamiento encuentra su orden y se nutre la voluntad. Por esta razón la voluntad es como luz para los hombres. Como la luz penetra todas las cosas, así también la voluntad está ampliamente presente en lo que desea. Sin embargo a menudo, el hombre, al considerar su propio deseo como si fuera luz, camina en las tinieblas de las obras malvadas que quiere realizar. Pero las tinieblas no comprenden la voluntad, y por ello no pueden quitar la ciencia del bien para que no conozca el bien, aunque no lo practique.

"Vino un hombre mandado por Dios", (Jn 1,6), que no conoció el placer de la tierra porque fue mandado por el supremo Creador y no por el hombre. En efecto, el calor del Verbo de Dios volvió fecunda la carne estéril de sus padres, así que también su carne en la mayor parte de sus obras fue como extraña a las costumbres de cuántos nacen en el pecado. Los que lo engendraron, lo engendraron después de haber sido tocados por la gracia de Dios, y por tanto vino al mundo por gracia de Dios, enviado para dar testimonio del Hijo de Dios. Por tanto el ángel le dio el nombre de Juan. "Su nombre es Juan" (Jn 1,6), porque las obras que hacía concordaban con su nombre, puesto que la gracia de Dios lo sustentó antes de su vida y durante ella. La gracia del Verbo, que es Dios, mandó a Juan sin recurrir a las que invaden los hechos de los hombres que nacen en el pecado, y por esta razón tuvo aquella estabilidad conforme a la rectitud que es propia de los seres espirituales, que no están condicionados por las inquietas costumbres de los hombres ni desean pecar. Y Dios, en su ser admirable, muestra en el vientre del hombre los milagros que obró dentro de Juan.

El vientre absorbe energía de las criaturas que recibe y expulsa para poder nutrir su fuerza vital, como Dios ha establecido. Empero, en todas las criaturas sin embargo, en los animales, en los reptiles, en los volátiles y en los peces, en las hierbas y en los árboles de fruto, permanecen ocultos algunos profundos misterios de Dios, que ni el hombre ni ninguna otra criatura puede conocer o percibir, sino en la medida en que se lo ha concedido Dios. Juan fue enviado entre los elementos y admirablemente nutrido por ellos, y como en cierta medida fue sustraído al pecado, así vivió admirablemente nutrido de los elementos e incluso en ayunas. Fue un hombre puro, digno y loable mensajero que precedió al Hijo de Dios, todavía no desvelado, por quien fue fundado el mundo con su número inmenso de seres y por quien todas las criaturas han sido creadas.

Todo esto está representado en el vientre. Como el mundo comprende todas las cosas, así también el vientre en la nutrición acoge en si a las otras criaturas. Y como cada criatura ha tenido origen de Dios, así también Adán llevó en el propio cuerpo a todos

los hombres, a los que el Hijo de Dios dio el alimento verdadero, cuando llevaba, como hombre, su propia humanidad.
“Él vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él” (Jn 1,7), ya que Juan fue hecho hombre milagrosamente, realizando de manera admirable el que es generalmente el nacimiento carnal. Y fue, por tanto, el hombre de los milagros, que vino por divino designio como testigo de los misterios de Dios, para dar testimonio de la luz con las virtudes que obraban en él, para dar testimonio de Dios, que ilumina todo el mundo, para que todos los que el Espíritu Santo inflama, crean en él. Juan vino pues para dar testimonio de la divinidad revestida de forma humana. Y como él nació de una naturaleza estéril, que era infecunda en sí, proclamó así que mi Hijo nació de la Virgen Maria sin pecado. Yo he querido que sea así para que los hombres creyeran en los milagros de mi Hijo gracias al milagro que realicé en Juan. Y como este testimonio apareció en Juan, también los muslos del hombre ofrecen un verdadero testimonio, testigos de todos los nacimientos y sostén del cuerpo. Cuerpo que ve, toca, piensa y elige, y con su saber examina todas sus mismas acciones. El hombre es un milagro de Dios y por eso es justo que dé testimonio de las maravillas de Dios.
“No era la luz, pero daba testimonio de la luz” (Jn 1,8) porque Juan no fue la Luz que nunca se divide ni se transforma, esa Luz es Dios. Pero vino mandado por Dios para dar testimonio del que es verdadera luz y enciende todas las luces porque es Dios, en sí y por sí, carente de cualquier necesidad y limitación, porque es el que hace todo en todas las cosas. Por esta razón también todo es obra suya. De ahí que Juan haya dado testimonio acreditado de Cristo porque, del mismo modo que el fruto da testimonio de la naturaleza de la raíz, así él vino al mundo entre los milagros de Dios y por tanto dio testimonio de ellos.
El hombre es obra luminosa que lleva la señal divina y viene de Dios. Su vida tiene un principio y su carne un día se malogrará, y después de esto, declarará ante Dios.
“Fue la luz verdadera” (Jn 1,9) que no ha sido tapada nunca por ninguna sombra, que nunca ha tenido un tiempo en el cual sirviese, o fuera dominada, o se deteriorase, o creciera; luz del orden en todo orden, luz de todo lo que es luminoso, de por sí brillante. Dios no ha crecido en ninguna mañana, ni en ninguna aurora, ha sido siempre, antes de todos los tiempos.
“Viniendo al mundo, ilumina a todos los hombres” (Jn 1,9), porque esta luz invade con el aliento de la vida a todo hombre hecho de carne y hueso que viene a este mudable mundo presente, en el cual crece y mengua, pasando al principio por el nacimiento para que, cuando el sol con toda su luz lo haya tomado a su cargo, pueda mirar y reconocer las criaturas. Con la chispa viviente del alma, Dios dio vida al primer hombre, formado de barro, de forma que por aquella misma chispa del alma el hombre ha sido hecho carne y sangre desde el barro original. Por esta razón también, cuando su semilla se disemina en la especie humana en sus descendientes, el hombre se convierte plenamente en carne y sangre gracias a la chispa ardiente del alma. Si no fuera suscitada la vida de este modo, a causa del calor del alma, no se convertiría plenamente en carne y sangre, del mismo modo la materia del primer hombre habría quedado como barro si no hubiera sido transformado por el alma. Como la harina se hace pan por acción del agua y el fuego, así la carne y la sangre se hacen del fuego del alma.
El hombre es como la luz de las demás criaturas que viven sobre la tierra, los cuales a menudo acuden a él y con gran amor lo acarician. Por eso el hombre a menudo trata de conseguir la criatura que estima. Al contrario, la criatura que no quiere al hombre, le huye, y pisa y destruye todo lo que es útil al hombre, porque le tiene un temor espantoso y no soporta su existencia, por eso, en muchos casos, lo ataca para privarlo de la vida.

“Estaba presente en el mundo” (Jn 1,20), cuando se revistió la túnica real en la carne de la Virgen, cuando la santa divinidad se recogió en el seno de ella. Porque se hizo hombre de una forma diferente, y no como uno de los hombres, puesto que el fuego animó su carne por obra de la santa divinidad. Por esta razón después del fin de los tiempos, cuando cada hombre sea transfigurado, las almas de los elegidos, con la fuerza de la fe, llevarán en el cielo los cuerpos que antes tuvieron en el mundo. Estas cosas Dios las hará por sí, con su potencia que ninguna criatura puede destruir. Entonces el hombre, como ya se ha dicho, se revestirá de carne y sus huesos se llenarán de médula, y no estará sometido a menoscabos, porque carezca de comida, de bebida y de vida, ya que entonces caminará inmerso en las energías de la divinidad, sin cambios ni alteraciones. Porque en el bien, el hombre es miembro del cuerpo de Cristo que en el mundo soportó muchos sufrimientos y muchas ofensas a pesar de ser el Hijo de Dios. El diablo, inventor de todo engaño, no pudo saberlo, él que tuvo principio, y se apresuró a negarlo junto con todos sus seguidores que rechazaron Dios, pero no ha logrado impedir que el hombre se elevara a una vida sin fin.
“Y el mundo ha sido hecho a través de él”. (Jn 1,10) Así que el mundo ha tenido origen de él, no él del mundo, ya que la creación vino al mundo por obra del Verbo de Dios, todas las criaturas, las visibles y las invisibles, porque algunas de ellas no pueden ser vistas ni tocadas, en cambio otras se ven y se tocan. El hombre contiene en sí ambas, alma y cuerpo, porque ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios. Por esta razón manda con la palabra y obra con las manos. Así Dios ha ordenado la naturaleza del hombre de acuerdo con la suya, porque quiso que su Hijo se encarnara en el hombre.
“Pero el mundo no lo conoció” (Jn 1,10), ya que los hijos del mundo, es decir los que siguen al mundo cegados por la misma ignorancia, lo ignoraron a su llegada y no lo reconocieron por su obrar, como el niño ignora el conocimiento y la acción. Por tanto en este punto, Dios la infancia ignorante de los incrédulos en los muslos y en las rodillas del hombre. Como el niño es incapaz de caminar, porque su médula y sus huesos no tienen todavía estabilidad puesto que se alimenta de leche y de comida blanda, así también el hombre adulto no es capaz de caminar sin piernas y sin pies, ni sin apoyarse sobre los muslos y sobre las rodillas. Así, puesto que la ciencia y los sentidos de los incrédulos fueron privados del fuego del Espíritu Santo, por el que habrían tenido que conocer a Dios, y no pudieron avanzar por la vía de la rectitud.
“Vino a su casa” (Jn 1,11), porque había creado el mundo y se había revestido de la carne del hombre. Por esta razón todas las criaturas lo hicieron público, como las monedas muestran la cara de su señor. En efecto, Dios creó el mundo, y lo quiso preparar como un tabernáculo destinado al hombre, ya que quiso revestirse humanidad, por eso hizo el hombre a su imagen y a semejanza. Todas las cosas fueron de su propiedad.
“Pero los suyos no lo acogieron” (Jn 1,11), es decir, los hombres que fueron los suyos porque los creó y los hizo a su imagen y semejanza, a pesar de eso lo rechazaron, puesto que no lo reconocieron como el propio Creador y no comprendieron que habían sido creados sólo por él. Incrédulos como eran, no acogieron su humanidad y no reconocieron a Dios en la forma humana, cegados por su misma incredulidad. Por esta razón en las piernas se designa la juventud del hombre, que es tonta e inútil, cuando está lleno de la energía vital y del florecer de las mismas energías, y al mismo tiempo se cree más sabio que los otros, porque entonces las médulas y los huesos han alcanzado la plena solidez. Así hicieron los judíos y los paganos que, envanecidos, creían saber lo que no sabían y ser lo que no eran, y no prestaron fe al que les dio carne y espíritu. Como la juventud se deleita en las criaturas y se deja engañar, así el mundo vivió entonces en la vanidad, y por lo tanto fue necesario que Dios mismo enseñara a

los hombres y los reuniera alrededor de si, como ordenó que la burra y su pollino fueran desatados y llevados delante de él, cuando con la ley de la verdad se puso encima de ellos.
“A cuánto lo acogieron, les dio el poder de convertirse en hijos de Dios” (Jn 1,12), porque a todos los hombres de uno y otro sexo que lo acogieron, creyendo que él es Dios y hombre, (porque primero a Dios se le entiende con la fe y se acoge luego el anuncio de que Dios se ha hecho hombre), su potencia les dio fuertemente el poder de hacerse por su voluntad, hijos del Padre en el reino celeste. O bien de ser partícipes con él de su reino, haciéndose herederos de su herencia y eso en virtud de aquel mismo poder por el que el Hijo es heredero del Padre, ya que lo reconocieron como su Dios y Creador y lo abrazaron en la caridad y en el beso de la fe, le preguntan, con atención y prudencia, todas las cosas que les conciernen. Sobre ellos cayó el rocío del Espíritu Santo, así que a partir de ellos toda la iglesia comenzó a florecer y a producir el fruto de las alegrías celestes. Ésta es la razón por que les ha sido dado el ser hijos de Dios, en virtud de la verdadera fe.
“A quienes creen su nombre” (Jn 1,12), porque cuantos creen con fe serán salvados en su nombre, por la gracia del bautismo, y participarán del reino celeste. Todas sus obras las llevan a cabo en el amor ardiente como si vieran a Dios, y no solo en la apariencia de fe con la que se honra el nombre de Dios sin obras. Y arrojan fuera de si a los dioses extraños, dioses que no pueden engendrarse a sí mismos y no son por sí mismos, sino solo son compañeros de los hombres. Este nombre de Dios, en quien está la verdad, tiene la propiedad de no tener principio, principio del que todas las criaturas han tenido origen, vida de la que exhala cada vida. Por esta razón lo adora toda criatura. Según la triple fuerza que está en el nombre de Dios, cada criatura que tiene nombre está dotada con tres fuerzas. Por el contrario, una criatura seca y marchita está privada de nombre, porque no está viva. Al nombre de la criatura dotada de vida le corresponden tres fuerzas, una que se ve, una que se conoce, y la tercera que no se ve. En efecto, se ve la realidad vital del cuerpo y se conoce lo que el cuerpo engendra, pero dónde lleva su vitalidad, ni se conoce ni se ve.
Así Dios ha enseñado cosas grandes y admirables en los pies del hombre. Como los pies sustentan todo el cuerpo y lo llevan dónde quiere, así la fe con su fuerza sustenta el nombre de Dios y con su magnificencia lo lleva por todas partes a cosas admirables, que pueden ser visibles o invisibles, conocidas o desconocidas. El cuerpo del hombre y sus obras se ven, pero tras él hay mucho más que no se ve y no se conoce. Pero, si es tan profundamente oscura la naturaleza del hombre, ¿cómo podría ser visible el que lo ha creado? Ningún hombre de los que viven en el mundo puede conocerlo como es.
“Él que ha nacido, no de la sangre, ni del querer carnal, ni del querer del hombre, sino de Dios” (Jn 1, 13). En efecto, el Hijo de Dios ha dicho: “El que ha nacido de la carne es carne y los que nacen del espíritu son espíritu” (Jn 3, 6), porque la carne ha nacido de carne concebida en el pecado, pero ya que Dios es espíritu, todo espíritu ha nacido de Él. El espíritu no se transforma en carne, ni la carne se transforma en espíritu, pero el hombre está hecho de carne y de espíritu, de otro modo no sería hombre y no tendría este nombre.
En realidad Dios modeló a Adán para que pudiera vivir para siempre y sin padecer ningún cambio, pero Adán le desobedeció y escuchó el consejo de la serpiente. Precisamente por esto la serpiente pensó que estaba destinado a perecer sin salvación, pero Dios no quiso y le preparó el destierro del mundo, donde el hombre concibió y engendró a sus hijos dentro del pecado. Se volvió pues mortal junto a toda su descendencia, y a causa de la semilla concebida en el pecado, el hombre está destinado

a corromperse hasta el día del juicio, cuando Dios le renueve para que viva desde entonces una vida incorruptible, como era aquella para la que Adán fue creado.
Esta vida no pudo en ningún modo ser transmitida a los hijos concebidos y nacidos en el pecado, pero se ha manifestado en la humanidad del Hijo de Dios, por quien el Padre celestial ha decidido liberar al hombre que pereció. Todos los que se hacen hijos de Dios en virtud de las obras buenas, no tienen por sí mismos la potestad de ser hijos de Dios, porque llevan la sangre de sus padres terrenales, y nacen de la voluntad de la carne, débil en la mujer, que fructifica en el parto, y de la voluntad del hombre, fuerte y decidida a fecundar a la mujer. Pero con la recompensa de la divina revelación, en el baño del bautismo y en el fuego del Espíritu Santo, los hombres reciben la condición de hijos de Dios y se convierten en herederos de su reino.
Ciertamente, Dios había previsto todas sus obras antes que tuvieran forma y, cuando creó las formas características de cada criatura, no las dejó vacías, sino que las colmo del aliento de la vida. La carne sin vida no sería realmente carne ya que, cuando la vida se aleja, se extingue por su falta. El soplo que Dios la infundió en Adán era de fuego, y fue inteligencia y vida. Por esta razón y a causa de su calor, el barro de la tierra se coloreó de rojo con la sangre. Y lo mismo que cada criatura estuvo en la presciencia de Dios antes de todos los tiempos, así todos los hombres que aún no han nacido están en la presciencia divina.
El hombre es inteligente y sensible. Inteligente porque comprende todas las cosas, sensible porque percibe las cosas que están presentes a él, puesto que Dios llena de vida toda la carne del hombre, cuando exhala sobre ella el soplo de la vida. Por esta razón, con la ciencia del bien y el mal, el hombre elige lo que le gusta y rechaza lo que detesta. Pero Dios está atento a lo que el hombre elige por sí. Cuando se propone cosas que no vienen de Dios, Dios se aleja de él, y enseguida se congregan alrededor los que empezaron mal en el principio, es decir, los que trataron de destruir el cielo, a los cuales no tocó Dios, porque sería absurdo que Dios mismo los destruyera. En cambio, si el hombre ansía el nombre de su Padre y lo invoca con buenos deseos, las filas angélicas se presentarán a defenderlo para que no sea hecho prisionero de los enemigos. Y en un primer momento, Dios, con el placer por el deseo de las obras buenas, lo amamanta casi con dulzura y luego difunde sobre de él la lluvia de su gracia, por la cual el hombre se eleva vigorosamente de virtud en virtud y de este modo se renueva continuamente en las virtudes hasta la muerte. Y quien es capaz de hacer solamente cosas mínimas y no obras elevadas, siempre está en movimiento para llevar a cabo lo que puede hacer. En cambio, quien es capaz de hacer muchas y espléndidas, es moderado y equilibrado en sus acciones.
El diablo solo quiere una cosa, seducir las almas para conducirlas a la muerte, y no hace ni puede hacer otra cosa, ni siquiera soportar la espera hasta que no ha realizado lo que puede hacer.
Dios en cambio, ya que en todas sus obras es potente en todo y por todo, posee la moderación, y con el equilibrio del discernimiento obra de modo que el hombre se vuelva más fuerte y rápido en la constancia del bien. Porque, quien abandona el impulso, se dirige a menudo a la ruina. Pero el hombre es señal de toda la gloria de Dios porque la ciencia buena que hay en él, representa las filas angélicas, dedicadas a la alabanza y al servicio de Dios, y la ciencia mala, que el hombre igualmente posee, manifiesta el poder de Dios, porque Dios la derrotó cuando expulsó al primer hombre del paraíso. Así ocurre en cada hombre; en el que elige el bien y persigue la ciencia buena se le muestra la bondad de Dios en la acción gracias, mientras en el que se vuelve al mal y lo lleva a cabo aparece claro el poder de Dios, porque antes o después Dios lo juzga y a veces lo perdona.

Pues el hombre, como ya se ha dicho, es vida y todas las cosas que dependen de él están vivas, porque Dios creó al hombre bajo el sol con todas las criaturas para que no estuviera sólo sobre la tierra, del mismo modo que él no está solo en el cielo y es glorificado por todas las armonías celestes. Todas las cosas que circundan al hombre sobre la tierra están destinadas a permanecer junto al hombre, hasta que no esté completo el número que Dios ha establecido completar. Pero después de la resurrección futura el hombre, en su condición de santidad, ya no necesitará crecer o que lo nutra nadie, porque entonces estará en aquella Luz que no tiene nunca fin ni cambio. En la condición de santidad, la Santa Trinidad lo revestirá de luz y contemplará al que no tiene principio ni fin, y por eso no estará afligido nunca por la vejez ni por el cansancio, porque tocará la cítara entonando cantos siempre nuevos.

Como se ha dicho, la carne vive en virtud de la vida y no sería plenamente carne si no tuviera vida, por eso la carne con la vida y la vida con la carne soy una cosa sola. Así lo estableció Dios cuando en Adán dio fuerza a la carne y a la sangre con el soplo que lo consolidaba, ya que cuando vio aquella carne que había revestido, la quiso con ardiente amor.

"Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1,14) El Verbo, que en la eternidad, antes de todos los tiempos, estuvo cerca de Dios y era Dios, por obra del fuego del Espíritu Santo se hizo carne en el seno de la Virgen y se revistió de carne, lo mismo que las venas forman una única trabazón con la carne y transportan la sangre sin, sin embargo, ser sangre. Dios creó al hombre para que toda criatura estuviera a su servicio. Por esta razón fue adecuado que Dios tomase la figura de hombre, con una envoltura de carne. Pues, así, el Verbo se revistió de carne, en el sentido de que el Verbo y la carne son una cosa sola, pero esto no quiere decir que el uno pueda ser trasmutado en la otra, sino que son una cosa sola en la unidad de la persona. El cuerpo es el vestido del alma y el alma tiene la tarea de obrar junto a la carne. El cuerpo no sería nada sin el alma y el alma sin cuerpo no podría actuar. Por esta razón en el hombre son una cosa sola, y son el hombre. Y así, la obra de Dios, es decir el hombre, está hecho a imagen y a semejanza de Dios. Cuando Dios introduce su aliento en el hombre, aliento y carne se convierten en un único hombre. Y el Verbo de Dios tomó para sí carne de la carne intacta de la Virgen, sin ningún incendio de los sentidos, por lo cual el Verbo es Verbo y carne la carne y son una cosa sola, porque el Verbo sin tiempo, que estuvo en el Padre antes de todos los tiempos, no se ha transformado, sino solamente se ha revestido de carne.

"Y habitó entre nosotros" (Jn 1,14). Porque el Hombre concebido sin pecado habitó entre nosotros como un hombre. Y no desprecia nuestra humanidad porque también nosotros, con la respiración de la vida, somos hombres, hechos a su imagen y a semejanza. Por esta razón también nosotros habitamos en él, porque somos su obra y porque siempre nos ha tenido presentes en su presciencia, y de nosotros no se ha olvidado.

"Y nosotros contemplamos su gloria" (Jn 1,14) Porque nosotros, que estuvimos con él, lo hemos visto venir, especial en su admirable naturaleza sin pecado.

"Y manifestar la gloria que como Unigénito tiene del Padre" (Jn 1,14), porque el Unigénito nacido admirablemente del Padre antes de todos los siglos, viniendo admirablemente del Padre manifestó su gloria, puesto que una Virgen lo concibió del fuego del Espíritu Santo y no necesitó de ningún padre terrenal, mientras cualquier otro hombre está concebido en el pecado por un varón. Dios modeló al hombre del barro y le infundió el soplo de vida. Por esta razón el Verbo de Dios adoptó como hombre un vestido real, dotado de alma racional, y la llevó plenamente consigo y se estableció en ella. En efecto, aquel soplo sutil, que se llama alma del hombre, invade la carne y se

hace un vestido amable y un noble adorno. Por eso quiere a la carne y la favorece pero no es visible en ella. Por su naturaleza y por deseo del alma, el hombre pide un vestido de vida. Dios no ha creado ninguna criatura vacía o falta de energías, por eso el hombre cumple obras admirables.
Y el Verbo "está lleno de gracia y de verdad" (Jn 1,14). Porque estuvo en la plenitud de la gracia cuando creó todas las cosas en su divinidad y cuando las redimió en su humanidad. Y está en la plenitud de la verdad, ya que no lo ha rozado ni se le ha acercado ninguna mención de iniquidad o pecado, porque es el Dios que derrota el mal con su lucha, que no es nada sin él. El Verbo, es decir el verdadero Hijo de Dios, está lleno de gracia, que da y concede según su misericordia. Él no se desnuda de la divinidad sino que se reviste de la humanidad, y su humanidad está llena, porque ninguna aspereza de pecado, propia de la naturaleza humana, la melló. Y está lleno de verdad, porque da, concede y juzga según justicia, cosa que el hombre no hace porque fue concebido y ha nacido entre las rugosidades de los pecados. Dios es redondo, parecido a una rueda, ya que lo crea todo, quiere que todo sea bueno y realiza todo el bien. La voluntad de Dios ha predispuesto en efecto todas las cosas que el Verbo de Dios ha creado.
Así pues, todo hombre que teme y aprecia a Dios abrirá a estas palabras la devoción de su corazón, y sepa que son pronunciadas para la salvación de los cuerpos y las almas de los hombres, no por un ser humano, sino por Mí, el que soy.

SEGUNDA PARTE

PRIMERA VISIÓN DE LA SEGUNDA PARTE



Visión asombrosa, en donde no sólo se describe con los más sutiles detalles el mundo subdividido en cinco partes, sino también las dimensiones y las cualidades de sus partes, tanto las llenas de luz y delicias como las llenas del horror de los castigos y las tinieblas. Y además dos globos, uno rodeado de un color parecido al zafiro mientras el otro resplandece de rayos luminosos de punta aguda, con todo lo que hay alrededor.

I. Percibí entonces la redondez de la tierra dividida en cinco partes, de modo tal, que una parte miraba hacia oriente, la segunda hacia occidente, la tercera hacia el mediodía, la cuarta hacia el norte, y la quinta parte entre ellas, en el centro. La superficie de la parte oriental y la de la parte occidental eran iguales, y ambas tenían la forma de un arco tenso. También la superficie de la parte meridional y la de la parte septentrional eran de igual medida, y estaban hechas de modo que coincidiese con el largo y al ancho de las otras dos, excepto por el hecho que la parte más interior de ellas, delimitada por las extremidades arqueadas de los dos extremos, aparecía como cortada, si se exceptúan estos lados interiores truncados, sin embargo, también ellas tenían forma parecida a un arco tenso.

Estos últimas dos partes, la meridional y la septentrional, estaban divididas en tres sectores, de los que las dos partes del centro eran iguales en forma y dimensiones. Las otras cuatro, las que estaban en los lados, tenían formas distintas, pero equivalentes entre ellas por forma y disposición, y tenían un largo y ancho iguales a los del medio. La única diferencia era que en el lado hacia el interior aparecían más estrechos y en el lado hacia el exterior, más ancho de los otros dos, como consecuencia del hecho que las

dos partes orientales y occidentales, encorvándose lateralmente, las dejaban un espacio más estrecho en el interior y más amplio en el exterior. La quinta parte, la que estaba entre ellas en el centro, como se ha dicho al principio, era de forma cuadrada y estaba invadida de un calor intenso en un lugar, y de frío en otro, y en otra parte de un aire medianamente caliente.

La parte oriental resplandecía con una gran claridad, mientras que la occidental era oscura y como bañada de tinieblas. La parte meridional, se dividía en tres sectores, tenía los dos sectores laterales llenos de tormentos. En el tercer sector, el de en medio, no se veían lugares de castigo, pero infundían miedo por la presencia de imágenes monstruosas y aterrorizadoras. Así también, la parte septentrional, dividida en tres sectores, infundía terror, tanto con los sectores laterales llenos de muchos tormentos, como en el del centro lleno de cosas horribles, aunque tampoco en ellos hubiera lugares de castigo. Sobre la parte oriental, además, fuera de la redondez de la tierra vi a cierta altura un globo rojo circundado por un círculo de color zafiro. De la izquierda de la bola salían dos alas y de la derecha salían otras dos alas que se elevaban sobre ambos lados. Un ala de cada parte del círculo se elevó hacia arriba, y llegando a la cumbre, las dos alas se encorvaron la una frente a la otra como mirándose. En cambio la segunda ala de ambas partes bajó hasta mitad de la redondez de la tierra, así que estas dos alas circundaron la redondez hasta la mitad de la tierra, como abrazándola por encima del firmamento. A partir de aquel punto mediano se extendía un círculo rojo como un arco tenso, que rodeaba toda la parte occidental y también parcialmente los sectores de las partes meridional y septentrional colindantes con ella, es decir este círculo fue desde el extremo del ala meridional circundando la circunferencia de la parte occidental y rodeando hasta el extremo del ala septentrional.

Siempre sobre la redondez de la tierra, en dirección a la parte oriental, en el medio de las dos alas, se vio algo como un edificio que se elevaba hacia aquel globo, mientras por encima del globo hasta la mitad de las alas había como una plaza oblonga, sobre lo que brillaba algo parecido a una estrella blanca.

Más allá, entre las puntas de estas dos alas, se vio algo parecido a un globo de fuego que emitía rayos en todas direcciones. La distancia entre la redondez de la tierra y el globo rojo, entre el globo rojo y la estrella blanca, y entre la estrella blanca y el globo de fuego era la misma. Además se distinguían los rayos entre las dos primeras alas exteriores, de una y de la otra parte de la plaza, y los rayos de las estrellas que partiendo del globo rojo circundaban la estrella y de ella fueron hacia el globo de fuego.

Hacia el occidente, fuera de la redondez de la tierra se veían tinieblas, que desde ambas partes de la redondez se encorvaron hasta su centro, donde descendía la segunda pareja de alas. Y dentro de estas tinieblas, en la parte entre occidente y el norte, había otras tinieblas más densas y agudas, que tenían la forma de una boca horrible abierta como para devorar, y éstas estaban contiguas a otras tinieblas aún más densas, infinitamente horrorosas, que estaban en el exterior de ellas, como si fueran su boca abierta. Estas tinieblas infinitas supe que estaban, pero no las vi. Y de nuevo oí la voz del cielo que me dijo:

La admirable sabiduría y la potencia del artífice divino refulge considerando que la materia de la tierra, que no es angulosa sino redonda, la ha dividido en cinco partes, ni una más ni una menos, inmóvil en el centro de los otros tres elementos. Y a semejanza de la división en cinco partes de la tierra ha dotado el hombre en esta vida de los cinco sentidos, mientras que en la futura lo restituirá íntegro del polvo de la tumba.

II. Dios ha suspendido el orbe terrenal en medio de los tres elementos, de modo que no pueda disolverse ni desmoronarse, Así revela sus prodigios y su poder, porque también la carne y los huesos del hombre los ha hecho de modo tal que, aunque reducidos a polvo, serán devueltos íntegros al final de los tiempos. Una parte de la tierra tiene plena luminosidad, otra es tenebrosa, otra espantosa, en otra hospeda los lugares de pena, otra es apta para la vida humana, y una más es inadecuada. Algunas almas las admite en su reino, mientras que otras con justo juicio las condena a los lugares infernales.
Observa pues la redondez de la tierra dividida en cinco partes, de modo tal que una parte mira hacia oriente, la segunda hacia occidente, la tercera hacia mediodía, la cuarta hacia el norte, y la quinta parte está entre ellas. Es así porque, si la tierra fuera un sólido con esquinas y no una esfera, las esquinas harían que tuviera defectos e irregularidades en su peso. Y si no estuviera dividida en cinco partes, no estaría equilibrada correctamente, porque las cuatro partes le confieren el peso y le aseguran una posición estable, la que está en el medio, hace que quede sólida y estable en equilibrio. Todo esto significa además, que el hombre, del que la tierra es símbolo, encuentra en los cinco sentidos que lo sustenta la fuerza de procurarse las cosas necesarias y la guía para orientarse hacia la salvación de su alma.

Y todavía, las cinco partes en que la tierra está dividida, como sus cualidades originarias se mantienen mutuamente en equilibrio, y como están en relación con los cinco sentidos del hombre.

III. La parte que se dirige a oriente da a la parte central la buena savia y un vigor lleno de fecundidad. Igualmente, la vista del hombre, que cuando se vuelve hacia el origen de la luminosidad le asegura al hombre, que está entre los elementos, la salud del cuerpo y el alma.
La segunda parte, que mira a occidente, da a la misma parte mediana la humedad, que a veces es buena y a veces nociva, como el oído, que se vuelve a occidente cuando penetra y estremece el cuerpo entero del hombre, y le anuncia acontecimientos a veces favorables y a veces adversos, ora la salvación, ora la desesperación del alma.
La tercera parte que se vuelve hacia el Sur, envía dentro de la parte central el calor templado por el frío soplo de los vientos, como el olfato, que experimenta el calor como un vapor hace percibir al hombre el olor de las zonas calientes y frías, e infunde en él el perfume que viene de los suspiros del cielo.
En cambio la cuarta parte que mira al norte, envía a la parte mediana el frío que viene del Norte y el calor que viene del oriente. Como el gusto, que siente las cosas frías y las distingue de las calientes y cosquillea al hombre con los muchos sabores y con la dulzura de las cosas celestes.
La quinta parte que está en el medio de todas las demás, está reforzada y consolidada por ellas y recibe su complexión de sus diferentes influjos. Como el tacto, que está como entre todos los otros sentidos, se refuerza por ellos, ya que todos le otorgan sus energías y refuerzan su vitalidad, también enseña la ordenación de los dedos, porque hacen falta para cumplir las obras que deben llevar al premio eterno.
Observas igualmente que la superficie de la parte oriental y la de la parte occidental son de igual medida, y ambas tienen la forma de un arco tenso, porque el sol, naciendo y poniéndose, recorre con su curso distancias iguales sobre la tierra. Esto es símbolo de la vista que se parece al sol en lo que atañe a la ciencia del bien y el mal. En efecto, lo

mismo que la vista con la ciencia del bien sube para arriba, hacia lo que es bueno, así también con la ciencia del mal baja hacia abajo, hacia lo que es malo. Con la ciencia del bien se aleja del mal, y con la del mal se desvía del bien.
También las superficies de las partes meridional y septentrional son de la misma medida, y coinciden con el largo y al ancho de las otras dos, excepto por el hecho que la parte más interior de ellas, delimitada por las extremidades arqueadas de los dos extremos, aparece como cortada. Si se exceptúan estos lados interiores truncados, sin embargo, también ellas tienen forma parecida a un arco tenso. La parte meridional de la tierra ocupa con su calor un espacio mucho grande que la parte septentrional ocupa con su frío, y en esto son parecidas al largo y al ancho del oriente y el occidente, excepto por el hecho de que los lados contiguos a la quinta parte están un poco estrechados por la extensión de la parte oriental y la occidental, mientras que por otra parte tienen la combadura del círculo. Así, cuando el olfato, por el perfume de las virtudes, se vuelve a la derecha y el gusto, por el sabor de los vicios, se vuelve a mano izquierda, en esta tensión provocan un empujón igual y contrario y se hacen parecidos a las cosas de que tienen origen, de modo que el uno desea ponerse bueno y el otro malo, pero ninguno de los dos puede alcanzar plenamente lo que intenta en el momento en que inicia su impulso, porque cuando el hombre comienza a realizar el bien o el mal, toma conciencia de lo que hace y se limita a si mismo y no se atreve nunca a envolverse en esa acción con todas sus fuerzas.

Cada una de los dos partes en que se divide la tierra, la austral y la septentrional, se muestran a quien que las contempla subdivididas a su vez en tres partes. Estas tres partes tienen que comprenderse en relación al cuerpo, al alma y a las acciones humanas.

IV. Estas dos últimas partes, la meridional y la septentrional, están divididas en tres sectores, que no son habitables para los hombres a causa o del calor o del frío, o están plagados de serpientes. Esto significa que cuando el olfato sube al perfume de las virtudes, mientras el gusto se humilla al sabor de los vicios, sus efectos sobre el cuerpo, sobre el alma y sobre las obras del hombre son diferentes. Significa también que el hombre que ignora qué es su cuerpo, qué es su alma, qué son sus obras y que no ha aprendido a reconocer cuál es su carácter equilibrado, es como la tierra que no puede habitarse.
Y los dos sectores centrales son iguales en forma y dimensiones, ya que la parte meridional y la septentrional, que son ambas de medida exactamente igual, hacen que estos sectores sean de medida exactamente proporcional a la suya. Esto indica que el alma, que está entre el cuerpo y a las obras, en el perfume de las virtudes y en el sabor de los vicios, tiene una única medida y un orden, cuando por temor de los males dirige sus suspiros a Dios.
En cambio los otros cuatro sectores que están a los lados, tienen forma diferente, pero equivalen entre sí en forma y disposición. Ya que se extienden hasta el final de las otras dos partes, hacia el sur y hacia el norte, aun cuando se contraen algo en sus límites interiores, hacia la quinta parte. Al contrario, en los límites exteriores se extienden bastante, y así tienen evidentemente una forma diferente de los sectores centrales, pero son parecidos entre ellos en la forma y en la disposición. Esto significa que el cuerpo del hombre y sus obras, que constituyen sus límites y lo hacen consciente de sus defectos, tienen un papel igual entre sí, pero diferente del papel del alma que le da al

hombre la vida del cuerpo y la plenitud de los sentidos. Por tanto cuando el cuerpo se debilita, sus obras flaquean, pero cuando el alma sustenta el cuerpo, las acciones del cuerpo se elevan.
Y tienen largo y ancho iguales a los de medio. La única diferencia es que en el lado interior parecen más estrechos y en el lado hacia el exterior parecen más anchos de los otros dos. La consecuencia es que las dos partes orientales y occidentales, como se ha dicho, encorvándose lateralmente, les dejan un espacio más estrecho en el interior y más amplio en el exterior. Es así porque los sectores que se encuentran a los dos lados de los del centro tienen el largo de estos últimos pero su ancho del lado hacia la quinta parte es menor de la de los sectores centrales, mientras hacia el exterior son más anchos, y por el resto son iguales. Y así ambos lados, tanto el del sector a oriente como el de occidente, se encorvan como un arco siguiendo la forma de los límites interiores de aquellas cuatro partes parecidas entre ellas.
Todas estas cosas indican que el cuerpo del hombre y sus obras se orientan al mantenimiento del hombre exterior, mientras el alma, en cambio, le conforta. Muy a menudo el cuerpo y las obras de los hombres menguan cuando tiene tranquilidad de espíritu y se expanden más de lo que los suspiros del alma desea, cuando está inmerso en la duda. Porque el alma quiere moderación y equilibrio, mientras el cuerpo del hombre al obrar, incurre en la inmoderación demasiado a menudo.

Por qué media parte de la quinta parte de la tierra parece cuadrada y también ella está subdividida en tres partes, una parte inhabitable a causa del calor, otra inhabitable a causa del frío, mientras que la otra parte es habitable por el clima templado. Qué significa esto en relación a la vida humana.

V. La quinta parte, la que está en medio de las cuatro otras partes que se ha dicho al principio, es de forma cuadrada, y es así para poder ser contenida e invadida por las otras de manera uniforme. Eso indica que el tacto debe realizarse en la perfección de las obras y no en la ligereza de los vicios. Y es invadida de calor intenso en un lugar, de frío en otro, de aire templado en el otro, porque el ardor del sol de una parte la quema por su vecindad, el frío de la otra la oprime por la lejanía haciéndola inhabitable a los hombres. En cambio la tercera parte es habitable por el clima templado donde el frío y el calor son moderados. Como los dedos, diferentes entre ellos, dan vigor a la mano cerrándose con fuerza, y lo mismo que los cinco sentidos del hombre, aunque diferentes entre si, son capaces de vencer las tentaciones con el fuego y con el agua, y se prestan ayuda él uno al otro para conquistar las virtudes.
Además estos lugares habitables son símbolo de los fieles, que meditando continuamente sobre la ley divina se levantan totalmente hacia la vida celeste, para hacerse en cierto modo habitables por las buenas obras mientras que los lugares inhabitables son el símbolo de los incrédulos, que en la tentativa de resistir y oponerse a las palabras de Dios y de negar la fe y la verdad, se esfuerzan por renegar de su fe y en cambio, tratan de corromper a los que la cultivan. Por tanto, con su iniquidad se convierte en inhabitables y no conceden espacio al Espíritu Santo para que habite en ellos.

Y todavía, las características de estas cuatro partes, y en que lugares están colocados los castigos por las almas de los penitentes que tienen que purgarse. Castigos que en

un lugar son ligeros, en otro más severo, en otro decididamente ásperos, en relación al grado de las culpas de los que son puestos a prueba. En las cavidades medianas de estas partes no hay castigos sino horrores monstruosos.

VI La parte oriental de la que hablamos brilla con gran claridad. Porque en ella está el lugar del placer y de las delicias que acoge las almas beatas en un lugar apacible. Esta parte invita al alma a fijar la mirada interior en la visión de la verdadera luz. En cambio, para castigar las culpas de los muchos pecados con que los hombres ofenden la justicia, se han puesto en los cuatro rincones de la tierra lugares de castigo transitorio, en los que las almas de los justos, desnudas del cuerpo, están sometidas a las pruebas que las consecuencias de sus culpas hacen oportunas.

Por tanto la parte occidental es oscura y está como bañada en tinieblas, porque estas tinieblas encierran las penas de los pecados leves y veniales, (es decir los de los hombres que pecan por ignorancia), y en estas tinieblas, cuando el hombre se aleja de las palabras de la verdad, se lo indica su oído.

La parte meridional, que está dividida en tres sectores, tiene los dos sectores laterales llenos de tormentos, donde se castigan los pecados graves de aquellas almas que mientras estuvieron en el cuerpo descuidaron el perfume de las virtudes.

En efecto, en el ángulo de la parte que va de oriente a sur, el aire ardiente, el viento y otros suplicios descargan castigos tremendos, y en ella se examinan a fondo las peores acciones, homicidas, violadores, ladrones y parecidos, porque el juicio de Dios siempre está listo para castigar la impiedad y la falta de fe, y los pecados y las horribles costumbres de los que intentan oponerse a Dios.

En cambio en el ángulo que va del sur a occidente abundan terribles penas, por ejemplo el frío en verano, el calor en invierno y otras, a través de los que se purgan las almas arrancadas del cuerpo de quienes en el momento de la muerte, han tenido apenas tiempo de arrepentirse de sus muchos y graves pecados y que, no habiendo sentido el perfume de las virtudes, se salvarán con dificultad.

El tercer sector, el de medio, no esta lleno de castigos pero infunde miedo por la presencia de imágenes monstruosas y aterrorizadoras. Si esta parte también estuviera llena de tormentos como las otras dos, estaría en ebullición por la excesiva abundancia de penas, haciendo inhabitable la tierra que los hombres habitan. Y por lo demás ya ahora, a causa de las cosas horribles que contiene, a menudo manda epidemias a los hombres y a los animales y perjudica los frutos, y esto ocurre porque los hombres no dejan penetrar en sus almas el perfume de las virtudes.

Así también la parte septentrional, que también se divide en tres sectores, infunde terror con los sectores laterales llenos de muchos tormentos, donde se purgan las almas de los que, poniendo en segundo plano el gusto por la vida verdadera, han preferido favorecer la concupiscencia de la carne.

En el ángulo de la parte que va de oriente a norte hay castigos durísimos hechos de frío y viento y otros tormentos, y en ellos se pone a prueba la incredulidad de algunos hombres faltos de fe, que mientras vivieron en el mundo imitaron a los incrédulos, evitando gustar el sabor de la verdadera fe, y sólo en la hora de su muerte se arrepintieron, volviendo a la fe católica, y solamente al final recuperaron el gusto de la rectitud.

En el otro ángulo, el que va del norte a occidente, abundan los castigos más inmundos, hechos de humedad, barro, hedor insoportable y humo y otros tormentos parecidos. En ellos son analizadas a fondo las obras de los adúlteros, de los glotones y de los borrachos, que se mantuvieron extraños al gusto de la vida.

También infunde terror la zona del medio, llena de cosas horribles, aunque tampoco allí hay lugares de castigo, como se ha dicho, porque si esta parte llena de cosas horribles también contuviera castigos, la tierra habitada por los hombres se vería infectada por sus exhalaciones. Tan solo de vez en cuando las cosas horribles que hay en ella ponen en peligro a los hombres y las otras criaturas, cuando los hombres ya no sienten el gusto de la vida. Y como en la fétida sordidez hormiguean los gusanos, así por los castigos que hay en esta esquina se quita el hedor de los pecados. Y a menudo, el humo de estos lugares de tormento se expande sobre la tierra donde los hombres habitan, y produce epidemias pestilentes entre los hombres y los animales.

Los juicios que Dios manda sobre la tierra y sobre los hombres salen de los lugares de castigo que se encuentran en aquellas partes. Y para que las penas y las tinieblas del infierno no invadan el mundo se han puesto montes empinados y resistentes. En cual de estas partes se colocan las almas que tienen que ser puestas a prueba en base a la cualidad de los pecados cometidos.

VII. Los juicios que se emiten sobre la tierra y sobre los hombres provienen de estas zonas, y por eso desde ellas se difunden muchos males. Contra las horribles tinieblas de las penas infernales se levantan montes empinados de dura roca, que ningún cataclismo puede partir, ellos resisten a las tinieblas y protegen la tierra, como las paredes sustentan la casa para que no caiga. El hombre, cuando está vivo, se vale de los cinco sentidos, y siempre está en pecado. Por tanto tiene que padecer en las cinco partes de la tierra para purgarse. Las tinieblas del occidente son leves, las soportan los que, mientras vivieron en el cuerpo en la tierra, estuvieron como en una cárcel porque quisieron las cosas celestes. En cambio los que sirven a los placeres de la carne tienen que purificarse en las penas del purgatorio, que se encuentra en la parte meridional y en la septentrional. Y esto porque, aunque hayan pecado, sin embargo no han renegado de Dios ni de la justa fe.
Todas estas partes, es decir el oriente y el occidente, que son los dos sectores más grandes de la esfera de la tierra además de los cuatro sectores externos del sur y del norte, como se ha dicho, no están habitados por el hombre, ya que debido a la continua presencia del calor y del frío y por otros inconvenientes nadie podría vivir en ellos. Del mismo modo, si el hombre se enorgullece excesivamente o si al revés, cae en la desesperación, y si descuidando la derecha se dobla a mano izquierda, no puede recibir el Espíritu Santo en la morada de su corazón. Por esto Dios a menudo emite su juicio sobre los cuatro rincones de la tierra, como vio Juan mi elegido, en el Apocalipsis, donde habla de este modo:

Palabras del Apocalipsis del apóstol Juan acordes con las materias descritas. El simbolismo ingenioso de los cuatro caballos, blancos, rojo, negro y pálido. Se describen los cuatro tiempos y sus cualidades desde el origen hasta al final del mundo.

VIII. "Y apareció a sus ojos un caballo blanco, el que lo montaba tenía un arco, se le dio una corona, y salió vencedor para continuar venciendo" (Ap. 6, 2). Se interpreta así: el tiempo de los orígenes, que tuvo principio con Adán, fue como el caballo blanco, ya que el hombre pecó por ignorancia, y Dios lo golpeó con la cólera de su reprensión, que

ocultaba también un castigo. Sin embargo le dio el poder de vencer y la superioridad sobre el enemigo, para que en la suprema batalla combatiera a la antigua serpiente. Y así castigó la inobservancia de la ley que tuvo Adán, hasta que al acabar el diluvio hizo aparecer un arco sobre las nubes del cielo. El tiempo de los orígenes duró desde la expulsión de Adán hasta el diluvio, en el que Dios, en el arco de su cólera, sumergió a todas las gentes a excepción de los que fueron salvados en el arca, vertiendo sobre de ellos las aguas que retumbaron como el trueno. Y lo mismo que en el tiempo de los orígenes Dios enseñó el arco de su cólera para vengarse, así después del diluvio donó el arco iris entre las nubes del cielo señalando que no tendría jamás sumergido el mundo entero con las aguas tronantes, y preanunció la salvación a través del bautismo.
Y continúa así el texto: “Salió luego otro caballo rojo, y al que lo montaba se le dio el poder de quitar la paz de la tierra, para que todos se mataran los unos a los otros, y se le dio una gran espada”. (Ap 6,4). Se interpreta así: Este caballo es el tiempo después del diluvio, cuando el juicio justo de la cólera de Dios privó de paz a los que no buscaron la paz de Dios ni la dieron a los hombres. Por tanto el juicio de Dios permitió que se mataran los unos a los otros con crueldad y perecieran en grandes batallas, porque en su infidelidad se alejaron de él, como el alma que provoca su propia muerte cuando no quiere unirse a Dios.
Y todavía escribe: “Entonces vi un caballo negro, y el que lo montaba tenia en la mano una balanza”. (Ap 6,5). Y más adelante: “Una medida de trigo por un denario y tres medidas de cebada por un denario, pero el vino y el aceite, no los eches a perder”. (Ap 6,6). Esto se interpreta así: este caballo negro representa el tiempo en que, después de la pasión del Hijo de Dios, surgieron en la iglesia los perseguidores, evidentemente por la falta de fe, ya que los incrédulos que despreciaron la fe atrajeron las tinieblas de la infidelidad. Pero la cólera de Dios tuvo en la justa consideración los tormentos de los mártires, e infligió a los verdugos una pena adecuada, y los mártires obtuvieron la gloria eterna. En efecto, la victoria de los mártires fue raíz fecunda de todas las virtudes que brotaron en ellos, ya que renunciaron a su voluntad propia y a las leyes de la carne. Esta renuncia a la voluntad de la carne hecha por amor a la vida eterna, es la fe que todos los fieles tienen dentro de sí. Así, la voluntad de la carne deja el sitio a la santa hambre, por la cual los fieles tienen hambre y sed de justicia. Así la balanza es señal de que el hombre, ayunando en espíritu, se alimenta de los frutos de la tierra, gustando la patria celeste en una naturaleza virginal.
Éste fue pues el tiempo de los mártires, oscuro como el viento del Norte, cuando los mártires fueron asesinados por los malvados como los lobos a los corderos. Y por esto el juicio de este tiempo viene dado por una balanza en cuyos platos se pesan dos cosas, la abstinencia y el amor de la patria celestial, que son propias de los mártires, como se ha dicho. Los mártires mortificados en el cuerpo con la abstinencia, dirigen la mirada a los deseos celestiales como el águila fija sus ojos en el sol. Esto significa la medida de trigo que vale un dinero, comparada con la vida. Y los que siguiendo los preceptos de la ley con la mortificación se abstienen del pecado, se alejan de las relaciones carnales, y abandonando los propios bienes se hacen pobres, eligiendo opciones que son muy duras y difíciles, por las tres medidas de estas dificultades se unen en el amor con aquel único denario que es la patria celeste. Esto es obra de la sabiduría, que pesa todas las cosas según la justicia en la misericordia, porque Dios es misericordioso más de cualquier otro. De este modo no se desperdician el vino ni el aceite, ya que con el arrepentimiento y la misericordia el hombre es liberado por sus pecados.
“Y he aquí un caballo de color pálido, el que lo montaba tenía por nombre Muerte. Y el infierno lo seguía. Y se le dio el poder sobre la cuarta partes de la tierra para matar con la espada y el hambre y la peste y por las fieras de la tierra”. (Ap 6,8). Esto se interpreta

así: el caballo descrito de este modo es el tiempo en que todas las cosas conformes con la ley y llenas de la justicia de Dios serán consideradas nada, como las cosas sin color, y entonces los hombres dirán: “No sabemos lo que hacemos y los que nos han dado estas órdenes no sabían lo que decían”. Y así, sin miedo ni temor por el juicio de Dios despreciarán todos los bienes, persuadidos por el diablo de hacer estas cosas.
Pero Dios en su cólera juzgará estas obras y se vengará destruyéndolas completamente, porque dará la muerte a los que no se arrepientan y los condenará al infierno. En ese tiempo, habrá sobre tierra, por todas partes, combates a la espada, los frutos de la tierra desaparecerán, y los hombres morirán de muerte repentina o por los mordiscos de las fieras.

El antiguo enemigo, envidiando al hombre por la gloria perdida, sufre para siempre sus penas y por esta causa procura ardientemente que el hombre sea contaminado por los horrorosos crímenes del odio, del homicidio, de la sodomía y de todos los demás vicios.

IX. La antigua serpiente se regocija con todos estos castigos con que el hombre se ve castigado en alma y cuerpo. No quiere, él, que tiene perdida la gloria celeste, que el hombre la alcance. Efectivamente, cuando se percató que el hombre hizo caso de su consejo, empezó a planear de hacer guerra a Dios diciendo: “A través del hombre llevaré a cabo todos mis propósitos”.
Pues, en su odio, inspiró que todos los hombres se odiaran con el mismo mal sentimiento, para que se mataran los unos a los otros. Y dijo: “Haré que los hombres mueran, los perderé más que a mí mismo que ya estoy perdido, porque yo estoy vivo, pero ellos no lo estarán”. Y mandó su soplo para que la sucesión de los hijos de los hombres se extinguiera, y entonces los hombres se encendieron de pasión por otros hombres, perpetrando actos vergonzosos. Y la serpiente gozando de eso, gritó: “Esta es la suma ofensa para el que ha dado el cuerpo al hombre, que la forma de éste desaparezca, por haber evitado la relación natural con las mujeres”.
Es pues el diablo el que los persuade a convertirse en infieles y seductores, para odiarse y matarse convirtiéndose en bandoleros y ladrones, porque el pecado de la homosexualidad lleva a las más vergonzosas violencias y a todos los vicios. Y cuando todos estos pecados se hayan manifestado al mismo tiempo en el pueblo, entonces la constitución de la ley de Dios se quebrantará y la iglesia será perseguida como una viuda. Y los príncipes, los aristócratas y los ricos serán echados de sus posesiones por la gente de menor rango y serán puestos en fuga de ciudad en ciudad, y su nobleza será aniquilada y los ricos se verán reducidos a la pobreza. Todas estas cosas ocurrirán cuando la antigua serpiente insinúe en el pueblo la voluntad de cambiar vestidos y costumbres. Los hombres le obedecerán, añadiendo allí un detalle, quitando en otra parte otro, deseosos de novedades y de cambios constantes.
El antiguo enemigo y todos los otros malos espíritus, que perdieron su belleza pero no el soplo de la racionalidad, por temor de su Creador no enseñan a ninguna criatura mortal la forma de su perdición tal como es. Pero con sus sugerencias infunden insidias en todos los hombres, a cada uno de modo diferente, porque en todas las criaturas hallan algo de su malicia. Sin embargo, Dios ha emprendido una gran batalla contra su impiedad a través de la razón del hombre que resiste a la razón diabólica y los confunde. Esta lucha durará hasta al final de los tiempos, cuando sean confundidos en

todo y por todo y el hombre que los haya vencido tendrá como recompensa la vida eterna.

En esta visión se muestra el celo de Dios a través de un globo de color rojo y de unas alas que lo abrazan por ambas partes, hacia arriba de un lado y de la otra hacia abajo. El celo de Dios castiga los pecados en la caridad. Se muestran las defensas con qué se deben proteger los que se salvarán.

X. El hecho que hacia el oriente, fuera de la redondez de la tierra y a cierta altura, se vea un globo rojo circundado por un círculo color zafiro, significa que en la región oriental, que indica el origen de la justicia, el celo de Dios, que supera el intelecto humano y se encuentra en lo alto de los secretos celestes, se muestra en su potencia con la justicia de la caridad. Porque aunque Dios juzgue con su potencia, sin embargo ejecuta sus juicios con la caridad.
Desde el globo, a la derecha y a la izquierda salen un par de alas en uno y otro lado, y en ambas partes un ala se eleva hacia arriba, por una y otra parte de la circunferencia, y al llegar a la cumbre las dos alas se encorvan a la una frente a la otra como mirándose. Porque en la prosperidad y en las adversidades, es decir con dulce inspiración o con áspera corrección, se manifiesta la protección divina que custodia a los hombres, y abraza las cosas que se elevan a lo alto por su amor, defendiéndolas en la excelencia de su majestad. En cambio la segunda ala de ambas partes, baja hasta mitad de la circunferencia de la tierra, de forma que estas dos alas circundan la circunferencia de la tierra hasta la mitad, como abrazándola por encima del firmamento. Ya que como la defensa celeste protege las cosas que están en los cielos, así también defiende las que están en tierra, inclinándose para llevar a la plenitud la buena voluntad de los hombres rodeándola con el abrazo del amor verdadero.

A través del círculo rojo, que como un arco se extiende por el exterior de la parte occidental, se representa la amplitud de la venganza divina hacia los que están fuera de la plenitud de la verdadera fe y del ámbito de las obras buenas.

XI. A partir de aquel punto mediano, un círculo rojo como un arco tenso, encierra toda la parte occidental externa y también parcialmente los sectores de las partes meridional y septentrional confinantes con ella. Porque con la misma perfección con que Dios en su misericordia protege a los que lo adoran, con el fuego de su celo, emite su justo juicio y promueve una venganza de justa medida sobre los que caminan fuera del ámbito de las buenas obras y sobre cuántos quedan fuera integridad de la verdadera fe, condenándolos al castigo. Es decir, este círculo va desde la extremidad del ala meridional, circunda la circunferencia por la parte occidental y se encierra en la extremidad del ala septentrional, puesto que, privándolos de la prosperidad de la vida presente por las culpas cometidas, los echa en la aspereza de sus tormentos, porque no han observado la verdad y la justicia. Y el hecho de que sobre la redondez de la tierra, por la parte oriental entre los extremos de las dos alas, se vea algo como un edificio que se eleva hacia aquel globo, significa que alejándose de las cosas terrenales, por el surgir de la justicia y estando en el círculo de la protección de Dios, la ciudad construida de

piedras de vida, dirige la mirada hacia el juicio de Dios y lo glorifica, porque las almas fieles alaban continuamente Dios que ordena rectamente todas las cosas.

Trata del edificio que se ve por encima de la redondez de la tierra, de la plaza y de la estrella que estando sobre de ella manda sus rayos, y del otro globo y de los rayos de las estrellas que resplandecen entre las alas, y de la distancia de los espacios entre todas estas cosas. De qué manera se refieren a la ciudad de Dios, que es la iglesia, y a Cristo, al Espíritu Santo con sus dones y a los ángeles de la guarda, que custodian a los santos.

XII. Sobre el globo y hacia la mitad de las alas se extiende una plaza oblonga. Sobre ella brilla algo parecido a una estrella blanca porque está trazada una calle desde el juicio de la potencia de Dios hasta el cumplimiento de su protección sobre el que la virginidad florece. En ella se muestra al Hijo de Dios Encarnado nacido de la Virgen, seguido, en la medida de sus fuerzas, por una gran muchedumbre de los que quieren la virginidad y se proponen la perfección con devota piedad. Más allá, entre la parte de arriba de estas dos alas, se ve algo que se parece a un globo de fuego que emite rayos. Significa que desde lo alto de la protección celeste, el Espíritu Santo se manifiesta prodigando a sus elegidos múltiples dones. Y la distancia entre la redondez de la tierra y el globo rojo, entre el globo rojo y la estrella blanca, y entre la estrella blanca y el globo de fuego es la misma, porque el juicio de la potencia de Dios y las obras de la virginidad además de los dones del Espíritu Santo, no son diferentes entre sí, sino más bien concuerdan según una medida armoniosa, ya que aquellos a los que la gracia del Espíritu Santo inspira, las obras de santidad los confirman y el juicio divino los juzga con justicia.
Además, entre las dos primeras alas de una y otra parte de la plaza, se distinguen rayos luminosos que partiendo del globo rojo circundan la estrella y de ella van hacia el globo de fuego. Significa que la protección que viene de lo alto de los cielos, circunda y defiende por todos los lados las calles de la virginidad, y que por su invencible potencia aquella virginidad que tuvo principio en el Hijo de Dios se consolida en la fuerza del Espíritu Santo, y en todo lugar está confiada a la custodia de los espíritus angélicos. Porque la virginidad, compañera de los ángeles, es digna de gozar de su compañía. En efecto, mi Hijo recoge cerca de sí en la dulzura de su humanidad a los que le imitan en la fiel devoción de la castidad y que, temiendo el juicio de Dios e inspirados por el Espíritu Santo, reviven en su cuerpo la pasión del Hijo y resisten a la concupiscencia de la carne.

De las tinieblas exteriores y de los castigos y padecimientos de diferente tipo, en los que las almas de los condenados junto al diablo y a sus seguidores son atormentadas. En qué partes se encuentran, y como nadie que todavía viva en el cuerpo pueda comprender las terribles penas del infierno.

XIII. En cambio hacia occidente, fuera de la redondez de la tierra, se ven tinieblas, que desde ambas partes de la redondez se encorvan hasta su centro, donde desciende la segunda pareja de alas. Aquellas tinieblas externas están fuera en el espacio del mundo, y se extienden por una parte hasta mitad de la zona meridional y por la otra hasta mitad

de la septentrional, y así se yerguen como resultado de la malvada rebelión contra la plenitud de la protección de Dios. En ellas el antiguo enemigo, que es su señor, goza infligiendo tormentos a las almas entregadas al olvido. Dentro de estas tinieblas, en la parte entre occidente y el norte, hay tinieblas más densas y ardientes, que tienen la forma de una boca horrible abierta como para devorar, y ellas, que están en el exterior del mundo, son la boca del infierno con toda su aspereza. Devoran las almas de los condenados torturándolas con atroces tormentos, ya que han seguido al diablo cumpliendo las obras infernales en lugar de querer a Dios.
Estas tinieblas están contiguas a otras tinieblas aún más densas, infinitamente horrorosas, que están en el exterior de ellas, como si fueran su boca abierta. Éstos son los lugares infernales en que hay abundancia de todos los tormentos y no hay ningún consuelo. Están separadas de los demás castigos porque son más ásperas que ellos y devoran todas aquellas cosas que Dios juzga que tienen que ser precipitadas en el olvido. En ellas son torturadas todas las almas que han vivido en el olvido de su Creador, en la falta absoluta de fe y por haber cumplido acciones execrables. Por esta razón estas tinieblas infinitas se sabe que existen, pero no se ven, ya que el infierno y sus atroces tormentos el hombre puede conocerlos con su inteligencia, pero mientras viva en el cuerpo no puede verlos en su plenitud con los ojos mortales, y no es tampoco capaz de distinguir que tormentos hay y cuántos son, como tampoco conoce ni su misma alma, ni cuáles son sus méritos, mientras viva en el mundo.

Dios, única vida que existe por sí misma, no recibió el ser de nadie, pero ha dado el ser a todas las cosas. Sobre la creación de los ángeles, la ruina de los espíritus soberbios y el consuelo de los espíritus beatos. Cómo el diablo no puede destruir el número de los que serán salvados, aunque siempre persiga este objetivo.

XIV. Dios pues, que ha hecho todas estas cosas, es la única vida de la que brota toda vida, así, como los rayos emanan del sol, y es aquel fuego del que se enciende todo fuego que se vuelve hacia la beatitud, como las chispas manan del fuego. ¿Y como podría ser que nada vivo estuviera unido a esta vida, que este fuego no calentara ni iluminara nada? ¿Cómo podría no manar vida y claror de la divinidad que es vida desde antes de todos los tiempos? ¿A quien favorecería una luz encendida por el fuego, si no resplandeciera para nadie, cuando ni esconde el fuego su luz, ni el sol sus rayos?
Dios es en realidad aquella vida de la que la fila de los ángeles ha sido encendida, como las chispas manan del fuego. Ahora bien, esta vida no puede dejar de brillar y su claridad no puede reducirse, porque en ella no puede habitar la muerte. ¿Qué quiere decir todo esto? Dios solo es de sí y en sí y no ha tenido el ser de nadie, mientras que toda criatura ha tenido el ser de Él.
Él creó algunos espíritus de alta dignidad y puso a su cabeza un gran príncipe. Todos dirigieron a él la mirada, como se mira una lámpara en la que arde una llama luminosa, porque en él refulgían todos sus resplandores como piedras preciosas. Pero éste busco un lugar vacío y en él quiso poner su trono. Por eso, junto con todo su ejército, fue echado como paja en el pozo del infierno, dónde las tinieblas externas y la boca del pozo infernal y el pozo mismo fueron preparados para acoger su caída. Aquel pozo es desmedido, como el número de los ángeles perdidos es innumerable. En efecto, para destruir la semejanza con que quiso ser como Dios, le fueron preparadas las tinieblas. Y por la discordia inadmisible que introdujo entre el ejército de Dios y el propio, fue hecha por Dios la boca del infierno. Y por aquella envidia por que no quiso en ningún

modo reconocer a Dios fue dispuesto el pozo infernal. Luego, Dios circundó los espíritus beatos con la fuerza de su majestad de modo que las asombrosas astucias del antiguo seductor no puedan aterrorizarlos jamás, y llenó sus ojos con su claridad, para que se deleiten para siempre en contemplar su rostro. Su poder sobre el infierno es tan vasto, que el antiguo seductor no podrá disminuir ni con guerras ni con artificios la plenitud del número de los rescatados, él que fue capaz de darse a sí mismo la muerte como hacen las víboras.

Para el hombre creado en la virtud del divino resplandor, pero engañado por el fraude del diablo, Dios creó un vestido hecho de aire, y después de tenerlo tan revestido lo expulsó del paraíso, desterrándolo en el mundo para que lavara la culpa de la desobediencia. Cómo se nubló la belleza originaria de la creación simultáneamente a la expulsión del hombre. Cómo el hombre ahora vive y obra con la ayuda de los elementos.

XV. Luego Dios en el resplandor de su virtud hizo al hombre y le coloco en la luz inextinguible del paraíso para que fuera incorruptible como sus frutos. Pero el hombre se aferró a la desobediencia, y así se dio cuenta de que estaba desnudo. Esto agradó mucho al diablo, que lo había desvestido, porque como él, había perdido la belleza de su gloria. Desde entonces Dios se le apareció como un extraño, en una llama, o en una nube incolora, también se mostró con el rostro cubierto como a Moisés y a otros que le fueron queridos. No quiso que el hombre quedara así, porque había decidido que llegaría el tiempo en que su Hijo vestiría el vestido de la humanidad. Le dio pues, el vestido aéreo de los animales vivientes, porque Adán y Eva escucharon al animal cuando desobedecieron el precepto divino. Y así fueron expulsados y obligados a vagar como peregrinos miserables, y fueron sometidos a la corrupción con los demás frutos de la tierra. En su caída y expulsión todas las criaturas del mundo quedaron oscurecidas como los rayos del sol cuando resplandecen de tras una nube densa, y del mismo modo, como por una nube, se oscureció la entrada del paraíso al antiguo seductor, para que no pudiera entrar jamás.

Desde entonces el hombre empezó a cumplir sus obras con las criaturas, porque del mismo modo que el fuego enciende y consume todas las cosas, así hace el hombre con las otras criaturas. Y en este fuego que invade y consume todas las cosas, toda criatura está escondida, y también la criatura es cercana el agua, que limpia todas las cosas. En efecto, el fuego arde con tal fuerza que no salvaría nada si no fuera templado por el agua. Y como el agua ha sido puesta cerca del fuego para moderarlo, así la humanidad se unió a la divinidad para alcanzar el perdón, porque no le favorecería al hombre yacer en las tinieblas sin emitir alguna luz. El ser humano recibe del fuego la forma sólida y el agua lo invade; así consigue su forma corpórea y por esta razón cuando Dios hace las formas de arcilla las modela con el fuego y con el agua.

Pues Dios es la luz viviente de la que resplandecen todas las luces, y el hombre mismo existe gracias a la divina luz de vida. Pero Dios también es fuego; por tanto al hombre lo ha cocido con el fuego y lo ha amasado con el agua, y por esto cuando hay demasiado calor en el agua del cuerpo del hombre, este enrojece y rezuma. ¿Y como podría quedar oscurecido el hombre que resplandece de la luz? ¿Y como podría no moverse, si tiene la vida del fuego? Si el hombre fuera inactivo y no tuviera una morada, sería nada.

Por tanto Dios que es luz y fuego vivifica al hombre con el alma y lo hace moverse con la razón, como con el sonido de la palabra creó el mundo entero e hizo de el la morada del hombre, que está en el mundo con todo lo que le ayuda a actuar. Dios lo hizo perfecto sobre todas las cosas.

Nadie habría podido arrancar al hombre de la perdición, ni vencer a su engañador, el diablo, sino solo Dios. Palabras del apóstol Juan en el Apocalipsis referentes al odio y la persecución de la serpiente contra la mujer y la semilla de esta. Cómo la mujer fue ayudada por la tierra.

XVI. Pero ¿quién habría podido levantar al hombre perdido que, engañado, se olvidó de su Creador, sino el que sin ser oscurecido por la nube de la ignorancia compartió su dolor? Y así, cuando el diablo vio a la mujer vestida, en su ciencia envidiosa, se dio cuenta de que había sido la causa de su exilio del cielo. Refunfuñando para sí, se preguntó con qué objeto Dios le había dado aquel vestido, como está escrito en el Apocalipsis: “Y cuando el dragón se vio precipitado sobre la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón. Pero se le dieron a la mujer dos grandes alas de águila, para que volara al lugar desierto que la estaba destinado, dónde será nutrida por un tiempo y unos tiempos y la mitad de un tiempo, lejos de la mirada de la serpiente”. (Ap 12,13-14). Se interpreta así: la antigua serpiente, viendo que había perdido el lugar donde quiso poner su sede, ya que fue echado en el infierno, exacerbó su cólera contra la mujer reconociendo en ella la raíz del género humano, ya que es ella la que pare. Su odio creció al extremo y se dijo que no dejaría nunca de perseguirla hasta que no la destruyera ahogándola en el agua del mar, tras haberla engañado primero.
Pero ella, sufriendo los dolores del parto, buscó con todas sus fuerzas la ayuda del consuelo, y sustentada por la protección divina se opuso al diablo por todos los medios. En efecto, se le han dado dos baluartes para su felicidad, es decir, el deseo celeste y la salvación del alma, para que con ellos busque refugio en el secreto de su corazón. En él, ella recibió el alimento de la salvación en el tiempo anterior al diluvio, y en los tiempos siguientes al diluvio y en la mitad del tiempo transcurrido entre la época de la circuncisión, antes de la Encarnación del Hijo, hasta la plenitud del tiempo del anuncio evangélico, en el cual se manifestó la plenitud del auténtico y justo orden contra la antigua serpiente.
Antes del diluvio, pero también después del diluvio y en el tiempo de la circuncisión había algunos que adoraban a Dios y que consiguieron la redención de sus almas en virtud de la sangre vertida por mi Hijo. Pero cuando vino el tiempo de la encendida aurora, es decir la plenitud de la justicia, la antigua serpiente quedó sorprendida y aterrorizada, porque una mujer, la Virgen, lo había confundido completamente.
Por tanto su furor estalló contra ella, como está escrito según mi voluntad: “Y la serpiente vomitó por su boca un río de agua detrás de la mujer, para hacerla arrastrar por la corriente, pero la tierra vino en socorro a la mujer”. (Ap 12,15-16). Se interpreta así: el antiguo perseguidor en su perversa codicia y en el tiempo que siguió al tiempo de la rectitud, en el que la mujer había engendrado al hombre, envió la incredulidad y la infidelidad a los pueblos de los judíos y los paganos, intentando hacer con eso que, aterrorizada por las muchas persecuciones, se sometiera o fuera completamente ahogada como un barco que se sumerge en un naufragio, para que su nombre fuera borrado completamente de la tierra, como se borra de la tierra lo que se hunde en la profundidad de un río. Pero con la ayuda de la tierra la mujer permaneció firme, porque

mi Hijo recibió de ella el vestido de hombre, mi Hijo que soportó en su cuerpo muchas ofensas y sufrimientos con el fin de confundir a la serpiente.

Dios con la creación del mundo se glorificó a sí mismo, se mostró a la criatura racional como Creador de todas las cosas, al mismo tiempo que exaltó al hombre, sometiéndole todas las cosas que hay en el mundo. Cómo se tiene que interpretar palabra por palabra la carta del principio del libro del Génesis a partir de dónde está escrito: "Al principio Dios creó el cielo y la tierra", hasta éstas: "Y fue la tarde y fue la mañana, primer día".

XVII. Por tanto, como ya se ha dicho, Dios dió al mundo el ornamento del cielo y el fundamento de la tierra, y se glorificó a sí mismo. Levantó al hombre sobre las cosas que hay en el mundo, sometiéndole todas las cosas terrenales, como enseña mi siervo que conoció mis secretos, diciendo: "En el principio Dios creó los cielos y la tierra". (Gén 1,1). Se interpreta así: En el principio, es decir, en el comienzo de todas las cosas, cuando éstas estaban concebidas en la ciencia de Dios, Dios creó, es decir hizo proceder de sí, los cielos y la tierra o bien la materia de todas las criaturas celestes y terrenales. El cielo, materia luminosa y la tierra, materia turbia. Estas dos materias fueron creadas simultáneamente y se manifestaron en un único círculo, que es el círculo del poder de Dios sobre el cielo y sobre la tierra. De la claridad divina, que es la eternidad, la materia luminosa centelleó como luz densa, y fue esta la luz que resplandeció sobre la materia turbia. Dios no iluminó enseguida el firmamento y la tierra, sino que hizo como el hombre, que cuando se prepara para realizar una imagen, en un primer momento dibuja las formas y luego las pinta con colores.
"La tierra era informe y vacía, y las tinieblas revestían la superficie del abismo". (Gén 1,2). La tierra al principio era informe, es decir falta de forma, e invisible, es decir falta de luz, porque no estaba iluminada todavía por el resplandor de la luz, ni por la claridad del sol, ni por la luna y las estrellas, y no producía frutos, porque no estaba arada ni labrada, y estaba vacía, es decir indiferenciada, porque no tenia su plenitud al estar privada del verdor, de las semillas, de la hierba, de las flores y de los árboles. No se ha dicho, en cambio, que el cielo fuera informe y vacío, porque no estaba destinado a producir frutos. Y las tinieblas, que no se habían disipado todavía por el resplandor de la luz porque no existían todavía los cuerpos luminosos de los astros, revestían la superficie del abismo, es decir la tierra misma, hundida en una auténtica confusión, que es la superficie del abismo, ya que ella es visible mientras el abismo está escondido de ella. En efecto la tierra cubre el abismo como el cuerpo cubre el alma, haciéndola invisible.
"Y el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas" (Gén 1,2). El espíritu de Dios es la vida, y esta vida dio a las aguas el movimiento para que se esparcieran y para que por ellas la tierra se afianzara y no fuera dispersada como ceniza por el viento. Porque como el Espíritu Santo se infunde en el hombre, así las aguas corren revoltosamente y lavan todas las cosas sucias, como el Espíritu Santo lava la suciedad de los pecados.
Y Dios dijo: "Hágase la luz. Y la luz fue hecha" (Gén 1,3). Dios, que es luz inextinguible que nada puede oscurecer, pronunció estas palabras que repicaron como el trueno, diciendo: "Hágase la luz", y la luz existió, y enseguida resplandeció una luz inextinguible e invisible a los hombres, que no será oscurecida nunca, y a la que también se añadieron las esferas vivientes, o sea, los ángeles, ya que Dios es vida, y su palabra no está inerte, sino que más bien se manifiesta como vida. Y las palabras que

pronunció, Dios las profirió para su propia alabanza. No era, en efecto, la luz del sol, porque todavía el sol no existía y además su resplandor no se manifiesta siempre sobre la tierra, más bien a menudo está cubierto por las nubes.
“Y Dios vio que la luz era buena y separó la luz de las tinieblas, y llamó a la luz día y a las tinieblas noche” (Gén 1,4-5). Dios vio que la luz era buena porque reflejaba el resplandor de su rostro, y por tanto la separó de las tinieblas, de modo que sus atributos no se mezclaran, porque una de las dos es inagotable, mientras la otra se agota. De Dios pues, proviene el día, ya que Dios ordenó con sus palabras que la luz fuera producida antes, y la llamó día. No al día solar sino al día inextinguible que en lo alto de los cielos no está oprimido por tiniebla alguna. Y llamó tinieblas, no a las que desaparecen con la luz del sol sino a las que siempre quedan oscuras y no son tocadas tampoco por la claridad de la luz. Y a aquellas tinieblas que estaban sobre la superficie del abismo y que no las tocaba la luz, las llamó noche. La noche dónde no llega nunca el día es ciega, y el día se separa de la noche y de su ceguera porque es claro. Así Dios separó la luz de las tinieblas nocturnas.
“Y fue la tarde y fue la mañana, primer día”. (Gén 1, 5). En efecto la conclusión de esta obra y su principio fueron una sola cosa en la perfección de la claridad, porque cuando el Verbo de Dios ordenó que fuera hecha la luz, el principio de ella fue como la mañana, pero su perfección, cuando se manifestó en su plenitud, estuvo en la tarde.
También hay otra interpretación.

Cómo el Hijo de Dios nacido intemporalmente del Padre, es el principio en que todas las cosas han sido creadas, así él, naciendo de una madre Virgen es el principio de la creación y de la edificación de la iglesia, y el garante de la justificación universal, para la cual no fueron suficientes la justicia de los patriarcas ni los sacramentos de la ley, sino que ha sido renovada en la predicación, en el bautismo, en la acogida del Evangelio y en la fe en la Trinidad.

XVIII. “En el principio Dios creó los cielos y la tierra” (Gén 1,1). Se interpreta así: Al principio del comienzo del tiempo, Dios, al crear con su Verbo todas las cosas, creó el cielo y la tierra, es decir una materia primera en la que yacían escondidas todas las criaturas del cielo y la tierra que habrían venido a la luz por obra del Verbo de Dios. Lo mismo hizo Dios en la creación con la iglesia antes de construirla. Dios es en sí mismo el comienzo, el principio de los principios, él está en su Hijo, que envió al mundo por la puerta áurea de la virgen, en el secreto de su pudor. A través del Hijo, todas las cosas, es decir, el cielo y la tierra, fueron creadas, como dice Juan Evangelista, el predilecto de Dios. Y del mismo modo la justicia celeste y la terrenal fueron hechas en él.
¿Pero como puede ser principio el que antes del principio de los siglos ha nacido en el Padre? Antes de los siglos nació en el Padre según el Espíritu, no según la carne, mientras su Encarnación es el principio de la justicia, porque toda la justicia que practicaron los santos en los tiempos antiguos, antes de su nacimiento, no fue elemento vital de salvación ni fue capaz de rescatar a los hombres. En cambio la justicia que tuvo origen en él, es decir el bautismo y el Evangelio y la fe en un sólo Dios en el nombre de la Santa Trinidad, ésta es la justicia que reconduce el hombre al paraíso.
Por tanto él es el principio de la salvación por sus obras, como Adán con las suyas fue el principio de la perdición. Y como él es el Verbo que creó todas las criaturas, ya que todas han sido hechas a través de él, así su humanidad es el principio de la edificación de la santa Iglesia. ¿Cómo ocurrió esto? Él estuvo como una sombra en la predicación

de los profetas, que predijeron su llegada. Desde Abel hasta el nacimiento del Hijo de Dios cada práctica de justicia fue como la sombra de la Iglesia, nacida de la sangre del costado de Cristo. En la regeneración por obra del espíritu y del agua, que no existió nunca antes, excepto cuanto Juan el Bautista la adelantó con la sombra del bautismo, la Iglesia apareció entonces en su plena realidad, ya que el mismo Cristo, que fue preanunciado por los profetas como en sombra antes de su nacimiento, se manifestó con su cuerpo de hombre, como David dice en los Salmos por mi inspiración:

Palabras del profeta David en el primer Salmo. Como se han de interpretar en relación a la Encarnación del Hijo de Dios y a la fecundidad de los frutos de su doctrina por todo el mundo.

XIX. "Y será como el árbol plantado al borde del agua, que dará fruto a su tiempo". (Sal 1,3). Se interpreta así: El Hijo de Dios, que siguió la voluntad del Padre en todas las cosas, fue el árbol de la salvación, concebido por el Espíritu Santo, de quien fluyen las aguas vivas, el árbol que llevó el fruto copioso de la salvación cuando les enseñó a sus discípulos la doctrina de la iglesia en su plenitud. En efecto, el Hijo de Dios en la divinidad fue como raíz en el corazón del Padre y fuerza viva de la divinidad, y descendiendo en el vientre de la Virgen llevó en su humanidad la plenitud de los frutos. Porque como la savia está en el verdear de la madera, así el Hijo de Dios estuvo desde siempre en el Padre, hasta que en el tiempo predestinado llegó para hacerse hombre, cuando se volvió comida de vida para los que viven en el espíritu. El cielo fue testigo del Hijo de Dios mientras habitó junto al Padre, la tierra fue testigo suyo cuando yació en el pesebre, y el agua lo conoció cuando caminó sobre el mar. Sin embargo, aunque su pueblo pudiera verlo corporalmente, sin embargo no reconocieron que fuera Dios.

Las palabras: "La tierra estaba informe y vacía, y las tinieblas revestían la superficie del abismo", tienen que ser interpretadas alegóricamente como referentes a los incrédulos, que están vacíos de obras buenas y están cubiertos de tinieblas por su falta de fe. Y las palabras que siguen, "Y el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas", han encontrado su cumplimiento en los apóstoles y en el pueblo de los fieles por gracia del Espíritu Santo.

XX. "La tierra estaba informe y vacía, y las tinieblas revestían la superficie del abismo" (Gén 1,2). Todas las gentes, es decir los judíos y los gentiles, que habitaron sobre la superficie del abismo, es decir la tierra, fueron ciegos, sordos e incapaces de reconocer a Dios porque su espíritu estaba engañado por una fe vana, y fueron privados de buenas obras, ya que no las cumplieron siguiendo la doctrina del Hijo del Altísimo, hasta que él no subió al Padre. Y así sobre la tierra, que es la superficie del abismo, estaban las tinieblas de la incredulidad, en las que vivieron como ciegos cuánto no reconocieron a Dios.
"Y el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas". (Gén 1,2). Tras la ascensión del Señor el fuego del Espíritu Santo aleteó sobre las aguas, es decir sobre los apóstoles, surgidos del amor del Hijo según la voluntad del Padre. Y lo mismo que en la creación del mundo las aguas fueron hechas antes que todas las otras criaturas, así también los apóstoles fueron los primeros entre los doctores de la iglesia. Y como aquellas aguas

tienen su origen en la creación del mundo, y de ellas fluyen todas las aguas, así de los primeros doctores, los apóstoles, se han multiplicado los doctores de la iglesia, como testimonia en el salmo David, diciendo:

Palabras de David en el Salmo XXVIII, conformes a la doctrina apostólica, y como deben ser interpretadas.

XXI. "La voz del Dios se hace sentir sobre las aguas, el Dios majestuoso hace estallar la tormenta" (Sal 29,3). Se interpreta así: En primer lugar suena la voz, y lleva en sí la fuerza de la palabra, de forma que se pueda conocer y comprender lo que anuncia. Por tanto la voz del que domina sobre todo, bajó sobre las aguas, es decir sobre los profetas, cuando les reveló muchos secretos del cielo y la tierra, y Dios, que es Dios de majestad porque es omnipotente, la hizo tronar fuertemente, cuando mandó a su Hijo al mundo. En aquel tiempo el Señor de todos los pueblos también mandó el Espíritu Santo sobre los apóstoles y los otros creyentes, que se multiplicaron en la fe católica, y los mandó que su doctrina penetrara por todas partes sobre la tierra. Los hombres pudieron ver al Hijo de Dios en forma de hombre, pero no supieron cómo fue concebido y como nació. A veces la voz del Señor es extraña e incomprensible, pero la Palabra se reconoce y puede ser comprendida y por ella el hombre puede conocer en la fe a Dios, que les mandó a los hombres las profecías de que las que el agua es símbolo. Por tanto se reconoce en ellas como el señor de los profetas.

De qué manera las palabras de Dios que dice "Hágase la luz" y todas las otras hasta "Y pasó la tarde y pasó la mañana, primer día", han sido cumplidas en el origen de la fe cristiana, en la predicación de los apóstoles y en la separación entre los fieles y los incrédulos, según la interpretación alegórica.

XXII. "Y dijo Dios: Hágase la luz. Y la luz fue hecha". (Gén 1,3). Dios les habló a los apóstoles a través del Espíritu Santo, diciendo: "Sed como una lámpara encendida y enseñad la verdadera doctrina en el nombre del Santa Trinidad". Y ellos, de repente, inflamados por el Espíritu Santo, abrieron la puerta de la habitación en que estaban encerrados y se volvieron como una única luz, que resplandeció en el mundo con su doctrina.
"Y Dios vio que la luz era buena y separó la luz de las tinieblas, y llamó a la luz día y a las tinieblas noche" (Gén 1,4-5). Dios vio que ellos habían sido una luz útil al mundo, y separó la luz, los apóstoles, de las tinieblas, es decir de la falta de fe de los incrédulos. Y llamó a esta luz día, aquel único día que resplandece en el mundo en su predicación por obra de su Palabra, el Hijo que les habla en la carne, y a las tinieblas, es decir la incredulidad de los infieles, las llamó noche.
"Y fue la tarde y fue la mañana, primer día" (Gén 1,5). Ya que la falta de fe de los incrédulos empezó a declinar como el ocaso del anochecer, el primer día se cumplió, pasó la tarde, con la desaparición de la incredulidad y llegó la mañana al surgir primera luz, es decir el principio de la fe de los creyentes. Esta es la única y verdadera fe, por la cual creemos en un único Dios, fe nacida primeramente en Abel y consumada con pleno cumplimiento en Cristo. Pues por la tarde la fe llega al conocimiento del Hijo de Dios y su obra de salvación, puesto que el primer día durará hasta al final del mundo,

porque Abel fue como la mañana y el Hijo de Dios la tarde. También hay otra interpretación:

Cómo estas mismas cosas, que están escritas en el Génesis sobre la creación del cielo y la tierra, o bien la obra del primer día, según la interpretación moral se encuentren en la condición del hombre, que está compuesto por diversas naturalezas en el alma y en el cuerpo.

XXIII. "En el principio Dios creó los cielos y la tierra" (Gén 1,1). Se interpreta así: Cuando Yo, Dios, casi al principio de la creación, hago al hombre con buenas inclinaciones, creo en él la ciencia viva del bien y el mal de modo que evite el mal y me imite a Mí, el Padre, en el bien, porque le he dado la capacidad de distinguir el bien del mal, haciéndolo a mi semejanza, para que con esta ciencia pueda conocer a todas las criaturas y conociéndolas tenga después de mí el poder sobre de ellas. Pero el hombre por su gran vanidad se alejó de Mí, y, persuadido por el diablo, cayó en las deplorables preocupaciones del pecado, porque nacido en la frágil naturaleza de Adán abandonó la alegre ciencia que nunca lo habría herido de ningún modo. Y sin embargo en su alma ha mantenido el anhelo de los dignos suspiros dirigidos a los deseos celestes, y en eso casi está hecho de cielo, mientras en la carne siempre se mantienen los deseos terrenales y por este motivo, a causa de la fragilidad que se deriva de Adán y de los insidiosos consejos del diablo, no puede quedar inmune del pecado, y en eso casi está hecho de tierra.
"La tierra era informe y vacía, y las tinieblas revestían la superficie del abismo" (Gén 1,2). El hombre, que no logra nunca ser estable en sus costumbres, es todo vanidad y ondea como las oleadas del mar. Pero como en la creación del mundo las criaturas proceden de la primera materia ordenadamente, la una después de la otra, así el hombre en razón de los deseos buenos debería subir de virtud en virtud, según el modo en que lo he creado al principio. En cambio ahora, a causa del consejo del diablo, vuelca los buenos deseos en gran vanidad, como se ha dicho, y en esta vanidad de las costumbres es propenso a descuidar las buenas obras. Por todo esto se sumerge en actividades oscuras, conformes a sus malos comportamientos, y éstos le dominan el cuerpo, ya que quién comete pecado se hace esclavo del pecado. Y el cuerpo es como la superficie del abismo, mientras que el alma es como el abismo, porque el cuerpo es visible y palpable como la superficie del abismo, y en cambio el alma es invisible e impalpable como el abismo que está cubierto por la tierra.
"Y el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas". (Gén 1,2). Cuando el hombre de fe se ve envuelto en sus pecados, a veces suspira dirigiéndole a Dios. ¿Cómo es posible? Por la aflicción que nace en él por la gracia del Espíritu Santo llora amargas lágrimas, porque los suspiros del hombre siempre preceden a las buenas obras. Y como al principio de la creación, las aguas, producidas por el soplo del espíritu de Dios antes que todas las otras criaturas, son mencionadas especialmente como símbolo del Espíritu Santo, así el Espíritu Santo antes del principio de las buenas obras produce lágrimas en el corazón del hombre.
"Y dijo Dios: Hágase la luz. Y la luz fue hecha". (Gén 1,3). Exhortándonos por obra del Espíritu Santo, Dios dice: "Ahora pueden ser edificadas las buenas obras en este hombre, después de la aflicción del corazón, y puede ocasionarse en él el reverdecer de los frutos, por tanto, que en su alma sea hecha la luz". Entonces el hombre, sin olvidar la tristeza del arrepentimiento, se eleva en la luz de las buenas obras. ¿Cómo es

posible? Corrigiendo en sí mismo los ilícitos deseos de los placeres carnales y absteniéndose del mal, comenzando a obrar en aquella nueva luz, que primero no reconoció, cuando durmió entre los seductores deseos de la carne. Así empezará a hacer obras que lo harán luminoso.
“Y Dios vio que la luz era buena y separó la luz de las tinieblas. Y llamó a la luz día y a las tinieblas noche” (Gén 1,4-5). Y cuando Dios vio que el hombre comenzó a obrar el bien y que su casa era tan resplandeciente, reconociendo en él el principio del bien volvió hacia de él su mirada y lo abrazó amorosamente. Así, desde el principio, las obras luminosas están separadas, para evitar el contagio con los actos tenebrosos que llevan al castigo. Quién las mantiene separadas es Dios que, viendo el bien en el hombre, le aleja del mal. Y denomina a las buenas obras como luminoso día de la salvación, porque en estas buenas obras vuelve a llamar hacia sí a las almas de la perdición que tuvo origen en Adán. Las obras contrarias las denomina noche de la perdición, que tiene como fundamento el diablo, padre del homicidio.
“Y fue la tarde y fue la mañana, primer día”. (Gén 1,5). De este modo, en el hombre, si la costumbre vespertina de las obras malas antecede al primer inicio de las buenas obras, es como el amanecer de la mañana de la incomparable virtud. Porque dejando el mal se adhirió al bien, puesto que el dolor de los pecados es la primera virtud de la luz.

Cómo se tienen que interpretar las palabras que tratan de la constitución del firmamento y la división de las aguas. Palabras de David del Salmo XVIII que tratan de este tema.

XXIV. Y Dios dijo: “Que haya un firmamento entre las aguas para separar unas aguas de las otras” (Gén 1,6). Se interpreta así: Dios, que es luz inextinguible, con su Palabra abrasadora ordenó que existiera el firmamento, es decir esta forma redondeada que está estabilizada por los astros celestes de modo que no pueda caer. Y la puso entre las aguas, separando así unas aguas de las otras. Contuvo las aguas que crecían hacia arriba como montañas, y como una montaña no se cae, así tampoco ellas descienden y se quedan dónde él las ha puesto, recogiendo las aguas del mar como en un odre, que es el firmamento. Y puso los abismos en las cámaras de su tesoro, que es la tierra. La tierra es la cámara del tesoro que encierra a los vivientes, que Dios representó en el arca de Noé, que hizo flotar entre las aguas después de haber encerrado a todas las criaturas.
De este modo Dios puso el firmamento entre las aguas que había separado, para que estuvieran divididas las aguas unas de otras. Dios hizo esta división antes de iluminar el firmamento, que estuvo en su sitio, todavía sin iluminar y sin girar, esperando el momento en que el Creador lo iluminase. Al igual que toda criatura existe en un primer momento como raíz, y luego se multiplica engendrando, pues en invierno la raíz está escondida, y en verano se manifiesta con el verdor y con la floración, así Dios dibujó con su compás a las criaturas de la tierra, y luego les dio vida de acuerdo a cada una según su naturaleza. Pero sólo al hombre le inspiró la vida con su aliento, mientras que a las otras criaturas las vivificó con el soplo del aire que transpasó las nubes.
“Y Dios hizo el firmamento que separa las aguas que están debajo del firmamento de las que están sobre el firmamento. Y Dios vio que era bueno” (Gén 1,7). Dios estableció el firmamento para dividir las aguas que estaban sobre y bajo él, y de este modo apareció el firmamento.
Y Dios llamó al firmamento cielo, porque todo lo que sustenta a otras cosas se llama justamente su firmamento. Por tanto llamó cielo al firmamento, porque es el lugar más

superior de todos y cuenta eternamente su gloria, y el hombre, aunque lo mire, no puede conocerlo completamente, como por lo demás el hombre no conoce perfectamente a Dios, al que ve a través de la fe. El cielo, que es la vivienda de Dios, el hombre no lo ve si no se vuelve primero todo espiritual, porque sobresale por encima de sus sentidos y de su ciencia. Razón por la que el profeta dice: “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos”. (Sal 19,2). Se interpreta así: Todas las partes del firmamento son llamadas justamente cielo, ya que Dios sólo las hizo de si y no necesitó la ciencia de ninguna criatura, puesto que nadie puede con sus sentidos explicar como lo ha hecho. Por tanto ellas cuentan los milagros de Dios, porque él los ha representado en el firmamento como en un espejo, y así el sol enseña la divinidad y la luna la humanidad del Hijo de Dios, y las estrellas revelan los demás secretos. Así se acercará a aquel Dios que es Dios y hombre, una muchedumbre tan grande de creyentes que nadie podrá contarlos, porque Dios es infinito en su gloria. El firmamento, además, con su luz anuncia al hombre, que es obra de las manos de Dios y está construido a su imagen y a semejanza. Por esta razón, en él firmamento el hombre reconoce todas las señales que en él se manifiestan.
“Y fue la tarde y fue la mañana, segundo día”. Dios acabó su obra en el firmamento con el mismo afán con que la empezó, porque dispone en la equidad todas las cosas. Hay otra interpretación:

Según la interpretación alegórica, el firmamento puede ser considerado como Cristo o como la fe en Cristo, la división de las aguas como el firme distinción de la fe misma, según la cual, los fieles se separan de los infieles, y la tarde y la mañana, como el ocaso del vicio y el surgir virtud.

XXV. Y Dios dijo: “Que haya un firmamento entre las aguas para separar unas aguas de las otras” (Gén 1,6). Se interpreta así: Dios dijo: Sea hecho el firmamento de la fe entre los pueblos de los infieles, es decir, que ellos escuchen la predicación de los apóstoles y quién quiera acoja su enseñanza. Y que éste divida las aguas, es decir los creyentes, de las aguas, es decir los judíos y paganos que no creerán, como dijo mi Hijo a los judíos: “El reino de Dios se os quitará y se dará a un pueblo que lo hará fructificar”. (Mt 21,43). Esto se interpreta así: Vosotros, que sois incrédulos, habéis perdido vuestra herencia por esta falta de fe. Por esta razón según el justo juicio de Dios os será quitado el reino en que habríais tenido que reinar con Dios y será dado a los que, librándose de los pecados, producirán frutos por los que será glorificado el reino de Dios. En efecto, en los corazones de los incrédulos hay gran dureza, y no obran según la ciencia del bien, sino según los deseos ilícitos de sus corazones.
La razón es la materia de la que está hecha la ciencia del bien y el mal, y ella edifica y destruye como un artesano. Quién estima la luz de la fe edifica su casa en la Jerusalén celeste, pero quien la rechaza, destruye su casa, dejando el honor y la santidad de la herencia celeste. Y como en todas las cosas que hace, obra según la concupiscencia derivada del pecado de la manzana, todas sus obras son oscuras, porque están hechas en las tinieblas, evitando la luz. Pues los no creyentes rechazaron la verdadera luz, es decir el Hijo de Dios, y no quisieron verlo ni cumplir sus obras y por tanto perdieron su herencia, en cambio los que lo acogieron con fe y actuaron según sus reglas, consiguieron el reino de los cielos en virtud del regalo de su sangre.
“Y Dios hizo el firmamento que separa las aguas que están debajo del firmamento de las que están sobre el firmamento. Y Dios vio que era bueno” (Gén 1,7). Dios puso la

predicación de los apóstoles como firmamento de cuantos escucharon con fe. Y dividió las aguas, es decir, a los pueblos infieles, que quedaron bajo el firmamento, ocupados en cosas terrenales tales como ídolos y cosas parecidas, los separó de aquellos otros hombres que estuvieron sobre el firmamento, es decir se basaron en Cristo.
Y Dios llamó al firmamento cielo. Con eso se entiende la fe, porque ella es la gran y estable ciudad que contiene las obras celestes. ¿Qué quiere decir? Que es la ciudad que contiene todas las órdenes sagradas de la iglesia y que conduce la batalla victoriosa contra la falta de fe de todos los incrédulos.
"Y fue la tarde y fue la mañana, segundo día" (Gén l, 8). La delimitación de los corazones de los no creyentes fue hecha aquel día con el surgir del firmamento, es decir de la fe verdadera, y fue el segundo día, porque creer en Cristo es como la segunda luz de la fe.

Como todavía el segundo día no tuvo astros celestes, así la fe sin las obras luminosas no es cosa digna de alabanza, y por esto no está escrito respecto de la obra de este día como lo está en la obra de los restantes días, "Y vio Dios que era bueno".

XXVI. Aquí no se ha dicho: "Y vio Dios que era bueno" (Gén 1,7), porque la ardiente obra de la fe y de todas las demás virtudes no se habían manifestado todavía en las obras sino sólo en la escucha de las gentes, que no habían saboreado todavía el gusto en las obras. Y como el hombre no sabe que alimento es bueno si no lo ha probado, así todavía los hombres no habían probado las obras de la fe para cumplirlas y, como en una sombra, solamente habían oído hablar de ellas. Por tanto, como el firmamento estuvo por encima del orbe terrenal sin ser iluminado por el sol, la luna y las estrellas, así, en aquel tiempo, en la segunda luz de la fe, la fe misma todavía estuvo a falta de las obras luminosas establecidas según la justicia, y aquellos hombres oyeron solamente de la fe como en penumbra. También hay otra interpretación:

Según la interpretación moral, el firmamento debe ser entendido como la virtud del discernimiento, con el cual cada fiel, sea en la vida activa como en la contemplativa, aprende a distinguir las cosas necesarias y de las superfluas con respecto al cuerpo, además de las saludables y las nocivas con respecto al alma.

XXVII. Y Dios dijo: "Hágase el firmamento entre las aguas, para separar unas aguas de las otras" (Gen. 1). Se interpreta así: Dios habla a veces al hombre ensanchándole el corazón. ¿Qué quiere decir? Qué le habla en la dulzura del Espíritu Santo, porque brilla dentro del hombre como en su casa. Y entonces le otorga los instrumentos de las virtudes para proteger la obra que ha iniciado en él, de modo que no le falten los medios necesarios para practicar las virtudes. Del mismo modo hizo en el cielo y en la tierra, donde no falta ninguna de las criaturas necesarias al hombre. Cuando Dios lo ordenó, pues, fue hecho el firmamento, que significa la capacidad de discernir la diferencia entre las exigencias espirituales y las carnales de los hombres. Por eso el hombre debe nutrir el deseo del cielo, y también cuidar la carne según sus necesidades, es decir comportarse con discernimiento en estas cosas, para que no edifiquen las buenas obras tan para arriba que se arriesgue al derrumbamiento, ni por otro lado bajas a causa de las malas costumbres. Tiene que encontrar tiempo para rogar llorando,

tiempo para ocuparse de las buenas obras, y también tiempo para proveer a las necesidades de la carne, para no desfallecer.
Cualesquiera que sean los dones que el hombre haya recibido del Espíritu Santo, muchas veces tiene que dedicarse a reponerlos de nuevo con discernimiento, y ejercer asiduamente las virtudes como ellas lo exigen, y por ellas anhelar al cielo con suspiros, dedicándose sólo al cuidado de la carne lo que es necesario. Al reconocer estos dones del Espíritu Santo ha de rehuir la vanagloria, que Dios aborrece, porque a causa de ella el hombre se rinde honor a sí mismo en lugar de a Dios y desarraiga una tras otra todas las raíces del bien. Así se convierte en inestable y ya no logra estar firmemente en un solo lugar, y la gracia del Espíritu Santo no puede posarse en paz en tal ser humano.
"Y Dios hizo el firmamento que separa las aguas que están debajo del firmamento de las que están sobre el firmamento. Y Dios vio que era bueno" (Gén 1,7). También ahora Dios pone todos los instrumentos de las virtudes en el hombre junto al discernimiento, que se basa en la inspiración del Espíritu Santo, para que el hombre sepa distinguir en sí todos estos instrumentos que Dios reconoce provechosos, y ninguna de las virtudes que ha empezado a practicar se hunda en el divagar de la mente. Y así Dios divide las necesidades terrenales y las virtudes celestes, que el Espíritu Santo riega y que siempre acompañan a las cosas del cielo, para que con ellas el hombre sigua a aspirando a la vida contemplativa.
El discernimiento controla estas virtudes como la dueña tiene bajo vigilancia a la sirvienta, porque en las cosas terrenales que atañen la carne y que tienen que ser sometidas al discernimiento es la misma señora la que quiere que la criada esté a su servicio cerca de ella. Así el discernimiento es el firmamento que tiene debajo de sí las cosas de la tierra, es decir la vida activa, y sobre sí las cosas del cielo, es decir la vida contemplativa. El discernimiento es la escalera que conduce a las mentes de los hombres a subir al cielo a través de las buenas obras y por la que descienden a la tierra por las necesidades de la carne, como Maria y Marta le ofrecieron a Dios favores diferentes, y él agradeció ambos. Porque sobre uno y otro ha instituido los dos tipos de vida. Así el firmamento de la virtud está en medio, entre una elección de vida y otra, ya que el hombre por si mismo es capaz de discernimiento, y sabe tener en justa cuenta las cosas del cielo y las de la tierra como Dios las ha establecido.
"Y Dios llamó al firmamento cielo" (Gén 1,8). Dios, por inspiración del Espíritu Santo, llama en el hombre al discernimiento cielo, porque es realmente la más certera representación del cielo. Pues, como el firmamento contiene en sí todos los adornos que iluminan, gobiernan y encierran el mundo, así el discernimiento tiene en sí todos los instrumentos de las virtudes, que provienen de Dios, por los que son gobernados el cuerpo y el alma, de modo tal que aquellos escondidos en la interioridad no desfallezcan nunca y aquéllos que se manifiestan al exterior no sean ofuscados por la presunción.
"Y fue la tarde y fue la mañana, día segundo" (Gén 1,8). Así ocurre en aquel hombre que en las buenas costumbres es vespertino, porque lleva a término sus obras en el discernimiento. En efecto, Dios en el principio de cada virtud prevé su fin, es decir sabe que ellas llegarán hasta él. Y en su fin aprecia su principio, porque un buen principio no es provechoso sin un buen final, como dice en el Evangelio Cristo, cuando habla sobre el esposo que habló así a las vírgenes necias:

Testimonio del evangelio, en el cual el esposo dice a las vírgenes necias: "No os conozco". A qué se refiere aquí y de qué manera debe ser interpretado.

XXVIII. “En verdad, en verdad os digo: No os conozco”. (Mt 25,12) Se interpreta así: Yo os digo con absoluta certeza que si, empujados por el gusto de la carne, obráis según vuestros deseos, seréis extinguidos completamente: “No os conozco”, porque conociéndome no habéis llegado hasta Mí cumpliendo las buenas obras de las virtudes que he puesto delante de vosotros en la ciencia del bien, ni habéis rogado para que os las conceda. Vosotros reprimís los suspiros de vuestra alma y la obligáis a cumplir la voluntad de la carne sin pedirme ninguna ayuda. ¿Quién puede contestar a alguien que no oye la voz ni las palabras? Nadie. Y no me dirigís ninguna invocación. ¿Y qué don será dado a quien no pregunta ni reclama, y rehúsa los regalos sin palabras? Realmente nadie. Y no me preguntáis nada. Yo no reconozco a los que no me invocan con los suspiros del alma, no me gritan con la mente y con el corazón, como si no se acordaran de Mí, como si Yo no les hubiera dado la ciencia, y sobre todo, a los que me provocan con obras perversas. A causa de la pereza que provoca en ellos la necedad no vigilan en espera de mi llegada y, por abrazar el camino de la carne, rechazan el discernimiento de las mentes virtuosas inflamadas por el Espíritu Santo. Por tanto serán alejados de mi vista.
Eligen una sola cosa y rechazan la otra, y se agarran con vigor a la tierra descuidando el cielo para seguir sus placeres. Sólo llaman con la voz, quieren entrar sin las obras, pero de este modo no se les puede abrir la puerta. Todas las virtudes pueden valorarse tomando en consideración tanto las cosas celestes como las terrenales, porque el hombre camina sobre la tierra y suspira por el cielo, y en estos dos ámbitos tiene que elegir qué desea, hacer la voluntad de Dios, u odiarlo, de modo que se acerque al cielo con el bien o se aleje por el mal. Por esto se dice que Dios desconoce el principio de aquellos hombres de quienes no aprueba el final. Como al final del mundo, que es mucho más útil que su mismo principio, se manifestó la salvación en mi Hijo, porque en el principio vino la perdición, y en cambio en el fin, la salvación, así también un buen fin es mucho mejor que un buen principio. En tal modo el discernimiento es la segunda luz de las buenas obras, como el segundo día.

Por qué también, en un sentido moral, la obra del segundo día, aunque sea buena, no es alabada por su bondad.

XXIX. Aquí no se dice: “Y Dios vio que era bueno”, (Gén 1,7), porque la función del discernimiento respecto a las otras virtudes no consiste en el obrar, como ellas hacen, sino en la entrega a su servicio, como el firmamento es el sostén de las cosas mismas que lo ponen en movimiento y encierra a las criaturas que cumplen las obras, como si estuviera a su servicio. Las otras criaturas, sin embargo, están al servicio del hombre, y por tanto son llamadas obradoras, porque cumplen a su servicio todas las obras del día y la noche. Y como el firmamento es el sostén de cada una de las cosas que han sido puestas en él, cada una en su sitio, así el discernimiento no es una virtud obradora, porque no obra como las otras virtudes, que son llamadas obradoras por su obrar, sino que es solamente el sostén de las demás virtudes.

Como se tienen que interpretar las palabras: “Que se reúnan las aguas”, hasta dónde dice: “Y fue la tarde y fue la mañana, tercer día”.

XXX. Luego Dios dijo: “Que las aguas que están bajo el cielo se reúnan en un único lugar y aparezca lo seco. Y así ocurrió”. (Gén 1,9). Se interpreta así: Por obra de la Palabra siempre viva, las aguas que quedaron bajo el firmamento confluyeron en un único lugar, para que la tierra apareciera y no quedara sumergida e informe, y esto fue hecho antes que fuera iluminado el firmamento, así que cuando fue alumbrado por la luz de las estrellas pudo resplandecer sobre la superficie de las aguas que se encontraban sobre la tierra, separadas de las otras aguas.
Y Dios llamó a lo seco, tierra, que es la madre de todas las cosas que brotan sobre la tierra, porque también el primer hombre fue hecho por ella, y llamó mares a la masa de las aguas, de la que fluyen las aguas como si fueran engendradas por ellos.
“Y Dios vio que era cosa buena, y dijo: Que la tierra produzca la vegetación: hierba que dé semillas y árboles frutales de toda clase, que den fruto y semilla a la tierra” Y así fue. (Gén 1,10-11). Dios vio que todas las cosas que hizo estaban ordenadas para desarrollar su función, y por obra de su Palabra viviente ordenó que la madre tierra reverdeciera, que brotasen hierbas floridas que produjeran semillas para multiplicarse y renacer, ya que cada fruto lleva en sí la semilla para que no se pierda su especie. Y mandó brotar árboles frutales que dieran frutos comestibles, y también ellos en su especie tienen la semilla, a través de la cual un nuevo árbol pueda brotar después de que la semilla haya caído a la tierra. Y así se cumplió, como cuando un criado cumple con buen ánimo las reglas del dueño, cuando el cabeza de familia le llama y le confía sus asuntos indicándole que ha de hacer con cada uno de ellos. Así la tierra se movió con alegría para cumplir en todos los detalles las órdenes de su señor.
“Y la tierra produjo vegetación, hierbas que producen semillas, cada una según su especie, y árboles que producen fruto con semilla, cada uno según su especie” (Gén 1,12), ya que como Dios mandó, la madre tierra produjo el verdecer de las hierbas que llevan en sí la propia semilla, y el verdecer de los árboles que llevan frutos correspondientes y renacen de la semilla, porque cuando sus semillas caen sobre la tierra, otros renacen de nuevo de la misma especie e iguales de forma. Y Dios vio que era cosa buena, porque todas las cosas necesarias a la criatura humana, que no había sido creada todavía, se desarrollaban de modo que nada faltase para las necesidades futuras de los hombres.
“Y fue la tarde y fue la mañana, tercer día”. (Gén 1,13). Es decir el fin y el principio en que se cumple la tercera obra, ya que Dios llevó a cabo las tres obras de que se ha hablado en el ámbito de su ciencia, aunque no estuvieron iluminadas todavía por la rotación de los astros. Y como el fuego quema en silencio hasta que no lo refuerza el soplo del viento, pero empieza a chisporrotear cuando el viento sopla, así la obra de Dios en su presciencia quedó escondida y silenciosa, pero cuando fue despertada por virtud de la Palabra viviente se hizo visible. Por tanto por mi inspiración ha sido escrito:

Palabra de Dios en el libro del profeta Isaías, dónde dice: “Por mucho tiempo he callado, me he callado, me he contenido, ahora gritaré como a una parturienta”. Y en el Salmo según dónde dice: “Eres mi Hijo, hoy te he engendrado”. Porque han sido puestas aquí y como tienen que ser comprendidas.

XXXI. “Por mucho tiempo he callado, me he callado, me he contenido. Ahora gritaré como una parturienta”. (Is 42,14). Se interpreta así: Yo, la profecía inspirada a los profetas por el Espíritu Santo, he callado pacientemente, permanecí silenciosa y

tranquila. Pero ahora gritaré como la parturienta después de los dolores. Callé antes de la Encarnación del Hijo de Dios, así que sus secretos quedaron encerrados silenciosamente en Mí, y no los ofrecí a la mirada de nadie, como el fuego tiene en si encerrado la llama que no se mueve por sí, pero es movida por el viento. Pero ahora, después de que el Hijo de Dios ha sufrido los tormentos en su cuerpo de carne sobre la cruz, hablaré como la parturienta después de que han pasado los dolores y proferiré abiertamente con alegría aquellas cosas que primero tuve escondidas. Los profetas ahogaron en el silencio su voz, ya que no supieron completamente cuál era la ciencia que se expresaba en sus palabras.
Por tanto ellos mismos dijeron para sí: “¡Oh!, nosotros no vemos plenamente eso de lo que hablamos, sin embargo sabemos que Dios lo manifestará cuando llegue su tiempo” Y así lo soportaron con paciencia, encomendándose a la ciencia de Dios.
Dios había hecho su obra a imagen suya para que estuviera a su servicio. Tras crearla, la dotó de luz con la misma alegría con que la madre, inmediatamente después de haber parido el niño que ha concebido, lo mira y, suspirando, le dice: “Este es mi hijo”. Así el Padre celeste habla de su Hijo diciendo: “Eres mi Hijo, hoy te he engendrado” (Sal 2,7). Este “Hoy” es la eternidad en que el Hijo es eternamente igual al Padre en la divinidad. Después de su Encarnación la profecía se iluminó claramente en aquellos santos hombres que habían hablado a las gentes explicando las profecías de los antiguos profetas, como Dios iluminó el firmamento con los astros luminosos. Según otra interpretación, Dios dijo:

Dios llamó a lo árido, tierra, y las aguas reunidas las llamó mares, se entiende referido alegóricamente bajo muchos aspectos a la Iglesia, ya que ella fue creada por la reunión de muchas gentes y se basa en la solidez de la fe. David la llama tierra de los vivientes y el apóstol Juan en el Apocalipsis lo denomina mar de cristal mezclado con fuego. En que sentido tienen que ser entendidos estos testimonios.

XXXII. “Que las aguas que están bajo el cielo se reúnan en un único lugar y aparezca lo seco. Y así ocurrió”. (Gén 1,9). Se interpreta así: Dios reunió al pueblo de los cristianos, que fueron combatidos por los paganos con persecuciones en diferentes lugares, y los condujo a una única iglesia, y así aparecieron como la tierra de los vivos, como dice el profeta: “Estoy seguro de contemplar la bondad del Dios en la tierra de los vivos” (Sal 27 13). Se interpreta así: Yo, que me empeño a seguir a Dios obrando cosas buenas, creo sin dudar que veré aquellos bienes que pertenecen al que es el Señor de todo, en aquella tierra en que viven los santos, que ya no temen los peligros de la muerte.
La Palabra de Dios despierta las mentes dormidas de los hombres y les hace ver con la verdadera visión de la fe, así que los que antes, en la incredulidad, fueron tierra inculta, después, por gracia del Espíritu Santo, la Palabra los voltea con el arado de la fe. Y así los cultiva para hacer de ellos la tierra de los vivos, que floreciendo con todo el vigor, fructifica y produce la plenitud de sus frutos, como los profetas dijeron a propósito de la Virgen que daría a luz al Hijo de Dios. El Hijo de Dios con el arado de la verdadera fe levanta la tierra dormida de sus santos, y así ellos brotan del agua viva del Espíritu Santo como agua corriente. Y todo fue creado por orden de Dios como Dios quiso.
“Y Dios llamó a lo seco, tierra y llamó mares a la masa de las aguas” (Gén 1,10). Así el Dios de Israel dio a la Iglesia el nombre de la tierra prometida donde corre leche y miel, porque ella es la dulzura y la blancura del reino celeste, que refulgen con la profesión

de fe en Dios, Padre del pueblo cristiano, proclamado Dios en la verdadera Trinidad, al que los judíos no quisieron reconocer. A esta iglesia constituida reuniendo las aguas, es decir, a los apóstoles, la llamaron mar porque la discordia diabólica golpea contra las almas y contra los cuerpos, y las tempestades de los malos cristianos y los paganos inundan la iglesia con grandes peligros, intentando enviarla a la ruina, pero Dios, que es siempre marinero y timonel de los suyos, los libera, porque ningún cristiano puede entrar en la Jerusalén celeste, si no supera aquellas tempestades con la ayuda de Dios.
La iglesia es, pues, aquel mismo mar que vio el Evangelista Juan, el mar de cristal mezclado con fuego de que habla en el Apocalipsis: “Y vi cómo un mar de cristal mezclado con fuego y vi a los que vencieron a la bestia y a su imagen y el número de su nombre, estaban sobre aquel mar de cristal, acompañando el canto con citaras ante Dios y cantaban el cantar de Moisés, el siervo de Dios, y el cántico del Cordero”. (Ap 15, 2-3). Se interpreta así: Yo, a quien ha sido enseñado los secretos de Dios, he visto con los ojos interiores a la Iglesia, que Dios reunió uniendo el pueblo de los judíos y el de los paganos, pura en la fe pero sacudida por muchas tribulaciones, y en ella los fieles inflamados por el Espíritu Santo reconocieron y contemplaron el Dios viviente en la verdadera fe, ya que la fe es como la sombra de la divinidad, que el hombre mortal no puede ver. Y la sombra enseña la imagen de lo que no se ve, como el compás dibuja una forma que todavía no ha sido formada, del mismo modo el Hijo de Dios ordenó a Felipe, que deseaba ver al Padre, que le mirase, porque quién ve le ve a él, ve al Padre. (Juan 14, 9)
La santa divinidad se mantuvo escondida dentro de su humanidad, y la obra de la doctrina con que iluminó el mundo entero se manifestó al mundo como una luz. Y como el agua invade toda la tierra que es como su cuerpo, y la hace fecunda para que nutra a todas las criaturas, así Dios quiso ser visto por las criaturas de naturaleza humana, como lo ven los espíritus celestiales.
Y luego vi a los que vencieron a la antigua serpiente y a sus miembros y todos los ángeles alineados con él, ya que el lugar y el número de los espíritus caídos será llenado por el hombre al que el diablo por envidia llevó fuera del paraíso. Los vi, digo, de pie en la cumbre de la iglesia, porque mortificaron su carne con las obras santas y con las señales con que deseaban alabar a Dios. Esto en ellos fue la alabanza escrita por precepto de Dios, alabanza que Dios estableció a las criaturas, porque como la Jerusalén celestial se basó en un primer momento en piedras toscas que yacían por tierra, así la antigua ley, que tenía en sí escondidas las cosas del espíritu, por fin empezó a comprenderle, y con estos contenidos espirituales se fueron edificando después los muros de esta ciudad.
Ellos cantaban el cántico de Moisés, a semejanza del cantor que canta las cosas presentes y futuras, aunque sean desconocidas y extrañas, y por las cuales tanto suspiraban. Y así Moisés con la vieja ley casi fue el sonido de la voz en que estuvo escondida la Palabra, es decir la humanidad del Salvador. Moisés, que escribió simbólicamente sobre todas las maravillas de la Encarnación del Hijo de Dios como Dios le enseñó.
Y cantaban el cántico del Cordero, que es propio de las vírgenes que poseen el Cordero de Dios en la fe, sacrificando las bodas de la carne y contemplándolo en el amor como si estuvieran en su presencia, aunque no lo vean carnalmente. Por este motivo es para ellas motivo de gran alegría el hecho de estar casadas con el Rey supremo y de cantar sin parar dirigiéndose a él con el júbilo de la alabanza, porque siempre anhelan la otra vida y suspiran por ella en el alma, y le encomiendan a Dios todas sus preocupaciones, alabándolo con la voz y con las obras.

El vientre de la Iglesia como el de la tierra hace germinar la hierba fresca en la sencillez de aquellos fieles que son como niños, y produce árboles frutales en la sólida obra de los que son perfectos. Y como una semilla, el mérito de la fe continuará siendo fecundo hasta el final en las generaciones de los creyentes. Esto es el tercer día, es decir la claridad de la fe misma.

XXXIII "Y Dios vio que era cosa buena, y dijo: Que la tierra produzca la vegetación: hierba que dé semillas y árboles frutales de toda clase, que den fruto y semilla a la tierra" Y así fue. (Gén 1,10-11). La tierra viviente es la Iglesia que engendra el fruto de la justicia a través de la doctrina de los apóstoles. Ellos predicaron al principio a sus hijos, para que fueran hierba lozana en la línea fe verdadera que aprendieron en la semilla de la palabra de Dios, y para que se convirtieran en árboles frutales según la ley de Dios y su semilla no perpetrara fornicación ni adulterio y los hijos fueran paridos sobre la tierra según el recto orden de la naturaleza.
"Y así ocurrió" (Gén 1,11), porque al sonar la voz de los apóstoles, la iglesia recibió la fe y todas las instituciones de los pueblos se sometieron a la ley verdadera.
"Y la tierra produjo vegetación, hierbas que producen semillas, cada una según su especie, y árboles que producen fruto con semilla, cada uno según su especie" (Gén 1,12). La Iglesia, que es la tierra de los vivientes, ha producido el fruto de las buenas obras al reverdecer la fe y traer las semillas y los frutos de la palabra de Dios, para que sus hijos ricos o pobres, más viejos o más jóvenes, se unan rectamente en bodas según su naturaleza.
"Y Dios vio que era cosa buena" (Gén 1,12). Eso fue bueno delante de Dios. "Y fue tarde y fue mañana, tercer día" (Gén 1,13). La división y la dispersión del pueblo cristiano, provocadas por las guerras de los infieles y los mártires atormentados a causa de la verdadera fe, empezaron a disminuir, casi pasando de la tarde a la mañana de aquel día, el día de la fe inquebrantable en la cual los cristianos acogieron la norma establecida, de la que aprendieron qué debían hacer según la ley de Dios. Y esto fue el día tercero, el cual fue como la tercera luz de la verdadera fe. También hay otra interpretación:

Como las cosas que fueron hechas en el tercer día según la narración histórica se reconocen alegóricamente en las costumbres de los hijos de la Iglesia. Referencia a una oportuna cita del Evangelio, y de qué manera debe ser entendida.

XXXIV. "Que las aguas que están bajo el cielo se reúnan en un único lugar y aparezca lo seco. Y así ocurrió". (Gén 1,9). Se interpreta así: Cuando el corazón del hombre llega al arrepentimiento, Dios le ordena que todas las necesidades del cuerpo estén sometidas al discernimiento, se rijan por una regla única y se serenen. ¿Como es posible? El hombre no tiene que excederse en la comida, en la bebida, en los adornos inmodestos de los vestidos, en cultivar pensamientos retorcidos, investigando cosas para vanagloria de sí mismo, sino tiene que tener presente sólo las necesidades del cuerpo. ¿Cómo)? El cuerpo debe ser nutrido con moderación para que el alma pueda gozar cuando se conforta rectamente y para que pueda cumplir su camino hacia la justicia, de modo que no se hunda en un precipicio a causa de la excesiva abstinencia, ni le oprima la

superfluidad producida por la falta de moderación. Todas estas cosas se realizarán en el hombre si sigue los consejos del Espíritu Santo acogiéndolos con mente serena.
“Y Dios llamó a lo seco, tierra y llamó mares a la masa de las aguas” (Gén 1,10). Con este consejo Dios insiste al hombre con la santa humildad, para que se denomine el mismo con el nombre de tierra pobre y árida a causa de las muchas necesidades del cuerpo, y también para que se lamente por relacionarse con las circunstancias del mundo que yacen latentes en tales necesidades, y se reconozca vacilante como las olas del mar y por tanto se mantenga en la humildad, considerándose indigno de recibir las alegrías espirituales.
“Y Dios vio que era cosa buena, y dijo: Que la tierra produzca la vegetación, hierba que dé semillas y árboles frutales de toda clase, que den fruto y semilla a la tierra” Y así fue. (Gén 1,10-11). Dios, en el abrazo de la dulce y profunda humildad, viendo que el hombre llega a despreciarse a causa de las cosas terrenales, que pueden infectarlo a causa de su fragilidad, dice por consejo del Espíritu Santo: “Ya que el hombre ha acogido el arrepentimiento del corazón y el discernimiento del bien y el mal, y reconociéndose tierra, se ha puesto de rodillas frente a la santa humildad, ahora fructificará amorosamente cargado de virtudes, para que en sus pensamientos y en las obras no sucumba a los deseos carnales, aunque tiene en el cuerpo una savia que lo atrae sin parar hacia de ellos, y lo induce a pecar”.
Si tiene por costumbre hacer buenas obras, fructificará, absteniéndose de aquellos deseos y corrigiéndose según las palabras de los doctores de la Iglesia, y luego podrá elevarse hasta las virtudes más firmes, que producen frutos según la doctrina de los maestros. ¿Cómo puede hacer esto? El hombre tiene que examinar a fondo qué es el bien y qué es el mal, siguiendo la enseñanza de los doctores de la Iglesia, y actuar en acuerdo con su doctrina, para que los instrumentos de aquellas virtudes que ha iniciado a practicar, estén en él como la semilla de la palabra de Dios, y esta semilla sea puesta en la tierra, es decir en el hombre. Y así ocurrirá que los consejos divinos que ha acogido con ardor, alcancen en él la perfección del amor de Dios.
“Y la tierra produjo vegetación, hierbas que producen semillas, cada una según su misma especie, y árboles que producen fruto con semilla, cada uno según su misma especie” (Gén 1,12). El hombre interiormente instruido por el Espíritu Santo encuentra en su corazón el reverdecer de la abstinencia, limita los placeres de la carne y profiere palabras de arrepentimiento cuando, haciendo caso al consejo que le enseña sus límites, aspira sin cesar a Dios. En efecto, todas las virtudes son áridas, si las palabras de arrepentimiento no ha puesto sus raíces en la interioridad del hombre, como dice el Salvador en el Evangelio: “Otra parte cayó sobre la piedra y apenas nacida se secó, por falta de humedad”. (Lc 8,6). Se interpreta así: la semilla de las palabras de la doctrina del Espíritu Santo se siembra en la tierra, para que el hombre reciba de ella el alimento del alma. Pero ya que los dones del Espíritu Santo son múltiples y diferentes, uno puede caer en el corazón duro de los incrédulos, que lo reciben a menudo casi llorando pero sin embargo no dan el fruto de la devoción, porque están privados de la savia de la dulzura, del mismo modo que la tierra, cuando no tiene humedad, es infecunda e incapaz de producir frutos.

Dios creó todas las criaturas para que el hombre, conociéndolas, pudiera elegir las útiles y rechazar las inútiles, como la tierra, donde es blanda y está penetrada de humedad, da frutos, pero dónde carece de humedad y es dura y pedregosa no puede dar frutos. La tierra buena y ligera significa la ciencia del bien en el hombre, mientras la tierra dura y pedregosa significa la ciencia del mal. Así pues, el rocío del Espíritu Santo se derrama sobre los que obran buenas obras por amor a la vida espiritual, dando frutos

abundantes, mientras los que reúnen en sí todos los pecados de la sensualidad por el deseo de la carne y la dureza de su corazón, quedan infructuosos como tierra pedregosa, porque en ellos se ha secado la savia de la buena voluntad. ¿Pero cómo las palabras de arrepentimiento pueden arraigar la virtud en el hombre? Puede ocurrir si él se da cuenta de sus límites, escucha las palabras de su corazón y lucha junto a ellas contra los vicios.
De este modo puede llevar a la perfección las altas virtudes en que ha sido educado por la doctrina de sus maestros, es decir puede entender cómo hacer que el temor le enseñe sus límites y como mantenerse lejos del mal con la práctica de la abstinencia, porque el hombre que sabe lo que es el placer pero se abstiene de la perversión es más virtuoso que el que se abstiene de las obras de la carne porque no lo ha conocido nunca. Y así, el hombre que lleva todas las virtudes a perfección según las palabras de los doctores de la Iglesia llevará frutos en sí mismo con sabiduría, siguiendo el ejemplo que le ha sido enseñado, y se corregirá conservando sus palabras y corrigiendo con ellas las suyas.
"Y Dios vio que era bueno". (Gén 1,12). Todas estas cosas llegan hasta Dios, y al acogerlas, Él sabe y ve que el hombre remedia la inestabilidad que tuvo principio con la caída de Adán, de la que reconoce su carácter maligno, y se alza con humildad. Eso es muy bueno porque el hombre renace a Dios en cuanto desea de volver a él.
"Y fue la tarde y fue la mañana, tercer día" (Gén 1,13). Y así la tarde, es decir el buen fin, junto con el principio del comienzo del bien, surge, como hemos dicho, el día tercero, en el cual el hombre se esfuerza en abstenerse de las obras malvadas y actúa la tercera virtud de las buenas obras, que es la humildad.

Como se tiene que entender palabra por palabra lo que está escrito: "Dios dijo: Que haya luces en el firmamento del cielo" y todo el resto hasta: "Y fue la tarde y fue la mañana, cuarto día".

XXXV. "Y Dios dijo: Haya luceros en el firmamento del cielo, que separen el día de la noche, y sirvan de señales para las estaciones, los días y los años, y resplandezcan en el firmamento del cielo para iluminar la tierra. Y así ocurrió". (Gén 1,14-15). Se interpreta así: Por disposición divina el firmamento iluminado mostraba la belleza y la gloria de la obra de Dios, como el alma embellece y glorifica al cuerpo, aunque eso será después del fallecimiento, debido al pecado transmitido en la concepción. Sin embargo, cuando el hombre sea resucitado y renazca, será transformado a la manera de los cuerpos celestes.
Dios les dio sus funciones a las lumbreras del cielo y las dividió, asignando parte al día y parte a la noche, y así del alternarse día y noche depende la disposición de todo lo que es necesario al hombre, y éste puede conocer con la razón, por las señales de aquellas lumbreras, las características de cada criatura, y como determinar el tiempo y denominar los días, las noches y los años sobre la base de cada señal. Las lumbreras se ven resplandecer en el firmamento e iluminan la tierra y todo lo que está en ella, y todas estas cosas están dispuestas tal como Dios las mandó mostrarse.
"Dios hizo las dos lumbreras grandes: la lumbrera mayor, para regular el día, y la lumbrera menor para regular la noche, y las estrellas. Dios las colocó en el firmamento del cielo, para iluminar la tierra y para regular el día y la noche y para separar la luz de las tinieblas" (Gén 1,16-18). Dios, a través de su Verbo, hizo resplandecer las dos grandes lumbreras y puso la mayor en el día, la menor en la noche. La primera siempre permanece igual, no crece ni disminuye, mientras que la otra moviéndose por los signos del firmamento, los astros, crece y después mengua. En estas dos lumbreras Dios

prefiguró el modo en que habría hecho su obra, el hombre, compuesto de dos naturalezas. El hombre, en efecto, es celeste en la ciencia del bien y terrestre en la ciencia del mal. La ciencia del bien que viene de Dios es celeste y nadie la puede conseguir con la reflexión de la razón, aun cuando el hombre sea superior a los animales que se arrastran sobre la tierra, que se parecen a la ciencia mala porque, reforzados por la tierra, por la noche se arrastran atrevidamente sobre de ella y gozan estando en la suciedad.
En realidad la ciencia del mal, incluso cuando está en la suciedad de los pecados, sabe que es inferior a la ciencia del bien y, aunque la aborrezca, sabe que sólo aquélla es justa. En cambio la ciencia del bien socorre a quien combate vigorosamente contra la ciencia del mal y, si ha caído, lo levanta con la penitencia, y no deja nunca de reforzarlo para que no vuelva a probar el gusto del pecado. Porque la ciencia del bien es como el día, mientras la ciencia del mal es como la noche, razón por la que esta última goza en el mal y cumple el mal, porque el placer precede al pecado. Estas dos ciencias enseñan a todos a distinguir las cosas puras de las impuras. El día conoce la noche y la rehúye, igual que la noche conoce al día y también lo rehuye, del mismo modo la ciencia del bien está lejos de la mala, y la mala se aleja de la buena porque se aborrecen recíprocamente. Por lo tanto, el hombre es celeste y terrestre, porque cuando el cielo fue perturbado por la caída del ángel, Dios lo reparó con la vil naturaleza de la tierra, y así la tierra se ha convertido en el fundamento del cielo y el cielo es refundado sobre la tierra, éste es un milagro más grande que los producidos en la caída del primer ángel, ya que el hombre hecho de tierra es la plenitud de la obra de Dios.
Las estrellas se inflaman con la luna como la llama del fuego, e invaden todo el firmamento con su luz resplandeciente como una llama que resplandece tras un tamiz, y así iluminan a toda la tierra, y hasta al final de los tiempos quedarán en la posición en que han sido colocadas. Cuando la luna es menguante parecen más resplandecientes que cuando es creciente, más bien, con la luna creciente no se pueden ver perfectamente porque su resplandor es mucho más fuerte y nítido. Ayudan al sol, escoltándolo hacia el día, como van en ayuda de la luna para iluminar la noche, y así separan la luz de las tinieblas y están al servicio del día y de la noche.
Y Dios vio que era bueno, es decir, aprobó el hecho que su obra se completara en una esfera que exhala luz, lista para su función y dotada de belleza, para poner en fuga a las tinieblas. “Y fue la tarde y fue la mañana, día cuarto” (Gén 1,19) porque los cuatro elementos, es decir el fuego, el aire, el agua y la tierra aparecieron por gracia de Dios, ocultos en todas las cosas compuestas por ellos. Según otra interpretación.

Según la interpretación alegórica el firmamento significa la firmeza de la fe cristiana, las dos grandes lumbreras significan los dos poderes, el espiritual de los sacerdotes y el secular de los reyes. Las estrellas menores que están bajo de ellos, significan los prelados o los jueces, que están todos colocados para iluminar la tierra, instruyendo día y noche a la Iglesia, y a los hombres espirituales con la luz de la doctrina y los ejemplos, y obligando a los hombres carnales con la sanción de la justicia.

XXXVI. “Y Dios dijo: Haya luceros en el firmamento del cielo, que separen el día de la noche. Y sirvan de señales para las estaciones, los días y los años, y resplandezcan en el firmamento del cielo para iluminar la tierra. Y así ocurrió”. (Gén 1,14-15). Se interpreta así: Dios habló por medio del Espíritu Santo al corazón de sus discípulos diciendo: Que haya sacerdotes y doctores que iluminen la Iglesia en el nombre de mi Hijo, porque ha

sido edificada sobre una firme roca, es decir sobre Cristo, piedra de la que derivó la justicia de la verdadera fe. Y que estos sacerdotes sean enviados a toda la Iglesia, para iluminarla de modo que separen con sus palabras el día, es decir la salvación de la fe, y anuncien aquella felicidad que todos los pueblos podrían conseguir si les obedecieran.

Y también hace falta que den a conocer al pueblo la noche, es decir los tormentos eternos que corresponden a quien no cree, y además, que los doctores demuestren estas cosas con señales diferentes, de modo que se le enseñe las reglas que hay que respetar, las fiestas que hay que celebrar, el tiempo de los ayunos obligatorios y los días de perdón según la ley de Dios, para que observen las reglas establecidas en el año litúrgico. Y aquellos preceptos, a causa de fe, resplandecerán en el cielo, es decir en mi Hijo, porque seguirán a los ángeles que cantando las alabanzas de Dios iluminan la Iglesia, tierra de los vivientes. Y así ocurrió. "Dios hizo las dos lumbreras grandes, la lumbrera mayor, para regular el día y la lumbrera menor, para regular la noche y las estrellas. Dios las colocó en el firmamento del cielo, para iluminar la tierra y para regular el día y la noche y para separar la luz de las tinieblas" (Gén 1,16-18). Dios hizo las dos grandes lumbreras que eran necesarias en la iglesia: la lumbrera mayor para que presidiera al día, es decir los maestros espirituales de rango más elevado, que son los jefes de la Iglesia, como una luz para los ojos de los fieles, para que los otros maestros espirituales, los de rango menor, estén sometidos y vinculados a sus reglas como el buey al yugo, y no caigan en las garras del ave de rapiña, el diablo, mientras vagan errabundos y sin pastor.

E hizo la lumbrera menor, es decir los reyes y demás potentados del mundo, para que como la noche presidan a los asuntos terrenales y a los pueblos, oscurecidos muchas veces por las tinieblas del pecado. En efecto, muchas veces asoma en ellos el placer sensible de la carne, que tuvo origen en Adán, y entonces se pierden en elucubraciones sobre las cosas que pueden hacer, y no juzgan rectamente por sí, y se esconden al justo juicio divino. Y luego Dios hizo las estrellas, es decir los que ejercen cometidos menores y dependen de los príncipes de rango más elevado, para que iluminen la tierra viviente, es decir la Iglesia, para que en todo lugar en que ella se encuentre se base en la piedra angular que es Cristo. Estos tienen que presidir a cuantos están en la luz, es decir a los que viven rectamente, y a cuantos están en la sombra, es decir a los que se pelean en el mal, juzgando según sus obras a los que están en la luz y según sus malvadas acciones a los malos.

"Y Dios vio que era bueno" (Gén 1,18). Es decir ordenó de buen grado que la iglesia se ordenara jerárquicamente, para que la doctrina de los sabios iluminara a la gente simple y los pecadores fueran corregidos por el castigo de los rectores.

"Y fue la tarde y fue la mañana, cuarto día". (Gén 1,19). Con las órdenes dadas por Dios a la iglesia, al cuarto día empezó a disminuir aquella inestabilidad que tenía cuando los cristianos todavía no tenían pastores espirituales y regentes temporales, y la confusión reinaba en aquella oscuridad. Se encaminaron hacia la aurora de la estabilidad, que resplandece en la iglesia cuando ella se afianza en la luz de la verdadera fe y de todas las virtudes, a través de la práctica de las obras santas. Y todavía hay otra interpretación:

Según la interpretación metafórica se tiene que entender por firmamento el discernimiento de la razón, con las dos grandes lumbreras, las dos reglas de la caridad, con las estrellas de los rectos pensamientos, así que cada fiel iluminado por todas estas cosas sea cuidadoso al discernir que honor y gracia corresponde a Dios, y

que debe a las necesidades propias y a los demás, respecto a la salvación del alma y a las exigencias del cuerpo.

XXXVII. “Y Dios dijo: haya luceros en el firmamento del cielo, que dividan el día de la noche, y sirvan de señales para las estaciones, los días y los años, y resplandezcan en el firmamento del cielo para iluminar la tierra. Y así ocurrió”. (Gén 1,14-15). Se interpreta así: Dios habló por boca del Espíritu Santo, diciendo: “Cómo regalo del Espíritu Santo sean hechos en el discernimiento dos lumbreras, que permitan apreciar si el hombre quiere a Dios y al próximo como a si mismo”. ¿Como podrá hacerlo? Lo hará si con todo el alma se dirige firmemente a Dios y no busca a otro dios extraño por falta de fe, dirigiendo a Dios a su mirada con fuerza viril. Tendrá que querer su prójimo como a sí mismo, proveyendo con cuidado todas las necesidades que atañen a su persona, porque es una persona y es su hermano en la humanidad. Nunca lo despreciará como si fuera una criatura vil que hay que someter, más bien tendrá que acogerlo benévolamente como amigo, porque Dios los ha hecho a ambos seres iguales. También debe guardarse extremadamente en tener parte en la muerte del alma del otro consintiendo en su pecado, y esto para no matar su propia alma junto con la del otro.
Estas lumbreras resplandecen en el firmamento del cielo, es decir en el discernimiento racional, para que el hombre dotado de discernimiento pueda reconocer correctamente el día, es decir en qué honor tiene que tenerme a Mí, Dios omnipotente, en los deseos del alma, y como tiene que suspirar de alegría dirigiéndose a Mí entre lágrimas.
La noche, es decir la tiniebla que encierra el cuerpo cuando se ocupa de cosas terrenales, que son necesidades suyas y de su prójimo, la ilumina con el discernimiento, sin alejarse de la esperanza del cielo por las cosas de aquí abajo, pero también sin siempre estar vuelto al cielo entre suspiros. Estas dos lumbreras también son señales de su vida interior, y le enseñen cómo suspirar, rogar y llorar vuelto hacia Dios, y como tiene que invocar la ayuda del Espíritu Santo. Para eso están las estaciones, para que sepa cómo comportarse hacia sí mismo y hacia los demás. También están los días dedicados a la fe, para que todas sus obras resplandezcan en Mí, y también están los años, para que observe las fiestas anuales, comience a practicar siempre las obras buenas hacia Dios y hacia el prójimo, lleve siempre a cumplimiento el bien según la ley divina y en todo momento de su vida dé el buen ejemplo a su prójimo observando los dos preceptos del amor.
Estas lumbreras resplandecerán en el firmamento del cielo a través de los preceptos mencionados, es decir en el discernimiento de la razón, y todas las luces de su obrar iluminarán la tierra, es decir el hombre para que resplandezca ante Dios con la mente y con el cuerpo. Esto podrá ocurrir en el hombre por el arrepentimiento que enciende el amor a Dios y al prójimo, por el cual conseguirá el pleno discernimiento según Dios.
“Dios hizo dos lumbreras grandes: la lumbrera mayor, para regular el día y la lumbrera menor, para regular la noche y las estrellas. Dios las colocó en el firmamento del cielo, para iluminar la tierra, para regular el día y la noche y para separar la luz de las tinieblas” (Gén 1,16-18). Dios hace de modo que el hombre, por inspiración del Espíritu Santo, quiera con todas sus fuerzas y contemple la lumbrera mayor, para que esta luz presida el día, es decir la verdadera fe, que resplandece delante de los ojos de Dios, porque el hombre no puede ver a Dios con los ojos exteriores, sino que llega a Él a través de la fe en la interioridad del alma.
Por tanto, hizo la lumbrera menor, es decir el amor al próximo que es menor que el amor a Dios, porque el hombre puede contemplar a Dios solo en la interioridad del alma y con la totalidad del deseo, pero al próximo lo ve cara a cara, con los ojos exteriores, y puede tocarlo, y sin embargo este otro amor preside la noche, porque la

visión de este mundo es una visión nocturna, y no es inmune al pecado. Y Dios pone las estrellas, es decir los pensamientos rectos y buenos, en el firmamento, es decir en el discernimiento del hombre, para que al considerar todas las cosas comprenda lo que es bueno y útil, y su ciencia no se ofusque por las tinieblas de la ignorancia, y para que vigile sobre la debilidad del cuerpo, gobernándolo, y sepa reflexionar sobre las cosas que hay que hacer, antes de actuar. La reflexión debe realizarse a la luz de la justicia y considerando las necesidades del cuerpo, para que el hombre las ordene rectamente y logre distinguir la luz de la justicia de Dios de la oscura necesidad del mundo y del cuerpo, anteponiendo aquella a éste.

"Y Dios vio que era bueno". (Gén 1,18). Es decir aprobó el modo en que se disponía con justicia su casa, complacido de que a través de las obras el hombre obedece sus reglas y se reconcilia con Él.

"Y fue la tarde y fue la mañana, día cuarto". (Gén 1,19). El mismo Dios propicia en el hombre un buen final con el inicio de la ley, porque proporciona para este término todas las virtudes. Porque si el fin no es bueno, la obra iniciada se troncha y está destinada a morir, como un árbol inútil cuyas ramas están verdes y han empezado a florecer, pero no llevan frutos. Y lo mismo que aquel árbol ha de ser cortado, si continúa de este modo, así también será desarraigado por Dios el hombre que comienza a obrar en el bien pero no lleva a término lo que ha iniciado, porque Dios no tiene en cuenta las buenas obras iniciadas pero no terminadas. En los pueblos de los creyentes, a los que se dado los cuatro elementos para que se sirvan de ellos, esta cuarta virtud, es decir el amor a Dios y al próximo, se cumple como el cuarto día, y el mandamiento del amor deben observarlo tanto religiosos como laicos.

Como tiene que entenderse literalmente y como afecta al hombre lo que está escrito: "Las aguas hormigueen de seres vivientes y los pájaros vuelen sobre la tierra", hasta este punto: "Y fue la tarde y fue la mañana, quinto día".

XXXVIII. Y Dios dijo: "Que las aguas hormigueen de seres vivientes y los pájaros vuelen sobre la tierra, bajo el firmamento del cielo" (Gén 1,20). Se interpreta así: con su Palabra viviente Dios ordenó que las aguas produjeran animales vivientes, y los que se arrastran, y los que vuelan, del mismo modo que las flores brotan de las ramas de los árboles, porque en un primer momento Dios creó las criaturas pero luego las produjo una de otra. Efectivamente, Dios previó todo lo que ocurriría con todas las cosas que puso en el firmamento, lo que está en contacto con él, y debajo de Él, lo mismo que se decide de que manera ha de hacerse una cosa antes de ponerla en movimiento para que cumpla las operaciones propias.

Y así vinieron al mundo los seres que nadan en el agua y los que vuelan en el aire, para que el agua no estuviera vacía y pudiera cumplir las obras que le correspondían, y tampoco el aire estuviera privado de volátiles vivientes y dotados de cuerpo, colmados del aire que los vivifica. Los peces son flotantes por el hecho que nadan, y los pájaros, volátiles, porque vuelan. En cambio el hombre no puede ni nadar perfectamente, ni volar, pero camina con los pies sobre la tierra de la que ha sido creado.

Los peces y los pájaros son engendrados de manera más pura que el resto de animales, porque el Espíritu Santo santificó las aguas más que cualquier otro elemento, y como el agua triunfa sobre todas las cosas, puras e impuras, así el alma penetra todas las partes del cuerpo y es superior a la carne. El alma humana ha sido hecha a imagen de Dios y

actúa en el hombre juntamente con todas las criaturas, Dios está en todas las criaturas y por encima de todas, ya que él no tiene ni inicio ni fin.
“Y luego Dios creó los grandes cetáceos y todos los otros animales que se mueven, que fueron producidos por las aguas cada uno según su propia especie, y todos los pájaros según su género”. (Gén 1,21). Dios formó en las aguas a todas las especies marinas y los animó con el soplo vital. Por esta razón están dotados de movimiento y, ya que fueron engendrados en las aguas, fueron los primeros animales en aparecer en la tierra. Y ya que el soplo de vida es superior a todas las formas corpóreas, por eso el agua fue la primera en producir seres vivientes, porque el agua es espiritual y está santificada. He aquí porque la generación que ocurre en las aguas es más admirable que aquella generación que padeció los efectos del engaño de la antigua serpiente, porque el gusto por el pecado nace del amor a la carne. Y he aquí porque el diablo odia el agua: porque no puede eliminar la regeneración a través de las aguas. Dios, lavó con su Hijo las costras del pecado que los hombres heredan por nacimiento por medio de un baño del cual el diablo no puede desvestir al hombre. En efecto, el diablo no sabe como la Virgen concibió al hombre que lava en el agua la libídine del pecado. Y como para el diablo es un misterio el parto de la Virgen, cuyo vientre quedó íntegro sin laceraciones, él no es capaz de destruir la generación que ocurre a través del espíritu y el agua.
Por los peces, Dios representó que el hombre es móvil a causa del alma viviente, como los peces se mueven ágilmente en el agua. Por los pájaros enseñó que con la razón el hombre puede volar por todas partes, del mismo modo que los pájaros se mueven en el aire. Por esto a los hombres consagrados que se segregan de la sociedad de los otros hombres deben tomar comidas espirituales, por la afinidad que ellos tienen con el género de los peces y los pájaros que viven separados por los otros animales en el agua y en el aire.
“Y Dios vio que era bueno, y los bendijo diciendo: Sed fecundos y multiplicaos y llenad las aguas de los mares, y que los pájaros se multipliquen sobre la tierra”. (Gén 1,22). Dios vio que eso era bueno y manifestó su aprobación, de tal modo que tanto las especies marinas como los pájaros del aire tuvieran donde vivir. Y bendiciéndolos ordenó a cada uno de ellos, para que no perecieran, que crecieran según su género, es decir que aumentaran de tamaño, y que se multiplicasen en número, como la mies y los frutos de los campos crecen y maduran, para que los peces llenaran las aguas, porque en ellas viven, y los pájaros se convirtieran en bandadas que se posan en la tierra para encontrar la comida adecuada.
“Y fue la tarde y fue la mañana, quinto día”. (Gén 1,23). Porque el fin y el principio de esta obra enseña que Dios ha hecho los cinco sentidos del hombre para que cumplan su obra y para que el alma del hombre pueda examinar atentamente. El alma ve lo que es espiritual, porque del soplo espiritual ha visto la luz, y es capaz de distinguir lo visible de lo invisible, y en la racionalidad comprende que tiene algo en común con los espíritus angélicos. Ella es invisible como un ángel y mueve la forma corpórea que es suya, como si fuera una túnica de la que está cubierta para que no se pueda ver, pero cada criatura puede comprender que el alma existe, porque es el movimiento de la vida. Según otra interpretación:

Dios mandó al mundo a su Unigénito, por cuya predicación fueron dados los sublimes preceptos de la vida celeste, a través de los que los hombres espirituales fueron distinguidos por los hombres carnales. Palabras del evangelio sobre la necesidad de

abandonar todas las cosas, con un esmerado comentario que atañe a la enseñanza de la disciplina evangélica.

XXXIX. Y Dios dijo: "Que las aguas hormigueen de seres vivientes y los pájaros vuelen sobre la tierra, bajo el firmamento del cielo" (Gén 1,20). Se interpreta así: Dios a través de la predicación de sus discípulos dijo a la Iglesia: Ahora propondremos preceptos más precisos basados en la abstinencia, para que con vigilias, ayunos y plegarias, viviendo en la fe de Cristo, produzcan la separación de las cosas terrenales. Y que bajo el firmamento del cielo, que es Cristo, con las más altas plumas de la virtud como las vírgenes y las viudas, vuelen en la Iglesia y sigan las cosas celestes.

"Y luego Dios creó los grandes cetáceos y todos los otros animales que se mueven, que fueron producidos por las aguas cada uno según su propia especie, y todos los pájaros según su género". (Gén 1,21). Es decir Dios presenta a su único Hijo Encarnado, en el que tuvo principio el Evangelio, donde dice: Quien deje casa, hermanos y hermanas, padre y madre, mujer, hijos, y campos por mi nombre, recibirá cien veces más y tendrá en herencia la vida eterna (Mt 19,29). Se interpreta así: Todo fiel que deje la casa, es decir la propia voluntad, y los hermanos, es decir los deseos de la carne, y las hermanas, es decir el gusto de los pecados, y el padre, es decir el placer carnal, y la madre, es decir el abrazo de los vicios, y la mujer, es decir la codicia, y los hijos, es decir el hurto y la rapiña, y los campos, es decir la soberbia, por la gloria de mi nombre, considerando que soy el Hijo de Dios y el salvador de los hombres, recibirá en su vida corporal cien veces más en paz de espíritu, ya que habrá alejado de sí todas las preocupaciones mundanas y me habrá seguido a Mí. Con todas estas cosas se encontrará en el curso de su servicio.

La primera cosa por abandonar es la casa, es decir la voluntad propia, en la que tranquilamente el hombre hace lo que quiere, como quién está tranquilo en casa propia. Luego los hermanos, es decir los deseos de la carne, que están junto a la voluntad propia. Y luego las hermanas, es decir el gusto de los pecados, que siempre y en todo sitio sigue a los deseos de la carne. En seguida el padre, por el cual se pone de manifiesto el placer carnal, que lleva a gustar de los deseos de la carne. Y después de todos está la madre, es decir el abrazo de los vicios, que está unido estrechamente al placer carnal en todas las cosas. Y luego la mujer, es decir la codicia, que une al abrazo de los vicios sin nunca llenarse, como hace el marido que ha tomado mujer y recae continuamente en la codicia y en la necesidad. Y después de los hijos, es decir el hurto y la rapiña, que siguen a la codicia, como hace quien quiere acumular riquezas por los mismos hijos. Y por fin los campos, es decir la soberbia, que se afana a defender el hurto y la rapiña, ya que cuando uno se apodera impunemente de cosas adquiridas con injusticia, empieza a engreírse y a ponerse arrogante.

Pero cuando los fieles rechazan todo esto de sí, reciben en gran abundancia algo mejor, como se ha dicho, y poseen la vida eterna inagotable en la felicidad, porque por amor de Dios eligen no pertenecer ya al mundo y aspiran a las cosas celestes. Y quién se abandona a sí mismo y su estirpe y sus hijos por Dios, como hizo Abraham, y sólo tiene vista para la divinidad y la espera de todo corazón, recibirá una recompensa cien veces más grande, como se dice a propósito de Maria Magdalena: "Muchos pecados le han sido perdonados, porque ha amado mucho" (Lc 10,42), porque, humillándose ella misma de la cabeza hasta la planta de los pies, fue recompensada ampliamente con singulares mercedes. Por que quien hace como ella recibirá como adornos todos los afanes soportados, como la obra del artífice está decorada con elegancia, y al final alcanzará las alegrías del cielo.

Estas cosas las ignoró la vieja ley, porque todavía no había llegado la humanidad del Salvador, pero la ley nueva las encerró todo fielmente en sí. Ya que el Hijo de Dios, que fue engendrado en el fuego del Espíritu Santo por su Madre en la cual la concepción humana fue extraña, enseñó la recta concepción de la vida espiritual, es decir que el hombre se imponga límites y se santifique, y eligiendo este modo de vida, viva en sociedad con los ángeles. Porque fue el Hijo de Dios con su humanidad el que liberó al hombre y lo recondujo a las alegrías del cielo.
Dios además creó la vida de las virtudes, que residen en la mente viva de los hombres que se elevan por encima de la tierra, y son móviles porque no dejan nunca de convertirse del mal al bien y proceden de virtud en virtud hacia la perfección. Estas virtudes produjeron aquellas aguas sobre las cuales vino el Espíritu Santo, y que en los apóstoles originaron que, como ejemplo de bien, se pusieran a la cabeza de las gentes y enseñaran cómo se vive la vida celeste, que vuela para arriba como las nubes, superando todas las cosas terrenales por el poder de las virtudes, como dice mi Hijo en el Evangelio:

Palabras del Evangelio sobre las muchas moradas que hay en la casa del Padre. Sobre los dos tipos de hijos de la Iglesia, los religiosos y los seglares.

XL. “En la casa de mi Padre hay muchas mansiones” (Jn 14,2). Se interpreta así: El Hijo de Dios, al prometer la vida eterna a aquéllos que tienen fe en él, dijo: “En la casa del cielo, que pertenece a mi Padre, hay muchas mansiones según el mérito de cada hombre, de tal manera que cada uno tendrá su aposento, según como en la vida corporal haya amado y buscado a Dios”.
Dios se complace en quien reniega de sí mismo actuando como si no fuera un hombre, y aunque no logra librarse completamente del gusto de los pecados en la vasija del propio cuerpo, sin embargo reconduce la victoria sobre sus deseos corporales por amor a Cristo y por la esperanza de la verdadera fe en su pasión. Este hombre da asentimiento a su espíritu más que a su carne. Su morada se engalana con innumerables decoraciones por el empeño con que lucha contra sí mismo para alcanzar la victoria. Por cada uno de estos afanes recibirá un premio y gozará como gozan las cítaras vivientes, porque Dios no olvida a ninguno de los que se empeña en estas empresas pesadas pero espléndidas. Y si todas las armonías celestes admiran a Dios y lo alaban, también el hombre terrenal, que viene de la tierra, gracias a la fe puede hacer llegar su mirada hasta aquella altura en la cual Dios reside. Y la misma alabanza suena por encima del cielo con muchos instrumentos musicales diversos, para celebrar las maravillas que Dios obra de ese modo en el hombre.
El hombre en quien Dios obra, es de aquéllos que, habiendo dejado el mundo, con el rocío del Espíritu Santo llenan el mundo entero de buenas convicciones y con la gracia del mismo Espíritu atraen a sí a una multitud de hombres, para hacerlos renacer en Dios a través de sus palabras y obras. Este hombre está lleno de alegría respecto a todo. Y como el agua, que es necesaria a los hombres porque provee a todas sus necesidades, así este hombre es un sostén para todo el resto del pueblo.
Por otra parte, tal como la fecundidad de la tierra se manifiesta en la generación, así Dios ha establecido que los hombres sean engendrados el uno por el otro. Y como el mismo Dios al principio de la creación creó la tierra y las aguas, así quiso que también los hombres fueran divididos en dos partes, una para engendrar a hijos, la otra para que se abstuviera de la procreación vistiendo la túnica del Hijo de Dios. Y a los laicos que

en el nombre de Dios escuchan a sus maestros que los custodian como los ángeles a los hombres, también los adorna Dios con todos los gozos de la alegría celeste según sus méritos. Por esto también los religiosos se complacen mucho con los seglares, del mismo modo que los ángeles disfrutan de los religiosos, porque todos están como asociados.

La bendición dada por Dios a los peces y a los pájaros para que se multiplicaran se cumple en la generación espiritual de los bautizados y en la fecundidad de las virtudes de cada fiel. Por qué esto se adscribe al quinto día.

XLI. "Y Dios vio que era bueno, y los bendijo diciendo: Sed fecundos y multiplicaos y llenad las aguas de los mares, y que los pájaros se multipliquen sobre la tierra" (Gén 1,21-22). Dios vio que estaba bien que los justos renunciaran a sí mismos y a su propia voluntad, y con la bendición interior del corazón los bendijo en el nombre de su Hijo, que les dio este ejemplo, y dijo: "Que estas virtudes crezcan en Dios y se multipliquen en el bien, y llenen las aguas vivas que corren como torrentes, es decir los apóstoles, y con su ciencia ellos produzcan los arroyos de la Escritura de Dios en la Iglesia, que es el mar de cristal y fuego, para que en los hombres se produzca el recuerdo de la Encarnación del Dios y el desprecio de este mundo. Y los pájaros, el pueblo de los religiosos, se multipliquen sobre la tierra de la Iglesia, que es figura de la Jerusalén celestial, que se llenará cuando al final de los tiempos la Iglesia misma se extinga.
"Y fue la tarde y fue la mañana, quinto día". (Gén 1,23). Es decir, como el pueblo cristiano sólo se ocupaba de las obras del mundo, empezó a declinar como el anochecer, hasta el principio de aquel día fuerte en qué practicó la abstinencia, el ayuno y el desprecio del mundo. Todo eso fue confirmado en la quinta luz de la verdadera fe por obra de Cristo, para que la Iglesia fuera edificada con la bendición de Dios, como lo fue el quinto día. También hay otra interpretación:

Cómo se tienen que poner en relación con la vida moral las cosas que se atribuyen a la obra del quinto día y a la bendición de Dios sobre su misma obra, valiéndose del testimonio del profeta a Isaías donde dice: "¿Quiénes son los que vuelan como nubes, y como palomas hacia sus palomares?". Como debe ser entendido esto.

XLII. "Y Dios dijo: Las aguas hormigueen de seres vivientes y que los pájaros vuelen sobre la tierra, bajo el firmamento del cielo". (Gén 1,20). Se interpreta así: A través del Espíritu Santo Dios enseña que los dones espirituales tienen que encontrar fundamento estable en las mentes de los hombres para que, ateniéndose estrechamente a ellos, se libren de las preocupaciones del mundo. Así, estos hombres, comparables a las aguas, producen los animales que se arrastran, es decir, las virtudes. Se trata de las almas que viven en la vida contemplativa, y sus virtudes vuelan, elevándose por amor a Dios por encima de las reglas de vida del mundo que son comunes a todos. Ascenderán a la cumbre de la más alta justicia y serán fecundos como las semillas, igual que el campo de buena tierra que produce mies abundante de la semilla en él sembrada. Como dice mí siervo Isaías: ¿Quiénes son los que vuelan como nubes, y como palomas hacia sus palomares? (Is 60,8), que se interpreta así:

¿Quiénes son ésos que, despreciando las cosas terrenales, reniegan de si mismos y se apresuran con la mente hacia el cielo, y se consideran con la sencillez de las palomas, y dirigen a Dios la mirada? ¡Ay, cuán grande es su premio cerca de Dios, porque no miran nunca atrás, sino solo lo adoran con toda devoción!
Dios conoció de antemano su obra antes de comenzar la creación, pues creó el cielo y la tierra y entre ellos puso todo el resto de la creación según lo que era necesario para cada criatura. Y así representó a través del agua la vida espiritual y a través de la tierra la vida corporal, ya que todo lo impuro se purifica en el agua. Así también el cuerpo tiene la vida del alma, y aunque el hombre pueda tocar el cuerpo pero no el alma, a pesar de eso sabe que tiene la vida de ella y sin embargo ignora qué es y como está hecha, porque en esto su ciencia es escasa, aunque sabe que la tierra se cubre de verde a causa del agua que retiene en sí y por la cual es invadida.
Dios hizo algunas criaturas para ayudar a su obra, es decir el hombre, a actuar. En efecto el hombre obra a través de ellas, y por tanto también señaló en las criaturas cuantas posibilidades tiene el hombre de cumplir los deseos de su alma inmortal, cuyos suspiros vuelan al cielo porque ella tiene la misma naturaleza del viento. Quien asciende, lo hace porque desea aquello a lo que asciende. Y así el alma clama con sus deseos para que Dios le dé la virtud de obrar, y ya que Dios lo aprueba, concede al alma aquello que le pide. Pero cuando baja hacia abajo, entonces obra lo que quieren la concupiscencia de la carne y su gusto, y de este modo se causa una doble aflicción, sufre los tormentos de la carne cuando sube hacia Dios, pero cuando se entrega al cumplimiento de los deseos carnales todavía es más afligida, porque es consciente de que no puede aspirar al deseo del cielo.
Por esta razón Dios da al hombre la facultad de juzgar A las criaturas, tanto a las visibles como a las invisibles, como por ejemplo el cuerpo, que es visible, y el alma, que es invisible, y de elegir lo bueno gracias a esta unión. El cuerpo se alimenta de las criaturas, y el alma, que estimula a comer moviendo a la carne por el sentido del gusto, sin embargo con sus suspiros hace que el cuerpo no se ahogue con el exceso de comida y provoque que el alma no sea capaz de suspirar. En esta obra mixta, el alma obra de modo que el cuerpo con su soplo vital se alimente correctamente, ya que si come más allá de la medida, las fuerzas del alma se dispersan, pero si se le niega la justa comida con una abstinencia excesiva, el diablo exalta la soberbia en el hombre convenciéndolo de poder subir al cielo, para luego hacerlo caer en ruina precisamente por causa de esta soberbia. Dios odia las francachelas pero no aprueba tampoco la abstinencia irracional. Así pues, los fieles tienen que imponerse la justa medida en ambas las circunstancias; todas las virtudes tienen que estar bajo el discernimiento como si estuvieran bajo el firmamento del cielo, y éste tiene que gobernarle de modo que ni por la aprobación de los otros ni por la misma soberbia la mente suba más para arriba de lo que puede soportar, y tampoco caiga, al cumplir los repetitivos deberes del mundo, por debajo de lo que establece la norma dada por Dios.
“Y luego Dios creó los grandes cetáceos y todos los otros animales que se mueven, que fueron producidos por las aguas cada uno según su propia especie, y todos los pájaros según su género”. (Gén 1,21). Dios crea en los hombres las grandes virtudes, es decir la virginidad y la castidad, por inspiración del Espíritu Santo. Y elimina en ellos la soberbia y el placer carnal, haciendo que deseen el amor ardiente de Dios y que los hombres repriman en si los placeres carnales como si hubieran muerto. Y todas las virtudes del alma viviente, que persisten incluso en la inestabilidad de la vida elegida, las refuerza en ellos, de modo que no se contaminen en el acto de la unión sexual, porque ello conviene a la naturaleza humana. Estas son las virtudes vivientes que siguen al Cordero, que no se contaminó nunca por ninguna mancha de iniquidad, y que

mueven hacia un bien mayor a quién se abstiene de casarse, que en cambio el mundo solicita. Estas ilustres virtudes producen virtudes diferentes en la multitud que las práctica, una es la castidad, la otra la continencia, y a ellas se asocian todas las otras virtudes que suben al cielo como una palmera, en toda su variedad.
“Y Dios vio que era bueno, y los bendijo diciendo: Sed fecundos y multiplicaos y llenad las aguas de los mares, y que los pájaros se multipliquen sobre la tierra” (Gén 1,21-22). Dios vio que estas virtudes fueron muy buenas y en ellas se complació con gran dulzura, porque son las virtudes que llevan a imitar al Hijo de Dios. Y ya que Dios creó al hombre para que obrara el bien, pero éste descuidando el bien obró el mal, Dios quiso que su Palabra se hiciera carne, para poder anunciar en su bondad la plenitud de la justicia que Adán había abandonado. Por tanto este pueblo lleva junto al Hijo de Dios sus ejemplos y con ellos muestran su santa divinidad, y estas virtudes son bendecidas porque tuvieron origen en él.
Y he aquí que la virtud de Dios dice: “Estas virtudes, que han comenzado la imitación a mi obra, crezcan, y se multipliquen en ellas las semillas de las obras buenas, y llenen a los hombres que dudan en la inestabilidad de la carne, para que debido a la fuerza divina se manifiesten en ellos virtudes más fuertes que la fragilidad de la carne, y estas virtudes volando sobre la tierra, es decir en el hombre, se multipliquen, para que la debilidad de la carne sea sometida a su fuerza”.
“Y fue la tarde y fue la mañana, quinto día” (Gén 1,23). Como se ha dicho, el buen final estará en Dios junto al buen principio de la quinta virtud, que es el desprecio del mundo, como el quinto día.

Cómo se tiene que entenderse literalmente la historia de la producción de los cuadrúpedos y los reptiles y la formación del hombre en la obra del sexto día. El hombre, con respecto al cuerpo, ha sido hecho a imagen de la humanidad del Hijo de Dios, humanidad que habría recibido de una Virgen como en su presciencia Dios supo desde toda la eternidad. Con respecto al alma, ha sido hecho a semejanza de la divinidad en la ciencia y en la imitación del bien.

XLIII. “Y luego dijo Dios: Que la tierra produzca toda clase de animales según su especie: ganado, reptiles y bestias salvajes”. (Gén 1,24). Se interpreta así: En su Palabra inagotable Dios ordenó que la tierra produjera los animales vivientes cada uno según su propio género, es decir las varias especies de animales con sus características. Los animales domésticos para que estuvieran al servicio del hombre, los reptiles de los que el hombre aprendiera el temor de Dios, las bestias salvajes que le enseñaran el modo de devolver el honor a Dios, y así cada animal según su misma especie perteneciente a su género. Y esto se hizo para que el hombre tuviera en ellos a la totalidad de las especies y pudiera elegir lo beneficioso y rechazar lo que le es contrario, y de ese modo su dignidad estaría completa. Los animales domésticos viven con el hombre, los reptiles tienen miedo de él, las bestias salvajes lo huyen, y él es el señor de todo.
“Y Dios hizo los animales salvajes según su especie y los animales domésticos y todos los reptiles del suelo según su género” (Gén 1,25). Y las fieras que infunden temor a los hombres por su ferocidad, los animales domésticos que están a su servicio, y por fin los reptiles que se esconden a su presencia, como se ha dicho.
Y Dios vio que era bueno, y dijo: “Hagamos el hombre a nuestra imagen y semejanza. Y domine sobre los peces del mar y sobre los pájaros del cielo y sobre las bestias feroces y sobre todas las criaturas y todo reptil que se arrastra sobre la tierra” Gen 1,25-

26). Vió, con la mirada de su bondad, que era bueno y útil que todo el globo terrenal contuviera la plenitud de la dignidad del hombre y dijo, como invitando al hombre a un banquete: “Nosotros que somos la potencia unitaria de la única sustancia de la divinidad en tres personas, hacemos el hombre a nuestra imagen, es decir según aquella túnica que brotará en el vientre de la Virgen, que la persona del Hijo vestirá por la salvación del hombre, cogiéndola del vientre de quien, sin embargo, quedará íntegra. De esta túnica no se separará nunca la divinidad, pero el alma humana se desvestirá del cuerpo en la muerte para permitir la redención del hombre, y lo retomará después de ser resucitado por obra del poder de la divinidad. Y lo hacemos a nuestra semejanza, para que con la ciencia y la sabiduría comprenda y sepa juzgar las cosas que tiene que obrar a través de los cinco sentidos. Y con la razón que lo hace vivir escondida dentro de él y que ninguna criatura mientras está en el cuerpo puede ver, domine sobre los peces que nadan en el agua y sobre los pájaros que vuelan en el aire y sobre las bestias salvajes y sobre todas las criaturas que habitan sobre la tierra y todos los reptiles que se arrastran en la tierra, porque la razón del hombre es superior a todo”

“Y Dios creó el hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó, y los bendijo diciendo: Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla y dominad sobre los peces del mar y sobre los pájaros del cielo y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra” (Gén 1,27-28). Dios creó al hombre dándole aquel visible cuerpo de carne que también su Hijo sin pecado vestiría. Lo hizo como el hombre hace su vestido adaptado a su forma, según aquélla forma que Dios conoció desde siempre, antes del tiempo. Creó al hombre dotando al varón de mayor fuerza y la mujer de energía más delicada, y ordenó sus elementos según una medida equilibrada en longitud y anchura, tal como dispuso rectamente también la altura, la profundidad y el ancho de las otras criaturas, para que ninguna de ellas fuera desproporcionada con respecto a las otras.

Y así Dios representó en el hombre a todas las criaturas, y dentro de él dispuso algo parecido al espíritu angélico, es decir el alma, que obra en el hombre sin poder ser vista por ninguna criatura mientras está en el cuerpo, como la divinidad no puede ser vista por ninguna criatura mortal. El alma viene del cielo, el cuerpo de la tierra, y el alma se conoce la a través de la fe, el cuerpo a través de la vista.

Dios los creó macho y hembra, pero el varón antes y la hembra después, obteniéndola del varón. La mujer es quien pare, porque el varón la fecunda por la fuerza de la virilidad que tiene en él escondida. Los frutos crecen por obra del invierno y maduran a causa del verano, y si estas dos estaciones no se suceden nada puede madurar. De la raíz del árbol, que contiene en si el verdor de la fecundidad, se alimentan las flores y los frutos, y todos vienen de una única cosa. Así del macho y de la hembra hay muchos nacimientos, sin embargo provienen de un único creador. Porque si el macho estuviera solo, o si la hembra estuviera sola, no podría ser engendrado ningún hombre. Por tanto el macho y la hembra son una cosa sola, ya que el macho es como el alma, la hembra como el cuerpo.

Y luego, aquel que los ángeles contemplan en el conocimiento y en la alabanza, los bendijo, y les ordenó crecer y multiplicarse y llenar la tierra dominándola, para que cultivada por los hombres desbordara de frutos Y les mandó dominar los peces en el agua y los pájaros en el aire, porque el hombre es superior en el desarrollo de los cinco sentidos y todos los animales que se mueven sobre la tierra vivificada por el aire, porque es superior en la gloria de la razón.

Y cuando el hombre haya alcanzado el número perfecto establecido por Dios, llegará a aquella tierra que para los hombres terrenales es tierra de los vivientes, y luego conseguirá la unión con el Cordero en lo alto de los cielos. ¡Ay, que gran alegría es que

Dios se haya dignado hacerse hombre, existiendo con su divinidad entre los ángeles, con su humanidad entre los hombres! Se tiene pues que creer que es verdadero Dios y verdadero hombre. Por esta razón estableció que el hombre tuviera su túnica y alcanzara la plenitud del número que no podrá ser dividido, e hizo por él lo que el padre hace con el hijo, distribuirle la herencia que le corresponde, cuando le sometió a los peces y los pájaros y todos los seres vivientes, que viven y se mueven sobre la tierra pero no están dotados de razón.

Y dijo Dios: “Os he dado todas las hierbas que producen semillas sobre la tierra y todos los árboles frutales, para que sean comida para vosotros y para todos los animales de la tierra y los pájaros del cielo y todos los que se mueven sobre la tierra, para todo el que vive, para que se nutran con ello”. Y así ocurrió (Gén 1,29-30). Con su Palabra inagotable Dios dijo que le dio al hombre las hierbas de sembrar y también los árboles que dan las semillas, para que las coma, eso no significa que el hombre sólo pueda alimentarse de las hierbas y de los árboles, sino que también puede alimentarse de aquellos animales que se alimentan de las hierbas y de los árboles. Concedió al hombre que tomase como alimentos los animales que habitan la tierra y los pájaros y todo lo que se mueve y tienen en si el aire que les da vida. En efecto, todos lo que viven sobre la tierra tienen su alimentación de las hierbas lozanas que brotan de la tierra, no porque todos los animales coman hierba y frutos, sino porque también aquéllos que son comidos por otros animales, se han nutrido a su vez de hierbas y de ramitas verdes.

Y así se ejecutó el precepto de Dios, ya que todo lo que está sometido a la voluntad de Dios y todo el orden que Dios ha establecido para las criaturas es finalizado por el hombre. El hombre, cuya alma es fuego inextinguible, después del fin de los tiempos verá a Dios, que no ha tenido principio ni nunca tendrá fin. Ya que mientras el hombre crezca y mengüe como la luna, es decir mientras que es mortal, no verá a Dios, sino en cuánto él decide mostrarse a los hombres en la sombra de la profecía. Pero al principio, cuando Dios hizo al hombre, previó lo que ocurrirá con él al final de los tiempos, y también previó el tiempo que va desde que sale del vientre de su madre, hasta que es reengendrado con el agua en el Espíritu Santo.

“Y vio Dios todas las cosas que hizo, y eran muy buenas” (Gén 1,31), ya que creó todas las criaturas en plena perfección y sin ningún defecto, y esta falta de defectos era buena.

“Y fue la tarde y fue la mañana, sexto día” (Gén 1,31). Acabado aquel principio que Dios había cumplido en las criaturas y en el hombre, que predestinó a tomar el sitio del ángel perdido, el sexto día resplandecía con la creación del hombre. El sexto día también prefiguraba las obras que el hombre realizaría en las seis edades del mundo. Según otra interpretación:

Como, según la interpretación alegórica, la Palabra de Dios que habla a través de los apóstoles, refiriéndose a la Iglesia de la fe católica como si fuera la tierra, que debe producir cuadrúpedos, reptiles, bestias y también el hombre, antepuesto a todos, y como se tienen que entender las diferencias de edad, de inteligencia y de grado de los que viven en la Iglesia. Que significa que los animales hayan sido producidos y el hombre modelado. A qué se refiere o cuál es el objetivo de crecer y multiplicarse.

XLIV. “Y luego dijo Dios: que la tierra produzca toda clase de animales según su especie: ganado, reptiles y bestias salvajes”. (Gén 1,24). Se interpreta así: la tierra, es decir mi Iglesia, produce todas las virtudes de vida, toda clase de virtudes que he instituido a través de la enseñanza de los apóstoles. Todos los que se unan y estén bajo

el yugo de la ley, vivan rectamente. Y los que se han vinculado a la abstinencia de los deseos carnales mortifiquen sus cuerpos con vigilias, ayunos y oraciones. Los que le donen a Dios todas sus riquezas, que también le ofrezcan sus almas, eliminando toda ilegalidad en sus obras, y se hagan agradecidos a Dios que los salva, observando las reglas de él ha establecido. Y como los animales de la tierra no violan la naturaleza que se les ha dado, así también el hombre tiene que respetar la naturaleza con que ha sido constituido, sin realizar esfuerzos superiores a su capacidad. Así la abstinencia de las cosas del mundo será perfecta, dedicándose al ejercicio de las virtudes.

“Y Dios hizo a los animales salvajes según su especie y los animales domésticos y todos los reptiles del suelo según su genero” (Gén 1,25). Por gracia de Dios en el Espíritu Santo fueron fundadas en la fe católica todas las grandes virtudes de las instituciones espirituales, las regulaciones de los que viven en el mundo, y las virtudes de cuantos viven en la abstinencia.

Y Dios vio que era bueno, y dijo: “Hagamos el hombre a nuestra imagen y semejanza, y domine sobre los peces del mar y sobre los pájaros del cielo y sobre las bestias feroces y sobre todas las criaturas y todo reptil que se arrastra sobre la tierra” Gen 1,25-26). Del mismo modo Dios vio que todas estas virtudes fueron buenas, y dijo para si: “Ahora hagamos el hombre a nuestra imagen y a semejanza, para que edifique la Iglesia”. ¿Qué quiso decir? Hagámoslo para que la Iglesia sea levantada, erguida y pueda llevar al hombre a su plena edificación. Y el hombre en su ser sea adornado por la razón, es decir hecho a nuestra imagen. Y de ciencia y sabiduría, es decir hecho a nuestra semejanza, para que edifique la Iglesia basándose justamente en las obras de Dios y operando como hombre. Y a la Iglesia, que está inflamada por el Espíritu Santo, le sea dada la ley en mi Hijo, que ha nacido de mi corazón. En la Iglesia, los hombres que tienen la ciencia sean puestos como jefes de las cosas terrenales y obedezcan al evangelio dado por Dios y practiquen las virtudes que vuelan hacia el bien, y pongan al servicio de Dios su cuerpo y su alma, sometiéndose a las reglas de Dios y practicando todas las otras virtudes celestes. Y mortifiquen su cuerpo con la abstinencia de las cosas carnales. De este modo las virtudes humanas se harán perfectas. Las virtudes hacen perfecto al hombre que observa todas las reglas de Dios y que se eleva de la una a la otra como si nunca pudiera estar harto de ellas, alejándose constantemente del mal y moviéndose hacia el bien.

“Y Dios creó el hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó, y los bendijo diciendo: Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla y dominad sobre los peces del mar y sobre los pájaros del cielo y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra” (Gén 1,27-28). Dios ha creado al hombre porque en la Iglesia fuera reconocida su divinidad y también porque en el alma, entre suspiros, cumpla sus obras con las virtudes celestiales, porque por los suspiros del alma la iglesia consigue su adorno hecho con las gemas de las virtudes. Ha creado al hombre a imagen de Dios Hijo, para que cercado de ardiente amor lleve a cabo todo bien en la castidad y con las más elevadas virtudes, y la iglesia de Dios sea perfecta por las obras queridas por él. Así Dios creó a su pueblo de modo que poseyera las virtudes viriles, es decir las propias de las personas de sexo masculino, en las virtudes celestes, y para que viviera en el temor de Dios, en la ansiedad por el alma que vive en el mundo y teniendo cuidado de los hijos nacidos por ellos, que son las virtudes propias de las personas de sexo femenino, para que la iglesia también fuera edificada con ellas.

Y Dios bendijo todas estas cosas con la plenitud de la bendición, la santa Encarnación, ya que el Hijo de Dios se revistió de humanidad y de él brotaron todas clase de virtudes que gotearon con fuerza, tanto la propias de los religiosos como las de los seglares, que recorren el camino de la perfección por amor a Dios, porque Dios es Dios y hombre, y

de él brota toda fuerza vital, y por medio del Espíritu Santo aconseja para que los hombres crezcan, reunidos en la Iglesia, en la abundancia de los justos deseos y procedan según el temor de Dios en todo género de vida, y se multipliquen, empeñándose en dar frutos para que las virtudes, siempre renovadas en ellos, no sequen. Y les mandó llenar la tierra, es decir la iglesia, y someterla a Cristo y dominarla haciéndose seguidores del evangelio. Y alejándose de las cosas terrenales se estabilicen en el bien, y elevándose con las alas de las virtudes de vida lleguen hasta el cielo.
Y dijo Dios: “Os he dado todas las hierbas que producen semillas sobre la tierra y todos los árboles frutales, para que sean comida para vosotros y para todos los animales de la tierra y los pájaros del cielo y todos los que se mueven sobre la tierra, a todo el que vive, para que se nutran de ello”. Y así ocurrió (Gén 1,29-30). En la constitución de la Iglesia Dios dijo: "Os he dado y mandado la fe verdadera a través de mi Hijo, a quien visteis nacer sobre una tierra con la fecundidad de una tierra que nunca fue labrada, es decir en el vientre de la Virgen, como flor brotada de tierra intacta. En cambio, mi Hijo llevó la semilla del Verbo de Dios para que fuera sembrada sobre la tierra prometida, la santa Iglesia, que ha sido construida para convertirse en la Jerusalén celeste. Y también estableció una ley para los congregados, que tienen la tarea de propagar su semilla a los pueblos para que aprendan cómo deben vivir en el temor de mis preceptos, alimentándose de la ley para edificación del alma, como el cuerpo se alimenta con las comidas. En efecto mi Hijo dijo: “mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre”. (Jn 4,34).
La cita se tiene que interpretar así: mi comida, para Mí que soy el Hijo de Dios, consiste en someter mi cuerpo a la Pasión, y por su medio conducir al hombre al paraíso del que fue echado, venciendo al diablo según la voluntad de mi Padre. Porque mi Padre me mandó al mundo por esta razón, para salvarlo. Así pues, mandado por el Padre, me encarné en el vientre de la Madre sin necesidad de humor masculino. La comida, por la que soy igual a mi Padre que es eterno, es mejor que cualquier comida con la que alimento mi cuerpo según la carne, cuerpo en el que el Padre celeste quiso que me quedara por cierto tiempo entre los hombres, y hablara con ellos para que puedan volver a la salvación por mis palabras cuando los reconduzca conmigo a lo alto de los cielos. Esta es mi obra, con mi humanidad he redimido a los hombres para hacer que obren como Yo. Hace falta que vosotros os alimentáis de mi ley para que vuestras almas no desfallezcan, porque he establecido para vosotros el tiempo para alimentaros de la ley de Dios, en los que encontraréis los pastos de la vida eterna. Si los observáis no os faltará de nada, sino que viviréis para siempre.
Cuando los hombres que se someten a las reglas del Dios viven practicando las virtudes, también imitan a Cristo en la milicia celeste. Se alejan de las cosas terrenales anhelando devotamente la justicia, y se elevan a la tierra prometida. Suben de virtud en virtud en movimiento hacia el bien, y observan los tiempos adecuados para realizar las comidas, según las constituciones dadas por los maestros.
El pueblo debe, observar según las reglas de ley los tiempos en que se celebren las festividades y los tiempos en que ayunar. Sobre las comidas hace falta pues, mantener esta capacidad de distinguir, para no comer en exceso, sino según las exigencias del momento y para que sean distribuidas a cada uno según la justa medida que el Espíritu Santo enseñará y ayudará a mantener. El hombre cristiano, que es la edificación de la iglesia, debe escuchar estas palabras y sacar de ellas rectas conclusiones. Y pues así fue hecho, porque las palabras de Dios y las virtudes del pueblo cristiano son comida de vida en la iglesia.
“Y Dios vio todo lo que había hecho” (Gén 1,31), es decir aprobó todos los preceptos que había dado y los tiempos establecidos por todas este virtudes, y “era muy bueno”

(Gén 1, 31), porque han sido realizados en la plenitud de la gracia de Dios omnipotente, nuestra esperanza, de modo que no les faltara nada. En efecto, en un primer momento cada virtud individual era buena individualmente, pero en la plenitud de la gracia todas fueron igualmente buenas, apareciendo todas iguales, lo mismo que un banquete es perfecto cuando está compuesto de muchas cosas de forma equilibrada.
“Y fue la tarde y fue la mañana, sexto día”, (Gén 1,31). El movimiento inestable que había en la Iglesia cuando sufría todavía la debilidad de los primeros tiempos antes de la constitución de los preceptos, empezó a declinar ante la mañana en que brilló esplendorosamente la justicia cuando las leyes fueron establecidas, como el día se refuerza con los rayos del sol cuando el sol realiza su órbita. Así fue el sexto día, ya que el pueblo cumplió los preceptos de Dios según su voluntad y según la doctrina de sus maestros en la Iglesia, como en la sexta luz de la fe vigorosa. También hay otra interpretación:

Sobre la diversidad de la comida que le está permitido comer al hombre y a los animales en el Génesis, como ha de ser ahora considerada en sentido espiritual en la iglesia, refiriéndose a la distribución y la asunción de la comida espiritual que es la palabra de Dios. Como se tiene que comprender la cita de las palabras de Cristo cuando dice: “Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre”, y también ésta cita: “Y fue la tarde y fue la mañana, sexto día”.

XLV. Y luego dijo Dios: “Que la tierra produzca toda clase de animales según su especie: ganado, reptiles y las bestias salvajes según sus especies. Y así ocurrió”. (Gén 1,24). Se interpreta así: Dios aconseja a través del Espíritu Santo a los hombres que se someten completamente a él, y el Espíritu Santo enseña cómo unirse a Dios en el amoroso deseo del alma. Esta tierra, es decir el hombre, produce las virtudes vivas del alma, para que el hombre esté atento a que su alma esté dirigida continuamente a Dios entre suspiros, y el alma y el cuerpo obedezcan a Dios, desarrollando la fortísima virtud de la obediencia, que quitó a la muerte su fuerza por obra escondida de Dios, como los animales domésticos se someten al hombre. Y el hombre que se somete a otro hombre hágalo humildemente, como los animales viles que se arrastran y las bestias feroces de la tierra que le están sometidas, porque la obediencia castiga el orgullo y lo humilla.
Y Dios hizo los animales salvajes según su especie y los animales domésticos y todos los reptiles del suelo según su género. En el hombre que ha pecado abiertamente por orgullo contra Dios le infunde el temor, por el cual empieza a anhelar a Dios como el primer hombre abrazó de Dios la regla de la obediencia. Y así Dios hace que el hombre sacrifique su propia voluntad sometiéndose a otros hombres por amor de Dios, igual que los animales están cautivos de los hombres, que los nutren y los adiestran como quieren. De modo parecido, los hombres se agrupan sometiéndose a sus maestros en humildad, uncidos al yugo de la obediencia como animales de trabajo y hasta asumiendo la vileza de los reptiles, para que su voluntad sea pisada y reemplazada por la voluntad de los maestros como los reptiles son pisados por su naturaleza vil.

Repetición de todas las cosas escrita a propósito de la obra del sexto día en el Génesis, como tienen que ser entendidas y observadas en relación a la vida moral, con dos citas de los Salmos y del Evangelio y de qué manera ellas tienen que ser comprendidas.

XLVI. “Y Dios vio que era bueno, y dijo: hagamos el hombre a nuestra imagen y a semejanza, y domine sobre los peces del mar y sobre los pájaros del cielo y sobre las bestias feroces y sobre todas las criaturas y todo reptil que se arrastra sobre la tierra” (Gén 1,25-26). Dios ve que todas estas cosas son buenas y en su suprema dulzura se complace mucho con ellas, porque el hombre lo busca dando la primacía a la justicia que ha establecido en él. Y Dios dice dentro de si: “Este hombre que ha comenzado a practicar la justicia, venciéndose a sí mismo en sus deseos ilícitos, es capaz de llegar a Mí, elevándose a través de las buenas obras en el luminoso deseo de obedecer a mi primera ley, la que instituí justo en el origen del hombre, por la que habría tenido que obedecerme. Ahora nosotros, que somos tres Personas y la fuerza de la única substancia que al comienzo hizo al hombre creándolo a su misma imagen y semejanza, establecemos que al hombre se le de el gran honor de la santidad y el conocimiento de las cosas divinas, que se le considere señor de la creación, que sienta como próxima la santa Encarnación en la imagen de Dios y que devuelva honor a la divinidad con la ciencia que le hace parecerse a Dios. Y que a través de la institución del Evangelio y las virtudes, el que está puesto como jefe de todas las cosas del mundo, se ofrezca como víctima sacrifical a Dios, mortificando el cuerpo con la abstinencia, y elevándose de las cosas de la tierra a las del cielo, para que pueda obrar con las mismas virtudes que lo llenan, y las virtudes obren con él, y en esta elección sea conducido al temor y al amor de Dios”.

“Y Dios creó el hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó, y los bendijo diciendo: Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla y dominad sobre los peces del mar y sobre los pájaros del cielo y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra” (Gén 1,27-28). Y luego Dios creo al hombre para le fuera motivo de honor y el hombre le conociera en toda su divinidad y en toda su humanidad. ¿Qué quiere decir? Qué la potencia de la divinidad que todo crea y gobierna se muestra en aquella obra maestra que es el hombre. Quiere decir que la misericordia divina, por la cual, revestido de la humanidad vino en socorro al mundo, se reconoce en la compasión con que el hombre mismo practica la indulgencia y la misericordia respecto a su prójimo en cuanto le es posible, éstos son los buenos ejemplos de la palabra de Dios, de los que el salmista David habla: “Yo había dicho: Vosotros, dioses sois, todos vosotros, hijos del Altísimo” (Sal, 82,6).

Se interpreta así: Yo os dije a vosotros hombres: En esto seréis dioses, porque el hombre domina sobre todas las criaturas, sometiéndolas a vuestra voluntad para proveer a todas las necesidades propias. Ya que del mismo modo que el hombre siente fe, temor y amor hacia la omnipotencia de Dios, así las criaturas se fijan en el hombre y le quieren como a un dios, cuando son nutridas por él y domadas por el temor. Y vosotros, hombres, son también hijos del que habita en lo alto de los cielos, ya que, por gracia del Dios viviente, habéis sido creados racionales y toda la ciencia que os es necesaria la tenéis de él, mientras los animales irracionales no saben nada sino lo que captan con los sentidos. En el hombre, además, es decir en la ciencia del hombre viviente, Dios crea la fuerza y la potencia de la cautelosa justicia para que no ceda a la iniquidad contra sí mismo ni contra los otros. Y éste es el elemento masculino.

Pero también lo crea haciendo que por regalo de la gracia divina se le conceda el perdón al hombre herido por los pecados, y sus miserias sean valoradas justamente, y le sea vertido el vino de la penitencia y se le unja con el aceite de la misericordia, de modo tal que el hombre no caiga posteriormente de manera imperdonable por una penitencia desmedida, ni permaneciendo tibio siga dejándose implicar en la vanidad de las obras malvadas. Y éste es el elemento femenino.

Y Dios luego bendice todo eso, porque concierne a la humanidad de su Hijo, como el mismo Hijo dice en el Evangelio: “Quien haga la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, es mi hermano, hermana, o madre”. (Mt 12,50). Se interpreta así: Todo hombre repleto de gracia de Dios, que haya cumplido la voluntad de mi Padre, que habita en lo alto de los cielos en su divinidad, por la divinidad de mi Padre, vivirá en el cielo, porque Yo soy el Hijo de la Virgen. Todo hombre que haya renegado de su naturaleza terrenal volará hacia Dios con el hombre interior. Todo hombre que imite a Dios como si fuera de naturaleza diferente de la que ha nacido y lo adore en el temor perfecto y en la contemplación continua será mi hermano. Y quien abrace en la fe y en el amor con continuidad a Dios, es mi hermana por su devoción. Quien se eleve hasta mi Padre con todas sus obras con el deseo de perfección y lo lleve en el cuerpo y en el corazón, es mi madre, ya que de este modo me engendra, y en él florezco en el deseo de la santidad que hay en el Padre y en la plenitud de las beatas virtudes.
Y Dios dice dentro de sí: que este hombre crezca en la fuerza de las virtudes más firmes, multiplicándolas en sí, para que la tierra, es decir los otros hombres, se llenen de todos los colores preciosos de las buenas obras cuando sientan y comprendan a partir de su enseñanza. Entonces se someterán a sus preceptos. El hombre tendrá que ser capaz de dominar sus deseos con gran felicidad, absteniéndose de toda preocupación del mundo, que es vasto como el mar, y practicando las virtudes, y así podrá correr con deseo celeste hacia las cosas del cielo, entrenándose en las virtudes y en aquellas cosas que tienen la fuerza de moverlo al bien, porque la práctica de las virtudes libera el hombre de los deseos ilícitos, que son tantos cuanto vasta es la tierra.
Y dijo Dios: “Os he dado todas las hierbas que producen semillas sobre la tierra y todos los árboles frutales, para que sean comida para vosotros y para todos los animales de la tierra y los pájaros del cielo y todos los que se mueven sobre la tierra, a todo el que vive, para que se nutran de ello”. Y así ocurrió (Gén 1,29-30). Y luego a través del Espíritu Santo Dios todavía dice: “Os doy todos las semillas de las virtudes de que os he hablado, llevan la semilla de mi Palabra haciéndolas crecer por encima del deseo carnal en el hombre vinculado por obediencia. Yo pongo en él todas las virtudes más potentes, que le harán subir a una obediencia siempre mayor y serán para él alimento para el descanso del alma, ya que tienen en si con justo deseo la buena semilla de su estirpe en mi Palabra”. Y así todas las virtudes que se someten a Dios por humildad y actúan como milicia celeste, alejan al hombre de la tierra y lo conducen al cielo, y en aquellos hombres en los que reside la fuerza viviente del jardín del Espíritu Santo, las virtudes estarán en su alma como alimento y él podrá alimentarse de ellas todos los momentos de la vida. Esto ocurre a quien alcanza esta perfección en Dios.
“Y Dios vió todas las cosas que había hecho, y eran todas buenas”. (Gén 1,31). Dios ahora ve que todos los dones del Espíritu Santo son muy buenos, porque en su plenitud todas las virtudes han llegado a perfección. Porque toda virtud sólo en un primer momento está bien en sí misma, pero en la plenitud de la gracia todas las cosas son igualmente buenas porque manifestándose juntas en el hombre todas alcanzan la perfección. “Y fue la tarde y fue la mañana, sexto día.” (Gén 1,31). Y ahora Dios hace que el buen fin resplandezca en el hombre con el buen principio de la sexta virtud, que es la obediencia, como el sexto día.

Sobre la perfección del cielo y la tierra y de todo lo que contienen, y sobre el cumplimiento de las obras de Dios en el séptimo día, y sobre la santificación de tal día, y sobre el descanso de Dios. Como tienen que ser entendidos.

XLVII. “Y así se realizaron el cielo y la tierra y todas los ornamentos que contienen”. (Gén 2,1). Se tiene que interpretar así: Los elementos superiores e inferiores y todas sus virtudes fueron hechos con mucha plenitud y perfección, sin defectos, para alegrarse en la abundancia de todo lo que es útil. “En el séptimo día Dios dio por concluida la obra que había hecho, y en aquel día reposó de toda la labor que hiciera” (Gén 2,2). El cumplimiento de las obras hechas con orden en los seis días se denominó séptimo día, cuando Dios llevó a perfección todas las cosas que había previsto crear. Y así el séptimo día descansó, dejando su obra, ya que había llevado a la perfección todas sus obras en la forma debida.
Y bendijo el séptimo día y lo santificó, por que el día séptimo reposó de todo el trabajo que hizo al crear. Dios bendijo el séptimo día con la alabanza y lo santificó para que fuera reconocida su solemnidad, ya que cada criatura había llegado en él a la plenitud de la creación, como Dios había ordenado, y después cada una de ellas procede de las otras por generación. Por esto, toda la multitud de los ángeles y todos los secretos misterios de la divinidad daban gracias a Dios por la perfección de su obra y lo alababan, porque acabó su obra provista de los siete dones del Espíritu Santo. Según otra interpretación:

Cómo estas mismas cosas según la interpretación alegórica se cumplen en los hijos de la Iglesia formados en la fe cristiana, a través de la Encarnación del Hijo de Dios, por la predicación del Evangelio y por la obra del Espíritu Santo.

XLVIII. “Y así se realizaron el cielo y la tierra y todas los ornamentos que contienen”. (Gén 2,1). Hay que interpretarlo así: Fueron llevadas a perfección todas las obras celestes que tienden al cielo junto a las obras terrenales que son necesarias a los hijos de los hombres nacidos sobre la tierra. Y así todo el honor de las obras celestiales está representado en la tierra por la Iglesia.
“En el séptimo día Dios dio por concluida la obra que había hecho, y aquel día reposó de toda la labor que hiciera” (Gén 2,2). El orden de todas las cosas estuvo entonces completo. Esto significa que Yo definí todas mis obras en mi Hijo en el séptimo día, es decir en la plenitud de la totalidad del bien, para que todo el pueblo de la iglesia viendo, escuchando y examinando con la ayuda de la doctrina, aprenda bien qué tiene que hacer para obedecer mis reglas. El orden por Mí establecido fue tan gozoso que no habría sido posible enseñarlo si no hubiera mandado a mi Hijo. Él realizó todas mis disposiciones con su doctrina y por sus apóstoles, mientras antiguamente los profetas las vieron solo cómo en la sombra. Entonces brilló en la Iglesia el séptimo día, el día de mi descanso, así que desde entonces en adelante ya no obré abiertamente, ni con la predicación ni con los signos de los milagros ni con las visiones como las de los santos de los tiempos antiguos. Solamente ahora en el Hijo se manifiestan las obras de la vida y los misterios concernientes al futuro, pasado y presente, y a mis elegidos enseño a imitar la Encarnación de mi Hijo, flor de la primera floración.
“Y bendijo el séptimo día y lo santificó”, (Gén 2,3), porque en él reposó de todo el trabajo que Dios hizo creando. Bendije y santifiqué el séptimo día para la salvación de las almas, cuando mandé a mi Hijo encarnarse en el vientre de la Virgen. Y lo bendije y lo santifiqué porque me complazco en este día que me pertenece, en aquellos que, como flores de rosas y azucenas, liberados del yugo de la ley, eligen vincularse a Mí voluntariamente, por mi inspiración, enseñando que la Encarnación del Hijo, prometida

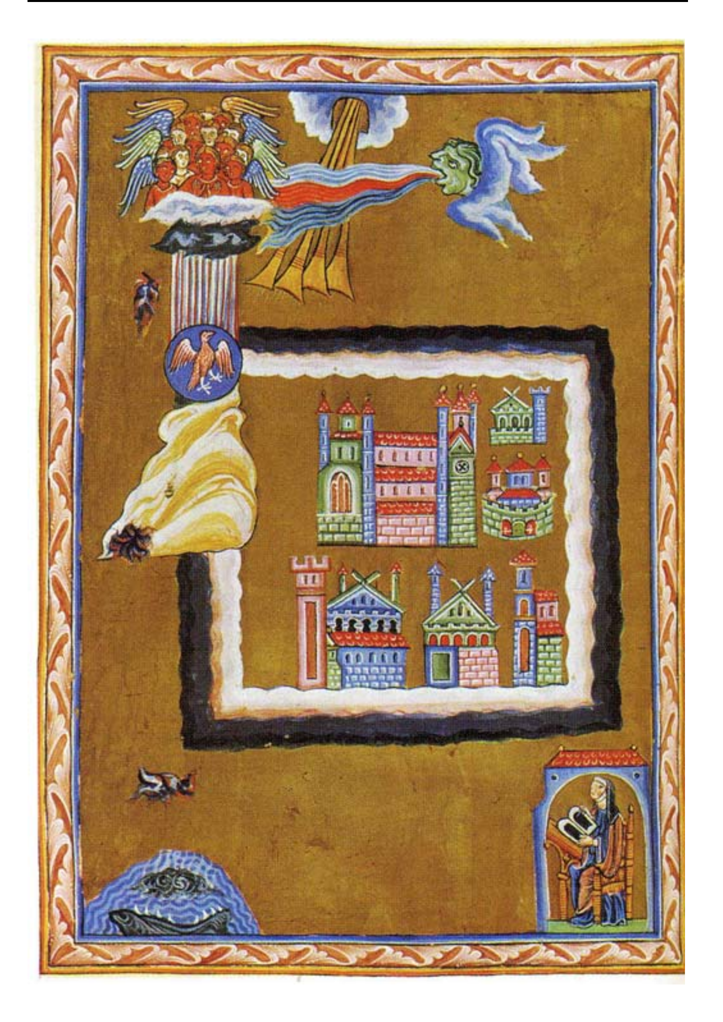
en las antiguas profecías, no está en oposición a las reglas de la ley. Y de esta forma, mi obra tuvo término con la Iglesia, porque ya es perfecta y resplandece en la santidad de las obras y en la plenitud del orden establecido. Porque el Hijo, que es mi séptima obra, parido como hombre del vientre de la Virgen llevó a cabo junto a Mí en el Espíritu Santo todas las cosas, como dice en el Evangelio: “Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra” (Mt 28,18). Se tiene que interpretar así: Dios Padre me ha dado a Mí, Hijo de la Virgen, todo poder por derecho hereditario, en el cielo para hacer, y sobre la tierra para juzgar todas las cosas que tienen que ser hechas y juzgadas, haciendo la voluntad de mi Padre en todas las cosas, porque Yo estoy en el Padre y él está en Mí. Y todavía hay otra interpretación:

Como estas mismas cosas según la interpretación alegórica se cumplen completamente en el progreso y en la perfección de cada fiel.

XLIX. “Y así se realizaron el cielo y la tierra y todas los ornamentos que contienen”. (Gén 2,1). Se tiene que interpretar así: Las virtudes celestiales y terrenales y todos sus ornamentos se realizan en el hombre con la justicia y la verdad a través de las buenas obras.
“En el séptimo día Dios dio por concluida la obra que había hecho, y en aquel día reposó de toda la labor que hiciera” (Gén 2,2). En el séptimo día, que es el Hijo en que se manifestó la plenitud de las buenas obras, Dios lleva a cabo en el hombre las buenas obras con la perfección de todas las virtudes, como el orfebre adorna con piedras preciosas su trabajo y lo refina, ya que las buenas obras son el adorno perfecto del hombre que las cumple por gracia del Espíritu Santo. Entonces Dios descansó de toda obra en el Hijo, es decir descansa de las obras de la creación, entre las que el hombre es la más perfecta, y en el Hijo, la séptima obra, comienza a obrar las obras de la justicia en el vientre de la Virgen Maria.
“Y bendijo el séptimo día y lo santificó, porque en el descansó de todo trabajo que él hizo creando”. (Gén 2,3). Dios bendice el séptimo día con la perfección de las buenas obras, es decir en el hombre que es como un miembro del Hijo. ¿Cómo es posible? Porque el hombre imita la palabra interior de Dios, es decir el Hijo salido del corazón divino, y puede ser reconducido a la vida con el ejemplo del que se ha hecho obediente al Padre. En el hombre mismo manifiesta la santidad de las obras celestes, cuando lo tiene consigo en la gloria y le concede el honor de perdonar a su prójimo cualquier deuda suya, ya que es lo que él quiere. Entonces el Padre cesa en el rigor de las obras, aquel rigor que antes de la Encarnación del Hijo no permitió a nadie entrar en el reino de los cielos, ahora en cambio en su propio Hijo abre la puerta de la alegría celeste y por el Hijo perdona a los hombres cualquier deuda que le confiese de todo corazón.
El fiel entienda estas cosas con fe y no se ofenda con ellas el que es veraz.

TERCERA PARTE

PRIMERA VISIÓN DE LA TERCERA PARTE



Visión mística de la construcción de un edificio con aspecto de ciudad. Del monte y del espejo que resplandece en él. De la nube que es por arriba luminosa y por abajo es negra. Y de todas las otras cosas que aparecen en la misma visión.

I. Y luego vi una construcción cuadrada que parecía una gran ciudad, circundada por todas partes, como por un muro, con gran resplandor y de tinieblas, adornada de algo parecido a montes e imágenes. En la mitad de su lado oriental pude ver lo que parecía un monte grande y alto, hecho de roca dura y blanca que parecía un volcán, y sobre su cima algo resplandecía como un espejo, cuya claridad y pureza parecía superar el resplandor del sol. En él espejo aparecía una imagen como de paloma con las alas abiertas que parecía lista para volar. Aquel espejo, en el cual estaban encerradas innumerables maravillas ocultas, emanó de sí un resplandor difuso, en el cual se mostraron muchos misterios y figuras de imágenes diferentes.
En el lado meridional de aquel resplandor surgía algo como una nube, blanca hacia arriba y negra hacia abajo, sobre la que resplandecía una multitud de ángeles. Algunos eran del color del fuego, otros luminosamente transparentes, otros parecían estrellas, pero todos se movían como si fueran lámparas ardientes agitadas por un fuerte viento, que sonó con muchas voces a la vez, tal que parecía el ruido del mar.
El soplo del viento amplificó las voces mientras lanzaba fuego contra la parte oscura de la nube de que he hablado, haciéndola arder sin llama y sin cambiar de color. Pero luego una ráfaga de viento sopló sobre ella y la hizo desvanecerse en espirales de

humo, y después de haberla reducido a espirales de humo, la arrojó de la región austral hacia el norte, por encima del monte, haciéndola hundirse en el infinito de modo que ya no pudiera remontar, si no ocasionalmente, a modo de niebla que se esparce sobre la tierra.
Y oí como trompetas y una voz celestial que decía: "¿Qué fuerza se ha derrumbado por propia iniciativa?" De la parte blanca de la nube emanaron rayos más resplandecientes que nunca y nadie pudo resistir al viento, que con triple voz, destruyó a la nube negra. Y oí la voz del cielo que decía:

Sobre la presciencia y la predestinación y el orden de Dios, que conoce con antelación todas las cosas desde la eternidad, que todo lo crea en el tiempo y que examina con juicio severo las obras de la criatura racional.

II Dios en su presciencia conoce todas las cosas, ya que las conocía antes de que las criaturas recibieran su forma, y nada de lo que ocurre desde principio del mundo y hasta al final le es desconocido. Esto es lo que ilustra esta visión.
Ves una construcción cuadrada que semeja un gran ciudad, que representa la obra de la predestinación divina, que es estable y sólida, circundada por todas las partes como por un muro que unas veces tiene un gran resplandor y otras tiene tinieblas, porque con juicio justo, los fieles y los infieles, separados los unos de los otros, están destinados, aquellos a la gloria y éstos a los castigos. La ciudad está adornada por algo parecido a montes y a imágenes, es decir reforzada y exaltada por el tamaño de los milagros y las virtudes, porque Dios hace sus obras buenas y justas y las hace fuertes e inmutables de modo que ningún ataque de la debilidad pueda arruinarlas. Y luego también ves en la mitad de su lado oriental lo que parece un monte grande y alto, hecho de roca dura y blanca parecido a un volcán. Esto significa que en la fuerza de su justicia, Dios es grande en la potencia, alto en la gloria, duro en su severidad y blanco en la dulzura, porque todos sus juicios los realiza en el ardor de la equidad. Él es justo y destruye toda injusticia, porque el cielo y la tierra se basan en Él, y es Él el que sustenta el firmamento con todas las criaturas, como la piedra angular sustenta un edificio entero.
Sobre la cumbre de la montaña algo resplandece como un espejo, tan luminoso y puro que parece también superar el resplandor del sol, porque en la excelencia de Dios su presciencia es tan luminosa y transparente, que supera la claridad de todas las criaturas. En él aparece una imagen parecida a una paloma con las alas abiertas, como si estuviera lista para volar, porque en esta misma presciencia el orden divino se abre y comienza a manifestarse. En efecto, es deseo de Dios, que hace llegar la luz a toda criatura. Y como el ave tiene dos alas para volar y está colocada sobre el monte reflexionando en que dirección emprender el vuelo, así el orden divino, que tiene sus dos alas en los ángeles y en los hombres, está como descansando sobre el monte ordenando todas sus posibilidades, y disponiéndose a extender ordenadamente su potencia a todas las cosas, como el hombre que en silencio hace y ordena sus proyectos. Él ha fortificado al hombre confiándolo a la custodia de los ángeles, y le ha dotado de dos alas con la voluntad y la capacidad de cumplir las obras. Pero ha quedado oculto y silencioso bajo la ley antigua, porque la ley encerró en si la plenitud de su sentido.
La disposición divina en la ley antigua había previsto que la figura que posee el soplo de la vida y la ciencia, tendría que cumplir sus obras con el viento viviente, es decir con el alma, o volviéndose a la derecha o a mano izquierda. Si hubiera volado hacia derecha, habría conseguido el premio de la vida, si en cambio se hubiera vuelto a mano

izquierda, habría tenido que someterse a los castigos. Este orden Dios lo tiene escondido bajo el velo de sus alas y protege con su derecha al que vuela hacia él mientras dice: “En ti me regocijo, porque tú me has creado y mi alma quiere atarse a ti”. Y Dios lo acoge y lo engalana como merece, mientras deja perecer a quién se niega a unirse a él, como ya se ha dicho.
Pero cuando el Hijo de Dios vistió la túnica de carne, que adhirió a su santa divinidad, y en su humanidad con ella llevó a cabo su obra que hasta a entonces no había sido concluida, se elevó en las virtudes llevando consigo a los hombres, y los ángeles se maravillaron por ello, porque lo que ningún otro hombre pudo hacer, lo pudo el Verbo de Dios hecho carne. Santificó a los hombres a través de la asunción de su mismo vestido, santificando a los que levantaran los ojos hacia él y, renegándose a si mismos, vuelan a él con las alas extendidas hacia los supremos deseos.

La ciencia de Dios, que contiene en sí muchos misterios que no podemos conocer, muestra la visión de estas maravillas como y cuando quiere. Qué significan los tres tipos de ángeles que aparecen en esta visión.

III. Aquel espejo donde se encierran ocultas innumerables maravillas, emana de sí un resplandor difuso, que significa que la ciencia de Dios, que contiene en sí muchos misterios que no podemos conocer, puede enseñarnos sus maravillas extendiéndose y elevándose como quiere. En él se muestran muchos misterios y figuras de imágenes diferentes, porque cuando los milagros de Dios empiezan a mostrarse, lo que primero fue desconocido y no pudo verse ahora comienza a manifestarse abiertamente. En el resplandor del lado meridional, en la nube blanca por arriba y negra por abajo se muestra algo: significa que al revelarse la ardiente justicia de Dios se desvelará la voluntad loable de los espíritus beatos y la voluntad execrable de los condenados.
Sobre ella resplandece una multitud de ángeles, alguno del color del fuego, otros luminosamente transparentes y otros parecen estrellas. Los de color del fuego son firmes en su fuerza y siempre están inmóviles, ya que Dios ha querido que ellos, al estar vueltos hacia él, contemplen siempre su rostro. Los que son luminosamente transparentes son los ángeles que se mueven para llevar ayuda a las obras de los seres humanos, que son la obra de Dios. Estos ángeles siempre presentan a la presencia de Dios las obras humanas que necesitan ayuda, ya que siempre las analizan con atención y al elegir las útiles y rechazar las inútiles, las hacen subir hasta el perfume de Dios. Los ángeles que parecen estrellas sufren junto a la naturaleza humana, y la ponen ante los ojos de Dios como por escrito. Son los compañeros de los hombres y les envían las palabras de la razón, como Dios quiere, y alaban a Dios complaciéndose con sus obras buenas, mientras que apartan la vista de las acciones malas.

Sobre el espíritu de Dios, que suscita su venganza para combatir y reprimir a través de los ángeles santos el orgullo de los ángeles rebeldes. Y sobre el canto armonioso, incansable y superior a la humana comprensión, de los ángeles buenos que alaban Dios con adoración siempre renovada.

IV. Todos ellos se mueven como si fueran lámparas encendidas agitadas por un fuerte viento, porque el espíritu viviente de Dios, que arde en la verdad, mueve

impetuosamente los espíritus angélicos contra sus enemigos. Estos a su vez suenan con muchas voces, con un murmullo parecido al ruido del mar, porque en él está la plenitud y la perfección de todas las alabanzas, infusas en las criaturas angélicas y humanas para gloria de Dios. Y luego, como ves, el soplo del viento amplifica las voces porque el Espíritu de Dios transforma las palabras con que juzga a los justos en palabras de castigo para los condenados. Y con ello envía un fuego a la parte oscura de la nube de que se ha hablado, haciéndola arder sin llama y sin cambiar color, porque los santos espíritus, cuando vieron que los ángeles caídos comenzaban a rebelarse, se apresuraron a honrar Dios y vertieron el fuego ardiente de la venganza sobre la malvada traición de sus enemigos. Así ellos se queman, no para ser purificados, sino como total maldición de quienes arden lejos de la luz de la salvación, porque no quisieron tributar a su Creador el honor que se le debe. Ya que en efecto, no quisieron refulgir en la alabanza del Creador, han sido reducidos a una nulidad, del mismo modo que el pergamino falto de letras es algo vacío, porque le falta el honor de la escritura.
Pero luego una ráfaga de viento sopló sobre la nube y la hizo desvanecerse en espirales de humo denso, porque el ímpetu de la venganza divina destruyó, valiéndose de los santos espíritus, el conato de rebelión de los malvados, y ya que quisieron elevarse, los humilló y los hizo hundirse. Las filas de los ángeles buenos, que en su totalidad se fijan en Dios, dan testimonio cantando sus alabanzas, alaban admirablemente uno por uno sus misterios, y que desde siempre y para siempre están en él, nunca se cansan de cantar, ya que no están cargados por un cuerpo terrenal. Cuentan pues, la gloria divina con el sonido viviente de sus voces excelsas, que son más numerosas que los granos de arena, que todos los frutos que brotan sobre la tierra y que todos los sonidos emitidos por todos los animales, y son más fuertes que la luz que el sol, la luna y las estrellas hacen refulgir sobre el agua, y son mas fuertes también que todos los sonidos producidos en el éter por el soplo de los vientos, que mueven y sustentan los cuatro elementos. Sin embargo, con todas las alabanzas de sus voces, los santos espíritus no pueden abarcar de ninguna forma la divinidad, y por eso cantan alabanzas siempre nuevas con sus voces.
Entonces este celo divino del que acabamos de hablar, después de tener la nube reducida a espirales de humo, la arrojó de la región austral hacia el norte, por encima del monte, haciéndola hundirse en el infinito, de modo que ya no pueda remontarse, sino ocasionalmente, a modo de niebla que se esparce sobre la tierra. Donde se muestra posteriormente cómo este celo, valiéndose de la fuerza de los santos ángeles, hizo precipitarse en la ruina de la perdición y la perenne desgracia el conato de los espíritus malvados, que ya vacilantes fueron alejados del lugar reservado a la santidad, retrayéndose de la contemplación del viviente. Y los redujo a tal desesperación que ya no osan rebelarse contra Dios, aunque no dejen de tentar a los hombres con sus malvadas sugerencias.

Una parte de los santos espíritus permanece invisible en el cielo, siempre está en adoración delante del rostro del Creador, y raramente es mandada al exterior. En cambio, otra parte, la que conocemos con el nombre de ángeles, sale continuamente para cumplir muchas misiones y cuando es necesario se aparecen a los hombres. Cómo todas las criaturas racionales no tienen que buscar nunca su propia gloria, sino siempre la de Dios.

V. En el arcano del cielo, junto a Dios, una multitud de ángeles está invadida por luz de la divinidad pero no es visible a las criaturas humanas, que la conocen solamente por las señales luminosas que de ellos provienen. Esta multitud posee una razón más parecida a la de Dios que a la de los hombres y raramente se muestra, mientras que los ángeles que colaboran con la humanidad se muestran con señales manifiestas por orden de Dios cada vez que él les confía la tarea de ayudar sus criaturas. Todos los ángeles, aunque tengan diversas funciones, adoran al único Dios en la veneración y en el conocimiento.
Por otra parte, si el conocimiento no volara con cantos de alabanza hacia el ser del cual proviene, sino que pretendiera tener el ser por sí, ¿como podría existir, puesto que no tiene por sí mismo su propio origen? Por esto la racionalidad siempre dirige su cántico de alabanza a otro y éste se alegra en él, mientras que si pretendiera alabarse a sí mismo no podría conseguir la gloria. Esto es lo que hizo Satanás al principio de su vida, se negó a adorar a su Creador devolviéndole alabanza y, ya que pretendió existir por sí mismo, se encerró en sí separándose de la divinidad, y por consiguiente fue pisado por ella, como se pisa la paja separada del trigo.
Por tanto toda criatura viviente tendrá que adorar a su Creador y no tendrá que tratar de buscar él mismo la propia gloria. El ser humano no puede conseguir la plena alegría de la recompensa, ha de recibirla de otro, pero cuando entienda que ha conseguido la recompensa de otro, tendrá una gran alegría en su corazón. En este punto es donde el alma se acuerda de haber sido creada por Dios y lo adora en la fe, como cuando una persona mira la forma de su cara en el espejo. Dios omnipotente ha hecho su obra de este modo para que su obra lo adore y lo alabe, ya que tiene gran perfección y dignidad, y ha dispuesto que los santos espíritus echaran A los que se opusieron a la verdadera santidad, diciendo: "Alejémonos de nosotros, porque quieren asustarnos" Y así está escrito según la voluntad de Dios:

Palabras del salmista del Salmo XCII a este propósito, y como tienen que ser interpretadas.

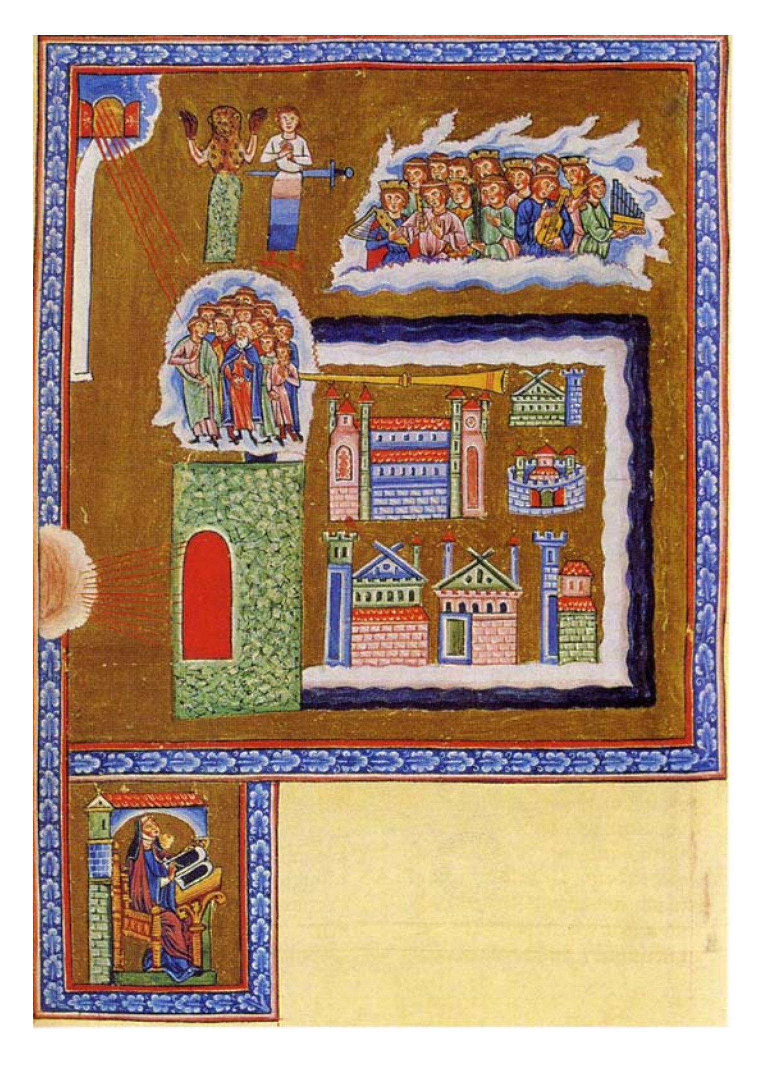
VI. "Levantan los ríos, Señor, levantan los ríos su voz. Los ríos levantan sus oleadas con el estruendo de muchas aguas" (Sal 93,3). Para comprender estas palabras hay que interpretarla así: En el ímpetu de tu venganza los espíritus angélicos se han levantado, oh señor de todas las criaturas, y han manifestado su fuerza como oleadas para ahogar a tus enemigos. El ejército de estos espíritus redobló su fuerza, ofreciendo sus voces y el sonido de las alabanzas infinitas a Dios, porque las filas angélicas son como ríos de agua viva que el viento, el espíritu de Dios, agitó para ser glorificado por ellos, para que sus voces combatieran contra el negro dragón.
Así Miguel, entre sonidos de trompeta que anunciaban el oculto juicio de Dios, golpeó a la serpiente porque no quiso reconocer el luminoso claror de la divinidad, y la echó por virtud de Dios en el pozo del infierno, del que no se encuentra nunca el fondo. Y echó también a sus seguidores, también cayeron con él los que actuaron de acuerdo con él como si fuera su maestro. Sin embargo, él tuvo un castigo mayor los demás porque no quiso adorar a nadie más que a si mismo, mientras que los demás lo adoraron a él.
Después de la caída del antiguo enemigo los coros celestiales continuaron alabando a Dios, porque su adversario cayó y porque en el cielo ya no había sitio para él. Y siguieron reconociendo las maravillas de Dios es más, se mostraron aún más deslumbrantes que antes, porque comprendieron que en el cielo no habría jamás un combate parecido y que ningún otro ángel sería jamás despeñado desde el cielo. Y

también supieron, porque lo contemplaron en la pureza de la divinidad, qué el número de los espíritus caídos sería reemplazado por vasos de arcilla. Con la alegría de saber que el número de los que habían caído iba a ser restaurado empezaron a olvidarse de la caída, como si no hubiera ocurrido nunca.

Entonces el Dios todopoderoso constituyó a la milicia celestial en coros diferentes, como convenía, de modo que cada coro individual tenga sus tareas y cada coro sea espejo y sello de los demás. En cada espejo individual residen los misterios divinos, que los coros mismos no pueden ver completamente, ni conocer, ni aprender, ni contener. Así, maravillados suben de alabanza en alabanza, de gloria en gloria. Y de ese modo siempre se renueva, y nunca llegará al final. Dios los ha hecho espíritu y vida, y ellos no cesan nunca de alabarlo y de fijar la mirada en la ígnea claridad de Dios, y por el resplandor de la divinidad centellean como una llama.

Que los fieles acojan con corazón devoto estas palabras, porque han sido dictadas por el bien de los creyentes, por el que es principio y fin.

SEGUNDA VISIÓN DE LA TERCERA PARTE



Visión mística de un peñasco de mármol parecido a un monte que está en la parte oriental de la construcción de la ciudad que se vió en la visión anterior, y de una innumerable multitud de hombres que aparecen de la parte oriental y en la meridional de la construcción. Y luego también la forma y el aspecto extraño de dos imágenes que están puestas cerca de la esquina oriental.

I. Después de haber visto estas cosas vi en la esquina oriental, en el punto donde surge el sol, un peñasco de mármol que parecía un monte grande, alto y de forma regular. En él se vio tallada una puerta que parecía la puerta de una gran ciudad. Todo estaba invadido por el brillante resplandor de la aurora, pero no lo sobrepasaba. Desde aquella piedra hasta la otra extremidad del lado oriental, es decir hacia el mediodía, se vieron imágenes parecidas a estrellas veladas por una nube, como de hombres de todas las edades, niños, jóvenes y viejos, que producían un sonido hacia occidente, un sonido como el del mar cuando las olas son agitadas por el viento. Un resplandor procedente de lo alto y superior a cualquier belleza humana imaginable irradió desde ellos al volver reflejarse sobre ellos.
Cerca de este segundo límite del lado oriental estaban de pie otras dos imágenes. La primera tenía la cabeza y el pecho como de leopardo, los brazos de hombre y las manos parecidas a las patas de un oso; el resto de su figura no pude verlo. Vestía una túnica de

piedra y estaba completamente inmóvil, pero girando el rostro, miró hacia el norte. La otra imagen, más próxima al ángulo mencionado, tenía la cara y las manos humanas. Tenía las manos plegadas la una encima de la otra, y se podían ver sus pies, patas de gavilán. Vestía una túnica que parecía de madera, blanca desde la cabeza hasta el ombligo, rojiza del ombligo a los lomos, de los lomos a las rodillas grisácea, y oscura de las rodillas hasta los pies. Tenía una espada colocada como atravesada sobre los lomos y aunque estaba inmóvil, dirigía la mirada a occidente.
Más allá vi un número casi infinito de figuras humanas flotar en una nube en el aire como a lo largo de toda la zona austral. Algunos llevaban sobre la cabeza algo como coronas de oro, otros tenían en las manos cosas parecidas a palmas bien decoradas, otros tenían como flautas, otros cítaras, otros órganos, y el sonido de sus instrumentos tenia la entonación del dulce sonido de las nubes. Y de nuevo oí la voz del cielo que me dijo:

Dios omnipotente, que no cambia nunca ni padece en si ningún cambio, con justo juicio condenó a los ángeles que se engrieron y, socorriendo con piadosa misericordia al hombre que fue engañado, después de haberle preanunciado de muchos admirables modos la salvación futura en el Antiguo Testamento, por fin en el Nuevo llevó a cabo su liberación a través de muchos milagros. La profecía, dada por Dios para instruir y corregir, no faltó ni faltará nunca en ninguna edad del mundo.

II Después de la caída del ejército de los ángeles perdidos, Dios ordenó que el hombre tomara en la gloria el lugar de aquéllos que la perdieron, y luego, cuando el hombre cayó en la ruina, lo redimió levantándolo hacia la santidad a gran precio, con muchos admirables mensajes que lo volvieron a llamar a la vida, de los que se habla a menudo en el Viejo Testamento, así como en el Nuevo, con los muchos milagros obrados para su liberación. Por eso se ve en el rincón oriental, en el punto dónde surge el sol, un peñasco de mármol que parece un monte grande, alto y de forma regular. Esto significa que en el principio del día de todas las criaturas, cuando fue creado el mundo, Dios estaba allí, firme piedra poderosa y alta en la integridad y en la solidez, sin cambio. En ella se ve entallada la puerta de aquello que parece una gran ciudad, toda invadida por el brillante resplandor de la aurora, pero no lo sobrepasa, porque la voluntad de Dios, como una puerta abierta a todo lo que es bueno, se apoya completamente en el orden de la mas pura divinidad, y no excede el orden determinado, porque la voluntad y el orden de Dios concuerdan la una con el otro, y ninguna de las dos prevalece. Así Dios, en la piadosa bondad de su querer, ordenó que en el lugar que la antigua serpiente había perdido fuera puesto el hombre, y cuando el hombre cayó en la perversión lo purificó con las aguas del diluvio y, después de tenerlo purificado, lo renovó en Noé, examinándolo con su justicia.
Desde aquella piedra hasta la otra extremidad del lado oriental, es decir hacia el mediodía, se ven, parecidas a estrellas veladas por una nube, imágenes como de hombres de todas las edades, niños, jóvenes y viejos, que emiten un sonido hacia occidente, un sonido como el del mar cuando las olas son agitadas por el viento. Porque desde la primera manifestación de la energía divina hasta el punto en que tuvo término la antigua ley de rostro severo, cuando vino el fuego de justicia y verdad, se manifestó la profecía, y esto desde la primera obra de Dios, es decir en Adán. Y así de generación en generación, a lo largo de las varias edades de la humanidad resplandeció como luz

entre las tinieblas, y no dejará de resonar hasta al final del mundo con las palabras sobre los inagotables misterios, que el Espíritu Santo inspira y que tienen sentidos múltiples.
La profecía está en el hombre como en el alma en el cuerpo. Porque, como el alma está escondida en el cuerpo y lo gobierna, así la profecía que viene del espíritu de Dios, superior a todas las criaturas, es invisible, sin embargo allana los valles y cuantos se han extraviado por la calle equivocada son reconducidos por ella al camino de la rectitud. Así por mi inspiración mi siervo a David habla, diciendo:

Palabras de David del primer versículo del Salmo XLIV, es decir: "Mi corazón desborda de palabras buenas", que habla de ésto y de la doble generación de Cristo, y como deben ser interpretadas.

III. "Mi corazón desborda de palabras buenas, cuento al rey mis proezas" (Sal 45,2). Esta cita ha de interpretarse cómo sigue: Yo, que soy el Padre de todo, muestro con claridad que antes de cualquier criatura fuera, la fuerza que hay Mí se desbordó en mi Palabra de bondad, es decir, en el Hijo que he engendrado y a través del cual, todas las cosas buenas han sido hechas. Por esto hablo Yo, que nunca cambio, Yo, que pongo mis obras a disposición del que está destinado a reinar sobre toda la tierra. Todas mis obras, que han sido hechas en el principio, las conoce mi Hijo.
Por su virtud, la profecía se desbordó en palabras llenas de verdad, cuando, afirmando que la misma Palabra a través de la cual todas las cosas han sido hechas se habría de revestir de carne, anunció las obras admirables y anunció la llegada futura del rey de los reyes. Anunció que brotaría como semilla de justicia de una tierra de pureza, que no sería quebrantada por obra de varón. Esta profecía conocida por inspiración del Espíritu Santo, la recibieron algunos viejos, algunos jóvenes y también algunos niños, que utilizando una multitud de signos diferentes hablaron, por inspiración del Espíritu Santo, de aquella semilla que es la Palabra de Dios
Dios creó al hombre a partir de la tierra y lo transformó en carne y sangre. Pero la mujer, tomada del hombre es carne de su carne y no tuvo que transformarse en otra cosa. Ellos, en el espíritu de la profecía supieron por inspiración del Espíritu Santo, que la mujer daría a luz al Hijo de Dios como una flor que crece en el aire dulce. Esto lo prefiguró la vara de Aarón separada del árbol, símbolo de la Virgen Maria, cuya mente estaba tan separada del hombre que nunca fue mellada por el placer de la unión sexual, y a su único Hijo lo engendró por el fuego del Espíritu Santo. Dios lo rodeó de todas las criaturas, ya que ellas, surgidas de él, reconocieron de él el gusto y obedecieron todos a su voz. Los profetas habían dicho que una mujer pariría por obra del amor como la rama de la raíz de Jesé, y todos aplicaron este parto virginal al rey, es decir al Hijo de Dios.
Y cuando la mujer llevó dentro de sí al Hijo de Dios, todos los que pudieron verlo y escucharlo como si fuera uno de ellos, lo quisieron más de lo que habrían hecho si no lo hubieran visto nunca, porque lo que los hombres sólo ven entre penumbras no pueden conocerlo completamente. Por eso cuando los profetas hablaron como en sombras, algunos descuidaron las cosas que dijeron como si en sí mismas, únicamente fueran palabras de sombra. Y sin embargo sucesivamente todas encontraron reconocimiento entre los hombres, porque la voz de la profecía procede de los misterios ocultos de la divinidad.

La primera de las dos imágenes que están situadas en la parte oriental del edificio, que lleva un vestido de aspecto casi bestial, significa el tiempo anterior al diluvio, tiempo en que los hombres vivían sin ley y sin el conocimiento del verdadero Dios, y vivían según costumbres más parecidas a las de las fieras que a prácticas humanas.

IV. Como ves, cerca de límite del lado oriental, de pie, están estas dos imágenes. Significan que cuando el origen de la justicia, que comenzó en Abel, cedió ante la incertidumbre, Dios estableció dos tiempos, diferentes desde el punto de vista de las costumbres de la humanidad, pero próximos entre sí, que fueron antes del diluvio, sin la ley y después del diluvio, bajo la ley.

La primera figura tiene la cabeza y el pecho como de leopardo, los brazos de hombre y las manos parecidas a las patas de un oso, el resto de su figura no pude verlo. En efecto, el tiempo antes del diluvio, sin la ley, las costumbres de la humanidad manifestaron la potencia y la fuerza de las bestias feroces de diversa naturaleza, porque entonces los hombres, como consecuencia del engaño diabólico, fueron receptáculo de todos los vicios, olvidaron a Dios y vivieron desenfrenadamente según sus gustos. Y aunque a veces trabajaron como hombres con los brazos, otras veces las obras de las manos imitaron bastante la naturaleza rapaz de las fieras. Por consiguiente no cuidaron la honestidad que es propia de las humanas costumbres y no hicieron nada para educarse a vivir como hombres, sino se limitaron a quedar como deformes.

Viste una túnica de piedra que está inmóvil, pero que al girar su rostro mira al norte, porque los hombres que vivieron en el tiempo de que estoy hablando se revistieron de la dureza y del peso de los pecados y no se convirtieron del mal al bien, aunque se dieran cuenta, ya que poseían el conocimiento de que sus obras eran malas y vergonzosas, lo cual era la alegría de la antigua serpiente. A pesar de eso, no tenían voluntad de abandonarlas.

Cuando Dios creó el cielo y la tierra la dividió en dos partes, de modo que una parte sea inmutable y otra sometida a cambios, y de esta última creó al hombre. El hombre, que vela y duerme, está sometido a cambio. Cuando uno hace guardia, en efecto, según avanza la posición del sol carece de luz en la iluminación de sus ojos, y es algo parecido como a quien se le obscurece el alma como si fuera de noche.

Sobre la fuerza, la violencia y las costumbres impuras de los hombres antes del diluvio y como, engañados por el diablo, se hallaban alejados de la adoración a Dios, con la excepción de unos cuántos.

V. Dios puso al hombre en la tierra de los vivientes, que no está iluminada por la esfera del sol, sino invadida por la luz viviente de la eternidad. Pero el hombre infringió la regla divina, y regresó a la tierra sometida a cambios. Luego engendró dos hijos, uno de ellos, ofreció sacrificios a Dios, mientras el otro mataba al hermano manchándose de la culpa de su muerte. El que fue asesinado era el que ofrecía sacrificios a Dios y había oído su voz. Por eso hubo gran luto.

Al principio de la creación los hombres eran tan robustos y tenían tanta fuerza que vencían a las fieras más fuertes. Por tanto jugaban y se divertían con ellas, y las fieras, temerosas de los hombres, frenaron su ferocidad y se sometieron aunque no por esto cambiaron su naturaleza. Fueron los hombres los que alteraron la bella forma de su razón, mezclándose con las bestias, y si lo que en tal modo era engendrado, era mas parecido a un ser humano que a un animal feroz, lo odiaban y descuidaban, mientras

que si era más parecido a un animal salvaje que a un ser humano, lo abrazaban y lo besaban con predilección.
En aquel tiempo las costumbres de los hombres eran, pues, dobles. En parte favorecieron la naturaleza humana, en parte la salvaje, de modo parecido a como el leopardo y el oso siguen las costumbres humanas y las bestiales. Por tanto perdieron las bellas alas de la razón, con las cuales habrían sido capaces de volar hacia Dios con la fe y en la esperanza, porque sus alas desaparecieron por los pecados que se han contado. Éste fue el fruto de la sugerencia de la antigua serpiente, que planeó matar en ellos la gloria de la razón humana. La serpiente la detestaba la razón y procuraba aplastarla. Por tanto el diablo dijo para sí: “¿Qué hizo finalmente el Dios Altísimo? Pero, si la criatura me obedeciera a mí en lugar de obedecerle a él significaría que soy superior. Así pues, conseguiré dominarlo en su propia obra”.
Los hombres en la época más antigua, manchados por la baba de la serpiente, obraron favoreciendo la concupiscencia de su vasija terrestre en vez del soplo del alma, y no quisieron conocer nada que no tuviera forma visible, y dijeron: “¿Qué me importa el viento que no tiene cuerpo y no me habla? Lo que me habla, lo que se acerca a mi, eso quiero”.
Entonces el arte diabólico producía un simulacro de vida en algunos grandes animales, y a través de ellos decía a los hombres: “Yo soy el que os ha creado”. De este modo logró persuadir con estas artimañas a los hombres, con objeto de subvertir su camino con solo el sonido de la voz y el lenguaje de la razón, razón con la que habrían tenido que alabar a Dios, porque quiso que se negaran a alabarlo exactamente como él se negó.
Solamente los pocos que oyeron las palabras del primer hombre, que les contó como había sido formado por Dios, cómo lo había puesto en el jardín de las delicias y como salió de él, disfrutaban saboreando su propia naturaleza humana como Dios les había constituido y no se mezclaron a las bestias. Ellos vivieron rectos y sobrios según su naturaleza, pero para no padecer las molestias y las bromas pesadas de la gente común, que ya se ha dicho cómo se deleitaba en la suciedad, tuvieron que huir arriba a las montañas. Allí arriba el soplo del alma los confortaba para que siguieran evitando el pecado, pero a pesar de eso vivían entre suspiros diciendo: “¿Dónde encontraremos al que nos ha creado?"
Por esto se burlaban de ellos y les decían: “¿Qué es lo que veneran éstos? ¿Una cosa que no ven con los ojos ni tocan con las manos?”. Así fue despreciada el arca de Noé. Pero Dios les hablaba con sus maravillas místicas, lo mismo que habló a Abel, el hijo del primer hombre.

Al no soportar Dios ya la maldad y los delitos de los hombres de aquel tiempo, exterminó con las aguas del diluvio a todo el género humano y a todos los vivientes, salvo los que hizo entrar en el arca. Se habla luego del cambio del sol, de la luna, de las estrellas y de la tierra, cuyas cualidades cambiaron con respecto a las de antes del diluvio, y de cómo al final del mundo el fuego consumirá la tierra hasta una profundidad equivalente a la que las aguas la penetraron.

VI. Después de que la tierra se hubo llenado de estos depravados, Yo, el que soy, no soportando ya estos pecados criminales, decreté que el género humano quedara ahogado por las aguas, a excepción de los pocos que me reconocían.
La tierra no volvió a estar seca hasta que el pueblo engañado no estuvo completamente sumergido. Las aguas recubrieron la tierra entera, que se transformó en lodo. Los

cadáveres humanos quedaron enterrados, no se pudieron hallar, mientras algunos cadáveres de animales, que eran ligeros, se vieron flotar sobre el agua. La tierra no volvió a estar seca antes que el sol con todo el ciclo de la luna y las estrellas y todas sus funciones no hubiera cumplido un recorrido completo de oriente a occidente, ni antes de que todos los astros hubieran reconducido las aguas a los lugares donde al principio habían estado colocadas.
Y la tierra se coció con el calor del sol y se alteró, haciéndose diferente de lo era antes. En realidad el sol y la luna y las estrellas y todos los otros cuerpos celestes desde la caída de Adán hasta el diluvio fueron bastante turbulentos a causa del calor excesivo, pero los hombres de entonces tenían un cuerpo muy fuerte para poder soportar aquellos calores. Cómo era de fuerte ese calor, lo muestra ahora a veces el picor de los grandes calores cuando los cuerpos celestes se enturbian. En efecto, después del diluvio el agua empapó los astros y tanto durante el frío como durante el calor son más luminosos de lo que habían sido nunca antes del diluvio, mientras que la tierra y los seres humanos han quedado más débiles y sujetos a enfermedades que antes. El agua del diluvio empapó toda la tierra permeable hasta el fondo transformándola en barro, igual que el último día se quemará hasta el fondo, porque después de aquel día los hombres ya no tendrán necesidad de ella.
Dios emite sus juicios sobre el género humano con el agua y el fuego, porque de ellos está hecho el hombre y por ellos debe ser oprimido. Y lo mismo que Dios invade toda la tierra con la humedad del agua y la recompone y la consolida con el calor del fuego, así el hombre se humedece con la humedad del cuerpo y se conforta con el calor del fuego de su alma. Y los que Dios salvó para que después del diluvio engendraran un nuevo género humano, aterrorizados por el terrible juicio de Dios que vieron, ardieron de temor de Dios y empezaron a inmolar víctimas sacrificiales en su honor.

A causa de la mutación de los elementos, también las fuerzas de los hombres después del diluvio disminuyeron. Como ellos con el tiempo empezaron a corregirse, aterrorizados por el temor de aquel juicio. Sobre el arco que entonces por la primera vez fue puesto como señal del pacto entre Dios y el hombre.

VII. Con el pasar del tiempo el género humano se reprodujo cada vez más débil comparado con la fuerza que tenían los hombres antes del diluvio, como se ha dicho antes. Cuando la tierra cambió, también las fuerzas de los hombres cambiaron y se debilitaron, ya que siguieron al antiguo tentador que había cambiado la gloria por los hábitos de la serpiente. Porque la serpiente es astuta y quiere engañar a quien a su vez también quiere engañar a los demás, y quiere huir de quien trata de huir de ella. Así actúa el antiguo enemigo, engaña al débil con el veneno mortal de la traición y huye velozmente fuera de quien quiere vencerla, porque éste lo pisa como cuando fue echado del cielo.
En esta época floreció también el temor de Dios, tanto que supo resistir a la antigua serpiente y no permitió que con su soplo, ésta infundiera el olvido de Dios en el género humano como hizo antes del diluvio. Pues después del diluvio Dios hizo una tierra nueva con un pueblo nuevo, y puso entre las nubes el arco iris como señalando que las aguas ya no sumergirían más toda la tierra y todas las gentes, pero también para enseñar que todos sus enemigos tenían que reconocer el gran poder de su terrible juicio sobre ellos. En realidad el juicio de Dios oculta una energía lo bastante grande para aplastar a sus enemigos que quieren destruir la verdad de la divinidad. Después de la caída del

hijo de la perdición pondrá fin con el fuego y grandes tempestades a todos los hombres mortales, y así hará que ningún mortal aparezca más sobre la tierra.

La segunda imagen indica el tiempo después del diluvio, tiempo regulado por la ley. Los diversos aspectos de su vestido significan las diversas edades desde el diluvio hasta la llegada del Señor o bien hasta el fin del tiempo, y las muchas características de las costumbres humanas que vivieron en estas edades o que vivirán.

VIII. La segunda imagen, más próxima al ángulo mencionado, tiene cara y manos humanas. Está con las manos plegadas la una encima de la otra, y se pueden ver sus pies, patas de gavilán. Significa aquel tiempo después del diluvio en que se vivió según costumbres las humanas bajo la ley, hasta el momento en que la severidad de la ley empezó a tambalearse, es decir cuando la intención y las obras de los hombres empezaron a dirigirse a los placeres de la carne más que a las necesidades del espíritu, y a rehuir el trabajo. Avanzando en esta dirección los hombres advirtieron más amargura que dulzura, porque la ley no salvó a nadie y castigó ásperamente a los transgresores.
Viste una túnica que parece de madera, porque aquel tiempo tuvo por norma la antigua ley, que descuida los frutos espirituales El color blanco, que va de la coronilla de la cabeza hasta el ombligo es el tiempo que se inició con Noé. Noé que había reconocido a su Creador, conservó la conciencia de la misma humanidad construyendo el primer lugar sagrado, y haciendo ofrendas a Dios. Aquel tiempo como de blancura continuó hasta Abraham, que fue como el ombligo, dónde la fuerza tiene su sede. Los hombres estuvieron tan aterrorizados por el furor de las aguas, que inmediatamente después y durante un poco de tiempo conservaron el temor de Dios comportándose rectamente.
Del ombligo a los lomos significa el tiempo que transcurrió desde Abraham a Moisés en el ardor de la circuncisión, porque como la aurora viene antes del sol, así Abraham por la señal de la circuncisión, en la cual mortificó la lujuria, prefiguró la humanidad del Hijo de Dios.
De los lomos hasta las rodillas la figura presenta un color grisáceo, que muestra el tiempo que transcurrió entre la legislación de Moisés hasta el exilio de Babilonia. Es un tiempo de dureza y de aspereza de la ley según la carne, pero también empezó a inclinarse hacia las más diversas vanidades.
Y de las rodillas hasta los pies el color oscuro significa el tiempo transcurrido desde el destierro de Babilonia hasta la ruina de la ley, cuando vino el Hijo de Dios, con objeto de cumplir totalmente en sí mismo la ley. El color de este tiempo fue oscuro a causa de la negligencia y la insensibilidad, porque ya se despreciaba la ley misma, y abandonada como agua turbia se encaminó a su caída como todo lo que pertenece a la carne.
En efecto, los que se mostraban en aquel tiempo obedientes a la ley no quisieron reconocer el surgir del sol de la justicia, porque sostenían que sólo hay que fijarse en la letra de lo que está escrito en las tablas de la ley, y afirmaban que en ellas no había nada más que comprender.
Por tanto Yo, que en todas las cosas juzgo con justicia, el juicio que emití en su día desterrándolos a Egipto y a otros lugares, cuando, arrogantes, actuaron a su modo, ahora lo emití de nuevo a través de algunos pueblos que los hicieron prisioneros y los dividieron, dispersándolos por regiones lejanas. Y ellos permanecerán en esta dura falta de fe mucho tiempo, hasta que la antigua serpiente vuelva la mirada sobre un hombre errante y perdido, y la divinidad escondida lo mate de modo tal que ni ángel ni hombre se de cuenta de aquel golpe. Entonces también el pueblo de la ley volverá los ojos a Mí

con gran dolor, llorando y lamentándose de haber sido engañados tanto tiempo. Pero, cuanto tiempo permanecerán los hombres en este siglo transitorio, ángel y hombre lo ignoran.
Ahora, volviendo a la imagen, ella tiene como una espada colocada como atravesada sobre los lomos, con la que muestra que la circuncisión se relaciona con aquella característica de la carne por la que desde el ombligo a los lomos el hombre peca con el movimiento de las partes que dan la vida, cuando la mente del mismo hombre le mueve al pecado. Con eso se simboliza el modo en que juzga la perfecta justicia de Dios, que hace recaer la sangre del asesino sobre él mismo, y castiga a todos los que se alejan de él con otros actos malvados, después de haberlos pasados por el juicio de su justicia.
E incluso, la imagen, estando inmóvil, dirige la mirada a occidente, porque los hombres que vivieron en el tiempo en que ya estaba vigente la antigua ley no avanzaron hacia la inteligencia espiritual. Conocían la caída de la antigua serpiente y sabían de sus insidias, pero fueron insensibles y negligentes respecto a la salvación de su alma. Y el dragón de fuego, cuando se percató que Dios salvó a algunos de ellos, los que no fueron devorados por el diluvio, lanzó su sopló de fuego diciendo furibundo dentro de si: “Pondré en marcha todas mis artes y pasaré a todos por la criba, hasta que logre seducir a los que el diluvio no ha sumergido y también a ellos les impondré mi yugo”

Sobre el sentido de los sacrificios, de la circuncisión y de la ley, que precedieron a la Encarnación del Hijo de Dios por la profecía de los Patriarcas. Sobre la predicación de los profetas. Cómo el hombre no hubiera podido salvarse si el Verbo no se hubiera hecho carne. Sobre las tentaciones del diablo, que engaña a los hombres seduciéndolos. Sobre los modos en que Dios siempre ayuda a resistirle.

IX. El tiempo después del diluvio va desde Noé hasta la Encarnación de mi hijo, y cambia la inteligencia espiritual de todos los que creen en él. Con él comienza otra época, que lleva a la vida, no según la carne, sino según el espíritu.
En Noé manifesté muchos milagros, lo mismo que realicé muchísimos al principio cuando apareció Adán, ya que como prefiguré en Adán a todos los hombres que nacerían, así en Noé prefiguré el surgir de un nueva era. De esta semilla brotaron fuertes y resueltos los profetas, que anunciaron llenos de vigor y confianza las cosas que vieron en el Espíritu Santo, es decir, que Dios mandaría al mundo a su Verbo, el cual estaba en él antes de todos los tiempos. Y este Verbo se hizo carne, de modo tal que el mundo entero se maravilla desde entonces. Las palabras de los profetas superaron el tiempo y el espacio cuando anunciaron este milagro afirmando que vendría a la tierra el más bello de los hijos de los hombres.
Pero la razón dispone y según su disposición la obra se cumple, porque si no viniera primero la disposición, la obra no seguiría. En su Verbo, Dios dispuso al mundo y el hombre. En efecto, el Verbo que no tiene principio plasmó una obra a la que poner el vestido puro que vestiría, de modo que aunque el hombre pecase, si mantuviera la fe en Dios, lo reconduciría a sí por vestir ese vestido. Pero si el Verbo no hubiera vestido aquel vestido, el hombre no se hubiera salvado, como el ángel perdido no se salvó. ¿Pero como hubiera sido posible que Dios no tuviera poder para reponer al hombre en el lugar que estaba destinado para él, incluso después de que fue alejado, si con penitencia hubiera confiado en él? Lo mismo que Dios omnipotente se complació en crear al hombre, también le gustó redimir a quien tiene fe en él.

Por eso ocultamente inspiró la profecía y la mandó como en sombra, hasta el cumplimiento de su obra, que enseñó con señales premonitorias antes de concluirla. Enseñó pues el arca a Noé, la circuncisión a Abraham y luego le enseñó a Moisés la ley, para que fuese por ellos confundido el movimiento de la lujuria que se mueve como la lengua del serpiente. Y así como el diablo engañó a los hombres a través de los primeros animales, a través de los sacrificios de animales a Dios fue derrotado el diablo mismo antes de que viniera el santo de los santos.
Estas tres señales, es decir los sacrificios de animales, la circuncisión y la ley, fueron precursores del Hijo de Dios, que quiso someterse a ellos para que tuvieran final en él, según las palabras inspiradas de los profetas, que hablaron de Dios y de todos los males del norte. Porque la antigua serpiente sigue luchando contra Dios lo mismo que combatió contra él en el cielo, y por tanto se introduce en los hombres para convencerlos de oponerse a Dios y de adorar como dios cosas que pueden palpar con los ojos y con las manos, como Baal y los otros ídolos que les pone enfrente. Pero como nadie puede comprender a Dios ni llevar a cabo su obra, tampoco es capaz el diablo de conocer al hombre, si no es porque primero el hombre mismo, sugestionado por él, se acerca anhelante a él. Entonces el diablo goza en su maldad, porque engañando al hombre, puede tener una victoria sobre la obra de Dios.
En realidad, incluso sabiendo que el hombre puede elegir sus obras, el diablo no sabe qué obras él quiere realizar, y cuando se percata que el hombre anhela a Dios y dedica sus obras al que lo ha creado, entonces se le acerca y trata de sugestionarlo diciendo: "Tú, que tienes el poder de hacer lo que quieres, ¿por qué pides a otro el beneplácito de tus obras? ¿Qué hay de malo si ejecutas las obras que están en tu poder, puesto que el que llamas tu Creador ha hecho lo que ha querido hacer?". Así, con sugerencias de este género lo lleva en engaño. El viento del norte es una señal de estas sugerencias y estas tentativas de persuasión. Al igual que destruye los edificios y los desarraiga de sus cimientos, esta insinuación diabólica hace olvidar al hombre el sentido común, para que se olvide de la inspiración de Dios y le hace incapaz de dirigirle sus suspiros. De este modo arranca del alma el suspiro que debería dirigir anhelante a Dios, y lo inflama empujándolo a pecar con su cuerpo. Con el fétido soplo de estas sugerencias cree poder atraer a si las almas de los hombres, que están dotados de razón como él, al igual que el gusano que yace en el barro engendra otros gusanos con la inmundicia de su suciedad. Esta es la forma en que arrastró a los hombres a cumplir obras depravadas y nauseabundas, cuando se arrodillaron delante de Baal y de los otros ídolos. Por boca de estos falsos ídolos habló resonando y les enseñó obras vergonzosas. Y así se sucedieron desde el principio generaciones y generaciones que cultivando pensamientos horribles se alejaron de Dios eligiendo el placer de la carne.
Sin embargo, como se ha dicho, Dios trajo su justicia con el arca, mientras con la circuncisión, que era como una hoja de acero, hirió a la muerte que reveló en su desnudez la lujuria inspirada por la serpiente. Y con la ley, escrita con su propia mano, quiso confundir a la muerte, tanto más, recordando que, al hombre que hizo con su dedo, como tarea del hombre, le entregó las criaturas que había hecho también con su dedo, de modo que al elegir entre ellas a los animales más puros empezara a ofrecer sacrificios a Dios omnipotente. Esta práctica, que Abel inició, la ley la llevó a la perfección, significando que el hombre que ofrece a Dios en sacrificio el animal del que se alimenta, se ofrece él mismo en sacrificio a Dios.
Y como el sol somete a la luna, sea creciente o menguante, así el Hijo de Dios, el verdadero sol, tuvo en sí a la ley, que fue creciente en él cuando la llevó a cabo, y que tuvo fin en él cuando se inmoló a Dios Padre. Y lo mismo que a su muerte se produjo un eclipse de sol, que volvió luego a resplandecer sobre el mundo entero, así el Hijo de

Dios quiere que el hombre resplandezca siguiéndole, contemplando su muerte y reflexionando sobre de ella, para comprender que debe hacer. Como el arado tirado por las acémilas remueve la tierra sembrada para que la semilla produzca abundantes frutos de los que los hombres se alimentan, así el pueblo de la ley conservó los mandamientos de Dios en la ley escrita, pero no se llenó con sus frutos, porque no comprendió lo que estaba escondido en la letra. Sólo el Hijo de Dios reveló a los creyentes, a través de la semilla de sus palabras, que se saciarían de vida con su carne y con su sangre. Y cuánto había escondido en los secretos divinos, lo manifestó por si mismo.

Sobre la inmensa muchedumbre de los fieles que luchan virilmente en esta vida en modos diferentes, entrenándose en la virtud y mortificando los vicios para honrar a Dios y por su salvación, y consiguen premios diferentes según sus méritos, como regalo de Dios.

X. Más allá ves un número casi infinito de figuras humanas flotar en una nube en el aire a lo largo de toda la zona austral. Indica la muchedumbre de los creyentes de todos los tiempos, que suben para arriba imitando al Hijo de Dios en el ardor de la justicia y elevando sus mentes de virtud en virtud. Algunos llevan sobre la cabeza algo como coronas porque, cuando levantan la mente con los justos deseos y la santidad del corazón, adornan sus almas con los premios celestes. En efecto, desear el bien es el principio del bien actuar. Otros tienen en las manos cosas parecidas a palmas extremadamente adornadas, porque enseñan con sus obras que han conseguido la victoria en la lucha por el bien. Otros tienen como flautas, es decir la merced que han merecido en el amor y en el temor de Dios por su doctrina. Otros, cítaras, es decir los premios del camino duro y estrecho que lleva a la vida. Otros los órganos, porque en ellos se manifiestan las múltiples virtudes que se dirigen a Dios con himnos de alabanza. Y el sonido de sus instrumentos tiene la entonación del dulce sonido de las nubes, porque las alabanzas que suenan en los honores y en los premios concedidos a las virtudes, armonizan con el mérito conquistado por los que cumplen sus obras de acuerdo con las virtudes y levantan al cielo sus mentes. En efecto, la remuneración con que serán premiados se establece con base en los méritos que los hombres han conseguido haciendo el bien en la rectitud.

Por tanto las mentes de los fieles, como se ha dicho, fluyen como nubes, porque nunca se sacia el deseo del alma con que el hombre beato le pide a Dios que le ayude a cumplir sus propias obras, al igual que los cursos de agua que fluyen hacia el mar sin llevar sus inundaciones. Y ya que los deseos santos, que son el principio de las obras buenas, están firmes dentro de ellos, Dios los corona con el ejército celeste, ya que se le adhieren de tal modo que no pueden a ningún precio ser de él separados.

El orden de las criaturas determinado por Dios significó el renacimiento del hombre en la vida espiritual. Porque cuando la ley manda atar animales, matarlos, quemarlos y esparcir su sangre, lo que en realidad significan estas palabras es que algunos hombres, que corren como nubes porque en el amor se dirigen hacia Él, serían sometidos a tortura, matados e inmolados como aquéllos animales. Pero ya que beben la leche de las virtudes, huyendo de la lujuria y de los demás vicios, llevan la palma de la victoria. Ellos prefieren verter su sangre antes que caer fuera de la red de la justicia obrando de modo contrario a la fe. Así se sacrifican doblemente, porque combaten dentro del propio cuerpo y vierten la propia sangre por orden de Dios. Por tanto son parecidos a los ángeles, que están siempre en la presencia de Dios.

En cuanto a los que ejercen su ministerio siguiendo la doctrina de Dios omnipotente y enseñándola a los demás, suenan con las flautas de la santidad, porque cantan la justicia en las mentes de los hombres con las palabras de la razón. Así la palabra se expresa y la voz suena, y el sonido hace oír la palabra y la difunde alrededor para que pueda ser escuchada. Y como la flauta multiplica la voz, así la voz de los doctores tiene que multiplicarse en los hombres en el temor y en el amor de Dios, y reunir a los fieles y poner en fuga a los infieles.
Del mismo modo también surgen otros que han renunciado a si mismos despreciando el mundo, que se han encerrado en el pudor virginal y, juzgando odiosos los placeres mundanos, y pasan su tiempo cantando alabanzas, como hacen los ángeles. Como el águila, vuelan hacia Dios en la plenitud del deseo del corazón, parecidos a la aurora que precede al sol, teniendo como siempre fijos en Dios sus ojos sencillos como los de las palomas. Por tanto con las cítaras elevan laudos que están muy cercanos a Dios, laudos de los cuales nada conoce el saber humano.
Y luego hay otros, que reúnen en si innumerables virtudes a las órdenes de Dios y combaten por la humildad, que es la reina de las virtudes, cuando como órganos se inclinan doblándose a tierra por el temor y el amor de Dios. La humildad, en efecto, abre las puertas del cielo a quien la coge como modelo y las cierra a quien la rechaza. Las cierra de tal modo que el enemigo no puede abrirlas de ninguna manera, y echa a la soberbia en el infierno, que es lo que corresponde a los hombres de mente orgullosa. La humildad reina en el cielo con el ejército de sus seguidores, porque como los órganos con sus muchas armonías transforman el sonido en canto de alabanza, así Dios transforma los cantos de los hombres en laudos angélicos. Y lo mismo que el ejército celeste venció la soberbia delante de los ojos de Dios, así los hombres que se abstienen del mal vencen siempre la soberbia en ellos mismos.
El hombre en efecto, es la obra de la derecha de Dios omnipotente que lo ha hecho, y completa en su plenitud el número de los ángeles perdidos, y por tanto lo defienden los santos ángeles. En la división celestial de los hombres y de los ángeles, Dios se complace mucho por la alabanza continua que le ofrecen los ángeles y por las obras santas de los hombres, ya que con ellas y siguiendo su voluntad Dios lleva a cabo todas las cosas que había previsto de la eternidad. El ángel sin embargo es estable en la presencia de Dios, mientras el hombre es inestable. Por tanto las obras del hombre pueden ser defectuosas, mientras que las alabanzas de los ángeles no tienen defectos.
El cielo y la tierra pertenecen a Dios, porque han sido hechos por él, por su gloria, pero ya que el hombre es mortal, las revelaciones divinas, que se manifiestan de vez en cuando a los profetas y a los sabios, a menudo están veladas como con una sombra. Sin embargo cuando el hombre mudable se haga inmutable, entonces verá la claridad de Dios en la permanencia del Dios y será como le describió mi servidor David según mi voluntad:

Palabras de David del Salmo LXII relacionadas con esta cuestión, y como deben ser interpretadas.

XI. “Exultaré a la sombra de tus alas, mi alma se aprieta contra ti y la fuerza de tu diestra me sostiene”. (Sal 63, 8-9). Para comprender estas palabras tenemos que interpretarlas así: Defendido por tu protección, ¡oh Dios!, gozaré cuando sea liberado del peso de los pecados. Y ya que mi alma ha deseado llegar a ti a través de las buenas obras, por esto tu poder y tu fuerza me han levantado mientras emitía fuertes suspiros y clamaba hacia a ti para que me salvaras de mis enemigos. En efecto yo soy tu obra,

porque antes del principio de los tiempos has ordenado que fuera hecho como he sido hecho y que toda criatura viniera ante mí.
Y cuando me has creado, me has dado la tarea de obrar según tus preceptos, tal como tú me hiciste, y por eso te pertenezco. Has vestido una carne sin mancha, como conviene a ti que eres el Creador, ensanchaste así las franjas de tu traje. Has puesto en movimiento el cielo con alabanzas y has puesto en él los adornos más diversos encerrándolos en los círculos angélicos, que no se pueden mirar porque se protegen como ciñéndose de un cinturón de laudes. Has hecho el hombre y lo has ceñido con el cinturón de alabanza del que rechazó la gloria celeste y por eso la perdió para siempre. Así lo has afianzado con el vestido que le has dado, de modo que no pueda perderse en absoluto mientras te alaba.
Los ángeles se asombran que tú hayas tomado tu vestido de Adán, que fue mortal, pero tú lo has hecho con el fin de que el mismo Adán, del que supiste que había desobedecido, pudiera revivir para que la claridad divina, que no se puede circunscribir por mas tentativas que se hagan, resplandeciera frente a los ángeles celestes, a quien dices: "Tú siempre estas en mi presencia, por tanto no necesitas ser reconducido como el que ha sido hallado en virtud del vestido que he tomado, porque no renegó completamente de Mí, sino que había sido seducido por otro. Sin embargo, ya que trató de parecerse a mi, fue hecho mortal, de modo que sólo pudo ser revocada su culpa por los sufrimientos de mi vestido corpóreo y así no perecerá en él lo que lo hace como tu hermano, porque aunque te haya creado sin carne y él con carne, soy Yo el que os ha hecho ambos".
La divinidad oculta, que es absolutamente justa y que nadie puede ver perfectamente sino en la medida en que ella se digna revelarse, revela estas cosas al ángel que no cayó y permaneció en la morada celeste. La divinidad comprende todas las cosas en la plenitud de su diestra y nadie que se fije en ella con la pupila del ojo de la fe puede perecer, pero aquéllos que no la miren con el ojo de la fe desaparecen frente a ella, como perecieron el ángel perdido y los que lo acompañaron. Dios, que creó todas las cosas, todas las ordenó para bien, dando a los que lo contemplan el premio merecido y juzgando a los que rehúsan dirigirle la mirada, como se ha dicho.

Por el Verbo, nacido sin principio del Padre, fueron creadas todas las cosas, y por el mismo Verbo, encarnado en una Virgen, el hombre ha sido redimido.

XII. Todas estas cosas han sido reveladas por el Hijo de Dios encarnado y los que creen en él se salvarán, mientras que los que se alejan serán condenados, ya que Él vino de la raíz de la tierra pero de una Virgen pura, por la voluntad del Padre, Él, que antes de la Encarnación creó todas las cosas junto al Padre y después de la Encarnación salvó al hombre a quien había formado, revistiéndose de un cuerpo humano sin pecado y redimiendo con ello al hombre que creó. Ningún otro habría podido hacerlo, sino el que creó al hombre.
Adán, el hijo simple y luminoso, alternó el sueño con la vela y así probó el gusto del espíritu en la vela y confortó la carne en el sueño. Fue puesto en la inmutable tierra de delicias para que a través del espíritu pudiera conocer la inmortalidad y no negara las cosas que son invisibles a la vista exterior de los ojos. La luz de la vida inmortal no se ofusca nunca como la del ojo corpóreo, que sólo es capaz de ver un poco de tiempo, porque luego de nuevo vuelve a las tinieblas. Por eso el hombre sufre, porque su ojo está velado por una película opaca. La pupila del ojo significa la vista interior, que es

desconocida al cuerpo, mientras el párpado significar la vista de la carne, que se extiende por el mundo externo.
Toda obra humana se cumple según estos dos modos del conocimiento. La ciencia de la vista interior le enseña al hombre las cosas divinas, a las cuales la carne se opone. En cambio la ciencia ciega realiza las obras nocturnas, y es como los ojos de la serpiente que no ven la luz. Por eso se aleja todo lo que puede de las obras de la luz, como hizo en Adán cuando enturbió en él la luz de la ciencia de la vida. El conocimiento de Adán fue de carácter profético y mantuvo este carácter profético hasta que el Hijo de Dios se hizo hombre y lo iluminó como el sol ilumina toda la tierra, llevando a cabo en el espíritu todas las cosas de que se había hablado. Es decir, Él cumple todos los acontecimientos que ocurrieron antes de la ley y bajo la ley, ya que en si los ofreció todos al Padre celeste, como ha sido escrito:

Palabras de David del Salmo CIV sobre el mismo tema y como tienen que ser entendidas.

XIII. "Tú que haces de la nubes tu trono, que caminas sobre las alas del viento" (Sal 104,3). Para comprender estas palabras hay que interpretarla así: Señor, tú eres el que con los deseos justos y rectos de los fieles haces tu trono, reina en sus corazones. Tú que diriges tus caminos sobre las palabras y los escritos de los doctores, estás por encima de ellos porque caminas sin mancha y no conoces el pecado. Por eso las nubes son tu trono, son como la escalera que te has construido, cuando tú, el Hijo de Dios, subes por encima de ellas con tu vestido, tú que fuiste engendrado de una Virgen única entre todas las mujeres e intacta, cuyo oculto jardín nadie abrió ni osó tocar nunca. Porque como el rocío penetra en la tierra, así has entrado en ella, y no tienes raíz en un hombre, siendo tú, raíz de la divinidad, como el rayo de sol fecunda la tierra para que brote. Y como en ella entraste, sin corrupción ni dolor, como en un sueño has salido, tal como Eva fue extraída del varón dormido, que la vio delante de sí sin dolor ni herida, y se alegró. Del mismo modo la Virgen, única entre todas las mujeres, se alegró al apretar en su seno a su Hijo.
Eva no fue creada de semilla, sino de la carne del hombre, ya que Dios la creó con aquella misma manifestación de su potencia con que mandó su Hijo a la Virgen. Y jamás han venido al mundo otras mujeres parecidas a Eva virgen y madre, ni a Maria, Madre y Virgen. De este modo Dios se revistió de forma humana y con ella ocultó la misma naturaleza divina, la que los ángeles contemplan en cielo. El cielo es morada de Dios, pero también del hombre, al cual ha dado forma corpórea ordenada en tres dimensiones, altura, anchura y profundidad, formando su morada.

Todo lo que realizó el Hijo de Dios mientras estaba vestido de carne estaba preanunciado con palabras misteriosas y simbolizado con hechos místicos, antes de la ley y bajo la ley. Después de su ascensión mandó al Espíritu para fortificar a los doce apóstoles, como son doce los vientos y doce los signos del cielo, y a través de su predicación iluminó el mundo y transformó todas las cosas llevándolas a un estado mejor.

XIV. El Hijo de Dios encarnado completó en sí mismo todos los milagros de los tiempos pasados, que fueron sus prefiguraciones, tal y como hemos dicho más arriba, desde el episodio de su infancia, cuando Herodes lo quiso matar y fue engañado por los Magos, en donde se puso de manifiesto la caída de la antigua serpiente que trataba de perturbar los asuntos celestiales.
En la niñez reveló el sentido del tiempo transcurrido entre Adán y Noé, ya que, al revés de la ignorancia de Adán, tenía en sí una sabiduría tan grande que nunca se manchó de pecado, y en su sabiduría enseñó que la convicción del diablo de que el hombre estaba completamente perdido era equivocada, porque el diablo no supo que Dios se había revestido de forma humana. En realidad todos los que lo vieron y lo escucharon se asombraban diciendo: "Nunca hemos visto y oído cosas como las que hace y dice este niño, porque en la sencillez y en la ignorancia de la niñez enseña una profunda sabiduría". Quienes hablaron así, ignoraban sin embargo que aquel niño era la raíz de la ciencia de los ángeles y de los hombres, más aún, era el que había creado a los ángeles y a los hombres.
Con su humanidad, el Hijo de Dios recondujo a la luz a quienes por Adán habían caído. Reveló la plenitud de la justicia, porque atribuyó al Padre todas sus obras, y lo mismo que el árbol produce frutos gordos por el vigor de la raíz, así llevó a cabo todas las obras con su divinidad arraigada en la humanidad, porque vino de la divinidad y en ella permaneció sin estar nunca dividido. En su carne arregló y devolvió a un bien más grande las obras de los hombres ensuciadas por el pecado, y su doctrina sigue revistiéndolos de santidad a través de la inspiración del Espíritu Santo. De este modo ha vuelto a llamar a la vida de la justicia a cuantos fueron sumergidos por el diluvio y muertos por sus pecados, como fue prefigurado por Noé. Y cuando el Hijo de Dios tuvo el aspecto físico de un joven puso de manifiesto el significado del tiempo desde Noé hasta Abraham, a quien fue impuesta la circuncisión, ya que entrando en el agua y santificándola con su cuerpo, además de con la práctica de grandes virtudes, recordó que los hombres vivieron más santamente después del diluvio, renegando los actos impuros en que se habían deleitado antes del diluvio, cesó la injusticia que los hacia olvidarse de Dios, y se avergonzaron de su desnudez y de sus obras impuras. La castidad del Hijo de Dios derrotó a la lujuria y como maestro la sujetó con la cuerda de la enseñanza y la obligó a servirlo absteniéndose del pecado. Ya que el Hijo de Dios, que con su ejemplo mostró en sí mismo y enseño la justicia, la ejerció perfectamente eliminando todo pecado por su humanidad, de eso fue señal la circuncisión, que se hace en cierta parte del cuerpo para confundir a la serpiente.
Luego, tras haber cumplido todos los preceptos respecto a la carne que fueron dados por Moisés, soportó ser atado y escarnecido en muchos modos hasta hacerse sobre la cruz víctima sacrificial viviente, ofrecida por sus ovejas, y partió del mundo como el día se separa de la noche, porque después de haber enseñado muchas señales y de haber manifestado en sí mismo muchos milagros que hasta entonces estaban escondidos, se separó de la tierra. En su pasión y en su muerte manifestó la potencia de Babilonia, cuando los hijos de Israel fueron reducidos a la esclavitud, lo mismo que él fue entregado al pueblo para que lo crucificaran como castigo. Sus discípulos se entristecieron, igual que aquéllos prisioneros de Babilonia, que olvidaron toda alegría y cambiaron el sonido de los instrumentos musicales por voces de llanto.
Y cuando resucitó de la muerte y se apareció a los discípulos en varias ocasiones, desveló el sentido de la vuelta de aquellos prisioneros. Luego les ordenó a sus discípulos ir por todo el mundo para bautizar a los creyentes. Después de la ascensión los confortó con la infusión del Espíritu Santo para que no se dejaran arrollar por las persecuciones de sus muchos enemigos, más bien supieran vencerlos con milagros

gloriosos. Enseñó que la ley vieja relativa a la carne estaba acabada y que se había convertido en vida espiritual. Y les enseñó todo lo que pudieron entender, porque todavía no eran capaces de verlo en su divinidad, como cuando una persona mira el aspecto exterior de otra, pero no logra ver su alma.
En realidad cuando el Padre le atrajo a sí de nuevo a su corazón, de donde había salido y donde nunca lo había abandonado, como el hombre lleva a sí la respiración, todo el ejército de los ángeles y todos los arcanos celestes lo vieron abiertamente como Dios y como hombre. Y él tocó a sus discípulos con aquel fuego con el que fue concebido en el vientre de su Madre e infundió en ellos, con las lenguas de fuego, una fuerza más fuerte de la del león, que no teme a las fieras sino que las captura, para que no tuvieran temor de los hombres, sino que antes bien los capturaran. El Espíritu Santo los transformó a una vida diferente que nunca antes habían conocido, y con su inspiración los levantó hasta el punto que ya no supieron más ser hombres. Los visitó con más frecuencia y fuerza de lo que nunca nadie los hubiera visitado, porque los profetas hablaron mucho de la obra del Espíritu Santo y después de los discípulos, muchos hicieron innumerables milagros, pero ninguno de ellos vió las lenguas de fuego. También por esto, porque vieron con los ojos exteriores las lenguas de fuego, se fortalecieron tanto interiormente, que de sus venas se alejó todo temor o emoción frente a los peligros, y ya no se asustaban ni se aterraban ante ninguna situación adversa. Esa firmeza se la dio la fuerza divina en las lenguas de fuego.
Por el honor del Padre omnipotente, esta docena de hombres, que fueron compañeros de su hijo, tuvo que ser preservada de los peligros, para que los discípulos enseñaran a los otros las cosas que oyeron de él. Y lo mismo que Dios creó el firmamento y le dio firmeza con el soplo de los doce vientos y con las doce signos de los meses que se suceden, y al igual que el firmamento cumple perfectamente todas sus funciones con el fuego, así todo eso fue confirmado en todos sus milagros con el fuego del Espíritu Santo, porque su doctrina se difundió por toda la tierra como el soplo de los vientos y resplandeció como el sol, y sus mártires ardieron como el viento del mediodía.
Los meses llevan a cabo su curso con todos los elementos que sustentan el firmamento y Dios con estos hombres verdaderos llevó a cabo todas las señales en la fe católica. El número diez, que es el hombre, significa la décima dracma hallada, que a la vez significa la moneda que encuentra quien busca la sabiduría. Con ella el hombre logra el reino del cielo por el Hijo de Dios. Así el Unigénito de Dios, Hijo de la Virgen la cual también recibe el nombre de Estrella del Mar, de la que salen y en la cual se derraman todos los ríos, como la salvación de todas las almas viene del unigénito Hijo de Dios y existen en Él, llevó a cabo en sí mismo todas las cosas que se han contado aquí, las que ocurrieron antes de él, bajo la ley y también antes de la ley. Transforma todas las cosas llevándolas a un estado mejor, y camina así sobre las alas del viento, porque en sus milagros supera las proezas de los patriarcas y las palabras de los profetas y los testimonios y los escritos de todos los doctores, y en su humanidad volando más para arriba que el hombre, encierra en si a todas las criaturas, a todas las consigue en herencia de su Padre. Y hablando a sus discípulos dijo:

Palabras de Cristo en el Evangelio, dónde habla del poder que el Padre le ha dado. Como tienen que ser entendidas.

XV. “Todo me ha sido dado por mi Padre” (Mt 11, 27). Estas palabras hay que interpretarlas así: Yo, que soy el Verbo y el Hijo de Dios, he salido de mi Padre, que

me ha confiado todas las cosas que ha predestinado para que vinieran a la existencia, como las palabras expresan los pensamientos que están escondidos en el corazón. Ahora vuelvo a él, porque se ha cumplido el tiempo de mi Encarnación, la obra que me confió desde la eternidad, en la que desde siempre, desde antes de todos los tiempos, permanecí inseparablemente unido al que me ha enviado, cerca de los que destinó a completar el número. Y como en lo alto de los cielos recibí de él la potestad de crear, así en la parte inferior del mundo creado que cayó en ruina recibí de él la potestad de arreglarlo. Ciertamente, en la verdadera presciencia de Dios se escondió eternamente todo lo que constituía el futuro, la creación del mundo por la vía de la Palabra de Dios y la creación de su Hijo. Lo creó todo y dio al Hijo la potestad de regirlo y liberarlo.
Así, todas las cosas le han sido confiadas al Hijo, que fue coeterno antes de todos los tiempos y consubstancial con el Padre en la naturaleza divina.

Las palabras de los profetas antes de la Encarnación de Dios fueron oscuras e incomprensibles, pero Cristo las hizo inteligibles al vivir en el mundo como ellas anunciaron y al llevarlas a cabo. Por medio del agua del bautismo, el pecado original y los pecados actuales son borrados por la fe en la Trinidad.

XVI. El Hijo de Dios caminó sobre las alas del viento, porque los profetas fueron alas de las palabras del Espíritu Santo. Al hablar profetizaron lo que el Espíritu Santo les inspiró. Estos profetas le dieron al mismo Hijo de Dios el modelo a seguir, y así cuando vino al mundo actuó según lo que ellos predijeron de él. De tal modo, como se ha dicho, recondujo sobre sus hombros a los hombres al cielo y a los lugares paradisíacos.
Dios edificó la morada celeste y el paraíso del mismo modo que un hombre construye las casas para sus servidores. Y el Hijo de Dios lleva consigo a estos lugares a las almas de los fieles que arrancó del infierno en obediencia al deseo del Padre. En esto hace como el hombre que en un primer momento llena su ciudad con pocos hombres y luego la llena con una gran multitud. Dios omnipotente prefiguró todas estas cosas antes de la Encarnación del Hijo y le concedió al hombre todas las criaturas para que ejecutara sus obras. Sólo el hombre está erguido y con su cara mira para arriba, hacia el cielo, mientras todos los demás animales miran hacia la tierra y están sometidos al hombre, y así en el hombre, el espíritu racional es inmortal, mientras que la carne va a la putrefacción con los gusanos.
La profecía se asemejaba a las palabras de los niños, que no se comprenden, pero que luego, cuando han crecido, se entienden sus palabras. Así, antes de la Encarnación del Hijo de Dios la profecía fue ignorada e incomprendida, pero en Cristo se abrió porque él fue la raíz de todas las ramas buenas. De la raíz brota el fruto y de él la planta. De la planta las ramas, de las ramas las flores, de las flores los frutos. Imagen de la raíz fue Adán, del fruto los patriarcas, de la planta los profetas, de las ramas los sabios, de las flores las reglas de la ley, y el fruto fue el Hijo de Dios encarnado, que con el agua redujo los pecados de los fieles que creyeron en él. Con el agua limpió las consecuencias del pecado que se manifestaron en Adán, y así como el agua apaga el fuego, así también el pecado original y todos los demás pecados se lavan en el baño del bautismo. Y ya que cambiar orden en el agua viene el Espíritu Santo, con esta circuncisión de los pecados purificó a los hombres. Y santificó sus almas, envenenadas por el engaño de la antigua serpiente, para que en la comunión de la verdadera fe fueran en adelante su tabernáculo. Por tanto, aludiendo al que no se lava en el bautismo con la remisión de los pecados, David dice inspirado por Mí:

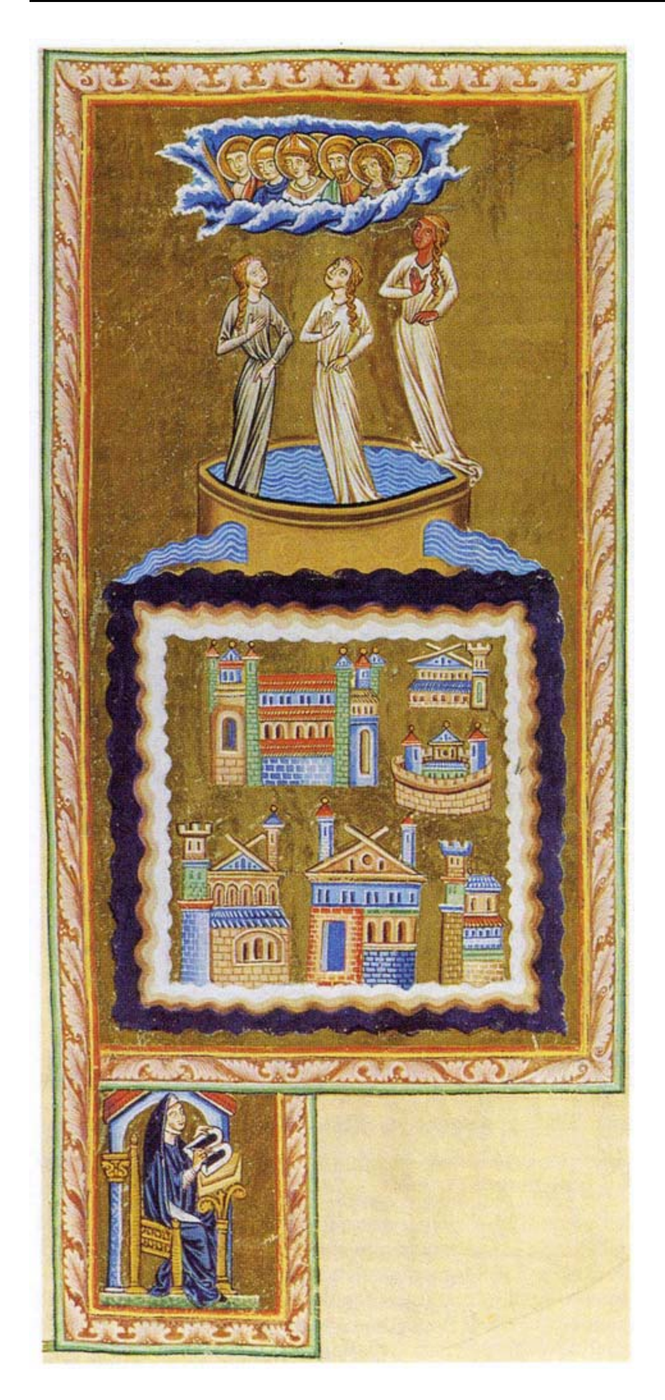
Palabras de David del Salmo CIII. Aquellos que no reciben la remisión de los pecados con el bautismo, porque no tienen fe, y sobre los que con él, en la fe, son purificados.

XVII. “Extiendes las tinieblas y la noche viene, en ella vagan todas las fieras de la selva” (Sal 104, 20). Para comprender estas palabras hay que interpretarla así: Oh Dios y rector, que todo lo gobiernas con justicia, tú con recto juicio has puesto las tinieblas como castigo de los malos. En ellas tuvo origen la noche que es la perdición de los malvados, que vagan incrédulos en las tinieblas de la infidelidad e incurren en la muerte. Y así van a la perdición eterna y en la noche de la fe, que está privada de luz, vagan todos los que son feroces en la tiranía y estériles en la falta de fe, ya que si no renuncian a la incredulidad y no acuden a ti, Dios mío, con la gracia del bautismo, se precipitarán en el olvido, como si no hubieran existido nunca.

El fiel es el que pone en fuga la noche de la condena eterna renunciando a las tinieblas de la incredulidad, y cuando se pierde entre las costumbres bestiales y las acciones estériles, también logra pasar más allá y convertirse a la vida que lleva el que es vida, renunciando al diablo y purificándose en el baño del bautismo. El Hijo de Dios anunció a sus discípulos que el hombre debe renacer en el agua, pues de otro modo no puede ser llevado al cielo si primero no es purificado por el agua y por el Espíritu Santo. Porque aunque lo ha engendrado la semilla de la humanidad puesta por el padre en la madre, sólo en el bautismo recibe el soplo del Espíritu Santo y se hace partícipe de la comunidad de los santos. Por el contrario, el infiel no es acogido en la comunidad de los santos y es echado en los lugares de castigo.

Que los fieles acojan estas palabras con corazón devoto, porque han sido dictadas por el bien de los creyentes por el que es principio y fin.

TERCERA VISIÓN DE LA TERCERA PARTE



Visión breve de tres imágenes y descripción de su posición y vestido y de los órdenes de los santos que aparecen en su presencia

I. Vi luego, casi en el medio de la parte austral tres imágenes. Dos de ellas estaban de pie sobre un manantial de agua muy pura, cercado y adornado en la parte superior con una piedra redonda y agujereada por todas partes. Parecía que tuvieran en ella raíces, como a veces se ve a los árboles crecer en el agua. Una imagen fue envuelta por resplandor purpúreo, y la otra de blancura deslumbrante, así que no pude verla bien. La tercera estaba fuera del agua de pie sobre la piedra, vestida de blanco, y su rostro resplandecía con tal claror que se reflejó sobre mi rostro. Y frente a ellas aparecieron,

como en una nube, las dichosas filas de los santos, a las cuales ellas miraron con expresión atenta.

Palabras de la primera imagen, es decir de la virtud de la caridad, que cuenta la magnificencia de las obras que realiza en los ángeles y en los hombres, en la doctrina de los profetas y los apóstoles, y exalta con suma alabanza la sublimidad de las virtudes de la sabiduría y la humildad.

II La primera imagen dijo: Yo soy el amor, claridad del Dios viviente. La sabiduría ha cumplido conmigo su obra. La humildad, arraigada en la fuente de la vida, ha sido mi ayudante y la paz está con ella. Por la claridad que yo soy resplandece la luz viva de los santos ángeles. Porque así como el rayo resplandece del manantial luminoso, así esta claridad reluce en los santos ángeles y no puede dejar de emitir luz como la luz no puede no resplandecer. Yo he diseñado al hombre, que tiene su raíz en mi sombra como en el agua se ve la sombra de cualquier cosa. Y yo soy el manantial vivo, porque todas las cosas que han sido hechas fueron en Mí como sombras. Y a modo de sombra, el hombre ha sido hecho de fuego y de agua como Yo, que soy fuego y agua viva. Por tanto el hombre tiene en su alma el poder de ordenar todas las cosas según su deseo.
Todo ser animado tiene una sombra, y lo que en él tiene vida se mueve como una sombra en toda dirección; en el animal racional son los pensamientos, mientras los animales brutos tienen solamente vida y sensibilidad, con la que reconocen lo que tienen que evitar y lo que tienen que buscar. Sólo el alma introducida por el soplo de Dios es racional.
Soy la claridad que tendió su sombra sobre los profetas, los cuales predijeron los acontecimientos futuros por inspiración sagrada, puesto que todas las cosas que Dios quiere hacer están en él como en sombra antes de ser hechas. La razón se expresó por el sonido de la voz. El sonido que es como el pensamiento, la palabra es como la obra. De esta sombra nació el libro Scivias presentado por un cuerpo de mujer, que fue como la sombra de la robustez y la salud, porque estas fuerzas no estuvieron presentes en ella.
La fuente de la vida es el Espíritu de Dios, que hace partícipes de sí a todas sus obras. Ellas viven de él, recibiendo de él la vida que las hacen vivas, del modo en el que se ven en el agua las sombras de las cosas. Ninguna de ellas ve abiertamente de dónde tiene la vida, y sólo percibe que recibe el movimiento de alguna causa. Y como el agua hace correr lo que está en ella, así el alma es un soplo viviente que se mantiene siempre en el hombre y con el conocimiento, el pensamiento, la palabra y la acción es como si lo hiciera fluir.
En esta sombra, la sabiduría mide también todas las cosas con justa medida para que ninguna cosa supere a otra en el peso ni pueda ser cambiada en su contraria, sino que es ella quien domina y sujeta toda malicia del arte diabólico. Porque ella fue el principio de todos los principios, y después del fin de todo quedará en la plenitud de la fuerza y nada podrá oponerse a ella. Ella no ha llamado a nadie para que la ayudara y no ha necesitado de nadie, porque ella es la primera y la última. Y no recibió consejo de nadie, porque estuvo sola al principio de constituir todas las cosas. Ella es en sí y por sí el fundamento de todas las cosas y las realiza con dedicación y dulzura, de modo que ningún enemigo pudiera destruirlas, ya que ella vio que era bueno el principio y el fin de sus obras. Todas las compuso en la plenitud y a todas las gobierna.
Y ella misma contempla su obra, que dispuso según el recto orden a la sombra del agua viva, cuando reveló por medio de la inculta mujer que he nombrado, algunas de las

virtudes naturales de las cosas y lo que está escrito en el Libro de los Méritos de la Vida y otros profundos misterios que aquella mujer vio en visiones verdaderas, por lo cual a menudo ha enfermado.
Pero antes de que todo esto ocurriera, la sabiduría sacó de la fuente de vida las palabras de los profetas y los otros sabios y de los evangelistas, y las transmitió a los discípulos del Hijo de Dios para que los ríos de este agua viva se difundieran por este medio por toda la tierra y los hombres, como peces tomados en la red, fueran reconducidos a la salvación.
Esta fuente que brota por todas partes es la pureza del Dios vivo, y en ella resplandece su claridad. En su resplandor, Dios abraza con gran amor todas las cosas, que como sombras se vieron en el manantial antes que Dios les mandara tomar su forma definitiva.
En Mí, que soy el amor, todas las cosas resplandecen, y mi resplandor reveló la forma de las cosas, cuya forma señala la sombra. En la humildad, que es mi ayudante, fue engendrada cada criatura por orden de Dios. Y todavía en la humildad, Dios se inclinó hacia Mí para levantar las hojas secas que cayeron y llevarlas a la felicidad, ya que puede hacer todo lo que quiere. Él las formó de la tierra de donde las recató después de su caída.
En realidad el hombre es totalmente obra de Dios, el hombre mira al cielo y domina la tierra sobre la que camina, y manda a todas las criaturas. Gracias a su alma puede volver a lo alto de los cielos, y por ella es celestial mientras que por su cuerpo visible es un ser terrenal. Y por tanto Dios eligió al hombre, que pertenece a la tierra, para que con humildad se opusiera al que fue confundido y echado fuera del cielo. En efecto, cuando la antigua serpiente por orgullo quiso introducir la separación en la armonía de los ángeles, Dios la protegió con su fuerza poderosa e impidió que la rabia de aquel la partiera. Satanás, que tenía gran gloria en el cielo, calculó para sí que podría hacer todo lo que quisiera sin perder la gloria celeste. Quiso tenerlo todo, pero por aspirar a todo, perdió todo lo que tenía.

Todo lo que Dios ha obrado, lo ha cumplido la caridad, en la humildad y en la paz. Comentario de la visión descrita, a partir de las imágenes de estas tres virtudes.

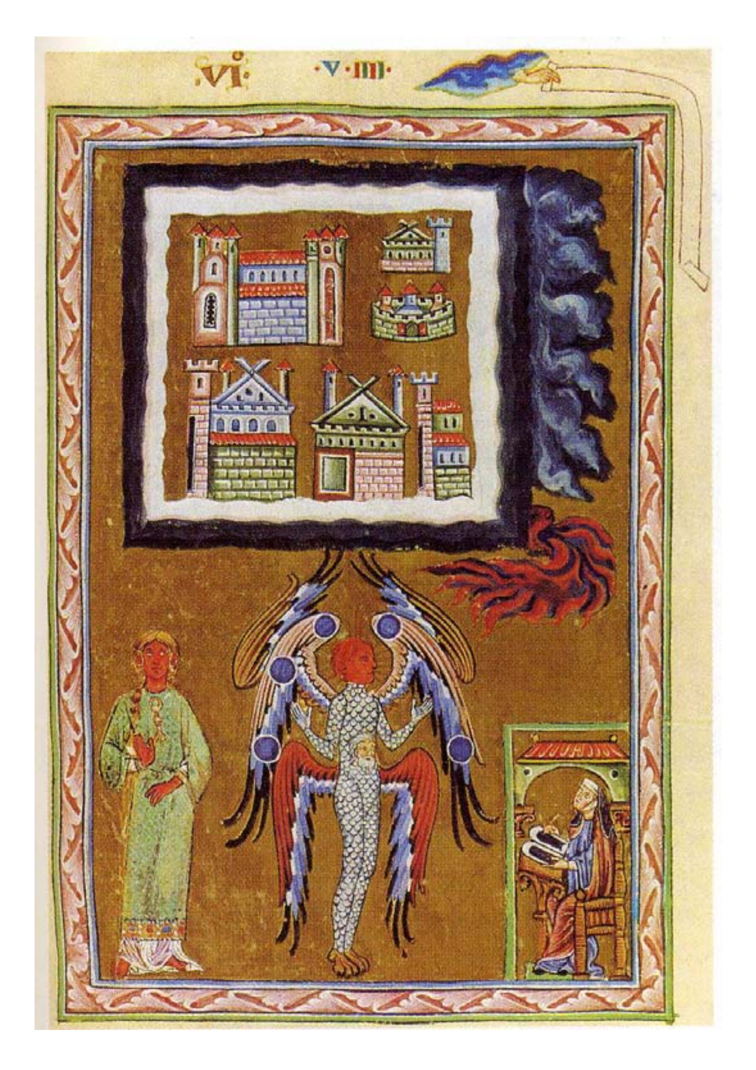
III. Y oí de nuevo la voz del cielo que me dijo: todas las obras que Dios ha hecho, las han llevado a la perfección en la caridad, en la humildad y en la paz, por eso el hombre debe querer la caridad, abrazar la humildad y conservar la paz para no ir a la perdición con el que, desde el principio, escarneció tales virtudes.
Ves casi en el medio de la parte austral tres imágenes, dos de ellas están de pie sobre un manantial de agua purísima cercada y adornada en la parte superior con una piedra redonda y agujereada por todas partes. Parece que tuvieran en ella raíces, como a veces se ven los árboles crecer en el agua. En la fuerza de la ardiente justicia estas tres virtudes están en el nombre de la santa Trinidad, de ellas la primera es la caridad, la segunda la humildad, la tercera la paz. La caridad y la humildad existen en la divinidad purísima de la que corren ríos de santidad, porque estas dos virtudes enseñan cómo el único Hijo de Dios fue difamado en toda la tierra para liberar y levantar al hombre que yacía en el fondo de los pecados. Su cuerpo clavado sobre la cruz y sepultado en el sepulcro resucitó por la admirable potencia de la divinidad, enseñando que es la piedra angular de la fuerza y el honor, porque todos los milagros que el Hijo de Dios ejecutó en el mundo los realizó para gloria del Padre.

Estas virtudes no están separadas por la divinidad, lo mismo que la raíz no lo está del árbol. Porque Dios, que es caridad, conserva la humildad en todas sus obras y en todos sus juicios. La caridad y la humildad descendieron a la tierra con el Hijo de Dios y le acompañaron cuando subió al cielo. La una está envuelta de resplandor purpúreo y la otra de blanco deslumbrante, así que no puedes verlas bien. Esto significa que la caridad arde como púrpura en el amor celeste, y la humildad se libra de la sordidez terrenal con la blancura de la rectitud. Y aunque a la humana criatura mortal le sea difícil imitarlas completamente mientras vive en la carne, no debe sin embargo dejar de querer a Dios sobre todas las cosas y en todas las cosas humillarse para conseguir la eterna merced.
Que la tercera imagen esté fuera del agua y de pie sobre la de piedra significa que la paz que está en los cielos, también defiende las realidades terrenales que están fuera de las celestes, pues la llevó el Hijo de Dios, que es la verdadera piedra angular, cuando iluminó todo el mundo con su nacimiento, cuando los ángeles lo reconocieron como Dios y hombre cantando sus alabanzas.
Y su rostro resplandece con tal claror que se refleja en mi rostro, puesto que la paz, que se manifestó por obra del Hijo de Dios, no puede ser conservada sobre la tierra de la misma forma que está en los cielos ya que, mientras en el cielo siempre hay estabilidad y concordia, en la tierra hay múltiples cambios y oscilaciones de una parte y otra. Pero el hombre, que es obra de Dios, tiene que seguir alabándolo, puesto que el alma humana vivirá en la alabanza como ahora hacen los ángeles, porque mientras que el hombre viva en el mundo cultivará la tierra según su voluntad y su deseo. Está sobre la tierra como imagen y señal de Dios.
Y frente a ellas aparecen, como en una nube, las beatas filas de los santos, a las cuales miran con expresión atenta, porque por obra de la caridad y la humildad se llega a la gloria de lo alto de los cielos, cuando las mentes de los fieles como nubes van de virtud en virtud. Y la caridad y la humildad, poniéndolos amablemente a prueba y los protegen con cuidado Y encienden en ellos el deseo del cielo con vigor y dulzura. La caridad adorna las obras de Dios como la piedra preciosa adorna un anillo. La humildad se manifiesta abiertamente en la humanidad del Hijo de Dios, que vino al mundo de la intacta Estrella del Mar.
El Hijo de Dios no temió por la caída del primer hombre, ni su expulsión le proporcionó desaliento, porque no fue tocado por ningún pecado, estaba completamente arraigado en la divinidad. Sin embargo algunos, a pesar de verlo y caminar a su lado, se secaron y cayeron como hojas secas. Entonces hizo brotar otros en su sitio. Ningún hombre le dio consejo sobre el modo de vencer a sus enemigos que habían caído alejándose voluntariamente de Él. Ni fue perezoso como el primer hombre que, tras caer, abandonó el ejercicio del bien, sino más bien renovó al hombre otorgándole vida más gloriosa que la vida anterior. No se apoyó en el trono del orgullo, como el diablo que había engañado al hombre proponiéndole la desobediencia, y no temió no lograr arrancarle al hombre, porque supo desde el principio que le habría de aplastar la cabeza con su fuerza y su valor. Y así la Iglesia engalanada y rica con estas virtudes fue llevada a la habitación del rey, como está escrito:

Palabras de David en el Salmo XLIV que recomiendan que la Iglesia esté adornada por la práctica de las virtudes.

IV. “La reina está a tu derecha, vestida de un vestido de oro”. (Sal 45, 10). Para comprender estas palabras tenemos que interpretarlas así: ¡Oh! Hijo del Padre, en las bodas de la fe católica la Iglesia se levantó y empezó a prosperar en el deseo del cielo, enriquecida por tu humanidad y empapada con la púrpura de tu sangre. Y se rodeó de múltiples virtudes, recibidas de la casa de tu Padre, cuando descansó en el abrazo de tu amor. Estas bodas se hicieron por voluntad de Dios omnipotente, que las perfeccionó con su fulgor, cuando hizo al hombre con todo lo que existe, tanto arriba como abajo, y lo engalanó revistiéndolo de justicia, cuando el Hijo de Dios quiso sufrir en la carne por la redención de la humanidad.
El hombre es la obra de la derecha de Dios, por quien fue revestido e invitado a las bodas reales. Estas bodas fueron obra de la humildad, cuando Dios, que está en lo alto de los cielos dirigió su mirada a la tierra, y reunió su Iglesia del pueblo común, para que quien cayera se alzara por obra de la penitencia y se renovara en la santidad de las costumbres, adornado de variedad de virtudes como de flores lozanas. La corrupción de la soberbia no puede ser eliminada, porque pisa, divide y arranca fuera todas las cosas. En cambio la humildad no saca ni arranca nada de nadie, sino que todo lo conserva en la caridad, y en ella Dios se inclinó hacia la tierra, y todas las virtudes se reúnen por ella. Las virtudes se dirigen encuentro al Hijo de Dios como las vírgenes que, rechazando la boda con un hombre llaman a Cristo su esposo y se juntan alrededor de la humildad que las conduce a la boda del rey.
Que los fieles acojan estas palabras con corazón devoto, porque han sido dictadas por el bien de los creyentes por el que es principio y fin.

CUARTA VISIÓN DE LA TERCERA PARTE



Visión de dos imágenes que refulgen con admirable resplandor y descripción de su aspecto. Sobre las tinieblas que ocupan toda la parte occidental del edificio antes descrito. Del fuego con azufre y de las otras tinieblas que ocupan hasta la mitad de la parte septentrional.

I. Luego, cerca de la esquina del lado septentrional, la que está girada a oriente, vi una imagen cuyos rostro y pies irradiaban un fulgor tan grande que resplandecían también sobre mi cara. Vestía una túnica que parecía de seda blanca sobre la cual llevaba un manto verde completamente adornado de perlas preciosas. Y parecía que tuviera pendientes a las orejas, collares sobre el pecho y pulseras en las muñecas, todo de oro fino con piedras preciosas engastadas.
Hacia la mitad del lado septentrional vi otra imagen, de pie, de aspecto extraño y admirable. Arriba, dónde hubiera tenido que estar la cabeza, irradiaba una claridad tan resplandeciente que su fulgor repercutía sobre mi cara. En el centro de su vientre se veía una cabeza de hombre con el pelo canoso y barba, y sus pies eran como zarpas de león. Y luego tenía seis alas; dos que subían desde los hombros hacia arriba y se curvaban de delante atrás, se unían la una con la otra, como para cubrirse de aquel resplandor. Otras dos iban de los hombros a la parte superior de la cabeza que he descrito, y se extendían hacia abajo, mientras que las dos de los lomos de la imagen

descendían hasta sus talones y se extendían un poco, como disponiéndose a volar. Todo el resto del cuerpo estaba revestido de plumas pequeñas que no parecían plumas de pájaro sino escamas de peces.
En las dos alas que llegaban hasta parte superior de la cabeza humana, se vieron cinco espejos. Uno estaba en el extremo superior del ala derecha con esta inscripción: “Camino y verdad”. Otro estaba en la mitad de esa misma ala con esta inscripción: “Yo soy la puerta de todos los arcanos de Dios”. Otro estaba al final de ella, en el que estaba escrito: “Soy la manifestación de todos los bienes”.
En el extremo superior del ala izquierda había un espejo con estas palabras: “Soy el espejo en que se refleja la intención de los elegidos”. Otro espejo al final de la misma ala tenía la inscripción: “Dinos si eres el que tiene que reinar sobre el pueblo de Israel”. Y esta imagen tenía la espalda vuelta hacia el norte.
En toda la zona occidental vi oscuras tinieblas de las que salía humo, mientras cerca de la esquina del norte ardía un fuego negro con azufre, y tinieblas densas se inclinaban) y extendían hacia la mitad de la parte septentrional. Y oí la voz del cielo que me dijo:

La primera de las dos imágenes alude a la sabiduría, y la gran belleza de su vestido significa todos los géneros de criaturas que Dios quiso establecer con naturalezas y especies diferentes.

II Dios omnipotente, que con la sabiduría ha dado fundamento a todo, revela los múltiples sentidos de sus obras admirables y dignas de alabanza, y distribuye sus regalos a cada criatura como quiere. Y ya que quiere reconducir el hombre a la santidad del cielo, le enseña de manera oportuna, también valiéndose de estas maravillosas figuras, conforme a su deseo, las cosas que están en las moradas celestiales, las que están en las moradas terrenales y las que están en las moradas infernales.
Así pues, cerca de la esquina que mira a oriente del lado septentrional ves una imagen cuyo rostro y pies irradian un fulgor tan grande que resplandecen también sobre tu cara. Porque allá donde acaba la necedad y donde la justicia tiene principio, se manifiesta la sabiduría de la verdadera santidad, cuyo principio y fin superan el intelecto humano. Porque con la misma luz de la presciencia con la cual Dios vio el principio de su obra, también previó el final.
Vestida con un vestido que parece de seda blanca, abraza al hombre en la blancura y en la dulzura del amor, y le enseña que el Hijo de Dios se ha encarnado en la belleza de la virginidad. ¿Como pueda ocurrir eso? - el hombre lo ignora y sólo la divinidad lo sabe.
Y sobre la túnica tiene un manto verde completamente adornado de perlas preciosas. Porque también las criaturas exteriores, es decir las que vuelan en el aire, las que caminan o se arrastran sobre la tierra y las que nadan en el mar, cuya carne no tiene espíritu, la sabiduría no las rechaza, sino que las da la vida y las mantiene, ya que están destinadas a servir al hombre que se alimenta de ellas. Y ellas son como perlas que adornan la sabiduría, cuando no se desvían de su naturaleza como consecuencia de las transgresiones que incluso el hombre a menudo realiza, alejándose de la calle recta que le ha sido trazada.
Y parece tener pendientes en las orejas, collares sobre el pecho y pulseras a las muñecas, todo de oro fino con piedras preciosas engastadas, ya que todas las criaturas la obedecen y recuerdan sus reglas. Por tanto las obras de la Sabiduría están en la plenitud, encerradas y protegidas de modo tal que ninguna criatura es imperfecta o incompleta en su naturaleza, y todas tienen completa en sí su total perfección y utilidad.

De este modo todas las cosas que han sido producidas por la sabiduría están en ella como una decoración refinada y elegante, y relucen en el espléndido fulgor de su esencia.
También el hombre, cuando cumple los mandamientos de Dios, es el vestido blanco y suave de la sabiduría y su manto verde que significan la recta intención y el verdecer fecundo de las obras engalanadas de virtudes diferentes. El adorno de sus orejas indica cuando evita prestar atención a insinuaciones malvadas. Los collares sobre su pecho, cuando desdeña los deseos ilícitos. Los brazaletes, la fuerza de sus brazos cuando se defiende del pecado. Porque todas estas cosas nacen de la pureza de la verdadera fe, de la cual son adornos los profundos dones del Espíritu Santo y los escritos de los doctores llenos de santidad, que los fieles llevan a cumplimiento con las buenas obras.

La otra imagen representa a Dios omnipotente. Qué significa el resplandor en su cabeza, qué la cabeza de hombre que se ve entre su vientre, y por fin sus pies, parecidos a patas de león.

III. Hacia la mitad del lado septentrional se ve otra imagen, de pie, de aspecto extraño y admirable, que es símbolo de Dios todopoderoso que se opone a la fuerza y a los pensamientos malvados de la antigua serpiente; Dios invencible en su majestad y admirable en sus virtudes, ya que la profundidad de sus misterios nadie puede indagarla hasta el final.
Por arriba, dónde hubiera tenido que estar la cabeza, irradiaba una claridad tan resplandeciente que su fulgor repercutía sobre mi cara. Porque la excelencia de la divinidad, que ilumina todas las cosas, nadie puede verla mientras esté oprimido por el cuerpo mortal, ni siquiera los ángeles que están siempre en la presencia de su rostro pueden contemplarlo hasta el fondo, y así siguen sin cesar, deseando mirarlo, ya que Dios es aquella claridad cuyo ser no ha tenido principio ni nunca tendrá fin.
En el centro de su vientre se ve una cabeza de hombre con pelo canoso y barba, esto significa que, en la perfección de las obras divinas, existió el antiguo proyecto de la salvación del hombre, en el cual se manifiesta su gran dignidad y rectitud que nadie puede contar y tampoco comprender, tal como los hombres no logran encontrar un principio y un fin en una rueda, porque es circular. Ningún hombre podrá alcanzar lo que los ángeles mismos no pueden comprender, aunque ellos ven con claridad que la eternidad siempre permanece igual, tanto en el querer como en el realizar, y nunca ha deseado ni necesitará nada, porque desde siempre es plenitud.
Aquella cabeza tiene forma de cabeza humana, porque Dios hizo al hombre a su misma imagen y semejanza, y le dio el poder de realizar sus obras para que obrara cumpliendo el bien y devolviera la alabanza a su Creador, sin olvidarse de él. Pero nadie se asemeja a Dios, nadie puede ser Dios, y el que pretendió ser parecido fue destruido, porque no podía ser así. Cuando luego Dios quiso manifestar la potencia de su virtud, se fijó en el vientre de una Virgen. Y como en el séptimo día descansó de sus obras, decidió que era el turno del hombre; hizo reposar a su Hijo en el vientre de una Virgen y a él le confió toda su obra. En efecto, el Espíritu Santo con su leve calor tocó la carne de la Virgen sin incendiarla con el movimiento carnal del hombre, como el rocío cae levemente sobre la hierba, para que la flor, es decir el Hijo de Dios, pudiera asumir la figura humana en la carne de aquella Virgen, y por su amor con gran paciencia asumió sobre de sí los pecados de los hombres. Y por tanto en su circuncisión manifestó que el hombre se purificaría con el bautismo, y con su pasión y su muerte enseñó que se

redimiría de sus pecados, y con la ascensión al cielo enseñó que lo llevaría consigo al reino de los cielos, para así completar el número de los santos hasta que venga el tiempo terrible del juicio.
Y los pies de esta imagen son como zarpas de león, que significan que Dios tiene escondida su divinidad a los hombres mientras sean mortales, y sin embargo muestra la multiplicidad de sus bienes a través de las reglas de la ley y en el resto de las criaturas. Atraerá a sí todas las y las juzgará a través de su Hijo como con zarpas de león, así que toda la tierra será sacudida, y el firmamento será invertido, y cuando el hombre mortal, que así tendrá fin, presente la relación de sus obras, entonces verá al inmortal Hijo de Dios.

Como esta imagen parece envuelta por seis alas. Qué representan estas alas.

IV. La imagen tiene seis alas, que son las obras de los seis días, en los cuales el hombre alaba a Dios con sus invocaciones y tiene cuidado de si con la ayuda de Dios.
Dos alas suben desde los hombros hacia arriba y curvándose de delante atrás, se unen la una con la otra, como para cubrirse de aquel resplandor. Ellas enseñan el amor a Dios y al próximo; se elevan hacia arriba por la fuerza de las buenas obras, y cuando se relajan de su movimiento, bajan para socorrer las necesidades del próximo. En ellas están encerrados los misterios de los arcanos de Dios ya que aquellas mismas dos alas indican el ejército celeste de los espíritus supremos, que Dios ha puesto cerca de su rostro, haciendo de ellos los espejos de sus maravillas. Ellos contemplan su rostro y no pueden contemplarlo hasta el fondo, ni dejar de celebrar sus las alabanzas.
Dos alas van desde los hombros hasta la parte superior de la cabeza que he descrito, extendiéndose hacia abajo. Significan el Antiguo y el Nuevo Testamento que llevan la fuerza de los preceptos divinos y explican la dignidad del antiguo proyecto de Dios, en el Antiguo Testamento con los profetas que predijeron al Hijo de Dios, y en el Nuevo con los hijos de la Iglesia que devotamente lo acogieron con fe. Estas dos alas son el símbolo de la potencia de Dios, que puede crear y hacer lo que quiere, como la criatura alada que vuela en todas las direcciones con las alas abiertas, ya que Dios instituyó todos los secretos celestiales en el camino correcto, para que nunca cese su resplandor y en su verdad no tengan nunca fin, y la verdad no contenga tampoco ninguna sombra de falsedad.
Las otras dos alas que salen de los lomos de la imagen, descendían hasta sus talones y se extendían un poco como disponiéndose a volar, enseñan la vida presente y la futura. La presente donde una generación pasa y otra le sucede, y la futura en que se tendrá la estabilidad de la vida inmortal. Todo eso se pondrá de manifiesto en la época del fin del mundo, con terrores y prodigios innumerables que precederán al fin casi volando. Entonces la glotonería de la garganta diabólica introducirá el gusto de los pecados y los deseos carnales en el vientre, donde las comidas descienden y de donde es expulsada y donde crece el pecado en la concupiscencia de la carne. Pero la protección divina defenderá a los hombres y les concederá la castidad y la capacidad de elevarse en las buenas obras. En efecto, los actos impuros, a los que inicialmente los hombres se dedicaron por el impulso de la lengua de la serpiente, Dios los reprimió por un solo hombre, que trituró la lujuria y sus manifestaciones en las mentes de los hombres, oponiéndose a los derechos de la carne con las alas potentes de su naturaleza virginal.

Qué significa que esta imagen tenga todo el cuerpo cubierto por escamas de pez, y no por plumas de pájaros. Cómo entró en el mundo por la carne el Hijo de Dios a escondidas del diablo Por qué el Padre quiso que soportara tantos padecimientos.

V. Todo el resto del cuerpo está revestido de pequeñas plumas, que no se parecen a plumas de pájaro sino a escamas de peces. El sentido de esta imagen deriva del hecho de que la figura de los peces es diferente de la figura de los pájaros, y que nosotros ignoramos como nacen los peces y como crecen, pero observamos que las aguas en que viven corren rápidamente y que los peces nadan veloces en ellas. Así el Hijo de Dios nació completamente santo y de naturaleza diferente con respecto a los demás hombres, en su santidad fue sumamente justo, y en la justicia recondujo al hombre al cielo volando sobre las alas de todas las buenas obras, como muchas veces lo habían prefigurado los sacrificios de la antigua ley. Y la obra se ejecutó por su deseo en su naturaleza virginal.

En cuanto Adán comió la manzana nociva concibió el gusto del pecado, que lo hizo ser capaz de pecar. Por esto la gloria del paraíso le abandonó y fue enviado al destierro. Enseguida el diablo, para combatir a Dios, le regaló la lujuria y subvirtió el modo de la generación humana, mezclándolo con impudicicia. Mientras meditaba su engaño se convenció que el hombre, una vez arrojado en medio de la inmundicia del pecado, no podría entrar en el reino de los cielos, porque los hijos de la fornicación no podrían formar parte del pueblo de Dios, y el propio Dios no sería su Dios. El diablo se alegró mucho de la suciedad del impulso carnal, diciendo para sí: “Yo he echado al hombre del lugar glorioso en el que estuvo y lo he arrojado a la máxima suciedad, y por tanto a Dios no le ha quedado ni siquiera una parte de él, porque Dios, que es todo puro, no quiere ni acepta la inmundicia. Así que de este modo el hombre se quedará conmigo”.

Pero Dios no reveló a la antigua serpiente su plan para liberar al hombre y lavó por medio de su Hijo la suciedad que fermentó a causa del engaño diabólico, cerrando con Él las heridas que la lujuria infligió al hombre. Esto lo hizo Dios en el centro de su potencia, en la que estuvo desde antes de todo principio, y en el centro del pozo infernal tenebroso como la noche, al que mandó como señal al ángel que los golpeó en el medio de la noche. En el centro de su potencia quiere decir que puede hacer todo lo que quiera: mientras en el medio de la noche es el momento en que el antiguo enemigo en su pensamiento soberbio creyó haberse apoderado de los hombres como planeó, y creyó poseerlos casi como si los tuviera en medio del corazón. Pero el Hijo de Dios, como se ha visto, vino a escondidas del diablo y a hurtadillas de él y con su humanidad rompió el anzuelo con el que pescaba a los hombres. Y vencidos sus enemigos, lo colgó como estandarte sobre la cruz en señal de triunfo y lo enseñó a su Padre junto con todas las filas del ejército celeste. En consecuencia, las filas de los ángeles renovaron sus cantos de alabanza, y se alegraron que muchas almas santas hubieran sido liberadas de una reclusión tan atroz, después de que el Hijo de Dios las hubo reconducido al lugar de la beatitud.

¿Pero como Dios pudo permitir que su único Hijo, que no era deudor de ningún pecado, padeciera tales sufrimientos? La razón es que así el antiguo engañador ya no tendría ninguna oportunidad de oponerse a Dios. Porque el hombre de buena gana consintió y siguió en todo y por todas sus reglas. Si un hombre pecador hubiera muerto por la salvación de los demás hombres, el espíritu malvado habría objetado que ese no podía liberar a nadie, porque antes tenía que librarse de sus propios pecados, a los que había dado su consentimiento. Por esta razón no habría tenido a ninguna posibilidad de sustraerse a sí mismo y a los demás del lazo del cautiverio. Por eso el Dios viviente

ofreció a su Hijo, cuyo cuerpo fue parecido al cuerpo de Adán, para que revistiéndose de humanidad pudiera redimir al hombre.

Sobre los cinco espejos que se ven en puntos diferentes en las dos alas de esta imagen, qué significan y cómo se tiene que entender la frase que llevan escrita.

VI. En las dos alas que llegan hasta parte superior de la cabeza humana se ven cinco espejos, ya que en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, que explican la dignidad del antiguo proyecto de Dios, cinco lumbreras iluminan las diferentes épocas: el primero Abel, el segundo Noé, el tercero Abraham, el cuarto Moisés, el quinto el Hijo de Dios. Todos iluminan a los hombres para ayudarlos a encontrar el camino de la verdad, pero fue el Hijo de Dios en persona el que les abrió con su pasión la puerta de la alegría celeste.
Uno estaba en el extremo superior del ala derecha, y tenía esta inscripción: “Camino y verdad”. Esto significa los altos y admirables misterios de Dios, que ninguno de los hombres puede comprender plenamente con su ciencia, sino limitadamente en cuanto es comprendido en el círculo de la fe, como una imagen en el espejo no puede hacer nada respecto del cuerpo que refleja. Estos misterios enseñan el camino de la justicia y la verdad de la rectitud por la salvación de las gentes, para que el hombre temeroso de Dios llegue a las moradas celestes, como indican las obras y el fin de Abel.
Otro estaba en la mitad de la misma ala, y tenia esta inscripción: “Yo soy la puerta de todos los arcanos de Dios". Significa que los secretos de dios se manifiestan para proteger la perfección de la salvación, enseñando que la omnipotencia de Dios es tan amplia que cubre con sus milagros toda la extensión de sus criaturas. Multiplica sus signos milagrosos desde el primer hombre hasta el último, por sus profecías, por sus anuncios, por sus acciones, que nunca tendrán término hasta que no se cumpla todo lo que tiene que ocurrir. Dios no reposó después del primer acto creador, sino sólo después de que hubo llevado a cabo completamente la creación. Así también en Noé enseñó sus milagros, aunque con señales diferentes.
Otro espejo está al final de este ala derecha, y en él está escrito: “Soy la manifestación de todos los bienes”. Porque este fin prefigura el fin de la burla del diablo y el principio de todos los bienes, y además enseña que el Hijo de Dios tomaría forma humana en una humilde Virgen y cumpliría por sí todos los bienes. Esto también lo cuenta el libro de la vida, que no se debilitará nunca, en el cual la Jerusalén celeste está descrita con todas sus virtudes que nadie es capaz de narrar, como nadie puede llegar hasta el final de las admirables cosas de Dios. Todas estas cosas Abraham las anunció fielmente por la circuncisión, con la cual obedeció la orden de Dios.
En el extremo superior del ala izquierda hay un espejo con estas palabras: “Soy el espejo en que se refleja la intención de los elegidos”, ya que cuando la justicia tuvo principio, cuando el mal fue combatido a través de la virtud de los elegidos del ejército celeste, su devoción fue tan simple y pura que los hizo capaces de resistir a las artes diabólicas y de ofrecerse a Dios como holocausto vivo. Por esta razón Satanás fue rechazado y tuvo que reconocer que Dios es mucho más fuerte que sus enemigos, que aterrados en lo más profundo del infierno, temblarán por siempre.
Y muchos de los que se durmieron a causa de la mortífera manzana en las regiones del Norte, se despertaron a través de la penitencia en el espejo del temor de Dios. Eran adúlteros, homicidas, seductores, mentirosos y pecadores de todo género, que rogaban Dios para que los liberara del antiguo enemigo. Dios recibe mucho honor y alabanza de

su penitencia, ya que todos los órdenes de penitentes y fieles reconocen que Dios es grande en su potencia, porque los libera y borra sus pecados.
Por esta razón Dios se complace en ellos, porque los que fueron como la noche en la oscuridad de los pecados mortales, ha vuelto a la pura luz del día a través de la penitencia. Y los que ha liberado del diablo le quieren mucho de más que si no hubieran necesitado ser arrancados de él por la penitencia, y después de haber sido liberados no vuelven jamás a estar adormecidos en su amor por él. El temor de Dios es necesario a todos, tanto a los elegidos simples e inocentes, como a los pecadores, ya que conviene que tengan temor de Dios antes de poder gustar el amor, y por tanto sus intenciones aparecen en este espejo como si estuvieran escritas, y Dios las lee en cada momento.
Y otro espejo al final de la misma ala lleva la inscripción: “Dínos si eres el que tiene que reinar sobre el pueblo de Israel”, ya que allá dónde el Antiguo Testamento acaba y empieza el Nuevo apareció mi Unigénito, que echó a Satanás como una piedra en el pozo más profundo del infierno, ahogándolo para que ya no pudiera respirar y emitir el soplo ventoso de su voluntad, como hacía antes. Haciendo así, mi Hijo les indicó a sus elegidos las recompensas eternas, como Yo mismo hice cuando hablé a Moisés diciendo:

Palabras de Dios en el Éxodo, cuando le dice a Moisés: “Te enseñaré todo bien”. Cómo se tienen que comprender respecto al misterio de la Encarnación del Señor.

VII. “Te enseñaré todo bien y pronunciaré el nombre del Dios frente a ti, y seré misericordioso con quien quiera, y seré clemente con quien me plazca”. (Ex 33,19). Y todavía dijo: “No podrás ver mi rostro, porque ningún hombre puede verme y quedar vivo” (Ex 33,20) Y luego dijo: “Aquí hay un lugar junto a Mí. Tú te colocarás sobre la peña. Y cuando mi gloria pase, te pondré en la cavidad de la peña y te protegeré con mi derecha y levantaré mi mano, para que veas solamente mis hombros” (Ex 33,21-23).
Para comprender estas palabras tenemos que interpretarla así: Yo, que soy el Señor de todo porque soy por Mí mismo, te mostraré a ti, que me adoras con corazón puro, la beatitud de la vida eterna, en lo cual consiste todo bien, y seré llamado Señor delante de ti, porque soy el Creador de todas las criaturas. Y tú, Israel, verás la túnica de mi Hijo, la misma que prometí a Adán, cuando lo llamé con su nombre y le di un vestido tenebroso, porque él mismo se había oscurecido como las tinieblas. Por eso ningún hombre oprimido por los pecados de Adán puede ver mi rostro mientras viva en la vida mortal, ya que por haber escuchado la sugerencia del diablo es negro como la negrura del norte. Y como todas las cosas luminosas se alejan del norte, así la claridad de la verdadera luz se separó de Adán cuando, siguiendo el consejo de la antigua serpiente, dirigió al norte su mirada. Y ya que desde aquel momento ninguno de los mortales pudo ver perfectamente mi gloria, enseñé mis maravillas revelándolas por los profetas, que hablaron en la sombra proyectada por la luz. La sombra fue más oscura que la luz, como toda sombra es más oscura que el cuerpo del que proviene.
El sol, la luna y todas las estrellas le fueron oscurecidas al hombre, para que no pudiera ver su luz en toda su pureza, además estaba velado por los soplos de todos los vientos. Por tanto proclamaron en la sombra, como se ha dicho antes: “Dínos si eres el que tiene que reinar sobre el pueblo de Israel”. En efecto, el Espíritu Santo enseñó a su pueblo a través de profecías que en el primer nombre con que Adán fue llamado, estaba prefigurado que habría de venir el libertador de los hombres.
Y vino el Hijo de Dios revestido de forma humana y los hombres no pudieron ver la claridad de su divinidad, sino que lo vieron como si fuera uno de ellos. Pero él se

presentó practicando un camino diferente al que todos recorrían, un camino sin gustar el pecado. Comió, bebió, durmió y se vistió sin mancharse de ninguna culpa. Pero los judíos y muchos de los que lo vieron dudaron que fuera el Hijo de Dios, y así en su ciencia oscura quedaron y, no aceptando con la fe sus milagros, se endurecieron como piedras, como una víbora escondida en el hueco de una piedra.
Aun así, el Hijo logrará recobrar con su diestra a muchos judíos y paganos atrayéndolos a las filas innumerables de los que tienen que salvarse hasta que no se realicen todos sus prodigios, y entonces retirará la mano indicando su obra grandiosa y enseñará los hombros a todos sus amigos y enemigos, de modo que todos reconozcan de qué manera combatió con el diablo.
Y tú, Israel, creerás y confiarás plenamente en él, tú que te has alejado de sus maravillas como Adán se alejó de la claridad del camino eterno, no creyendo en él. Entonces él estará sobre tu lengua como panal de miel y como leche nutritiva, te enseñará sus obras y tú las acogerás y las apretarás entre los brazos, diciendo entre sollozos: "Ay de mí, por cuanto tiempo hemos sido engañados". Así se cumplirá el que está escrito por inspiración mía:

Palabras de David del Salmo XCII, dónde dice: "Admirable es la elevación de las olas del mar, admirable es Dios en lo alto de los cielos". Cómo deben ser interpretadas.

VIII. "Admirable es la elevación de las olas del mar, admirable es Dios en lo alto de los cielos". (Sal 93, 4). Para comprender estas palabras tenemos que interpretarla así: Dios, que es camino y verdad, ha dispuesto misteriosamente con las admirables elevaciones de las olas del mar el orden de todas las cosas que adornan el firmamento; con una admirable elevación del mar llenó el firmamento de astros y según sus misteriosos planes los puso en sus diversas partes como un espejo. Pero como la sombra no puede existir en el espejo sin el cuerpo que le corresponde, así tampoco los adornos del firmamento pueden obrar por si, y obran solamente en virtud de los misteriosos planes de Dios. Los adornos del firmamento toman luz de los arcanos celestes, como el rayo proviene del fuego. Porque el fuego es materia que resplandece y mientras el rayo es momentáneo, el fuego es permanente. Así los adornos del firmamento pasan, pero la armonía celeste es duradera y permanente.
Por esta razón se dice que Dios reside en lo alto de los cielos en sus misterios admirables, ya que ninguna cosa transitoria puede contemplar perfectamente las que están para siempre en la perfección incorruptible. Pero con los adornos del firmamento Dios quiso darles a los hombres una señal de las cosas celestes, para que como en el espejo de la fe conozcan por su medio sus maravillas. Si no pudieran ver aquellos adornos, su ciencia sería ciega como el norte, privado de toda luz después de la ruina del diablo, no resplandece más y tampoco el diablo, que se burló del honor del Altísimo, tuvo jamás ninguna luz.
Son admirables, pues, los levantamientos de las olas del mar cuando los hombres, que ondean de una parte y otra en su inestabilidad, se elevan de las cosas terrenales a las celestes encendidos por el Espíritu Santo. Y es admirable Dios en las virtudes más altas, cuando los refuerza en el bien, para que desde entonces en adelante rechacen someterse a la sordidez de los vicios. Por tanto la escritura también dice:

Otras palabras del mismo Salmo, dónde dice: "Mantiene firme todo el mundo que no será sacudido nunca".

IX. "Mantiene firme todo el mundo que no será sacudido nunca" (Sal 93,1). Para comprender estas palabras hay que interpretarlas así: Dios llenó el orbe terrenal con la plenitud de su obra, que por tanto es estable y no se mueve, porque si no estuviera llena de criaturas, se movería agitándose como un costal vacío. En efecto, cada criatura llena el lugar que tiene establecido, el cual la sustenta y está en función de ella, pero la obra más admirable de Dios es el hombre, y por tanto a él ha sido confiado el orbe terrenal para que provea a las necesidades de su cuerpo.

Dios ha consolidado igualmente a la Iglesia, que está difundida por todo el orbe terrenal y que no será triturada por las adversidades hostiles, aunque, a menudo, se vea oprimida por muchas tribulaciones. Dios asiduamente obra en ella sus milagros que no cesarán hasta que se cumpla el número de sus elegidos, de acuerdo con la armonía celestial. La mirada de la divinidad domina esta armonía, que no puede ser encerrada en un límite ni puede hacer nada por sí, sino que sólo actúa en cuanto manifestación de la mirada divina, lo mismo que la sombra que se ve en el espejo no hace nada por sí y el que actúa es el cuerpo del que es reflejo.

Denominamos cielos a los que contemplan a Dios y los que profetizan por él. Cielo también fue el Hijo de Dios cuando se manifestó en la humanidad. Cielos se denominan en fin, los que brillan del resplandor del rostro de Dios como chispas del fuego, y en los cuales Dios venció a todos sus enemigos. Pero cuando Dios creó el cielo y la tierra, colocó en su centro al hombre, para que fuera su señor y los mandase, y el hombre es el centro que está en el centro de cielos y tierra, al igual que el Hijo de Dios es el centro que está en el centro del corazón del Padre, porque al igual que la decisión sale del corazón del hombre, así el Hijo salió del corazón de Dios Padre. El corazón contiene la decisión y la decisión está en el corazón y son una sola cosa, entre ellos no puede haber ninguna división.

El hecho de que la imagen descrita dé la espalda al norte representa que Dios escondió al diablo y a todos los espíritus malignos la decisión de la Encarnación del Hijo y la redención del hombre.

X. Y esta imagen da la espalda al norte, porque lo que Dios omnipotente haría a través del Hijo lo tuvo escondido a todos los que son amigos del norte, y como los había rechazado para que no vieran la luz, ellos, ni con toda su ciencia lograron ver la obra del Hijo de Dios. Porque Dios predispuso todas estas cosas en el antiguo decreto y por tanto les quedaron escondidas.

En efecto, el diablo fue sumergido en el abismo y perdió toda luz por la energía del celo de Dios, para que no viera jamás el fulgor de la beatitud. Ha sido cegado porque quiso hacerse parecido al que no recibió su ser de nadie, sino que es por sí mismo. Y aunque ya su temor sea inútil, ahora es sensible a los juicios de Dios, reacciona a los juicios que le afectan, y son su castigo. En el temor del juicio de Dios ha aprendido que es imposible e inútil resistirse a Dios. Sin embargo el diablo rompe las ramas de la obra divina, y sigue haciendo lo que hizo a los primeros hombres, seduciendo a cuantos le dan su consentimiento y su corazón y marchan así a su ruina. Sin tregua coma el enemigo ruge y devora las almas, y en su furor, nunca se cansa de acosar.

Pero Dios, cambiar orden con anuncios grandiosos y muchas señales, le ha enseñado al hombre su divinidad oculta coma y en su sabiduría les ha dado muchas enseñanzas a través de las criaturas, en las cuales pueden reconocer los secretos de su divinidad, como el hombre sabe pintar con su ciencia muchas figuras de colores. Y como la antigua serpiente en su caída no pudo resistir a Dios, así tampoco puede oponerse a que Dios, a través del Hijo, reintegre en el coro celeste a las almas de los justos para su mayor alabanza. Ellos en cambio, que no pueden hacerlo después de ser precipitados en el abismo, no podrá conocer completamente la obra del Hijo de Dios antes del último día, cuando les toque ser confundidos por el ejército celeste. Porque el lugar que tuvieron un tiempo, será ocupado por otros, y entonces, este lugar será todavía más bendito.

El Hijo de Dios, como se ha dicho, fue superior en belleza a todos los demás y caminó por un camino diferente, él, que nació de una Virgen, y mientras que la primera virgen fue corrompida por las sugerencias de la serpiente, Maria fue en todo santa y concibió un Hijo del Espíritu Santo, lo dio a luz con parto virginal y conservó la misma virginidad. Este nacimiento ya había sido predestinado en el antiguo decreto pero, siendo de orden espiritual, quedó escondido en la divinidad sin propagarse a la ciencia de los hombres, para que no creyeran que la divinidad era múltiple, sino que es una única divinidad, en la que el Hijo de Dios nació del Padre antes de que el tiempo tuviera origen, porque el deseo del Padre desde la eternidad fue que el Hijo se hiciera hombre.

Y él, asumiendo la naturaleza humana a él ajena, quebrantó la izquierda del Leviatán, y le arrancó de la garganta con obras de castidad los mil vicios de los pecados. La abstinencia y el arrepentimiento de los pecados, son las alas de la castidad con la cual vírgenes y penitentes, abandonando los perversos deseos carnales, vuelan a los esponsales con el Cordero. Y el Hijo de Dios, el Hijo de la Virgen coronado por la castidad, acoge a los penitentes que acuden a él. Así ocurrió ya desde el principio, cuando, revestido de humanidad, empezó a realizar en el hombre las obras espirituales que ejecutará hasta el último día. Estas obras están en el centro de su potencia no por el número de los días, sino por la fuerza de su obra, y él las pone sobre una balanza exacta para vencer el engaño y la ilusión.

En efecto, en su humanidad voló sobre las alas del viento y como el águila mira al sol, miró el rostro del Padre, porque como Abraham, recibió la circuncisión en la carne, en la que la vida espiritual está representada por el agua. Y el alma humana, circuncidada a través del bautismo y renacida espiritualmente en el agua para conseguir la vida, vivirá eternamente en la sede de la beatitud como los peces viven en el agua, que es aquella en que Dios reside en su majestad y de que se ha dicho:

Palabras de David del Salmo CI, dónde está escrito: “El Señor ha establecido en el cielo su trono”, y en que sentido tienen que ser comprendidas. Breve resumen sobre la Encarnación del Dios.

XI. “El Señor ha establecido en el cielo su trono, y gobierna el universo con poder soberano” (Sal 103,19). Para comprender estas palabras tienen que interpretarse así: El Hijo de Dios, que es el Señor de los hombres, de los ángeles y de las virtudes, prepara su trono en el cielo de los santos, como el pensamiento humano produce los instrumentos con que el hombre puede obrar como desea y cumplir su deseo en obras. El Hijo no se ha separado nunca de su Padre, como hizo Adán cuando cayó en el pozo

de la muerte. Por tanto su reino dominará sobre todo, en el cielo y sobre la tierra, y pisará a sus enemigos convirtiéndolos en escabel de sus pies, porque su carne sobre la tierra nunca fue tocada por el gusto del pecado. No le pudo derrotar ningún dolor, antes bien, al soportar la dureza de su amarga pasión venció todas las realidades terrenales.
¿Quien habría podido liberar el hombre, sino el ardiente Hijo de Dios? Bajó del cielo a la tierra y volvió a subir, y con el rocío de la divinidad, destila como miel la gracia celeste sobre su pueblo para que sus fieles no puedan ser nunca separados de él. Todas las buenas obras las ha cumplido el Padre en el Hijo, porque no habrían podido hacerse a través de ningún otro. Y el Hijo, como ya se ha dicho, no se separó nunca del Padre, como el resplandor no se separa nunca del sol. Por eso vino sobre la tierra para liberar y redimir al hombre, al que ningún otro habría podido redimir, porque el Padre dispuso que él viniera, como el profeta David dice por inspiración del Espíritu Santo:

Otras palabras suyas en el Salmo LXXI, se lee donde: "Descenderá como lluvia sobre los rebaños". Cómo hay que relacionarlas con la Encarnación del Señor.

XII. "Descenderá como lluvia sobre los rebaños, como los chubascos sazonan la tierra" (Sal 72,6). Para comprender estas palabras hay que interpretarlas así: Adán, seducido por el diablo, infringió las reglas de Dios y fue hecho mortal. Como consecuencia, el Hijo de Dios descendió como rocío de dulzura en el regazo de una Virgen; fue dulce, suave y templado de costumbres como una oveja, para resucitar el hombre de la muerte, como se voltea la tierra con el arado cuando llueve para suscitar los frutos. En realidad, el arado es la regla de la ley, que en su humanidad el Hijo de Dios dio a los hombres para que, conociendo la regla, resucitaran a la vida y siguiendo su ejemplo como con un arado voltearan fuera de si los deseos carnales, de modo que su obras fueran cada día más fructíferas, según el ejemplo de las obras santas dadas por el que los precedió. Y así mandó chubascos sobre ellos y llenó sus campos con sus propias virtudes, que bendijo, y llenó con los frutos de todos los bienes, es decir la castidad, la abstinencia, la paciencia y todas las otras beatitudes.

Las tinieblas que se ven en el lado occidental, y el fuego con azufre y las otras tinieblas más densas que se ven en la parte septentrional del edificio antes descrito, enseñan en qué zona del mundo exterior están colocados los lugares del castigo donde se atormentan a las almas de los pecadores, y además significan la ceguera interior de los pecadores mismos, que están obscurecidos por la falta de fe.

XIII. En toda la zona occidental percibes oscuras tinieblas de las que sale humo, porque allí están los lugares de castigo que contienen los diversos suplicios. Porque cuando el hombre sigue la pendiente de los pecados, se vuelve a occidente, es decir se vuelve ciego a la fe. Con las acciones censurables atrae malos vapores, y cayendo en las penas de las tinieblas se precipita en la confusión y se olvida de su Creador.
Mientras, arde cerca de la esquina del norte un fuego negro con azufre y tinieblas densas que se inclinan y extienden hacia la mitad de la parte septentrional. Aquel lugar es el abismo de las penas y el lago de la perdición de las almas que, despreciando a Dios, se negaron a conocerle a través de las buenas obras. Por eso está allí el fuego penetrante que emana los vapores del azufre, amargos y negros como tinieblas impenetrables Y que se expanden a los lugares establecidos. Sin embargo la ciencia

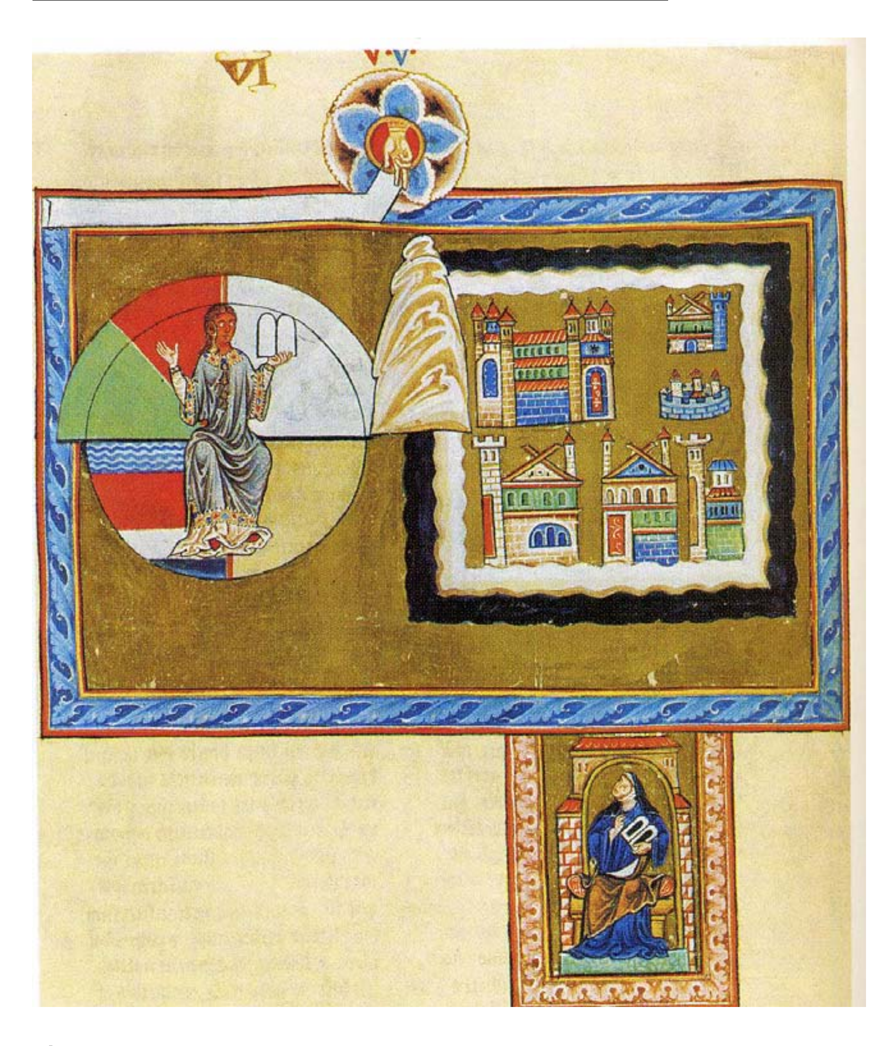
humana no puede conocer perfectamente toda la variedad de las penas, mientras el hombre mortal viva sobre la tierra. Y cuando el hombre llega a su ocaso, que significa la falta de fe, entonces ya está en completa ruina, y carece de amor por las obras justas y por Dios, y el fuego de la perversión, que le viene encuentro con la rudeza y la ceguera de las costumbres, le secuestra y le llena Y le precipita en el abismo. Entonces, cuando ya no tiene esperanza de vida, la perdición le atrae completamente a sí.
Quien sigue la necedad y deshonra la sabiduría con que Dios ha creado todas las cosas, se condena a sí mismo, porque al no tener ningún límite en el pecado no piensa en la vida futura, ni le interesa saber si hay otra vida, ni es bastante perspicaz para darse cuenta de su misma precariedad. Porque el hombre es capaz de comprender su misma infancia y su adolescencia, su juventud y su edad madura, pero lo que ocurra con él en la vejez y los cambios que tenga, no puede saberlo de ningún modo. En virtud de la razón, el alma sabe que tiene un principio, pero es imposible de saber y comprender por qué es inmortal y por qué no tendrá fin.

Dios hizo todas las cosas a través de la sabiduría para confundir la maldad del diablo y porque, siendo invisible, pudiera ser comprendido por el hombre con la fe y a través de sus obras. Antes de los tiempos, tuvo en sí planeado el orden de toda su obra, a la que dotó de tiempo, y también en éste, hizo al hombre parecido a sí para que primero pensara dentro de sí cada cosa, y luego la pusiera en práctica con sus obras.

XIV. Así pues, Dios hizo el firmamento por obra de la sabiduría y plantó vigorosamente las estrellas a modo de clavos, como el hombre consolida su casa con clavos para que no caiga. Las estrellas son compañeras de la luna, que recibe su luz del sol y en la fase menguante hace fluir su luminosidad a las estrellas. En el antiguo decreto, la sabiduría dio la fecundidad a la luna y al sol, en provecho del hombre que comprende en sí toda la creación, porque la luna infunde su savia a la tierra. El sol es símbolo de la divinidad, en cambio la luna lo es de la multitud innumerable del género humano. Y todos, sol, luna y estrellas, son el ornato de la sabiduría.
El firmamento es la sede de todos estos adornos, lo mismo que el hombre tiene una sede, la tierra, que lo sustenta. Dios ha establecido que esta belleza diera motivo para alabarle como la sabiduría predispuso. La creación es pues como el vestido de la sabiduría, ya que está en contacto con su obra lo mismo que el hombre lleva encima el vestido. Si el hombre hubiera sido creado de modo que pudiera prescindir de los vestidos, entonces no necesitaría sus trabajos ni las otras criaturas a su servicio; sencillamente el cuerpo sería el revestimiento y la protección del alma y el alma lo animaría.
Tampoco Dios puede ser visto, pero se le puede conocer por la creación, como el vestido impide ver el cuerpo del hombre. Y lo mismo que no se puede mirar el claror del disco del sol, así Dios no puede ser visto por las criaturas mortales. Pero la fe permite comprenderlo, exactamente como la corona externa del sol se puede mirar con ojos abiertos. Todas las obras de la sabiduría están dirigidas a combatir la malicia del diablo, porque éste desde siempre las persiguió y sigue odiándolas hasta al final, hasta que llegue a la plenitud del número, cuando, golpeado por una terrible fuerza, será aplastado y ya no podrá intentar combatir contra Dios.
Todas las órdenes de la sabiduría son dulces y suaves. Cuando alguien la mancha, lava su vestido en la sangre del Cordero misericordioso. Por eso tiene que ser más querida que las criaturas, porque suyos son los adornos, y todas las almas santas tienen que

reconocer su amabilidad y no cansarse nunca de estar al abrigo de su mirada. El espíritu vive y vela en el hombre y no tendrá nunca fin, tal como la sabiduría ordenó y mientras el hombre viva en el cuerpo, sus pensamientos se multiplicarán incontables, como infinito es el repicar de las alabanzas de los ángeles. El pensamiento anima la juventud del hombre, lo desarrolla con la voz de la razón con que cumple sus obras, y sin embargo no vive de sí mismo, ya que el hombre ha tenido un principio. En cambio la eternidad vive de sí misma y no ha habido un momento en que no fuera, porque fue eternamente vida antes de cada edad. Y cuando el alma se transforme, y llegue a la inmortalidad, ya no tendrá el nombre de alma, porque entonces ya no obrará a través de los pensamientos en el hombre, sino que entonces estará entre los ángeles, que son espíritus, y como ellos cantará las alabanzas de Dios. Por eso entonces también se llamará espíritu, porque en adelante ya no tendrá que sufrir con el cuerpo carnal.
El hombre lleva con pleno derecho el nombre de vida, porque mientras que vive por obra de la respiración es vida, y cuando la muerte de la carne le haga inmortal, estará en la vida. Y después del último día siempre será vida con el cuerpo y con el alma. Ya que cuando Dios hizo al hombre encerró en él su secreto, y por tanto el hombre conoce, piensa y obra porque está hecho a semejanza de Dios. La divinidad tuvo siempre presente cómo deber ser el orden de todas sus obras, y según este orden hizo al hombre capaz de pensar, de modo que, antes de cumplir sus obras, las expresara él mismo en su corazón, que encierra las maravillas de Dios. Dios ordena. El hombre piensa. El ángel tiene la verdadera la ciencia y su voz siempre resuena, alabando y devolviendo amorosamente el honor a Dios, y no desea otra cosa que estar en la presencia de Dios y cantar sus alabanzas.
Desde antes del principio del tiempo Dios tuvo establemente en sí la obra que iba a hacer. Así el hombre, que encierra en sí las maravillas de Dios, le conoce con los ojos de la fe y le abraza con el beso del conocimiento, y aunque no puede verlo con los ojos del cuerpo le sigue en sus obras. El ángel elige estas obras y las ofrece a Dios llevándole el perfume que emana de la buena voluntad, mientras las obras innobles, aquéllas que en vez de mirar a Dios miran en la dirección opuesta, se las presenta como a un juez justo.
Que los fieles acojan estas palabras con corazón devoto, porque han sido dictadas por el bien de los creyentes por el que es principio y fin.

QUINTA VISIÓN DE LA TERCERA PARTE



Última visión, en la que se describe cómo está hecha la rueda grande que aparece, y la imagen de la caridad se ve representada de modo diferente.

I. Luego, cerca del monte, situado casi entre la región oriental y aquella de la que he hablado antes, vi una imagen que parecía una rueda de admirable amplitud parecida a una nube blanca, que giraba hacia oriente. La dividía transversalmente a medias, es decir de izquierda a la derecha, una línea de color oscuro, sutil como un soplo humano. La mitad de la rueda que estaba por encima de aquella línea fue dividida en el medio por otra línea, roja y resplandeciente como la aurora, que bajaba desde la parte superior de la rueda hasta el medio de la primera línea de la que he hablado. La mitad izquierda de la parte superior de la rueda emitía un color casi verde, mientras que del lado derecho hasta el medio, resplandecía de rojo y estaba dividida de modo que los dos colores cubrían un espacio igual. En cambio la mitad de la rueda que estaba debajo de la línea transversal era de color pálido mezclado con un poco de negro.
Entonces, en el centro de la rueda y sobre la línea de la que acabo de hablar, apareció una imagen que ya antes había conocido como símbolo de la caridad. Estaba sentada sobre la línea transversal y sus adornos eran diferentes de los de la visión anterior. Su rostro relucía como el sol, su túnica resplandecía como púrpura, tenía alrededor del cuello un collar de oro decorado con piedras preciosas, y calzaba sandalias de las que emanaban relámpagos de luz.

Delante del rostro de la imagen se veía algo como una tablilla de cristal translúcido, en donde estaba escrito: “Me manifestaré en la belleza como la plata, porque la divinidad, que no tiene principio, posee gran claridad, mientras que todo lo que tiene principio vacila en el temor y no puede comprender los secretos de Dios en la plenitud del conocimiento”.
La imagen contemplaba la tablilla. Y luego la línea sobre la cual estaba sentada empezó a moverse, y en el punto en que la línea de la rueda tocaba el lado izquierdo, la parte externa de la rueda por un breve momento apareció como hecha de agua, y luego un poco más allá del centro de la rueda, debajo de la línea transversal, empezó a ponerse roja, luego transparente y luminosa, y por último agitada y turbulenta como el mar en la tempestad, cuando casi llegaba a la parte mediana, en la cual fue trazada la línea.
Y oí la voz del cielo que me dijo:

Dios no podría decirse único si tuviera a alguien parecido a él por naturaleza. Las características de la rueda descrita anteriormente indican que Dios no tiene principio ni fin y muestra la disposición de todos los bienes. La descripción de la rueda se refiere en sus diferentes partes, a la eternidad, a la potencia de Dios, y a la salvación de las almas.

II. ¡Oh hombre!, escucha y comprende las palabras del que fue y esta lejos de los cambios temporales, porque quiso hacer sus diversas obras según su eterno proyecto y como un rayo de sol, observó, antes del principio de los primeros días, como serían en el futuro. En realidad Dios es uno solo, y nada se puede añadir a su unidad, pero él previó que una de las obras que haría, intentaría hacerse parecida a él, al único. Por tanto, dispuso obstáculos para rechazarla, porque sólo él es unidad que no tiene parecido, pues de otro modo no podría ser llamada unidad. Por eso alejó de sí a quien perversamente deseaba este tipo de semejanza. En el hombre, el alma racional, que deriva de quien es el verdadero Dios, está hecha de modo que puede elegir lo que le gusta y rechazar lo que le desagrada y sabe por sí misma cual es el bien y cual es el mal. Pero, aunque Dios es único, desde siempre Dios anticipó en el vigor de su corazón cada una de sus obras, que luego multiplicó grandiosamente, porque Dios es el fuego viviente del que las almas obtienen el soplo de la vida. Dios estuvo antes de cada principio, y es el principio y es el tiempo en que los tiempos existen. Todas estas cosas se revelan en esta visión.
Cerca del monte, situado casi entre la región oriental y aquella de la que he hablado anteriormente, vi una imagen que parecía una rueda de admirable amplitud parecida a una nube blanca, que giró hacia oriente. Esta rueda significa Dios que no tiene principio ni fin, y que muestra su benevolencia hacia todas sus obras. La divide transversalmente a medias, es decir de izquierda a la derecha, una línea de color oscuro, sutil como un soplo humano, porque tanto en el principio del mundo perecedero como en su fin, es decir en lo que se extiende hacia la eternidad, se manifiesta la perfección de la voluntad de Dios, que separó las cosas temporales de las eternas. La mitad de la rueda que estaba por encima de aquella línea está dividida en el medio por otra línea, roja y resplandeciente como la aurora, que baja desde la parte superior de la rueda hasta mitad de la primera línea de que he hablado. Con eso se muestra que la plenitud de la perfección de Dios, que, por su deseo, es mayor en las cosas celestes que en las temporales, está preparada para manifestar su justicia, como enseña el divino orden, que es rápido para intervenir por el bien de todas las cosas, y que se muestra en la

maravilla de su incorruptible resplandor tanto en el principio del mundo como en su fin y en toda su duración temporal.
Y luego, la parte superior de la rueda en la mitad izquierda emite de un color casi verde, ya que Dios exhaló el ser en las formas de las criaturas para que trabajaran como había previsto en su presciencia, y desde entonces las mantiene en el reverdecer de su voluntad. Mientras que del lado derecho hasta el medio resplandece de rojo, porque al final de los tiempos Dios transformará y llevará a perfección a todos lo que se hayan elevado a la vida desde el mundo transitorio, entregará a las almas de los fieles la recompensa por haber trabajado en la luz, y hará que ya no estén sometidas a la fatiga y a la necesidad. Y está dividida de modo que los dos colores cubran un espacio igual, porque como antes del principio del mundo la eternidad no tiene principio, tampoco tendrá fin después de que el mundo esté acabado, y así el momento inicial y el final del mundo están encerrados como en un círculo.
En cambio la mitad de la rueda debajo de la línea transversal es de un color pálido mezclado con un poco de negro, porque indica el tiempo fugaz de las cosas del mundo, que tienen un principio y un fin, sobre el cual reina la eternidad completa en sí misma y carente de fin. Esta parte también alude a la palidez de las angustias y a la negrura de las tribulaciones que durarán tanto tiempo como el mundo. Todas estas predicciones conciernen a la salvación de los hombres. La potencia de Dios está unida a la fuerza suprema que existe en la perfección de la justicia resplandeciente, porque la potencia y la justicia de Dios están unidas estrechamente. La potencia de Dios está representada por una rueda por la igualdad de su equilibrio, porque no tiene principio ni fin, porque en la amplitud de su poder puede hacer todo lo que quiere y resplandece pura en la clemencia de los juicios celestes. Porque a Dios no lo afecta ninguna variabilidad, ninguna alternativa, no tiene aumentos ni disminuciones, y ningún tiempo lo divide, Desde el principio permanece siempre intacto e inmutable, y da la vida a todas las cosas que son, llamando a la santidad suprema a los que lo adoran en la pureza.
La plenitud de su poder dispone todas las cosas con medida y justicia, pero su altura y profundidad queda desconocida al hombre. Así las cosas eternas y las temporales pueden ser representadas como un círculo que no tiene principio ni fin. Porque la perfección de la potencia de Dios, que revela la eternidad del orden divino y su providencia que resplandece en la eternidad y de la eternidad de su potencia se extiende a la plenitud de su orden, se manifiestan en sus obras y anuncian que las almas de los santos estarán para siempre en la gloria suprema.
Y todavía, la eterna perfección de la potencia de Dios, mostró las realidades futuras antes de que existieran el cielo y la tierra, enseñó en la plenitud de las criaturas, como el verdecer de las semillas que debían brotar y crecer, como los dones del Espíritu Santo que invaden el corazón del hombre vivificándolo, para que produzca buenos frutos. En cambio en las cosas que llegarán a la estabilidad después del fin del mundo y ya no estarán sometidas a cambios, hace aparecer un resplandor deslumbrante, porque en el tiempo en que las almas de los santos serán llevadas a lo alto de los cielos todas las cosas se volverán perfectas y ya no tendrán ningún defecto. Y la eternidad de Dios, como no tuvo principio antes del principio del mundo, así después de su fin no estará limitada por ningún término, entonces también el gozo de los santos en el cielo no tendrá fin. Pero la perfección de la potencia de Dios, que encierra en el círculo de la eternidad todas las cosas temporales con sus diferentes modos de ser, muestran que todas ellas están sometidas a Dios, y exhorta a echar a los lugares infernales a los que desprecian a Dios, ya que serán sometidas a juicio todas las cosas que se opongan a él.

Por qué motivo la virtud de la caridad se ve aquí engalanada de modo diferente al descrito en la visión anterior.

III. En el medio de la rueda y sobre la línea antes referida, aparece una figura que ya antes había conocido como símbolo de la caridad. Esta sentada sobre la línea transversal y sus adornos son diferentes de los de la visión anterior. Quiere decir que en aquella perfección con que la potencia de Dios domina sobre todas las cosas, la caridad en la paz está unida a la voluntad de Dios. Porque la caridad cumple todos los deseos de Dios, y ahora se engalana con un adorno y después con otro. Si el amor reviste tantos diferentes adornos, es porque sus adornos son tan numerosos como las virtudes que obran en el hombre, ya que todas las cosas buenas ocurren a causa de la caridad.
Su rostro reluce como el sol, para enseñar al hombre a fijar toda la atención de su corazón en el verdadero sol. Y su túnica resplandece como púrpura, para que el hombre, revistiéndose de entrañas de misericordia, socorra tanto como pueda a toda persona que le pida ayuda. Tiene alrededor del cuello un collar de oro decorado con piedras preciosas, con lo cual indica que el hombre tiene que imponerse el yugo de la sumisión y adornarlo con las virtudes de los santos, para que humillándose en todas las cosas muestre ser realmente sumiso a Dios, como el Hijo de Dios obedeció al Padre en todo hasta la muerte de su cuerpo carnal. Calza sandalias de las que emanan relámpagos de luz, para que todos los caminos del hombre sean iluminados con la luz de la verdad y el hombre que sigue las huellas de Cristo sea para los demás ejemplo de rectitud en la fe.

Sobre la mesa transparente como cristal que se ve delante de la imagen de la caridad. Qué significa el hecho que, mientras la imagen mira la mesa, la línea sobre la que está comience a moverse. Breve repetición del discurso sobre la creación del cielo, de la tierra, de los ángeles y del hombre.

IV. Delante del rostro de la imagen se ve algo como una mesa de cristal transparente, en donde esta escrito que nada de lo que ha tenido principio puede comprender a la divinidad, que no tiene principio. La presciencia de Dios se ofrece a la mirada de la caridad, ya que la caridad y la presciencia de Dios son acordes en su unidad. La presciencia, transparente y carente de manchas, no está delimitada por un principio ni por un fin, ni la criatura mortal la puede concretar. Revela que el hombre que elige someterse a la caridad, queriendo las cosas de Dios y volviendo a Dios su mirada en la pureza de la fe, sin ofrecer a Dios nada mortal, prepara su morada en el gozo celeste, a la cual Dios previó con antelación que llegaría.
La imagen tiene la mirada vuelta a la tablilla. Y luego la línea sobre que está sentada se mueve. Porque cuando la caridad de Dios contempló su presciencia, se mostró en ella todo lo que habría de ocurrir a las criaturas aun cuando todavía no existían, antes de que fueran creadas. La voluntad de Dios, en quien la caridad está unida en la paz, se movió para dar forma a las criaturas, y así el cielo y la tierra y todas las criaturas que ellos contienen tuvieron origen por orden de Dios.
Pero cuando llegó el momento de los ángeles, algunos de ellos despreciaron a Dios y por tanto cayeron irremediablemente en ruina, mientras que otros quedaron a su servicio y en su amor. Y luego Dios creó al hombre, lo creó después de todas las demás criaturas, para que ya encontrara listo todo lo que fuera a necesitar, y lo iluminó con el

soplo de la vida. Y después de tenerlo hecho de esta manera admirable, lo reforzó doblemente, haciéndolo de fuego y de llama. Fuego en el alma y llama de la cual estalla en la razón. La llama de la racionalidad sabe cuando cumplir las obras en el beso de la libertad, porque ella sabe lo es la ciencia del bien y la del mal. Por tanto su llama no arde en quien, libremente, no quiere obrar, y se aleja fastidiada de quien no quiere cumplir las obras, a menos que el artífice no haga saltar la chispa de modo tal que la llama se propague en la dirección que él quiere. Por lo demás, también cuando arde donde ha elegido que lo haga, a veces el artífice permite que se apague.
Estas dos fuerzas Dios las coloca en una vasija de barro, para que puedan cumplir las obras útiles. Como el fuego contiene en sí a la llama, así el hombre racional tiene la fuerza para cumplir las obras. Estas dos fuerzas están contenidas en una vasija de barro y solo por este motivo existe la vasija de barro. Si el fuego y la llama no ardieran en ningún lugar, ¿como se podría reconocer su fuego? Por esta razón, estas dos fuerzas tienen que estar contenidas en esta obra, la vasija de barro, en la cual el alma y la razón actúan continuamente.
Y el viento hecho de aire llena a todas las otras criaturas con las que el hombre trabaja, porque el hombre no podría existir si no existieran las otras criaturas. Dios, que es fuego y espíritu viviente, realizó una gran obra, de la que el Hijo tomó el mismo vestido escondiendo en él su naturaleza divina con la que hizo muchos milagros, y con él transitó por el mundo hasta atraer a si el décimo número que se había perdido. Dios hizo esta obra contra el que orientó su deseo hacia el norte y con ella lo venció definitivamente, golpeándole en el rostro de modo que nunca más pudiera levantar la cabeza como hizo en un tiempo. La divinidad revistió a los ángeles buenos de su misma claridad y los dispuso en filas ordenadas junto a si, para que lo vengaran castigando y reprimiendo las obras de aquel que dirigió su mirada hacia sí mismo y se separó del Creador para seguir su propia voluntad. Porque la razón, cuando obra según el deseo de la carne, atrae la venganza de Dios, pero aquél que se vuelve hacia su Creador diciendo: “Tú eres mi Dios”, a ese lo enciende con el fuego del Espíritu Santo para multiplicar sus alabanzas tal como se multiplican las chispas en el fuego.
La razón consiste en la posibilidad de elegir entre dos partes, tomando lo que se elige y rechazando lo contrario, ya que en una elección no se pueden tomar juntas dos cosas discordes. En efecto, quien sirve a uno, a sí mismo se desdeña y quien obra para sí mismo no es de ayuda a los demás en las cosas que hace, porque son dos cosas que no pueden armonizarse. En un primer momento el hombre racional quiere y desea, y luego hace lo que quiere. En cambio el animal irracional vive tal y como ha sido creado, no es capaz de hacer de otro modo, porque no tiene la mirada racional que da la ciencia, sino sólo tiene presente en sí su naturaleza material, mientras el hombre vive con Dios por la fe.

Sobre la venganza de Dios contra los transgresores de la ley mediante las aguas del diluvio. Diversa clasificación de las edades desde el principio hasta la Encarnación del Señor.

V. Y luego, como ves, en el punto en que la línea de la rueda alcanza el lado izquierdo, la parte externa de la rueda misma por un breve momento aparece como hecha de agua. Esto significa que, después de que mi voluntad unida a mi potencia para crear engendró a las criaturas, apareció el juicio de mi poder en las aguas del diluvio, ya que después de que el primer hombre hubo engendrado hijos, su descendencia se precipitó de mal en

peor. Adán y sus hijos, que me temían todavía, engendraron una segunda naturaleza sin perversiones, pero sus sucesores profanaron sus cuerpos contra la naturaleza humana de modo criminal, y no pudiendo soportarlos por más tiempo, los ahogué con el diluvio. Entonces el diablo, aterrorizado, se echó a temblar, porque vio mi fuerza invencible, por la cual el hombre fue de tal modo aniquilado.
Y luego, un poco más allá de la mitad del medio de la rueda, la parte debajo de la línea transversal se puso roja, luego transparente y luminosa. Ya que desde el diluvio hasta la Encarnación del Hijo, concluido el tiempo de violencia, tal como estaba escondido en mi voluntad en la plenitud de mi potencia, el juicio de mi potencia tomó el color rojo de la justicia, y así, después del diluvio por muchas generaciones, los días de los hombres y sus obras retomaron el resplandor dado por el temor de Dios.
La edificación de la justicia se manifestó con Noé, la circuncisión con Abraham, la promulgación de la ley con Moisés, la profecía con los profetas. Todas estas cosas reprimieron la idolatría como el día pone en fuga la noche, y el tiempo siguió su curso y los hombres realizaron sus obras. Pero luego empezaron a volverse a occidente, como cuando se pone el sol, hasta que después de sucesivas generaciones vi que había llegado al número de la plenitud. Por eso, por mi inspiración se escribió:

Palabras de Pablo sobre la plenitud del tiempo en el cual Dios mandó a su Hijo nacido de una mujer, y con su venida lleva a cumplimiento y hace comprensibles las palabras y los hechos misteriosos de los antiguos, e iluminando el mundo con su doctrina y la predicación de los apóstoles y los maestros de la Iglesia, transforma todas las cosas haciéndolas mejores.

VI. "Cuando vino la plenitud de los tiempo Dios envió a su Hijo nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción como hijos". (Ga 4,4-5). Para comprender estas palabras tenemos que interpretarla así: Dios Padre, que no tiene principio ni fin, en la plenitud del tiempo, dispuesto desde la eternidad, envió sobre la tierra a su Hijo, que preanunció con muchas señales y milagros, para redimir al hombre que se había perdido.
De esto nos infunde certeza el arca de Noé. Ella es señal de la Iglesia que flota bajo los embates de las diversas tentaciones, y que con la gracia de la fe protege a sus hijos en el mundo y en unión con el Hijo de Dios. Este arca colocada sobre la cima del monte puede ser también vista como figura de la eternidad de Dios omnipotente, que antes que todas las criaturas existieran previó como habrían estado en el mundo presente, creadas por su palabra, distintas y ordenadas en especies diferentes.
La ciudad celeste que es el hogar de los hijos de Dios, tiene una bella torre construida con elegancia. Su estructura perfecta significa la obediencia de Abraham, que para nosotros, en su suma fidelidad, representa al Hijo de Dios y sus infinitas manifestaciones milagrosas. La ley hecha por Moisés pedía una obediencia incondicional sin la cual el hombre en ningún modo podía vivir, como una casa sin columnas maestras o un hombre sin corazón que lo gobierne. La obediencia en efecto es como un fuego, y la ley es su resplandor.
Y como Abraham, que dejó la casa y la patria por orden de Dios, fue el primero en ser transformado a través de la circuncisión, así el Hijo de Dios, concebido y engendrado sin contacto de sangre, de una Virgen íntegra, por el fuego del Espíritu Santo, transformó la ley hecha por Moisés en una ley mejor, la ley del espíritu. Los que engendrados en la sangre de los pecados, no pudieron ser liberados por la sangre de las

víctimas de los sacrificios hechos según la ley, fueron liberados al precio inestimable de su sangre por la clemencia del que tal ley instituyó. Y como el hombre practicó sacrificios a Dios ofreciéndole las criaturas que le fueron confiadas, así el Hijo de Dios se hizo un vestido asumiendo la carne del hombre, para ofrecerla a Dios Padre en sacrificio por él.

Al venir al mundo, el Hijo de Dios otorgó al hombre una doctrina pura y luminosa y al recorrer toda la historia que hemos contado la transformó y la hizo diferente, así que los ídolos fueron cambiados por el Dios viviente y la profecía fue cambiada en vía espiritual, y como la palabra del hombre se emite cuando su espíritu la inspira, así el unigénito de Dios fue mandado lejos del Padre, en el regazo de una Virgen, y fue concebido por el Espíritu Santo. Y luego, hecho carne y nacido de aquella Virgen, en Él se manifestó el sentido de todas las cosas pasadas y de las futuras y mejoró todas las historias que cuentan las proezas de los hombres, borrando lo que era inútil y conservando lo que era útil, como hizo respecto al ejército de los ángeles buenos, a los que hizo resplandecer aún más después de la ruina de los perdidos. Antes de su nacimiento todo estaba envuelto como en tinieblas, pero después de que se hubo hecho carne iluminó todas las cosas como el sol, porque él completó la ley transformándola y mejorándola, obedeciendo los preceptos del Padre, cosa que Adán no hizo.

También en el Hijo de Dios se unen la justicia y la paz, y, como el mundo estaba cubierto de tinieblas por los pecados originados por la baba de la serpiente, venció a la injusticia a través de su humanidad, porque se opone a la injusticia combatiéndola con la justicia y la paz. La justicia, que está encerrada en las reglas divinas, y la paz, que está circundada por la gracia misericordiosa de Dios para el hombre, reúnen ambas a los elegidos en un estado parecido a aquel en que quedaron en Dios los santos ángeles. Y después de que subió al cielo con el cuerpo, el Espíritu Santo inflamó a los apóstoles con lenguas de fuego para que poseyeran interiormente la ciencia, fueran por el mundo para atraer a los otros hombres y fueran capaces de realizar milagros y mostrar señales, ya que fueron adornados por la fe católica y santificados por las buenas obras.

Así la doctrina del Hijo de Dios avanzó en la pureza, llevando frutos copiosos y subiendo de virtud en virtud, y fascinó a muchas gentes que resplandecieron en la luz de la fe. De este modo muchos que estaban obscurecidos por el olvido y de la falta de fe consiguiente a la caída de Adán, fueron iluminados por la verdadera fe y por las obras santas. Fue necesario que el Hijo de Dios viniera al final de los tiempos, porque la antigua serpiente había profanado a toda la humanidad con el engaño, el escarnio y la blasfemia, pero también fue necesario que la presencia real en el cuerpo humano del Hijo unigénito de Dios siguiera cumpliendo su obra. Así empezó a obrar a través de los supremos rectores que gobiernan la Iglesia y los otros prelados, con los sacerdotes y los fieles a ellos confiados, con los ermitaños que hacen voto de castidad y con las filas de los religiosos, que adoran Dios siguiendo el ejemplo de las filas angélicas y entonando sus alabanzas como hacen los ángeles, y con los penitentes, que invocan Dios a la vez que lo imitan, y por fin, con los laicos, que se casan y viven en el bien obedeciendo a las reglas de sus maestros, y con los consagrados que dejan el mundo renunciando a sí mismos.

Así ejecutó su obra el Hijo de Dios, desde su trono real. Y cuando se presentó al Padre todavía con cuerpo de hombre, llevó consigo las obras rectas de todos los hombres antes citados para mostrárselas. Todos estos órdenes, en efecto, instituidos por la doctrina del Hijo de Dios, en el ardor de su gran celo subieron de virtud en virtud como el día después de la primera hora de mañana hasta la hora nona, cuando siempre calienta más por el calor del sol.

Este tiempo nuestro se ha debilitado, pasando de la solidez de la originaria disciplina apostólica a un tipo de debilidad femenina, y todas las cosas se han deteriorado, como se ve de la perturbación de los elementos y de la depravación en las costumbres.

VII. Después, la enseñanza de los apóstoles y las virtudes de los demás santos mantuvieron a los hombres puros y luminosos hasta el tiempo presente. Pero ahora está declinando esta fuerza hacia una debilidad casi femenina. Ahora en efecto, todas las buenas costumbres que desde el principio, desde los tiempos de los apóstoles, arraigaron en los hombres por gracia del Espíritu Santo, han caído en la oscuridad de la red con que la antigua serpiente llevó al mundo en engaño. Los apóstoles reforzaron su enseñanza como con acero, la completaron con los secretos del cielo y la moderaron con el temor de Dios, para que no fuera escarnecida sino que se fortaleciera de día en día. Y ya que quisieron que la enseñanza de su doctrina creciera como el sol en su curso, lo santificaron con el ayuno, con la alabanza y con la plegaria.
Pero la antigua serpiente, se examinaba a sí misma preguntándose cómo poder destruir y extinguir esta ley, porque se consideraba como engañada, y por fin se dio cuenta que era el momento de luchar contra los hijos de los hombres si conseguía precipitar en el pecado a las concepciones humanas. Entonces inflamó de lujuriosa prepotencia a un juez de estirpe real[1], para que realizara muchas nefandas vanidades, casi adorándolas, hasta que la mano del Dios lo golpeó, como humilló a Nerón y a otros tiranos privándolos de todo honor.
Por aquel tiempo, el vigor de las virtudes se secó y la justicia declinó hasta venir a menos. También el verde vigor de la tierra dio menos frutos y más pequeños, ya que las capas aéreas superiores habían sido transformadas respecto al estado y forma en que fueran creadas, de forma que, al revés de la norma, a menudo el verano hacía frío y en invierno calor. Entonces la tierra sufrió a menudo largas sequías y fuertes lluvias con algunas otras señales premonitorias, como las que el Hijo de Dios predijo que ocurrirían antes del día del juicio, cuando hablaba a sus discípulos que lo interrogaban, tanto que muchos creyeron que el día del juicio era inminente.

Palabras misteriosas del Hijo, que se dirige al Padre preguntándole por las vejaciones infligidas a su cuerpo, es decir a la Iglesia, por algunos de sus miembros que han descuidado para siempre la justicia. También, sobre cuándo se completará el número de elegidos establecido desde la eternidad, y cómo se tienen que interpretar hoy estas palabras según la diversidad de los tiempos desde el origen del mundo hasta el presente.

VIII. Entonces el Hijo se dirige al Padre diciendo: “Al principio, todas las criaturas reverdecieron. En la época intermedia, las flores florecieron, pero luego, la fuerza vital

[1] En otro texto de Hildegarda se identifica a este personaje con Enrique IV de Alemania, (1050-1106). Enrique IV convocó la Dieta de Worm, intentando deponer al Papa San Gregorio VII, quien había decretado reformas en la Iglesia para, entre otras cosas, evitar el nombramiento de los cargos religiosos por los reyes, generalmente de personas indignas que los utilizaban en beneficio propio y de su rey, mientras habitualmente seguían una conducta pecaminosa.

se debilitó". El guerrero viril acudió, y dijo: "Conozco este tiempo, pero el número de oro todavía no está completo. Contempla como está el espejo del Padre. Soporto en mi cuerpo la pena y el trabajo, y mis hijos me abandonan. ¡Acuérdate pues, que la plenitud del principio no habría tenido que agotarse! Entonces decidiste en tu corazón no apartar los ojos, hasta que no hubiera visto mi cuerpo lleno de gemas. No soporto más que todos mis miembros sean burlados. Padre, mírame, te enseño mis heridas. ¡Y vosotros, hombres, arrodillaos ahora vosotros frente al Padre, para que os tienda la mano!".

Para comprender estas palabras tenemos que interpretarlas así: Al principio, es decir antes del diluvio, la tierra era tan verde y fecunda que fructificaba sin el trabajo de los hombres, y los hombres, que no tenían costumbres disciplinadas ni devoción por Dios, se dedicaron solamente a los asuntos terrenales y a sus placeres. Pero después del diluvio, como en la época intermedia, es decir entre el diluvio y la llegada del Hijo de Dios, las flores con nueva savia y con todas las plantas florecieron de nuevo y de otra manera que antes, porque la tierra se coció por la humedad de las aguas y del ardor del sol.

Y como las flores portadoras de frutos se multiplicaban en número mucho mayor de antes, así también la ciencia de los hombres incendiada por la sabiduría el Espíritu Santo, creció hasta reconocer la estrella nueva que mostraba al Rey de reyes, esta sabiduría brilló encendida por el Espíritu Santo, por obra del cual el Hijo de Dios se encarnó en el vientre de una Virgen, y esto fue lo que aquella estrella anunció. En ella, el Espíritu Santo les reveló a las gentes la obra que cumplió en el vientre de la Virgen. Y la claridad de la llama del Espíritu Santo es el sonido mismo de la Palabra que todo creó. El Espíritu Santo fecundó el vientre de la Virgen y bajó en forma de lenguas de fuego sobre los discípulos del Hijo de Dios, y después de aquello de las lenguas, obró otros muchos milagros a través de los discípulos mismos y sus seguidores. Por tanto aquel tiempo, que creció de virtud en virtud, fue llamado tiempo viril, y por muchos años prosiguió con poderoso cuidado. Pero luego su vitalidad empezó a decrecer y se transformó en debilidad femenina, descuidando la justicia y dejándose vencer de la necedad de las humanas costumbres, porque hoy día cualquiera hace lo que quiere. Por tanto la Iglesia está desconsolada, como una viuda que está privada del consuelo y de la solicitud del marido, y no tiene el bastón del guía en qué se apoyan los hombres.

Mercenarios perversos por la codicia de dinero echan en los valles a mis hijos, impidiéndolas subir sobre las colinas y sobre los montes y les despojan de la nobleza, de la herencia, de las tierras y de las riquezas. Hacen como lobos rapaces, que siguen las huellas de las ovejas y destrozan a las que logran coger, poniendo en fuga a las otras, y con engaños fraudulentos devoran mis hijos sirviéndose de jueces implacables y de malvados injustos.

Estos días son una trampa preparada por el diablo, y Yo ya he soportado demasiado tiempo que mi pueblo fuera burlado por la tiranía de mis enemigos, y por tanto a este pueblo mío le han sido aflojados los lazos, y castigaré a sus enemigos con diversos castigos, del mismo modo en que a menudo he castigado también en el Antiguo Testamento a quien se rebeló contra Mí. También he permitido que en estos días ciertos espíritus aéreos aterroricen a los hombres con grandes tempestades, y los he golpeado castigándolos con varias epidemias, debilitándolos en diversos modos y haciendo enfermar sus cuerpos, ya que no quieren desistir de sus turbulentas costumbres. Cultivan en su pecho la envidia y el odio y meditan cómo perjudicar los demás, se revisten del manto de la honestidad para verter sobre ellos todo género de delitos y derramamientos de sangre.

Los hombres también serán juzgados por la misma creación que puse al servicio de los hombres. Así que serán asfixiados por el fuego o ahogados por el agua; el viento y el

aire los privarán del fruto de la tierra, y el sol y la luna mostrarán discordancias cuando no cumplan su curso, establecido por Dios para ellos, o se saldrán fuera de su órbita. Y también a veces la tierra se moverá como un carro que va a tirones por el excesivo empuje. En tal modo estos días completarán su curso entre la sordidez de las costumbres de los hombres, con derramamiento de sangre y con la destrucción de cualquier noble disposición de la Iglesia, contaminando el oro de la justicia con el bronce y el plomo de la iniquidad, y así las muchas perversiones de la voluntad de los hombres se pesarán con la balanza de la justicia.
Pero antes del fin de estos días, es decir antes que haya transcurrido el tiempo de la debilidad femenina, la justicia, que el Hijo de Dios confió a sus discípulos como anillo nupcial, al enviarlos por toda la tierra, se levantará, y enseñará como la iniquidad de las gentes ha ensuciado y arrancado el vestido que recibió de los apóstoles.

Descripción mística del modo en que los apóstoles aceptaron la justicia que Dios les confió para que la predicaran en todo el mundo, cómo la asumieron según la diversidad de sus caracteres, y según la distribución de las gracias que derrama el cielo, como si fuera un magnífico y variado vestido. Excelencia de la doctrina del apóstol Pablo, y por qué fue elevado por la sublimidad de sus revelaciones y oprimido por el peso de la enfermedad.

IX. Mateo, de carácter apacible y de inteligencia poco profunda, ofreció a los hombres su enseñanza de modo agradable y fácil, consolidó la doctrina de los apóstoles y la dio a conocer como guía de la propia. Así convirtió a la verdadera fe de Dios a mucha gente con su predicación dulce como la miel, ya que por la mansedumbre de sus modos la gente bebió de su doctrina como niños que chupan la leche, y el Espíritu Santo lo tocó, de modo que escribiera fielmente la Encarnación del Hijo de Dios. Y él con la seda de la devoción hizo una camisa, que significa la contrición ordenada y luminosa como la luz del día, y con ella revistió la justicia, y por ella se dejó conducir al martirio.
En cambio Tomas fue un hombre de actitudes fuertes y atrevidas que no se convertía fácilmente a cualquier causa ni daba fácilmente su consentimiento a cualquier cosa. Sólo creyó en lo que vio, y tampoco quiso aceptar las realidades interiores e invisibles primeras que le fueron enseñados en los signos. Los signos se conocen a través de las obras, así, los hechos pertenecientes al cuerpo se ven con los sentidos del cuerpo. En cambio, los hechos espirituales se entienden a través del espíritu. Se sabe que un hombre es espiritual por la santidad de las obras. Tomas convirtió a mucha gente a Dios y revistió la justicia con un largo vestido tejido de seda verde que vistió sobre la camisa y que brillaba como los rayos de sol, cuando lo engalanó con la rectitud de la buena intención y lo hizo brillar por todas partes, apartando los ídolos de los corazones de los incrédulos para convertirlos a Dios. Se ofreció con el martirio a su Señor.
Pedro tejió una túnica de lino fino y de púrpura cuando valientemente y con dulzura propagó la rectitud. Y con ella revistió de justicia a los órdenes eclesiásticos. Sufrió muchos apuros en el cuerpo y en el alma.
Matías, apacible y humilde como una paloma, ajeno a las diferentes costumbres de los hombres, a la envidia y al odio, fue un vaso del Espíritu Santo, que habita en los que no dejan vagar sus mentes en las plazas porque no son curiosos de las novedades. Y casi sin enterarse, en su humildad, hizo en presencia de creyentes y no creyentes muchas señales y milagros, y se preparó para el martirio como para un banquete. Preparó así a la justicia un trono real, sobre el cual pudiera sentarse dignamente, sustentado por

cuatro columnas hechas cabezas de águila y patas de león, porque en la humildad voló hacia las cuatro partes del mundo y ninguna ofensa fue capaz de vencerle. Difundiendo en muchos países su predicación y soportando con paciencia todas las ofensas llevó virilmente a perfección su obra. Por tanto todos lo escucharon de buena gana y fue muy querido. Hizo sentarse a la justicia sobre el trono que la preparó con su humildad.
Dios eligió a los doce apóstoles entre personas de carácter diferente, como ya eligió a los doce profetas, ya que Dios es admirable.
Después encontró una chispa que encendió con su fuego, Pablo, y en él obró muchos milagros. Porque Dios produce sus signos tanto en las personas orgullosas e indómitas como en las dulces y apacibles, para que la gente no los rechace diciendo que sólo realiza sus milagros en los buenos. El Espíritu Santo coronó todas las doctrinas de los apóstoles en Pablo, cuya mente llevó como a un monte alto. Fue tan feroz como un leopardo, encarnizado en toda conquista, convencido de poder llevar a cabo todo lo que quisiera. El Espíritu Santo encontró en él la chispa de la fidelidad, porque no persiguió a los apóstoles por envidia o por odio, sino por amor a la antigua ley.
Dios creó las bestias antes del hombre pero hizo al hombre a su imagen y semejanza, aunque las bestias lo precedieran. Y primero la ley antigua fue según las bestias, luego la transformó a través de la humanidad del Hijo en inteligencia espiritual según la práctica de las alabanzas angélicas. Del mismo modo que Dios formó primero al hombre y luego introdujo en él el soplo de la vida, así mandó primero la ley antigua, que transformó luego a través de la ley nueva, volviéndola mejor.
Así, cuando tiró al suelo a Pablo que tenía un celo excesivo en la defensa de la ley antigua, le enseñó que tenía que difundir el nombre del Hijo en la nueva ley. Y levantando su espíritu hasta el cielo, le enseñó contra qué armas admirables combatía. Su alma sin embargo se quedó en él, escondida casi como si hubiera muerto, del mismo modo que el alma manda fuera sus pensamientos aunque esté en el cuerpo. Si Dios le hubiera enseñado sus milagros con menor fuerza, a causa de su carácter orgulloso habría vuelto a la causa que hasta a entonces había defendido con celo. Por tanto Dios le apretó con una mordaza y llenó su cuerpo de preocupaciones. Su enfermedad se manifestó en dos modos, todas las venas del cuerpo languidecían por el agotamiento, y los dardos ardientes del diablo afligieron su carne con la dulzura de la carne. Pero como había visto en su espíritu los milagros de Dios, siempre mantuvo un vigor espiritual fortísimo, y como había contemplado innumerables arcanos y misterios escondidos, más allá de cuanto un hombre puede hablar, sus palabras y su predicación fueron como los clavos metidos en profundidad que sustentan la casa. El Hijo de Dios, engendrado por la Virgen Maria, lo eligió entre la tribu de Benjamín y él se empeñó en la predicación más que todos los otros que estuvieron con él.
La mujer se engalana por el honor y la gloria del marido y para parecerle cada vez más bonita. De forma similar todos los seres humanos tienen que aprender cómo adornar su alma en presencia del rey supremo. Porque cuando el hombre abarca el amor, se viste de un vestido de oro. Cuando quiere la castidad, adorna la frente de perlas preciosas. Y cuando se dedica al ayuno, se emboza de púrpura y de lino fino. Por tanto el hombre que quiere abstenerse del pecado evita comer carne, pero puede ser comida por los enfermos para curarse, porque la comida con carne a menudo invita a los hombres al pecado la carne.
Pablo no consideró como ley la regla de la virginidad, razón por la cual no la impuso a los hombres, pero la aconsejó, porque la regla engendra temor, el consejo amor. Pues la regla con temor, que es recibida por el oído, se infringe a menudo, mientras que el consejo cariñoso, al cual íntimamente el hombre se adhiere, es observado con firmeza. Pero ya que la capacidad de decidir fue ofuscada originariamente por la serpiente, como

consecuencia del antiguo decreto, Dios se hizo hombre y su caridad fue tan ardiente que iluminó todo el mundo. Por esta razón Pablo decidió secretamente aconsejar y no imponer la virginidad, pues nadie tiene que imponerla como regla, puesto que Dios la llevó a la perfección en sí mismo. No es una regla legal impuesta en la servidumbre y en el temor; está en Dios, libre de todo temor.
Pablo es la rueda del carro de la justicia porque, así como la rueda sostiene el carro y el carro lleva todo el peso, así la doctrina de Pablo lleva la ley de Cristo, ya que la nueva ley está entretejida en la antigua, en la cual Moisés prescribió la circuncisión y las ofrendas. El Espíritu Santo renovó la ley en la nueva santidad, y Pablo la unió con el fuego nuevo en la cadena ya existente para hacer de ella la joya de la justicia. En efecto, declaró santas todas las obras acabadas en la rectitud y en la honestidad, de modo que también el matrimonio pudiera ser mantenido en el temor de Dios y se pudiera vivir rectamente en la moderación, para que el hombre no se angustiara con la abstinencia más de lo que por gracia de Dios pudiera soportar y la virginidad se engalanara con la corona del rey supremo, porque toma ejemplo de Dios. Ya que al igual que Dios plasmó al primer hombre sin los humores de la carne, así tomó el mismo el vestido de una Virgen que no conoció el sudor del pecado.
En estos tres estados de vida, el matrimonio, la continencia y la virginidad, Pablo colocó todas las virtudes y las elecciones de vida de los santos y pintó de bonitos colores la doctrina de los apóstoles. Luego calzó a la justicia con sandalias de seda purpúrea, abandonando completamente la vida mundana y viajando más que todos sus condiscípulos por los caminos de las iglesias entre dificultades, y Adornó las sandalias con oro fino como con estrellas brillantes, dio a todos los creyentes ejemplo de santidad y de buenas obras y se apresuró en ofrecer su cuerpo al martirio.
Santiago, llamado hermano del Señor, fue de carácter dulce y apacible. Mostró solamente su doctrina a Dios en su interioridad sin buscar la vanagloria, sino afanándose con gran celo en recorrer los caminos derechos y en limpiar de incredulidad las plazas cenagosas. Convirtió mucha gente a la verdadera fe y dictó sus enseñanzas con dulzura, enseñando como el Hijo de Dios nació de una Virgen, y lo que enseñó con dulces palabras lo confirmó con obras santas y con muchos signos. Con sus palabras suaves de escuchar hizo a la justicia unos pendientes. El pendiente izquierdo fue de aguamarina, del color y de la pureza de una nube, que significa que el Hijo de Dios, venido al mundo sin pecado, borró y lavó los pecados de los hombres. El pendiente derecho fue de amatista, y simboliza la pasión del Hijo de Dios, por la cual derrotó al diablo. También Santiago se ofreció al martirio.
Simón fue sabio y tenaz y predicó tormentos amargos para los innumerables pecados de los no creyentes. Dio, además, grandes signos en la firmeza de su fe, por lo cual los hombres le escucharon de buena gana, y enseñó un recorrido impetuoso hacia la fe, porque los infundió el temor de la muerte. De este modo, con su grandilocuente predicación forjó a la justicia un collar de esmeraldas, rubíes y perlas de todas las formas, un collar que simboliza la defensa de las estrictas costumbres. Donde puso la verde esmeralda indica la fecundidad de la predicación y donde puso rubíes y perlas, el temor de los castigos. Y no temió los tormentos del martirio, sino que los soportó con paciencia.
Pablo colaboró con él, aun cuando ya había hecho las sandalias de la justicia. En efecto, colgó al collar una cadenilla de gran belleza, hecha de oro fino, en la que fueron engastadas firmemente doce piedras y perlas redondas, las más preciosas y perfectas. Esta cadena bajaba hasta los pies de la justicia y tenía en la extremidad dos cabezas, una a la derecha, de sardónice rojo, como la cabeza de una cabra y otra a la izquierda,

de oro, como una cabeza de leopardo, puestas de tal modo que la cabeza de la cabra parecía enfrentarse a la del leopardo.
En efecto Pablo las añadió a su doctrina como refuerzo de la doctrina de los otros apóstoles y las engalanó con la rectitud de las buenas obras, con las doctrinas apostólicas y con todas las virtudes, de modo que se mantengan así hasta lo último y no decaigan hasta al final del mundo. Entonces hacia el fin, aparecerán dos potencias, como en las dos cabezas, una que va para arriba hacia la salvación, incluso entre angustias y apuros, que es la de Enoch y de Elías. La otra, que tiende en cambio hacia la perdición rechinando los dientes y aparentando milagros gloriosos y virtud, que es la del Anticristo De este modo muestran que quienes se encaminan al cielo aplastan a los que corren hacia la seducción diabólica.
Santiago, hermano de Juan teje un velo delicado como de mujer, de seda blanca, recamado de oro, predicando la Encarnación y la Pasión del Hijo de Dios y destruyendo los ídolos con muchos milagros. Y con él cubrió elegantemente la cabeza de la justicia para que toda la iglesia devolviera la alabanza a Dios. También ofreció su cabeza al martirio.
Juan, con los milagros que Dios le mostró hizo un cinturón de seda verde, que señala los florecientes y suaves deseos de la castidad, y en él cosió las doce piedras de las virtudes proféticas con muchas perlas, que significan la buena voluntad. Y lo pintó de un verde parecido al de la rama que rezuma bálsamo, porque añadió a la perseverancia de la castidad la vitalidad y el perfume de las virtudes celestes. Con aquel cinturón ciñó las caderas de la justicia, cuando a los ruegos de la gente contestó escribiendo: “Al comienzo fue el Verbo” (Jn 1,1).
Felipe, benévolo y de aspecto humilde incluso, aunque rico en doctrina, atrajo a sí mucha gente. Y así fabricó pulseras de oro en las que engastó esmeraldas y amatistas y perlas preciosas, tantas piedras que a duras penas se podía ver el oro. Porque enseñando la vitalidad y la sencillez de las virtudes con la doctrina y con las obras, tuvo cuanto pudo escondida para sí su buena voluntad y circundó con estas pulseras los brazos de la justicia, y con el martirio completó sus buenas obras.
Bartolomé fue incansable en dedicarse a la predicación, no quiso parar nunca. Por eso hizo con oro y ámbar un collar elegantemente cincelado y con piedras preciosas engastadas. Este collar iba desde las pulseras de las muñecas de la justicia, antes citadas, extendiéndose y dividiéndose en tres partes, y estas tres partes estaban entrelazadas con gráciles cadenitas de oro. Por la rectitud que mantuvo en la fe, predicó con elevadas palabras los secretos ocultos de Dios y las virtudes de los elegidos. Y llegó a hablar de las obras más santas, distinguiendo las tres personas en el único Dios y certificó con fe y con las palabras más adecuadas a la verdadera Trinidad, que invisiblemente e inefablemente está unida en sí misma. Y después de haber atraído así también las mentes de los hombres, sometió su propio cuerpo al martirio, embelleciendo los brazos de la justicia con un maravilloso ornamento.
Andrés hizo un anillo de oro fino y engastó un topacio de gran valor, revelando que el Hijo de Dios es el esposo de la justicia cuando adornó la fe sincera con la belleza de las virtudes de la Iglesia, y puso este anillo en el dedo de la justicia cuando se dejó colgar de la cruz.
Y Judas Tadeo fue prudente y sutil y supo escudriñar la conducta de los hombres, por eso convirtió a muchísimos al beneficio de la fe, porque no lograron superarle, y al vencer el engaño de la serpiente con las obras santas, enseñó abiertamente a la gente muchos milagros. Hizo pues una capa de seda roja hábilmente bordada y la puso encima a la justicia, y la revistió de las obras de la caridad y el resplandor de las otras

virtudes, llevando así a la perfección la verdadera belleza. También sometió su propio cuerpo al martirio.
Y Pedro, cuando vio a la justicia tan revestida, a pesar de que ya antes la hubiera hecho vestir la túnica, forjó una corona del oro más puro, la decoró con las piedras y las gemas más preciosas, y luego la puso sobre la cabeza de la justicia. Porque por haber predicado con fe y sin miedo la gloria del Hijo de Dios y por haber enseñado que la justicia está adornada por todas las virtudes y todos los ocultos misterios, adornó a la justicia con la corona de la santidad y el honor. Y cuando con su martirio fue colgado de la cruz se la puso sobre la cabeza apropiadamente. De este modo los apóstoles revistieron a la justicia.

Breve repetición de las cosas dichas sobre, como en estos nuestros días, carentes de la fuerza viril todas las instituciones eclesiásticas decaen y van a peor, y cita de las palabras del salmista dónde dice, "Eres justo, Señor", y como tienen que ser interpretadas.

X. Pero ahora la justicia, que tiene el rostro resplandeciente como el sol porque siempre está frente a Dios luminoso e inmutable, invoca a grandes voces al juez celeste y enseña sus vestidos ensuciados por hombres perversos, como se ha dicho antes. En efecto, estos nuestros días de debilidad femenina están carentes de fuerza viril, por eso todas las instituciones eclesiásticas, tanto las seculares como las religiosas, empeoran y son hoy muy diferentes de como eran cuando las fundaron los apóstoles y los antiguos Padres. La Iglesia de los orígenes resplandeció como el sol y llevó la corona de la justicia, así como el rey tiene este nombre porque domina en su reino y porta la diadema y los vestidos reales propios de su rango.
La justicia de Dios está coronada y adornada con las disposiciones de la Iglesia y todo lo que se refiere a ellas. La justicia es la sustancia de todas las leyes legítimas, leyes fundadas por Dios omnipotente y encendidas por el fuego del Espíritu Santo como una casa que se ennoblece con los que la habitan. Por eso está escrito: "Eres justo, Señor, y justas son tus decisiones" (Sal 119, 137). Para comprender estas palabras tenemos que interpretarlas así: Eres justo en todos tus juicios, oh Señor, tú que dominas todas las cosas, ya que tú eres la justicia que nunca se oscurece con la iniquidad, y que muestra abiertamente sus obras, como el estandarte precede al que tiene el mando. Obra de la justicia es el cielo y la tierra con todas las restantes criaturas. Y la justicia es Dios, que enseña la verdad con la buena fama que acompaña a las obras santas, que se desarrollan en la justicia como las ramas del árbol. Por tanto el juicio de Dios es justo y equitativo, porque no tiene en si la sombra de la falsedad, sino que la pisa como lodo inmundo apestoso de podredumbre. Pues la justicia de Dios clama sobre los montes y su voz suena hasta el cielo, y se queja, porque ella inicialmente fue el monte alto sobre el que se apoyaba la santidad de la iglesia, y ahora la santidad yace destruida sobre este mismo monte. Y yo, Justicia de Dios, exclamo con voz lastimera:

La justicia llorando, vuelta al juez divino, clama contra los hombres malvados, impíos e inmorales, contaminados por diferentes crímenes, que combaten las antiguas instituciones de los Padres y, desvistiéndolas del decoro de su magnificencia, las envían a la ruina.

XI. Mi corona ha sido ensombrecida por el cisma de mentes extraviadas, porque ya cualquiera se hace la ley como quiere, siguiendo los dictados de la voluntad, y los que deberían tener maestro y soportar su tutela pretenden ser maestros, deciden por sí con arrogancia y dicen que es válido todo lo que ellos eligen. Por consiguiente están privados de fe, porque sólo creen en si mismos, y no consiguen ni para si, ni para los demás, la salvación y la vida, que nadie, excepto Dios, puede otorgar. Por esto mi corona se ha ensombrecido, ya que los que cumplen tales acciones no me contemplan en aquella claridad que procede de Dios.
Mi túnica está completamente salpicada por el polvo de la tierra. Estos hombres la ensucian, porque después de haber dejado el mundo para seguir una regla buena y santa y revestirse de la túnica del Hijo de Dios se mezclan con meretrices, como está escrito en el Evangelio a propósito del hijo pequeño. Están sometidos al yugo de Cristo con la circuncisión, transformada en el orden sacerdotal, pero desobedecen y cometen adulterio, y no claman nunca como el hijo pródigo, que se dirigió al padre diciendo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti" (Lc 15,18). Se convierten en adúlteros habituales, como si esto fuera su ley. Manchan mi túnica con la suciedad de sus pecados, y no sacuden el polvo con la penitencia, sino que como gusanos se alimentan de la podredumbre de los pecados. Entonces se vuelven ciegos, sordos y mudos, y no recitan las oraciones cotidianas ni juzgan según mi juicio. Toleran la avaricia y no curan las heridas, ellos que están llenos de heridas, son sordos respecto a las palabras de la Escritura, que ni la escuchan ni la enseñan a otros.
De este modo la inquietud se instala en todos los órdenes de la Iglesia, que camina como carente de apoyo porque todas sus reglas han decaído. Cuando las nubes ofuscan el sol las criaturas ya no tienen alegría ni tranquilidad como pueblos carentes de rey. Las reglas de las órdenes eclesiásticas están oscurecidas, porque sin las obras solo queda de ellas el nombre, y así en ellas ya no hay alegría, como no hay fe sin obras.
Pero este estado de cosas no puede durar demasiado, no puede persistir, porque el juicio de Dios amenaza a los que hacen exclusivamente su propia voluntad como si estuvieran sin Dios. Y yo, la justicia, que tuve origen en el antiguo decreto, invoco el juicio de Dios, y acuso a los que han arrancado mi vestido y me han robado todas mis joyas, y pido sentencia condenatoria contra ellos con la misma voz con que el Creador de todas las cosas llamó a la mujer cuando la sacó del hombre con el fin de hacerle una ayuda que fuera parecida a él. Como la mujer está sometida al hombre y engendra hijos, así los hombres deberían escuchar a través de mis palabras las reglas de Dios y obedecerlas. Pero ya que no lo hacen y más bien me desprecian, cada vez que se ven golpeados, es el juicio de Dios que se abate sobre ellos, como antiguamente ocurrió con el diluvio, como muchas veces ha ocurrido en la vieja ley y en la nueva, y como a menudo ocurre todavía.
En realidad, mi nombre es Justicia. La Iglesia ha nacido de mí en la regeneración a través del espíritu y el agua, nosotros somos una cosa sola, como Dios y el hombre son una cosa sola. Por tanto promulgaré en alta voz juicios severos para vengarme de la partida violenta de los que me persiguen como los lobos persiguen a los corderos. Estos, que son pecadores, no banquetean con el becerro cebado, pero son parecidos a los samaritanos, que quisieron vivir bajo dos leyes. Por tanto serán escarnecidos por el profeta Elías, cuando les dijo a los adoradores de Baal, burlándose de ellos, que gritaran más fuerte, que a lo mejor Baal era de veras Dios, pero en este momento podría estar ocupado en hablar, o divirtiéndose o encontrarse de viaje, o a lo mejor podría estar dormido, así que deberían despertarlo. Se engañan y ya no tienen la gracia de Dios, que se aleja de los que no observan las reglas recibidas, y rechazan a los que les reprenden

diciendo: “Observaremos las reglas de nuestro Dios cuando queramos, porque a Él le basta con que nos arrepintamos un poco antes del final”

Dios, al considerar en la luz inagotable de su resplandor estas ofensas a la justicia, no las olvida, aunque finja no ver los pecados de los hombres si se practica la penitencia. Palabras de Dios sobre esto.

XII. Un guerrero que combate con fuerza contra las filas diabólicas y contra todo mal reconoce, a la luz incorruptible de su claridad, estos días irrazonables de total quebranto en la justicia. Este guerrero no olvida los pecados de los hombres, aunque finja ignorarlos, hasta que no hagan penitencia, y dice: “Este tiempo que se aleja del bien y se precipita en el mal, lo reconozco en lo más íntimo de mi pensamiento y lo juzgo. Y los pecados de los hombres, que se suceden a lo largo del tiempo de su existencia no me olvido de condenarlos con el látigo de un justo castigo”.
Pero el número de oro, es decir, los mártires que resplandecen como el oro con la púrpura de su sangre, y que murieron por la verdadera fe en la iglesia de los primeros siglos, todavía no está completo, ya que se esperan los mártires que proclamarán solemnemente mi nombre y ofrecerán sus cuerpos a los sufrimientos del martirio en los últimos tiempos, tiempos de error y perdición, como testimonia mi querido Juan diciendo:

Testimonio del apóstol Juan en el Apocalipsis y como tiene que ser interpretado.

XIII. “Y se les dijo que esperasen todavía un poco de tiempo, hasta que estuviera completo el número de sus compañeros de servicio y los hermanos que tienen que ser muertos como ellos” (Ap 6,11). Para comprender estas palabras hay que interpretarlas así: por divina inspiración los que se sometieron a la muerte temporal por amor de Dios supieron que sus cuerpos tenían todavía que descansar en el polvo y en la putrefacción por algún tiempo, hasta el momento en que llegase a la perfección el número predestinado de los servidores de Dios, es decir de los que servirán a Dios en todo, en la verdad, como ellos y sus hermanos. Ya que estos en el cuerpo también serán sometidos a sufrimientos, y padecerán la muerte corporal como ellos, después de haber padecido muchos apuros por el Hijo de Dios.
La voz ensangrentada de los mártires, que no conocieron los pecados ni los motivos por que fueron matados, sube hacia Dios, y la luz de la divinidad resplandece de tal modo que ven por adelantado en el resplandor de la divinidad la innumerable multitud que vendrá. En efecto, los mártires reciben clara visión de la vida eterna, de modo que en ella comprenden el juicio que se les enseña. Sus voces no están ofuscadas por las miserables obras de los pecadores, ya que fueron inocentes y su sangre fue vertida porque fueron testigos de la Encarnación del Hijo de Dios. De este modo han testimoniado con antelación que el Cordero ha vertido su sangre.
Son compañeros en el servicio de los que serán matados por la fe y la justicia y especialmente son hermanos de los que al final de los tiempos serán destruidos por el anticristo, como los inocentes fueron matados por Herodes, que renegó del Hijo de Dios como el Anticristo lo negará. La voz de la sangre vertida por cada hombre sube al cielo con el alma, que se queja a gritos de haber sido echada del sello del cuerpo en que Dios la puso, y luego este alma recibe la recompensa de sus obras, tanto la gloria como el

castigo. La primera voz de la sangre que se dirigió así, gritándole a Dios, fue la de Abel, cuando Caín destruyó con precipitación y con violencia la obra construida por Dios. Por tanto el Hijo de Dios también dice:

Queja del Hijo al Padre por las tribulaciones que sufre en su cuerpo por culpa de los que se le oponen por maldad, y por aquellos mezquinos que dándose a la vanidad se alejan del bien. Los ángeles, aunque brillen con inmenso resplandor, sin embargo ven las obras de los hombres santos y las aprueban, reflejando así su mérito.

XIV. “Padre, espejo, claridad de la divinidad, en ti resplandece el ejército de los ángeles como las imágenes corpóreas que se ven en el espejo, porque en aquel espejo tuyo los mismos ángeles siempre resplandecen. Mira, y enseña cuantas injurias sufro por los que me desprecian. En mi cuerpo, es decir en mis miembros, soporto las fatigas de la perversidad, por los que se levantan contra Mí por mezquindad, cuando deberían ser compañeros en la rectitud, por lo que ya no encuentro donde poder descansar sino en la fuerza vital de las buenas obras.
Mis hijos, que deberían caminar en la humildad y rechazar el lujo del mundo, ceden a la nada cuando se ponen vanidosos y soberbios y, creyendo de ser santos, exhiben sus obras para que sean alabadas y aclamadas. Y como para conseguir estas alabanzas transitorias se olvidan de las alabanzas celestes, no se dan cuenta que los ángeles ensalzan continuamente a la santa divinidad, siempre inventando nuevas alabanzas para celebrar a Dios, sin nunca llegar al final de su canto."
Dios es luz clara que de ningún modo puede apagarse, y la multitud de los ángeles recibe de él su claridad. El ángel lo celebra sin las obras del cuerpo, mientras el hombre también puede celebrarlo con las obras del cuerpo de las que los ángeles cantan las alabanzas. En efecto, en las alabanzas con que ensalzan a Dios alaban las obras santas de los hombres y las contemplan como reflejándolas en el canto, porque Dios hizo al hombre un compuesto admirable de alma y cuerpo. Así a los hombres no les faltará la luz de los ángeles, hasta que estén juntos, ya que Dios ordenó que la divinidad y la humanidad fueran alabadas y glorificadas en el único Dios.
He aquí la ilusión del diablo, que fue un ángel y quiso ser Dios. Dios en cierto modo le burló cuando creó del barro de la tierra al hombre, que es alma y cuerpo en un ser único. Ni el alma sin el cuerpo ni el cuerpo sin el alma es un hombre; el alma actúa con el cuerpo, y el cuerpo con el alma. El cuerpo es la envoltura en la que el alma está encerrada, y a menudo obliga al alma a ceder a sus deseos y no la permite que lo obligue a hacer lo que ella quiere, ni que ella haga sus obras, mientras ella se preocupa por él y se aflige por el gusto de la carne, que sin embargo prevalece a menudo contra su voluntad sobre las venas en que actúa. Pero cuando el hombre se propone vivir una vida contraria a la concupiscencia carnal, el alma se apresura a emprenderla y la lleva a término, porque es este el principal deseo, en el que ella está a gusto.

La justicia y la honestidad de las costumbres y la dignidad de las virtudes, que desde los días del diluvio hasta la llegada del Señor fueron corroboradas por los profetas y mas tarde resplandecieron en la Iglesia gracias a los apóstoles y a los doctores, ahora se han corrompido, después de estos días de entumecimiento debidos a la injusticia. Se renovarán antes del fin después de muchas tribulaciones de los hombres.

XV. El libro Scivias simboliza estos días entumecidos en la injusticia en el perro de fuego[1] que no arde, van seguidos por otros días más fuertes, en los cuales algunos hombres observantes de la rectitud logran abandonar aquella desconsideración y se convierten a la justicia. Desde la Encarnación del Hijo de Dios la justicia subió largo tiempo a las cumbres de la santidad en la fe como subiendo una escalera, y la fe se irradió como invadida por el oro fino de las buenas obras; sin mancharse con la indignidad de las obras malvadas, persistió firme e invencible.
Pero hubo un tiempo, como dije, incluso muy lejos de la ligereza de este tiempo femenino y ya pasado, en el cual empezó a declinar la fe, descendiendo indecorosamente por aquellos peldaños, y llegó a estar ofuscada por las tinieblas de la injusticia. La justicia y las buenas costumbres y toda la dignidad de las virtudes fueron creciendo poco a poco en los hombres desde el día del diluvio y paulatinamente llegaron al límite hasta el tiempo de los profetas, que las reforzaron para darlas el máximo resplandor hasta la llegada del Hijo de Dios. Con los apóstoles y con los otros doctores de la iglesia quedaron firmes en la dignidad y resplandecientes por muchísimo tiempo, casi hasta el nacimiento de aquel señor laico que practicó el adulterio en lugar del temor de Dios[2]. Poco antes de su llegada la justicia y las buenas costumbres empezaron poco a poco a menguar y a deteriorarse, lo mismo que poco a poco se habían remontado desde diluvio hasta los profetas.
En la época de este señor han arraigado la iniquidad y el olvido de la justicia y la honestidad, que al extenderse y propagarse han avanzado hasta producir una debilidad casi femenina, hasta que ha venido otro rector espiritual, dotado de la prudencia y de la malicia de una serpiente, que ha matado el juicio de Dios[3]. En su tiempo, la iniquidad y la ligereza que se apoderaron de las costumbres de los hombres, fueron sometidas a la criba del juicio de Dios, empezaron a calentarse y a hervir y a emitir espuma. Por eso ahora, para purgarse de aquella suciedad, tienen que ser tamizadas de manera tan áspera y dura, que cuantos estén en peligro por su causa serán sacudidos por gran aflicción y tristeza. Sin embargo el tiempo de la amargura y la tristeza no ha llegado todavía.

El juez supremo, al acoger mientras tanto las quejas de la justicia, lanzará su venganza sobre los prevaricadores de la rectitud y más que todo sobre los perversos prelados de la iglesia, mandándoles muchos castigos hasta que, debidamente purgados por estas pruebas, se arrepientan y cambien de mentalidad. De este modo cada orden será reconducido a la rectitud y al honor de su dignidad.

XVI. Después de que la justicia haya dirigido sus quejas al juez supremo, éste al acoger las palabras de acusación que hemos referido, lanzará su venganza, juzgando con su

---

[1] En la Undécima visión del Scivias, "Venida del impío y plenitud de los tiempos" se describen las cinco cruentas edades de los reinos de este mundo que precederán a la llegada del Anticristo, y a las que alude en este y sucesivos epígrafes de esta visión. Estos son las épocas de: el perro de fuego, que representa a la justicia que olvida la justicia del Señor; el león cobrizo, el tiempo de los hombres beligerantes; el pálido caballo, el tiempo de los lujuriosos; el cerdo negro, tiempo en que los príncipes del mundo arrinconarán la Ley divina; el lobo gris, la última, será el tiempo de rapiña, entonces llegará el tiempo de la tribulación.

[2] El anteriormente citado Enrique IV.

[3] Según algunos editores de Sta Hildegarda se refiere a otro personaje religioso de la época, quizás el Arzobispo de Colonia, Rainaldo de Dassel (1115-1167). Excomulgado por Alejandro III en 1163. A la muerte del Papa, Victor IV, por su propia voluntad eligió en Lucca un nuevo antipapa, Pascual III. Murió de peste.

justo juicio a los enemigos de la rectitud y dejará que avance sobre ellos la tiranía de sus enemigos. Y ellos se dirán uno al otro: “¿Hasta cuándo soportaremos con paciencia a estos lobos rapaces, que deberían ser médicos y no lo son y que teniendo el poder de enseñar, de atar y de desatar, nos capturan como si fuéramos animales salvajes? Sus perversidades recaen sobre nosotros y hacen secarse a la Iglesia, porque ya no predican lo que es justo, destruyen la ley como los lobos devoran a los corderos, tienen la voracidad de los borrachos y cometen adulterio en cada ocasión, cuando ellos nos juzgan sin misericordia por tales pecados. Roban los bienes de las iglesias y en su avaricia se atracan de todo lo que pueden. Sus ministerios sólo nos aportan pobreza e indigencia, se deshonran a si mismos y nos deshonran a nosotros. Por tanto con justo juicio los juzgaremos y los aislaremos, porque son seductores más que médicos, tenemos que hacerlo así para no perecer, ya que si siguen adelante de esta forma, turbarán toda la tierra y llegarán a ser los dueños. Les llenaremos de reproches para que desarrollen sus tareas comportándose de modo conforme a la justa religión, como la instituyeron en su tiempo los antiguos Padres, o bien que se vayan fuera de aquí y abandonen sus posesiones”.
Estas y parecidas palabras, inspiradas por el juicio divino, se las harán presentes con dureza y todavía los perseguirán diciendo: “No queremos que ésos reinen sobre de nosotros, con sus bienes, con sus tierras y todos los otros bienes del mundo, porque de estas cosas somos nosotros los titulares”. ¿Cómo puede ser aceptable que los que tienen la tonsura y visten estolas y casullas tengan más soldados y armas que nosotros? ¿Cómo puede ser que un clérigo sea soldado o un soldado sea eclesiástico? Arranquémosles, por tanto, lo que injustamente poseen. Pero consideremos con atención y con gran discernimiento lo que se haya ofrecido por las almas de los difuntos. Esto se lo dejaremos, porque no son producto de la rapiña.
El Padre omnipotente distribuyó con justicia todas las cosas, el cielo a los habitantes del cielo y la tierra a los habitantes de la tierra. Análogamente obró una justa distribución entre los hijos de los hombres: los religiosos tendrían que poseer todas las cosas que les atañen y los laicos lo que les convienen, para que ninguna de las dos partes oprima a la otra depredándola. Dios no ha ordenado que la túnica y el manto fueran dados a uno sólo de sus hijos, dejando el otro desnudo, sino que ha dispuesto que al uno sea dado la capa y al otro el manto. La capa les corresponde a los laicos, por la amplitud de sus deberes y porque no dejan de crecer y multiplicarse en sus hijos. El manto debe ser concedido al pueblo de los religiosos, para que no les falten comida y vestidos, pero no para que posea más de lo que precise. Por tanto nosotros juzgamos y disponemos que todas las antedichas cosas sean divididas con equidad, y dondequiera que los religiosos posean la capa además del manto, la capa les sea quitada para darlo a los indigentes, para que estos no se consuman de miseria.
Y, de este modo, y por esta sentencia, tratarán de llevar a término, dentro de sus posibilidades, todas estas cosas. Los obispos y todos los religiosos que dependen de ellos, al principio harán de todo para resistir, cerrándoles las puertas del cielo. Pero cuando por fin se percaten que ni con el poder de atar ni con el de desatar, ni con el ofrecimiento de regalos, ni con el clamor de los armas, ni con halagos, ni con amenazas pueden resistirlos, aterrorizados por el juicio divino depondrán la soberbia confianza que siempre tuvieron en sí mismos, y volviendo en sí se humillarán ante ellos, y dirán gimiendo y gritando: “Hemos rechazado a Dios omnipotente omitiendo el cumplimiento de nuestros deberes, por eso éstos ha sido inducidos a confundirnos así. Hemos sido oprimidos y humillados por los que habíamos tenido oprimidos y humillados, porque Dios ha desatado la soga de la sumisión a los que fuimos

antepuestos y que tenían que estarnos sujetos en la disciplina, y ahora permite que seamos nosotros los dominados por ellos".
Reconocemos que estamos padeciendo el justo juicio de Dios, porque hemos querido subyugar a los reinos del mundo mientras nosotros deberíamos haber estado bajo el yugo de Dios, y porque hemos satisfecho todos los placeres de la concupiscencia carnal sin que nadie osara regañarnos. Dios ordenó a las tribus de los judíos que ofrecieran a su Creador sacrificios de animales, pero aquellos, descuidando hacerlo, se dedicaron a los placeres sensuales del cuerpo y por tanto Dios suscitó contra ellos tribus extranjeras. A nosotros, en lugar de eso, nos prescribió que ofreciéramos un sacrificio vivo y espiritual y no hemos tenido temor de tocarlo con las manos contaminadas, ya que nos coronó con la diadema de su poder. Nos hemos puesto por encima de todo y hemos satisfecho de todos los modos los afanes de nuestra carne, por esto, nuestros enemigos se encarnizan en nosotros, como los enemigos arreciaron sobre los corrompidos de las épocas anteriores. Entonces, tanto los más importantes como los más pequeños de ambos pueblos, religiosos y laicos, otorgarán al clero disposiciones tales que tengan las cosas necesarias para no sufrir privaciones ni en la comida ni en los vestidos, y para que no tengan que padecer más estos ataques de parte de los laicos.
El principio de todo esto será, tanto para los religiosos como para los laicos, como la primera hora del día, y luego como a la hora tercera, la obra será llevada a cabo, y por fin será acabada como a la hora sexta. Los hombres de todos los órdenes serán examinados como después de la sexta hora y tendrán leyes diferentes de las que tienen ahora, y así será posible que cada orden sea estable en su derecho y los libres vuelvan a la dignidad de la libertad, y los siervos al deber de la servidumbre.

Cuando se calme la venganza de Dios con la corrección de los malvados, resplandecerán el orden de la justicia y la quietud de la paz en espera de la segunda llegada del Señor, como resplandeció en espera de la primera. Una parte de los judíos se convertirá y se alegrará, al reconocer que Él ha venido, cosa que ahora niegan.

XVII. Sin embargo, como nos enseña el león de que he descrito en el libro Scivias, durante el desarrollo de estos acontecimientos estallarán a menudo guerras duras y crueles porque el temor de Dios estará olvidado. Muchos hombres serán matados, mientras un gran número de ciudades irá a la ruina. Y así como el hombre vence con su fuerza a la debilidad femenina, y el león es más fuerte que los demás animales, así también la crueldad de algunos hombres pondrá punto final a la paz de otros, como si fueran los ejecutores del juicio divino, porque será Dios el que permita a sus enemigos que inflijan penas crueles para purificar el mal, como siempre ha hecho desde el principio del mundo.
Y cuando los hombres estén purificados con aquellas aflicciones, se cansarán de luchar e, inspirados por el temor de Dios, reconocerán la justicia de todas las instituciones de la Iglesia aprobadas por Dios, y añadirán muchos otros bienes, tanto en los días de paz como en los de guerra y en los de dolor. Entonces la justicia será llamada lealmente esposa, y será conducida a la cama del rey por que la concubina será expulsada. Esta concubina se había preocupado de fingir que guardaba algunos preceptos de la ley, mientras que en otros momentos se asoció a la práctica de costumbres malvadas. Por eso el rey la echará. Porque el tiempo en que en algunas instituciones los hombres observaron los mandamientos de la iglesia y en otras los descuidaron completamente, fue como una concubina.

Entonces, Dios omnipotente, que es el verdadero Salomón, adornará a su novia, es decir a la justicia, con todas sus joyas, es decir con todos los órdenes de la iglesia. Entonces serán visibles todos sus adornos que la concubina oscureció como se ha dicho, escondiéndolos a veces de la vista. En aquel tiempo tendrán fin los días estériles y el consuelo echará a la desolación, como la nueva ley cambió a la antigua y como el tiempo de la salvación recondujo hacia el bien el tiempo de la caída. Porque si aquellos males todavía hubieran durado sin que su temeridad y las costumbres escandalosas se modificaran, la verdad hubiera estado tan deslustrada que las torres de la Jerusalén celeste habrían sido sacudidas y toda institución eclesiástica se habría contagiado, como si los hombres estuvieran sin verdadero Dios. Y así los prevaricadores de la justicia serán cubiertos de desprecio, como una mujer que abandona el matrimonio legal y se convierte en adúltera, porque al infringir las normas eclesiásticas será como si hubieran cometido adulterio, por tanto tendrán que soportar aflicción y reproche, como la mujer abandonada por el marido queda privada de su sostén.

Entonces aparecerán órdenes de justicia y paz tan nuevos y desconocidos, que los hombres se maravillarán y sostendrán que no han oído nunca hablar ni tenido noticia de tales cosas. Y aunque antes del día del juicio tengan paz como en el tiempo que había precedido a la venida del Hijo de Dios, no podrán gozar completamente de ella por temor al juicio futuro, sino que buscaran la plenitud de la justicia en la fe católica que brota de Dios todopoderoso y también los judíos se alegrarán y dirán ya está aquí aquel que habíamos negado.

En realidad aquella paz, que precedió a la venida de la Encarnación del Hijo, llegará a la plena perfección en aquellos días, pues entonces se levantarán hombres fuertes y grandes profetas para que entonces, pueda florecer toda semilla de justicia en los hijos y en las hijas de los hombres, como dijo por voluntad mía mi siervo el profeta: “En aquel día la semilla del Señor crecerá en honor y gloria, y el fruto de la tierra será sublime, y exultarán los que han sido salvados por Israel”. (Is 4, 2). Para comprender estas palabras hay que interpretarlas así:

Palabras del profeta Isaías que testimonian la primera venida del Señor, y que encontrarán lleno cumplimiento en la segunda a través de la iluminación de los judíos, que cegados por el escándalo de la Pasión de Cristo se secaron perdiendo la fecundidad de la fe y las buenas obras.

XVIII. Aquel día, mientras los ángeles cantaban la paz otorgada a los hombres, nació mi Hijo de la Virgen, el Hijo de Dios, de quien los ángeles cantaron las alabanzas junto a los pastores que fueron devotamente a buscarle. Repartía los frutos de la tierra, a la cual había devuelto la paz y prodigó la dulzura aire de nuevo: Fue un día de alegría entre los hijos de Jacob que fueron liberados de los males y las tribulaciones del pasado, porque en el tiempo anterior fueron juzgados justamente y les fueron enviadas muchas aflicciones. Y así, cuando la luz de la verdadera fe ilumine los corazones de los fieles, celebrarán al Hijo y creerán que proviene de Mí y le ensalzarán porque sabrán que ha vuelto conmigo a la gloria. Por eso será abundante en ellos el fruto de las buenas obras. Y su regocijo todavía aumentará cuando, arrancados del poder del diablo y liberados de las penas del infierno, sean contados entre los hijos de Dios.

Pero las flores de la viña de Sabaoth, nacidas de las yemas de la vara de Aarón que no fue inflamada por la baba del serpiente, se secaron cuando el Hijo padeció sobre la cruz, porque los ojos de los judíos estaban entumecidos en las sombras de la muerte,

cuando escucharon las palabras proféticas y las rechazaron junto con la flor verdadera, flor que toda la tierra reconoció cuando expiró sobre la cruz. Dictaron la muerte sobre sí y se secaron tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Porque el Antiguo Testamento es como el invierno, que tiene escondido en si el verdecer de la tierra y el Nuevo es como el verano, que produce hierbas y flores.

Palabras de Nuestro Señor Jesucristo que, mientras era llevado a la muerte, dio respuesta a los que se lamentan hablando del árbol verde y del seco. Cómo hay que interpretarlas.

XIX. "Por eso dijo a cuánto lloraban por Él: Si tratan así la madera verde, ¿que ocurrirá con la seca?" (Lc 23,31). Para comprender estas palabras hay que interpretarlas así: el Hijo fue la madera verde que da verdor a todas las virtudes, pero aun así fue despreciado por los incrédulos. El Anticristo es la madera seca, porque pisando el verdor de la justicia seca todas las cosas que están verdes en la rectitud. Por tanto será aniquilado.

Y todavía, fue madera verde aquel tiempo en que los hombres tenían el remedio para curar todos los dolores y no temieron el juicio que llegará al final de los tiempos. Madera seca es, en cambio, la separación de que Pablo, mi vaso elegido, dice que aparecerá antes del hijo de la perdición, cuando todos los dolorosos acontecimientos conectados con él revuelvan el cielo y la tierra. En verdad, el cielo y la tierra se tambalearán en el juicio futuro, como está prefigurado de la madera verde, cuando la rueda del firmamento, que encierra en sí muchas señales, al derrumbarse se lleve el resplandor de la luz, cosa que también está revelada en las palabras de los profetas que hemos manifestado.

La Iglesia disfrutará de toda clase de alegrías, de multitud de bienes temporales y abundancia de bienes espirituales durante un corto espacio de tiempo gracias a la recuperación del estado de justicia poco antes de los últimos tiempos, mientras una parte de los judíos y de los herejes que persistirán en el mal, exultarán con perniciosa presunción ante la próxima venida de la Anticristo.

XX. En aquellos días, dulces nubes de aire dulce rozarán la tierra y transpirarán fecundidad y fertilidad, porque los hombres se prepararán para la justicia absoluta, mientras que la fertilidad había faltado en los tiempos precedentes, cuya debilidad era femenina, ya que los elementos habían sido violados por los pecados de los hombres y habían decaído en su función. Entonces los príncipes y todo el pueblo de Dios seguirán fielmente los órdenes de la justicia de Dios y prohibirán todas las armas hechas para matar, y sólo conservarán los utensilios de hierro con que se cultiva la tierra y los que los hombres tengan necesidad de usar. Y si alguien infringiera este orden, se le matará con sus propias armas y se le arrojará a un lugar desierto.

Y entonces, así como las nubes emiten una lluvia dulce que ayuda a las flores a fructificar, así también el Espíritu Santo derramará sobre el pueblo el rocío de su gracia con la profecía, la sabiduría y la santidad, de forma que parecerá que el pueblo se haya transformado, asumiendo otra regla de vida, una regla buena. La vieja ley fue la sombra de la vida espiritual, ya que estaba completamente sellada para las criaturas, como en

invierno los frutos están completamente escondidos en la tierra y no se ven, porque aún no están formados. Aquella ley no tuvo verano, porque no había aparecido todavía el Hijo de Dios encarnado. Pero a la llegada del Hijo la ley cambió, asumiendo todo su sentido espiritual, y enseñó entonces los frutos de la vida eterna en las reglas evangélicas, como el verano que produce flores y frutos. En aquel tiempo, pues, se iniciará el verdadero verano por obra de la virtud divina, porque todas las cosas serán entonces firmes en la verdad. Los sacerdotes y los monjes, las vírgenes y los consagrados y todas las demás órdenes se mantendrán en la rectitud y vivirán una vida justa y buena, rechazando el orgullo y las riquezas superfluas, porque lo mismo que las nubes templadas y el aire producirán lo que sea necesario y útil a los frutos, así la semilla de la vida espiritual se propagará por la gracia de Dios.
En realidad la profecía que hemos recordado será revelada; la sabiduría estará llena de alegría y vigor y todos los fieles se reconocerán en ella como en un espejo. Entonces los verdaderos ángeles se unirán amistosamente con los hombres, cuando vean que siguen una regla nueva y santa, mientras que ahora a menudo se alejan de ellos a causa del hedor de sus pecados. Y los justos gozarán encaminándose a la tierra prometida, a la vista del premio eterno. Sin embargo no serán completamente felices, porque verán acercarse el juicio futuro; en eso serán como peregrinos que vuelven a su patria, que no son todavía completamente felices, porque todavía están en camino.
En cambio los judíos y los herejes se alegrarán muchísimo, diciendo: “Nuestra gloria está cercana, quedarán humillados los que nos persiguieron y desterraron” Sin embargo muchos paganos se harán cristianos, viendo la abundancia de honores y riquezas de que gozarán, y después de haber recibido el bautismo, predicarán a Cristo junto a ellos, como ocurrió en el tiempo de los apóstoles, y dirán a los judíos y a los paganos: “Aquél que afirmáis ser vuestra gloria es vuestra muerte eterna, y veréis el horrible y ruinoso fin del que llamáis vuestro príncipe. Entonces vosotros también os convertiréis, cuando fijéis vuestras miradas en la que nos ha enseñado al Hijo de la aurora, es decir en Maria, la Estrella del Mar”.
Aquellos días serán fuertes y admirables en la paz y en la estabilidad, parecidos a un ejército en armas que escondido entre las rocas tiende una emboscada a los enemigos y luego los persigue hasta matarlos. Anunciarán la llegada del último día, porque en ellos se llevara a cabo toda la gracia prometida y cuanto bueno han anunciado los profetas. En aquellos días se fortalecerán la sabiduría, la devoción y la santidad, ya que si el Hijo de Dios no hubiera sido preanunciado por los profetas y hubiera venido en un abrir y cerrar de ojos, habría sido olvidado pronto, como el hombre de la perdición, que llegando casi a hurtadillas será rápidamente destruido.

Cuando los hombres se atribuyan a sí mismos y no a Dios aquella serenidad de paz y aquella abundancia de frutos, comenzarán de nuevo a ser indolentes en la religión, y sufrirán otra vez tantas tribulaciones como nunca se habían derramado en el mundo.

XXI, Sin embargo, en aquel tiempo, tenderán a debilitarse progresivamente entre los hombres la justicia y la devoción de que hemos hablado, a causa de las dificultades que presenta, pero recobrarán pronto las fuerzas. A veces todavía se manifestará la iniquidad, pero desaparecerá enseguida. A veces se encarnizarán guerras, carestías, epidemias y muertes para desvanecerse en un momento, las cosas no quedarán entonces siempre en el mismo estado ni mantendrán el mismo curso, sino se moverán por aquí y por allá, mostrándose, o desapareciendo.

En aquel tiempo, como enseña el caballo en el libro Scivias, entre todos estos acontecimientos crecerán en los hombres la arrogancia de las costumbres y la soberbia de los espíritus, las pasiones y la vanidad sin ningún tipo de moderación, porque estarán tranquilos en la placidez de la paz gozando de la abundancia de las mieses, y no tendrán miedo que estallen guerras ni que la mies escasee. Más bien, atribuyéndoselo a sí mismos, no devolverán debidamente los honores que por estos bienes se deben a Dios, de quien proceden todas las cosas.

Por tanto, a esta paz y a abundancia seguirán desastres tan grandes como nunca se habían visto antes. En efecto, cuando los hombres estén en esta paz sin temer ningún peligro, vendrán días diferentes llenos de dolor, en los cuales se cumplirán las doloridas palabras de los profetas y las del Hijo de Dios. Los hombres desearán la muerte por temor a que las penas no acaben nunca y se preguntarán: “¿Por qué hemos nacido?” y desearán que las montañas caigan sobre de ellos. En las épocas anteriores los dolores y las desgracias tuvieron de vez en cuando descanso y consuelo, pero aquel tiempo estará tan lleno de tormentos e iniquidad que los sufrimientos serán incesantes, y el dolor se sumará al dolor, y la iniquidad a la iniquidad. En toda ocasión el homicidio y la injusticia serán considerados cosas sin importancia, y lo mismo que se matan animales para comerlos, así también los hombres de aquel tiempo se atacarán y se matarán uno al otro.

Por otro lado, los pueblos paganos, viendo a los cristianos vivir en paz y abundancia, y teniendo una despiadada confianza en su propia fuerza, dirán: “Hagamos la guerra a los cristianos, son inermes y sin defensa, por tanto podemos cogerlos y matarlos como un rebaño de ovejas”. Y así de regiones lejanas, se juntarán gentes completamente bárbaras e inmorales, que se unirán en el pecado carnal y en toda inmoralidad y malicia, y por todas partes se abatirán sobre el pueblo cristiano con rapiñas y batallas y destruirán muchas ciudades y regiones. Contaminarán las normas eclesiásticas con innumerables vanidades e inmoralidad y corromperán así todo lo que sea posible. Y así, aquel tiempo anunciará que está por venir otro tiempo todavía peor y desvelará que el hombre de la perdición se está acercando. Y como éste es inmoral y vive en el barro de la iniquidad sin saciarse nunca, así aquellos días no se llenarán nunca de su iniquidad. De éste, David habló cuando dijo con clara voz:

Palabras de David del Salmo XXI que denuncia las persecuciones de los malvados sobre la persona de Cristo y sobre la iglesia, y como tienen que ser interpretadas.

XXII. “Se reparten entre ellos mis vestidos, se echan a suerte mi ropa” (Sal 22,19). Aunque al leerla se interprete con seguridad que habla del pasado, sin embargo debe ser entendida como una afirmación relativa al futuro. Los incrédulos, entre los muchos desastres que provocarán por su falta de fe, dividirán según su voluntad las dignidades de las instituciones seculares, con las cuales Yo, como vestidos, había cubierto a la Iglesia. Y dirigirán muchas lisonjas sobre aquellos que me fueron más cercanos en la vida espiritual, que eran como una túnica, alejándolos de la rectitud de su camino, y destruyendo toda forma de justicia en la iglesia. Y después de haber promulgado leyes injustas, los triturarán.

Pero a estos males contesta David, con estas palabras: “Tú en realidad, oh Señor, no tengas lejos de mí tu ayuda, acude en mi defensa” (Sal 22,20). Para comprender estas palabras hay que interpretarlas así: Oh Padre celestial, yo, la Iglesia, que habría debido ser la novia de tu hijo, aunque debilitada dirijo a ti mi grito, oh Padre de todo, para que

tú no tardes en acudir en mi socorro, porque mis miembros, que son los miembros de tu Hijo, están destrozados y dispersos, por tanto vuelve con rapidez sobre mi tus ojos misericordiosos y defiéndeme, porque si me olvidas voy a la ruina completa.

Y de nuevo el Hijo se dirige al Padre para que libere a su cuerpo, que es la Iglesia.

XXIII. También el Hijo le habla al Padre con estas palabras: “Oh Padre, he estado desde siempre contigo y tu me mandaste vestirme de carne, y así he caminado sobre la tierra y todo lo que me has mandado lo he cumplido, porque soy tu verdad. Por eso has puesto a todos mis enemigos bajo mis pies y Yo me elevo sobre de ellos, ya que ellos están a tu izquierda y no te pertenecen. En efecto tu verdadera obra está a tu derecha. Cumplo contigo en todo aquella obra que has preestablecido desde antes del principio de los tiempos, y juzgo a mis enemigos como el Señor, que los pisa como al escabel de sus pies. Por tanto ven mi ayuda y véngame de mis enemigos, ya que Yo, tu Hijo, piso con mis pies a la víbora y al basilisco. Y mírame, para protegerme y para proteger a mis miembros, porque todas las obras que has querido y me has mandado las he llevado a perfección, porque Yo estoy en Ti y tú en Mí, y somos uno mismo”.
Y todavía dice el Hijo, dirigiéndose al Padre: “Recuerda que la plenitud que había en el principio no habría debido secarse, porque en el principio del mundo has previsto su fin y no la has entregado al olvido, como entregarás al olvido a los que se encaminan a la perdición. También recuerda que la plenitud de las generaciones de los hombres, que han sido previstas en el principio de los tiempos y que en el primer hombre han sido puestas a prueba, no tiene que agotarse nunca ni disminuir, ya que tu deseo no fue que las generaciones de los hombres tuvieran término antes del tiempo establecido por Tí. Y también entonces, cuando creaste a los hombres, decidiste en tu corazón que tus ojos, es decir tu ciencia, que previó la plenitud de todas las cosas y las dispuso rectamente, no se apartaran nunca del orden que estableciste, es decir que el hombre, a pesar de todos sus desórdenes, no pereciera nunca completamente, ni el mundo faltase hasta que no vieras mi cuerpo con sus miembros lleno de gemas, ya que has dispuesto que los fieles sean mis miembros, es decir, perfecto en todos los que creen en ti por causa mía y te adoran resplandecientes como gemas de virtud."

En aquel tiempo, cuando el pueblo cristiano se haya puesto de nuevo a hacer penitencia y se flagele con muchos castigos por sus propios pecados, la gracia divina vendrá en su socorro con muchos milagros, como hizo con su antiguo pueblo y, sometidos los enemigos, añadirá a la fe una gran multitud de paganos.

XXIV. Y por fin, cuando aquellas gentes incrédulas y malvadas invadan por todas partes las tierras y las posesiones de la Iglesia, cuando busquen todos los modos de destruirla y exterminarla, como los buitres y los gavilanes aprietan sus presas bajo las alas y en las garras, y cuando el pueblo cristiano intente resistirles con las armas, sin temer la muerte del cuerpo, después de ser sometido a penitencia de todas las maneras para satisfacer por sus pecados, vendrá del norte un viento espeso acompañado de una nube inmensa, con un denso polvo, y soplará contra ellos como ejecutor del juicio divino, de forma que sus gargantas se llenarán de la nube y sus ojos del polvo, hasta que ellos renuncien a su ferocidad golpeados de un estupor extremo.

Entonces la santa divinidad obrará en el pueblo cristiano señales y milagros, como hizo con Moisés en la columna de nube y como el arcángel Miguel combatió en defensa de los cristianos contra los infieles, y de este modo, los fieles hijos de Dios, protegidos por él, se arrojarán sobre sus enemigos y los vencerán con la ayuda de la fuerza divina, matando a unos y expulsando a otros fuera de los confines de su tierra. Como consecuencia, una muchedumbre inmensa de paganos se unirá a los cristianos en la verdadera fe, aclamándolos con estas palabras: "El Dios de los cristianos es el Dios verdadero, porque ha hecho en ellos estos signos".
Y los vencedores, que Dios tendrá bajo su protección, alabarán a Dios diciendo: "Alabamos a nuestro Señor, Dios nuestro, en verdad él se magnifica en nosotros, porque somos vencedores en su nombre. Nuestra fuerza es su alabanza, ya que en su nombre hemos vencido a los enemigos suyos y nuestros, porque le hemos creído firmemente en él". Y todavía dirán: "Prestemos atención a las palabras de Dios en el Evangelio: Se alzarán pueblos paganos contra pueblos cristianos, como así ha sucedido. Por tanto reedifiquemos las ciudades y las aldeas que han sido destruidas, y hagámoslas más fuertes y protegidas que antes, de modo que no vengan más a destruirnos, tal como ahora lo estamos". Y lo acabaremos con todas las fuerzas y con todas las riquezas, con vigor y generosidad.

En aquellos días, cuando los emperadores de Roma disminuyan su potencia originaria, el imperio que tienen en un puño paulatinamente se achicará y se debilitará, y también la tiara de la dignidad apostólica se dividirá, y maestros y arzobispos se alternarán en muchos lugares.

XXV. En aquellos días los emperadores del imperio romano, al disminuir la fuerza con la que tuvieron anteriormente sujeto el imperio, se debilitarán, así que el imperio puesto por Dios en sus manos, y condenado por el juicio divino, poco a poco se achicará y será destruido, porque ésos miserables, tibios, serviles e indignos en su comportamiento e inútiles completamente, querrán ser honrados por el pueblo, pero no harán nada para hacerlo próspero y por tanto no se les podrá ser honrar ni respetar. Por esta misma razón, los reyes y los príncipes de muchos pueblos, que antes estuvieron sometidos al imperio romano se apartarán de el y ya no soportarán estarle sumisos. Y así el imperio romano irá a la ruina.
Cada nación y cada pueblo se dará un rey y le obedecerá, y afirmarán que la amplitud anterior del imperio romano no era para ellos un honor sino una carga.
Y después de que el cetro imperial esté tan dividido, ya no se podrá recomponer y en aquel punto también la mitra de la dignidad apostólica estará lacerada. Porque ni los príncipes ni los demás hombres, tanto los pertenecientes a los órdenes religiosas como a los seglares, reconocerán más el carácter sagrado del título apostólico y disminuirá su prestigio. Luego preferirán otros maestros y arzobispos de otras regiones, así que la dignidad apostólica, reducida casi a nada con respecto al prestigio que tuvo en el pasado, acabará por tener sólo bajo su autoridad a Roma y unos pocos territorios cercanos. Estas cosas ocurrirán en parte a causa de guerras e invasiones, y en parte por decisiones públicas tomadas con el consentimiento de religiosos y laicos. Todos exhortarán a los príncipes laicos a defender su reino y su pueblo, y a los arzobispos u otros maestros espirituales a imponer la recta disciplina a sus subordinados, para que en adelante, ya no sean afligidos por los males que por designio divino los afligieron anteriormente.

Y todavía, en aquel tiempo, cuando la iniquidad se reprima y la justicia empiece a restablecerse, la enseñanza de la honestidad y el derecho de las antiguas costumbres brotarán de nuevo y serán observados. Habrá muchos profetas, y los sabios comprenderán los secretos de las escrituras, aunque al mismo tiempo se manifestarán muchas herejías de breve duración. Todas estas cosas indicarán que la llegada del Anticristo se aproxima.

XXVI. Y entonces, por un poco de tiempo, de nuevo la iniquidad se debilitará y no levantará cabeza, aunque de vez en cuando intentará alzarse. Por un poco de tiempo la justicia se mantendrá estable en la rectitud y los hombres que vivan en aquellos días volverán a las antiguas costumbres y a la disciplina de los tiempos pasados, se volverán honestos y conservarán y honrarán las antiguas costumbres, como las conservaron y honraron los antiguos. Y todos los reyes, todos los príncipes, todos los obispos de la Iglesia tomarán ejemplo de los demás, cuando vean que los demás custodian la justicia y viven honradamente. Y un pueblo corregirá los errores de otro porque todos tendrán noticia del modo en que los demás avanzan en el bien y se ennoblecen en la rectitud. Entonces el aire volverá a ser dulce, la tierra producirá frutos útiles, y los hombres se pondrán sanos y fuertes.

En aquellos días habrá muchas profecías y muchos hombres sabios que sepan comprender plenamente los secretos ocultos de los profetas y las otras Escrituras, y sus hijos y sus hijas profetizarán, como ha sido anunciado hace mucho tiempo. Esto ocurrirá en la pureza de la verdad, de modo tal que los espíritus del aire no podrán escarnecerlos. Profetizarán con el mismo espíritu con que los antiguos profetas anunciaron los secretos de Dios y semejante a la doctrina de los apóstoles, cuya doctrina que fue superior a todo humano intelecto.

Entre tanto también hervirán herejías e impiedad y otros males, que mostrarán la próxima llegada del Anticristo. Los hombres de este tiempo dirán que antes nunca vieron surgir crímenes e impurezas de esta envergadura. Es lo que simboliza el cerdo descrito en el libro Scivias. Porque si también reina la justicia, de vez en cuando la impiedad la combate, y en los períodos en que la impiedad prevalece, la justicia la confunde, por eso el mundo no está nunca en una condición estable.

Sobre la naturaleza de los juicios de la potencia divina, que se manifestarán cuando esté cercano el fin del mundo. Entonces la mayor parte de los hombres abandonarán la auténtica fe católica y se convertirán al hijo de la perdición.

XXVII. Y ahora, hombre, mira que la parte externa de aquella rueda aparece agitada y turbulenta como el mar en tempestad, cuando casi alcanza la parte mediana en la que está trazada la línea transversal. Esto indica que el juicio de la potencia de Dios será agitado en aquel tiempo y turbulento como el mar en tempestad, ya que no encontrará en los corazones de los hombres incrédulos, ni paz ni la pureza de la fe católica. Esto ocurrirá cuando llegue a término la estabilidad del mundo presente, es decir cuando la voluntad de Dios se una a la potencia y determine el momento en que su potencia ponga punto final al mundo y las cosas que hay en él, ya que en aquel tiempo los hombres rehuirán la sinceridad y la estabilidad de la verdadera fe y se alejarán del Dios

verdadero, volviéndose al hijo de la perdición. Éste, llevando turbación a toda la Iglesia, producirá grandes agitaciones y adversidades con las que cubrirá a los fieles que intentarán resistirle. Y así ocurrirá que cuando los hombres, después de haber sufrido grandes tribulaciones por las invasiones de pueblos extranjeros y por las divisiones dentro del imperio, crean vivir en paz, entonces surgirá de pronto una agitación de las herejías y confusiones dentro de la iglesia.

Sobre la concepción y el nacimiento del Anticristo, que estará desde el principio lleno de espíritu diabólico. Estará escondido y educado en las artes mágicas hasta llegar a la edad viril. Como será de grande la turbación y cuánta será la incertidumbre sobre los acontecimientos y el tiempo en el mundo y en la Iglesia en aquellos días.

XXVIII. En aquel tiempo una mujer inmunda concebirá a un hijo inmundo, al que la antigua serpiente, que devoró a Adán, llenará de confusión, para que nada bueno pueda entrar ni residir en él. Le criarán en lugares ocultos y apartados para que no pueda ser reconocido por los hombres, y será instruido en todas las artes diabólicas. Se mantendrá escondido hasta que llegue a la plenitud de la edad, y no manifestará su maldad hasta asegurarse que posee completamente y de manera superabundante todas las artes del mal. Desde el principio, estallarán peleas y contrastes contra el recto orden, el ardor de la justicia estará ofuscado en su honestidad y el amor entre los hombres disminuirá. Nacerán entre los hombres amargura y acritud y las herejías serán tales, que los herejes podrán predicar abiertamente y en plena seguridad sus erróneas creencias. La duda y la incertidumbre en la fe católica de los cristianos aumentarán tanto, que las gentes dudarán a qué Dios dirigirse. Aparecerán muchas señales en el sol, en la luna y en las estrellas, en las aguas y en los otros elementos y en todas las criaturas, y de la observación de todos estos prodigios, que se podrán contemplar como si estuvieran pintados en un cuadro, se podrán predecir los males futuros. Por tanto en aquel tiempo será tal la tristeza de los hombres, que considerarán la muerte casi con indiferencia.
Pero los que sean perfectos en la fe esperarán haciendo la penitencia que Dios les mande hacer. Estas tribulaciones continuarán hasta que el hijo de la perdición abra la boca para predicar su nociva doctrina. Y cuando haya pronunciado sus palabras de falsedad y mentira, el cielo y la tierra se echarán a temblar y la cadena de la justicia que Pablo hizo que bajara hasta los pies de la figura de la virtud, como se ha dicho anteriormente, se moverá por primera vez como tocada por un fuerte soplo de viento, ya que hasta aquel tiempo habrá estado intacta e inmóvil.
En realidad Pablo reforzó su doctrina con la fuerza de muchos milagros y la engalanó decorándola con palabras muy profundas, de forma que duraran hasta el final del mundo, como enseña esta cadena que casi baja hasta los pies de la justicia hasta el final del mundo. Y, en la elevación de su espíritu, con palabras verdaderas habló a los creyentes a propósito de la segunda llegada del Hijo de Dios y la mortífera agresión del hijo de la perdición, diciendo:

Testimonio de la carta de Pablo a los Tesalonicenses sobre el fin del mundo y sobre la llegada, la obra y la condena del Anticristo, y como tiene que ser interpretada.

XXIX. “No os dejáis agitar y apartar tan fácilmente del buen sentido, ni alarmar por la supuesta inminencia del día del Señor, aunque sea por una revelación del espíritu, o por una palabra, o una carta, como si vinieran de parte nuestra. Que nadie os engañe de ninguna manera porque primero debe venir la apostasía y manifestarse el hombre de impiedad, el hijo de perdición, que se enfrentará o se levantará contra todo aquello que se denomina Dios u objeto de veneración, hasta el punto de sentarse en el templo de Dios, mostrándose él mismo como si fuera Dios” (2Té 2,2-4). Para comprender estas palabras tenemos que interpretarlas así: Vosotros, que pertenecéis a Dios y creéis en sus palabras, sed prudentes y no dejéis que ningún temor sacuda vuestros corazones, ni por engaño espiritual ni con discursos de seducción ni con palabras escritas como si fueran palabras veraces dirigidas a vosotros, como si estuviera cercano el día que el Creador de todas las cosas revelará los secretos de los corazones.

Estad en guardia, para que nadie con manifestaciones ilusorias e irreales logre torceros y seduciros en ninguna ocasión, ya que no ha llegado todavía el tiempo en que la excelencia de la Iglesia sea dispersada y hollada la verdadera fe, lo que denominamos como apostasía, cosa que ocurrirá en el tiempo del hijo perverso, cuya madre es inmunda y no sabe de quién lo ha concebido, cuando todos reconozcan que ése, el pecador que representa y recoge en sí todos los pecados, es el hombre del pecado, porque desde su primera aparición estará todo él lleno de pecados, y será conocido como el hijo de la perdición más cruel, ya que será inmoral en todo y les enseñará a los hombres cosas contrarias a Dios. Y el seductor de la humanidad lo inflamará tanto, que igualará su primitivo furor, cuando quiso parecerse a Dios. Por tanto será hostil contra todos los que adoran Dios y se pondrá por encima de todas las criaturas, denominándose Dios y ordenando que se le adore como Dios. No creáis pues que ya esté cercano el día de Dios, en que juzgará el orbe terrenal, cuando haya llegado el fin del mundo.

Y todavía dice Pablo, infundido por el Espíritu Santo: “Porque el misterio de la iniquidad ya está trabajando en secreto, sólo que actualmente hay quien lo retiene, hasta que se retire” (2Te 2,7). Para comprender estas palabras hay que interpretarlas así: La sugestión oculta del diablo ya se manifiesta en las obras de los herejes, con las cuales el persuasor malvado lanza sus flechas para tratar de destruir las verdades de la verdadera fe. Sólo quien tenga fe se empeñará con recta intención y justo esfuerzo en mantener la fe apostólica y realmente católica, firme y estable, y en protegerla de estos asaltos. Esto sucederá mientras sea la mitad de los tiempos, entre el principio y el fin, porque luego, cuando esté más cerca el tiempo del hijo de la perdición, la fuerza de la fe declinará, y se doblará por la debilidad. Y entonces quien haya mantenido la excelencia de la Iglesia y la recta fe en Dios tendrá gran recompensa, porque por su mérito entrará en el reino de los cielos, pero quien no tenga fe, no tocará nada sino la perdición. Así también es el hombre, en el medio de la potencia de Dios, porque antes de que el hombre fuera hecho, Dios fue, y después de que la existencia corpórea del hombre llegue a su punto final, Dios permanecerá en su virtud.

El antiguo enemigo, que venció al primer hombre seduciéndolo, fue vencido por Cristo como hombre. El enemigo, creyendo poder de nuevo vencer a través de otro hombre, infundirá en el Anticristo, con el permiso de Dios, toda su maldad y servirá para combatir la fe católica e intentar destruir la doctrina de Cristo.

XXX. El antiguo enemigo, que la fuerza de la divinidad precipitó en las profundidades del abismo, cayó como un plomo en las agua borrascosas, ya que dio fundamento a la iniquidad voluntariamente, mientras Dios es justo y verdadero y nadie es parecido a él, porque existiendo eternamente por sí creó todas las cosas de la nada. Y ya que venció al primer hombre, el antiguo enemigo cree que puede llevar a cabo valiéndose de otro hombre, es decir del Anticristo, lo que en un tiempo inició, cuando intentó luchar contra Dios. En realidad el Anticristo, poseído por el diablo, cuando abra la boca para predicar su perversa doctrina destruirá todo lo que Dios fundó en la antigua y en la nueva ley y afirmará que la impureza y los delitos parecidos no son pecados.
Dirá que no hay pecado si la carne busca el calor de la carne, como si el hombre se calentara al fuego. Afirmará que todos los preceptos que prescriben la castidad derivan de la ignorancia, porque si un hombre está caliente y otro frío, es obvio que se consuelen uno a otro. E irá repitiéndoles a los fieles: “Vuestra ley de la continencia es contra natura, porque manda que no esté caliente el que arde por el fuego, incendiando con ello todo el cuerpo. ¿Cómo podrían ser fríos contra su naturaleza? ¿Y por qué debería abstenerse de calentar la carne de otro? Aquel hombre que llamáis vuestro maestro os ha dado una ley que está demasiado por encima de vosotros, al mandaros vivir así”. Pero en cambio yo os digo: “Vosotros estáis hechos de estos dos modos, unos calientes y otros fríos, así que daros tibieza unos a otros, y reconoced que aquel hombre os ha dado reglas injustas, ya que aunque haya mandado que los hombres no se den tibieza uno a otro, al hacerlo así honran a su propia naturaleza carnal. Por lo tanto, no os dejéis seducir por esa doctrina injusta, ya que está en mí decidir lo que puedo y lo que no puedo hacer. Vuestro maestro no os ha dado enseñanzas correctas, porque ha querido que fuerais como espíritus no revestidos de carne sino que no podéis actuar sin el cuerpo. La carne del hombre, que se le da en el nacimiento y que está invadida por el fuego que la da forma, no ha sido creada así, porque si los hijos de los hombres no fueran creados de este modo, no tendrían posibilidad de realizar sus obras. Sabed pues quien sois. El que os enseñó antes, os engañó y no os ayudó para nada. Yo os infundo el conocimiento de vosotros mismos, para que sepáis quienes sois, porque soy yo el que os he creado y soy todo en vuestro todo. Pero ese, que debe todas sus obras a otro, no habló por sí, porque por sí no tiene ningún poder, pero yo hablo de mí y tengo por mí mismo poder sobre todo”.
Con éstas y parecidas palabras el desgraciado hijo de la perdición engañará a los hombres, enseñándoles a vivir según el gusto ardiente de la carne y a consentir en todo deseo carnal, mientras que, tanto la antigua como la nueva ley invitan a los hombres a la castidad, practicada con justa medida. De este modo Lucifer, a través del Anticristo, renegará de la justicia de Dios, y creyendo poder cumplir por su medio todo lo que ha iniciado, creerá poder desviar hacia sí el Jordán, de modo que el bautismo ya no se nombre sino que más bien se rechace completamente, como a él se le rechaza con el bautismo. Y con estas palabras imperiosas creerá poder subyugar a mucha gente, para que en comparación con los suyos, el Hijo de Dios tenga solo un pequeño número de fieles.

Por qué el apóstol denomina al Anticristo hombre del pecado e hijo de la perdición. Cita del Apocalipsis de Juan sobre esto, y cómo tiene que ser interpretado. Se explica luego que el diablo tuvo seguidores en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, engañando a los primeros con la idolatría y a los segundos con las herejías.

XXXI. A Este hombre se le denomina hombre del pecado porque llevará a cabo Y favorecerá todos los males, y se le llama hijo de la perdición, porque la muerte y la perdición serán sus dominadoras y, como ya se ha dicho, seducirá a multitud de los pueblos y con modos perversos e infames los atraerá a si y se hará adorar como Dios. Como dice Juan al presentar la revelación de la verdad, y al describirlo con la imagen de una bestia feroz: “Y lo adorarán todos los habitantes de la tierra cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero” (Ap 13,8). Para entender estas palabras tenemos que comprender que está hablando de cosas futuras, e interpretarlas así: Los que hayan puesto la morada de sus corazones en las cosas terrenales, cuyos nombres no están marcados con el signo de la santidad en la vida eterna y cuya boca no conoce la mentira, adorarán a la bestia malvada inclinándose con el cuerpo y con la mente. Por tanto, también se perderá el que adore los escritos de este hombre perdido, tributándole culto, y quien conserve en su corazón los escritos de Satanás, que fue echado por Dios ya que quiso ser Dios. Por tanto también se le llama muerte, porque rehuyó la vida de aquel en quien no se encuentra la muerte, sino que más bien todo lo vivífica.
Todos los que sigan a este hijo de la perdición y ejecuten sus obras no estarán escritos en el Libro de la Vida del Cordero, porque este Cordero es la Palabra de Dios, aquella Palabra, ¡Hágase!, de la cual toda criatura procede. Pero a pesar de eso, el diablo ha tenido a seguidores bajo el Antiguo Testamento y los tiene bajo el Nuevo. En el tiempo del Antiguo Testamento fueron los adoradores de Baal, y en el tiempo del Nuevo los Saduceos, todos iniciadores del cisma. Porque antiguamente, con las perversiones de Baal violaron la ley de Dios, que es la raíz de la justicia en la que se ampararon patriarcas y profetas, y luego sucesivamente, bajo la nueva ley, los seguidores del diablo fueron los que negaron la resurrección en desprecio a la justicia divina con los Saduceos, porque los Evangelios son las ramas de aquella raíz y el fruto de las ramas es el testimonio de Cristo, que tritura a los ídolos de Baal y a los Saduceos.
De estos últimos se derivan los herejes que niegan la creación de los primeros vivientes. Su error es peor que el precedente, ya que es la negación absoluta de Dios en la creación y en las almas vivientes. Todos ésos adorarán pues a la bestia desgraciada, es decir al hombre de la perdición, y abandonando la fe de Dios omnipotente proclamarán que no hay ningún obstáculo en desobedecer sus preceptos.

Sobre las señales, prodigios y tempestades que producirá con sus artes mágicas y cómo, aparentando morir y resucitar, hará que en la frente de sus seguidores aparezca por engaño diabólico cierta inscripción, que los llevará al error hasta tal punto que ya no podrán apartarse ni separarse de él.

XXXII. Así su falta de fe desciende hasta la cabeza de leopardo hecha de oro y colgada de la cadena de aquella joya, cabeza que representa al Anticristo. En efecto, éste, atribuyéndose el nombre de Dios, cosa que está simbolizada por la cabeza hecha de oro, con artes diabólicas y revolviendo los elementos, obrará horrorosos prodigios y producirá tempestades impresionantes, y Dios permitirá que esto ocurra para que todo el género humano reconozca su caída.
Éste en efecto, aparentará morir por la redención de su pueblo, y resurgir resucitando de la muerte, y hará escribir sobre la frente de los que le siguen una inscripción a través de la cual hará penetrar en ellos todos los males, como ya hizo la antigua serpiente cuando engañó al hombre y, después de adueñarse de él, le encendió la lujuria. Y a través de la misma inscripción contraria al bautismo y al nombre de cristiano se introducirá en ellos

con sus artes mágicas, de modo que no tengan el deseo de separarse de él y tomen su nombre, como los cristianos lo reciben de Cristo.
Esta escritura Lucifer la ha meditado mucho tiempo dentro de sí y no la reveló nunca a nadie, a excepción de aquel que poseerá desde el vientre materno. Por esta razón estará convencido de poder llevar a cabo todos sus planes a través de este hombre. Sin embargo también aquel hombre perdido recibirá su propia alma y con ella la vida, de Dios, no del diablo. Por otra parte, también este desgraciado tentador, el diablo, el antiguo seductor que odia el bien, también recibió la vida de Dios. En efecto, sólo Dios es vida que mueve todo soplo y todo lo que vive, ya que sólo Él es principio sin principio. Y lo mismo que Lucifer luchó en el cielo contra Dios, así también intentará combatir en la tierra contra la humanidad del Hijo de Dios valiéndose de este hombre perdido. Lo hará utilizando esta inscripción, con la cual renegará de Dios, Creador de todas las cosas, creyendo entregar a sus seguidores dones más ilustres que los que da Cristo, el Hijo de Dios, a los que creen en él.
Esta inscripción no se vio nunca antes ni es conocida en lengua alguna, porque Lucifer la encontró originariamente en él mismo, y la proferirá con aquel engaño con que seduce a los hombres, para que no conozcan a su Creador, e ilusionará con ella a los infieles de tal modo que les será imposible adorar a otro excepto a quien les plazca. Además, el hijo de la perdición también dirá que, lo mismo que la leña cortada se conserva hasta que el artista la da forma y la adorna, para que sea venerada por todos, así el hombre en el nacimiento está privado de dignidad hasta que no esté ennoblecido con esta inscripción, ya que en ella hay mayor salvación y virtud que en la creación del hombre. Pero Dios destruirá todas las promesas de aquella inscripción junto a su autor. En cambio la escritura dada por el Espíritu Santo no tendrá fin. Y sin embargo, cuando empiecen a atraer a sí personas de todo género con señales falsas como ésta, los santos y los justos estarán revueltos y sentirán un gran temor.

La promesa de Dios de mandar de nuevo Enoch y Elías, y cuál es mientras tanto su estado, y, como se comportarán entre los hombres cuándo sean de nuevo enviados, y cuánto se esforzarán en combatir al Anticristo con la potencia de la predicación y los milagros. Sin embargo, martirizados por él, tendrán que dejar el mundo junto a innumerables otros, y así el número de los santos mártires llegará a la plenitud de la debida perfección.

XXXIII. Pero Yo, el que soy, me acordaré de qué manera he formado al primer hombre y de qué manera preví todas las obras con las que Lucifer combatiría contra Mí a través del hombre, y como destiné las santas virtudes a combatir contra él. Y lo mismo hice con Enoch y Elías, que elegí de la estirpe de los hombres y que se adhirieron a Mí con todo su deseo. Por eso los mostraré a los hombres hacia el fin de los tiempos, para que acojan con confianza el testimonio de estos dos testigos. En efecto, los instruyo en mis misterios y les revelo las obras de los hombres, para que las conozcan como si las vieran con los ojos del cuerpo, y su sabiduría sea superior a la que contienen los escritos y las palabras de todos los sabios. Cuando con el cuerpo fueron arrebatados de los hombres, perdieron todo temor y terror y se hicieron capaces de soportar sin turbaciones todo lo que ocurrió alrededor de ellos. Yo los custodio en lugares ocultos y su cuerpo está intacto.
Y cuando el hijo de la perdición vomite su doctrina perversa, la misma fuerza que entonces los sustrajo del lado de los hombres los reconducirá como en el viento, y

mientras vivan sobre la tierra con los hombres, sólo se alimentarán cada cuarenta días, como mi Hijo que tuvo hambre después de cuarenta días.
Estos hombres fuertes y sabios están representados por la cabeza de la cabra en la cadena de la joya de la justicia, ya que al igual que la cabra es fuerte y se levanta, ellos serán fuertes en mi potencia y se elevarán velozmente en lo alto de mis milagros. Tendrán de Mí tales facultades para realizar milagros que podrán hacer en el firmamento, en los elementos y en las demás criaturas signos mayores que los del hijo de la perdición, de modo que desenmascararán con sus signos verdaderos la naturaleza tramposa de los signos de ése. Entonces por la gran fuerza de sus milagros acudirán a ellos gentes de todos los lugares, porque creerán en sus palabras y con fe ardiente se encaminarán rápidamente, como si fueran a un banquete, al martirio que les infligirá el hijo de la perdición. Y serán tantos los que mueran que sus asesinos se cansarán de contarlos, y gran cantidad de sangre correrá como un río.
Pero cuando al final el hijo de la perdición comprenda que no es posible superar a estos dos hombres realmente santos ni con halagos ni con amenazas, y que no puede oscurecer sus milagros, ordenará que sean sometidos a un martirio cruel y que su recuerdo sea borrado de la tierra, para que sobre la tierra no quede nadie capaz de resistirle.
Pues, como se ha dicho, el número de oro de los santos mártires asesinados a causa de la verdadera fe en la iglesia de los orígenes, será llevado a la plenitud de su perfección con estos nuevos mártires que serán asesinados en la iniquidad del fin de los tiempos, ya que aquel tiempo que todo lo pisa y todo lo devora es el lobo descrito en el libro Scivias. En efecto, como el lobo en su ansia devora todo lo que puede, así en aquel tiempo serán tragados los fieles que creen en el Hijo de Dios. Por eso el mismo Hijo de Dios dirigiéndole al Padre le dice:

Y ahora el Hijo se dirige al Padre enseñándole sus heridas y encomendándole a los seres humanos, para que sea misericordioso con ellos. Al mismo tiempo exhorta los hombres a arrodillarse frente al Padre, para que tenga piedad de ellos.

XXXIV. “Ya estoy cansado de ver cómo, después de que por tu mandato me he revestido de carne, mis miembros, es decir los que he convertido en mis seguidores con el sacramento del bautismo, ahora se alejan de Mí, son burlados por la ilusión diabólica, prestan mucha atención al hijo de la perdición y lo adoran. A los que han caído, los levanto, pero a los rebeldes y a los que perseveran en el mal los rechazo de Mí. Padre, ya que Yo soy tu Hijo, mírame con el amor con que me has mandado al mundo y considera mis heridas, con las que redimí a la humanidad por tu voluntad. Te las enseño para que tú tengas misericordia de los que he redimido y no permitas que sean borrados del libro de la vida, sino que por la sangre de mis heridas vuelve a tomarlos cerca de de ti en la penitencia, para que el que se burló de mi Encarnación y mi Pasión no domine sobre de ellos llevándolos a la ruina”.
“Ahora, pues, hombres todos que deseáis abandonar a la antigua serpiente y volver a vuestro Creador, considerad que Yo, Hijo de Dios y hombre, muestro al Padre mis heridas por vosotros. Por tanto también vosotros doblad con fe pura vuestras rodillas que habéis dirigido tan a menudo hacia la vanidad y a la iniquidad contraria al bien, arrodillaos frente al Padre que os ha creado y os ha dado el soplo de la vida, y confesad todos vuestros pecados del corazón, para que él os alargue a vosotros que estáis en la

aflicción del cuerpo y el alma, su mano fuerte e invencible para arrancaros del diablo y de todos los males”
Así habla el Hijo vuelto hacia el Padre y le encomienda sus miembros, y los castiga para que sigan a su verdadero jefe, para que no se los trague la perdición del primer y último traidor. Pues cada vez que el Padre omnipotente se irrita por las obras malvadas de los hombres, el Hijo le enseña sus heridas para que perdone a los hombres. Él no reservó su cuerpo, para devolver con su sangre la oveja que le robaron, y por esta razón sus heridas quedarán abiertas mientras en el mundo haya hombres que pequen. Por tanto el Hijo de Dios pide a los hombres que se arrodillen ante el Padre omnipotente cada vez que merezcan su juicio, para que por las heridas que ha padecido en la carne y que su Padre conoce desde siempre, sean liberados de todo mal.

Para qué Enoch y Elías resucitarán de la muerte a los ojos de todo el mundo. Levantándolos sobre una nube, se confirmará definitivamente la resurrección de los muertos y la antigua serpiente reaccionará suscitando en el hijo de la perdición el máximo furor contra Dios y los santos.

XXXV. Después de que Enoch y Elías hayan padecido la muerte del cuerpo por obra del hijo de la perdición, ocurrirá que los seguidores de éste se alegrarán mucho viendo que los ha destruido, pero posteriormente, cuando el espíritu de vida los resucite y los lleve para arriba sobre las nubes, su alegría se transformará en temor, tristeza y gran desconcierto. En efecto, al resucitarlos y hacerlos subir al cielo Yo, el Omnipotente, probaré que nadie puede negar la resurrección y la vida de los muertos pese a los argumentos contrarios aducidos por cuantos no creen, sino que en aquel día, cuando se purifiquen los elementos con que el hombre ha pecado, también el hombre resucitará de la muerte y se reintegrará a una claridad mayor que cuando fue creado. La penitencia es sumamente agradable a Dios, y cuando un grupo de personas se mueve para hacer penitencia, el cielo se mueve con la voz dolorosa del arrepentimiento y cantan junto a los querubines con todas la voces las alabanzas de Dios.
Entonces la antigua serpiente sentirá gran rabia por su resurrección y persuadirá al hombre de la perdición para tratar de recuperar el trono del que él mismo fue echado en un tiempo, de modo que se olvide la resurrección de los dos profetas y se borre completamente la memoria del Hijo de Dios en los hombres, y hablará para sí, diciendo: “A través de este hijo mío, plantearé una batalla mayor que la que combatí en el cielo, con él cumpliré toda mi voluntad y no habrá ni Dios ni hombre que pueda resistir a mi deseo. Sé con certeza que no podré ser vencido y que por fin seré el vencedor absoluto”.
Entonces el hijo de la perdición reunirá una gran muchedumbre para ostentar su gloria ante ella cuando intente subir al cielo. De modo que, si aún quedase en la Iglesia un mínimo de fe intacta, su ascensión la aniquilaría definitivamente. Pero cuando, mande en presencia de todo el pueblo a los elementos superiores que le lleven a los cielos, se ejecutarán las palabras de Pablo, mi fiel, que repleto del espíritu de verdad dijo:

El inicuo, cuyo orgullo será tan manifiesto frente a una muchedumbre que lo mira y escucha, mandará a los elementos superiores que lo acojan mientras sube al cielo. Será muerto por el Espíritu de la boca de nuestro Señor Jesús, como testimonia el

apóstol. Cuántos lo vean desistirán del error y se convertirán a la verdadera fe, y así todo el orgullo del diablo se precipitará en la ruina.

XXXVI. "Entonces se manifestará el impío, y el Señor Jesús lo destruirá con el soplo de su boca" (2Té 2,8). Para comprender estas palabras hay que interpretarlas así: En aquel tiempo será desvelado el hijo de la iniquidad y todas las gentes verán claro que mintió, ya que tuvo la presunción de subir al cielo. Pero el Hijo de Dios, dominador y salvador de todas las gentes, lo matará mientras intenta hacerlo, y lo hará con la fuerza con que él, que es la Palabra del Padre, juzgará el orbe terrenal con su justo juicio. Cuando este hijo de la perdición con su arte diabólico se haya levantado hacia arriba, será arrojado a tierra por la virtud divina y lo acogerán el hedor del azufre y la pez, tan fuerte que todos los presentes buscarán refugio en las montañas. En verdad, un terror tan grande se apoderará de los que vean y oigan estos acontecimientos que se convertirán a la verdadera fe del bautismo, renunciando al diablo y a su hijo. Y la antigua serpiente, atónita, rechinará los dientes y dirá para si: "Hemos sido confundidos. Ya no seremos capaces de subyugar a los hombres de la misma manera que lo hemos hecho hasta ahora".

Después de la ruina del Anticristo, la gloria del Hijo de Dios se difundirá aún más, y todos los que creen en él lo alabarán con voz humilde. Cita del Apocalipsis de Juan sobre este tema, y como tiene que ser interpretada.

XXXVII. Entonces todos los fieles que creen en el Hijo de Dios alabarán a Dios con voz suplicante y llena de alabanzas, como mi testigo querido y verídico ha escrito: "Ahora ha sido cumplida la salvación y la virtud y el reino de nuestro Dios y la potencia de su Cristo, porque el acusador de nuestros hermanos ha sido rechazado, el que los acusaba día y noche ante la presencia de nuestro Dios. Lo ha vencido el mérito de la sangre del Cordero y la palabra de su testimonio, y ha despreciado su vida hasta morir" (Ap 12,10-11). Para comprender estas palabras hay que interpretarlas así: Ahora, vencido el diablo y derrocado su hijo, el Anticristo, se ha cumplido según la disposición suprema la salvación que ya no teme ningún peligro de parte del diablo. Y aquella virtud que todo lo conquista y aquel reino que reina sobre todo, están bajo el gobierno de nuestro Dios, bajo la potencia invencible de Cristo, es decir de su Hijo, que ha sido puesto como auténtico sacerdote para custodia de la salvación de las almas.

En efecto, aquel tenaz acusador ha sido enviado a la condenación eterna, el tentador siempre inquieto de que los hijos de Dios como nosotros, reciban la herencia celeste junto a nosotros, porque fue él quien los hizo culpables cuando acogieron sus diferentes sugerencias aunque se hallaran frente la mirada del sumo Creador y Juez. Fue él quien instigó al pecado en todo momento a religiosos y laicos, porque el hombre siempre está listo para pecar.

Pues Dios venció en el primer combate del ángel perdido, aquel en que combatió contra Dios queriendo ser Dios él mismo. Y Dios también previó lo que ocurriría en el último combate que conduciría contra Él: que su hijo sería muerto y él definitivamente derrotado. Lo vencieron los que profesan la fe en Dios y en la verdad, lo vencieron negándole su consentimiento por causa de la sangre del Cordero, por el que fueron redimidos y por el que aguantaron los más variados tormentos en sus cuerpos. Al lograr vencer, lo vencieron con la palabra, es decir con la doctrina que profesan en la fe católica, que deriva de aquella misma Palabra de la que todas las criaturas derivan. Su

amor por su propia alma no los llevó a tratar de retenerla en el cuerpo, sino que permitieron que les inflingieran la muerte corporal, sometiendo su cuerpo al martirio, y devolviéndole así sus almas a Dios omnipotente.
Los mártires acudieron a la muerte y antes que renegar del Hijo de Dios se sometieron a todos los suplicios, así Abel y los profetas y todos los otros mártires, que desde el principio al final de los tiempos han sido asesinados por amor de Dios, dan testimonio del Hijo de Dios, ya que también él por voluntad del Padre vertió la propia sangre por ellos.
Y así se acaba la guerra del hijo de la perdición, que no reaparecerá jamás. Por tanto alegraos, vosotros que tenéis morada en el cielo y en la tierra. Después de la caída del Anticristo, en verdad, la gloria del Hijo de Dios será aún más grande.

Epílogo de este libro, en el cual se entona a Dios un himno de alabanza con voz celestial por su obra, es decir por la salvación del hombre. Y la misma obra, en su pequeñez, y quien es su autora se encomiendan atentamente a Dios y a sus fieles.

XXXVIII. Y de nuevo oí la voz del cielo que me mandó decir así: Ahora sea alabado Dios en su obra, es decir en el hombre, para recordar que, para su redención, ha combatido sobre la tierra grandes batallas, y se ha dignado levantarlo al cielo para que junto con los ángeles alabe su rostro, reconociendo la unidad del verdadero Dios y verdadero hombre.
Y Dios omnipotente se digne ungir con aceite de la misericordia a este pobre cuerpo de mujer, por el cual ha dictado este libro, porque ella vive privada de toda seguridad. Y no tiene ciencia para construir los escritos que el Espíritu Santo sugiere para instruir la iglesia, que son como las paredes de una gran ciudad. Desde el día de su nacimiento ha sido envuelta en dolores y en enfermedades como por una red, y está atormentada por continuos dolores en todas las venas, en la médula de los huesos y en la carne, y sin embargo Dios no ha permitido hasta ahora que se apagara, ya que en la cueva del alma racional ve espiritualmente algunos de los misterios de Dios.
La visión corre por todas las venas de esta criatura humana, de modo tal que está azotada a menudo por grandes dolores, y por este motivo trabaja con el agotamiento debido a la debilidad, a veces más ligeramente y a veces, en cambio, de modo más agobiador. Por tanto vive de manera diferente que la mayor parte de los seres humanos, como una niña cuyas venas no están todavía bastante llenas para poder comprender la conducta del hombre.
Ella desarrolla su tarea por inspiración del Espíritu Santo. Es de complexión aérea, y por eso el aire mismo, la lluvia, el viento y cualquier cambio del tiempo la molestan tanto que no puede sentirse nunca segura de su cuerpo. Si no fuera así, la inspiración del Espíritu Santo no podría habitar en ella. Pero a veces el Espíritu de Dios la levanta de este mal como resucitándola de la muerte con la fuerza de su piedad, con un alivio que es como el rocío, para que pueda vivir en el mundo y desarrollar su tarea inspirada por el Espíritu Santo. ¡Que Dios omnipotente, que conoce cuánto es el cansancio de esta criatura humana, se digne poner en ella la plenitud de su gracia, para que su misericordia se glorifique y su alma, cuando se vaya del mundo, se vea acogida por su clemencia en la gloria eterna y se la corone en la alegría!
El libro de la vida, escritura de la Palabra de Dios por el cual todas las criaturas han venido a la existencia y del cual toda la vida ha emanado, según lo que la voluntad del Padre eterno tuvo en sí predispuesto, dictó como le pareció esta escritura, de una

manera admirable, no valiéndose de la doctrina de la ciencia humana, sino a través de una mujer simple e inculta.

Que nadie se arriesgue a cambiar una sola palabra de esta escritura, ni aumentándola ni disminuyéndola, para no ser borrado del libro de la vida y de toda beatitud existente bajo el sol, con la única salvedad de añadir explicaciones a las palabras y las frases que han sido pronunciadas con sencillez, por inspiración del Espíritu Santo. Quien intentare hacer de otro modo, sepa que peca contra el Espíritu Santo. Y este pecado no le será perdonado, ni aquí ni en el más allá.

Y ahora, de nuevo sean dadas alabanzas a Dios omnipotente en todas sus obras, antes de los siglos y todos los siglos, porque él es el principio y el fin.

Que los fieles acojan estas palabras con corazón devoto, porque han sido dictadas por el bien de los creyentes por el que es principio y fin.